Megan Maxwell

Y ahora supera mi beso



Índice

Sinopsis

Hola, me llamo Amara y estoy aquí no para hablaros de mí, sino de Liam Acosta, ese guapísimo empresario que se dedica al negocio del vino en Tenerife y que sigue soltero porque quiere, pues siempre tiene a una legión de mujeres pendientes de él.

Por lo que sé, un día recibió una misteriosa llamada telefónica en la que le pedían viajar a Los Ángeles por un asunto urgente, que resultó ser, ni más ni menos, que un bebé. A Liam, al principio, le costó mucho admitir su paternidad, pero cuando vio a la criaturita, el mundo se movió bajo sus pies: al igual que él, tenía el ojo derecho de dos colores.

Así que, muy agobiado y tremendamente perdido, regresó a Canarias con su hijo, pero se dio cuenta de que necesitaba a alguien que le echara una mano y, por recomendación de mi amiga Verónica, me contrató a mí.

De pronto, Liam y yo, dos personas independientes y acostumbradas a no tener que dar explicaciones a nadie, hemos tenido que ponernos de acuerdo por el bien del pequeño. Y eso ha hecho que, sin apenas darnos cuenta, hayamos reconocido el uno en el otro a la persona que nunca hubiéramos esperado encontrar.

Y ahora supera mi beso

Megan Maxwell

Esencia/Planeta

Para mis Guerreras y Guerreros.
Nunca olvidéis que, en ocasiones, las cosas que empiezan
como una locura pueden convertirse en lo mejor de vuestra vida;
que si deseáis recibir besos, no debéis repartir bofetadas, y que si
la vida os da momentos bonitos, es sin duda porque os los merecéis.
Con amor,

MEGAN

Prólogo

Los Ángeles, California, noviembre

La llegada a Los Ángeles de Liam Acosta era extraña.

Ni él mismo sabía realmente qué hacía allí.

Solo sabía que el archifamoso e insoportable actor Tom Blake, pareja de su exnovia, lo había llamado con insistencia porque tenía que hablar con él, y al final Liam había acudido a su encuentro por curiosidad.

Tras recoger su maleta en el Aeropuerto Internacional de Los Ángeles, se dirigió al exterior, donde cogió un taxi que lo llevó al hotel. Deseaba ducharse y descansar. Estaba agotado.

Al día siguiente, mientras desayunaba leyendo la prensa en una bonita mesita junto a la piscina del hotel, pues a pesar de estar en octubre, hacía un día precioso, dio un trago a su café. Al hacerlo, su mirada se topó con la de una mujer morena de unos treinta y pocos años que estaba dos mesas más allá. Guapa, sexy, morena, elegante y, sin duda, adinerada; solo había que ver su caro bolso para adivinarlo.

Sin poder evitarlo, Liam sonrió. Sabía del poder pícaro de su sonrisa, y la mujer se la devolvió. Y en ese lenguaje silencioso que entienden quienes lo utilizan de manera continua, las cosas quedaron claras. ¡Sexo!

Minutos después la mujer, que se llamaba Rebeca, ya estaba tomando café con él en su mesa, y una hora más tarde ambos disfrutaban de sexo sin compromiso en la habitación de ella.

Tras una mañana divertida para ambos, donde primó el morbo y el disfrute por parte de los dos, Liam regresó a su habitación con una sonrisa en los labios. Había estado bien conocer a Rebeca, que era productora de televisión, y esa noche había quedado con ella para cenar. ¿Por qué no?

Después de ducharse y ponerse uno de sus impolutos trajes para acudir a su cita con el actor Tom Blake, Liam salió del hotel con esa

seguridad que siempre lo acompañaba. No sabía qué pretendía aquel divo del cine, pero si quería guerra, con él no la iba a tener.

En la puerta cogió un taxi y le dio al conductor una dirección de Beverly Hills. Durante el trayecto consultó su teléfono móvil y contestó distintos mensajes de su hermano Naím y de Aldegonda y Margot, dos amigas con las que últimamente se veía sin ningún compromiso, aunque Aldegonda en ocasiones fuera algo insufrible.

Si algo había aprendido tras su última ruptura amorosa era que el romanticismo le sobraba y que iba a disfrutar de la más absoluta libertad durante una buena temporada. No quería atarse. No deseaba ningún compromiso porque ahora primaba él y solo él. Nadie más.

Poco rato después el taxi se detuvo. Habían llegado a destino. Tras pagar la carrera, Liam bajó del vehículo y se quedó mirando a su alrededor. El sitio era precioso, glamuroso, y a través de la verja contempló la imponente casona que tenía ante él y que estaba rodeada de cámaras de seguridad. Sonrió con amargura. Estaba claro que Jasmina, su exnovia, no solo había buscado la fama, sino también vivir infinitamente mejor.

Parado frente a la propiedad dejó escapar un resoplido. La vida le iba bien. Tenía una preciosa casa, un buen trabajo, una familia estupenda, pero estaba claro que la ambiciosa de Jasmina había querido más. Ella anhelaba otro tipo de vida, llena de lujo y fama, algo que sin duda Tom Blake podía darle.

Tras el palo que había recibido por parte de ella, Liam decidió hacer un cambio en su vida. Sus padres le habían enseñado a amar con libertad, sin egoísmos ni limitaciones, a la persona que le llegara al corazón. Si algo le había gustado siempre de Jasmina era su frescura y su espontaneidad, pero eso se había acabado. Y ahora el amor había quedado relegado a un segundo plano en su vida para dejar paso a la diversión o a su propia conveniencia.

Sin embargo, por desgracia, el destino tenía otros planes para Jasmina, que murió al dar a luz a su primer hijo con Tom.

Liam recibió la noticia muy apenado e incluso lloró. Estaba claro que la ruptura entre ellos fue muy fea por parte de Jasmina, pero su muerte era injusta. Nadie se merecía morir, y menos aún tan joven y dejando a un bebé recién nacido.

Tomando aire, se acercó hasta el telefonillo que había junto a la imponente valla y llamó. Tras anunciar quién era, la portezuela se

abrió automáticamente y, cuando él entró, dos vigilantes enormes se acercaron a él; con amabilidad, lo acompañaron al interior de la casa.

Estaba claro que, al ser tan famoso, Tom Blake necesitaba guardaespaldas.

Escoltado por ellos, Liam entró en la casa y, al acceder a una bonita y elegante sala, divisó al fondo a un hombre alto y moreno que hablaba con el actor. Uno de los vigilantes de seguridad se adelantó y se acercó a este último. Tras decirle algo, Tom levantó la vista, miró a Liam y, dejando unos papeles que sujetaba sobre una mesa, se acercó a él y le tendió la mano.

—Un gusto conocerte, Liam —lo saludó mirándolo fijamente.

Él asintió incómodo, pero repuso:

—El gusto es mío.

El hombre moreno que estaba junto al actor se acercó entonces a ellos y Tom se apresuró a presentarlos:

—Liam Acosta, él es Nacho Duarte. Amigo, productor y director de cine.

Los dos hombres se estrecharon la mano con firmeza mientras este, que sabía por qué aquel estaba allí, decía:

—Un placer conocerte, Liam.

El aludido asintió y Nacho, viendo el gesto incómodo de su amigo, preguntó para destensar un poco el ambiente:

—Español, ¿verdad? —Liam afirmó con la cabeza y este añadió —: Voy mucho a España, donde tengo muy buenos amigos, y el año que viene rodaré una película de acción allí junto a Tom y Estela Ponce.

Liam asintió; sabía quiénes eran el célebre director y la famosísima actriz. Entonces Nacho, sintiendo que sobraba, dijo:

—Os dejo. Se me hace tarde y he de solucionar unos asuntos —y, mirando a Tom, indicó con complicidad—: Llámame si necesitas cualquier cosa.

Tom asintió de manera mecánica. Tener allí a Liam, a quien él mismo había llamado, lo estaba dejando en shock.

Una vez que Nacho se hubo marchado, ambos hombres intercambiaron una mirada. Y, sintiéndose incómodo por el modo en que Tom lo observaba, no pudo evitar preguntar:

—¿Algún problema?

El actor negó rápidamente con la cabeza. ¿Qué estaba haciendo?

Desvió la mirada y, a continuación, se dirigió hacia una nevera con la puerta transparente que había en la sala.

—¿Te apetece algo de beber? —preguntó.

Liam asintió, estaba sediento y alterado. Todavía no entendía por qué lo había llamado aquel hombre.

—Una cerveza —contestó.

Tom abrió la nevera. El extraño ambiente que se había creado entre los dos los tenía incómodos a ambos. Y, tras coger dos cervezas, el actor las abrió, le entregó una a Liam y murmuró:

—Pasemos a mi despacho.

Liam, que cada vez entendía menos pero que quería saber, decidió seguirlo. Una vez en el despacho, se fijó en un Oscar que había sobre la bonita chimenea.

—Lo gané hace dos años —comenzó a decir Tom—, cuando fui nominado como actor secundario por...

—*La cena de John* —finalizó Liam.

El actor asintió y Liam, recordando haberla visto, añadió:

—Buena película. Y tu papel era excelente.

Ambos asintieron. En cierto modo, hablar sobre aquello había distendido el enrarecido ambiente. Y entonces Tom, que volvía a mirarlo con fijeza, aclaró:

—No sabía que Jasmina y tú teníais una relación cuando la conocí.

—Eso ya no importa —lo cortó él.

—Sí importa, Liam. Me creas o no, si hubiera sabido que existía algo serio entre vosotros, yo nunca... ¡Joder! No soy esa clase de persona, aunque en ocasiones la prensa diga cosas no muy agradables de mí.

Liam asintió. No sabía por qué, pero lo cierto era que lo creía. Sabía lo mordaz que podía ser a veces la prensa. E, incapaz de callar, preguntó:

—Tom, ¿por qué me has llamado?

El actor bebió de su cerveza antes de contestar:

—Tengo algunas cosas de Jasmina que quizá quieras tener.

—No quiero nada de ella —respondió él con seguridad.

Tom asintió y dio otro trago a su cerveza.

—¿Tu hijo está bien? —inquirió entonces Liam.

—Sí. Jan está bien.

Acto seguido guardaron unos instantes de silencio.

—Como te dije por teléfono, siento mucho lo que ocurrió con Jasmina —comentó Liam a continuación.

Tom cabeceó. Nunca había estado enamorado de ella. Si su relación había seguido había sido por su paternidad, pero en realidad su muerte fue un palo. No obstante, había sucedido algo que lo había cambiado todo, y mirando a Liam murmuró:

—Jasmina nos engañó a los dos.

Él, sin entender a qué se refería, levantó las cejas.

—Hace un mes se presentó en la puerta de mi casa la compañera de piso de Jasmina... —soltó Tom.

—¿Diane? —preguntó Liam.

Tom afirmó con la cabeza y, retirándose el pelo del rostro, prosiguió:

—Venía a recoger algunas cosas personales que, según ella, Jasmina se había llevado y eran suyas. Se llevó su ropa, lo que, la verdad, no me importó...

Liam asintió. Conocía a Diane. Era una vividora aspirante a actriz. Cuando iba a hablar, Tom musitó:

—Fue al disponerse a marcharse y ver a Jan cuando dijo algo que... —Liam lo miró y aquel añadió—: Dijo que el niño tenía el mismo extraño color de ojos que su padre.

Al oír eso, se le cortó la respiración. ¡¿Qué?!

Tom se sentó entonces en un butacón y, señalando otro para que él hiciera lo mismo, continuó:

—Desde que Jan nació siempre me sorprendieron sus ojos, pero al no poder consultarle a Jasmina porque no tenía familia, di por hecho que era algo de su genética. Sin embargo no..., resultó no ser así, y Diane me lo confirmó.

—¿Qué estás intentando decirme? —murmuró Liam bloqueado.

El actor resopló. No había sido fácil para él tomar aquella decisión, pero, consciente de que era lo justo, soltó mirándolo a los ojos:

—Que Jan es tu hijo.

Sin dar crédito, Liam se levantó rápidamente del butacón. No, aquello no podía ser. Jasmina no podía haber jugado con algo tan importante como un hijo. Y, mirando a Tom, iba a contestar cuando este añadió:

—Tras ese comentario por parte de Diane, no pude dejar de darle vueltas al tema, por lo que, tratando de encontrar información, rebusqué entre las cosas de Jasmina y di con varias fotos vuestras. Vi tus ojos y, aun sabiendo ya la respuesta, decidí hacerme las pruebas de paternidad.

Liam, a quien la camisa apenas le llegaba al cuerpo, no podía hablar.

—Jan no es hijo mío —declaró Tom—. Y aunque me ha costado aceptarlo y llamarte, mi deber era hacerlo.

—¡¿Qué?!

Apenado por la situación, pues el actor se había encariñado del pequeño Jan, aquel prosiguió:

—Yo no soy Jasmina. Soy consciente de que ella era una mala persona, pero yo no soy así. Creí en sus palabras como creía en ella y como creo que ahora tú deberías hacerte las pruebas de paternidad, aunque, después de verte en persona, no tengo ninguna duda de que Jan es tu hijo.

El desconcierto de Liam era tan grande que le costaba respirar. ¿Qué locura era esa?

—Pero ¿qué estás diciendo? —susurró.

Tom asintió.

—Digo que, por mucho que lo desee, Jan no es mi hijo, porque es tuyo —agregó.

Luego los dos hombres se miraron en silencio. La bomba nuclear que aquel acababa de soltar había dejado totalmente bloqueado a Liam. ¿Su hijo? ¿Él tenía un hijo y la ambición de Jasmina se la había jugado una vez más?

De pronto se oyeron unos golpes en la puerta del despacho y, al abrirse esta, a Liam le dio un vuelco el corazón.

Frente a ellos apareció una señora mayor que llevaba a un niño en brazos. Verlo le aceleró el corazón. El pequeño, además de tener su particular color de ojos, era clavadito a él. Era increíble lo mucho que llegaban a parecerse, y eso lo hizo agarrarse a la chimenea.

Dios santo, ¡aquello era una locura!

En la vida habría imaginado que pudiera ocurrirle algo así. Nunca pensó que Jasmina fuera capaz de jugar tan sucio. ¿Era padre y tenía que enterarse de ese modo?

Al ver al pequeño, Tom se encaminó hacia la mujer y, cogiendo

entre sus brazos al chiquillo, lo besó con cariño en el moflete y musitó:

—Hola, Cacahuete.

El niño sonrió al oír su voz. Era un bebé de dos meses muy sonriente. En cuanto la mujer se marchó del despacho, Liam, que no había podido moverse, se disponía a decir algo cuando Tom se le adelantó.

—Recuerdo que, cuando nació, la primera vez que lo cogí en brazos me olió a eso: a cacahuete —afirmó con una sonrisa.

Liam no sabía si reír o llorar. Estaba tan desconcertado que no lograba reaccionar.

—Quiero a Jan —agregó Tom—. Es un niño precioso, maravilloso y encantador al que le gusta mucho la música. Le relaja escucharla. Tiene cantantes favoritos que hacen que deje de llorar: Bruno Mars, Miley Cyrus o Harry Styles. Pero su canción preferida es *Can't Take My Eyes Off You* en la versión de Joseph Vincent. Es una buena opción para calmarlo o hacerlo dormir. Prefiere el chupete con el borde naranja a los otros. Pero, por desgracia, este maravilloso niño no es mi hijo biológico, aunque yo lo quiera como tal.

Percibir la pasión con que Tom hablaba del pequeño le erizó el vello de todo el cuerpo a Liam. Y saber que ya de tan pequeño lo calmaba la música lo hizo resoplar. Aquello era muy propio de la familia Acosta. Sin embargo, siseó enfadado:

—Y como no es tu hijo biológico, ¿tiene que ser mío?

Tom suspiró. Entendía que estuviera en shock, a él mismo le había sucedido. No obstante, la situación tampoco le resultaba fácil, e indicó:

—Tiene heterocromía azul y marrón en el mismo ojo que tú. ¿Acaso no es para pensarlo?

Liam no contestó. Sabía que tenía razón, pero se negaba a aceptarlo.

—Aun así, comprendo tu desconcierto —prosiguió Tom—. A mí mismo me costó admitirlo. Sin embargo, créeme, deberías averiguar si este niño es tu hijo, porque mío no es y, que yo sepa, en esa época Jasmina solo estuvo contigo y conmigo.

Liam tomó aire sin apartar la mirada del bebé. Aquello que estaba pasando no podía ser cierto. Y cuando iba a decir algo, Tom continuó:

—Mis padres me enseñaron a ser justo con los demás, y sabiendo lo que sé tenía que llamarte y darte la oportunidad de ser su padre si realmente lo eres y lo deseas. —El pequeño hizo un gracioso bostezo y Tom añadió—: Dicho esto, tú decides. Pero quiero que sepas que, si la respuesta es «no», será un no para siempre, porque daré a Jan de alta en el registro como hijo mío y ya no habrá marcha atrás.

La respiración de Liam estaba tan acelerada como su pulso. Sin poder evitarlo, se acercó al bebé, que al verlo lo miró y le sonrió. Esa sonrisa tan dulce y llena de bondad le puso el vello de todo el cuerpo de punta, pues le recordó a la expresión de su madre y de su hermano Naím y a los ojos de su padre y de él mismo.

Pero ¿qué locura era aquella?

¡¿Un hijo?! ¡¿Cómo iba a tener él un hijo?!

Sin poder dejar de mirarlo, su mente pensaba a toda velocidad. El niño que Tom tenía sonriendo entre sus brazos podía ser hijo suyo. Un hijo que Jasmina le había ocultado y al que, si de verdad era de él, por supuesto que debía criarlo. Los Acosta cuidaban los unos de los otros, y él no lo abandonaría por nada del mundo.

—Me haré la prueba de paternidad —declaró con seguridad.

Tom asintió, dio un beso al pequeño en la cabeza y luego murmuró con tristeza:

—Gracias. Es lo mínimo que se merece Jan.

Los dos hombres se miraron fijamente unos instantes. Estaba claro que el respeto que su madre no le había tenido lo tenían ellos con él. Pero sabían que el resultado de aquello les cambiaría la vida a los tres.

Y así fue. La vida les cambió cuando, setenta y dos horas después, la prueba reveló que Liam era el padre biológico de Jan. Y, sin decir nada a su familia, pues no sabía ni por dónde empezar, y con la ayuda de los abogados de Tom, dio de alta a Jan Acosta en el registro civil de Los Ángeles para poder llevárselo después a España.

¿Cómo reaccionarían sus familiares cuando apareciera con el niño en Tenerife?

Por otro lado, a Tom todo aquello le estaba partiendo el corazón. Le costaba una barbaridad separarse de aquel pequeño, al que adoraba, pero era consciente de que había hecho lo correcto. Era lo que tocaba. Y cuando, pasados los días, todo estuvo solucionado, acompañó a Liam y al chiquillo al Aeropuerto Internacional de Los

Ángeles en un coche de alquiler con los cristales tintados para que nadie pudiera verlo y reconocerlo.

Una vez allí, sin apearse, o comenzarían las fotos y las preguntas indiscretas por parte de los periodistas que pudiera haber rondando, el actor abrazó a Jan con mimo y cuchicheó:

—Cacahuete..., te voy a echar mucho de menos.

Liam lo miró emocionado. Ver el amor que aquel hombre le prodigaba al pequeño le demostró que el divo divino de mal carácter del que hablaba la prensa no era tal. Tom Blake era un tío tan normal como él, con sus buenos y sus malos momentos.

—Puedes llamarme siempre que quieras saber de él —susurró.

Tom afirmó con la cabeza intentando contener sus emociones. Pero hacerlo era difícil, mucho, y cuando una lágrima escapó de sus ojos, Liam añadió incapaz de callar:

—Tom, siempre serás bien recibido en nuestra casa.

El actor asintió. La emoción no le permitía hablar. Si lo hacía, se derrumbaría. El engaño y la ambición de Jasmina habían causado mucho dolor.

Entonces la puerta del vehículo se abrió unos centímetros y ante ellos apareció Remedios, la mujer que se ocupaba del pequeño Jan.

—Señor, ¿para cuándo sacó mi boleto de vuelta? —preguntó mirando a Liam.

Liam la miró. Por suerte, aquella había accedido a acompañarlo en el vuelo a España con Jan. Él solo no se atrevía a hacerlo. ¿Cómo se iba a encargar del niño sin ayuda? ¿Y si se le caía? En la vida se había imaginado teniendo que hacer algo así. Y si lloraba en el avión, ¿cómo lo hacía callar? ¿Cómo saber cuándo quería dormir o tenía hambre? Todo aquello atormentaba a Liam, por lo que, sacando de una carpeta unos papeles, se los entregó a la mujer y dijo:

—Para dentro de una semana, como acordamos.

Remedios asintió y, mirando a su marido, que esperaba a su lado, se lo dijo. Su familia estaba en Los Ángeles, y aunque Liam había intentado convencerla para que se quedara con él y el pequeño al menos seis meses en España, ella se negó. Tendría que encontrar a alguien una vez que llegara a Tenerife.

—Gracias, señor. —Ella sonrió.

A continuación cerró la puerta del vehículo y Liam, al ver cómo Tom le cantaba con cariño al pequeño aquella melodía que sabía que

le gustaba, sonrió. ¿Tendría que aprendérsela él también? ¡Ni loco! En silencio, observó hasta que acabó y, viendo al pequeño sonreír, musitó:

—No hay duda de que le gusta esa canción.

Tom asintió y, tomando aire, afirmó:

—Le encanta. Te lo dije.

Ambos miraron al pequeño, que se chupaba una mano. Entonces Liam, entendiendo la pena del actor, declaró:

—Tom, me gustaría que te consideraras parte de esta familia.

Oír eso hizo que él lo mirara, y Liam afirmó con seguridad:

—Creo que a Jan le encantará tenerte en su vida. ¡Un tío actor y famosísimo! —Ambos rieron y Liam prosiguió—: Así que he pensado que...

No pudo terminar. Emocionado, Tom estrechó a Liam con el pequeño Jan entre sus brazos y murmuró:

—Gracias. No sabes cuánto significa esto para mí.

Ambos sonrieron sin decir nada. Por suerte, como personas adultas, habían solucionado lo que Jasmina había estropeado. Y, tras un último beso del actor al pequeño en la cabeza, le entregó el niño a Liam y susurró:

—Intentaré no ser un tío muy pesado y consentidor.

Él sonrió. Si algo le había demostrado aquel hombre, al que todo el mundo catalogaba como un divo insoportable del cine, era humanidad y empatía.

—Ni se te ocurra regalarle un Ferrari rojo por su sexto cumpleaños o la tendremos —replicó.

—Me contendré —afirmó aquel sonriendo.

Con cariño y gratitud, Liam y Tom se dieron la mano mirándose a los ojos. Entre ellos había nacido algo bonito y verdadero. Y entonces el actor dijo besando por última vez la manita de Jan:

—Que tengáis un buen viaje.

—Así será —aseguró Liam.

—Quiérelo y cuídalo mucho —insistió Tom.

Liam lo miró. Solo habían bastado unos pocos días para adorar ya a ese pequeño desconocido que ahora era su hijo.

—Con mi vida —declaró.

Una vez que bajó del vehículo con el niño en brazos y este arrancó, al mirar al pequeño y verlo babear rápidamente se lo tendió a

Remedios. No quería que le manchara la chaqueta del traje. Además, ella lo entendía mejor que él. Luego la niñera se despidió de su marido y de su hija, con los que quedó en regresar al cabo de una semana.

En su compañía y la del bebé, Liam, que iba impecablemente vestido con su traje gris, entró en el aeropuerto, desde donde partió rumbo a España con un hijo que no esperaba y el corazón tocado por la terrible traición de la mujer a la que había adorado.

Capítulo 1

Madrid, cuatro meses después

¡Rojo!

El semáforo está en rojo y, como no cambie pronto, me va a pillar la lluvia.

Miro al cielo. No ha sido el mejor día para sacar mi moto, pero venga, una cosita: seré positiva y pensaré que la lluvia será buena conmigo y esperará a que llegue al lugar donde he quedado para cenar. Sin embargo, con lo cabrona que es la vida conmigo, me río yo de mi positividad...

Noto cómo vibra mi teléfono móvil en el bolsillo de mi pantalón.

¡Verde!

Apretando el embrague con la mano, meto primera con el pie y, tras soltar la palanca acelero, hasta meter segunda y tercera. Por suerte para mí, pillo el resto de los semáforos en verde. La lluvia y la vida son condescendientes conmigo y llego hasta el aparcamiento del restaurante totalmente seca.

Una vez que me quito el casco y me recompongo, vestida con un top de brilli-brilli que me regaló Mercedes, mis bonitos vaqueros y mis botas, me cierro la cazadora de cuero negra y saco el móvil. Estoy en una aplicación de ligoteo, y compruebo que tengo dos *match*: Andrés y Dani. ¡Qué monos!

Me guardo de nuevo el teléfono móvil en el bolsillo para escribirles más tarde y entro en el restaurante donde he quedado con mis amigos. Es el cumpleaños de Leo, que me ha invitado junto a otros amigos, entre ellos Alessandro, un guapo periodista con el que siempre tonteo y..., bueno, tengo claro que esta noche el tonteo será algo más.

Al entrar, rápidamente los veo. Mercedes y Leo, mi familia de vida, están al fondo de la sala con los amigos de este último y, tras saludarlos con la mano, me fijo en Alessandro, que está cañón no, ¡lo siguiente!, y que me sonríe en cuanto me ve. ¡Mmm, me gusta!

En cuanto me acerco al grupo, enseguida abrazo a Mercedes.

—Hola, reina —saludo.

Mi maravillosa y loca amiga sonríe, y luego cuchichea mirándome a los ojos:

—¡Qué buenorra estás hoy!

Sin dudarlo, asiento y ambas reímos. Hace tiempo aprendimos que nosotras somos monas y estupendas sin necesidad de ser cuerpazos diez y, oye, ¡tener la autoestima siempre alta es un punto extra!

Mercedes, como todo aquel que me conoce, sabe lo mucho que sufrí a causa de Óscar, mi ex. Pero eso ya casi se acabó. Me está costando, ¡pero lo estoy consiguiendo porque he decidido ser valiente!

Entonces, mirando a Alessandro, Mercedes hace un gesto de «un clavo saca a otro clavo», y yo, que la entiendo, musito:

—Excelente opción.

—¡Esta es mi chica! —se mofa.

Ambas reímos y luego ella añade:

—Más tarde he quedado con mi amor.

Su «amor» es María, la última novia de Mercedes, que, la verdad, es estupenda. Es diferente de todas las novias que ha tenido: es cálida, humana, cariñosa. Me cae muy bien, y a Leo y a Verónica también, y lo mejor es que sentimos que quiere a nuestra amiga como se merece. Por fin Mercedes ha encontrado a alguien que la respeta a ella y respeta sus sentimientos. Por suerte, ya se ha olvidado por completo de Dalila, una mujer que nunca la quiso de verdad y que incluso la llevó a hacer alguna tontería.

—Por tanto —continúa ella—, cuando diga de ir a tomar una copa a Melapela, necesito tu voto.

—Lo tendrás —afirmo consciente de que se refiere al pub de unos amigos.

Asiento al instante, y entonces ella canturrea sonriendo:

—Qué potentón es Alessandroooooo.

Oír eso me hace sonreír. Me van los morenazos de ojos negros y pelo oscuro. Vamos, que Alessandro es de la clase de hombres algo macarrillas con los que me enrollo cuando me viene en gana.

Cuando aquel nos mira, mi amiga cuchichea:

—Creo que esta noche vas a triunfar.

Asiento, sonrío y afirmo consciente de que yo soy de las que van

a por lo que quieren:

—Tenlo por seguro.

Ambas reímos, nos entendemos a la perfección.

En ese instante Leo, el homenajeado, se acerca a nosotras y yo digo abrazándolo:

—Felicidades, mi amor.

Leo sonríe. Sabe que lo de «mi amor» se lo digo de corazón, y cuando el abrazo acaba, al ver que sigo sonriendo y que Mercedes lo hace también, pregunta:

—¿Y esas sonrisitas de cachorrillas endemoniadas?

Mi amiga y yo nos miramos, y luego ella suelta:

—Porque esta noche…, y lo diré finamente, ¡follaremos!

Al oírnos Leo parpadea con rapidez, mira a nuestro alrededor para comprobar que no nos ha oído ninguno de sus amigos y, cuando se dispone a gruñir, añado:

—Y creo que tú deberías hacer lo mismo.

Él resopla, nos encanta picarlo con el tema sexo.

—Haced el favor de comportaros —murmura.

—Una cosita… —empiezo a decir.

Pero no puedo continuar pues al final los tres terminamos riéndonos.

—Echo de menos a Verónica —musita él a continuación—. Es mi primer cumpleaños sin ella.

Mercedes y yo asentimos. Nosotras también la añoramos. Los cuatro formamos el Comando Chuminero, pero, por amor, Verónica se ha trasladado a vivir a Tenerife.

—Otra que estará follando con su morenazo —suelta ella entonces.

—¡Mercedes Romero, baja la voz y no seas tan ordinaria! —gruñe Leo.

Divertidas, nos reímos, no lo podemos remediar, y entonces Pili, la mujer de Leo, se aproxima a nosotros y me abraza. ¡Qué mona es Pili! Es encantadora y, lo mejor, quiere de verdad a Leo, y eso para mí es muy muy importante.

Ojalá que algún día yo consiga que alguien me quiera a mí, aunque…, bueno, con mi suerte, no sé, no sé…

Tras los besos y los arrumacos, nos unimos al resto del grupo y Leo me presenta a unos compañeros de trabajo. Cuando llego hasta

Alessandro, como ya nos conocemos, simplemente nos acercamos y nos damos un casto beso en la mejilla.

¡Mmm, qué bien huele el *jodío*!

Diez minutos después pasamos a la mesa que el camarero nos indica y, como era de esperar, Alessandro se acomoda junto a mí, a mi izquierda. ¡Bien! Eso nos hace sonreír a Mercedes y a mí mientras Leo resopla consciente de lo que estamos tramando.

Antes de sentarme en la silla me quito la cazadora de cuero negra con todo el glamurazo que yo tengo cuando quiero. El top deja al descubierto mis hombros, y oye, ¡a lucirlos!, porque la celulitis que tengo en el culo..., esa mejor no la enseño. Veo cómo Alessandro me observa con disimulo. Le gusta lo que ve y, cuando me siento en mi silla, él se apresura a decir:

—Me apetecía mucho verte.

Sonrío. Asiento. Y, consciente de que esta noche le voy a quitar esa preciosa camisa negra que lleva puesta a mordiscos, suelto:

—Pues aquí estoy.

La cena da comienzo y, junto a Mercedes, que está sentada a mi derecha, me pongo fina filipina de jamoncito ibérico del bueno y de todo lo que sirven. Por suerte tenemos buena boca y, oye, sinceramente, comer es un gran placer.

Tras la cena mi amiga sugiere ir a tomar una copa al Melapela y yo secundo su propuesta. Alessandro también, y Leo y Pili se nos unen. En definitiva, ¡todos al Melapela!

Afortunadamente, al salir del local y mirar al cielo soy consciente de que ya no hay atisbos de lluvia, y, dirigiéndome hacia el aparcamiento del restaurante, voy a buscar mi moto. Alessandro me acompaña. Cuando ve mi preciosa Honda CB500F roja y negra se sorprende como la mayoría de los tíos, y eso me empodera. ¿Por qué los hombres creen que las mujeres no sabemos conducir motos? ¿Acaso no tenemos dos manitas, ojos, piernas y cerebro como ellos?

Veinte minutos después, y tras haber aparcado la moto en la puerta del local de nuestros amigos, Alessandro y yo entramos y nos reencontramos con el resto del grupo. Rápidamente diviso a Mercedes, que está hablando con María, y viendo su felicidad yo también soy feliz. ¡Me encanta la preciosa pareja que hacen! Solo hay que verlas para saber que tienen una conexión estupenda.

Alessandro y yo nos acercamos. Como siempre, María nos recibe

con su preciosa sonrisa. Pasamos un buen rato hablando con ellas y, en un momento dado en el que Alessandro y María hablan, Mercedes se me acerca y susurra:

—Es la mujer ideal para mí.

Asiento, estoy con ella. ¡Sí que lo es!

Durante un buen rato, en perfecta sintonía, todos bebemos, reímos, bailamos. Eso sí, yo no pruebo el alcohol. He de regresar a mi casa conduciendo mi moto y quiero cero problemas. Pero, vamos, que para pasarlo bien no soy de las que lo necesitan. A mí me pones música y del resto me ocupo yo.

Como siempre, mis amigos me animan a subir al escenario. Es un local de música en directo y karaoke, aunque hoy esté pinchando un DJ. Soy la cantaora petarda que siempre ameniza las fiestas. Y, bueno, como no se me da mal cantar, voy a tirar del karaoke; al verme, el DJ para y entono una cancioncita para Leo, el cumpleañero.

Le canto su tema preferido de Gloria Estefan: *Con los años que me quedan*, que es la canción de él y su mujer. Una preciosa y romántica balada para mi romántico amigo, que baila con Pili mientras yo disfruto cantándola y mirándolos.

¡Qué bonito tiene que ser quererse así!

¿Por qué no consigo yo tener mi propio final feliz?

Minutos después, tras acabar de cantar, estoy charlando con Mercedes y María cuando comienza a sonar una melodía por los altavoces del local y, viniéndonos arriba, salimos a la pista a bailar el *SloMo* de nuestra maravillosa Chanel. ¡Qué bien lo hizo en Eurovisión! Y cuánto se merecían ella y sus bailarines ese primer puesto. Aunque, bueno, para mí lo tienen, como lo tiene para mucha gente. ¡Viva Chanel!

Entre risas, Mercedes, María y yo disfrutamos a tope en la pista mientras nos sentimos como Chanel. Y yo, que soy una bailonga, lo doy todo. ¡Hay que ver lo que me gusta bailar!

Tras esa canción suena *Ay, mamá*, de Rigoberta Bandini, un tema que odio y quiero a partes iguales por mi situación personal, pero que entiendo que se haya convertido en un himno feminista, algo que yo soy y a mucha honra. Y nos venimos de nuevo arriba mientras gritamos a pleno pulmón eso de que no sabemos por qué dan tanto miedo nuestras tetas. ¡Que vivan nuestras tetas!

Entre risas, baile y diversión pasamos la siguiente hora hasta que,

de pronto, siento que el cuerpo se me corta al ver entrar en el local a Óscar, mi ex. ¿Qué narices hace aquí, con lo grande que es Madrid?

Pensar en él me desestabiliza, pero verlo más aún.

Lo observo sin que él me vea. Qué guapo se pone cuando sonríe... Entonces se besa con una chica rubia. Ver eso, aunque casi lo tengo superado, todavía me pica, y pienso que esa debe de ser la novieta que su madre, Encarnita, me dijo que tenía.

Óscar no me ve. Por suerte, va con un grupo de gente que no conozco y se instalan lejos de mí. Pero mi lado masoquista no me deja apartar los ojos de él mientras siento que su presencia me desestabiliza. ¿Por qué seré así de idiota?

Bebo de mi vaso con avidez hasta que Leo y Mercedes se me acercan con gesto de preocupación.

—Sí, lo sé. Óscar está aquí —digo mirándolos.

—¿Estás bien? —pregunta Mercedes.

Asiento sin dudarlo, pero segundos después, cuando veo cómo vuelve a besar a la rubia que va con él, murmuro:

—¡Joder!

Mis amigos se miran. Sufren por mí.

Pero ¿por qué me siento mal? ¿Por qué verlo me perturba?

Y, dispuesta a que mi noche y, en especial, la noche de Leo no se tuerzan, saco esa fuerza que sé que tengo en mi interior, sonrío y, mirando a Alessandro, que está hablando con Pili en la barra, exclamo:

—¡Pasémoslo bien!

En ese momento, y como caídos del cielo, Pili y Alessandro se acercan a nosotros, y rápidamente nos sumergimos en una divertida conversación. Eso hace que me olvide de que mi ex está aquí, hasta que de pronto suena la preciosa canción *100 años*, de Carlos Rivera y Maluma. Escucharla me hace sonreír. Mercedes también se ríe. Ambas hemos cantado esa rancherita de desamor muchas veces por culpa de nuestras antiguas parejas, Dalila y Óscar; en especial el estribillo, que dice eso de que aunque digan que no hay mal que dure más de cien años. Pero ambas tenemos claro que no queremos ser las primeras idiotas en comprobarlo.

—¿Bailamos? —me pregunta de pronto Alessandro.

Enseguida le digo que sí. Quiero bailar. Quiero pasarlo bien. Quiero pasar de Óscar.

Gustosa, disfruto de la compañía de Alessandro mientras bailamos. Ni él está enamorado de mí ni yo de él. Simplemente nos atraemos, y ambos sabemos que es muy posible que esta noche esa atracción vaya a culminar.

Tras esa canción va otra. Y tras esa, otra más. Durante un rato Alessandro y yo charlamos. Nos seducimos.

Pero de pronto comienza a sonar *Qué ironía*, de Thalia y Carlos Rivera y yo me cago en todo. ¿Por qué? ¿Por qué tienen que poner precisamente esa canción que tanto le gusta a Óscar?

Intento no pensar en él, olvidarlo. Pero de pronto noto una mano en mi hombro y, al mirar y encontrarme de frente con Óscar, no sé qué decir.

—¿Bailas conmigo, Cosita Linda? —me pregunta.

Uf, madre mía, madre mía..., lo que me entra por el cuerpo. ¿Por qué tiene que llamarme de ese modo? ¿Por qué tiene que acercarse a mí? ¿Por qué no me deja vivir y recomponerme?

El tacto de su piel sobre mi piel, su mirada, la canción... Estoy desconcertada. Mucho. Creía que no me había visto. Y entonces, sintiendo la mirada de Alessandro, e intentando no perder mi sonrisa, indico incapaz de rechazarlo:

—Voy a bailar con este amigo.

Alessandro asiente y sonríe. No me conoce lo suficiente como para leer mis gestos. Y cuando Óscar pasa la mano por mi cintura yo lo miro.

—¿A qué viene esto? —pregunto.

Óscar ríe y, con esa manera de ser suya, responde:

—He visto tu moto aparcada en la entrada.

Maldigo. No debería haber aparcado en la puerta.

—He pedido que pusieran esta canción —añade él a continuación.

¡Joder!

Una parte de mí querría partirle la cara, pero otra parte no. Inexplicable pero cierto. ¡Soy idiota! ¡De remate! Óscar es el tío que más daño me ha hecho en mi vida, pero aquí estoy, bailando esta canción mientras Leo y Mercedes me hacen gestos para que me aleje de él.

Pero no puedo. Ahora que estoy entre sus brazos, mi propio cuerpo no obedece a mi razón, y finalmente bailo mientras la letra de

la canción me dice lo tonta y estúpida que soy.

Bailamos en silencio hasta que él me mira y dice:

—Cosita Linda, estás muy guapa.

Lo miro. Ay, Dios... Pero intentando contenerme, respondo:

—Gracias por el piropo, pero, si no te importa, deja de llamarme de ese modo.

Óscar sonríe. Me conoció en un chat hace casi cinco años por ese ridículo nombre.

—Siempre te gustó —cuchichea.

Resoplo. Me están entrando los siete males. Soy tonta. Imbécil. Este tío es un puñetero sinvergüenza, y cuando voy a decirle cuatro cosas, suelta:

—Hoy he hablado con mi madre.

Vale. Su madre, Encarnita, merece toda mi atención.

—¿Qué tal está? —pregunto preocupada.

—Bien, dentro de su estado —afirma—. Me dijo que fuiste el fin de semana pasado a Ávila a verla.

Asiento. La madre de ese sinvergüenza es la mujer más maravillosa que he conocido en mi vida. Todo lo malo que tiene Óscar lo tiene de bueno su madre. Encarnita es una mujer que durante el tiempo que estuve con su hijo me trató mejor que Luisa, mi madre biológica, me cuidó más que él, y me niego a apartarla de mi vida: primero, porque la quiero y ella me quiere, y segundo, porque está enferma y en todo lo que yo pueda ayudarla, ahí estaré para ella.

—Te echo de menos.

Según suelta eso, estoy por partirle la cara.

Oy... Oy... Oy... Odio que me chantajee de ese modo. Lo sabe. Pero aun así sigue haciéndolo.

—Si tú quisieras —añade—, yo...

—No —lo corto.

—Una última oportunidad —insiste.

Suspiro. Resoplo. Volver con él sería mi gran error. Y, conteniendo la mala leche que esto me provoca, murmuro:

—Mira, Óscar, una cosita...

Cuando digo eso, se ríe y murmura:

—Uis, cielo, ya me conozco tus cositas...

Le voy a dar. Al final le voy a dar...

—Olvida lo que acabas de proponer y no vuelvas a mencionarlo

siquiera —replico.

Me mira. Lo miro. Cuando nos mirábamos así terminábamos poseyéndonos como animales. Pero no, eso se acabó. Aunque sé que las últimas veces he sido yo la que lo ha utilizado a él para mi propio disfrute.

Estoy pensando en ello cuando suelta:

—Este fin de semana, Rosa y yo...

—¡¿Rosa?!

—Mi chica. —Asiento y él continúa—: Iremos a Ávila a ver a mamá.

¡Vaya tela!

Hace dos segundos me pide una nueva oportunidad y ahora me sale con lo de la tal Rosa... ¿Es para matarlo o no?

Tomando aire por la nariz, miro hacia la derecha e imagino que Rosa es la rubia que nos mira con atención.

—Cosita Linda —dice él entonces—. Te echo mucho de menos y...

—Por favor, Óscar, ¡vale ya! —protesto.

Él calla, noto que me mira de una manera extraña, y luego añade:

—Tengo que decirte algo que espero que no te tomes a mal.

Bueno, bueno, bueno... Cuando dice eso es para echarse a temblar. Aunque, en fin, después de todas las trastadas que me hizo mientras estuvimos juntos, nada de lo que diga me va a sorprender. Y entonces suelta:

—Rosa está embarazada y posiblemente nos casemos.

Según oigo eso siento cómo todo mi cuerpo se rebela. ¡¿Qué?! ¿Óscar se va a casar? ¿Y va a ser padre, cuando yo se lo propuse y me dijo que no? ¿En serio?

Ostras, ostras, ostras... ¡Pues sí que me ha sorprendido!

El estómago se me retuerce. Se me retuercen todos los músculos del cuerpo. No sé qué decir. No sé qué hacer. Solo sé que tengo que alejarme de este hombre o al final acabará conmigo.

Pero, vamos a ver, ¿cómo este sinvergüenza me suelta hace dos segundos que si yo quiero, y ahora me dice que va a ser padre y se va a casar? ¿Cómo se entiende eso?

Tomo aire por la nariz mientras, mentalmente, intento no comportarme como la de la película *Carrie* y quemar el local con mi furia. Durante un tiempo pensé que él era mi persona especial. El

amor de mi vida. El padre de mis soñados hijos. Pero no. No lo es. Y con cada acción que hace me lo deja más claro.

Entonces, de pronto, con un hilo de voz consigo balbucear:

—Enhorabuena.

Óscar sonríe, niega con la cabeza e indica:

—Imagínate lo contenta que se pondrá mi madre cuando se lo diga. Siempre ha querido nietecitos.

Asiento, tiene razón. Encarnita siempre quiso tener nietos. Pero, conociéndola, y sabiendo lo mucho que me quiere, no sé si en este caso se alegrará. E incapaz de callar, pregunto:

—¿Cuánto tiempo llevas con Rosa?

—Cinco meses. Pero, oye, ¡muy intensos! —asegura.

Sin saber por qué, me río. Yo estuve cinco años con él. Y ahora, tras solo cinco meses con la tal Rosa, no solo se casa sino que también va a ser padre. Y susurro con acidez tocándome la cicatriz que tengo en la frente:

—Como dice la canción, ¡qué ironía!

Óscar no contesta. Me conoce, sabe que cuando me toco la cicatriz de la frente es mejor callar; cuando por fin la canción acaba, me aparto de él y digo tomando aire:

—Que seas muy feliz.

—Cosita Linda...

Me rebelo. Odio que me llame así. ¡Basta ya!

—Si vuelves a llamarme así, te tragas los dientes —siseo enfadada.

Y, sin más, me doy la vuelta y me dirijo hacia el baño. Necesito echarme agua en la cara para despejarme un poco o juro que, como Óscar se me vuelva a acercar, no voy a tener el control que he tenido.

Entro en el baño y antes de que la puerta se cierre Mercedes ya está ahí. Me mira en silencio y yo digo:

—Lo odio.

—Normal. Es un asco de tío.

—Se va a casar.

—¡¿Qué?!

—Y va a ser padre.

Mercedes parpadea. Su sorpresa es tan grande como la mía.

—¡Qué despropósito! —murmura.

Nos estamos mirando sin decir nada cuando de pronto la puerta

del baño se abre y veo que entra la rubia que acompaña a Óscar. La tal Rosa me mira, me sonríe. Y yo no puedo hacer otra cosa que devolverle la sonrisa. Ella no tiene la culpa de nada, y menos de haberse enamorado de un sinvergüenza como él. Así pues, me acerco a ella y digo:

—Enhorabuena, Rosa. Ya me ha contado Óscar.

De inmediato la joven me mira y repone:

—Disculpa, pero yo no me llamo Rosa. Soy Graciela.

Cuando dice eso cierro los ojos. Me toco de nuevo la cicatriz de la frente. ¿En serio? Y, dándome la vuelta, miro a Mercedes y cuchicheo:

—¿Es o no es para matarlo?

—¡Será cabronazo!

Y, sin poder contenerme, salgo del baño hecha una furia. Mercedes, que me conoce, se apresura a seguirme y susurra:

—Para, que te he visto tocarte la cicatriz de la frente.

Resoplo.

—¿Qué vas a hacer? —insiste mi pobre amiga.

Mi cabreo es tremendo. Pero ¿cómo puede tener tan poca vergüenza?

¿En serio le está poniendo los cuernos a Rosa, que está embarazada, con Graciela, y minutos antes me estaba tirando los trastos a mí? ¡¿En serio?!

Y sin contestarle a Mercedes, me acerco hasta Óscar, que al verme sonríe, y sin pararme a pensar, le suelto tal derechazo que siento que me he destrozado la mano.

¡Joder, qué daño!

Él da un traspié hacia atrás. Me mira aterrado y yo, no contenta con eso, me acerco a él, le cojo los huevos con la mano derecha y, retorciéndoselos con ganas, siseo ante su gesto de horror:

—¿Qué narices haces con Graciela si la que está embarazada es Rosa y te vas a casar con ella? ¿Y qué narices haces tirándome los trastos a mí? —Él no contesta. No puede—. Por Dios, Óscar, ¿cuándo vas a cambiar? ¿Cuándo vas a dejar de romper corazones? —Boquea como un pececillo asfixiado y yo añado—: Si vuelves a acercarte a mí o a llamarme «Cosita Linda», te juro que... que...

Óscar aúlla, grita de dolor. Por suerte, con la música tan alta que suena en el local no se le oye. Pone los ojos en blanco. Sé que lo que le hago le duele más que el puñetazo que le he dado. ¡Que se joda!

También me dolió a mí hasta el alma y a él le dio igual. Pero cuando siento que las piernas le flaquean, lo suelto. Él cae al suelo de rodillas y, cuando me mira y va a hablar, grito:

—¡Como digas una sola palabra, te tragarás la punta de mi bota!

Y se calla. No dice nada. Me conoce muy bien y sabe que estoy muy muy enfadada. Dicho esto, me doy por satisfecha y me vuelvo, y Mercedes, que sigue ahí, afirma:

—Estoy por patearle los huevos.

Eso me hace reír. Sin duda, no tener a mi lado a un hombre como Óscar es lo mejor que podría pasarme. Y cuando Leo se acerca a nosotras junto a una sorprendida María, Mercedes suelta con mofa:

—Se ha tocado la cicatriz...

Leo me mira. Quien me conoce sabe lo que eso significa. Y yo, con gesto angelical, digo frotándome los nudillos de la mano derecha:

—Lo siento, pero no he podido contenerme. Me ha pedido una nueva oportunidad y, cuando le he dicho que no, me ha soltado que va a ser padre y se va a casar, y precisamente no es con la chica rubia con la que está ahora mismo.

Horrorizado, Leo mira a Óscar, que continúa en el suelo, con la tal Graciela de rodillas junto a él. Lo que digo: conociéndolo, le parecerá un horror.

—No sientas nada, cielo —dice en cambio—. Poco le has dado para lo que ese imbécil se merece.

Al oír eso sonrío de nuevo y, acercándome a Alessandro, que está hablando con el grupo, le quito la copa de las manos, él me mira y yo doy un trago. Cuando termino, pregunto deseosa de irme de aquí y de sexo para desfogarme:

—¿Me acompañas a casa?

Como imaginaba, él accede sin dudarlo y, ante el gesto de sorpresa de Leo por mi descaro y la risa de Mercedes, nos despedimos del grupo y salimos del local.

Media hora después, tras conseguir que Alessandro casi se mee en los pantalones por la rabia que yo llevaba mientras conducía mi moto, llegamos a mi casa, aparcamos en el garaje y subimos a mi piso. Al abrir la puerta mi perrete se acerca rápidamente y yo, agachándome, lo cojo entre las manos y saludo:

—Hola, *Tigre*.

El perro, que es negro y no pesará más de kilo y medio, se vuelve

loco de felicidad ante mis mimos, y Alessandro se mofa mirándolo:

—Mucho nombre para tan poco perro...

Asiento sonriendo y, tras darle un beso a *Tigre*, lo dejo de nuevo en el suelo. Luego paso las manos alrededor del cuello de aquel y sugiero:

—¿Qué tal si tú y yo lo pasamos bien?

Alessandro asiente, se olvida del perro y, acercándome a su cuerpo, posa su boca sobre la mía y me besa.

Mmmmm, ¡sabía yo que iba a besar bien!

Un beso. Dos. Adiós, cazadoras. Tres besos. Cuatro. Adiós, top y camisa.

Mientras nos desnudamos lo conduzco hasta mi habitación. Menudos abdominales tiene Alessandro, ¡madre mía!

Al llegar, me quito el sujetador al tiempo que lo miro fijamente. Sé que tengo unos pechos bonitos, y cuando su boca va directa a ellos, cierro los ojos y me recreo. ¡Oh, sí!

Mientras disfruto del momento, mis manos desabrochan el cinturón de su pantalón, como él desabrocha el cinturón del mío. Los dos estamos ávidos de deseo, y creo que en esta ocasión vamos a pasar de los preliminares.

Me quito las botas, él se deshace de los zapatos y, segundos después, nuestros pantalones y nuestra ropa interior vuelan por la habitación. Él saca entonces un preservativo de su cartera, se lo pone a la velocidad de la luz y, cogiéndome entre sus brazos, guía su pene hasta el centro de mi deseo y se hunde en mí.

Mmmmm, ¡sí!

De pie en el centro de mi dormitorio, los dos nos damos gusto, nos movemos buscando nuestro placer y disfrutamos como dos locos mientras lo miro y pienso en el idiota de Óscar... ¿Por qué no podré quitármelo de la mente?

Soy una romántica empedernida de esas que aún creen en el amor y en poder encontrar a esa persona especial que ilumine tu vida. Durante años pensé que esa persona especial era Óscar. A pesar de sus trastadas yo misma lo idealicé y, la verdad, fue un error. Mi gran error. Pero si de algo estoy segura es de que ya no estoy enamorada de él. He reunido los pedazos de mi corazón y lo he recompuesto, y ahora solo tengo que conseguir que su presencia no me desestabilice.

De pronto Alessandro me apoya contra la pared. Mmmm, ¡me

gusta! No habla. Parece concentrado en lo que hace, y yo, que estoy sumida en mis propios pensamientos, lo disfruto. Sí, ¡que no pare! Sus acometidas se aceleran. Noto cómo sus pulsaciones y su respiración se atropellan, y siento que estamos cerca del clímax.

Tras un último empellón en el que él suelta un jadeo de lo más morboso, lo beso. Qué bien ha estado el momento sexo.

Tras el primer asalto, que ha empezado en la entrada de casa y ha terminado contra la pared de mi habitación, llega un segundo en la ducha de lo más fogoso. Y, tras el tercero en la cama, cuando veo que son las cinco y diez de la madrugada, con diplomacia y salero le hago saber lo tarde que es, y él rápidamente pilla la indirecta.

¡Anda que no tiene tablas el periodista!

Minutos más tarde, después de intercambiar nuestros números de teléfono, que hasta el momento no teníamos, y de que este se pida un taxi, nos damos un rápido beso de despedida de esos sin compromiso y nos decimos adiós. Otro amiguito más que va para mi *chorboagenda*.

Una vez que se marcha y cierro la puerta de casa, sonrío. Pero entonces me acuerdo de Óscar y maldigo... ¿Por qué sigo pensando en él?

Como cada noche, tras lavarme los dientes, cojo a *Tigre* en mis brazos y, juntos, nos metemos en la cama, donde nos arropamos con mi precioso edredón y nos quedamos dormidos. Bueno, *Tigre* antes que yo..., y con lo pequeño que es, ¡ronca que da gusto!

Capítulo 2

—¡Madre mía, qué *fresquíbiri*!

Sonriendo a pesar del frío que hace en marzo en Madrid, saludo al entrar en el local a mis amigos Leo y Mercedes, que me besuquean más que otros días porque saben que hoy, precisamente hoy, lo necesito.

Enseguida me pido una Coca-Cola y, al ver un plato de tortilla sobre la mesa, cuchicheo:

—Pero bueno, ¡si tardo un poco más, no me dejáis nada!

—¡Este, que es un ansias! —indica Mercedes.

Leo la mira, yo me río y, como todos sabemos perfectamente que el ansias es Mercedes, él indica mirándome:

—Amara, da gracias porque la he parado… Si hubiera sido por ella, no habría dejado ni las miguitas de pan.

Miro a Mercedes haciéndole un gesto retador y ella sonríe. Me gusta verla feliz.

—Tomo nota —le advierto.

Los tres reímos y en ese preciso instante suena mi teléfono. Esperamos una videollamada y, al ver de quién se trata, rápidamente lo cojo y los tres saludamos:

—¡Holaaaaaaaa!

Al otro lado del teléfono está nuestra buena y mejor amiga Verónica, quien encontró en Naím al hombre de su vida y se ha trasladado a vivir a Tenerife.

¡Que viva el amor, que mueve el mundo!

Siempre quiso vivir en la playa y, sin duda, ¡ahora se va a hartar de ella!

Contenta de verla tan morenita y con esa feliz sonrisa, pregunto:

—¿Qué tiempo hace por allí?

—Mejor imposible —afirma enseñándonos el bonito día que hace en las islas.

Divertida, asiento y, al verla sonreír, prosigo:

—¿Cómo está mi bloquecito deshelado?

Todos reímos. Ese mote es porque mi amiga ha pasado de ser un bloque de hielo a todo lo contrario. Está claro que el amor, y en su caso Naím, la ha transformado.

—Bien, pero os echo mucho de menos —responde.

Leo y Mercedes asienten como yo. Los cuatro formamos el Comando Chuminero y, aunque eso es inamovible y hablamos por videollamada dos veces a la semana, que uno de nosotros esté tan lejos nos apena.

—Nosotros sí que te echamos de menos a ti —dice Leo.

—¿Qué tal la fiesta de cumpleaños? —pregunta Verónica.

Rápidamente se lo contamos todo con pelos y señales. Saber que vi a Óscar la hace enfadar, pero termina muerta de la risa al enterarse de cómo acabó el encuentro. Dicho esto, Leo sigue contándole los pormenores de la fiesta: los regalos, los invitados...

Más tarde le preguntamos por Zoé, su hija, a la que tuvo cuando era una adolescente de quince años y que es nuestra niña consentida. Vive en Nueva York con su noviete y, según nos dice Verónica, está feliz, y más ahora que ha retomado sus clases de danza.

Estamos hablando sobre ella cuando Mercedes de pronto suelta:

—Le he pedido a María que se case conmigo..., ¡y ha dicho que sí!

Al oír eso, todos la miramos. ¡¿Qué?!

—Pero ¿qué me estás contando? —murmuro.

Ella asiente y luego añade tomando aire:

—Sé que solo llevamos unos meses juntas y que puede parecer algo precipitado, pero quiero a María, ella me quiere a mí y..., ¡joder, que nos casamos!

—¿Y no podéis iros a vivir juntas? —sugiere Leo.

Mercedes niega con la cabeza y, con una sonrisa que nos desarma a todos, musita:

—Lo quiero todo con ella y ella lo quiere todo conmigo. Y, la verdad, mi corazón me dice que María es el amor de mi vida.

Los cuatro nos quedamos en silencio. Ninguno sabe qué decir, y Mercedes, viendo nuestro desconcierto, indica dirigiéndose a Leo y a mí:

—A ver, ¡vosotros sois los románticos! ¡Alegraos por lo que acabo de contaros!

Mi amigo y yo intercambiamos una mirada. Tiene razón. Nosotros somos los romanticones del grupo.

—Vale —dice entonces Leo—. Nos alegramos. Pero ¿no crees que casarte es algo precipitado?

Mercedes asiente, pone esa cara de patito que a todos nos enamora y luego musita:

—La amo con locura. Y ya sabéis que ¡yo! soy de locuras.

Oír eso me hace sonreír. Soy una enamorada del amor y, consciente de que yo me habría casado con Óscar en mil ocasiones, sin pensar en nada más, abrazo a mi amiga.

—Dime cuándo y dónde, ¡y allí estaré! —afirmo.

Verónica y Leo se suman de inmediato a mis palabras y, sin esperarlo, nos vemos hablando sobre la boda que nuestra amiga quiere celebrar dentro de unos meses.

—María es la mujer de mi vida —cuchichea al cabo—. Es buena, encantadora, paciente, me quiere..., y si a eso le añades que tiene los pechos más bonitos que he visto en mi vida y que...

—¡Mercedes Romero, para! —protesta Leo.

—¡Leo Morales! —se mofa la aludida—. ¿Me estás diciendo que no te has fijado en los preciosos pechos de mi futura mujer?

Leo resopla, pone los ojos en blanco y a continuación murmura:

—¡La madre que la parió!

Verónica y yo nos reímos divertidas. Si algo nos gusta a las tres es chinchar a Leo. A diferencia de nosotras, él es bastante puritano en lo que a sexo se refiere.

—¡Quiero saberlo todo! —exclama entonces Verónica.

Como siempre, nos salimos con la nuestra y el pobre Leo, durante un buen rato, escucha lo que Mercedes tiene que decir de su futura mujer y lo que Verónica cuenta de su chico. Cuando acaban, se dirige a mí y pregunta con retintín:

—¿Y tú no tienes ninguna burrada que decir?

Divertida, asiento y me mofo:

—Alessandro, ¡espectacular! ¡Qué movimiento de caderas...!

Verónica y Mercedes se parten de risa. Leo no. Él simplemente nos mira y, tras ponerse en pie, dice alejándose para ir al baño:

—No sé por qué os sigo soportando.

Una vez que se va, las tres nos miramos y yo cuchicheo con complicidad:

—Pobre… Cualquier día nos manda a la mierda.

Durante unos minutos seguimos hablando de la boda íntima y divertida que quiere organizar Mercedes. Yo participo de la conversación, pero también sé que estoy más callada de lo normal. Entonces mi amiga se interrumpe y me dice:

—Yo aquí hablando de mi boda cuando hoy, precisamente, no estás tú para celebraciones.

Según dice eso, tomo aire. Hoy es un día complicado para mí.

—No pasa nada, reina —le aseguro.

—Amara… —susurra Verónica.

Intentando sonreír, suspiro. Mis dos amigas y Leo son mi familia, mi máximo apoyo.

—Tranquilas, reinas —suelto—. Sabéis que puedo con esto y con más. Óscar, Luisa o Jesús no me quitan el sueño.

De inmediato el gesto de mis amigas cambia. Luisa y Jesús son esos a los que debería llamar «padres». Mis amigos saben la complicada y tensa relación que tengo con ellos. E intentando quitarle importancia al tema indico:

—Como siempre, será media horita complicada, pero quiero ir.

Noto la mano de Mercedes sobre la mía. Siento su calor, su amor, como a través de la pantalla siento el cariño de Verónica, que pregunta:

—Amara, ¿por qué sigues haciéndolo?

Sonrío con tristeza. A mis padres les da igual si existo o no. Me encojo de hombros y murmuro con rabia mientras mi mano va derecha a la cicatriz de mi frente:

—Porque quiero que se jodan.

—A mi modo de ver, la que se jode eres tú… —indica Mercedes.

Suspiro. Sé que tiene su parte de razón, pero no quiero entrar en debate. Ya son muchos años hablando sobre el tema, y este año me niego.

Las tres nos miramos en silencio. Los problemas familiares nunca son fáciles. Y a continuación Verónica pregunta:

—¿Tu mano está bien?

Sonriendo, asiento.

—Menudo derechazo le metió a ese sinvergüenza —suelta Mercedes.

Las tres nos reímos. Yo no soy de las que se andan con chiquitas.

—¿Óscar ha vuelto a llamarte? —pregunta Verónica.

Afirmo con la cabeza, me ha enviado varios mensajes a través del móvil, pero respondo:

—Tranquilas. Paso de él.

Verónica tose. Mercedes se rasca el cuello y yo, dispuesta a cambiar de asunto, digo en ese tono de humor que siempre utilizo para que mi vida sea mejor:

—Y acabando con esos temas tan aburridos, he de deciros que he tenido dos *match* con dos hombres monísimos y posiblemente quede con ellos para cenar cualquier día de estos.

—¡Estupendo! —exclama Mercedes.

Sonrío. Sonríen. Sé que querrían que siguiéramos hablando de lo otro, pero, como siempre, me respetan. Entonces añado enseñándoles mi teléfono:

—Andrés. Madrid. Pastelero. Guaperas. Treinta y seis años. Y Daniel. Barcelona. Bombero. Interesante. Atractivo. Cuarenta y cinco años. ¡Este me pone mucho!

—El bombero tiene un buen meneo —cuchichea Mercedes después de ver sus fotos.

Sin dudarlo, asiento divertida.

—Y lo mejor es que esto es sin cepillo de dientes ni compromiso —digo.

Las tres reímos, y luego Verónica pregunta:

—Amara, ¿cómo va lo de encontrar trabajo?

Suspiro. ¡Vaya tela con los trabajos!

Tenía dos. El primero e importante, como enfermera en un hospital privado, en la planta de maternidad. Pero, al tener que renovarme el contrato, mi puesto se lo dieron a la hija de un médico. Y el segundo era dando clases de natación sincronizada a niños, algo que se acabó cuando la piscina donde las daba cerró. Por tanto ahora mismo me encuentro en paro y buscando.

—La cosa está complicada —musito. Y, consciente de algo que llevo pensando hace tiempo, añado—: Justamente esta mañana he estado mirando la bolsa de trabajo internacional y he encontrado algo como enfermera en Suecia, pero sería para octubre. Y...

—¡¿Suecia?! —me corta Mercedes—. ¿Qué se te ha perdido a ti en Suecia?

—Perdido..., no he perdido nada —replico—, pero seguro que allí

encuentro algo interesante.

Según digo eso, las tres nos reímos, y luego Mercedes insiste:

—¡Ni hablar! ¡No quiero que te vayas!

—A ver. —Intento tranquilizarla—. Si lo dices por tu boda, ten muy claro que no me la perderé por nada del mundo. Pero, reina, tengo que pagar la luz, el agua, la hipoteca de mi casa..., y para eso necesito trabajar. ¿O acaso te ha tocado la lotería y lo vas a pagar tú todo?

Mercedes resopla.

—Puedo vivir sin muchos lujos durante un año con el dinero que tengo —continúo—, pero necesito trabajar o el dinero se me acabará, y no me veo viviendo debajo de un puente.

Me río. Ver su cara me hace reír. Omito decir que marcharme lejos es algo de lo que ya he hablado varias veces con Verónica. Creo que poner tierra de por medio entre Luisa y Jesús y yo, y, por supuesto, hacer lo mismo con Óscar me vendrá muy bien para mi alma y mi corazón. Pero entonces Mercedes exclama:

—Mira lo que te digo: ¡ni se te ocurra irte a Suecia!

—Los nórdicos nunca te han gustado. Tú eres más de morenos —oigo que afirma Verónica.

—Ese es un gran punto a favor: ¡que allí no habrá morenos! —matizo feliz.

En ese momento vuelve Leo y Mercedes se apresura a soltar:

—Oye, ¡que esta petarda está pensando en irse a vivir a Suecia!

Él me mira, se sienta y, levantando las cejas, gruñe:

—¡Ni se te ocurra! —y con gesto de enfado prosigue—: Verónica en Tenerife. Tú en Suecia... Pero ¿qué narices está pasando?

Miro a Verónica a través del teléfono. Ella entiende mis motivos, y ambas nos reímos hasta que de pronto esta dice:

—A ver, tranquilidad, ¡que no cunda el pánico!

Pero Mercedes y Leo ya se han alterado. No les hace gracia lo que he dicho, y lo entiendo. Siempre quisimos estar los cuatro juntos, envejecer cerca los unos de los otros, pero la vida es la vida, y contra ella no se puede luchar. Entonces Verónica, que tiene más tablas que un tablao flamenco, hace una broma; yo la sigo, Mercedes continúa y dos minutos después ya estamos riendo y todos se han olvidado del tema.

Después de un buen rato de videollamada con Verónica durante

el que hablamos de todo y más, tras despedirnos de ella me despido también de Leo y de Mercedes poco después. Les repito una y mil veces que estoy y estaré bien. Se preocupan por mí. Quieren venir conmigo, pero no se lo permito. Esto es algo que yo y solo yo debo hacer.

Una vez sola, entro en una floristería y compro una margarita. Solo una. Con ella en el interior de mi cazadora monto en mi moto y me dirijo hacia la Casa de Campo de Madrid. Allí, al llegar a un punto que conecta con el parque de atracciones, sonrío. Ahora no, pero hace años, siendo yo una niña, por allí había un hueco por el que nos colábamos para disfrutar de la feria. Y, tras emocionarme por los bonitos recuerdos que acuden a mi mente en tromba, saco la margarita del interior de mi cazadora, la dejo en el suelo y comienzo a entonar la canción *Love of My Life* de Queen, esa que tanto le gustaba.

Emocionada, canto entre sollozos y, cuando acabo, una vez que me seco las lágrimas de los ojos, musito:

—No hay ni un solo día que no piense en ti.

Y, mirando el tatuaje que llevo en la cara interna de mi muñeca derecha, en el que se lee *«Love of My Life»* por él, susurro:

—Lo sé. Algún año será el último. Pero está claro que no es este.

Minutos después, y haciendo de tripas corazón, me dirijo hacia mi preciosa Honda CB500F, me monto en ella y voy hasta el barrio de mi niñez, Aluche, que es donde siguen viviendo esos que según lo que dicen unos papeles son mis padres.

Con amor, antes de subir al que fue mi hogar, paso a ver a dos de mis vecinas. Y digo dos porque otras ya no viven aquí o por desgracia han muerto. Y, como siempre, me comen a besos. Son maravillosas.

En cuanto me despido de ellas voy también a casa de mi vecina Maribel a tomarme un cafelito, como ella dice. Maribel es una mujer viuda desde su juventud, que no tiene hijos, y más que mi vecina es mi familia. Mi madre. Si no hubiera sido por ella, sinceramente no sé qué habría sido de mí. Como siempre, me pone al día de todo y, después, con fuerzas renovadas, subo a la que fue mi casa.

Cuando Jesús abre la puerta, su gesto no cambia. Ni una sonrisa. Ni un cariño. Ni un beso. Ni un abrazo... ¡Nada! Simplemente me mira y suelta levantando la voz:

—Aquí está.

Dicho esto, da media vuelta y se sienta en su butaca de cuero

marrón para seguir viendo algo que dan en la televisión. Está claro que le interesa más que yo. Veo que Luisa sale de la cocina. Su aspecto es tan dejado y desastroso como el de Jesús. Me mira de arriba abajo y, al ver que llevo el casco de mi moto en la mano, dice:

—Cualquier día te matarás.

Bonitas palabras después de estar un año sin verme.

Acto seguido, y sin beso ni abrazo tampoco, entra donde está Jesús, abre la ventana y se enciende un cigarro. Con su actitud me demuestran que, una vez más, mi visita no es bien recibida. Desde la puerta valoro su frío recibimiento. Siempre que llega este momento me pasa lo mismo y pienso: «¿Qué hago aquí? ¿Por qué sigo martirizándome?». Pero al final, consciente de por qué he venido, decido entrar.

Después de cerrar la puerta dejo el casco de la moto sobre la silla que hay en el recibidor y, como cada año, me fijo en la esquina desconchada de la pared. Ver el destrozo que nunca arreglaron me hace tomar aire, y cuando entro en el salón pregunto:

—¿Qué tal todo?

Ellos me miran. Lo lógico sería que se interesaran por mí, por mi vida. Joder, la hija soy yo. Pero no, con ellos eso nunca ha sido así. Decido no comentarles siquiera lo de Suecia. ¿Para qué, si les dará igual?

Sedienta, sin decirles nada, paso a la cocina a por un vaso de agua. Me desagrada ver cómo viven. Aunque me molesta más todavía mirar al suelo y saber que bajo una de esas baldosas guardan la mierda que venden, y que eso los ha llevado al calabozo más de una vez.

Durante unos segundos pienso en ello. Luego, dispuesta a mencionarles algo que con seguridad ni siquiera recuerdan, regreso al salón y digo mirando el tatuaje de mi muñeca:

—Hoy hace veinticuatro años.

Dicho esto, y viendo que no contestan, saco un paquete de tabaco de mi bolsillo, me enciendo un cigarro y entonces Luisa suelta:

—¿Es necesario que vengas cada año a recordarlo?

Asiento. Para mí es totalmente necesario. Sé que mi hermano estará enfadado conmigo por hacer esto, pero aquí sigo. Aquí estoy, año tras año, del mismo modo que, año tras año, le prometo a Raúl que será el último.

Luisa y Jesús fueron los típicos jóvenes porreros y descontrolados a los que sus familias casaron cuando ella se quedó embarazada de mi hermano mellizo Raúl y de mí.

La relación con ellos siempre fue fría, complicada, impersonal. Desde pequeños nos hicieron sentir que éramos un incordio. Crecer junto a unos padres que se dedicaban a vender drogas no fue fácil. Mucha gente nos rechazaba por algo que hacían ellos, y eso fue algo que yo llevé de una manera y Raúl de otra muy distinta.

Mientras yo, por mi carácter y mi forma de ser, supe que no quería drogas en mi vida, con Raúl fue diferente. Por desgracia, mi hermano, mi maravilloso hermano Raúl, al que le encantaban las motos y era la persona más buena del mundo, pero al tiempo también la más débil, cayó en las drogas por culpa de mis padres. En esa maldita lacra que a tantas buenas personas se ha llevado por delante. Y aunque siendo una niña me desviví por cuidarlo y protegerlo todo lo que pude, cuando teníamos catorce años, un 30 de marzo, Raúl murió de una sobredosis de heroína en la cama de nuestra habitación.

Recuerdo el momento justo. Eran las tres menos diez de la tarde. Yo llegué del instituto. Como siempre, Luisa y Jesús estaban con sus amigotes consumiendo en la calle, sin preocuparse de si mi hermano y yo comíamos. Y yo, que sabía que él había faltado a clase, tras buscarlo por el barrio y no encontrarlo, dejé la mochila en el suelo del recibidor al llegar a casa y me dirigí a nuestra habitación.

Al entrar todo estaba oscuro. Ventana cerrada, persiana bajada. Vi su cuerpo tumbado sobre la cama. A Raúl le encantaba dormir. Molesta con él, subí la persiana regañándolo, pero al mirarlo de pronto la vida me cambió en un instante cuando comprendí lo que mis ojos veían y, sin acercarme a él, supe que Raúl estaba muerto.

Chillé asustada. Fui hasta él. Le pedí que se despertara. Que abriera los ojos. Y al no conseguirlo, salí corriendo en busca de alguna vecina. Pero al llegar a la puerta tropecé con mi mochila, me caí y me di en la cabeza con una esquina de la entrada, que, del golpe, se desconchó. Al instante noté que algo corría por mi cara. Era sangre. Pero eso no me frenó. Me levanté. Abrí la puerta. Bajé corriendo a casa de mi vecina Maribel y ella, al verme, como siempre, me atendió, subió a mi casa para corroborar lo que yo le estaba diciendo, llamó a una ambulancia y fue a buscar a mis padres. El resto lo recuerdo vagamente.

Ese fue el primer día en que de verdad los odié y pasaron a ser Jesús y Luisa. ¿Por qué yo, siendo una niña, había tenido que encontrar a mi hermano muerto de ese modo? ¿Por qué ellos no se habían comportado como unos padres? ¿Por qué no me habían ayudado a cuidar de Raúl?

Tres días después, tras hacerle la autopsia, me vi diciéndole adiós antes de incinerarlo, con siete puntos en la frente, de la mano de Maribel y junto a Jesús y Luisa, que no lloraron y cuyas únicas palabras fueron: «Una preocupación menos».

¿Cómo que «una preocupación menos»? Por Dios, ¡era su hijo, mi amado hermano...!

Esa noche, en casa y dolida por todo, tuve la mayor discusión que he tenido en la vida con ellos. En realidad solo he tenido una y no pienso tener más. Siendo una cría de catorce años, les eché en cara todo lo que jamás les había reprochado, y fue tal la herida que me ocasionó esa discusión que la poca relación que había entre nosotros se acabó.

Varios días después nos avisaron para ir a recoger las cenizas de Raúl y, consciente de que ellos nunca irían a buscarlas porque no les interesaban, fui yo, y, sin decirle nada a nadie, las esparcí en la Casa de Campo de Madrid mientras, entre hipidos, cantaba su canción preferida, *Love of My Life*, de Queen. Fue cerca del parque de atracciones, un sitio del que siempre tendré bonitos recuerdos vividos con él que nunca olvidaré.

Con Jesús y Luisa malviví durante años, aunque realmente me pasaba más días en casa de Maribel que con ellos. Dormir en el cuarto que había compartido con Raúl, y donde yo lo había encontrado muerto, me resultaba imposible. Me faltaba el aire. Por ello Maribel me dio cobijo, comida y amor. Ella se preocupó de que mi vida fuera mejor, e incluso me consiguió una plaza en una piscina donde practicar natación sincronizada. Según ella, eso lograría que me desfogara. Y así fue.

A los diecisiete yo ya era muy independiente. Trabajaba en todo lo que podía para subsistir y, sin ganas de seguir soportando que Jesús y Luisa me siguieran robando el dinero que ganaba, el mismo día que cumplí los dieciocho, sin decirles nada, recogí mi guitarra y mis cuatro cosas y, ayudada por Maribel, que no consiguió frenarme, tirando de mis pequeños ahorrillos me fui a vivir a un piso compartido con otras

chicas en el mismo barrio.

A partir de ese momento decidí buscar una vida mejor que la que tenía. Odiaba las drogas. No quería saber nada de ellas, y fue por entonces cuando aparecieron Verónica, Leo, Mercedes y Zoé y sus respectivas familias. Junto a Maribel y la natación, ellos me ayudaban. Durante años la natación se convirtió en mi refugio, hasta que por desgracia me lesioné y, ante la imposibilidad de sufragar la operación que debía hacerme, esta se acabó.

En un principio fue un palo. Mi vida estaba encaminada a ese deporte, pero, reinventándome de nuevo, decidí estudiar Enfermería para poder ayudar a los demás.

Con el tiempo apareció Vasile en mi vida y más tarde también Encarnita, la madre del idiota de Óscar, quienes, junto al que ya estaba en mi corazón, puedo decir que son mi verdadera familia, y no la que me tocó por sangre.

Sin embargo, nunca he olvidado al amor de mi vida, mi hermano Raúl. Y por ello, todos los años, el 30 de marzo voy a ver a esos dos extraños a los que la gente llama «mis padres» para que, con mi incómoda presencia, jamás olviden que Raúl existió y que ellos no lo cuidaron.

Durante una tensa media hora que yo misma controlo mirando el reloj que hay sobre el televisor, los tres permanecemos en absoluto silencio. El aire se podría cortar con unas tijeras. Hasta que, al cabo, me acerco a donde he dejado mi casco, lo cojo y, tras mirar el desconchón de la pared donde me abrí la cabeza aquel horroroso día y que nunca se molestaron en arreglar, me marcho sin decir adiós. No se merecen ni que los mire.

Cierro la puerta a mi espalda y tomo aire. Ya no lloro. Hace años que dejé de derramar lágrimas por ellos. Según bajo por la escalera, oigo que la puerta de Maribel se abre y, cuando quedo ante ella, abre los brazos y me estrecha entre ellos con todo su amor. ¡Qué grande es mi Maribel!

Media hora después, tras asegurarle que estoy bien, me despido de ella, me encamino hacia mi moto y, sonriendo por Raúl y por mí, prosigo con mi vida y vuelvo a pensar con más ahínco en lo de Suecia.

Capítulo 3

Han pasado diez días. En este tiempo me he informado mejor sobre el viaje a Suecia y, si quiero, tengo un puesto de trabajo asegurado el 15 de octubre en Sundsvall, en un hospital llamado Sundsvalls Sjukhus. ¡Menudo nombrecito...! Tras pasear a *Tigre* por El Retiro, comprarme una revista de motos y pasar por el búrguer, recibo varios mensajes del imbécil de Óscar. Quiere verme, hablar conmigo. Pero yo ni le contesto.

¿Por qué no me dejará en paz y se olvidará de mí?

Antes de llegar a mi casa veo en la esquina a Vasile, que está tocando su violín. Es un hombre de sesenta y cinco años que vino de Rumanía hace quince en busca de una vida mejor junto a una pequeña maleta y su violín. Lo conocí una tarde de hace diez años en la que, al llegar a mi casa, un maldito ladronzuelo me dio un tirón del bolso y, gracias a Vasile, que estaba tocando el violín en la esquina, pude recuperarlo.

A partir de ese día Vasile comenzó a formar parte de mi familia. Siempre que puedo lo invito a comer a casa, al cine o a pasar la tarde sentados en El Retiro hablando de música. También lo ayudé a encontrar un sitio donde vivir, pues se alojaba en una pensión de mala muerte. Al ser extranjero nadie se fiaba de él, pero al final a través de un amigo de un amigo conseguí un pisito pequeño en Vallecas en el que vive muy feliz.

Vasile es un apasionado de la música y, como a mí me encanta, pasamos ratos agradables escuchando canciones desde mi móvil. Y, oye, he aprendido mucho sobre música clásica y él de música moderna.

Cuando me acerco a él sonríe al verme. Gustosa, escucho la pieza de música clásica que está interpretando y, una vez que acaba, me guiña el ojo y para mi sorpresa comienza a tocar *The Joker and the Queen*, del fantástico Ed Sheeran.

¡Madre mía, qué preciosidad!

El último día que estuvimos juntos en el parque le hice escuchar esa canción desde mi móvil. ¡Es tannnnnn bonita! Y está visto que la ha preparado para mí. Vasile es maravilloso, es un tipo estupendo, y siempre he pensado que habría sido un padre excelente.

Encantada, lo escucho mientras me acerco a él sin ninguna vergüenza y canturreo la melodía. La gente se detiene al oírnos. Sé que no canto mal. Tengo buen oído. Y, complacida, disfruto entonando esa bonita y triste canción mientras él toca el violín.

Cierro los ojos. Me gusta sentir la música cuando noto que me sale del corazón, y sin duda ahora es así, pues el bufón que hay en mí ya no tiene relación con Óscar.

Cuando la canción acaba, tras recibir aplausos y animar a los viandantes que se han parado a escucharnos a que le echen unas monedas en la gorrilla, miro a mi buen amigo, le doy un beso en la mejilla y, enseñándole una bolsita que llevo en la mano, anuncio:

—Hamburguesa con queso y doble ración de patatas. ¿Te lo comes aquí o subes a casa?

Vasile sonríe, pero mirando a su alrededor dice:

—Hoy hace un día espléndido y he de aprovechar la afluencia de gente, aunque gracias por la hamburguesa.

Asiento, lo comprendo. Tocar música en la calle para sobrevivir es su trabajo. Y, con complicidad, dejo la bolsa con la hamburguesa sobre una pequeña banqueta que tiene a su lado.

—Ten un excelente día —digo guiñándole el ojo.

Vasile me sonríe y, después de que *Tigre* se despida también de él, mi perro y yo nos dirigimos hacia mi casa.

Una vez allí, nada más entrar voy a poner música. Miro en Spotify las listas de reproducción que tengo y…, bueno, casi todo es de estilo romántico. Soy una romántica empedernida. Pienso qué poner. Y cuando mis ojos pasan por la de Pablo Alborán, niego con la cabeza. Me encanta ese intérprete tanto como mi Manuel Carrasco, pero sus románticas canciones de amor son tan reales y me tocan tanto el corazón que lo tengo vetado desde hace tiempo. Lo siento, Pablo.

Al final, dejando mi teléfono a un lado, pongo la radio y sonrío al oír que suena *Bam Bam*, de Camila Cabello y Ed Sheeran.

¡Qué buen rollito me da esa canción!

Gustosa, me siento sobre la encimera de la cocina de mi casa mientras *Tigre*, que es un perro bailón, parece bailar y yo me río

divertida. ¡No me digas que no es gracioso ver a mi perro a dos patas bailando conmigo!

Estoy riendo con *Tigre* cuando oigo que suena mi teléfono móvil. Está sobre la mesa y, al ver que se trata de Verónica, me apresuro a cogerlo y la saludo mirando la otra hamburguesa que he comprado para mí:

—¡Hola, reina!

Siempre me ha gustado oír la risa de mi amiga. Adoro a Leo y Mercedes, los cuatro juntos somos una gran familia, pero entre Verónica y yo siempre ha existido una complicidad especial, como la que existe entre ellos dos.

Camino hacia el sofá, donde me siento mientras hablo con mi amiga. La pongo al corriente de cómo fue el encuentro con Luisa y Jesús y le hablo del puesto de trabajo que me han ofrecido en Suecia, hasta que de pronto dice:

—Oye, yo te llamaba para hacerte una proposición indecente.

—Mmmm, ¡me gusta! —me mofo.

Ambas reímos, y ella prosigue:

—Sé que, además de para trabajar, quieres irte a Suecia para poner tierra de por medio entre Óscar y tú, ¿verdad?

Sin dudarlo, asiento.

—Te ha faltado mencionar a Luisa y a Jesús —añado—. Y, sí, creo que me vendrá muy bien marcharme una temporadita de Madrid para coger aire.

Sin ver a Verónica, pero conociéndola, la imagino asintiendo.

—Tengo una propuesta laboral para ti, en Tenerife —suelta de pronto—. ¿Qué te parece?

Según lo dice, asiento con la cabeza. Está claro que Tenerife pone tierra de por medio entre aquellos y yo.

—¿Pagan bien? —pregunto.

—En mi opinión, creo que sí.

Me río.

—Parezco una pesetera, pero ¿cuánto pagan? —insisto.

—Dos mil euros al mes. Además de casa y comida gratis.

Asiento. En Suecia me pagarían mil quinientos al mes, y a eso tendría que descontarle el piso compartido y la comida, así que indico:

—Me parece muy interesante lo que dices... ¡Soy toda oídos!

Tigre se sube a mi regazo. Lo que le gusta al *jodío* estar encima de

mí.

—¿Recuerdas lo que te comenté sobre la paternidad de mi cuñado Liam? —comenta Verónica a continuación.

—¿Hablas del guaperas tiquismiquis?

—El mismo —afirma ella.

Rápidamente asiento. No conozco a Liam en persona. Nunca he coincidido con él, aunque sé de su existencia.

—¿Te refieres a lo del hijo que de pronto apareció porque la madre del niño mintió diciendo que era del buenorro de Tom Blake pero resultó ser de tu cuñado? —pregunto.

—¡Exacto!

—Madre mía, ¡qué culebrón!

—Y tanto —concuerda Verónica.

—No quiero ni pensar lo que tiene que ser encontrarte con algo así —me mofo.

—¡Un caos! —oigo que cuchichea.

En silencio, cabeceo. La llegada de un bebé a cualquier familia debe de ser siempre un caos, así que no quiero ni imaginarme cuando un bebé aparece de la noche a la mañana.

—Antes de nada —dice entonces Verónica con cierto apuro— has de saber que el trabajo sería cuidando al pequeño. Y..., bueno, aunque quizá no sea lo que más deseas...

—Es un trabajo muy bien pagado y lejos de Madrid, Verónica —repongo.

—Naím y yo le hemos hablado de ti a Liam. Él valora mucho que seas mi amiga y, sobre todo, enfermera. Y, oye, me consta que paga bien. Y..., bueno, vivirías en una preciosa casa frente al mar y, lo mejor, ¡cerca de donde yo estoy, por lo que podríamos vernos!

Sonrío. Sin duda, pinta bien.

—Una cosita... —tercio—. ¿Tu cuñado no tiene quien cuide al niño?

Según digo eso y oigo el silencio al otro lado del teléfono, me río y cuchicheo:

—Vamos, suelta eso que no me has contado...

Verónica se ríe.

—Mi cuñado es un pelín especialito —dice.

—¿Especialito en qué? —pregunto con curiosidad.

Oigo que ella resopla y, bajando la voz, añade:

—Es muy exigente con todo lo que tenga que ver con Jan. Además, ya te conté que su familia lo llama por el apodo de don Limpio y Ordenado…, aunque si se te ocurre decírselo, ¡te mato!

Eso me hace reír. Limpia soy. Ordenada es otra cosa. Y, dispuesta a saber más sobre el trabajo, indico:

—Mira, dale mi número de teléfono, dile que me llame y…

—Estoy en su casa y lo tengo a escasos metros de mí hablando con Naím —me corta—. ¿Qué te parece si te lo paso ahora y lo habláis?

—¡¿Así, sin más?!

—Es trabajo, Amara. Mejor ahora que en otro momento.

Asiento y me mofo. Recuerdo que, aunque no conozco a Liam, Verónica siempre dice que, a diferencia de Naím, este siempre va impoluto, vestido con trajes, por lo que me mofo:

—¿Crees que debo hacerme un peinado especial y ponerme un traje para hablar con él?

Mi amiga se carcajea al oírme y, bajando la voz, suelta:

—Liam es un hombre que llama mucho la atención entre las féminas. Ya te lo conté, ¿verdad?

—Sí. Pero, si mal no recuerdo, me dijiste que físicamente no tiene nada que ver con Naím.

—Nada en absoluto. Mi chico es moreno y este es más de pelo y ojos claros.

Asiento y sonrío.

—Perfecto —indico—. Estoy inmunizada contra los rubios.

Oigo la risa de mi amiga. Sabe que lo que digo es cierto. Nunca, pero nunca, nunca me he fijado en un rubio.

—¿Tiene redes sociales? —cuchicheo interesada—. Lo digo para verlo.

Verónica vuelve a reír y musita:

—No, cielo. Es de los que pasan de eso.

Cabeceo. No es la única persona que conozco que pasa de las redes sociales.

—Reina, pues mándame alguna foto para conocerlo —insisto.

—¡Espera! Creo que tengo alguna en el móvil.

Acto seguido se hace un silencio; al cabo recibo un mensaje en el teléfono y, tras abrir la fotografía adjunta, veo a un tipo alto de pelo claro, con gafas de sol y exquisitamente vestido con un bebé en los

brazos.

—Soy más de morenos algo macarrillas —murmuro.

—Lo sé.

—Demasiado trajeado y repeinado. No me va.

—Ya. Por eso te propongo este trabajo.

Eso me hace gracia. Verónica sabe muy bien qué tipo de hombre me gusta.

—Espera —añade—. Voy a pasarte con él.

—¡Vale!

—Te quiero.

Oír eso me hace gracia. Decirnos que nos queremos es lo más normal del mundo entre nosotras. Cuando voy a contestar *Tigre* da un salto para bajarse de mi regazo, el teléfono se me cae al suelo y, maldiciendo, lo cojo y, tras comprobar que no se me ha roto la pantalla, murmuro:

—Yo sí que te *aisloviu* locamente a ti mucho... mucho... mucho...

Percibo un silencio extraño al otro lado de la línea y de repente:

—¿Perdón?

Al oír la voz de un hombre, resoplo. Verónica ya debe de haberle pasado el móvil a su cuñado, y algo agobiada indico:

—Ay, por Dios, disculpa, estaba hablando con Verónica, se me ha caído el teléfono y he pensado que seguía ella al teléfono.

El silencio prosigue, y añado apurada:

—Soy Amara López, la amiga de Verónica..., y me estaba comentando lo de...

—Encantado, señorita López —me corta—. Soy Liam Acosta. Yendo a lo que nos ocupa, quiero que sepa que no contrato a nadie para cuidar de mi hijo sin conocerlo. Sin embargo, en este caso me urge y haré una excepción al venir recomendada por Verónica y mi hermano y saber que es usted enfermera.

Asiento. Me gusta oír eso a pesar de su seriedad. Y, siendo consciente de cómo él ya ha marcado las distancias entre ambos, tiro de esa educación que mi Maribel me dio y respondo:

—Un placer, señor Acosta.

No sé si aquel asiente o no, pero prosigue:

—Busco a alguien responsable para trabajar interno en casa, que sepa cuidar a un bebé con esmero y dedicación. Tendrá ocho días libres al mes. Sería dada de alta en la Seguridad Social y el sueldo que

ofrezco son dos mil euros netos mensuales, más alojamiento y comida.

Según oigo eso, asiento. Está claro que es una buena oferta de trabajo. Asegurada. Dos mil euros limpios. Manutención y alojamiento gratis. Es como poco tentador.

—En caso de aceptar, ¿cuándo debería comenzar? —pregunto.

En un tono de voz autoritario y seguro, oigo que él responde:

—La niñera que lo cuida ahora nos dejará pronto. Me interesaría que usted estuviera aquí dentro de una semana. Querría que mi hijo, Jan, la conociera antes de que la niñera se marche.

Vale. Tengo que arreglarlo todo en una semana.

—¿El contrato de cuánto tiempo será? —digo a continuación.

—De entrada, tres meses. Si pasado ese tiempo a ambos nos conviene, se lo haré de seis y, superados esos nueve meses, mi intención es que sea indefinido. Quiero estabilidad para mi hijo con una persona responsable.

Asiento, lo entiendo, y, mirando a *Tigre*, indico:

—Señor Acosta, necesito comentarle algo importante para mí.

—Usted dirá.

—Tengo un perro pequeño que...

—La casa tiene un gran jardín y yo también tengo perros —me corta—. No hay problema con que lo traiga, siempre y cuando su perro esté educado y sepa controlarlo.

Sonrío. Estoy a punto de preguntarle qué significa según él que el perro esté educado, pero cuando voy a hacerlo oigo que dice:

—La paso con Verónica. Espero su respuesta entre hoy y mañana. Un placer conocerla, señorita López.

Dicho esto, me deja boquiabierta. ¡Pero si le iba a decir ya que sí!

—¿Cómo ha ido todo? —pregunta entonces mi amiga.

Oír su voz me reconforta.

—Parece muy serio tu cuñado, ¿no? —cuchicheo.

Ella se ríe.

—Liam es un cielo, aunque todo lo que tenga que ver con el niño lo lleva a rajatabla. Se ha tomado muy en serio su papel de padre y a veces, la verdad, es agobiante. Parece que él es la única persona que tiene un bebé a su cargo en el mundo.

Asiento. En el fondo, saber eso me complace. Precisamente por cómo yo me crie, me gusta que un hombre se implique tanto en la educación de su hijo.

—Iba a decirle que aceptaba el trabajo —indico—, pero...

—¡Ay, Dios, qué ilusión! —exclama ella.

Su felicidad es también la mía, y pregunto:

—¿Por qué se han ido las otras mujeres que cuidaban al niño si la oferta de trabajo es tan buena?

Verónica resopla, oigo sus pasos al caminar, por lo que imagino que se está apartando de Liam y de Naím.

—La primera —dice— porque a Liam le informaron de que metía hombres en la casa cuando debería estar cuidando de Jan. La segunda, porque Liam se percató de que algunas tardes se le olvidaba dar de merendar al pequeño. La tercera, porque se pasaba el día entero de postureo en Instagram en vez de cuidar al niño...

—Madre mía —me mofo.

—La cuarta, porque se preocupaba más de beber vino que de cuidar a Jan, y esta quinta, que era la que más estaba durando, porque ha decidido regresar a su país.

Asiento. Sin duda, o no ha tenido mucha suerte con las mujeres que ha contratado o el tipo no es fácil de soportar.

—¿Cuánto tiempo lleva la quinta? —pregunto.

—Mes y medio.

Vuelvo a asentir. Cuidar a un bebé es lo mío. Lo hacía todos los días en el hospital. Y, obviando los problemas que puedan surgir, exclamo:

—¡Verás cuando se lo digamos a Leo y a Mercedes!

Verónica se ríe.

—¡Tenerife no es Suecia! Aquí estarás conmigo.

—También tienes razón —afirmo encantada. Y, mirando a mi alrededor, musito—: Me apetece mucho cambiar de aires, la verdad. —Ambas sonreímos, y añado—: Cerraré la casa hasta mi regreso, y en cuanto dejemos de hablar comenzaré a mirar qué tengo que hacer para llevarme a *Tigre*, mi moto, la guitarra y algunas otras cosas a Tenerife.

—Yo te lo explico —dice Verónica—. Al fin y al cabo, hace nada que me traje a *Paulova* y mis cosas a la isla. Luego te mando un correo con la agencia de viajes que me lo organizó todo. Y en cuanto a *Tigre*, al ser pequeño podrás llevarlo en la cabina contigo, metido en un trasportín.

Asiento, tiene razón. Y, segura de mi decisión, suelto:

—Dile a tu cuñado que acepto el trabajo y que dentro de una semana estaré allí.

—¡Genial! —exclama—. Te alojarás en mi casa hasta que comiences el trabajo. A Naím le encantará.

Asiento y sonrío.

Cinco minutos después, tras despedirnos, sonrío de nuevo mientras pongo música en mi Spotify y empieza a sonar *About Damn Time*, de Lizzo y me pongo a bailar de felicidad abrazando a *Tigre*. Tengo trabajo. Me van a pagar maravillosamente bien, voy a estar cerca de Verónica, me voy a alejar de personas que son tóxicas para mí y voy a vivir en la playa… Como dice la canción, creo que voy a estar muy bien. ¡Sin duda, es un excelente plan!

Capítulo 4

Cuando aterrizo en el aeropuerto de Tenerife con *Tigre* metido en su trasportín, estoy feliz. Un cambio de aires siempre viene bien. Y, sin duda, alejarme de muchas cosas me irá genial.

Mientras espero a que salga el equipaje, enciendo mi móvil y, al hacerlo, recibo dos mensajes de Óscar. ¡Joder! Y, por lo que leo, intuyo que su madre ya le ha dicho que me he marchado. Menos mal que no le dije adónde...

No entiendo nada. No comprendo a Óscar. Con él es un quiero y no puedo y, aunque yo intento aclararme, él me desconcierta. Me desconcierta mucho, y más aún cuando leo su mensaje, que dice:

¿Adónde has ido?

Leer eso me duele. Hace que algo dentro de mí se destroce. Debería bloquearlo, pero no puedo. Si le ocurriera algo a Encarnita, quiero saberlo, y si no lo bloqueo tengo clarísimo que es por eso.

Sin contestarle a Óscar, mando mensajes a su madre, a Maribel y a Vasile y, después, al grupo del Comando Chuminero, para decirles lo mismo.

Mis amigos rápidamente responden. Leo y Mercedes se quedaron desconsolados en el aeropuerto de Madrid. Fueron a despedirme y se pusieron a llorar y, claro, yo, que soy muy empática, pues lloré también. ¡Vaya tres llorones! ¡Ni que me fuera a la guerra! Aunque, bueno, al final terminamos riendo. Nosotros somos así.

Una vez que salen mis maletones junto a mi guitarra y me cuelgo el trasportín con *Tigre* a la espalda, me encamino hacia la salida como una mula de carga.

¡Madre mía, qué cargada voy!

Según se abren las puertas, ahí está mi Verónica con una gran sonrisa, junto a Naím, que sonríe también.

¡Qué parejita tan mona! Y qué maravilla que en la vida de mi amiga apareciera una persona tan encantadora y romántica como

Naím.

Tras darnos besos y abrazos hasta hartarnos, mis amigos me ayudan con el equipaje y nos dirigimos hacia su vehículo, un todoterreno oscuro, donde metemos los maletones y la guitarra.

—Oye, una cosita… —digo cuando terminamos de cargarlo todo —. ¿Cuándo podré recoger mi moto?

—Espero que no te importe —responde Naím mientras se pone el cinturón de seguridad—, pero he dado la orden de que nos la lleven a mi casa mañana por la mañana.

—¡Genial! —exclamo encantada.

Gustosa y feliz, saco a *Tigre* del trasportín para que deje de lloriquear. Luego Naím, mirándome por el espejo retrovisor, dice:

—¿Qué te parece si escuchamos un poco a nuestro Carrasco?

Asiento encantada. Entre risas y aplausos abrazo a Naím desde atrás y, cuando comienza a sonar la canción *Sabrás* de nuestro Manuel Carrasco, los tres, incluida Verónica, empezamos a cantarla a pleno pulmón y yo sonrío feliz, consciente de que vivir en Tenerife será un nuevo comienzo para mí, aunque esa canción me recuerde a Óscar. Desde luego, nadie nunca lo querrá como lo quise yo.

Al llegar a El Sauzal, que es donde viven Verónica y Naím, me sorprendo. ¿En serio viven en este sitio tan bonito y en esa casa tan espectacular?

Sin dar crédito, recorro la casa con Verónica, mientras Naím se encarga de hacer las presentaciones entre *Donut*, su perro, un golden retriever precioso, y *Tigre*, el mío.

En un momento dado, cuando estamos en la bonita terraza que da al mar, tomo aire y, observando el rostro feliz de mi amiga, susurro:

—Te veo muy bien.

Verónica asiente. Por un problema que tuvo en el pasado, ella se había cerrado al amor, hasta que apareció Naím. Y, mirando hacia donde él está con los dos perros, murmura:

—Nunca imaginé que pudiera existir alguien tan maravilloso y especial.

Encantada, sonrío; el amor es una maravilla cuando es correspondido. Sacando esa vena romántica que tengo, musito:

—Ojalá algún día yo encuentre quien me bese el corazón de esa manera tan especial.

Mi amiga sonríe. Sabe tan bien como yo que soy una jodida romántica empedernida, y que si algo he deseado siempre ha sido una preciosa historia de amor.

—Si yo lo he encontrado siendo la tía más escéptica del mundo en ese aspecto —dice—, ese alguien especial también aparecerá para ti antes o después.

Ambas sonreímos nuevamente y, cuando le suenan las tripas a Verónica, Naím indica mirándonos:

—Creo que es hora de ir a comer, antes de que la fiera que hay dentro de mi niña salga y nos devore.

Divertidos los tres, tras comprobar que *Donut* y *Tigre* no se van a matar, nos montamos de nuevo en el coche y me llevan a un guachinche típico de la zona, donde pido pollo a la brasa y unas berenjenas con miel que..., madre mía, madre mía, ¡qué ricas están!

Durante la comida Naím recibe una llamada.

—Era Liam —comenta cuando cuelga—. Dice que vayamos a su casa sobre las siete. Antes, imposible, pues tiene que resolver un asunto de trabajo. Me ha sugerido que luego podríamos salir a cenar algo los cuatro. Reservará en ese restaurante que tanto te gusta —añade dirigiéndose a Verónica.

Ella asiente, sonríe y, mirándome, cuchichea con mofa:

—Mi cuñado también me mima.

Dicho esto, mi amiga propone ir a otro sitio a comernos un helado, pero uno de esos en copa, con nata, sirope y toda la fantasía que te puedas imaginar. Me llevan a un lugar impresionante, desde donde se ve el mar, a zamparnos unas copas de helado de esas que saben a vacaciones en la playa.

A las siete menos cuarto los tres nos levantamos, nos dirigimos al vehículo de Naím y, entre risas y confidencias, vamos a la casa del que será mi jefe. Tengo ganas de conocerlos a él y al niño.

Durante el trayecto Verónica me va informando de por dónde vamos. Veo un cartel que dice EL SAUZAL, y Verónica me indica que Liam vive también por allí. Callejeando, llegamos hasta una impresionante urbanización de casas de líneas modernas, y cuando Naím para el vehículo soy consciente de algo: ¡yo voy a alojarme aquí!

Emocionada, miro a mi alrededor. Esto no tiene nada que ver con la calle de Madrid en la que vivo. Verónica, que parece leerme el pensamiento, sonríe. Y, bajándose del coche como yo, me coge del

brazo y cuchichea:

—Ahora estamos en la playa y tenemos que disfrutarlo.

—¡Ya te digo yo que lo vamos a disfrutar! —afirmo gustosa.

Ambas reímos. En la vida imaginamos que podríamos vivir algo así.

—Mañana he quedado para cenar con Jonay y su chico —dice ella entonces—. Y después iremos a un sitio a bailar salsita. ¿Qué te parece?

—Pues me parece un excelente plan. —Sonrío feliz.

—Por cierto, de mi casa a la tuya hay veinte minutos en coche.

—En moto, doce —aseguro.

Verónica asiente mientras Naím, acercándose a la garita de vigilancia, indica:

—Id entrando. Ahora voy.

Encantada, sigo a Verónica. ¡Estoy flipando! Entonces mi amiga susurra con picardía:

—Ese es Agoney, el vigilante privado de esta zona.

Sorprendida, miro al hombre. Alto. Canoso. Con cara de mala leche...

—Agoney fue quien informó a Liam de lo que hacía la primera niñera —murmura a continuación.

—¿La que metía hombres en la casa?

Mi amiga asiente y yo tomo nota. Como se suele decir, ¡la información es poder!

Después de que Verónica llame al portero automático, la portezuela se abre y, al entrar, veo un magnífico y cuidado jardín y a un señor cortando el césped. Madre mía, qué maravilla.

—Ahí viene *Pepa* —dice mi amiga.

Al mirar, veo una preciosa golden retriever como *Donut* que corre hacia nosotras. Su ímpetu es tremendo, y Verónica exclama divertida:

—¡Esta loca nos tirará!

Estoy mirándola cuando veo que aparece otro retriever con la misma impulsividad y, con gesto de «vamos a salir rodando como albóndigas», pregunto:

—¿Y el otro quién es?

—*Pepe* —dice Verónica—. Son hermanos de *Donut*.

Los perros nos alcanzan y comienzan a saltarnos por todos lados, mientras nosotras reímos y los saludamos. Los animales se vuelven

locos con los saludos y, como era de esperar, terminamos por el suelo muertas de la risa por la efusividad de aquellos, que nos llenan de lametazos, hasta que oímos un silbido y que alguien exclama «¡Quietos!», y los perros se paran en seco y se sientan.

Montando un buen escándalo, Verónica y yo nos revolcamos a carcajadas en el suelo hasta que Naím entra en la propiedad y, mirándonos divertido mientras escupimos el césped recién cortado, exclama:

—A ver si controlas un poquito a tus perros, Liam...

Según oigo ese nombre, aún en el suelo, miro hacia la derecha y entonces lo veo en vivo y en directo. ¡Madre mía..., qué pedazo de tío!

Capítulo 5

A escasos pasos de nosotros está el hombre más interesante e impresionante que he visto en mi vida. ¿Ese es Liam? ¿Mi jefe?

Mientras me saco unas briznas de césped de la boca, lo observo: alto, pelo claro muy corto y unos labios que... ¡Por Dios, qué labios tiene!

Mi corazón se acelera. Yo me acelero. ¿Qué me ocurre, si a mí me van los morenos de toda la vida? ¡Ni que nunca hubiera visto a hombres nórdicos e impresionantes!

Intento centrarme. Ser consciente de qué hago aquí y por qué, pero no puedo. Mis ojos solo tienen ojos para él. Y sonrío al ver que va impoluto, vestido con un traje gris marengo y una camisa blanca. ¡Qué elegante..., pero qué aburrido también!

Mientras observo cómo Naím saluda a su hermano, me levanto junto a Verónica del suelo y, acercándome hasta aquel, que me mira con curiosidad, me limpio las manos en los vaqueros para quitarme los cachitos de césped y, tras tenderle una, consigo decir entre risas:

—Hola, soy Amara, y desde ya te digo que ¡me encantan tus perros!

Según digo eso, él se quita las gafas de sol que lleva y veo su extraño color de ojos. ¡Guauuu, qué mirada de ángel malote tan impresionante!

Recuerdo que Verónica comentó alguna vez que los ojos de su cuñado y de su suegro eran impactantes por su heterocromía parcial. Y, sí, lo son. Tener el ojo derecho mitad azul, mitad marrón no es lo normal, y reconozco que todo él me deja impactada.

Acto seguido, tras mirar mi mano con trocitos de césped pegados, y sin tocarla, él suelta con sequedad:

—Liam Acosta.

«Vaya..., con apellido y todo que me lo dice», pienso divertida.

—Liam, lo de *Pepa* y *Pepe* ¡es demasiado! Mira cómo vamos de césped y babas —oigo que dice Verónica divertida.

El aludido por fin sonríe. Madre mía, qué preciosa sonrisa tiene. Y, tras mirarme, responde dirigiéndose a mi amiga:

—Vamos dentro para que podáis lavaros.

Dicho esto, da media vuelta y, junto a Naím, camina hacia la preciosa casa.

Verónica se acerca entonces a mí y yo susurro:

—Oye, una cosita...

—¿Qué?

—Tenemos que ir a una farmacia ¡ya!

—¿Por qué? ¿Qué te pasa? —pregunta.

Y, evitando sonreír, yo cuchicheo:

—Creo que acabo de quedarme embarazada de pensamiento...

Al oír eso Verónica suelta una carcajada y yo la sigo; entonces, consciente de que no pueden oírnos, murmuro divertida:

—Este, de moreno macarrilla, nada de nada.

—Absolutamente nada —conviene ella.

Divertida, asiento, y mi amiga se detiene y comenta:

—Liam no es mal tipo. Pero desde que le ocurrió lo de la madre de Jan, él...

Verónica me cuenta entre cuchicheos, hasta que Naím, que camina junto a su hermano, mira hacia atrás y dice:

—Vamos. Entrad y lavaos.

Asentimos y nos movemos mientras seguimos escupiendo césped. Madre mía, cómo nos hemos puesto...

Una vez en la casa, una mujer mayor nos indica dónde está el baño.

—Es Claudia —me aclara Verónica cuando entramos—. Se ocupa de la casa en general y es encantadora. Ya lo verás.

Afirmo con la cabeza, es bueno ir conociendo a la gente que trabaja aquí. Entre risas nos deshacemos del césped y las babas y nos recomponemos. Me recojo el pelo en un moñete alto, salimos del baño y lo observo todo a mi alrededor. La casa es preciosa. Tanto que parece de revista. Y, dirigiéndome a mi amiga, pregunto:

—¿Liam y su hijo viven aquí?

—Claro.

Sorprendida, asiento. Todo está tan recogido y tan pulcro que parece que la casa esté preparada para una sesión de fotos.

—¿Y por qué está todo tan silencioso? —digo a continuación.

Verónica me mira y, encogiéndose de hombros, contesta mientras vemos a Liam y a Naím junto a Claudia, que deja una bandeja con vasos y agua, esperándonos en una terraza:

—Pues no lo sé.

Una vez que salimos fuera, veo que Liam se acerca a mí. Esta vez me mira y, tendiéndome la mano, dice:

—Ya podemos saludarnos como es debido. Liam Acosta.

Vale. Ahora que me he lavado las manos y quitado el césped y las babas de sus perros de encima, quiere saludarme. Le estrecho la mano y digo, intentando no parecer una imbécil profunda:

—Amara. —Y, acto seguido, viendo el increíble atardecer, murmuro—: Por favor..., ¡es impresionante!

Según digo eso, soy consciente de que aún tengo la mano de aquel entre las mías y, al ver cómo me mira él, y todos, rápidamente aclaro soltando su mano:

—El atardecer.

Verónica se ríe. Claudia también. Liam y su hermano intercambian una mirada y yo, viendo el lío en el que me he metido, insisto:

—Me refería al atardecer, no a ti.

Me callo. Cada vez me estoy metiendo en jardines peores... Y al ver cómo aquel me mira, finalizo:

—¡Qué bonitas vistas tienes desde la terraza!

Dicho esto, Liam asiente y dice dirigiéndose a la mujer:

—Claudia, ella es Amara, la nueva niñera.

—Bienvenida —saluda la mujer.

—Gracias, Claudia —respondo con una sonrisa.

Dicho esto, ella pregunta qué queremos beber y, tras decirle todos que con el agua que ha traído es suficiente, se va y yo me dirijo hacia Verónica y pregunto:

—¿Tienes un cigarrito?

Mi amiga asiente y de inmediato oigo que Liam dice:

—No me gusta que se fume en mi casa.

—Estamos en la terraza... ¡No me jorobes, Liam! —gruñe Verónica.

Veo que Naím sonríe. Seguro que ya deben de haber tenido esa conversación antes.

—Quedamos que en el interior de tu casa no fumaría —añade mi

amiga—, pero que en la terraza podía hacerlo. ¿Acaso lo has olvidado?

Él finalmente cabecea y luego dice mirándome:

—No quiero tabaco cerca de Jan.

Sin dudarlo, asiento. No soy una gran fumadora, pero de vez en cuando, y más cuando me pongo nerviosa, sí me gusta fumarme mi cigarrito. Sin embargo, por supuesto que respetaré lo que me pide. Al niño hay que protegerlo.

Apurada, me lo fumo intentando que el humo vaya para otro lado que no sea donde está Liam, y, una vez que acabo, él me invita a sentarme a la mesa.

Naím agarra entonces a Verónica de la mano y tercia:

—Mientras habláis de trabajo, nosotros vamos a dar un paseo por el jardín.

En cuanto ellos dos desaparecen Liam se sienta frente a mí y, con formalidad, dice cambiando el gesto:

—Para hablar de trabajo nos ponemos serios, ¿entendido?

—Me parece bien.

—Jan tiene seis meses. Es un niño sano que está en su percentil, tanto en peso como en estatura. Me dijo Verónica que es usted enfermera, ¿es cierto?

Vale. Lo de ponernos serios significa hablarnos de usted, por lo que respondo:

—Sí. Soy enfermera. He trabajado en varios hospitales. Durante dos años estuve en medicina interna en el hospital La Paz de Madrid. Y, después, cuando cambié de empleo, lo hice para trabajar en la planta de maternidad y pediatría de un hospital privado.

—¿Y por qué ese cambio?

—Porque los niños son mejores enfermos que los adultos.

Liam asiente.

—Como le dije, el trabajo es para cuidar de mi hijo. Y para ello necesito a una persona responsable y sensata que se implique al cien por cien en ello y que entienda que aquí el niño es lo primero. De ahí que el sueldo sea más elevado de lo que suelen pagar por ello, y que yo también sea más exigente.

Afirmo con la cabeza, entiendo perfectamente lo que dice.

—Tiene ocho días libres al mes —añade entonces—. Días que o bien a principio de mes puede apuntar en el cuadrante que verá en la

cocina o, si no, tiene que indicármelos con tres días de antelación para que yo lo sepa y que Claudia pueda ocuparse del pequeño. Bajo ningún concepto accederé a darle un día libre sin ser avisado tres días antes. ¿Entendido?

Vuelvo a asentir. Él sigue hablando, me adoctrina, mientras yo pienso en lo atractivo que es, pero también en lo tonto que parece. Pobre… Por cómo habla, tengo la sensación de que a este las mujeres le llueven del cielo y besan por donde pisa. Por suerte no es mi estilo, así que estoy inmunizada.

Estoy ensimismada en mis pensamientos cuando oigo que inquiere:

—¿Tiene alguna pregunta?

—¿Dónde está Jan? —digo.

—Durmiendo. Ha pasado una mala noche.

—¿A qué se refiere?

Él levanta una ceja y contesta:

—Según la niñera, pueden ser los dientes.

—Por poder ser, pueden ser muchas cosas —matizo.

Mi respuesta no le gusta, se lo veo en la mirada, y consciente de que necesito este trabajo, por muy tonto que sea el padre de la criatura, cojo aire y decido dejarlo boquiabierto con mis conocimientos de los pequeños de la edad de Jan. Pregunto. Él responde. Pregunta. Yo respondo. Enseguida comprendo que le agradan mis respuestas, y me sorprendo de todo lo que él sabe sobre niños. Una de dos: o es muy listo o se ha leído todos los libros sobre crianza de bebés que existen.

Tras un rato de charla educativa, y viendo que su percepción de mí ha cambiado al sacar mi lado profesional, pido:

—¿Puedo verlo?

Sin dudarlo, él asiente, se levanta y luego dice:

—Sígame, por favor.

Según dice eso, suspiro.

—Una cosita…

—Dígame.

—¿Podríamos tutearnos? —sugiero.

Veo que levanta las cejas, e indico sonriendo:

—Si vamos a vivir juntos, creo que sería lo mejor. Lo digo para que Jan se encuentre en un ambiente más familiar.

Parpadea. Por su gesto me da la sensación de que va a sonreír, pero entonces suelta clavando sus impactantes ojos en mí:

—Disculpe, pero no vamos a vivir juntos.

—¿Ah, no?

Él se apresura a negar con la cabeza.

—Usted va a ser la niñera de mi hijo. No va a vivir conmigo.

—¿Ah, no?

—No.

Vale, ya veo que nuestro concepto de lo que significa «vivir juntos» es diferente.

—¿Y puede decirme dónde voy a vivir yo? —pregunto divertida.

Woooo..., eso sí que no le ha gustado...

—En la casa —responde—. En una habitación cerca de la de Jan.

Vale.

—¿Y eso no es vivir juntos? —insisto.

Parpadea. Me mira. Creo que me va a mandar a freír espárragos, pero dice:

—No. No es vivir juntos.

—Discrepo.

Wooooo, cómo me mira. Creo que esto ya le está tocando los pies...

—Usted y yo formaremos un equipo en favor de mi hijo. Nada más —aclara—. Que usted se aloje aquí no considero que sea vivir conmigo.

Vale..., este tío es tonto y en su casa no se lo han dicho. Pero, al ver cómo me mira, algo me dice que me calle, y más cuando añade:

—Y si va a trabajar para mí, usted es la señorita López y yo el señor Acosta. Prefiero que marquemos las distancias para no confundir a Jan.

Joder, joder, ¡qué corte me acaba de dar!

—Queda entendido..., señor Acosta.

Nos miramos unos segundos en silencio. Creo que está pensando que soy una chulita de la Península, y yo, de los nervios que me provoca, sonrío. ¿Por qué sonrío? Entonces, para romper la incomodidad, me apresuro a decir:

—Lo sigo para ver a Jan.

Asiente. Por su gesto sé que no le ha gustado lo que he dicho, pero no dice nada. Entramos en la silenciosa casa y nos dirigimos

directamente a la puerta de una habitación. Nada más entrar en ella veo a una señora sentada en una silla que lleva una batita verde y está leyendo. Ella se levanta y Liam pregunta en susurros:

—¿Le ha tomado la temperatura como le he indicado?

—Sí.

—¿Fiebre o décimas?

—No, señor —responde ella.

Él asiente y luego, con autoridad, pregunta:

—¿Cuánto tiempo lleva durmiendo?

—Seguido, cuarenta y cinco minutos, señor.

—¿Y antes? —insiste Liam.

—Antes ha dormido dos horas seguidas.

—¿Lo ha apuntado todo en el cuaderno? —inquiere él.

Rápidamente la mujer coge una libreta. Se la entrega y dice:

—Señor, aquí está todo anotado. En referencia a la fiebre, el niño no ha tenido en todo el día.

Boquiabierta por aquel tercer grado que le está haciendo, no sé qué pensar... ¿En serio?

Entonces Liam, tras echar un vistazo al cuaderno, me lo pasa, imagino que para que yo lo vea, y sin mirarlo pregunto:

—¿El niño está enfermo?

La mujer enseguida niega con la cabeza, y Liam se apresura a aclarar:

—Jan no ha pasado una buena noche y le he dicho a la niñera que le tomara la temperatura cada hora.

Sorprendida, parpadeo. ¿En serio hacen eso solo porque no haya pasado una buena noche?

Mi cara ha de ser un poema. La pobre mujer me mira y yo, curiosa, viendo que él no me la ha presentado, pregunto:

—¿Cómo te llamas?

—Marcela —dice ella.

Encantada, le aprieto el brazo y, mientras observo que Liam se acerca a la cuna para ver al pequeño, indico:

—Soy Amara, la nueva cuidadora de Jan.

La mujer asiente y, tras mirar a Liam, cuchichea para que solo yo la oiga:

—¿Vienes armada de paciencia?

Oír eso me hace sonreír, y entonces ella añade señalando unos

cuadernos que hay sobre la mesa:

—El señor es muy exagerado con todo lo que tenga que ver con el niño. En la vida he trabajado con alguien tan estricto.

Asiento y, viendo que Liam no nos puede oír, murmuro:

—Mañana, cuando venga, hablamos y me pones al día.

Marcela asiente, sonríe, y yo le guiño el ojo.

Segundos después, tras dejar el cuaderno sobre la mesa, me acerco hasta donde Liam está mirando al pequeño y, al verlo, musito:

—Por favor, qué cosita más bonita y gordunflonaaaaaaa.

Jan es un bebé regordete y precioso. Blanquito de piel como su padre. Pelo rubio y unos preciosos mofletes que ya me muero por morderle. Estoy mirándolo cuando el pequeño se encoge y Liam inquiere dirigiéndose a mí:

—¿Por qué se ha encogido así?

—Porque está soñando —digo.

Él suspira e insiste:

—¿No le parece que su gesto era de dolor?

—Pues no.

—¿Está usted segura?

Miro a Marcela sin dar crédito. ¿En serio? Ella se encoge de hombros con cara de circunstancias.

—Seguro, seguro…, en esta vida no hay nada, señor —contesto—. Pero desde mi punto de vista como enfermera, creo que son movimientos involuntarios que hace su cuerpo mientras duerme.

En silencio, voy a acercar mi mano a la manita de aquel para tocársela con cariño cuando Liam me sujeta por la muñeca. Al ver eso, lo miro y él indica:

—Ha fumado. Lávese la mano antes de tocarlo.

Atónita, no sé qué responder. ¿De verdad tiene al niño metido en una burbuja? Pero, sin querer jorobar un trabajo que es bueno para mí, sonrío.

—Disculpe. No me he dado cuenta —replico.

Liam asiente y, dándose la vuelta, dice mirando a Marcela:

—Esta noche saldré. Como siempre, tendré el móvil operativo para cualquier cosa.

—De acuerdo, señor —afirma aquella.

Acto seguido Liam me hace un gesto con la mano para que salga por la puerta, y, entendiéndolo, miro a la mujer e informo:

—Marcela, vendré mañana sobre las doce.

—Aquí estaré, Amara —responde ella.

A continuación, tras dedicarle una sonrisa, salgo del cuarto, Liam me adelanta y dice:

—Vayamos a la terraza.

Sin dudarlo, vuelvo a seguirlo mientras mis ojos lo recorren y sonrío. ¡Qué culito de caramelo tiene! Una vez en la terraza, dejo mi teléfono móvil sobre la mesa y, tras servirme agua de la jarra en un vaso, bebo. Estoy sedienta.

Con el rabillo del ojo veo que él me observa. Creo que me está evaluando. En ese momento mi teléfono móvil suena. Liam y yo, que estamos al lado, miramos la pantalla y maldigo cuando veo que es un mensaje de Óscar:

Cosita Linda, te echo de menos.

Según lo leo, resoplo. Pero ¿qué narices le pasa a este?

Molesta, cojo mi móvil y, ante la atenta mirada de Liam, que ha leído el mensaje como yo, me lo guardo en el bolsillo trasero del vaquero. Cuando voy a hablar él coge algo de la mesa y empieza a decir:

—Su uniforme estará...

—¡¿Uniforme?!

De inmediato él asiente.

—Creo que es más cómodo para usted y para el niño que vaya con una bata que sea fácil de cambiar si él se la mancha.

Sin poder creerlo, niego con la cabeza. Me he pasado media vida llevando una batita blanca de hospital y, no, no quiero volver a llevar algo así, y menos fuera de una clínica.

—No me habían dicho que tendría que llevar uniforme —repongo.

—No le estoy pidiendo que se ponga una cofia.

—¡Hasta ahí podíamos llegar! —suelto con descaro.

Liam parpadea. Uf, cómo me mira... Y, cabreándome por lo tonto que es, me toco la cicatriz que tengo en la frente y, jugándomela, añado:

—Una cosita... Si no le importa, prefiero vestir con mi ropa, y si el niño la mancha, ya me la cambiaré.

Él me mira, intuyo que piensa decirme que no, pero insisto:

—Disculpe, yo lo llamaré de usted si eso es lo que corresponde para diferenciar quién es usted y quién soy yo, pero, por favor, si no le es muy insoportable, le ruego encarecidamente que me permita vestir como yo quiera.

El gesto de Liam lo dice todo. Creo que me va a soltar que me vaya por donde he venido, pero entonces replica:

—Espero que vaya vestida acorde con el sitio en el que está.

—La verdad es que brillos y lentejuelas no creo que me ponga —me mofo.

Según digo eso y percibo su mirada, sé que me he pasado en mi sinceridad, y me apresuro a añadir:

—Le aseguro que vestiré como corresponde.

Nos miramos unos segundos en silencio. Esta vez seguro que me dice adiós, pero entonces oigo que cambia de tema:

—Todos los días, cuando llegue del trabajo a las diez en punto, ha de informarme de cómo ha pasado Jan el día. La niñera le explicará mañana la metodología.

—De acuerdo —afirmo.

En ese instante coge una carpeta de la mesa, la pone ante mí y dice:

—Debe llevarse y firmar estos papeles. Son los que he de presentar en la Seguridad Social para darla de alta. —Asiento y la cojo, pero él, retirándola de mis manos, suelta—: La higiene es importante para mi hijo. Por tanto, debería...

—Soy enfermera, su hijo no es el primer niño al que atiendo. Y en cuanto a la higiene, sé lo importante que es, no hace falta que usted me lo recuerde —lo interrumpo molesta.

Liam asiente. Durante unos segundos nos miramos a los ojos. Creo que, como yo, valora cuánto voy a durar en ese trabajo.

—Si cree que no soy la persona idónea para cuidar de su hijo —añado consciente de lo que está pensando—, está en su derecho de decir que no. Debería darle igual que yo sea amiga de Verónica y...

—¿Por qué dice eso? —me corta.

Instintivamente sonrío. Ni él es tonto ni quiero que piense que lo soy yo.

—Porque sus gestos hablan por sí solos —indico.

Sus cejas se levantan.

—¿Y se puede saber qué le sugieren mis gestos? —inquiere.

Suspiro, asiento y señalo:

—Incomodidad..., ¿le parece poco?

Bueno, eso de «¿le parece poco?» creo que sobraba. ¡Joder, qué bocachancla soy!

—¿Usted es siempre tan directa y contestona? —dice a continuación.

Afirmo con la cabeza, no pienso mentirle.

—Si creo que debo serlo, sí.

Liam cabecea. Creo que hasta aquí hemos llegado. Ahora sí que me va a decir que ha sido un placer, pero que salga de su casa. Sin embargo, de pronto esboza una sonrisa de esas que no sabes cómo interpretar y dice:

—Llévese los papeles y tráigalos firmados mañana.

Sorprendida, parpadeo y pregunto:

—¿Está seguro?

Sin ningún disimulo él niega con la cabeza.

—No —dice—. Pero hay algo claro en todo esto: usted necesita un trabajo y yo, una niñera. Y hasta que encuentre una sustituta, ambos nos beneficiaremos, ¿o me equivoco?

Tiene razón. Desde luego, más sincero no puede ser. Y, mordiéndome la lengua para no decirle que es un engreído tonto e insoportable, replico:

—No se equivoca.

Sin dejar de mirarnos, cojo la carpeta y entonces oigo a mi espalda:

—¿Cómo ha ido todo? ¿Has conocido a Jan?

Es Verónica, que se aproxima junto a Naím. Y, dándome la vuelta, la miro y, rascándome la cicatriz de la frente, indico:

—¡De lujo!

De inmediato veo que el gesto de mi amiga cambia, me conoce tan bien como yo a ella, y de pronto dice:

—Nos vamos.

Naím, que ahora se ha puesto al lado de su hermano, señala:

—Íbamos a cenar con Liam.

De pronto, pensar en cenar con ese de los ojos de cabroncete guasón se me hace insoportable y, mirando a mi amiga, voy a protestar cuando Liam explica:

—Verónica, he reservado sitio para cenar donde a ti te gusta.

Mi Vero asiente, pero me mira y suelta:

—Naím, tú quédate con Liam y cenad juntos. Yo me voy con Amara para casa, y no voy a aceptar un no por respuesta.

Veo que mi amiga y su chico intercambian una mirada; en sus ojos puedo distinguir que se entienden sin palabras. Entonces Naím, dirigiéndose a su hermano, pregunta:

—¿Me acercas tú luego a casa?

—Por supuesto —dice Liam.

Acto seguido Naím le lanza con cariño las llaves de su coche a Verónica y nos pide con gesto cómplice:

—Sed buenas.

Capítulo 6

Cinco minutos después, cuando nos despedimos de aquellos y Liam vuelve a mirarme como el que mira a un calamar gigante con pestañas, tras volver a saludar a *Pepa* y a *Pepe*, que vienen de nuevo corriendo hacia nosotras, Verónica y yo salimos por la puerta de la finca.

—Vaya tela... —murmuro en cuanto montamos en el coche.

—¿Complicadito?

Asiento.

—Tonto e insoportable. Es más, ya está buscando otra niñera.

—¡¿Qué?!

Ver el gesto de mi amiga me hace gracia.

—Tanto él como yo nos hemos dado cuenta de que trabajar juntos será complicado —indico—, por lo que, mientras busca otra, y como yo necesito el trabajo, he accedido a cuidar del pequeño.

Verónica parpadea sorprendida.

—No sé si serán dos días, siete o dos meses —añado—. Pero mira, chica, me vendrá bien el dinero.

—A lo mejor lo remontáis.

—Lo dudo, es demasiado tonto para mi gusto.

—Mujerrr... —se mofa mi Vero.

Según oigo eso, me río. Ese tipo y yo no tenemos nada que ver.

—He de llamarlo «señor» para no confundir al niño —le cuento —. Y, por suerte, he evitado tener que ir vestida con una jodida batita verde... ¡Pero ¿cómo es tan idiota tu cuñado?!

Ella sonríe, me mira y musita:

—Negaré lo que estoy diciendo hasta la saciedad, pero me consta que Liam tiene el corazón roto y por eso es tan tan gruñón.

—Oye, una cosita..., a mí me rompieron el corazón y no me volví tan gruñona —me burlo con amargura.

—Lo que le hizo la madre de Jan no lo deja ser el que era. Y si te digo esto es porque todos, absolutamente todos los miembros de su

familia lo dicen, y yo lo ratifico. Conocí a Liam cuando estaba con la madre del niño y era un tipo feliz y sonriente. No un...

—Cabestro amargado y friki del control —gruño.

Verónica me mira y se ríe.

—Tampoco te pases. Pobre...

Suspiro. Si tiene el corazón roto, en cierto modo puedo entender su actitud, pero está claro que cada persona es un mundo y vive el desamor a su manera.

Tomo aire mientras pienso en ello. Creo que estar aquí es un error. Debería haber esperado e ido a Suecia. No obstante, buscándole el humor a todo como suelo hacer siempre, añado:

—Tiene un precioso culito de caramelo...

Verónica sonríe. Para nosotras, los «culitos de caramelo» son esos redonditos, respingones y perfectos que tienen algunos tíos.

—Lo tiene igualito que Naím —afirma.

—Discúlpame —replico—, pero no le he mirado el culito a tu chico.

—Mañana sin falta se lo miras —dice Verónica.

Asiento divertida. Está claro que, en vivo y en directo, el hermano del aludido me ha impresionado. Reconozco que, a pesar de haber oído a mi amiga hablar de él, nunca me había dado por imaginármelo.

—¿Por qué Naím y Liam, siendo hermanos, son tan diferentes físicamente? —pregunto mirándola.

—Porque Liam ha salido a su padre y Liam y Florencia, a su madre.

Asiento sin decir nada, y Verónica añade ante mi silencio:

—Vamos, ¡suéltalo!

Suspiro, resoplo y confieso:

—No debería haber venido.

—Amara...

—Esto aún no ha empezado y ya no funciona.

—A ver, como siempre dice mi padre, las cosas no son como empiezan, sino como terminan.

—Verónica, ¡me conoces! Sabes que tengo mucho aguante y paciencia. Y ese hombre ya me ha sacado de mis casillas sin que haya comenzado a trabajar para él... ¿Qué puedo esperar?

Me revuelvo en el asiento del coche. Mi móvil suena en ese

momento y, al ver que es otro mensaje de Óscar, indico:

—Por favor... ¿Por qué no se olvidará de mí?

Verónica me quita el móvil de las manos y cuando lee: «Miro tus fotos», suelta:

—¡O le dices algo tú o se lo digo yo!

Acto seguido le quito el teléfono de las manos y, dándole al microfonito de WhatsApp, digo mientras me rasco con furia la cicatriz de la frente:

—¡Mira, pedazo de mierda, una cosita...! Como vuelvas a decirme una tontería más, te juro que te bloqueo, ¿entendido?

Según le doy a «Enviar», mi amiga y yo nos miramos, y digo soltando el móvil:

—Sabe que no lo voy a hacer por si su madre necesita algo.

—Lo sé, y él también... —afirma ella con gesto de enfado.

Nos quedamos en silencio unos segundos, hasta que finalmente pregunto:

—¿Por qué me has hecho venir aquí?

—Porque necesitabas un trabajo y salir de Madrid. Y, la verdad, me gusta tenerte aquí conmigo.

Sonrío.

—Pues que sepas que voy a ser la niñera que menos va a durar en su casa.

—No hay nadie mejor que tú para cuidar a Jan.

—Gracias...

—Vale, ¡Liam es especialito y gruñón! Y aunque nunca he vivido con él, sé que me desesperaría con algunas de las cosas que hace —me corta—. Pero tú eres lista y valiente y sabrás cómo lidiar con él. Amara, escúchame: Liam sale de casa todos los días a las siete de la mañana y a menudo regresa a las nueve de la noche. Tras lo ocurrido con su ex se ha vuelto un adicto al trabajo y, con seguridad, casi ni siquiera tendréis que veros.

—He de informarlo sobre el niño todos los días a las diez de la noche. Tendré que verlo.

—Pues lo ves y lo informas..., ¿tan difícil será aguantarlo durante cinco minutos cada día?

Suspiro. He trabajado en sitios con jefes insufribles que he tenido que soportar tras la oreja durante horas y horas; ¿acaso no voy a aguantar a este, al que solo veré cinco minutos cada día?

Finalmente asiento. Verónica tiene razón: he de aprovechar este empleo.

—He quedado con Marcela mañana a las doce en la casa para que me explique. Al parecer, hay una metodología para cuidar al niño que he de apuntar para luego informar al Ser Supremo.

Verónica se ríe. Veo que le hace gracia que llame así a su cuñado, y suelta:

—Cuaderno rojo para anotar horarios de pises y cacas. Cuaderno azul para el horario de comidas y cantidades. Cuaderno verde: horas de sueño. Cuaderno violeta: vacunas y...

—¡Para! —exijo.

Parpadeo asombrada, no me lo puedo creer, y musito:

—¿Estás hablando en serio?

Verónica asiente.

—Totalmente. Y, por cierto, me ha faltado mencionar el cuaderno gris, que es para apuntar si tiene fiebre o malestar, y el amarillo, que es para cuando el niño hace algo extraordinario.

Niego con la cabeza boquiabierta.

—Es primerizo —añade ella—. Está solo, con el corazón roto y en cierto modo sobrepasado por la llegada de Jan, y simplemente intenta tenerlo todo controlado.

—¿Necesita saber hasta cuándo hace caca el niño?

Mi amiga asiente sonriendo. Acto seguido miro la puerta de la casa que dentro de dos días pasará a ser mi hogar y musito:

—Llévame ahora mismo al aeropuerto. Regreso a Madrid.

—¡Amaraaaaaa!

Me río divertida, pero, la verdad, no sé por qué...

—Eres enfermera —dice entonces Verónica—. Has trabajado en hospitales donde anotáis las incidencias y la medicación; ¿en serio te va a asustar que aquí cada cosa vaya en un cuaderno diferente?

Resoplo, sé que tiene razón, en peores plazas y con peores jefes he toreado. Y, tomando aire, me mofo divertida:

—Lo haré por los dos mil euros al mes hasta que encuentre sustituta.

—Harás bien —asegura.

Según dice eso ambas reímos y, tras arrancar el vehículo, nos vamos. Eso sí, antes de llegar a su casa paramos a comprar unas hamburguesas con patatas. Estamos hambrientas.

Capítulo 7

A la mañana siguiente, cuando me despierto, *Tigre* está dormido junto a mí como siempre. Sonrío mirándolo. Los ronquidos de mi perro son más grandes que él. ¡Pero si parece una persona!

Lo acaricio divertida. Rápidamente *Tigre* levanta la cabeza.

—¡Buenos días, bellezón! —saludo.

Mi perro me mira con esos ojos oscuros que me enamoran y comienza a mover el rabito. Gustosa, sonrío, y él también. Porque sí, sí, mi perro sonríe. Pienso en la educación que tienen los perros de Liam y, la verdad, no tiene nada que ver con la que le he dado yo al mío. Eso me hace sonreír. ¿Cómo lo haré para que Liam crea que *Tigre* es duro de oído?

Tras achuchones y lametazos por parte de los dos, la puerta de la habitación se abre y entra Verónica. Por sus pelos y su pinta sé que se acaba de despertar, y, tirándose en la cama conmigo, nos abrazamos y oigo que murmura:

—Qué contenta estoy de que estés aquí.

—¿Y Naím?

—Se ha ido a trabajar. Por cierto, esta mañana lo ha llamado la hermana de Soraya... ¿Te acuerdas de Soraya?

—¿Es esa que fue novia de Naím y que os la lio y...?

—Pobre —me corta ella—. No puedo tenerle en cuenta lo que ocurrió, porque sufre de un serio trastorno mental.

Asiento. Recuerdo que Verónica nos contó al Comando Chuminero lo ocurrido en su momento, y susurra:

—Al parecer, Soraya se encuentra un poquito mejor.

—Eso está bien, ¿no?

Ella asiente.

—Sí. Y te aseguro que tanto a Naím como a mí nos alegra un montón. Pero la hermana de Soraya, aunque está feliz, es más escéptica que nosotros, pues ya ha vivido ese tipo de enfermedades con otros familiares, y bueno...

—¿Y por qué esa hermana suya sigue llamando a Naím?

—Porque él es una buena persona y así se lo pidió. A mí particularmente no me parece nada mal, y creo que a mi chico le da más humanidad…

Asiento, opino igual que mi amiga.

Mi teléfono suena en ese momento y veo que acabo de recibir un mensaje. Rápidamente lo cojo y, divertida, indico:

—Es Leo, quiere saber si todo va bien.

Sin dudarlo, Verónica y yo le grabamos un audio mañanero y, tras enviarlo, *Donut* entra en la habitación; al vernos a todos en la cama, nos mira y, moviéndonos, le hacemos hueco. Total, donde caben tres caben cuatro.

Poco rato después suena el timbre de la puerta. *Donut* y *Tigre* se lanzan al suelo desde la cama y comienzan a ladrar. Vienen a entregarme mi moto, ¡qué alegría!

Una vez que mi preciosa Honda está junto a mí y compruebo que ha llegado en perfecto estado y que tiene los mismos raspones y las abolladuras que ya tenía en Madrid, tras darle un besito en el carenado entro de nuevo en la casa junto a mi amiga para desayunar. Estamos solas y hambrientas, y Naím nos ha dejado el café preparado. ¡Qué mono!

Mientras desayunamos Verónica empieza a hablarme de un proyecto que quiere proponer a los Acosta. Se trata de hacer cenas temáticas en los viñedos para grupos reducidos. Y cuando le doy ideas, las va apuntando en un papel a toda prisa.

A las diez y veinte ya estoy lista para ir a la casa de Liam para estar con Marcela y el niño. Como no me sé manejar bien por la isla y quiero llevarme conmigo el par de maletones que tengo, Verónica decide acompañarme con su coche. El tiempo que yo esté con Marcela ella lo ocupará en hacer sus cosas.

En cuanto llego a la puerta de la casa y descargo mi equipaje, mi amiga se marcha. Veo que el vigilante viene caminando hacia mí y saluda:

—¡Buenos días!

Es Agoney, el mismo del que Verónica me habló el día anterior, y le contesto sonriente:

—¡Hola! Hace un día precioso, ¿verdad?

El hombre me mira con curiosidad, observa mis maletas y mi

guitarra y, obviando lo que yo he dicho, indica:

—El señor Acosta me dijo que hoy vendría la nueva niñera. ¿Su nombre?

—Amara López Santos. ¿Y tú eres...?

—El vigilante —me suelta.

Vale, está visto que no quiere hacerse amigo mío.

—Encantada, señor vigilante —digo tomando aire.

Él asiente y, a continuación, de un modo impersonal, pregunta:

—¿Puede enseñarme su DNI, por favor?

Afirmo con la cabeza. Entiendo que él solo hace su trabajo. Y, tras sacarlo de mi cartera y entregárselo, veo que lo coteja en su tablet y, cuando me lo devuelve, añado:

—Una cosita... ¿Se lo tengo que enseñar todos los días?

—A mí, no. Pero si está otro compañero, se lo pedirá.

—Ok —digo mientras lo guardo.

Nos miramos en silencio, hasta que pregunto para intentar entablar conversación:

—¿Qué tal por aquí?

—Bien.

—¿Mucho trabajo?

—Lo normal.

—Esta zona es preciosa. La verdad es que es un lujazo de urbanización. Las casas tan bonitas..., y el sitio es tan ideal...

Lo miro a la espera de que se implique en la conversación y diga algo, pero simplemente replica:

—Que tenga un buen día.

A continuación gira sobre sus talones y se encamina hacia su garita. Sin duda, es hombre de pocas palabras.

Dándome la vuelta, y cargada con mi equipaje, me dirijo hacia la enorme puerta de la casa. La verdad es que la entrada es impresionante. Llamo y, dos segundos después, el portón se abre.

Una vez que entro y cierro de nuevo a mi espalda, veo a *Pepa* y a *Pepe* al fondo del jardín. ¡Pero qué bonitos son! Los animales me miran, me observan y, como hicieron el día anterior, de pronto echan a correr hacia mí.

Madre..., madre..., ¡que me volverán a rebozar por el césped!

Miro a mi alrededor. Estoy sola. Menos mal que los perros no me dan miedo. Sé que tengo dos opciones: o dejar que me tiren o intentar

controlarlos antes de que eso ocurra. Y entonces, cuando ya están llegando a mí, doy un silbido como el que le oí hacer a Liam el día anterior y ordeno: «¡Quietos!».

Según me oyen, los perros se quedan clavados y se sientan frente a mi equipaje. Los miro sin dar crédito. *Tigre* no haría algo así en la vida. Es decir, se sentaría, pero tras pedírselo veinte veces y ofreciéndole una chuche... ¡Menudo es él!

Sorprendida, sonrío. *Pepa* y *Pepe* están perfectamente educados; me acerco a ellos, que mueven sus rabitos encantados, los acaricio y, tras darles a ambos un beso en sus cabezotas, los animo a que me acompañen hasta la entrada de la casa.

Por el camino miro la fachada. Por lo que pude ver el día anterior, es una casa de esas modernas, cuadradas, de una sola planta. Vamos, un casoplón de esos que se ven en las revistas.

¡Qué suerte poder vivir así!

Al llegar a la puerta, esta se abre y aparece Claudia, la mujer del día anterior, que sonríe al comprobar que *Pepa* y *Pepe* están a mi lado.

—Veo que te haces con ellos.

Afirmo con la cabeza, sonriendo yo también.

—Son encantadores. Adoro a los animales. Yo misma tengo un perro que espero que aprenda algo de la obediencia de estos.

Claudia asiente y luego dice:

—Pasa, por favor —y mirando mis maletas añade—: Déjalas aquí, en la entrada. Luego las llevaré a la habitación.

—Oh, no, puedo hacerlo yo misma.

La mujer sonríe y niega con la cabeza.

—Tranquila. Lo haré encantada.

Paso, pero *Pepa* y *Pepe* no hacen ningún ademán de entrar en la casa. Si fuera *Tigre*, ¡ya se habría colado! Claudia cierra la puerta y vuelvo a encontrarme la preciosa casa impoluta y en absoluto silencio. Voy a comentar algo cuando ella dice señalando mi guitarra:

—No me digas que la tocas...

—Sí.

Encantada, la mujer da una palmada al aire y asegura riendo:

—A Jan lo harás feliz. Hay que ver lo que le gusta la música a ese pequeñín.

Gustosa, sonrío y a continuación, tras dejar la guitarra en el suelo, pregunto:

—¿Tú también vives aquí?

Ella se apresura a negar con la cabeza.

—No. Yo vivo con mi marido —dice, y al ver cómo la miro aclara —: Vengo de lunes a viernes unas horitas por la mañana, pero Liam es tan limpio y ordenado que apenas me da trabajo.

—Pero ayer estabas por la tarde —señalo.

—Porque venías tú —sonríe ella—, y Liam me pidió que me quedara para darle mi opinión.

Asiento.

—Le dije que me habías parecido una muchacha encantadora —cuchichea—, como lo es tu amiga Verónica.

—Gracias —musito agradecida.

—Pero también te digo a ti que, con Jan, Liam es excesivo y hay que aprender a tratarlo y, sobre todo, a gestionar su estado de ánimo. Para él no está siendo fácil todo lo que se le ha venido encima con la paternidad y lo sucedido con la madre del niño. Eso le ha cambiado el carácter, y solo espero que vuelva a ser el muchacho sonriente y encantador que siempre fue.

—Dudo que yo vea eso...

—¿Por qué?

Me río, está claro que él no le ha contado nuestro trato.

—Porque algo me dice que Liam y yo no vamos a congeniar —indico.

Claudia me mira entonces con una sonrisa cómplice.

—Yo me ocupo de mantener la casa limpia y ordenada y de dejar comida preparada en la nevera —dice—. A Liam le gusta comer muy sano. Por cierto, ¿hay algo que no te guste a ti?

—Las acelgas, los callos y cualquier cosa que tenga que ver con la casquería —me apresuro a responder—. Todo eso me da un asco que me muero.

Claudia asiente. A su manera toma nota, y luego me pide:

—Sígueme. Te voy a enseñar la casa antes de que vayas a ver a Marcela y a Jan.

La sigo gustosa. Pasamos por el salón grande que vi ayer. Continúa tan ordenado como estaba. Muebles preciosos, todo conjuntado a más no poder.

—Una cosita... ¿Esto lo utilizan alguna vez? —pregunto.

—Sí. Cuando Liam invita a sus amigos o a su familia a cenar o a

comer.

Asiento. Es bueno saberlo. Luego entramos en otro salón, tan impresionantemente grande como el anterior, donde distingo varias estanterías con libros, un buen equipo de música, una preciosa mesa redonda con sillas, un bonito sofá oscuro y, ante él, un televisor enorme. Ver eso me alegra. Sin duda, ahí las películas y las series deben de verse muy bien.

Mientras observo a mi alrededor maravillada, me acerco a una colección de discos de vinilo, pero oigo que Claudia dice:

—A Liam no le gusta que le toquen sus cosas. Así que, si quieres evitar problemas con él, antes de coger algo de lo que ves aquí, pregúntale, ¿de acuerdo? —y, señalando cinco figuras japonesas con forma de samuráis, añade—: Esas, ni mirarlas, que son muy delicadas.

Asiento de inmediato. Como deduje, es ¡un friki del control!

A continuación pasamos a la cocina.

¡Madre mía, si hasta tiene vistas al mar...!

Bueno, la verdad es que casi toda la casa tiene vistas al mar... Y, mirando la increíble cocina de diseño, ya me imagino tomándome un cafetito mañanero ahí.

—¿Qué es eso que huele tan bien? —pregunto entonces sonriendo.

—El pollo con verduras que estoy cocinando. ¿Te gusta a ti?

Asiento encantada.

—Claro —digo—. Pero si es con patatas fritas, me gustará más.

Claudia sonríe feliz.

—Liam es muy cuidadoso con la comida —señala—. Es de los que se cuidan, por lo que patatas fritas y cosas así las verás pocas veces por aquí.

Eso me hace gracia. Yo también me cuido..., pero ¡de comer lo que me gusta!

De la cocina pasamos al cuarto de lavar, que es grande, espacioso. Luego recorremos tres estancias más, entre las que se incluye un gimnasio. ¡Un gimnasio! Cada vez me gusta más haber aceptado este trabajo.

Vemos una habitación de invitados, que más bonita no puede ser, dos aseos de cortesía impresionantes y un cuarto que Claudia llama la «sala de juegos de Jan». Pero cuando me quedo sin palabras es al entrar en el dormitorio de Liam. ¡Madre mía, qué lujazo!

Tiene una cama *king size* de esas enormes con unas maravillosas lámparas japonesas, un baño increíble con una bañera más increíble todavía y un vestidor impresionante con su ropa. Y, lo mejor, una bonita terraza que da al mar con un precioso conjunto de muebles para acomodarse.

Tras mirar todo eso regreso de nuevo al vestidor y oigo que Claudia dice:

—Todo está ordenado. Liam es muy especial para la ropa.

Asiento. Estoy por decirle que para la ropa y para todo, pero mejor me callo. No quiero que la mujer piense nada malo de mí.

Cuando acabamos el recorrido por la casa volvemos a donde estábamos en un inicio y dice señalando el pasillo:

—La primera puerta a la derecha es la habitación de Jan, y la que ves más allá será la tuya. No te las enseño porque imagino que lo hará Marcela.

Sonrío. Todo me parece tan bonito que no sé ni qué decir. Entonces Claudia se para ante una fotografía que hay colgada en la pared.

—Esta es la familia Acosta —comenta.

Al mirar, veo a dos adultos y tres niños, y rápidamente identifico a Liam y a Naím. A la chica que está con ellos no la conozco, pero imagino que será la hermana.

—Trabajé en la casa familiar durante años y nos conocemos de toda la vida —musita Claudia.

Asiento. Ahora entiendo por qué él la llama por su nombre.

—Cuando Liam se independizó, me pidió ayuda para la casa y las comidas durante unas horas, y yo acepté encantada.

Sigo contemplando la foto cuando la mujer me mira y añade:

—Parece un hombre complicado, pero en realidad no lo es tanto. Es cariñoso y encantador, pero, por desgracia, no ha tenido mucha suerte en el amor.

—Pues ya somos dos… —respondo.

Claudia sonríe. Por suerte, no pregunta.

—En cuanto al trabajo —indica—, te digo lo que les dije a las otras niñeras. Si Liam ve que todo va bien, se relajará. El problema es que hasta el momento no ha podido relajarse ni fiarse de ninguna por distintas circunstancias.

—Y ahora desconfía de todas, ¿verdad?

—Me temo que sí —musita ella—. Pero algo me dice que tú lo vas a sorprender, y para bien.

Asiento divertida. Sorprenderlo, ¡seguro! Lo de «para bien»..., ¡aún está por ver!

De buen rollo, nos dirigimos hacia el dormitorio de Jan, que está con Marcela. Al entrar, Claudia se vuelve loca con el pequeño. El niño le sonríe encantado, y cuando segundos después ella se marcha, la niñera cuchichea mirándome:

—Ten cuidado con esa... Es la informante número dos del señor.

—¿Número dos?

Ella afirma con la cabeza.

—El número uno es el chismoso del vigilante de la puerta —aclara.

Intuyo que habla de Agoney.

—Gracias. Es bueno saberlo —digo con una sonrisa.

Acto seguido miro al pequeño, que me observa con su preciosa carita, y al instante reparo en que tiene la misma mirada que su padre. Tiene heterocromía parcial y, sonriéndole, pregunto con esa vocecita de tonta que a los niños les gusta tanto:

—Pero ¿quién es este niño tan preciosooooooo?

Jan sonríe. También tiene la misma sonrisa que su padre. Y, cogiéndolo, lo abrazo y lo besuqueo con todo el gusto del mundo.

—Te he visto tocar a los perros del señor antes de entrar aquí... —oigo que dice entonces Marcela—. ¿Te has lavado las manos?

Con gesto de purita culpabilidad, la miro y, negando con la cabeza, le entrego al niño y rápidamente voy al baño que hay en la habitación a lavármelas.

Cuando acabo y salgo al dormitorio, el chiquillo me mira y enseguida me echa los brazos. Eso es una buena señal, y Marcela exclama con una sonrisa:

—¡Le has gustado!

Complacida, lo cojo de nuevo. Me encantan los niños. Era la típica enfermera del hospital que siempre estaba con uno en brazos. Vuelvo a comérmelo a besos mientras Marcela dice:

—Como ves, esta es la habitación de Jan.

Miro a mi alrededor. La habitación está como el resto de la casa: pulcra y ordenada.

—Ven, te mostraré cuál será tu dormitorio, que ahora es el que

ocupo yo.

Sin soltar al pequeño, la sigo por el pasillo, y ella pregunta volviéndose:

—¿Claudia te ha enseñado la casa?

—Sí —digo.

—La habitación del señor da a la parte delantera, y la que ocuparás tú da a la trasera —me explica—. Eso te dará intimidad.

Asiento, aunque no le digo que duraré poco tiempo aquí.

—Desde la suya y la de Jan se ve el mar —continúa ella—; la tuya tiene vistas al jardín y a la piscina.

Vuelvo a asentir. Me habría gustado ver el mar, pero bueno, ¡veré la piscina! ¡Qué lujazo! Y, oye, casi mejor por *Tigre*. Con lo que le gusta meterse en cualquier charco, cuando vea la piscina se va a volver loco.

Instantes después abre una puerta y anuncia:

—Esta será tu habitación.

Boquiabierta, entro en la enorme estancia. ¿En serio es para mí?

Gustosa, miro a mi alrededor. Pensé que mi habitación sería pequeña, fea, minúscula. Pero no, es tan espaciosa como las de invitados, tan bonita como el resto de la casa y tan preciosa como las que veo en las revistas.

En ese instante Claudia aparece de pronto por la puerta con mis maletones y la guitarra.

—Marcela, ayúdame —pide.

Ella se apresura a hacerlo. Entre las dos meten mis cosas en el cuarto y la niñera indica:

—Lo dejaré aquí.

Asiento complacida.

—Amara, yo me voy —dice entonces Claudia—. Marcela, ¿puedes venir un segundo a la cocina conmigo?

La aludida me mira y yo, con el pequeño en brazos, afirmo:

—Ve. Me quedo con él.

Una vez que ellas dos se marchan, me acerco a la ventana con Jan y contemplo el jardín y la bonita piscina. Lo miro todo admirada.

—Vives en un sitio precioso —musito dirigiéndome al pequeño.

Jan sonríe. Ni que me hubiera entendido... Y, viendo la piscina, murmuro:

—Ay, Dios mío, el sueño de mi vida, ¡tener piscina propia!

Encantada por lo que veo, abro el ventanal para salir a la terraza que da a la parte trasera de la casa. La piscina para mí es ¡oro puro!, y susurro mirando al pequeño:

—¿Te gusta nadar?

Él me mira, parpadea y yo cuchicheo:

—Te enseñaré mientras esté aquí.

Feliz por todo lo que me rodea, entro de nuevo en el cuarto, que está totalmente recogido. Se nota que Marcela ya ha embalado sus cosas. Y, abriendo una puerta, exclamo:

—¡Por Dios, qué baño!

Y, sí, menudo baño tiene la habitación. No hay bañera, pero tiene una preciosa y espaciosa ducha.

—Según me contó Claudia —oigo que dice entonces Marcela—, el señor hizo una reforma integral de la casa hace dos años. Me apena mucho regresar a mi país porque vivir aquí es gustoso, aunque el señor sea terriblemente exigente.

Al oír eso, sonrío y pregunto:

—¿Por qué vuelves a tu país?

Ella suspira.

—Porque mi hija mayor va a ser madre y me necesitará a su lado cuando nazca el bebé. Además, ya es hora de regresar a Colombia. Llevo quince años trabajando fuera y creo que es el momento de volver para estar junto a mis hijos y mis nietos. Soy viuda, y para mí lo más importante es la familia.

Asiento. Me emociona ver cómo se le han iluminado los ojos al hablar de sus hijos.

—Sin duda, te mereces ese regreso.

La mujer sonríe y, al ver que Jan se ha quedado dormido en mis brazos, volvemos a su habitación y, tras acostarlo en su preciosa cunita de madera, Marcela y yo nos sentamos junto al ventanal, donde me pone al día de todo lo que necesito saber.

—El señor es muy estricto con los horarios de comidas y de sueño del pequeño. Y, por cierto, tampoco le gusta que lo tengamos mucho en brazos.

—¿Por qué?

—Porque la señorita Margot opina que lo malcriamos.

—¿Y quién es Margot?

Claudia suspira. Luego baja la voz y añade:

—Una de las amigas del señor..., que, por cierto, tiene varias.

Oír eso me hace gracia y, tomando aire, respondo:

—Pues yo opino todo lo contrario de Margot.

Marcela y yo entramos en un debate sobre el tema, y luego ella dice:

—Con Jan puedes salir al jardín o a dar un paseo por la urbanización.

—¡¿Solo?!

La mujer asiente.

—Al señor no le gusta que el niño se mezcle entre la gente. Según él, llevarlo a demasiados sitios públicos le evitará enfermedades.

Al oír eso suspiro. Menos mal que me iré pronto, porque si el jefecito pretende que el pequeño viva en una burbuja, lo lleva claro conmigo.

—Por cierto —continúa ella—, cuando estés en casa con el niño debes estar en este cuarto, en la cocina o en la sala de juegos.

Asiento. Desde luego, el jefecito es para darle de comer aparte... Acto seguido Marcela indica enseñándome una agenda:

—Aquí están los teléfonos del señor y toda su familia por si hubiera una emergencia. Y aquí —dice señalando una hoja— está el número del pediatra de Jan, el doctor Bouza. Es amigo del señor.

Vuelvo a asentir. Intento quedarme con las cosas que me dice, aunque están apuntadas.

—Por cierto —añade—, tras hablarlo el pediatra con el señor, a Jan le estamos cambiando la alimentación poco a poco.

Me entrega un papel, lo miro y leo: «Desayuno: papilla ligera con cereales. Comida: puré de hortalizas con carne magra sin grasa. Merienda: puré de frutas (manzana, pera, plátano, naranja). Cena: biberón con cereales. En caso de despertarse durante la noche, si tiene hambre, toma de biberón».

Vale, me parece correcto lo que veo en el papel. Cuando voy a hablar recibo un mensaje de Verónica, que dice que dentro de cinco minutos pasará a recogerme. Miro mi reloj, son casi las dos de la tarde, y pregunto:

—¿Cuándo come Jan?

—Entre la una y media y las dos. O sea, ¡ya!

Ambas sonreímos por ello y, tras mirar al pequeño, pregunto:

—¿A qué hora sale tu avión mañana?

—A las once de la noche, por lo que me marcharé de aquí sobre las seis de la tarde.

Asiento. Saber eso me da margen para llegar al día siguiente.

—Vendré alrededor de las cinco, ¿te parece bien? —digo mirándola.

Marcela afirma con la cabeza y, tras recibir otro mensaje de Verónica diciéndome que ya está fuera esperando, cojo mi mochila, miro al pequeño, que sigue dormido, y, tras darle un beso a la mujer en la mejilla, digo con naturalidad:

—¡Hasta mañana!

Dicho esto, camino por la silenciosa y recogida casa. Mientras me dirijo hacia la salida soy consciente de que, una vez que yo viva aquí, dudo que exista este silencio. ¿Por qué? Primero, porque tanto *Tigre* como yo somos ruidosos y, segundo, porque Jan tiene que salir de la habitación.

Instantes después, tras despedirme de *Pepa* y *Pepe* que, una vez más, hacen caso ante mi silbido y orden, abro la enorme puerta de entrada para marcharme y, mirando en dirección a Agoney, lo saludo con la mano. Él me mira, pero no hace ni un gesto y yo sonrío.

—¡Me muero de hambre! —exclamo al poco mientras monto en el coche de Verónica.

Mi amiga sonríe y, arrancando, dice:

—Te voy a llevar al sitio donde quiero hacer las cenas temáticas.

Capítulo 8

Cuando entramos en los terrenos de Bodegas Verode, la verdad, me quedo sin palabras. Esto es enorme, grandioso y, como me dijo Verónica en su momento, un sitio la mar de interesante por su tradición, sus costumbres y su cultura.

Naím nos espera. Según aparcamos el vehículo, se acerca a nosotras y, tras darle un beso a Verónica en los labios y a mí otro en la mejilla, dice:

—Vamos, montad en la furgoneta, que nos espera la comida.

Parpadeo sorprendida, y entonces oigo que mi amiga insiste:

—Venga, subamos a esa tartana.

Divertida, miro la vieja furgoneta que Naím va a conducir y, sin dudarlo, me monto en ella.

Durante el trayecto ambos me van contando cosas concernientes a los viñedos y, la verdad, a mí todo me suena a chino. Ni soy una especialista en vinos ni lo voy a ser. Es más, ¡no es algo que me guste especialmente!

Hablan de ampliar la experiencia a los visitantes en los viñedos y Verónica le cuenta a Naím lo que hemos comentado durante el desayuno. De inmediato veo cómo mi amiga me implica en el tema y yo, encantada, sigo dando ideas, hasta que él señala:

—Lo que proponéis me parece interesante. Ahora lo hablamos durante la comida.

Una vez que llegamos a una especie de nave, Naím detiene el vehículo y, bajándose, señala:

—Vamos, nos esperan.

Miro a Verónica sorprendida. ¿Nos esperan? ¿Quién nos espera?

Segundos después, cuando entramos en un salón de la nave, veo allí a gente a la que no he visto en mi vida.

—Amara —dice Naím—, te presento a mi hermana Florencia y a mi cuñado Omar.

Asiento gustosa. Verónica me ha hablado muy bien de ellos. Y

entonces Florencia se acerca a mí y, tras darme dos besos, musita:

—Qué alegría conocerte. Verónica nos ha hablado muy bien de ti. Y ay, Dios, ¡qué alegría saber que vas a cuidar de nuestro Jan! Porque vaya tela con mi hermano... ¡Todas las niñeras se le van!

Eso me hace sonreír.

Luego, tras saludar con dos besos al marido de Florencia, se acerca el patriarca y, viendo aquellos ojos que han heredado Liam y Jan, afirmo:

—Y usted es Horacio, el Acosta original, que ha regalado a dos de sus descendientes esos preciosos ojos de ángel malote.

Veo que el hombre sonríe, le hace gracia lo que oye y, tras darme dos besos, tiende ante mí un ramo de flores.

—Me gusta ser ¡el ángel malote original! —declara. Ambos reímos y él añade—: Estas flores son para ti.

Miro el ramo, que es precioso, y rápidamente oigo que Verónica dice:

—Son anastasias.

Asiento. Menos mal que me lo ha dicho, porque yo de flores entiendo lo justo.

—Eran las flores preferidas de mi mujer —añade él—. Y ahora que ya no se las puedo dar a ella, las regalo siempre que puedo.

Emocionada por ese bonito detalle, sin pensarlo abrazo al hombre con todo mi cariño y afirmo:

—Son preciosas. Muchísimas gracias.

Horacio y yo conectamos en décimas de segundo. Como dijo Verónica, es imposible no conectar con Horacio, y comenzamos a bromear. Es un guasón y es fácil seguirle la broma.

En ese instante oímos el ruido del motor de otro coche y, segundos después, entra Liam impecablemente vestido. Uf, cómo se me revoluciona el corazón. Por Dios, ¿qué me ocurre? Estoy azorada, y espero que no se me note en la cara.

Liam es un figurín con su traje, su camisa y su corbata. ¡Qué guapo y qué serio! Y, mientras saluda a sus familiares, Verónica y yo oímos que Horacio le dice que soy muy simpática. Eso me hace sonreír y, consciente de que me escucha solo mi amiga, musito:

—Una cosita... En mi próxima vida quiero ser la guapa..., estoy cansada de ser la simpática.

Ambas reímos por eso, y luego, fijándome en Naím, cuchicheo:

—Tienes razón. Tu chico tiene culito de caramelo.

Mi amiga y yo nos miramos; entonces Liam se acerca a nosotras y, tras darnos con naturalidad dos besos a cada una, dice sonriendo:

—¡Estoy muerto de hambre!

—¡Ya somos dos! —afirmo con mi particular humor.

Verónica se ríe. Yo también. Y, disimulando lo que pensamos, nos dirigimos hacia la mesa mientras musito:

—Vaya..., el Friki del Control parece estar de buen humor hoy.

Nos reímos divertidas por mi comentario, y a continuación oigo al patriarca que dice alto y claro:

—Hijos, que se note que sois unos caballeros.

Veo que Verónica y Florencia se miran con complicidad cuando Liam, retirando una silla, me mira y ofrece con galantería:

—Amara, por favor, siéntate.

Madre míaaaaa, ¡que me ha llamado por mi nombre!

Vale, ahora lo entiendo. Estamos lejos de la casa, del niño, y todavía no he comenzado a trabajar para él. ¡Soy Amara y me está tuteando!

Me sorprende esa caballerosidad de su parte. Creo que es la primera vez en mi vida que un hombre hace ese gesto tan galante por mí, y estoy sentándome cuando veo que Naím hace lo mismo con Verónica y Omar con Florencia, su mujer.

Encantada por estar viviendo un momento tan de película, sonrío y me sorprendo al ver que acto seguido Liam se sienta a mi lado.

A diferencia del hombre que vi el día anterior en su casa, rígido y encorsetado, aquí lo noto cómodo, participativo y sonriente.

Estoy pensando en ello cuando, de pronto, Horacio da unos golpecitos con su cuchara en la copa y anuncia:

—Esta comida, en este lugar tan importante para la familia, es en honor a Amara, la buena amiga de nuestra querida Verónica.

Miro a los presentes boquiabierta. Todos sonríen, y Horacio continúa dirigiéndose a mí:

—Amara, esta es nuestra manera de darte la bienvenida a la familia.

Sorprendida, lo miro y pregunto:

—¿A todas las niñeras les habéis dado una bienvenida como esta?

Todos se ríen, yo también, y Florencia aclara:

—Tú eres especial. Verónica nos ha dicho que eres como su

hermana, y eso ya te convierte en una más de la familia. Y lo mínimo que hacemos con la familia es ofrecer un bonito recibimiento.

Oír eso me emociona. Que hagan eso por mí, sin conocerme, es de agradecer. Miro a Verónica. La quiero. Sabe lo importante que es para mí sentirme querida.

—Te quiero —le susurro.

—Y yo a ti —afirma sonriendo.

Bajo la atenta mirada de los presentes nos abrazamos como dos tontorronas. Sé lo que soy para Vero, como ella sabe lo que es para mí, y, tras abrazarla con cariño, dirigiéndome a todos y paseando la mirada rápidamente por Liam, musito:

—Gracias por vuestro cariño.

Emocionada, sonrío, y el patriarca de la familia añade:

—Esperamos que te sientas bien entre nosotros mientras cuidas de nuestro pequeño Jan. Y sobre todo que dures más de un mes y medio, que es lo máximo que le ha durado una niñera a mi hijo...

Oír eso hace reír a los presentes y Liam, mirándolos, gruñe:

—No sé dónde le veis la gracia...

De nuevo todos se carcajean. ¡Qué cabritos!

Yo me río, no lo puedo evitar. ¿Qué dirían si supieran que Liam ya está pensando en reemplazarme? En silencio miro a este último. En sus ojos veo que no desea que diga en voz alta lo que hemos hablado, y no, no lo digo; pero Verónica, que lo sabe todo, tercia con mofa:

—Si ves que Liam se pone muy pesadito, dímelo y te ayudaré a bajarle los humos.

Según dice eso, él la mira con gesto serio y murmura:

—Julia de Valladolid..., no te pases.

Vero sonríe. Ese nombrecito tiene su historia. Y entonces yo, divertida, cuchicheo:

—Tranquila. Ya sabes que soy valiente y me gustan los retos.

Todos sueltan una carcajada por mis palabras.

—Bueno, bueno —interviene Florencia—, dejemos respirar a Liam antes de que nos suelte uno de sus gruñiditos.

Los demás vuelven a reír. Liam los mira levantando una ceja y Horacio le pregunta:

—¿Algo nuevo sobre las negociaciones con Master Good?

Veo que él niega con la cabeza. ¿Qué negociaciones serán esas?

—Tenemos que conseguirlo —añade Horacio—. Eso, junto con

haber ganado el año pasado el premio internacional al mejor enólogo, dará un buen impulso a Bodegas Verode.

Todos asienten y a continuación Liam indica:

—Margot nos está ayudando bastante con sus contactos.

Margot... Ese es el nombre que pronunció Marcela.

De nuevo todos asienten y empiezan a hablar sobre aquello. Verónica, acercándose a mí, murmura:

—¿Conoces la franquicia de restaurantes Master Good?

—¿Esa que tiene más de quinientos establecimientos en todo el mundo? —digo.

Mi amiga asiente.

—Pues resulta que Margot, una amiga de Liam que es diseñadora de joyas..., y un poco tonta, eso también hay que decirlo, es la cuñada del propietario de esa franquicia, y están intentando que incluyan sus vinos en las cartas de sus restaurantes.

—Eso sería genial —susurro impresionada.

—Efectivamente —conviene ella—. Sería fabuloso para Bodegas Verode a nivel mundial, y todos cruzamos los dedos para que ocurra. Es más, como no lo consigamos, a mi suegro le va a dar un infarto. Está muy nervioso.

Seguimos hablando del tema hasta que oigo que Horacio, el patriarca, insiste:

—Lucha por ello, Liam. Tenemos que conseguirlo.

—Lo tendrás, papá.

El hombre asiente y sonríe.

—Lo sé, hijo. Lo sé —afirma—. Te conozco y sé que no nos decepcionarás.

Liam levanta las cejas y luego Horacio pregunta:

—¿Qué sabéis de las tierras de Las Palmas de Gran Canaria?

Rápidamente los tres hermanos Acosta se miran y Liam y Naím asienten. Hablan con su padre sobre el tema, y Florencia comenta:

—Eran el sueño de mamá.

—Y haremos realidad ese sueño —asegura Horacio.

Veo que se miran. Por sus gestos emocionados deduzco que esas tierras son importantes para ellos.

—Una cosita..., ¿de qué hablan? —cuchicheo acercándome a mi amiga.

Vero sonríe y murmura:

—De unas tierras en Las Palmas que la mujer de Horacio quería comprar para que Bodegas Verode también estuvieran presentes allí, pues Gran Canaria es la única isla donde no están.

Vale, ahora sí lo he entendido.

—Cambiando de tema —dice entonces Verónica en alto dirigiéndose a todos—, traigo apuntadas las ideas que os comenté. Hoy lo he estado hablando con Amara y tengo varias cosas que contaros.

Los demás nos miran. Liam parece agradecido porque esté hablando de otra cosa, y Verónica, tras abrir un cuaderno, explica:

—Actualmente contáis con excursiones diarias de catas de vinos. Eso está genial y gusta mucho. Es algo que se hace de día y funciona bien.

—¡Fenomenal! —afirma Florencia.

Verónica asiente y continúa:

—¿Qué os parecería si organizáramos experiencias exclusivas para grupos reducidos o particulares, a la luz de la luna, donde ofreciéramos cenas selectas con un buen maridaje y todo ello acompañado por buena música?

Nadie dice nada, todos se miran entre sí. Y a continuación mi Vero me mira y yo indico:

—Se podría contratar a un buen chef y hacer noches temáticas donde la cena y la música varíen para ofrecer un repertorio más diverso.

—¿A qué os referís? —pregunta Horacio.

Vero y yo intercambiamos una mirada y ella aclara:

—A organizar cenas románticas y exclusivas con un máximo de veinte personas, donde las parejas o los grupos de amigos disfruten bajo la luz de la luna de una experiencia que un restaurante al uso no puede darles. He pensado que el sitio podría llamarse «El Valhalla»... ¿Qué os parece?

Todos asienten. Por sus gestos, y aun sin conocerlos, sé que les gusta la idea.

—«El Valhalla» me parece un nombre magnífico —comenta Horacio.

Verónica sonríe mirando a Naím y luego agrega:

—Se podría acondicionar la parte exterior de la nave, la que está frente a los viñedos, para darle más carácter y personalidad.

Yo asiento y, emocionada, añado:

—Crear un lugar único y mágico iluminado por la luna, las estrellas y cientos de bombillitas de luz cálida que aportasen un toque romántico.

Veo que a la familia parece gustarle la idea.

—Si queréis, puedo desarrollar mejor el proyecto junto con Amara —prosigue Verónica—. Ella tiene unas ideas fantásticas.

Ahora todos me miran a mí, en especial Liam, y me apresuro a aclarar dirigiéndome a él:

—Siempre y cuando el cuidado del niño me lo permita, claro está.

Él asiente y no dice nada.

—Me parece una idea estupenda —murmura Florencia emocionada.

Todos comienzan a hablar sobre el tema. Durante un rato comentan pros y contras, hasta que Liam dice:

—El chef Roberto es amigo de la familia de toda la vida, y seguro que si hablo con él podríamos llegar a un acuerdo.

Veo que asienten. Naím, gustoso, le da un beso en los labios a Verónica, y en ese instante Florencia exclama:

—¡Se acabó hablar de trabajo! Ahora vamos a comer —y, mirándome, añade—: Aunque no soy el chef Roberto, esta comida la he hecho yo. Es comida canaria: papas con mojo verde y rojo, que no podían faltar; caldo de millo; conejo en salmorejo; sancocho y, de postre, frangollo. Y antes de que digas nada, Liam..., la comida tiene la grasa justa para que tus arterias no se obstruyan. Por tanto, come y no protestes.

Todos vuelven a reírse y entonces su hermano afirma sonriendo:

—Otra cosa no, pero tu comida no me la salto por nada del mundo.

Con unos ojos como platos, miro las fuentes que Florencia ha ido destapando y, admirada, musito:

—Todo tiene una pinta estupenda.

—Pues mejor sabrá... ¡Al ataque! —anima Omar.

Mientras todos se sirven, miro encantada el sancocho, del que Liam se está sirviendo a mi lado; entonces lo oigo decir:

—Amara... —Ay, Diosssss, ¡qué sensual suena mi nombre en sus labios, y en ese tono...!—. ¿Eres más de carne o de pescado?

Asiento con una sonrisa. Su carne sí que me la comería yo crudita... Pero, consciente de mi gesto, lo cambio y suelto en un susurro:

—De carne.

Sin embargo, de inmediato oigo a Verónica reír, y me doy cuenta de cómo lo he dicho, así que añado en tono serio:

—Me gustan ambas cosas, pero soy más carnívora.

Liam asiente y, señalando su plato, indica:

—El pescado que mi hermana ha utilizado para hacer el sancocho es cherne, ¿lo conoces?

Niego con la cabeza. Creo que es la primera vez en mi vida que oigo que un pez se llama así. Y entonces él, cogiendo con su tenedor un trocito de su plato, lo pone ante mí y dice mirándome a los ojos:

—Pruébalo.

Uf..., cómo me mira.

Uf..., qué tentación.

Uf..., lo que me entra por el cuerpo.

Uf..., si yo le dijera lo que realmente me gustaría probar.

Uf..., uf..., uf... ¡Demasiados «uf...» seguidos!

Y, consciente de que no es momento ni lugar de pensar lo que pienso, me acerco a él y, tras meterme en la boca el trozo de pescado, lo mastico, lo paladeo y, sin dejar de mirarlo porque no puedo, afirmo con un hilo de voz:

—Buenísimo.

Liam asiente sonriendo.

¡Madre mía, ¿por qué estoy tan tonta, si a mí me van los morenos y este tío incluso me cae algo mal?!

Por debajo de la mesa Verónica me pellizca en el muslo para hacerme regresar a la realidad, y cuando la miro musita:

—Recuerda: ¡es rubio...!

Asiento. Si sigo así voy a hacer el ridículo.

—Amara —me llama entonces Florencia—, si te gusta el sancocho, ¡sírvete! Que estas pirañas arrasan con todo.

—¡Hermanaaaaa! —protesta Naím con cariño.

Florencia sonríe, y Liam tercia dirigiéndose a mí:

—Yo te serviré.

Asiento en silencio. ¿Por qué se estará comportando de un modo tan amable conmigo? Y, cuando este termina, Verónica cuchichea

cerca de mi oído:

—Tranquila, luego vamos a la farmacia a por la píldora de la miradita después...

Eso me hace reír. La gracia que tiene la *jodía*.

Durante la comida disfruto del ambiente familiar que los Acosta crean. Ríen. Charlan de manera distendida. Florencia alardea de su precioso nietecito, el hijo de su hijo Gael, y como siempre que estoy con una familia, envidio no haber tenido eso en mi vida. Qué bonito habría sido haberme criado con mi hermano y unos padres que nos hubieran querido, cuidado y protegido. Pero bueno, la vida es así, y no hay que darle más vueltas al tema.

Después de comer, y tras recogerlo todo y meterlo en cestas, Horacio se despide con cariño de mí y se marcha con Florencia y Omar. Yo me encamino con Verónica hacia la furgoneta cuando oigo que Naím le pregunta a su hermano:

—¿Vienes esta noche a tomar una copa al Salseando?

Liam, que se dirige hacia su vehículo, se quita la chaqueta y, tras dejarla en el asiento de atrás con cuidado de que no se arrugue, cierra de nuevo la puerta y dice:

—He quedado con Margot para cenar.

Según menciona ese nombre, veo que la expresión de Naím cambia.

—Oye, Liam —repone—, creo que...

—Sé lo que hago —lo corta él—. Tranquilo.

Oír eso no sé si me alegra o me decepciona, pero, sin querer intervenir en algo que ni me va ni me viene, miro mi móvil, y en ese momento oigo que Liam dice:

—Amara.

Oírlo decir mi nombre hace que toda yo me revolucione. Lo pronuncia de una manera que uf...

—¿A qué hora estarás mañana en la casa? —pregunta a continuación.

—A las cinco estaré allí.

Él asiente. Me mira. Sonríe. Y, sin más, se monta en su coche, arranca y se va. Segundos después nos vamos nosotros.

Capítulo 9

Como siempre, ver a nuestro amigo Jonay y a su marido es una maravilla.

Verónica y yo conocimos a Jonay en las clases de baile a las que íbamos cuando él estuvo trabajando en Madrid. Luego volvió a Tenerife junto a su amor.

Tras la cena, en la que lo pasamos de maravilla, me llevan a un local que se llama Salseando.

¡Ya hasta el nombre me gusta!

Como era de esperar, nada más entrar salsita es lo que suena, y antes de lo que me imagino ya estoy con Jonay, su marido y Verónica dándolo todo en la pista.

¡Cómo echaba de menos estos bailes con mi amiga!

Desde donde estoy veo a Naím hablando en la barra mientras no le quita ojo a su chica. Sentir cómo mira a Verónica y sonríe hace que mi corazón aletee de felicidad. Creo en el amor y, sin duda, lo que veo en su mirada es purito y verdadero amor.

En los últimos meses mi amiga me ha contado cómo es Naím y qué fue lo que la enamoró de él. Y ahora que llevo dos días en su compañía, creo que mi amiga se ha quedado corta. Naím es un hombre increíble.

Durante horas disfruto de la diversión de la salsa y todo lo que tenga que ver con mover el esqueleto. ¡Y también de los morenazos! Pero ¿cómo no sabía yo que en las islas había morenazos como estos…?

Bailo con Jonay, con Verónica y con algunos de los hombres que, animados, me sacan a bailar y lo hacen de lujo. Disfruto de la noche encantada.

Más tarde estoy hablando con Naím cuando se nos acerca un morenazo impresionante que, tendiéndome la mano, me pregunta:

—¿Baila usted, señorita?

Bueno, bueno, bueno…, ¡claro que bailo! Pero entonces Naím

suelta:

—Sí. Pero contigo no.

¡¿Qué?!

Boquiabierta por su contestación, lo miro. Pero bueno, ¿quién es él para decir con quién bailo o no bailo?

—Oye, una cosita… —protesto.

—¿De qué conoces tú a este tipo tan feo? —suelta entonces el moreno.

Según dice eso, Naím rompe a reír y, acercándose, veo que se funde en un abrazo con aquel y, cuando se separan, el guaperas dice:

—¿Desde cuándo bailas tú salsa?

—Desde que mi mujer es una apasionada de ella…, aunque yo tenga dos pies izquierdos.

El desconocido y Naím sonríen, y este último me dice a continuación:

—Amara, él es el doctor Alejo Bouza. El pediatra de Jan.

¡Ole, ole y ole! ¡Vaya pediatra guapo que tiene el niño!

Asiento sorprendida porque el médico del pequeño sea tan mono; entonces este pregunta mirándome:

—¿No me digas que tú eres la amiga de Verónica y la nueva niñera de Jan?

Asiento otra vez, ahora con picardía. El doctorcito y yo nos reímos, y cuando comienza a sonar una canción, nos miramos y, cogiéndonos de la mano, salimos a la pista a bailar *Pa'lla voy*, de Marc Anthony.

El tipo con el que bailo, que ahora sé que es pediatra, amigo de Liam y se llama Alejo, es un portento bailando salsa. Divertida, disfruto bailoteando con él mientras giramos, nos acercamos, nos alejamos, damos vueltas, y ambos sacamos nuestro lado más sensual.

La salsa es puro morbo y erotismo y, sin duda, Alejo lo sabe, como todos los que la bailamos. Lo pasamos bien tentándonos y mirándonos a los ojos como si nos fuéramos a comer aquí mismo mientras movemos las caderas, las piernas, los hombros y la cabeza al compás de la música.

Complacida por lo bien que lo hace Alejo, miro a Verónica, que baila con Jonay, y tras hacerle una seña ellos se nos acercan y, como los expertos bailarines que somos, los cuatro seguimos moviendo el esqueleto y empezamos a cambiar de pareja como si lo lleváramos

haciendo toda la vida.

Más tarde, cuando regresamos a la casa, tras ser consciente de que Naím y Verónica van a tener una grandiosa noche de sexo, me tapo la cabeza con la almohada para no oírlos. No porque me dé rabia lo que van a hacer…, sino ¡porque no quiero que me den envidia!

Capítulo 10

Al día siguiente, tras despedirme de Verónica a las cinco menos cuarto, pues la casa de Liam está cerca, con *Tigre* en su trasportín y mi mochila me monto en mi moto y me dirijo hacia su casa, que ahora va a ser la nuestra.

Supuestamente el camino es fácil y no tiene pérdida. Pero ¡yo voy y me pierdo!

Doy vueltas y vueltas y vueltas, y, cuando llego frente a la casa, a escasos metros, veo a Agoney comiéndose un sándwich en la garita. Miro el reloj. Quedé a las cinco y son las seis menos diez. ¡Joder, que llego tarde!

Con el casco de la moto puesto no me conoce y, cuando se acerca, me subo la visera y saludo:

—Hola, soy Amara, la nueva niñera.

—¡¿Y...?!

—Llego tarde y tengo prisa... ¿No me recuerdas?

El hombre me mira, no responde, e insisto al ver su parsimonia:

—Oye, una cosita... Te acabo de decir que llego tarde.

—Ese es su problema, no el mío.

Boquiabierta, voy a protestar cuando añade:

—Un momento, señorita.

¡¿Qué momento ni qué leches?! ¡Que ya llego tarde!

—¿Te enseño el DNI? —insisto.

Esta vez él niega con la cabeza y dice apuntando el número de la matrícula de mi moto:

—¿Esta motocicleta va a venir más veces a esta casa?

Sin dudarlo, asiento.

—Es mía.

—El señor Acosta no me dijo que vendría en moto.

Lo miro, estoy por mandarlo a freír espárragos...

—Me importa un pepino lo que el señor Acosta te dijera. Es mi moto y se quedará aquí mientras lo haga yo. —Y, agarrando el

trasportín que llevo a mi espalda, indico con retintín—: Y este es mi perro, *Tigre*. También vivirá aquí. ¡Toma nota! Y ahora, por favor, ¿me dejas pasar para poder llamar a la puerta, que llego tarde?

El hombre asiente. Apunta de nuevo algo en su cuaderno y, antes de dar media vuelta, añade:

—Que tenga una buena tarde.

Aliviada, lo veo alejarse mientras me bajo la visera del casco. Está claro que se toma su trabajo muy en serio.

Acto seguido me acerco a la puerta, sin bajarme de la moto, llamo y, cuando oigo una voz y entiendo que me están viendo por la cámara, anuncio:

—Soy Amara.

Entonces la puerta se abre. No la de siempre. Se abre la del lateral y, apretando el acelerador, entro por primera vez con mi moto a toda prisa en la que va a ser mi casa. El nuevo camino me lleva directa al garaje, que no conocía, y una vez que estaciono en el primer sitio que veo, me quedo mirando una preciosa y reluciente moto que hay allí.

¿No me digas que al Ser Supremo también le gustan las motos?

Gustosa, paro el motor. Me apeo y, mientras oigo a mi perro lloriquear, susurro:

—Dame un segundo, por favor.

Después miro aquella maravilla de la tecnología. Es, como poco, ¡impresionante! Boquiabierta, miro la preciosa Suzuki GSX-S1000 GT azul eléctrico e imagino lo que tiene que ser conducirla con su cambio semiautomático.

¡Madre mía, qué pepinazo!

—La impuntualidad es algo que no soporto —oigo que dice alguien a mi espalda.

—¡Ostras, qué susto! —exclamo.

De un salto me doy la vuelta y me encuentro con Liam.

Pero ¿este no estaba en el trabajo?

A diferencia de otras veces, va vestido con un pantalón vaquero y una camiseta blanca remetida.

¡Qué mono está vestido informal! Aunque, para mi gusto, con la camiseta por fuera estaría más sexy y moderno.

Pero bueno, centrándome en lo que realmente importa, indico sin quitarme el casco:

—Disculpa la tardanza, Liam, pero no sé por qué me he perdido y he estado dando más vueltas que un tonto, hasta que...

—Por suerte —me corta con voz agridulce—, decidí quedarme en casa en lugar de ir a trabajar por si ocurría algo así.

Vale. La primera en la frente. Mi primer día y ya llego tarde.

—¿Marcela sigue aquí? —le pregunto.

Él asiente.

—Un taxi la recogerá a las seis y cuarto.

Suspiro y estoy por darle gracias al cielo cuando, más tranquila por verme ya aquí, lo miro en silencio a través de la visera oscura de mi casco y sonrío. Él no me ve. Lo escaneo en profundidad. Sin duda, el Ser Supremo es ¡muyyyyy Supremo! Y, al ver que no aparta los ojos de mí, con todo el glamur que tengo, y al más puro estilo ángel de Charlie, me quito el casco y, sonriendo, voy a decir algo cuando suelta:

—No me dijo que traería una moto.

Asiento, tiene razón, e indico acercándome a la moto para dejar el casco sobre el sillín:

—La verdad, no pensé que tuviera que mencionarlo.

Él me mira. Yo sigo sonriendo mientras oigo lloriquear a mi perro. Dejo el trasportín en el suelo y, consciente de que *Tigre* necesita salir, abro la portezuela sin más. Como esperaba, mi perro sale de estampida como un miura y empieza a corretear por el césped como un loco; necesita desfogarse tras haber estado tanto rato ahí metido. Divertida, lo miro. ¡Qué loco está! Entonces, de pronto se detiene y, levantando la pata junto a una planta, hace un pis delante de nosotros con todo su descaro.

¡Nooooooooooooooooooo!

Con el rabillo del ojo miro a Liam, que lo observa, y cuando voy a inventarme no sé qué explicación, el loco de *Tigre* coge impulso, comienza a correr hacia nosotros, da un salto y se le sube a Liam a los brazos para lamerle la cara con auténtica devoción.

Pero ¿qué está haciendo?

Horrorizada, rápidamente voy hasta él y se lo quito de encima.

—Haz el favor de comportarte —lo riño, y luego, mirando a Liam, que no ha dicho ni mu pero veo que se mira la camiseta blanca, indico al ver las huellas de *Tigre*—: Lo... lo siento. No pensé que...

—Mis perros están acostumbrados a hacer sus necesidades fuera

de la parcela. Por tanto, señorita López, intente que el suyo haga lo mismo mientras esté aquí.

Ahora la que no dice ni mu soy yo. Mi perro está educado. Nunca hace sus necesidades en casa, sino en la calle o en el campo. Y, claro, al ver ese césped, habrá pensado que esto es el campo. ¿Qué hago para hacerle entender que ahí ahora no se hace?

Miro a Liam. Veo que intenta limpiarse con la mano las manchas que *Tigre* le ha dejado en su camiseta blanca, y de pronto aparecen *Pepa* y *Pepe*.

¡Ya estamos casi todos!

Pepa y *Pepe* y mi perro se miran y, cómo no, *Tigre* comienza a ladrar como si no hubiera un mañana.

¡Vaya tela!

Acto seguido los de Liam también se ponen a ladrar. Normal. Es mi perro quien ha invadido su espacio, no al revés; entonces él, dando un silbido y diciendo: «¡Basta y junto!», hace que los animales se callen y se sienten a su lado.

Cuando aquellos se quedan en silencio, Liam me mira para que yo haga callar a mi mascota.

—*Tigre*, ¡cállate!

Pero, claro, mi perro es mi perro..., y como suponía, no me hace caso.

Insisto varias veces. Le doy la orden de callarse hasta que le agarro el hocico, se lo cierro y, mirándolo directamente a los ojos, suplico:

—Cállate, por favor.

Pero no. *Tigre* está nervioso, alterado. No conoce a esos perros y, cuando no sé qué más hacer, oigo que Liam ordena a *Pepa* y a *Pepe*:

—Caseta.

Acto seguido los perros se levantan, dan media vuelta y regresan a sus casetas, y una vez que están allí les grita:

—¡Tumba!

Y los perros van y lo hacen.

Madre mía, ¡qué bien educados los tiene!

Cuando se marchan *Tigre* va dejando de ladrar paulatinamente, y cuando por fin se calla y deja de taladrarnos con sus ladridos, con cara de circunstancias voy a hablar pero Liam señala:

—Si no le importa, puede aparcar su moto ahí.

Miro hacia el lugar donde indica y asiento sin dudarlo.

—No se preocupe, luego la aparco.

Nos miramos. Él no se mueve. Yo tampoco. ¿Qué pasa? ¿Por qué no se va? Y entonces entiendo que el «luego» no le vale y que he de hacerlo ahora... ¡Joder, con el Friki del Control...!

Rápidamente vuelvo a meter a *Tigre* en el trasportín, no quiero que se le suba otra vez; montándome en mi moto, la arranco y estaciono donde él me ha dicho. A continuación apago el motor y, tras poner la pata de cabra, me bajo y, encantada, veo que hay muchas herramientas en el garaje. Eso me gusta. Mi moto suele necesitar ajustes cada dos por tres.

Acalorada y acelerada, camino hacia donde se han quedado él y mi perro e, intentando ser amable para que el complicado momento sea más suavecito, miro su moto y pregunto mientras la toco:

—¿Es nueva?

—Sí.

—Es preciosa... ¿La tiene hace mucho?

Él mira su moto. En sus ojos noto que le gusta, y entonces, acercándose, coge un trapo y veo que la limpia por donde yo paso la mano.

—Desde hace quince días —responde—. La anterior tuvo una avería bastante fea y decidí cambiarla.

Asiento. ¿En serio está limpiando mis huellas?

Divertida, la toqueteo un poco más para que siga limpiando y, después de que me mire con ganas de estrangularme, oigo que dice señalando un Audi rojo:

—Si se ve en la necesidad de salir en coche con Jan, utilice ese. La sillita trasera que lleva está homologada para los niños de su edad. —Asiento y luego añade—: No quiero que lo monte en la moto, ¿entendido?

Vuelvo a asentir. ¡Qué maravilla conducir un Audi! Y, oye, en la vida se me ocurriría montar a un bebé en la moto conmigo.

Cuando voy a hablar se da la vuelta y, mientras camina hacia la casa, indica:

—Entremos. Marcela ha de marcharse y yo tengo que cambiarme de camiseta.

Sin dudarlo, cojo el trasportín con mi perro y mi mochila.

—Haz el favor de ser bueno o al final tendremos un problema con

él —susurro mirándolo.

Mi perro me mira. Por suerte, tampoco dice ni mu y nos encaminamos hacia el interior de la casa.

Al entrar, como siempre, impera el silencio. Y, dejando el trasportín sobre el sofá, estoy guardando los guantes de mi moto en la mochila cuando Marcela entra en el salón y sonríe al verme. Está feliz, se lo noto en la cara. Y al ver que se acerca con el niño en brazos, musito:

—Lo siento. Lo siento. Me he perdido y…

—Tranquila. —Sonríe—. Lo importante es que ya has llegado.

La abrazo encantada, esa mujer es un auténtico amor. Al ver que el pequeñín me mira, saludo:

—Hola, Gordunflassssss.

El chiquillo, que parece recordarme, me sonríe, y yo me apresuro a cogerlo en brazos y a besuquearlo. Qué bonito es. Pero, la verdad, ¿qué bebé de seis meses no es bonito? Estoy disfrutando de él cuando de pronto aparece Liam, con otra camiseta blanca limpia y remetida por dentro del pantalón.

—¿Se ha lavado las manos antes de cogerlo? —inquiere mirándome.

¡¡¡¡Ostrasssssss!!!!

Joder, joder, la emoción de ver al bebé ha podido conmigo. Y, justo cuando voy a responder con la verdad, es Marcela la que dice:

—Por supuesto, señor. Es lo primero que ha hecho al entrar.

Con disimulo, la miro. Marcela sonríe y yo le agradezco el bonito detalle que ha tenido.

—Por favor, señorita López —oigo que dice entonces Liam—, baje el trasportín de su perro del sofá.

Cierro los ojos. Desde luego el comienzo no está siendo el mejor. No paro de meter la pata una y otra vez. Y, entregándole el niño a Marcela, me dirijo hacia el sofá, cojo el trasportín, donde *Tigre* está calladito, y necesitando desaparecer y coger aire, indico:

—Lo llevaré a mi habitación.

Liam asiente. Marcela también. Creo que la pobre se compadece de mí. Y, una vez que desaparezco por el pasillo, me paro, me apoyo en la pared, cierro los ojos y tomo aire.

¡Madre mía, qué difícil va a ser esto…!

—Señorita López.

Según oigo eso doy un salto y abro los ojos. ¡Joder, qué susto!

Tengo a Liam a mi lado. Uf..., qué bien huele. Y, antes de que yo pueda abrir la boca, añade:

—El taxi de Marcela ha llegado ya. Lo digo por si quiere despedirse de ella.

Sin dudarlo asiento, agarro el trasportín y, obviando el modo en que me mira, voy hasta donde está la mujer con el niño y le doy un abrazo.

Marcela está feliz, pero al tiempo veo tristeza en sus ojos. Esta es de las mías. Cuando le coges cariño a alguien la mirada te delata; veo que se le llenan los ojos de lágrimas y, mirando al niño mientras dejo el trasportín, digo:

—Te prometo que lo voy a cuidar como si fuera mi propio hijo. —Ella asiente y, obviando que será por poco tiempo, añado—: He trabajado en hospitales y te aseguro que he cuidado con amor a todos los niños que pasaban por mis manos.

Gustosa, asiente otra vez y, tras ver que Liam no puede oírla, murmura:

—Paciencia con el señor... En cuanto a la señorita Margot, es un encanto.

Y cuando voy a preguntar, Liam tercia:

—Marcela, vaya despidiéndose, por favor.

La mujer me mira con complicidad. Vuelve a besar a Jan con cariño, después me besa a mí, me entrega al chiquillo y, acercándose a Liam, le tiende la mano y declara:

—Ha sido un placer trabajar para usted, señor Acosta.

Liam asiente, sonríe y entonces se saca un sobre del bolsillo.

—Esto es para usted —explica—. Espero que la ayude en su nueva vida junto a su familia.

Acercándome hasta Marcela para cotillear, observo que esta abre el sobre y, al ver un cheque por valor de diez mil euros, me quedo de piedra. ¡Toma ya...! Ella se lleva las manos a la boca y Liam, sorprendiéndonos a las dos, la abraza y dice:

—Ha sido un placer para Jan y para mí haberte tenido en casa, Marcela. Y si en algún momento te he incomodado en algo, espero que me lo perdones.

Ella, que está en shock —¡normal!—, no sabe qué responder, y, mirándome, al ver que sonrío, toma aire y vuelve a abrazar a Liam.

Yo los miro emocionada. Me gusta ver eso. Soy así de moñosa. Siempre he pensado que los abrazos y los besos dados con sentimiento, además de una excelente recarga para el alma, son de los mejores regalos de la vida. Y, además, ¡son gratis!

En silencio, noto como que Liam y Marcela por fin se entienden.

Entonces él, separándose de ella para romper el momento, coge las maletas.

—Vamos, Marcela —le indica—. El taxi te espera.

La mujer asiente mientras se recompone. Se guarda el cheque y, tras acercarse para besar de nuevo a Jan en la cabecita y darme a mí otro beso, musita:

—Al parecer, el señor tiene corazón. —Sonrío y ella añade—: No solo me ha dado un cheque que me facilitará mucho las cosas en Colombia, sino que encima me ha abrazado.

Divertida por eso, sigo sonriendo. Está claro que para Liam todo cambia cuando dejas de ser su empleada.

Acto seguido, tras lanzarnos un beso al niño y a mí, ella se da la vuelta y desaparece.

Acercándome a la ventana con el pequeño en brazos, cojo la manita de Jan y, a través del cristal, le decimos adiós a Marcela y el taxi se marcha.

—¿El trasportín de su perro está de nuevo sobre el sofá?

¡Joder, qué susto otra vez!

Según oigo eso, me doy la vuelta.

¡Ostras! Pero ¿en qué estaré pensando...?

Liam está a escasos metros de mí, mirándome con seriedad. Desde luego no estamos comenzando como yo habría querido. Y, necesitada de unos segundos para centrarme y serenarme, antes de que por mi boca salgan sapos y culebras, me acerco a él.

—Una cosita... —digo—. ¿Podría coger, por favor, a Jan?

Sin dejarlo responder, se lo planto en los brazos.

—Voy a llevar el trasportín a mi habitación y en dos segundos vuelvo —añado.

Su cara es un poema. Con todo mi morro le acabo de endosar al niño. Y, sin mirar atrás, me marcho del salón y corro por el pasillo. Una vez que entro en la que será mi habitación a partir de ahora y cierro la puerta, respiro.

Madre, madre..., ¡creo que no voy a durar ni un solo día en este

trabajo!

Retirándome el pelo de los ojos, miro mis maletas y mi guitarra. Estoy por no deshacerlas. Pero, tras dejar el trasportín sobre la cama, mirando a mi perro, que sigue dentro, digo:

—Quédate un ratito ahí metido, ¿vale?

Acto seguido salgo de nuevo del cuarto y, tras entrar en el salón y coger a Jan en brazos, cuando Liam desaparece sin decir nada, yo me encamino hacia la sala de juegos del pequeño, y reconozco que estar a solas con el chiquillo me da el aire fresco que necesito.

Tras jugar un rato con el pequeño, cuando veo que se cansa vamos a mi habitación. Allí saco a *Tigre* del trasportín y hago las pertinentes presentaciones. El niño y el perro se miran. Jan sonríe, y *Tigre* finalmente lo huele para darle besitos.

Mientras el animal lame la manita del pequeño para demostrarle su afecto, yo me río. Si el padre de la criatura lo viera, fijo que me despediría. Pero por suerte no lo ve, y yo ¡no se lo voy a decir!

Pasada una hora baño al pequeño y le doy de cenar en su trona en la cocina. Y cuando a las nueve de la noche ya está dormido en su cunita, me siento feliz. Enciendo la cámara del vigilabebés y me llevo el monitor por si se despierta. En mi cuarto, voy a tirarme en la cama cuando soy consciente de que *Tigre* me está pidiendo de cenar con la mirada.

Rápidamente saco de mi mochila el saquito de pienso y, tras echarle un poco en su cacito, lo devora. A este nada le quita el hambre. Mientras come, me tumbo en la cama y suspiro.

¡Vaya día!

Mi móvil vibra en ese momento. He recibido un mensaje. Es de Liam, que dice:

> A las diez la espero en
> la sala de la televisión.

Suspiro. Seguro que quiere el informe de la tarde del niño.

Miro a mi alrededor. Tengo que sacar mis cosas de las maletas, pero no me apetece. Entonces de pronto veo en el monitor del vigilabebés que Liam entra en el dormitorio de Jan y se acerca a su cuna.

Curiosa, me quedo mirando la pantallita. Él se aproxima a la cunita y, sonriendo, le toca el moflete, le da un beso en la frente y

oigo que dice:

—Buenas noches, Cacahuete.

¿Lo ha llamado «Cacahuete»...?

Sonriendo por esa demostración de afecto hacia el niño, no quito ojo de la pantalla y veo que comprueba que las sábanas no lo agobien y, luego, sale de la habitación. Reactivada por lo que he visto, me levanto de la cama y decido darme una ducha. Me ducharé, cenaré y luego iré a ver qué quiere el Ser Supremo.

Instantes después, tras enviarle un mensaje a Verónica, decirle que sigo viva y que al día siguiente la llamaré, cuando me meto en la ducha y veo que esta tiene efecto lluvia, estoy por saltar de felicidad. Sin duda, en este caso Liam lo hizo muy bien.

Capítulo 11

A las nueve y media salgo de mi dormitorio con el pelo mojado y vestida con un pirata negro y una camiseta de tirantes. Voy descalza. Se me olvidó meter en el equipaje algunas zapatillas para andar por casa. Con el vigilabebés en la mano, me dirijo a la cocina. Estoy muerta de hambre.

Al entrar en la preciosa y silenciosa estancia y encender la luz, miro a mi alrededor y sonrío. La cocina es una pasada. Si la viera Leo, con lo cocinillas que es, ¡se volvería loco!

Abro el frigorífico y miro qué comer. No me apetece cocinar, por lo que opto por sacar pan en rebanadas, lechuga, tomate, mozzarella, pavo y mayonesa. Hay que ver qué sano se come en esta casa... Busco en otros armarios algo grasiento. Quiero patatas fritas, cortezas..., ¡algo que no sea en absoluto recomendable! Pero nada, aquí no hay de eso.

Encantada de la vida, miro el vigilabebés y veo que Jan duerme como un bendito. Así pues, tras buscar en mi lista de Spotify, rápidamente comienza a sonar *Quiero decirte*, de Abraham Mateo y Ana Mena, y empiezo a tararearla mientras me preparo el sándwich y bailoteo al compás de la música.

Tras esa canción suenan otras, y una vez que acabo de hacerme el maxisándwich, me siento sobre la encimera de la cocina y, bebiendo una Coca-Cola, devoro mi maravillosa cena mientras disfruto mirando el mar a través del gran ventanal.

¡Qué pasada de vistas!

Minutos después, cuando acabo, y viendo que son las diez menos cinco, me pongo a recoger lo que he ensuciado, pero entonces comienza a sonar la canción *Bailé con mi ex* de Becky G.

Sin poder evitarlo pienso en Óscar, pero en esta ocasión sonrío. Es genial tenerlo lejos. Y estoy bailoteando mientras meto el vaso en el lavavajillas cuando oigo:

—La estoy esperando en la sala.

Del susto que me da, suelto la puerta del lavavajillas de golpe y me doy un porrazo en la rodilla, por lo que inconscientemente exclamo:

—¡Me cago en la leche!

Dolorida, me muevo; Liam se acerca y pregunta con un gesto preocupado:

—¿Qué le ocurre?

Resoplo. Suspiro. Me cago en todo lo cagable y, sin pensar, suelto:

—Mira, una cosita... ¿Quieres dejar de asustarme?

—¡¿Qué?!

—Que... que, por tu culpa, me he dado con la puerta del lavaplatos en la rodilla. ¡Joder!

Le cambia la cara. Me doy cuenta de que me estoy pasando, pero cuando voy a hablar indica:

—Espero que modere usted ese lenguaje delante de Jan.

Vale..., mi manera de hablar no está siendo la más apropiada para dirigirme a mi jefe.

—Disculpe mis palabras —susurro tomando aire.

Liam no responde. Me mira. Se agacha. Retira mi mano de la rodilla y, al ver el golpe enrojecido, dice:

—Póngase hielo. Le...

—No hace falta —replico intentando reconducir lo que yo solita he jorobado—. Solo ha sido un golpe, nada más.

Él asiente. Veo que mira las cicatrices que tengo en las rodillas y en las piernas de caídas con la moto, pero no pregunta. Nos miramos en silencio unos instantes, hasta que él dice:

—Si está escuchando música, puede que si Jan llora no lo oiga.

Según dice eso, y con la mala leche que llevo en el cuerpo a causa del golpe, sé que tengo dos opciones: o mandarlo a la mierda o mandarlo a la mierda, por lo que, cogiendo mi móvil, apago la música y, escondiendo mi malestar tras una bonita sonrisa, afirmo:

—Solucionado.

Entonces Liam se da la vuelta y repite:

—La espero en la sala. Tenemos que hablar.

Cuando se va vuelvo a hacer una mueca de dolor. Me miro la rodilla. Menudo cardenal me va a salir. Y, viendo que de esta no me cortarán la pierna, decido tomar aire y coger un vaso de agua que

llevarme e ir a la sala de la televisión. Desde luego, a este tipo no le haría yo ojitos en la vida.

Al entrar lo veo sentado en el enorme y cómodo sofá mientras mira la televisión. Rápidamente sé que ha puesto una serie que yo he visto, *Prison Break*, y que me gustó mucho.

—La he visto —comento—. Vaya tela cuando el hermano le...

En cuanto lo digo, me doy cuenta de que me mira con seriedad. ¡Joder, qué miradita!

—Vale —cuchicheo—. Seré buena y no le destrozaré la serie.

Liam no dice nada, pero, oye, me ha parecido notar un esbozo de sonrisa, aunque enseguida la ha disimulado. Entonces, señalando el sofá, mientras pausa la serie que está viendo, dice:

—Siéntese, por favor.

Sin dudarlo, lo hago. Me siento en el borde, dejo el vigilabebés para seguir controlando a Jan y doy un trago a mi vaso de agua. Al terminar, lo deposito sobre una mesita de cristal que hay frente a nosotros, e, intentando sonreír, lo miro y señalo:

—Pues usted dirá.

Entonces veo que está mirando hacia la mesa. ¿Qué mirará?

Al momento me doy cuenta de que es el vaso de agua. ¿Tendrá sed?

Segundos después se incorpora. Coge algo de un cesto que hay sobre la mesita y dice mostrándomelo:

—Si se da el caso de que usted vuelve a sentarse aquí con una bebida, ponga un posavasos antes de dejarla ahí.

Oy... Oy... Oy... La madre que lo parió... ¿En serio?

¿De verdad es de los que ponen posavasos?

Parpadeo y, después de tragarme uno de mis mordaces comentarios, le aseguro:

—Lo recordaré.

Liam asiente, yo lo miro y luego él dice:

—Quería que habláramos de su estancia aquí.

—¿Ya ha encontrado sustituta? —pregunto curiosa.

Él niega con la cabeza.

—Si le soy sincero, estos días tengo mucho trabajo en las bodegas y no he buscado. Pero, tranquila, que en cuanto encuentre algo la avisaré al menos con una semana de antelación.

—¡Genial! —digo.

A partir de ese instante comienza a hablar y yo lo escucho en silencio mientras asiento como una autómata.

—Aquí tiene las directrices para cuidar a mi hijo el tiempo que esté aquí —indica entregándome una hoja de papel.

Sin dar crédito, cojo lo que me tiende y, una vez que lo tengo en la mano, me pide:

—Léalas.

De inmediato planto los ojos en la hoja y leo:

NORMAS

1. El niño ha de estar durmiendo a las 21.00. Hora de levantarse: 9.00 de la mañana.

2. El niño desayunará a las 9.30. Comerá a las 13.30. Merendará a las 17.00. Cenará a las 20.15. Si se despierta durante la noche, tomará biberón.

3. El niño dormirá la siesta todos los días de 14.00 a 16.00.

4. El niño paseará únicamente por la urbanización de 11.30 a 12.30 y de 17.30 a 18.30. Una vez que llegue a casa jugará en su sala de juegos.

5. El baño del niño será a las 19.30 todos los días.

6. Cambio de pañal: al menos diez veces al día.

7. Toma de temperatura: al levantarse y acostarse.

8. El niño no comerá ni probará nada que no esté en su dieta.

Sorprendida, termino de leer la lista y lo miro consciente de que aquello no tiene ni pies ni cabeza en muchos aspectos. Pero entonces me entrega otro papel y dice:

—Estas son las directrices para su convivencia en esta casa.

De nuevo, lo cojo y leo:

1. Prohibido traer extraños a la casa.

2. Prohibido transitar por estancias que no sean su habitación, la del niño, la cocina, el jardín o la piscina.

3. Prohibido llevar comida al dormitorio y prohibida la música a un volumen excesivo.

4. Desayunos, comidas y cenas, en la cocina en el horario que quiera.

5. Apuntar los días libres en el calendario de la cocina. Importante avisar tres días antes en caso de algún cambio.

6. Vestimenta adecuada en todo momento.

7. Si la piscina está ocupada, se privará de su utilización hasta que quede libre.

8. El uso del televisor es exclusivamente en su cuarto.

9. Los animales no entran en la casa.

10. Llevará al día los cuadernos del niño para mostrarlos a diario.

Sin dar crédito, leo todo aquello y, no sé por qué, sonrío. El tiquismiquis pretende que viva en un campo de concentración. Y, sin filtros, musito mirándolo:

—Una cosita..., ¿esto va en serio?

Liam levanta las cejas; por su gesto intuyo que sí. Dejo la hoja sobre la mesa y afirmo:

—Vale. Va en serio.

—¿Alguna pregunta?

La verdad..., tengo mil preguntas, pero soy consciente de que mejor me callo. Y, como no contesto, él prosigue:

—¿Qué días libres desea?

Miro el calendario como el que mira un campo de minas. Ahora mismo lo cierto es que no sé qué días quiero.

—¿Le importa si se lo indico dentro de unos días? —pregunto.

Liam asiente y aparta el calendario de en medio. Estoy tan bloqueada por tanta norma absurda que no sé ni qué decir. Entonces, recordando dónde he dejado aparcada mi moto, digo:

—Una cosita... ¿Puedo utilizar las herramientas de su garaje?

Eso lo sorprende, se lo veo en la cara.

—¿Qué pretende hacer? —inquiere.

—Aprendí mecánica y, a no ser que sea algo muy grave, soy yo quien arregla las averías de mi moto. La verdad, me ahorro un pastizal...

Veo que parpadea sin dar crédito y me apresuro a añadir:

—Prometo dejarlas limpias y ordenadas como usted las tiene. Es más, no notará siquiera que las he tocado.

Él suspira, lo piensa y finalmente afirma:

—Puede utilizarlas.

Gustosa, asiento, y luego, mirando la maravillosa sala, provista de cosas que llaman mi atención, como el gran televisor, los libros y la música, indico sin pudor:

—Por la hojita de las normas, entiendo que esta estancia queda excluida de mi utilización. —Él asiente y yo pregunto—: ¿En serio no puedo ver la tele aquí o coger algún libro para leer?

—Tiene televisor en su dormitorio.

Es cierto, tiene razón, pero como soy una tocapelotas y este tipo me da igual, replico:

—Lo sé, y se lo agradezco, pero es que esta de sesenta y cinco pulgadas es una pasada, y ver las pelis y las series aquí tiene que ser la leche.

Evito sonreír. Veo su gesto de incomodidad. No está acostumbrado a que nadie, a excepción de Claudia, invada su espacio, y dice con rotundidad:

—En el punto 8 está suficientemente claro dónde puede ver la televisión, ¿entendido?

—Sí, pero…

—¿Entendido? —insiste.

Vale. Tengo dos opciones: discutir o hacer lo que me dé la gana cuando él no esté, por lo que, optando por lo segundo, afirmo:

—Entendido.

Asiente, veo que lo he convencido. Y entonces añade:

—En cuanto a coger un libro, puede hacerlo, siempre y cuando deje un papel indicando que se lo ha llevado.

—¿Papelito tipo biblioteca?

Tan pronto como digo eso, soy consciente de que me ha salido en plan coña.

—Tranquilo, señor Acosta —añado—, que si cojo algún libro lo apuntaré en un papel para que usted lo sepa. Lo cuidaré. Y, una vez que lo acabe, volveré a dejarlo donde estaba.

Él asiente, me mira y, con cierto retintín, pregunta:

—¿Alguna *cosita* más?

Me río, le estoy tocando las narices, y prosigo:

—Quizá poder llevar a Jan a la playa y no limitarlo a la urbanización…

—No.

Niego con la cabeza, a mí eso no me vale.

—Para su desarrollo emocional y personal ver gente le vendrá bien —insisto.

—He dicho que no.

Según vuelve a negarse, asiento. Quizá si no le llevo la contraria y le hago entender que va a hacer un asocial del niño, cambie, por lo que digo:

—Muy bien, así será. Pero una cosita..., luego no se queje cuando Jan sea un niño retraído, antipático y no socialice con el resto y, además, se asuste con facilidad. Es una pena, pero es lo que usted va a provocar teniéndolo encerrado en su castillo...

Liam me mira. Creo que está pensando que soy algo peor que una cabrona por mis matices, pero entonces, sorprendiéndome, declara:

—Puede llevarlo a la playa. Pero recuerde echarle protector solar y ponerle un gorro.

Al oír eso me dan ganas de saltar. ¡Bien! Me he salido con la mía, aunque me gustaría preguntarle si se cree que soy tonta, pero me callo. He ganado.

Está claro que mis peticiones lo están jorobando, y comienza a hablarme de Jan y de las estancias donde el niño no puede entrar. Una de esas estancias es justamente esta en la que estamos nosotros ahora. El Ser Supremo opina que es un sitio lleno de peligros. Mejor me callo, porque como hable le diría que lo que no quiere es que el niño le manche o le desordene su precioso y cuidadito salón.

¡Vaya tela, vaya tela...! Cuando se lo cuente a Verónica, va a flipar.

Tras eso vuelve a recordarme que he de apuntar las cosas en los cuadernos de colores para que él, por la noche, vea el día del niño, y también cosas absurdas como que Jan no juegue con los perros, pues pueden hacerle daño y llenarlo de pelos, que nunca lo deje en un suelo que no sea el de su habitación o la sala de juegos, que procure no coger mucho al niño para no malcriarlo... Y ya cuando me repite que no lo monte en la moto, estoy a punto de reírme, pero no digo nada.

Muchas de las cosas que dice me parecen muy exageradas, pero bueno, es su padre y es mejor que me calle... Sin embargo, cuando me dice de nuevo que, en horas de mucho calor, el niño no ha de estar al sol, no puedo más y, levantando la mano, tercio:

—¿Puedo hablar? —Sin dudarlo, él asiente y yo suelto—: Por si lo ha olvidado, soy enfermera..., aunque tampoco hace falta ser enfermera para saber que a las tres de la tarde no es el mejor momento para que un niño o un adulto esté bajo el sol achicharrador. Dicho esto —añado antes de que pueda hablar—, acerca de no tener a

Jan en brazos, ahí sí debo decirle lo que pienso. ¿Y sabe por qué? —Él parpadea y yo prosigo—: Porque soy una profesional y sé de lo que hablo.

Liam se echa para atrás en el sofá. En su gesto veo que no le está haciendo mucha gracia que lo cuestione. Está claro que a este las otras niñeras no le han replicado.

—El contacto piel con piel con un bebé favorece su desarrollo psicológico e intelectual —continúo—. Abrazarlo lo hace sentir seguro, le provoca placer y felicidad y ayuda a su desarrollo y su confianza. Y esto, señor Acosta, no lo digo yo, lo dicen cientos de estudios que se han hecho en todo el mundo, y me extraña que usted no haya leído alguno de ellos.

Liam me mira, no pestañea siquiera.

—Una cosita... ¿Las demás niñeras eran enfermeras? —pregunto.

—No. Y tampoco tan contestonas ni tan llenas de «cositas» —replica él.

Asiento. Estoy segura de que lo estoy desconcertando.

A continuación, tomando aire, digo mientras veo que la pantalla de su teléfono móvil se ilumina y recibe un mensaje de Margot:

—Usted me ha contratado para cuidar a su hijo hasta que encuentre una sustituta. Soy una profesional en lo mío, como usted será un profesional en lo suyo. Y por ello me gustaría que se fiara de mí en lo referente al niño. Entiendo que a usted pueda molestarle si, en vez de a las nueve de la noche, acuesto a Jan a la una de la madrugada, o si, en vez de darle de desayunar cereales, le pongo en la boca un trozo de pizza barbacoa para que la chupe...

El gesto de Liam al decir eso casi me hace reír. ¿En serio cree que le voy a dar pizza al niño para desayunar? Pero, manteniendo la tranquilidad, esa que me saco de la manga cuando quiero que alguien me escuche, continúo:

—Jan es un niño precioso y sano, y nosotros, usted como padre y yo como su cuidadora, simplemente tenemos que facilitarle las cosas para que crezca feliz y vaya aprendiendo a desarrollarse.

Según digo eso último, veo que asiente. ¡Bien, algo que le ha gustado! Y, aprovechando el momento, añado:

—Ahora me gustaría que me dijera cosas que como padre de Jan sabe y que yo debería conocer.

—¿Cosas como qué?

—Gustos. Preferencias. Qué le gusta al niño y qué no...

Él asiente, veo que piensa y, para ponérselo más fácil, señalo:

—He visto que Jan tiene varios chupetes. ¿Hay alguno que prefiera antes que el resto?

—Los que tienen el borde naranja le gustan más que los otros —se apresura a responder.

Encantada, asiento, y él añade:

—No le gusta que las sábanas estén remetidas en su cuna. Lo angustia sentirse apretado.

Vuelvo a asentir e, intentando que el aire fluya entre los dos, bromeo:

—En eso ha salido a mí. También me agobian.

Mi comentario hace sonreír a Liam, que añade:

—Su muñeco preferido es una jirafa verde y marrón que le regaló mi hermana Florencia. Y también le gusta mucho la música.

Sonrío al oír eso. Ya me lo había dicho Claudia.

—Su canción preferida, la que lo calma, es *Can't Take My Eyes Off You* —concluye.

Rápidamente escaneo esa canción en mi cerebro. ¿Cuál es? ¿Cuál es? Y, al recordar que es un tema disco, musito:

—¡Vaya! Pero qué marchoso es nuestro Jan...

Eso hace que Liam suelte una carcajada que me parece encantadora, y luego matiza:

—En realidad le gusta más la versión interpretada por Joseph Vincent.

No me suena ese nombre y, cogiendo mi móvil, se lo enseño y pregunto:

—¿Le importa si la busco?

Él se apresura a negar con la cabeza y yo tecleo buscando esa canción en la versión de Joseph Vincent. Instantes después la bonita melodía interpretada solo por una guitarra comienza a sonar y, mirando a Liam, afirmo:

—Esta se la bordo yo a Jan.

Él enarca las cejas.

—He traído mi guitarra y me gusta mucho cantar —le aclaro—. Incluso alguna vez he cantado en directo en algún localcillo.

Él asiente. Por su gesto, creo que piensa que soy una friki loca, y nos quedamos escuchando en silencio la preciosa canción de amor,

que, madre mía, ¡qué cositas dice! Sin duda es una canción para enamorarse. Gustosa, me encojo en el sofá y cuchicheo:

—Qué bonito tiene que ser que alguien te diga eso que dice la letra...

Liam me mira. Soy consciente de lo que acabo de decir, y agrego sonriendo:

—Disculpe. Pensaba en alto.

Él sigue sin retirar la mirada de mí. Creo que no ve el momento de que salga de su casa. Y cuando, segundos después, termina la melodía y dejo mi teléfono sobre la mesa, enamorada de la versión que he escuchado y, por supuesto, del amor, lo miro a él y, apoyándome en el respaldo del sofá, pregunto:

—¿Hay algo más que quiera decirme?

Liam me mira y asiente.

—¿Podría bajar los pies del sofá?

Según lo dice, me doy cuenta de que en nuestra conversación me he relajado y me he repanchingado como una reina. Y, una vez que pongo los pies en el suelo, insiste:

—Por favor, no ande descalza por la casa. Podría darse un golpe y hacerse daño, por no hablar de la suciedad que acumulará en la planta de los pies...

—De acuerdo —musito algo avergonzada.

—Póngase unas cholas —insiste.

—¿Unas cholas? —inquiero sorprendida.

Acto seguido él levanta un pie y, al ver que lleva unas chancletas de toda la vida, de esas que separan el dedo gordo del pie del resto, indico:

—El próximo día que salga compraré unas.

Él asiente y yo, para variar, sonrío. Como esté apuntando en un cuaderno de esos de colores que tanto le gustan todas las veces que ha tenido que llamarme la atención, lo llevo claro.

Nos quedamos en silencio unos instantes y luego él comenta:

—Si surge algo más de lo que hablar, se lo diré. De momento creo que ya está todo dicho, y recuerde que cuando venga de trabajar ha de darme el informe del día.

Apabullada por todo, asiento y los dos nos quedamos observando la televisión en silencio. La serie que estaba viendo sigue en pausa. Me vuelvo hacia él para ver si le da al *play*, pero entonces él me mira para

que me vaya. Me levanto del sofá y digo:

—Bueno, pues entonces me voy.

—Me parece bien —afirma cogiendo su teléfono móvil de la mesita.

—Por cierto, una cosita... Hay una escena en la que el hermano va a... —Su dura mirada hace que me calle. ¡Madre mía, menudo *spoiler* le iba a soltar! Y, muerta de la vergüenza, cojo el vigilabebés y simplemente añado—: Buenas noches.

—Buenas noches —responde.

Y, sin mirar atrás, salgo del bonito salón, donde oigo que comienza a sonar de nuevo la tele. Paso por la habitación de Jan para comprobar que está dormido y me dirijo hacia mi habitación, donde me espera *Tigre*.

El pobre lleva metido toda la tarde ahí, y, consciente de que tiene que hacer sus cosas, le pongo una correa para tenerlo controlado. Con el máximo sigilo salgo al jardín trasero y, ocultándonos tras un enorme árbol, mi perro hace sus necesidades y yo las recojo con una bolsita. ¡Faltaría más!

Capítulo 12

Veinte días después puedo decir que aún no nos hemos matado y las cosas van medianamente bien. Y digo esto porque Liam es más tiquismiquis de lo que esperaba y se queja por todo. Y cuando digo «por todo», ¡es que es por todo!

¡Madre mía, qué paciencia debo tener!

Cuando cumplo veinticinco días en la casa tenemos nuestra primera gran bronca en el momento en que él llega de trabajar a las diez de la noche y se encuentra al niño despierto. Hay que ver la que me monta... Pero si Jan no se duerme, ¿qué hago, le doy un trastazo en la cabeza para dejarlo inconsciente?

Discutimos. Me echa en cara que soy una niñera atípica, y yo, que no me callo, le suelto que él es atípico en todo. Al final, cansada de sus tonterías, cojo a mi perro, meto cuatro cosas en mi mochila y lo mando a hacer puñetas. Es más, le digo a gritos que es un maldito friki controlador..., algo que veo que no le hace mucha gracia.

Furiosa, salgo de la casa mientras él me advierte que no se me ocurra marcharme, pero, mira, llegados a este punto, decido largarme. ¡Que lo aguante su tía la del pueblo!

Sé que quedan cosas en mi habitación. No puedo llevármelo todo ahora, pero no importa; ya pasará Verónica a recogerlas. Enfadada, llego hasta donde está mi moto y, cuando la estoy arrancando, me doy cuenta de que me he dejado las llaves y el mando para abrir la cancela exterior.

¡Mierda!

Cuando estoy pensando qué hacer, veo aparecer a Liam con el niño en los brazos. Joder..., joder...

Compruebo sorprendida que su tono de voz ha cambiado y ahora se dirige a mí con tranquilidad y no con su puñetera chulería, cosa que le agradezco. Como personas civilizadas hablamos de lo ocurrido, y creo que entiende que no puedo obligar a dormir al niño si no quiere. Yo puedo intentarlo de una y mil maneras, pero si el crío no se

duerme, ¿qué pretende que haga?

En definitiva, me pide perdón. Yo también se lo pido a él por todo lo que le he dicho y, juntos, regresamos a la casa, donde, nada más coger a Jan, el muy cabrito se queda dormido.

¿En serioooo?

Pasan los días e intento seguir a rajatabla sus malditas normas. Sin embargo, al final me las compongo para facilitarme la vida y facilitársela también a Jan. Si seguimos las reglas de su padre, el pobrecito mío más que un niño parecerá una cobaya de laboratorio con tanta directriz y tanto horario.

Como dijo Verónica, Liam se va muy pronto a trabajar y a veces regresa muy tarde, por lo que en ocasiones ni nos vemos, aunque sí he oído de madrugada alguna risita de mujer. Está claro que Liam se trae sus conquistas a la casa, aunque las hace desaparecer antes de que el niño se levante.

Y..., bueno, luego está el tema *Tigre* y sus manías. El perro no entiende que el césped del jardín de la casa no es el campo y, por más que me empeño, es imposible.

Por suerte, *Pepa* y *Pepe* se lo ponen fácil. El carácter de los dos golden retriever es más amigable que el de *Tigre*, y cuando los veo correr por el jardín jugando me siento bien. Ya se llevan bien, ya se han entendido, y pienso si yo llegaré a entenderme con mi jefe...

Esta madrugada no consigo dormir. Agobiada por el calor que hace, salgo a mi terracita a tomar el fresco. Con el móvil en la mano y el vigilabebés de Jan, me siento en una de las sillas que tengo en mi pequeña terraza y, aburrida, me pongo a cotillear mis redes sociales en silencio.

Cuando me canso de hacerlo sigo sin sueño y, mirando la preciosa piscina solitaria que tengo ante mí, oscura y tentadora, sonrío.

Lo que habría dado yo en el tiempo que pertenecí al equipo de natación sincronizada de Madrid por haber tenido una piscina privada, como sabía que las tenían otras compañeras mías. Tener piscina propia es un lujo que pocas personas pueden permitirse y, por supuesto, yo pertenezco a la gran mayoría que no pueden.

Miro hacia mi cama. *Tigre* duerme repanchingado todo lo largo que es, roncando. Está visto que a este el calor no le afecta nada de nada. Vuelvo a mirar la piscina. Es tentadora. Tanto que, tras

comprobar que Jan sigue durmiendo como un ceporrete, decido darme un bañito rápido. Eso me refrescará y seguramente luego me podré dormir.

Son las cuatro de la madrugada. Solo estoy yo en esta parte de la casa y nadie puede oírme. Me quito la camiseta de tirantes que llevo y las bragas y decido darme un bañito desnuda. ¿Quién me va a ver? Jan y el Ser Supremo están durmiendo.

Una vez desnuda, y solo iluminada por la luz de la luna, comienzo a correr hacia la piscina, mientras yo misma me río por lo que estoy haciendo, y antes de llegar al borde doy un salto y ¡me tiro en bombaaaaaaaaa!

Cuando el agua refresca mi cuerpo, sonrío y comienzo a bucear tranquilamente. ¿Hay algo más maravilloso que esta sensación?

Tras cruzar la piscina, decido sacar la cabeza para tomar aire y de pronto oigo:

—¡Señorita López!

Al oírlo, doy un salto del susto que me llevo y, al mirar hacia un costado, me encuentro con Liam sentado en una de las hamacas, empapado por completo.

¡No me jorobes! ¿En serio?

Estoy mirándolo sin saber qué decir cuando él se levanta y sisea enfadado:

—¿Se puede saber qué está haciendo?

Horrorizada al verlo chorreando agua tras haber saltado yo en bomba, suelto:

—¿Qué está haciendo usted aquí?

Liam achina los ojos. Malo..., malo...

—Por si lo ha olvidado —replica—, estoy en mi casa.

Me apresuro a asentir. Tiene toda la razón del mundo.

—¡Salga inmediatamente! —me ordena a continuación.

Cuando lo voy a hacer, me doy cuenta de que estoy desnuda. ¡Joderrrrr! Por ello, sin moverme, indico:

—Creo que no es buena idea.

—Señorita López, ¡salga ya!

Ante su insistencia me sublevo. Tendrá morro el tío... Y, clavando la mirada en él, señalo:

—Como bien sabrá, estoy desnuda y, no, ¡no pienso salir!

Veo que él levanta las cejas sorprendido.

—¿Y qué hace desnuda en la piscina? —inquiere.

¿En serio no me ha visto llegar desnuda?

Entonces, tomando aire, explico con naturalidad:

—No le voy a mentir. Tenía calor. No podía dormir y decidí darme un baño.

Él asiente, no aparta los ojos de mí. Cogiendo una toalla de una de las hamacas, la deja junto a la escalinata de la piscina, se da la vuelta y dice:

—Salga. No miraré.

Miro la toalla. Es el momento de salir. Y, haciéndolo a toda prisa, la cojo, la enrollo alrededor de mi cuerpo y, cuando acabo, indico:

—¡Ya!

En cuanto digo eso, Liam se da la vuelta. Madre mía, está completamente empapado. Y a continuación oigo que dice en un tono de voz más conciliador:

—Yo también tenía calor. Decidí salir a tomar el fresco, me tumbé en la hamaca y debí de quedarme dormido.

Al oír eso, sonrío sin poder remediarlo. Parece ser que no me ha visto desnuda.

—Una cosita... —cuchicheo—. Lo siento... Lamento no haberlo visto y haberme tirado en bomba como una cría...

Liam asiente, sonríe y luego susurra:

—Me quedaré con que su remojón me ha refrescado.

—No hay mal que por bien no venga —afirmo.

Ambos sonreímos y, tras un silencio, comenta:

—La verdad es que hace mucho calor.

Asiento. Tiene más razón que un santo. Y durante varios minutos hablamos del tiempo. Tenemos una conversación de esas que se tienen cuando uno no sabe qué decir, hasta que nos callamos y nos miramos.

¿De qué puedo hablarle ahora?

De pronto Liam comienza a desabrocharse su empapada camisa blanca de lino y dice:

—Es tarde y habrá que intentar descansar.

Estoy ensimismada con sus movimientos y con lo que veo cuando añade mirándome:

—¿Puedo pedirle un favor? —Sin dudarlo, asiento, y él suelta—: Cuando se bañe en la piscina, sea la hora que sea, póngase un bikini o un bañador.

Vuelvo a asentir enseguida y él, tras desearme buenas noches, se da la vuelta y se va, dejándome total y completamente desconcertada.

¡Madredelamorhermosocómomehapuestomijefe!

Capítulo 13

Pasan los días y ninguno vuelve a mencionar lo que sucedió en la piscina.

¡Tema olvidado!

Con Jan las cosas no pueden ir mejor. Es un niño bueno, encantador y sonriente, y, la verdad, disfruto de su compañía de una manera que nunca pensé que lo haría, y eso es porque entre los dos hemos creado una conexión preciosa y especial.

Alguna noche, cuando voy a la cocina a por agua, oigo a Liam hablar en inglés en su saloncito. Tras comentárselo a Verónica un día, mi amiga me dice que Liam habla con Tom Blake, el actor. ¡Madre mía, qué guapo es ese hombre! Y, lo mejor, ¡ese sí que es de mi estilo!

Con mi justito nivel de inglés, aunque pongo la oreja, solo pillo cosas como que el niño está bien. Pero el tono de voz de Liam es tranquilo y relajado y eso, después de saber lo que Verónica me contó en lo referente a ellos, me alegra. Tuvo que ser tremendo lo que se encontró Liam.

Durante este tiempo ayudo a Verónica a perfilar el proyecto de las cenas temáticas en los viñedos. Son muchas las tardes en las que, ella en nuestra casa o yo en la suya junto con Jan, hablamos de El Valhalla y buscamos soluciones a los problemas que se presentan.

Hoy estoy hablando divertida con Claudia en la cocina cuando la mujer me enseña unos cuencos de cristal y dice:

—Voy a dejar preparada una ensalada de pollo con huevo duro para Liam. ¿Quieres que te deje alguna con algo especial para ti?

Durante unos segundos lo valoro. Pero he quedado con Verónica, voy a pasar la tarde con ella y Jan en un centro comercial, e indico:

—No, gracias. Esta noche no quiero ensalada.

Claudia asiente y, entre risas, proseguimos hablando del pequeño. ¡Está para comérselo!

Por la tarde disfruto del centro comercial al que me ha llevado Verónica, que es enorme. Durante un buen rato entramos y salimos de

tiendas, hay que ver lo que nos gusta cotillear, hasta que al salir de una oigo:

—¡Pececita Madrileña!

Al oír ese apodo, por el que en una época de mi vida me llamaban unas pocas personas, me doy la vuelta y me quedo sin palabras al encontrarme con Magdalena, una antigua compañera del equipo de natación sincronizada que era canaria. Tras abrazarnos yo le presento a Verónica, y me pregunta:

—Pero, mi niña, ¿qué haces aquí?

Feliz por ver a esa compañera, a la que le guardo tanto cariño, explico:

—Vivo aquí.

—¿Que vives aquí?

—Sí.

Magdalena me mira sorprendida. Luego mira al niño y pregunta:

—¿Es tu hijo?

Enseguida niego con la cabeza. Todo el mundo cree que es mi hijo.

—No, no —digo—. Es Jan, el niño al que cuido. Por ese motivo vivo aquí.

Aclarado el tema, Verónica propone ir a tomar algo las tres juntas y Magdalena acepta.

Gustosas, nos sentamos en una terracita y comenzamos a hablar. Aunque ya se ha retirado del equipo oficial de natación sincronizada, Magdalena es ahora entrenadora de un equipo en la isla.

Durante un rato hablamos de ese deporte que a ambas nos apasiona y en el que ella sigue aún en el máximo nivel como entrenadora. Por suerte para ella, no se lesionó como yo y continúa en activo con equipos que compiten internacionalmente; y yo la escucho encantada. Ya me habría gustado a mí poder continuar así.

Magdalena me pregunta interesada. Le hago saber que tras la lesión estudié Enfermería y durante años he ejercido la profesión, pero que también he seguido entrenando a un par de equipos de sincronizada en una piscina pequeña de Madrid.

—¿Sabes? —dice ella a continuación—. Me encantaría contar contigo en mi equipo.

Sorprendida por eso, parpadeo.

—Llevo meses buscando una buena entrenadora —prosigue—,

pues la que ahora lleva el segundo equipo se jubila el año que viene. Serían tres días a la semana, dos horas cada día. ¿Qué te parece?

Boquiabierta, no sé qué decir. Y Verónica, al oír eso, exclama:

—Amara, ¡eso sería genial! Siempre te gustó hacerlo.

Asiento, es cierto, y Magdalena añade:

—De entrada solo tendrías que venir un par de días a la semana para ver las clases de Irene y conocer a las nadadoras. Y así, cuando se jubile en septiembre, podrías ser tú la entrenadora de ese equipo. ¡Dime que sí, Pececita Madrileña!

Sonrío y asiento. Si algo me gusta es el agua y la natación sincronizada. No obstante, consciente de mis limitaciones al cuidar a Jan, indico:

—Nada me gustaría más, pero debo estar con Jan y...

—Pero no sabes por cuánto tiempo será —interviene Verónica.

Tiene razón. Liam está buscando niñera.

—En la piscina tenemos guardería —tercia Magdalena—. Podrías dejarlo los días que vengas sin coste alguno.

¡¿Guardería?! Si le menciono esa palabra a Liam, le sale urticaria.

Miro al pequeño, que me observa con los puñitos metidos en la boca. Creo que piensa lo mismo que yo.

—Lo hablaré con su padre —indico—. Pero dudo que le parezca bien.

Verónica asiente y luego musita:

—Dile que yo te acompañaré a la piscina y me quedaré con él cuando tú estés viendo las clases, por si no le parece bien lo de la guardería.

Sonrío; ahí está mi amiga una vez más para ayudarme.

—Déjame tu teléfono y te llamaré —le pido a Magdalena.

—¡Genial! —exclama ella.

Media hora después Magdalena se marcha y, cuando Vero y yo nos dirigimos hacia el coche, comento:

—El Friki del Control dirá que no.

—Mujer, ¡eso no lo sabes!

De inmediato miro a mi amiga y ella afirma riendo:

—Vale. Creo que sí lo sabes.

Divertidas, montamos en el vehículo y, tras dejar a Verónica en su casa, paso por un búrguer donde me pido una hamburguesa con patatas y aros de cebolla para llevar y después sigo hasta la casa en la



que vivo con Jan.

Capítulo 14

Esa noche, después de que Jan haya cenado y esté durmiendo ya, tras calentarme la hamburguesa en el microondas y dejar sobre la encimera mi maravillosa y calórica cena, pienso en cómo plantearle a Liam la propuesta de Magdalena mientras mojo una patata en tomate y luego en mayonesa. Total, tarde o temprano dejaré de trabajar para él.

Pienso, pienso y pienso y, la verdad, sé que cuando se lo diga al Ser Supremo pondrá el grito en el cielo. Dirá que o la piscina o el niño, pero bueno, ¡hay que intentarlo!

Minutos después veo desde la ventana de la cocina que *Pepa*, *Pepe* y *Tigre* van a saludar a Liam, que acaba de aparcar. Él les acaricia la cabeza con cariño y, cuando abre la puerta trasera del vehículo para coger su chaqueta, me quiero morir al ver que *Tigre* se mete de un salto en el coche.

¡Nooooooo!

Rápidamente Liam lo echa del vehículo. *Tigre* sale por patas y luego él saca su chaqueta y la mira. Joder..., joder..., ya me puedo imaginar lo que ha pasado: le ha pisoteado la chaqueta del traje.

¡La madre que parió a mi perro!

Sigo cenando cuando Liam entra en la casa.

—¡Señorita López! —grita.

Vale, esta vez no me he asustado, ya esperaba su llamadita. Y, saliendo de la cocina, me lo encuentro en el pasillo y él, con la chaqueta cogida con dos dedos, me suelta:

—Su perro la ha pisoteado y la ha manchado.

—¡¿Y...?!

—¡Que es su perro!

—¡¿Y...?!

Me mira. Woooo, cómo me miraaaaaa... Y, sí, lo sé, lo he visto... Y haciéndome la tailandesa, porque lo de la sueca se queda corto, murmuro con gesto horrorizado:

—Regañaré a *Tigre*.

—¿Lo regañará?

Vale, ya está empezando a hartarme.

—¿Acaso quiere que lo mate y lo descuartice? —indico mirándolo.

Acto seguido le quito la chaqueta de las manos y la examino, pero, al no ver nada, inquiero:

—Una cosita..., ¿dónde están las manchas?

Enfadado, él coge la chaqueta, se dirige hacia la cocina y, entrando en ella, replica:

—¡Aquí! ¿No lo ve?

Me acerco con curiosidad. Lo que para él es una mancha para mí es ¡nada! Y cuando voy a hablar oigo que dice:

—Pero ¿qué es todo este desastre?

Liam mira fijamente la mesa en la que estoy cenando, donde está mi hamburguesa, las patatas, los aros de cebolla, la Coca-Cola, el kétchup y la mayonesa, y contesto:

—Mi cena.

Como el que mira algo que le provoca rechazo, lo repasa todo con la vista y luego suelta:

—Menudo desastre de cena.

Luego me mira a mí. Por su gesto, mejor que no pregunte lo que piensa. Y entonces, para hacer una gracia, cojo una patata, la mojo en kétchup y, cuando se la voy a ofrecer, me golpeo sin querer el codo con la pared y esta vuela por los aires hasta aterrizar en la manga de su camisa.

Bueno, bueno, buenooooooo...

Según veo eso, y en especial cómo me mira, cuchicheo:

—Mañana sin falta llevaré la camisa y la chaqueta al tinte.

Liam asiente, suelta la chaqueta sobre la encimera y, sin decir más, se va dejándome en la cocina.

No puedo evitar sonreír. Desde luego, cuanto mejor quieres hacer las cosas, peor salen. Y, sentándome de nuevo en la silla, cojo mi hamburguesa y sigo comiendo por pura ansiedad.

Poco después entra de nuevo en la cocina; en silencio deja la camisa junto a la chaqueta. No lo miro; creo que si lo hago se lo va a tomar como una provocación.

—No sé cómo puede gustarle eso —afirma refiriéndose a mi cena.

Acto seguido abre el frigorífico. Saca el bol de ensalada de pollo y huevo que Claudia ha dejado preparado y, tras quitarle el film transparente, coge un tenedor, una botella de agua y empieza a comer después de sentarse frente a mí. Desde luego, es sano, sano...

Ambos comemos en silencio. Pero, joder, ¡qué incómodo es esto!

Y, consciente de lo que me ronda por la cabeza y sabiendo que hasta que lo suelte no voy a vivir, digo:

—¿Puedo preguntarle algo?

—Dígame.

—¿Sigue buscando una niñera que me sustituya?

Según digo eso, me mira. Uf..., por su gesto sé que no le ha hecho gracia mi pregunta.

—¿Tan incómoda está en esta casa? —suelta a continuación.

Me apresuro a negar con la cabeza. Sinceramente, estoy aprendiendo a torearlo, e incómoda, lo que se dice incómoda no estoy.

—La verdad es que no —contesto.

—Entonces ¿por qué lo pregunta?

Vale, esa preguntita sí que me incomoda.

—Porque mi tiempo es oro, al igual que el suyo —indico—, y como sé que este trabajo es temporal, me gustaría hacer planes.

Me vuelve a mirar. Uf..., si las miradas mataran, yo creo que ya estaría muerta y enterrada.

—De todas formas —añado—, una cosita...

—Ya estamos con las cositas... —murmura.

Pero, sin hacerle, caso continúo:

—El motivo de mi pregunta es porque hoy, cuando estaba con Vero y Jan en el centro comercial..., por cierto, ¡es enorme..., e increíble lo baratas que están algunas colonias! —Liam asiente y yo añado—: Pues eso, que estábamos paseando por aquel precioso lugar cuando...

—Al grano, señorita López —me corta.

Asiento, tiene razón. Por mucho que lo adorne, al final se lo voy a tener que preguntar. Y, tomando aire, digo:

—¿Le importaría si voy a ver dos días a la semana el entreno del equipo de...?

—Me importa —me interrumpe y, frunciendo el entrecejo, suelta—: ¿Y Jan?

—Él... él me esperaría o bien en la guardería de la piscina o con

Verónica.

—¡Ni hablar! —replica enfadado—. Le pago a usted para que cuide de mi hijo, no para que lo deje en una guardería donde habrá cientos de gérmenes mientras usted ve el entreno de a saber Dios qué.

Lo sabía, sabía que iba a responder algo así. No obstante, intento explicarme:

—Los entrenos que quiero ver son de...

—No me interesa —me corta—. Solo me interesa mi hijo y, mientras trabaje conmigo, espero que se limite usted a cuidarlo. Por lo demás, tranquila, encontraré con quién sustituirla.

Su voz..., su mirada..., todo en él es tan tajante que me deja sin palabras.

Menudo troglodita está hecho el amigo. No le interesa en absoluto lo que tengo que decirle. Sin embargo, dándome cuenta de que, me guste o no, está en su derecho, respondo:

—No se preocupe. Mientras cuide a su hijo, me centraré en él. Pero, por favor, agilice lo de buscar una nueva niñera.

Liam me mira ofuscado mientras yo le sostengo la mirada. Que le quede claro que él me puede exigir porque me paga, pero que miedo no me da.

Seguimos cenando en silencio. Como él ha dicho, no le interesa nada de lo que yo pueda contarle sobre mí. Y cuando me termino la hamburguesa, recojo concienzudamente todo el desastre que según él he organizado y, antes de salir por la puerta, digo:

—Buenas noches —y casi en susurros añado—: Jodido friki del control...

—¿Qué ha dicho? —oigo que suelta él.

De inmediato suspiro y, consciente de que quizá lo he dicho más alto de lo que esperaba, respondo tocándome la cabeza:

—He dicho que me duele el cabezón.

Liam me mira, me mira y me mira. Su gesto me indica que sabe que miento, pero finalmente dice:

—Buenas noches, señorita López.

Y, sin más, me dirijo a ver a Jan, que duerme, y de allí a mi habitación, donde me lavo los dientes y después a oscuras me desnudo, me tumbo y me quedo mirando el techo antes de dormirme mientras pienso en lo idiota que es mi jefe y en las ganas que tengo de perderlo de vista.

Capítulo 15

Pasa una semana tras nuestra complicada conversación de buscar una sustituta y, si Liam antes ya no me miraba, creo que ahora me ignora por completo. Sin duda, soy todo un incordio para él.

Como es lógico, hablo con Magdalena y le explico que de momento no puedo acercarme a los entrenos, pero que dentro de un tiempo todo cambiará. Ella se resigna, pero está contenta de que deje mi puerta abierta a intentarlo de nuevo.

Con Jan todo es fantástico. El niño es un bombón de criatura. Y cuando le enseño a nadar, creo que me muero de amor con él. ¡Pero qué bonito es!

Acostumbrada a meter a *Tigre* en la piscina y que este nade junto a Jan, que cada día lo hace mejor, cuando quiero darme cuenta *Pepa* y *Pepe* están nadando también a nuestro lado.

¡Madre mía, como el Ser Supremo se entere de que se han metido en la piscina, la que me va a liar!

Por ello todos los días compruebo los filtros para quitar los pelos de los perros, porque, como los encuentre, ¡a ver qué le voy a decir!

Hoy, sobre las doce del mediodía, estoy junto a la piscina compartiendo con Jan y los perros una bolsa de gusanitos de color naranja, cuando de pronto veo que la cancela se abre y entra el coche de Liam.

Pero ¿qué hace este aquí?

¿En serio nos va a jorobar la mañana de piscina?

Rápidamente miro a mi alrededor para comprobar que todo esté bien. Los perros están fuera del agua, el niño tiene su gorrito puesto, la crema protectora echada, el chupete en su cajita, el biberón con la tapa puesta… Pero al mirar a Jan veo que tiene los morritos de color naranja, y me apresuro a limpiárselos. Como el padre de la criatura vea que está comiendo gusanitos, me la va a liar.

Desde donde estoy veo que los perros se acercan felices al coche y cuando este se detiene, de él bajan dos personas. Liam y una señora

trajeada de aspecto estirado.

¿Quién será?

Sin moverme de mi sitio, los observo mientras dudo que sea una de sus churris. Esta no da el perfil.

Los dos caminan hacia nosotros y, mientras Liam va con las manos metidas en los bolsillos, la mujer hace aspavientos al ver que los perros intentan saludarla, lo que me hace sonreír.

—Hola —saludo poniéndome en pie cuando llegan junto a nosotros.

Creo que Liam me observa tras sus gafas de sol. Voy en bikini. La mujer me mira con gesto agrio y enseguida cojo mi pareo y me lo coloco alrededor del cuerpo.

—¿Por qué están mojados los perros? —pregunta él de inmediato.

Wooooo, vale. No puedo decirle que es porque se han dado un rico bañito en su piscina, por lo que, inventándome una mentira, respondo:

—Porque hoy hace mucho calor y les he dado un manguerazo.

Liam asiente, parece que mi trola ha colado. A continuación, con gesto serio indica:

—Señorita López, le presento a la señora Charity Hudson. Es la dueña de una agencia de niñeras en Tenerife y me va a ayudar a encontrar a su sustituta.

¡¿Cómo?! ¿En serio?

Wooooo, lo que me entra cuando oigo eso.

De repente, de estar tranquila y relajada paso a tener una extraña sensación que me recorre el cuerpo, y más cuando esta se acerca a Jan y, cogiendo un gusanito naranja que ha caído al suelo, pregunta:

—¿El niño come eso?

Liam me mira con reproche. Uf, otra cosa por la que abroncarme... Pero yo, mintiendo como una bellaca, rápidamente digo:

—Uiss, qué va. La que los come soy yo, debe de habérseme caído.

La mujer asiente. Liam también, y luego este, tras besar al niño, se acerca a mí y musita cerca de mi oído:

—Una cosita... La mentira es de cobardes.

Oír eso no me gusta. Si hay algo que no me he considerado nunca es cobarde. Y, tomando aire, voy a responder cuando la mujer me

mira de arriba abajo y luego pregunta dirigiéndose a Liam:

—¿En qué agencia la contrató?

Él se aleja un poco y, tras coger una toallita húmeda del paquete que está más allá, le limpia a Jan las manos mientras responde:

—Es una amiga de mi cuñada. No viene por agencia.

La mujer asiente y, con su gesto agrio, señala:

—Las candidatas que he citado en su casa irán debidamente uniformadas, por lo que no podrán tomarse la licencia de estar en bikini en la piscina.

Bueno, bueno, bueno... ¡Pobres candidatas! E, incapaz de callar, afirmo:

—Pues es una pena que esas candidatas no se metan en la piscina con Jan para que él lo pase bien. Donde esté una candidata que se adapte al niño y no al revés, que se quite el resto.

Liam y la mujer me miran. Sin duda mis palabras no les han gustado nada.

—Señorita López —dice entonces él en tono serio—, llévese a Jan a su cuarto. Esperamos a varias candidatas para entrevistarlas, por lo que, cuando la avise, tendrá que traer al niño.

Según dice eso, y en el tono en el que me lo suelta, sé que solo tengo una opción: obedecer. No creo que sea momento de decirle lo que pienso. Así pues, cuando él y la mujer entran en la casa, yo cojo a Jan en brazos, lo beso y murmuro:

—Cariño, espero que tu papá te conozca y sepa lo que necesitas...

Pocos minutos después entro con el niño en su habitación y, tras cambiarlo de ropa, me pongo a jugar con él. ¡Hay que ver lo que le gusta jugar a mi Jan al cucú-tras!

Sin embargo, estoy intranquila. Quiero conocer a las candidatas a niñera del pequeño y, cada vez que suena el timbre de la puerta, me asomo a mirar y compruebo que todas están cortadas por el mismo patrón.

Madre mía, qué cara de amargura tienen... No hay ni una que se salve.

Está visto que la dueña de la agencia las tiene a todas aleccionadas en lo referente a cómo vestir, hablar o presentarse a una entrevista de trabajo. Y yo, sintiéndolo mucho, me tengo que reír. Por favor..., pero si todas se parecen a la señorita Rottenmeier.

Tras una mañana en la que pasan como unas diez mujeres por la

casa para ser entrevistadas, cuando estoy dando de comer a Jan en la cocina, Liam y la señora entran acompañados por otra mujer.

—Señorita López —dice mi jefe dirigiéndose a mí—, le presento a la señorita Úrsula Meyer, su sustituta.

¿Meyer? Está claro que es una Rottenmeier… Y, viendo que aquella no tiene nada que ver conmigo, pues es lo más parecido a la malísima que se llama precisamente Úrsula de la película *La Sirenita*, saludo sonriendo:

—Hola, soy Amara.

Ella asiente con un movimiento seco de la cabeza y, acercándose a la trona donde Jan está sentado, dice en un tono de voz que no me gusta nada:

—El niño ha de *estarrr* bien sentado en la *trrrona parrra comerrr*.

Boquiabierta, veo cómo lo endereza. ¡Uis, qué brusca!

Le pone las piernas rectas y, cuando va a añadir algo, Jan vuelve a dejarse caer en su postura de siempre. Eso me hace gracia, y cuando ella se dispone a recolocarlo, indico con cierto retintín:

—Una cosita, Úrsula… A Jan le gusta comer así.

Liam nos observa con gesto serio. Entonces mi sustituta, tras mirar a la que es su jefa, suelta:

—Lo que le guste a él es una cosa, y lo que ha de *aprrrenderrr* es *otrrra*.

Según oigo eso, levanto las cejas y, tomando aire, voy a hablar cuando agrega:

—El chupete *fuerrra*, ¡ya es *mayorrr* para *tenerrr* chupete!

Rápidamente rescato el chupete, que está sobre la trona. Ni de coña le va a quitar el chupete al niño.

—Jan necesita su tete para calmarse y dormir —replico.

—*¡¿Tete?!* —inquiere ella.

—El *tete* es su chupete —aclaro yo.

La mujer asiente y, tras mirar de nuevo a su jefa, señala:

—Desde pequeño hay que *enseñarrrle* al niño a *nombrarrr* las cosas por su *nombrrre*… Y eso de *tete* lo puede *confundirrr*.

Mira, mira, mira…, estoy por decirle algo que no va a quedar muy bien cuando afirma:

—El niño *aprrrenderá* a *dorrrmirrr* sin él.

—Pero…

—No hay *perrros*. Yo enseño y él *aprrrende*.

Aturdida, miro a Liam buscando apoyo. Al igual que yo, él sabe lo apegado que está Jan a sus chupetes para dormir. Pero entonces oigo que dice:

—La señorita Meyer se instalará mañana en la casa para que Jan se vaya habituando a ella. Ocupará la habitación de invitados hasta que usted desocupe la suya el lunes.

Lo miro boquiabierta.

¡¿Qué?! ¡¿Cómo?!

Solo quedan tres días para el lunes. ¿En serio me está echando de esta manera?

Acto seguido Liam, mi sustituta y la jefa de esta salen de la cocina, y yo, mirando al pequeño, murmuro:

—Cariño, lo siento... ¡Qué horror! Me sabe fatal...

El niño sonríe. Como es lógico, no entiende lo que va a ocurrir; con un suspiro sigo dándole de comer mientras veo a través de la cristalera cómo un taxi entra en la parcela y Liam se despide de aquellas dos.

Segundos después entra en la casa y regresa a la cocina.

—Como ve, ya le he encontrado sustituta —dice—, por lo que puede empezar a hacer sus planes.

Uf..., uf..., uf...

Tengo dos opciones: mandarlo a freír espárragos o mandarlo a la mierda. Pero no. Estoy tan enfadada con él que, como hable, solo la voy a cagar más, por lo que es mejor que me calle.

Liam me observa. Sé que espera que diga algo, pero, tras mirarlo y sacudir la cabeza, saco al niño de la trona y lo llevo a su habitación.

¡Necesito desaparecer!

Veinte minutos después, cuando le he cambiado el pañal y lo he acostado para que duerma la siesta, al entrar en la cocina y encontrarme con Liam, lo miro. Él me devuelve la mirada, y esta vez, incapaz de callar, digo:

—Una cosita...

—Ya estamos con las cositas... —se queja.

Uf..., uf... «Respira, Amara, respira..., que como no lo hagas este idiota acabará en Urgencias esta noche...»

—Esa mujer que ha contratado para cuidar a Jan no es la idónea —suelto tomando aire.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Por qué?

—Porque es fría, poco cariñosa y será demasiado autoritaria para él.

—Busco lo mejor para mi hijo.

—Pues siento decirle que esta vez se está columpiando…

Según digo eso, al ver su cara, intuyo que no entiende ese término, y aclaro:

—Equivocando.

Me mira en silencio. Esos ojos que tiene de dos colores a otra la acojonarían, pero a mí no. Total, si dentro de unos días voy a desaparecer de su vida…

Tengo sed. Abro la nevera, cojo una de mis botellas de agua y, sin pensar en nada, le doy un trago a morro y, al acabar, insisto:

—Usted sabe tan bien como yo lo mucho que necesita Jan su tete para dormir y…

—¿Qué hace bebiendo directamente de la botella?

Al oírlo me paro y, enseñándosela, indico:

—Es mía. Solo yo bebo de ella. Por lo que, si no le importa, bebo a morro porque me gusta y porque es terriblemente incorrecto como yo.

Liam resopla. Está visto que lo saco de sus casillas.

—Y en cuanto al chupete —reitero—, creo que…

—Algún día tendrá que decirle adiós al chupete, ¿no? —me corta.

Asiento, sé que en eso tiene razón, pero, tras dejar la botella en su sitio, aseguro:

—Es muy pequeñito aún. Creo que lo ideal sería despedirse de él un poquito más mayor. Además, ahora, cuando yo no esté, el niño me buscará y llorará… ¿Cómo no va a tener su tete para consolarse?

Liam no responde, solo me mira, y yo murmuro desesperada:

—Por favor, acepte lo que le digo: Jan necesitará el consuelo del chupete. No puede perder su tete y a su cuidadora de confianza a la vez. Piense en su sensación de pérdida y abandono…, ¡es solo un bebé!

Él no responde, no dice nada, y no lo entiendo. Sé que quiere a Jan, que lo adora, pero no me gusta ver esta frialdad en él.

—Recuerdo que Zoé, la hija de Verónica, le dijo adiós a su *puchete*, que era como ella lo llamaba, cuando tenía tres añitos, la noche en que iba a venir Papá Noel —digo a continuación—. Nos

inventamos que él le dejaba regalos y a cambio se llevaba su *puchete* y...

—¿Pretende que le mienta a mi hijo?

—¿Acaso lo va a privar de la magia del Ratoncito Pérez, el Hada de los Dientes, Papá Noel o los Reyes Magos?

Liam no contesta, creo que lo he dejado mudo con lo dicho. Y entonces, recordando los bonitos momentos que pasé con mi hermano, añado:

—Son recuerdos que atesorará durante toda su vida: mentiras bonitas y dulces. Mentiras con las que el día de mañana, cuando rememoren los momentos vividos, ambos sonreirán. Será siempre más bonito contarle algo así que decirle que una extraña que parece la señorita Rottenmeier, por no decir que es igualita que Úrsula, la mala de *La Sirenita*, lo privó de su tete el mismo día que entró en su vida porque consideró que era mayor cuando aún no tenía ni siquiera un año...

Liam finalmente asiente y, sorprendiéndome, pregunta con mofa:

—¡¿Rottenmeier?!

Ver que medio sonríe me hace sonreír a mí, y la imito:

—De *verrrdad* que no es *porrr crrriticarrr* su elección, *perrro parrra* mi gusto ha *contrrratado* a alguien que Jan no *merrrece*. Su hijo necesita una *perrrsona* con quien *tenerrr* una complicidad especial para *rrreírrr*, *llorrrarrr* o *brrromearrr*, y, *sincerrramente*, dudo que con la *Rrrottenmeierrr* la vaya a *tenerrr*.

Liam sonríe. ¡Bien! ¡Qué mono está cuando sonríe con sinceridad!

Pestañeo, sonrío yo también y... Espera..., espera..., espera... ¿Qué hago pestañeando como una tonta?

¿Desde cuándo le pestañeo yo a este tío estúpido?

De inmediato me recompongo mientras él se sienta en una de las sillas.

—Por el bien de Jan y el suyo propio, debería seguir buscando —digo entonces, y veo desconcierto en su expresión.

—No tengo tiempo... Usted desea...

—Yo deseo la felicidad de Jan —lo corto—. Y si para eso he de retrasar mis propios planes, así lo haré.

Liam me mira sorprendido.

—Sé que no soy perfecta y cometo infinidad de errores —añado—, como beber a morro de mis botellas, tirarme en bomba en la

piscina o darle gusanitos de sémola de maíz al niño. Pero si algo tengo claro es que, aunque nunca me eche un piropo, usted sabe que cuido de él como si fuera mi propio hijo. Y..., vale, usted y yo no trabajamos bien juntos, pero siendo sincera, ¿quién me va a pagar dos mil euros al mes por cuidar a un niño? ¿Y quién va a cuidar a Jan mejor que yo y lo va a soportar a usted? ¡Nadie! Es más, vamos a salir perdiendo los dos..., y Jan más aún, por haber sido incapaces de mirar en su beneficio en vez de en el nuestro.

La expresión de desconcierto de Liam me recuerda a la del día que me conoció. Creo que lo estoy descuadrando de nuevo. Y, cuando voy a hablar, musita:

—¿Eso quiere decir que Jan y yo podemos contar con usted durante más tiempo?

Sin dudarlo, asiento. Si hay que buscar una buena niñera para el niño, está claro que llevará tiempo.

—*Porrr* supuesto —afirmo.

Liam sonríe. Por Dios, ¡sonríe! Y acto seguido se levanta de la mesa.

—Llamaré a la señora Hudson —anuncia y, cuando va a darse la vuelta para marcharse, me mira y señala de una manera que hace que la piel se me erice—: Gracias por querer a Jan como lo quiere. Y, aunque a mí me desespere, nadie lo va a cuidar como lo cuida usted.

Y, dicho esto, se marcha.

¡Qué mono!

Feliz, doy saltitos de alegría mientras sonrío como una boba. Un momento... ¿Por qué sonrío así? ¿Por qué estoy tan contenta cuando hasta hace dos días quería marcharme?

Sorprendida, me paro. Eso hará que mis planes se retrasen... Pero, la verdad, llegados a este punto, y después de ver a la señorita Rottenmeier, creo que Jan bien merece ese retraso.

Capítulo 16

Llega julio y, como ya llevo aquí tres meses, Liam me renueva el contrato durante seis más. No sé si nos aguantaremos tanto tiempo o no, pero bueno, es lo que propuso en un principio y está cumpliendo su palabra.

Es el fin de semana libre que le pedí al Ser Supremo. Cuando me dispongo a salir de la casa a primera hora él ya está levantado con el pequeño en brazos y, cuando voy a acercarme, me indica que no lo haga. Jan no me ha visto y es mejor que me vaya sin que me vea o se echará a llorar.

Una vez que me despido de *Tigre* e imploro a todos los dioses que se porte bien y no haga alguna de las suyas, cojo mi moto y, sin mirar atrás, me dirijo a casa de Jonay y su marido. La dejo allí y los tres, pues Verónica está este finde en La Graciosa con Naím, nos montamos en su coche, subimos al ferri y nos vamos a pasar el fin de semana a Gran Canaria. Me apetece mucho conocer esa isla.

En cuanto llegamos y descendemos con el coche del ferri, Jonay y su marido me llevan hasta una encantadora casita en un precioso pueblo pesquero en el Puerto de las Nieves.

Por favorrrr, ¡qué lugar tan bonito!

Esa noche, tras cenar en un lugar encantador, cuando regreso a mi habitación, me siento en la cama, cojo mi móvil y, sin poder evitarlo, busco el teléfono de Liam y le escribo un mensaje:

Espero que Jan haya
tenido un buen día.

Cuando voy a dejar el teléfono, este vibra y, al mirar la pantalla, leo:

Sigue despierto. No se duerme.

Ais, mi niño. Seguro que es porque me echa de menos, y tecleo:

Siéntese en la mecedora
y cántele su canción.
Así se relajará y se dormirá.

Después de darle a «Enviar», veo que Liam sigue en línea. Espero contestación, pero entonces deja de estar en línea y, no sé por qué, sonrío al imaginar su cara al leer que tenía que cantarle al niño. ¿Él, cantar...?

Diez minutos después, tras desnudarme y meterme en la cama, me doy cuenta de que estoy pensando en Liam... Pero ¿qué narices hago? Sorprendida por ello me regaño y, dándome la vuelta, me dispongo a dormir. No quiero pensar en ese tío.

Al día siguiente mis amigos y yo recorremos la isla y visitamos el puerto de Mogán, el barranco de Guayadeque, el pueblo de Tejeda y el mirador del Pico de los Pozos de la Nieve, entre otros lugares.

Sin duda estamos en una tierra preciosa y cada sitio que me enseñan me enamora más que el anterior. Todo es tan bonito, tan auténtico y mágico que cuando el domingo regreso a casa de Liam, mi cara de felicidad debe de decirlo todo. ¡Ha sido un viaje increíble!

De nuevo vuelvo a la rutina. Niño, casa, playa, mis cosas y, por las noches, tercer grado para ver cómo ha pasado Jan el día. Sin embargo, reconozco que ahora el trato entre el Ser Supremo y yo es más fácil. En beneficio del niño, la nuestra es una relación más cómplice, e incluso en alguna ocasión bromeamos.

Los siguientes días libres que tengo los disfruto cuando llegan. Pero no sé qué me pasa que cada día me cuesta más alejarme de mi Gordunflas. Al hacerlo siento que lo abandono y, no sé por qué, eso me toca el corazón.

A pesar de todo aprovecho para conocer la isla, que es preciosa. Y también para salir por las noches a bailar salsa, hasta que vuelvo a coincidir con Alejo, el pediatra de Jan, un morenazo divertido que me tira los tejos con descaro, y..., oye, ¡me lo comienzo a plantear!

Total, ¡estoy soltera!

Sin embargo, hay algo que me frena, y es la vinculación de aquel con los Acosta. ¿Será profesional tener sexo con Alejo siendo el pediatra del niño al que cuido?

En este tiempo sigo recibiendo mensajitos de Óscar reclamándome que le diga dónde estoy, pero sentirlo lejos me hace

coger fuerzas, y eso me gusta.

Eso sí, ¿por qué no me dejará en paz?

Por suerte, y al tener un coche a mi disposición —con sillita homologada, ¡por supuesto!—, sigo desplazándome con Jan al supermercado, donde compro cosas que me gustan. La comida de la casa está bien, Claudia cocina de maravilla, pero yo necesito comer otras cosas que ya sé que son menos sanas. Compro patatas fritas, calamares a la romana, empanadillas de atún, palomitas, cortezas, pistachos, helados..., y lo guardo todo en un cajón de la cocina y en el congelador. Total, ¡es todo para mí!

A través de Verónica conozco a Begoña, que es la novia de Gael, el sobrino de Liam e hijo mayor de Florencia. Begoña y Gael tienen un niño precioso de nombre Lionel que es un poquito mayor que Jan y que pronto cumplirá un añito, y, la verdad, poder quedar con Begoña para pasear con los niños o ir de compras a un centro comercial se ha convertido en una de mis cosas favoritas. Sinceramente, mi vida es simple, mucho. Pero reconozco que eso me permite pensar.

Como me dijeron Claudia y Liam cuando los conocí, a Jan le gusta mucho la música. Le canto canciones acompañada de mi guitarra, pero siempre que le canto su preferida se queda embelesado y yo creo que me lo voy a comer. ¡Si es que no puede ser más bonito!

Estoy disfrutando en la piscina con Jan, que hoy está algo llorón, mientras suena música en mi móvil. Según la canción que sea, la canto y hago que el pequeño mueva la cabeza al compás. ¡Qué mono! De pronto comienza a sonar *Te quiero a ti*, de Soraya, un tema que me gusta mucho, y empiezo a tarareárselo a Jan, que me mira maravillado.

—Woooo, ¡esta te gusta!

El peque sonríe. Su sonrisa me da la vida, y cada vez que le digo eso de «te quiero a ti», él suelta una carcajada y yo río feliz.

Son las seis de la tarde y hace un día fantástico, por lo que, con el niño, disfruto del momento de sol, piscina, música, risas... De pronto veo que *Pepa* y *Pepe* se quedan mirando hacia la cancela. ¿Qué pasa? Y segundos después esta se abre. ¿Quién será?

Alertada, miro desde el interior de la piscina y me sorprendo cuando veo que es Liam.

Pero ¿por qué vuelve tan pronto?

No me jorobes que tenemos nuevo casting de niñeras...

Los perros echan a correr, también el mío, y yo grito:

—¡*Tigre!*

Pero, como siempre, él pasa de mí, y yo, al ver que esto puede terminar en desastre, vuelvo a gritar:

—¡*Tigre*, ven aquí!

Liam aparca el coche. Abre la puerta, baja de él perfectamente trajeado y conjuntado y, cuando creo que el desastre está servido, pues mi perro le va a saltar encima, *Pepa* y *Pepe* se paran en seco, se sientan y, boquiabierta, observo que *Tigre* hace lo mismo.

¿En serio?

Estoy sorprendida mirándolos desde el interior de la piscina cuando Liam toca con afecto las cabezas de *Pepa* y *Pepe* al pasar junto a ellos, pero no le dice nada a *Tigre*. Eso me apena. Mi pobre perro lo mira. Quiere su mimito. Pero, de inmediato, cuando los otros dos echan a andar, él va tras ellos.

Según se acerca Liam, Jan lo ve y suelta una especie de gritito de satisfacción. Y entonces yo, mirando al niño, murmuro mientras le coloco bien el chaleco flotador:

—Una cosita entre tú y yo..., Gordunflas: tu padre es muy tonto, pero tiene su morbillo.

Jan sonríe, yo también, y añado:

—Tienes la misma mirada de ángel malote que él.

El crío, que a veces parece entenderme, asiente con la cabeza y yo me muero de amor por él cuando veo con el rabillo del ojo que Liam está a escasos metros de nosotros. Saber eso me pone nerviosa. Voy en bikini, aunque por suerte estoy metida en la piscina, así que no me verá la celulitis del culo. ¡Bien!

Liam se acerca al borde de la piscina para saludar y, mirándome, pregunta:

—¿Todo bien?

—Sí.

—¿Por qué están mojados los perros otra vez?

—Porque les he vuelto a dar un manguerazo a causa del calor —miento con gracia.

Liam asiente, veo que le agrada lo que oye, y entonces el niño le echa los brazos para que lo coja. Yo hago ademán de dárselo, pero él va y dice tras darle un cariñoso beso en la manita:

—Me va a mojar todo el traje. Ahora no.

Y, sin más, vuelvo a pegar al niño a mi cuerpo. Acto seguido Liam, quitándose las gafas de sol, me aclara:

—He venido antes porque tengo una cena y voy a cambiarme de ropa. —Yo asiento sorprendida porque nunca da explicaciones. Y luego oigo que añade—: Esta noche posiblemente regresaré acompañado de Margot, por lo que no hará falta que nos veamos.

Vuelvo a asentir. Estoy por decirle que ya he oído a otras mujeres de madrugada, incluso las he visto cuando se marchaban, pero me callo. No quiero ser indiscreta. Sin embargo, oye, ¡por fin voy a conocer a la tal Margot!

Estoy pensando en ello cuando veo que *Tigre* se acerca con disimulo y, sin que Liam lo vea, levanta la pata con todo su descaro y se le mea en el pantalón.

No…, no… Nooooooo…

¡La madre que lo parió!

Boquiabierta, pero incapaz de decir nada, veo cómo unas gotitas del pis del cabrito de mi perro, que lo está castigando por no haberlo saludado, impregnan el pantalón de su traje.

Dios, como lo vea, ¡lo va a matar!

Miro con disimulo a *Tigre* con cara de «huye antes de que se dé cuenta», pero no: él, con toda su santa pachorra, se sienta a su lado y me mira sonriendo triunfal por lo que ha hecho. ¡Qué poca vergüenza tiene!

Intento controlar la risa…, por Dios, qué gracioso es mi perro, y Liam, ajeno a lo que acaba de suceder, vuelve a ponerse las gafas de sol y dice:

—Antes de marcharme la avisaré.

Asiento, no puedo hablar. Estoy a punto de reírme por la cara de guasa de mi perro, y entonces él me mira y pregunta:

—¿Qué le ocurre?

Oír eso hace que suelte una risotada. No puedo más…, *Tigre* es tan gracioso… Pero, intentando salvar la vida de mi amada mascota, respondo:

—Es Jan… Me hacen mucha gracia las caras que pone cuando está en el agua…

Liam asiente, sonríe y, tras darse la vuelta para alejarse, inevitablemente le miro su culito de caramelo… ¡Qué mono lo tiene, por favorrrrr!

Una vez que él desaparece, me dirijo a *Tigre* entre susurros:

—¿Tú eres tonto...? ¿Cómo se te ocurre hacer eso?

Mi perro, como es lógico, no me contesta, y, levantándose, se va corriendo hacia el lugar donde *Pepa* y *Pepe* están tumbados.

Durante un rato continúo en el agua, hasta que decido dar por terminada la tarde piscinera. En cuanto me coloco una toalla alrededor de la cintura entro en la cocina con Jan en brazos. Allí, tras echar agua fresca en un biberón, le doy de beber y, mirándolo, susurro:

—¿Sabes que eres el niño más guapo del mundo?

Jan posa las manos en mi cara y yo empiezo a tararearle *Menos mal*, una canción de mi amado Manuel Carrasco, mientras siento cómo la conexión entre el niño y yo es mayor cada segundo que pasa. Esos ojos tan idénticos a los de su padre me tienen maravillada, el chiquillo no puede ser más encantador y, la verdad, reconozco que estar con él y sentir cuánto me quiere y me necesita me llena el corazón.

De pronto unos golpecitos atraen mi atención. Dejo de cantar y, al levantar la vista, me encuentro a Liam con un albornoz negro. Uf, mamacita linda, qué sexy... Con el tiempo ha ido pillando confianza conmigo.

—No he querido hablar por si la asustaba y soltaba al niño —dice mirándome.

Me hace gracia oír eso. Él también se ríe y, acercándose a mí, coge al pequeño en brazos y, tras darle un beso en la cabecita, añade:

—La canción que cantaba es muy bonita.

—¿La conoce? —inquiero sorprendida.

—Sí.

Saber eso me asombra.

—¿Conoce la música de Manuel Carrasco? —insisto.

—Sí. A mi hermano Naím le gusta mucho, y he de admitir que tiene canciones muy buenas.

Encantada por ello, parpadeo. Que sepa quién es mi Manuel es un punto a su favor. Eso hace que me caiga un poquito mejor.

—Su música es muy romántica —señalo.

—Por eso no lo escucho. El romanticismo no tiene cabida en mi vida —suelta él con acidez.

Woooooo, está claro que está enfadado con el romanticismo. Y, sin decir más, comienza a darle el biberón al pequeño.

Nos quedamos en silencio y me apoyo en la encimera. El precioso a la par que sexy espectáculo que el Ser Supremo me está regalando mientras le da el biberón de agua a su hijo en albornoz es, como poco, para disfrutarlo.

Ese batín negro le sienta de maravilla, y el pelo mojado es una tentación…, por lo que imaginarme ciertas cosas me acalora y, para disimular, cojo impulso y me siento sobre la encimera de la cocina. Encantada, sigo mirándolos cuando mis ojos y los de Liam se encuentran y yo sonrío. Sonrío como una idiota mientras me digo: «Es muuuuu tonto».

—Menudas cicatrices tiene en las rodillas —observa él entonces.

Me las miro. La verdad es que no son las rodillas más bonitas del mundo por la cantidad de cicatrices que tengo por mi cabezonería.

—Caídas de moto —indico—. Me empeñé en aprender y, hasta que lo conseguí, no paré.

—Veo que es usted persistente.

Cuando oigo eso, asiento y digo con mofa:

—Cuando *quierrro* algo *imporrrtante*, sí.

Liam sonríe. Siempre que hago la coña de la señorita Rottenmeier se ríe, y a mí me encanta que lo haga. A continuación nos quedamos en silencio unos instantes, hasta que pregunta:

—¿Por qué se sienta en la encimera estando los taburetes libres?

Ostras, ¡ya he vuelto a hacer algo incorrecto! Y, bajándome con cara de circunstancias, indico dispuesta a huir antes de volver a meter la pata:

—Es la hora del baño de Jan. ¡Voy tarde!

Liam le da un beso con amor en la frente y yo, cogiendo al niño, salgo a toda leche de la cocina. Desde luego, en cuanto me relajo un poco, meto la pata.

Una hora después estoy dándole un biberón de cena al pequeño cuando Liam entra en el cuarto del niño perfectamente vestido. Como siempre, va con un precioso traje que le sienta a las mil maravillas y una más que planchada camisa y, oye, ¡qué bien huele!

Estoy disfrutando del espectáculo cuando vuelvo a regañarme a mí misma. No…, no…, no… ¿Qué hago sonriéndole y haciéndole ojitos?

Mi teléfono móvil vibra entonces sobre una mesita. He recibido un mensaje, y al mirarlo leo:

Cosita Linda, dime dónde estás.

Resoplo y, sin hacer caso del mensaje de Óscar, continúo a lo mío.

Intentando no mirar a mi jefe como el que mira un exquisito bistec, desvío la vista, y entonces Liam, acercándose, le da un beso en la cabecita al pequeño y dice:

—Descansa, Cacahuete.

Me hace gracia oírlo decir eso.

—¿Por qué lo llama así? —me intereso.

Liam me mira, después mira al pequeño y, haciendo caso omiso de mi pregunta, responde:

—Tengo el móvil operativo. Cualquier cosa me llama, ¿entendido?

Asiento, y entonces él va y suelta:

—¿Por qué ese Óscar la llama «Cosita Linda»?

Según lo oigo, sonrío. Está claro que ha visto el mensaje. E, ignorándolo como él ha hecho con mi pregunta, replico:

—Que tenga una buena noche.

—Lo mismo digo.

Acto seguido se marcha. Instantes después oigo el ruido del motor de su coche alejándose y, mandando las zapatillas a hacer puñetas, murmuro:

—Ya puedo andar descalza.

Capítulo 17

A las tres de la madrugada me despierto chorreando con *Tigre* pegado a mí como una lapa.

Pero ¿este perro no suda?

Esta noche hace un calor tremendo, tanto que Jan me ha dado más guerra de lo normal para dormirse. Tras incorporarme para mirar el vigilabebés y ver que el pequeño está durmiendo plácidamente, me levanto y abro las puertas de la terraza de mi habitación. *Tigre* levanta la cabeza, mira y después sigue durmiendo.

Echo un vistazo a mi móvil y, como esperaba, veo que tengo varios mensajes de Óscar, que se ha empeñado en que le diga dónde estoy viviendo. Pero no, no pienso hacerlo. Y sonrío al ver un mensaje de Mercedes, que dice que se casa con María el 29 de agosto en el ayuntamiento de Madrid.

Saber eso me hace muy feliz, y me contengo de hacer una llamada grupal por las horas que son. Mejor espero hasta mañana.

Durante un rato disfruto de la brisa que corre, y entonces oigo la risita juguetona de una mujer. Eso me pone en alerta y de inmediato soy consciente de que, como en otras ocasiones, esas risas provienen de la habitación de Liam. Debe de ser la tal Margot.

Las risas cesan, ya no se oye nada, y, resoplando, murmuro:

—Que ustedes lo pasen muy bien.

Cinco minutos después me he terminado la botella de agua fresca que cada noche me llevo al dormitorio. Estoy por ir a la cocina a por agua fría, pero no me gustaría encontrarme con Liam y su churri en el pasillo y cortarles el rollo.

Aun así, cada vez tengo más sed, por lo que decido ir a toda prisa. Nadie me verá.

Ataviada con una camiseta de tirantes y un pantalón cortito, abro la puerta de mi habitación y escucho. No se oye nada, y, dirigiéndome a *Tigre*, que me mira, cuchicheo:

—Dentro de dos segundos estoy aquí.

Acto seguido cierro la puerta y paso a ver a Jan, que sigue durmiendo como un bendito.

Tras salir del cuarto del pequeño me suelto el pelo, que llevo recogido en una coleta alta. Hace un calor sofocante. Saliendo por debajo de la puerta de Liam veo una luz tenue, lo que me hace sonreír, pues intuyo lo que están haciendo.

Entro en la cocina con sigilo. No enciendo la luz para no llamar la atención, pero de pronto oigo una puerta que se abre y oigo la voz de una mujer que dice:

—Querido, voy a por agua fresca. No tardo.

¡¿«Querido»?! ¡Será hortera la tía!

Joder..., joder..., joder..., ¿en serio me va a pillar esa mujer?

Rápidamente voy al fondo de la cocina y me agacho tras la isla central. Con un poco de suerte no me verá. Pero antes de entrar en la cocina veo que la mujer se detiene y va corriendo al baño de cortesía que está a su derecha. Al verlo, respiro aliviada. Que haya ido a hacer un pis antes de coger el agua me da tiempo para esfumarme.

Así pues, me incorporo, voy hasta la nevera, cojo una botella de agua y, mientras me escabullo en la oscuridad, me encuentro de frente con Liam antes de salir de la cocina. Va desnudo de cintura para arriba. ¡Madre míaaaaaa, qué plantaaaa!

Y, de repente, sin decir nada, me acerca a él y me besa. Ay, Diossssssss... ¡Que me ha confundido con la churri!

Su boca es caliente, apetitosa, exigente. Mmmmmm... Besa mejor de lo que yo imaginaba. Y, ¡oye!, como que me olvido de que es mi jefe y es rubio, y me activo y le respondo.

Wooooo, ¡cómo lo disfruto!

Por el modo en que me abraza y me pega a su cuerpo, noto que mi apasionada respuesta le gusta.

Madre mía, madre mía..., ¿qué estoy haciendo? Pero ¿acaso me he vuelto loca? ¿Qué hago besando a mi jefe? ¿Cómo me escabullo ahora sin que sepa que soy yo?

Mi cabeza es un torbellino de pensamientos, mientras que mi cuerpo es una revolución de emociones.

Pero de pronto la botella de cristal que llevo en las manos se me escurre y se estampa contra el suelo. Del susto, nos separamos y murmuro:

—¡Joderrr!

Mi voz hace que al instante él levante la cabeza, mire escudriñando en la oscuridad y musite:

—¡¿Señorita López?!

Joder…, joder…, joder… ¡Me ha pillado! ¿Y ahora qué digo?

Sin moverme, enseguida oigo que dice azorado mientras da un paso atrás:

—Lo siento, discúlpeme… Pensé que era…

Acto seguido la luz de la cocina se enciende y aparece la churri del que me ha besado. Alta, guapa, pelirroja… Menudo glamurazo tiene la amiga. Y, ante nuestro gesto, pregunta:

—Querido, ¿qué pasa?

Liam no reacciona. Me mira sin dar crédito. Sigue en estado de shock por lo ocurrido y yo, agachándome, me apresuro a responder:

—Hablábamos… Se me ha escurrido la botella de agua y se ha hecho añicos.

Liam sigue de pie a pocos pasos de mí. No puedo mirarlo. Me avergüenzo de no haberlo detenido ante su error.

Entonces la churri se acerca y, viendo que estoy recogiendo los cristales del suelo, pregunta:

—¿Eres la niñera?

Asiento y ella insiste:

—¿Esa que lo saca tanto de sus casillas?

Asombrada, sonrío y lo miro. Vaya, qué importante me siento al saber que va hablando de mí por ahí. Pero él, molesto por su indiscreción, interviene:

—Cállate, Margot.

La pelirroja se aproxima entonces a mí, me mira con curiosidad e inquiere:

—¿Y tu nombre es…?

—Amara —contesto mirándola.

—Bonito nombre.

—Gracias —digo con una sonrisa.

Ella asiente, noto que me escanea de arriba abajo y con una sonrisilla indica:

—Soy Margot Burlanquensen, famosa diseñadora de joyas y una amiga especial del señor Acosta.

Sonrío con un cabeceo. Lo de «famosa diseñadora» sobraba, y…, bueno, creo que es una ilusa por creerse una amiga especial de Liam.

¿Sabrá que él tiene varias amigas especiales?

Pero, callando lo que pienso, sigo recogiendo los cristalitos del suelo cuando oigo que aquella pregunta:

—Amara, ¿qué tal con mi bebé?

Según dice eso, levanto la cabeza en su dirección. ¿Quién es su bebé? ¿Liam? ¿Jan?

Nos miramos unos momentos en silencio y luego ella aclara:

—Con el niño.

—Ah..., muy bien —contesto algo molesta porque lo considere su bebé cuando, durante el tiempo que llevo aquí, nunca la he visto con él.

De pronto Liam se agacha, me rodea con las manos y hace que me levante. Acto seguido me mira y dice:

—Ya vuelve a andar descalza. ¿Acaso no ve que puede cortarse?

Aissss, madre mía, lo que me entra al sentirme entre sus brazos... Y cuando me suelta, intentando que no se note mi desconcierto y evitando mirarlo, respondo:

—No se preocupe, señor. Tengo cuidado.

Me dispongo a seguir limpiando el estropicio que he causado y, tras coger un montón de papel de cocina, lo distribuyo por el suelo. Eso absorberá el agua.

Y entonces, sí... Entonces mis ojos y los de Liam se encuentran y yo siento que me pongo roja como un tomate.

—Cuidado, podrías cortarte —insiste él.

Vaya..., ¿está tan descolocado que incluso me tutea?

Eso me hace gracia, y para tranquilizarlo suelto:

—No se preocupe, señor. Para pagarme mis estudios de enfermería serví muchas copas y recogí muchos cristales rotos de madrugada. Sé lo que hago.

—Uis, qué horror... ¿Serviste copas? —tercia aquella.

—Muchas —le aseguro.

Cuando contesto veo que Margot se acerca más a nosotros y, con un gesto de complicidad, le da un azotito en el trasero al guaperas. Liam se vuelve, la regaña con la mirada y yo, sin poder evitarlo, sonrío.

—Una cosita, señor Acosta... —indico—, no querría molestarlos más. Vuelvan con lo que estuvieran haciendo.

La mujer sonríe. En sus ojos veo lo que desea y, mirando a Liam,

dice con voz sensual:

—Hagamos caso a Amara.

¡Qué mona! Me llama por mi nombre, no como el tonto del Ser Supremo, y, oye, es de agradecer.

Sin embargo, durante unos segundos Liam no se mueve. Parece una estatua. Luego, de pronto, parece reaccionar y, tras abrir la nevera, saca otra botella de agua, se la entrega a la pelirroja y ella musita:

—Querido, ¿no tienes agua embotellada de las islas Fiji?

Hago esfuerzos para no reírme. ¿En serio?

Segundos después Liam y Margot que, por cierto, no tiene un gramo de celulitis, desaparecen y yo vuelvo a quedarme sola en la cocina.

Sentándome en el suelo junto a los cristales, puesto que las piernas me tiemblan, me toco los labios, que siguen calientes y húmedos por el beso. Durante unos segundos rememoro lo ocurrido. Ha sido increíble. Tentador. Caliente. Vamos, ni con Óscar me he sentido jamás tan locamente excitada por un beso.

Madre mía, pero ¿qué estoy diciendo?

¿Desde cuándo mi jefe, ese ser insoportable, me excita?

No obstante, recordar su disculpa me hace sonreír. Me ha confundido con la otra, pero yo he sabido en todo momento que se trataba de él. Sin duda, yo tengo más culpa de lo ocurrido. Podría haberlo parado, pero no lo he hecho.

¿Por qué?

Pero ¡eso no puede volver a ocurrir si quiero mantener mi trabajo!

Cuando acabo de recoger, cojo otra botella de agua fresca de la nevera y, evitando mirar la luz que sale por debajo de la puerta del dormitorio de Liam, me encamino hacia el mío, aunque antes paso de nuevo a ver a Jan, que sigue dormidito.

Alterada por lo ocurrido, no logro conciliar el sueño y decido fumarme un cigarrillo. Abro mi mochila, saco el tabaco y un mechero y me dirijo al jardín. *Tigre* aprovecha y sale para hacer un pis. Ni lo regaño. No tengo fuerzas. Que mee donde le dé la gana. Y el muy tunante, cuando termina, vuelve a entrar en la habitación, se sube a la cama y continúa durmiendo. Desde luego, a cara dura no le gana nadie.

Camino por el jardín en dirección a las casetas donde duermen *Pepa* y *Pepe*, puesto que Liam no les permite entrar en la casa. Los animales se levantan al oírme y yo, sonriendo, voy a su encuentro y susurro acariciándolos:

—Holaaaaaaa, preciosossssss...

Encantados con mi muestra de cariño, los perros se repanchingan y, durante un rato, disfruto de ellos, hasta que de pronto una puerta se abre en la casa.

—No sé qué prisas te han entrado de repente... —oigo que dice Margot.

De inmediato me tumbo entre *Pepa* y *Pepe*. ¡Me camuflo! No quiero que me vean. Los perros me miran. Creen que estamos jugando y se rebozan sobre mí. Dios, que me aplastan..., pero eso me hace sonreír.

Una vez que consigo detenerlos para no morir aplastada por ellos, desde donde estoy veo que doña Querida y aquel salen de la casa. Ella, vestida con un precioso y sexy vestido rojo —uis, ¡qué bonito es!—, y él con su albornoz negro.

—Margot... —dice.

Ella parece molesta. Está claro que lo ocurrido entre mi jefe y yo les ha cortado el rollo.

—Te juro, querido, que a veces no entiendo tus cambios de actitud —replica Margot.

—No empecemos —la corta Liam con rotundidad.

Veo que ella asiente y, acercándose a él, le da un beso en los labios y, tras decirle algo que no logro oír, camina en dirección a un coche que nunca he visto.

—Llámame —indica.

Instantes después Liam abre la cancela con el mando que tiene en la mano para que ella saque su coche. Mientras lo hace observo que mira hacia donde están los perros. Estos hacen ademán de levantarse para ir a saludarlo y yo, agarrándolos con disimulo para que no se muevan, siseo:

—Ni se os ocurra levantaros. ¡Tumba!

Liam no quita ojo a los perros. Y, una vez que se va el coche de la churri, veo que cierra de nuevo la puerta con el mando, se da la vuelta y desaparece en el interior de la casa.

Cuando me aseguro de que ya nadie puede verme, me levanto del

suelo y, tras despedirme de los perretes, regreso a mi habitación. A través del vigilabebés compruebo que Jan sigue durmiendo, y me dispongo a echarme en la cama cuando veo que *Tigre* está tumbado en medio de todo.

Durante unos segundos lo miro. Él me mira. Intento que se dé por aludido y se mueva hacia un ladito, pero al final, y viendo que el sinvergüenza no piensa moverse, me meto en la cama y lo empujo hacia un lado. *Tigre* protesta, me mira, y yo, antes de apagar la luz, le suelto:

—Como sigas creyéndote el dueño de la cama, te vas a dormir con *Pepa* y *Pepe*.

Capítulo 18

Cuando suena el despertador, ¡me quiero morir!

Estoy agotada. He dormido fatal… Pero, al apagarlo, *Tigre* se me acerca. Le encanta lamerme la cara. Es su manera de darme los buenos días.

Lo abrazo sonriendo. Le doy besitos y, al mirar el vigilabebés y ver que Jan mueve los bracitos, sé que tengo que levantarme.

Una vez que me lavo la cara y los dientes a toda mecha, corro a la habitación del pequeño para cumplir con los horarios de su padre. Al verme, el pequeño sonríe y yo me muero de amor. ¡Qué bonito es!

Estoy sacándolo de la cuna cuando de repente oigo:

—¿Por qué está su perro en la habitación de Jan?

—¡Me cago en la leche! —grito al tiempo que doy un salto por el susto.

¡Joderrrrr!

Y, al mirarlo, Liam indica con cara de circunstancias:

—Lo siento. Creía que me había oído entrar.

Cojo aire. Comenzar el día ya con el Ser Supremo asustándome y regañándome no es lo que más me apetece, y menos aún tras lo sucedido la noche anterior. Rápidamente recuerdo su beso y su posesión. Madre míaaaaaaa… Azorada, miro a mi perro, que está sentado a mi lado, y digo con voz autoritaria:

—*Tigre*, ve a nuestra habitación.

—El perro debe ir fuera —matiza.

Asiento, sé lo que pone en la lista de las normas que me dio.

—Ahora lo sacaré —indico.

Tigre me mira. Pocas veces me he dirigido a él con esa voz tan tensa, y, sorprendiéndome, se levanta y sale del cuarto de Jan.

¿En serio?

Boquiabierta, sonrío. ¡Me ha hecho caso a la primera!

Madre mía, pero ¿quién es ese y dónde está mi *Tigre*?

Miro a Liam riendo como si me hubiera tocado la lotería, pero

entonces oigo que este dice:

—Mi hermana Florencia ha programado un día en la playa con comida incluida. Prepare las cosas de Jan.

Miro al niño, que parece que está menos revolucionado que el día anterior. Y, dispuesta a perder de vista al padre de la criatura, pregunto:

—¿Se van usted y el niño?

Al decir eso Liam me mira. Ufff, qué vergüenza me da recordar lo ocurrido la pasada noche...

—Iremos los tres —replica él—. ¿O acaso tiene usted el día libre?

Me apresuro a negar con la cabeza y a continuación él suelta:

—Voy a preparar café.

Cuando desaparece por la puerta respiro aliviada. Jan y yo nos miramos, y cuando voy a darle un beso oigo:

—¡Señorita López!

¡Joderrrrr, otra vez! Ya me conozco ese tonito de voz... ¿Qué pasará ahora?

Al salir de la habitación con Jan en brazos me lo encuentro parado en el pasillo.

—Venga, por favor —ordena.

Descalza, medio dormida y con el bebé en brazos, me acerco a él; este, con un gesto más serio que antes, inquiere señalando con un dedo:

—¿Me puede decir qué hace su perro revolcándose en mi sofá?

Al instante sigo la dirección de su dedo y... ¡Dios, me quiero morir!

Sobre el precioso sofá del salón de Liam está *Tigre*, revolcándose como un loco como suele hacer en mi cama para marcarla.

¡Me lo cargooooo!

No sé qué decir. No sé qué hacer. Él, mirándome, me coge al pequeño de los brazos y sisea con voz autoritaria:

—Haga desaparecer a su perro de mi sofá o lo haré yo. Y ya se lo he dicho, pero se lo repito: no quiero perros en la casa porque la llenan de pelos. El jardín está acondicionado para ellos.

—Sí, señor —susurro apurada.

¡Voy a matar a *Tigre*!

Nos miramos en silencio unos segundos y luego añade:

—Sé que su perro duerme en su cuarto con usted. Lo sé

perfectamente. Si no me quejo es porque es *su* habitación, pero insisto: no lo quiero en el resto de la casa. Si mis perros no entran, por supuesto que el suyo tampoco.

Asiento. Tiene toda la razón del mundo. Y a continuación, enfadado, mientras se dirige con el pequeño en brazos a la cocina, añade:

—Limpie los pelos que su perro haya dejado en el sofá.

Cuando desaparece, miro a *Tigre*. El jodido sigue revolcándose como un poseso sobre el sofá. Y, corriendo para cogerlo, lo pillo y, mirándolo, gruño:

—Pero ¿qué estás haciendo?

Tigre me mira con la boca abierta y la lengua fuera. ¡El muy *jodío* sonríe...!

Molesta con él, lo dejo en el suelo y corro a mi habitación a por el cepillo para quitar los pelos de los animales. Una vez que regreso vuelvo a quedarme horrorizada al observar que ahora tiene una de las figuritas de samuráis en la boca.

¡Ayyyy, Dios míoooooo!

Sin levantar la voz para que Liam no me oiga, voy hacia él, lo agarro rápidamente, le quito la figura de la boca y, tras comprobar que no ha sufrido ningún daño, siseo:

—Una cosita... Si valoras mínimamente nuestras vidas, no vuelvas a acercarte a esto, ¿entendido?

Después de dejar la figurita junto a las otras cuatro me encamino hacia mi habitación con *Tigre*. Cuando lo voy a soltar en el suelo, estoy tan enfadada que decido abrir la puerta de la terraza y sacarlo al jardín. Conociéndolo, seguro que volverá a hacer una de las suyas, y lo último que quiero es que Liam lo pille otra vez.

Enseguida regreso al salón, cojo el cepillo y, con insistencia, lo paso mil veces por el sofá para dejarlo más que limpio. En cuanto compruebo que ha quedado impoluto, suspiro aliviada; entonces oigo:

—¡Señorita López!

¡Vaya telaaaaaaa!

Resoplo. Este hombre me va a desgastar el apellido de buena mañana. Y cuando entro en la cocina para ver en qué habré metido la pata ahora, observo que Jan está sentado en su trona, y Liam dice mirándome:

—¿Qué le gusta desayunar?

Sorprendida por esa pregunta que no esperaba, pues en el tiempo que llevo aquí nunca me la había hecho, no sé qué responder. Dejo el cepillo de los pelos sobre uno de los taburetes que hay al lado de la encimera y, viendo que aquel se ha puesto un delantal, pregunto:

—¿Va a cocinar?

Con normalidad, Liam me mira y dice:

—Voy a preparar el desayuno. Y ya que voy a hacer el mío, no me importa hacer algo para usted, mientras usted prepara el biberón de Jan —y, sacando unos huevos de la nevera, indica—: ¿Toma tostadas, huevos...?

Todavía sorprendida por esa deferencia hacia mí, saco los cereales de Jan y respondo:

—Con una tostada y un café me vale.

Liam asiente y, sin más, se pone manos a la obra al tiempo que yo me ocupo del biberón de cereales del pequeñín.

Una vez que lo tengo preparado, cojo al niño y se lo doy. El glotón de Jan lo devora rápidamente y, cuando acaba, como se ha quedado de nuevo dormido como cada mañana, lo dejo en la tumbona que hay en la cocina.

—¡Esto es terrible! —oigo que exclama de pronto Liam.

Al oírlo lo miro y veo que ha abierto el cajón donde están las patatas fritas, las palomitas, las cortezas, los gusanitos...

—Pero está riquísimo —contesto.

Él resopla.

—Una guarrería terrible...

—¡Me encantan las guarrerías! —le aseguro.

Mi jefe me mira... Sin duda, creo que podría haberle dado otro sentido a mi comentario.

—¿Sabe usted que estas cosas no son lo mejor para la salud? —explica entonces.

Asiento con la cabeza, lo sé perfectamente. Pero, encogiéndome de hombros, replico:

—¿Sabe usted que en la vida no viene mal darle gustos al cuerpo de vez en cuando? Y, por cierto, por si no lo ha visto, en el congelador hay helados, así que si alguna vez quiere uno, puede cogerlo.

Liam parpadea y al final no dice nada. Sigue cocinando y yo, viendo que el café ya está listo, saco dos tazas y, tras servir en una, pregunto:

—¿Cuánto café quiere?

Él me mira.

—Media taza, un cuarto de leche y un tercio de cucharadita de azúcar.

Asiento y le sirvo lo que pide.

—Sigue caminando descalza —oigo a continuación.

De inmediato suspiro. Entonces veo que, inexplicablemente, sonríe y, cuando termino de servir los cafés, me vuelvo a sentar donde estaba. Liam acaba de preparar una tortilla y mi tostada, y cuando la pone ante mí pregunta:

—¿La quiere con aceite, tomate, mantequilla...?

—Mantequilla y mermelada de melocotón.

—Mermelada no sé si hay.

Me levanto, abro la nevera y, sacando la mermelada que guardé en un compartimento cerrado para que no molestara, señalo con picardía:

—Ya la compré yo.

Él asiente. Mira cómo Jan duerme plácidamente en su hamaca y se sienta en el taburete libre que hay a mi lado. En un silencio más que tenso comenzamos a desayunar. Entonces, recordando algo, indico:

—Una cosita... En agosto necesitaré libres del 28 de agosto al 1 de septiembre... ¿Lo ve factible?

Liam consulta de inmediato el reloj que lleva en la muñeca. Sin duda es su agenda, y tras unos segundos dice:

—No hay problema.

Oír eso me hace sonreír.

—Se casa una de mis mejores amigas y...

—Apúntelo en el calendario —me corta con sequedad.

De nuevo se instala el silencio entre ambos. Es incómodo. Y, consciente de que hay que hablar de lo ocurrido la noche anterior, empiezo:

—En cuanto a lo que sucedió anoche en la cocina, quiero que sepa que...

—No volverá a ocurrir —me interrumpe.

Lo miro. Me mira.

—Pero creo que...

—Fue un error mío. La confundí con Margot y le pido disculpas

por ello —insiste.

Me gustaría poder hablar del tema con él. Quiero decirle que fui yo la que no lo detuvo, aun sabiendo que él se estaba equivocando, pero entonces añade:

—Pasaremos el día fuera, en la playa. También estará Verónica.

La noticia me gusta. Saber que mi amiga va a estar cerca de mí me hace muy feliz. Y cuando voy a hablar él señala abriendo un periódico:

—Y ahora desayunemos en silencio.

Asiento. Si quiere cortar ahí el tema, casi que mejor. Joder, es mi jefe y lo de anoche no puede repetirse.

Estoy convenciéndome de ello cuando veo pasar corriendo por el jardín a *Pepa* y *Pepe*. Acto seguido veo a *Tigre*..., ¡qué rico es, tan chiquitín...! Pero la respiración se me corta cuando el sinvergüenza se para justo delante de la puerta del ventanal, que por suerte está cerrado, levanta la pata y se mea.

¡La madre que lo parió!

Rápidamente, sin moverme, miro con el rabillo del ojo a Liam. Por suerte no se ha dado cuenta porque está leyendo el periódico. Pero entonces oigo que dice:

—Si su perro sigue así, nos creará un problema.

Cierro los ojos, asiento y maldigo para mis adentros. ¿Qué voy a hacer con *Tigre*?

Capítulo 19

Dos horas después, tras cargar el coche con las cosas de Jan como si nos fuéramos para un mes y dejar agua y comida a los perretes en el jardín, los tres nos dirigimos a la playa. Espero que no se me haya olvidado nada o este me la monta.

El ambiente durante el trayecto es relajado, bromeamos incluso, y mi jefe me va contando un poco la historia de los lugares por los que pasamos.

—¿Adónde vamos concretamente?

Liam, que hasta para ir a la playa parece que va de cena de lo perfecto que va vestido, tras colocarse bien el cuello de su camisa azul, responde:

—A la playa del Duque, en la zona más nueva de Costa Adeje.

Asiento, no me suena nada, todo esto es desconocido para mí. Estoy disfrutando del viaje cuando le pita el teléfono, que tiene conectado al coche, y una vez que descuelga, se pone a hablar en inglés. De inmediato reconozco la voz del hombre que está al otro lado. Es Tom Blake, el actor. Y, sonriendo, me percato del buen sentido del humor de aquel por cómo ríe, aunque no entienda ni la mitad de lo que dicen.

Tras unos segundos su conversación acaba, y sin poder callarme suelto:

—¿Era Tom Blake?

—El mismo —afirma Liam escueto.

—Madre mía, me encanta ese hombre… —comento como el que no quiere la cosa—. Es tan sexy y provocador…

Veo que Liam niega con la cabeza y acto seguido cuchichea:

—Me alegro por usted.

De inmediato soy consciente de lo que he dicho. Joder, con lo que este hombre ha pasado a causa del actor y su ex…, ¿cómo voy yo y digo eso?

Nos quedamos en silencio durante unos minutos hasta que

comienza a sonar por la radio la canción *You to Me Are Everything*, del grupo The Real Thing, e, intentando destensar el ambiente, digo:

—Me encanta esta canción.

—Ya tiene sus añitos —indica Liam.

—Sí —afirmo al ver que su tono se ha relajado—, pero las buenas canciones nunca envejecen. Se puede decir que son como los buenos vinos..., ¡mejoran con los años!

Mi comparativa parece gustarle y, como siempre que suena música y me encuentro bien, comienzo a tararearla. Mi inglés no es ni mucho menos perfecto como el de Verónica o el de Liam. El mío es chapurrero, chapurrero... Aun así, canto sin cortarme un pelo y miro a Jan, que va atrás sentado en su sillita, y él como siempre sonríe.

Veo que mi jefe sonríe también.

Yo hago el payaso, para no variar, y canto y bailoteo mientras Jan empieza a soltar carcajadas al ver mis muecas y mis movimientos.

¡Me lo comoooooo!

Miro a Liam, me agrada verlo con esa sonrisa, y me aventuro a proponer:

—Vamos, ¡cante usted también!

Según digo eso, veo que levanta las cejas y, aunque la sonrisa no lo abandona, responde:

—Yo no canto, señorita López.

—¿Por qué?

—Porque tengo sentido del ridículo, cosa que veo que usted no...

—¿Canto mal?

—No.

—¿Entonces...?

Él resopla con incomodidad.

—Simplemente, yo no canto —dice.

Valeeeeee. Su tono es tan cortante que no pregunto más y, cuando acaba la canción, yo aplaudo. Suelto unos cuantos vítores y el niño aplaude también. Divertida por ello le digo mil cosas cariñosas hasta que oigo que Liam comenta:

—Desde luego, su inglés deja mucho que desear...

Divertida, asiento, lo sé..., mi inglés es horroroso.

—Pues que sepa que con este inglés he viajado y me han entendido —replico—. Es más, me iba a ir a Suecia a trabajar en un hospital y pasé la prueba de inglés.

Liam sonríe y luego pregunta:

—¿En serio pasó la prueba?

—Con honores, confeti y champán —contesto divertida.

Él suelta una carcajada y yo sonrío mientras un extraño regocijo crece en mi interior. Y entonces me doy cuenta de que le estoy haciendo ojitos. Por el amor de Dios... ¡Otra vez!

No. No. No. Vuelvo a ser consciente de lo que he hecho y, cambiando mi actitud, miro por la ventana.

—¿Y adónde ha viajado si puede saberse? —pregunta.

—De momento, a Londres. Quiero viajar más, pero eso será cuando el dinero y el tiempo me lo permitan o me toque la lotería...

Miro al pequeño. Como siempre, me observa con esa carita que dan ganas de comerse.

—¿Cómo se llama mi Gordunflas preferido? —digo.

—Jammm...

Según dice eso, parpadeo. Es la primera vez que dice su nombre, y mirando a Liam, pregunto boquiabierta:

—¿Lo ha oído?

—Sí.

—¡Ha dicho su nombre! —exclamo.

—Y hemos sido testigos de ello —afirma él feliz.

Con una sonrisa de oreja a oreja Liam asiente; yo indico al niño señalando con el dedo:

—Tú, Jam. Él, papá. Yo, Amara.

Mi pequeñín sonríe y repite:

—Jammmmm...

Aplaudo encantada. Liam no puede parar de sonreír.

—Mi familia está allí..., ¿los ve? —dice a continuación.

Asiento y sonrío gustosa al distinguir entre todos ellos a Verónica y a Begoña.

Una vez que Liam aparca el coche junto al de Naím, toca el claxon y rápidamente Verónica y Florencia vienen hacia nosotros.

Saco a Jan de su sillita y, antes de que le pueda colocar un gorrito para proteger su cabecita del sol, Florencia me lo quita de las manos. Me saluda con un beso y veo que el niño me mira y me echa los brazos. Eso me hace gracia. Está claro que su persona de referencia soy yo.

—Dile a la tía Florencia cómo te llamas —le pido con una

sonrisa.

El pequeño sonríe y repite:

—*¡Jammmmm!*

Según pronuncia su nombre, yo aplaudo. Y Liam indica orgulloso:

—Lo ha dicho por primera vez en el coche.

Verónica y Florencia dan palmas, besuquean al pequeño. Esta última se vuelve loca de amor, y sigue dándole besos hasta que Liam, que está sacando las cosas del coche, señala:

—Florencia, cuando el Cacahuete crezca un poco huirá de ti.

La aludida sonríe, asiente y luego afirma divertida:

—Hasta que lo haga, me lo comeré a besos como me como a mi nieto.

Los dos hermanos sonríen mientras le hacen monerías al niño. Y yo me quedo mirándolos como una tonta. Madre mía..., pero ¿qué me pasa?

—¿Te ha escrito Mercedes? —oigo que me pregunta entonces Verónica acercándose a mí.

De inmediato vuelvo en mí y, como dos pavas, ambas nos abrazamos y comenzamos a dar saltitos de felicidad por nuestra amiga.

Sin tiempo que perder, hacemos una videollamada con Leo y Mercedes. Todos estamos muy emocionados y, tras hablar unos minutos, pues no tenemos más tiempo, indico:

—Le he pedido libre a Liam del 28 de agosto al 1 de septiembre y ha dicho que sí.

—¡Genial! —exclama Verónica.

Echamos a andar y, tras mirar, a Liam, que saluda a su padre, voy a hablar cuando mi amiga pregunta:

—¿Todo bien, Pececita Madrileña?

Oír eso me hace sonreír más aún, y cuchicheo:

—Tengo que contarte una cosita.

—Uis, madre...

—Anoche se me fue la cabeza...

Verónica me mira.

—Besé al Friki del Control —susurro.

Según digo eso, ella se para y, antes de que pueda decir nada, añado:

—Fue a la casa con Margot...

—¿Margot estuvo en su casa? —me corta ella.

—Sí, querida... —digo.

Verónica sonríe.

—Dios los cría y ellos se juntan... —murmura a continuación.

—Parece maja —opino en voz baja.

Vero suspira y asiente.

—Lo es. Pero para mi gusto es algo clasista.

Eso me hace gracia. Y, deseosa de contarle lo que necesito soltar, prosigo:

—El caso es que Liam fue con ella a la casa. Y, bueno, en un momento dado, yo estaba en la cocina a oscuras, Margot salió de la habitación, él también lo hizo, y me confundió con ella.

—Noooooo...

Cabeceo divertida y con gesto pícaro.

—Y madre mía, ¡cómo besa! —añado.

—¡Amaraaaaa!

Me entra la risa. Me gusta pensarlo, aunque me sofoca.

—Debería haberlo detenido, ¡pero no pude! —indico—. Es más..., ¡me entraron ganas de colonizar!

—¡Amaraaaaaa!

—Reina —musito mirando lo guapo que está Liam con su camisa azul y sus bermudas vaqueras—. El morbo del momento es el morbo y no pude resistirme.

—¡Pero si a ti te van los morenos!

Asiento, tiene razón, pero afirmo con guasa:

—Reconozco que con este rubiales haría una excepción.

—¿Te has vuelto loca?

—¡Loquísimaaaa! —exclamo con el gorrito de Jan entre las manos.

Verónica ni siquiera parpadea. Me conoce. Y, antes de que diga lo que intuyo que va a decir, buscando un toque de humor, suelto:

—Estaba tan sexy, tan apetecible y olía tannn bien, que caí en la marmita de la lujuria.

Como imaginaba, mi amiga sonríe.

—Esta mañana he querido hablarlo con él —continúo—, puesto que me sentía terriblemente culpable, pero él ha preferido no hacerlo. Me ha dicho que fue un error suyo y me ha pedido disculpas.

Ambas reímos y luego ella pregunta con picardía:

—¿En serio besa bien?

Asiento y, mirando a Liam, que está más allá charlando con su familia, admito:

—Muy muy bien.

Miramos a los demás en silencio, y al cabo Verónica musita:

—Es tu jefe...

—¿Y me lo dices tú, mi querida Ratona, que te acostaste con el tuyo? —me mofo.

Verónica ríe, observa a Naím, que está hablando con su hermana, y replica:

—Yo no lo sabía, pero tú sí.

Es cierto, tiene más razón que un santo.

—Lo sé, querida, lo sé..., y por eso no va a volver a ocurrir —indico con mofa.

Mi Vero me mira, yo la miro a ella, y de pronto oímos que alguien exclama a nuestras espaldas:

—¡Liammmmmmm! ¡Yujuuuuuuu!

Me vuelvo de inmediato y veo que justo por nuestro lado pasa un pedazo de mujer de esas a las que hay que mirar porque es impresionante. Alta, piernazas kilométricas, estilosa... Y mientras observo que Liam se vuelve y sonríe, Verónica musita:

—¡La que faltaba!

Sorprendida, la miro y ella cuchichea:

—Es Algodón..., una tía que se pirra por los huesitos de Liam y es muyyy pesadita.

—¿Algodón? —me burlo.

Mi amiga se ríe y murmura:

—Es holandesa y soy incapaz de recordar bien su nombre.

Divertida, veo cómo ella se acerca a Liam. Le da dos besos y acto seguido se acerca hasta donde está Florencia, le quita a Jan de los brazos y el pequeño, como siempre, comienza a sonreír. ¡Qué sonriente es!

En silencio, Verónica y yo nos aproximamos a los demás, y entonces oigo que Algodón, agitando sus pestañas kilométricas y dirigiéndose a Liam, dice:

—Este niño debería llevar un gorrito puesto. Hace mucho sol.

De inmediato Liam me mira. Veo reproche en su expresión. Y yo, yendo hasta mi Gordunflas, le pongo el gorro verde que llevo en las

manos e indico:

—Se lo iba a poner, pero Florencia se lo ha llevado y…

—¿Eres la niñera? —me corta la de las pestañacas.

Sin dudarlo, asiento con la cabeza y luego la muy imbécil suelta:

—Pues la próxima vez estate más atenta, que para eso te pagan.

Al oírla estoy por mandarla a la mierda sin ningún tipo de filtro. ¿Quién es esta idiota para hablarme así? Pero Verónica, que está a mi lado, coge mi mano y sugiere:

—¿Te parece bien que pongamos el cochecito de Jan junto al de Lionel?

Al decirme eso miro hacia donde indica mi amiga. Sé que lo ha hecho para llamar mi atención.

—O eso o se traga los dientes —murmuro.

Vero se ríe, yo también, y moviendo el cochecito musito:

—¡Mejor lo segundo!

Mientras coloco las cosas de Jan junto al carrito de Lionel, que es el nieto de Florencia y Omar y el hijo de Begoña y Gael, reconozco que por dentro me cago en los familiares de la holandesa. Y de pronto oigo que Liam pregunta:

—Aldegonda, ¿adónde vas con Jan?

¡¿Aldegonda?! ¡Vaya nombrecito!

La mujer, que se está tomando unas licencias con el niño que me están sacando de mis casillas, sonríe e indica:

—Al agua. ¡Vamos, ven!

Y, sin más, Liam va tras aquella y su hijo.

—No soporto a Algodón —susurra Florencia pasando junto a nosotras.

—Pero si parece encantadora —me mofo.

Uno tras otro los Acosta corren a bañarse en el mar. Hace un calor considerable. Desde donde estoy veo cómo se bañan, cómo ríen, y Verónica, que está a mi lado, cuchichea:

—Como te pilles de Liam, lo…

—Que nooooo.

Según digo eso la miro y añado:

—Lo de anoche fue ¡un caprichito tonto!

—Pues cuidadito con los caprichitos tontos —dice con un hilo de voz.

Vale, tiene razón. Lo besé. Y, algo molesta por ver a mi pequeño

Jan en los brazos de aquella holandesa, afirmo:

—Chica, una no es de piedra..., y anoche él fue quien se lanzó. Pero, tranquila, que necesito este trabajo y no voy a cagarla.

Instantes después se nos acercan Florencia y Xama, la hija pequeña de esta y Omar. Por sus pintas imagino que tendrá unos dieciséis o diecisiete años, y me río al ver los gestos que hace cada vez que su madre le pide que se eche crema para el sol.

¡Lo que me habría gustado a mí que Luisa se hubiera preocupado así por mí!

Capítulo 20

Por fortuna, la señorita Algodón Superpestañas Kilométricas se marcha después de un rato, y la verdad es que yo me relajo. Esa idiota quería ir de lista conmigo para ganarse puntos con Liam y, además de lo del gorrito, luego me ha exigido que le volviera a echar más crema protectora a Jan y lo cambiara de pañal porque el que llevaba puesto, según ella, lo incomodaba. Sin rechistar, porque no creía que fuera el momento, lo he hecho, y, la verdad, si no llega a ser por Verónica, creo que la habría mandado a la mierda.

Cuando ella se va, durante un par de horas todos disfrutamos de un maravilloso día de playa bajo un enorme parasol que han montado con una lona. Me baño con Jan y luego con Verónica mientras el pequeño duerme, hasta que aparece Naím en el agua y nos ahoga, el muy cabrito. ¡Qué divertido es!

A la hora de la comida Florencia anuncia que ha reservado mesa en un restaurante que hay frente a la playa. Apurada, no sé qué hacer, y, mirando a Verónica, cuchicheo:

—Oye, reina, una cosita... Esto es una comida familiar. ¿Qué pinto yo ahí?

Omar, que pasa por mi lado en ese momento, me oye e interviene:

—Tú eres una más de la familia.

Eso me enternece y Vero, que sabe lo que significa para mí esa palabra, ratifica:

—Tú eres mi familia para ellos..., ¿te parece poco?

Sonrío. Naím y Liam se acercan a nosotras con Jan en brazos y mi jefe me dice:

—Llevaremos el cochecito al restaurante por si Jan se duerme, que nosotros podamos comer tranquilos.

Lo miro y entonces Verónica, dirigiéndose a él, suelta:

—Pues no va Amara y me pregunta si ella viene también a la comida...

Liam y Naím intercambian una mirada, parpadean y, con total convencimiento, ambos contestan:

—Por supuesto que sí.

Dicho esto, los dos hermanos, junto al pequeñín, siguen a los demás.

—Los Acosta son así —comenta Vero—. O te odian o te adoptan.

Sonrío y, cogiendo el cochecito como ha dicho Liam, lo llevo hasta el restaurante, donde nada más entrar oigo:

—¡Naímmmmmmm! ¡Liammmm!

De nuevo la voz de una mujer hace que me vuelva hacia la derecha. A pocos pasos de nosotros hay dos mujeres muy guapas, aunque no lo son tanto como Algodón, pero van vestidas con un estilazo impresionante. Y, acercándose a nosotros, una de ellas comenta:

—Qué coincidencia encontrarnos aquí.

—Mireia, ¡qué ilusión! —exclama Vero.

Por el tono ácido de mi amiga, la miro y rápidamente me percato de quién es la aludida.

—Pero ¿qué haces aquí? —pregunta entonces Liam tras darle dos besos.

Verónica me mira, en su gesto veo que está incómoda.

—He venido a pasar unos días a la isla —indica aquella.

En silencio, todos asentimos. Sé por mi amiga que Mireia se trasladó a Londres cuando Verónica se fue a vivir a la isla con Naím. También sé que las cosas quedaron muy claras entre ellos tras una conversación que mantuvieron, pero la incomodidad resulta palpable. De pronto la tal Mireia se vuelve hacia su amiga y dice:

—Cleo, él es Liam Acosta, el hombre que dije que te presentaría si lo veíamos. Y ellos son Naím Acosta y su novia.

Acto seguido me mira a mí y yo explico sin ganas de confraternizar:

—La niñera de Jan.

Mireia asiente, y Naím, sin soltar a Vero, le tiende la mano a la tal Cleo y aclara:

—Verónica no es mi novia: es mi mujer.

La otra sonríe, pestañea. Está más que claro que Naím no es quien le interesa. Y en ese instante Mireia, con gesto apurado, dice deseosa de desaparecer:

—Voy a saludar al resto de la familia.

Dicho esto, se marcha, y la otra mujer musita mirando a Liam con intensidad:

—Encantada de conocerte, Liam. Soy Cleopatra.

—Un placer, Cleopatra —afirma él en un tono de voz que me exaspera.

Uisss…, uissss… ¿Qué me ocurre?

La verdad, estoy por darle un pescozón a Liam por el modo en que la mira, y ella prosigue:

—Qué niño tan ideal… ¿Quién es?

—Mi hijo Jan —informa él con orgullo.

La mujer parpadea y, sin ninguna gracia, intenta llamar la atención de Jan, pero este ni la mira. Así pues, desistiendo, y sin ningún tipo de vergüenza, despliega todas sus artes de seducción frente a Liam. Pestañea, se toca el pelo, la oreja, la boca, sonríe mordiéndose el labio inferior… Y, cuando no puedo más, miro a Verónica y murmuro:

—Qué intensidad la de Cleopatraaaaaaaaaa.

Mi amiga sonríe, Naím también, y Vero, sin quitarle el ojo de encima a Mireia, musita:

—Como la otra no se pire rapidito, la vamos a tener.

Ambas reímos. A buen entendedor, pocas palabras bastan. Está claro que el tipo de mujeres que rodean a los Acosta no tiene nada que ver con nosotras, dos chicas de barrio de Madrid. Y Naím, que está a nuestro lado, cuchichea divertido:

—Ratona, tranquila, que nos conocemos y con Mireia quedaron las cosas más que claras.

Ella y yo intercambiamos una mirada divertida. Al poco Mireia regresa para recoger a su amiga y, tras despedirse de nosotros, ambas se marchan. ¡Vaya tensión!

Al llegar a la mesa que tenían reservada, veo que Horacio y Florencia saludan a un hombre, que me entero que es el dueño. Jan me echa los brazos. Rápidamente lo cojo y, antes de sentarme, saco el táper con su comida, voy a la barra, se lo entrego a un camarero y le pido por favor que lo caliente.

Ya lleva tiempo comiendo purés suaves de verdura con pollo y, la verdad, los disfruta mucho. Es un tragón. Estoy esperando a que el camarero me devuelva el táper con el puré cuando por los altavoces

del local empieza a sonar *The Way We Were*. ¡Oh, Dios, qué preciosa canción de Barbra Streisand! Y estoy canturreándola cuando oigo a mi espalda:

—¿Qué ocurre?

Es Liam. Está a mi lado, y yo, sonriendo, indico:

—Me están calentando la comida de Jan.

Él asiente sin decir nada, y yo sigo tarareando.

—Preciosa canción —dice entonces—. ¿Ha visto la película?

Sorprendida, lo miro y pregunto:

—¿*Tal como éramos*, de Barbra Streisand y Robert Redford? —Él asiente—. Ni le cuento el berrinche que me entra cada vez que la veo, y más cuando suena esta canción.

Liam sonríe, me gusta cuando lo hace, y señala:

—Es una película muy romántica que te deja el corazón tocado.

Asiento, yo opino lo mismo. Y, de pronto, el hecho de que me haya dicho eso me hace entender que el romanticismo formó parte de su vida en algún momento, aunque ahora ya no lo haga.

Entonces Liam coge al pequeño en brazos, mira mis hombros y sugiere:

—Tiene que ponerse más crema solar. Se está poniendo roja.

Yo también me miro los hombros, tiene razón.

—Luego me echaré —contesto.

En ese instante Horacio aparece junto a nosotros y de inmediato Liam comienza a hablar con su padre, con el pequeño en brazos. Verlos a los tres juntos es todo un espectáculo. Nadie más tiene los ojos como ellos, y estoy observándolos cuando un camarero se acerca a mí con el táper y me pregunta:

—Señora, ¿la comida es de su bebé?

Al reconocer el táper azul, afirmo con la cabeza.

—No es mi bebé, pero sí, es para mí —digo—. Y, por favor, no me llames de usted, que me haces parecer mayor...

Él asiente y sonríe. Veo que le gusta lo que oye. Me mira de esa manera que una sabe que le ha gustado, e indica:

—Espero que esté bien así.

Yo cojo el recipiente y respondo:

—Seguro que sí, ¡muchísimas gracias!

El camarero, que es un morenazo de esos de rompe y rasga, añade:

—Cualquier cosa, por favor, dímelo. Estoy por aquí.

Encantada, asiento, y cuando este se aleja Liam se me acerca y pregunta:

—¿Lo conoce?

—No —y, mirando a Jan, que ha visto la comida, cuchicheo—: El que sí conoce el táper azul es el Gordunflasssss.

Ambos reímos y luego nos dirigimos hacia la mesa, donde, sin perder un segundo, le doy de comer al tragón de Jan bajo la atenta mirada de su padre. Sin embargo, a diferencia de otros días, el niño no come lo que debería comer. Liam se preocupa por ello y de inmediato todos, entre los que me incluyo, le quitamos importancia. Los niños no comen todos los días igual.

Cuando veo que no le apetece más, no lo fuerzo, pero me levanto para ir al baño a cambiarle el pañal. Por el modo en que se frota los ojillos, sé que se va a dormir.

Y, sí, una vez que lo cambio y regreso al salón, lo meto en su cochecito, le pongo su adorado chupete, se duerme como un angelito y yo puedo comer con ganitas. ¡Qué rico está todo!

Antes de que traigan los postres acompaño a Verónica al baño y, mientras espero en la puerta a que salga mi amiga, el camarero moreno se me acerca.

—¿Estaba bien el puré del niño? —pregunta.

—Perfecto —contesto complacida.

Él sonríe, yo también, y luego indaga:

—¿Eres de la familia Acosta?

Enseguida niego con la cabeza.

—No. Yo soy quien cuida al pequeñito de los Acosta.

Ambos sonreímos de nuevo; entonces Naím llega hasta mí y pregunta:

—¿Dónde está Verónica?

En ese instante el camarero se aleja, la puerta del baño se abre y Vero suelta mirándolo:

—Cariño, ¡está visto que no puedes vivir sin mí!

Naím suelta una carcajada y, agarrando a mi amiga de la cintura, replica:

—En eso has acertado, mi querida Julia de Valladolid. —Ambos ríen y luego él añade—: Florencia dice que tenemos que estar todos en la mesa para anunciar el motivo de esta comida familiar.

Se besan. Ver ese beso tan lleno de amor, deseo y complicidad me hace suspirar como una tonta. Yo quiero a alguien en mi vida que me bese con ese amor.

Cuando estamos todos, los camareros nos traen un surtido de postres para degustar, y yo, al verlos, me quiero morir de felicidad. ¡Qué pintaza tienen!

Lionel y Jan duermen en sus cochecitos, los mayores comemos, charlamos y reímos, y de pronto Florencia comenta en voz alta:

—Gael y Begoña tienen algo que deciros.

Todos los miramos, y Gael, tras sacar unos sobres de una mochila, anuncia:

—¡Nos casamosssss!

Tras una exclamación de sorpresa por parte de Horacio y aplausos por parte del resto, se origina una corriente de besos, abrazos y felicitaciones. Begoña y Gael van a casarse y todos están superfelices por ello.

—¿Tenéis fecha? —pregunta entonces Verónica tras mirarme con cara de circunstancias.

—El 10 de septiembre —contesta Begoña.

Saber eso hace que Verónica y yo respiremos aliviadas. La boda de Mercedes es importante para nosotras y no podemos perdérnosla por nada del mundo.

—Y digo yo..., ¿cuándo os vais a casar vosotros?

Al oír la voz de Horacio, veo que se está dirigiendo a Naím y a Verónica. Espera una contestación, y entonces Naím dice:

—Cuando ella quiera.

Vero sonríe. Yo también. Ese hombre está locamente enamorado de ella. Pero conozco a mi amiga y sigue teniendo miedo a dar un paso más.

—¿Y cuándo vas a querer, querida Verónica? —pregunta Horacio a continuación.

Todos la observan expectantes.

—Hoy es el día de Gael y Begoña... —responde mi amiga al cabo de un momento con cara de circunstancias—, ¡son ellos los que se van a casar!

Los aludidos sonríen, pero Horacio, sin dar su brazo a torcer, insiste:

—Lo sé, mi niña, lo sé. Pero no quiero morirme sin veros

casados...

De nuevo todos los presentes miran a mi amiga, y entonces ella se vuelve hacia mí y, mintiendo como una bellaca, suelta:

—Cuéntales nuestra promesa.

¿Nuestra promesa? ¿Qué promesa?

¡Desdeluegolamadrequelaparióquéagustitosequedó!

Con cara de circunstancias, la observo. No sé de qué está hablando... Está visto que tengo que inventarme algo, así que explico:

—A ver, una cosita... La cuestión es que hace años prometimos que ninguna se casaría hasta que la otra tuviera una relación estable y..., claro, como yo no la tengo, ¡pues Vero ha de esperar!

Mi amiga asiente satisfecha por la trola que acabo de soltarles, y acto seguido Naím, sonriendo porque sabe que es mentira, añade:

—Por tanto, hemos de encontrarle un novio a Amara si queremos que Verónica se case conmigo.

Según dice eso, todos sonríen complacidos.

A continuación Gael hace entrega de la invitación de bodas a su abuelo Horacio, les da otra a su tío Naím y a Verónica, y cuando se la entrega a Liam, pregunta:

—¿Traerás acompañante?

Él se ríe y, señalando al pequeño Jan, que duerme en el cochecito, replica:

—¿Te parece poco acompañante?

Todos los presentes sueltan una carcajada.

—Algodón, Margot, Cleopatra o cualquiera de tus churris podrían ser buenas candidatas —sugiere Verónica.

Los demás se mofan, pues conocen la faceta de seductor de Liam. Y entonces Begoña, mirándome, me entrega una invitación a mí y dice:

—Amara, tú también estás invitada.

—¡¿Yo?! —pregunto sin dar crédito.

La verdad, me veía más cuidando al pequeño en la casa mientras todos se divertían. Pero ella asiente e indica:

—Me haría mucha ilusión que vinieras. Verónica y tú sois la única familia que tengo.

Conmovida, asiento, pues recuerdo todas las cosas que me ha contado, y, consciente de lo importante que soy para ella en estos momentos, le aseguro:

—Ahí estaré.

Begoña me abraza y me percato del modo en que Liam me mira; entonces Verónica propone:

—Podrías cantar en la boda...

Según dice eso, todos me miran. Niego con la cabeza, pero Verónica suelta:

—Amara siempre canta en las bodas de los amigos. Ve un escenario y lo da todo, ¿verdad?

Nadie me quita ojo, todos me observan expectantes.

—La verdad es que sí —afirmo.

—Pues entonces tienes que cantar en nuestra boda —dice Begoña.

Joder..., joder..., joder..., ¡voy a matar a Verónica! Y a continuación la muy tunanta agrega:

—Yo contrato a la banda para que la acompañe.

—¡Genial! —exclamo mientras por dentro deseo que se me trague la tierra.

Durante un rato todos los presentes hablan sobre el tema, hasta que Gael tercia:

—Por supuesto, Amara, puedes venir acompañada a la boda.

Oír eso me hace gracia. Aparte de ellos, Jonay y su marido y Magdalena, no conozco a nadie más en la isla.

—La señorita López irá con Jan y conmigo —suelta Liam de repente.

De inmediato lo miro y Liam aclara:

—Necesitaré que se ocupe del niño.

—De eso nada —protesta Verónica—. Amara tiene que asistir como una invitada más o no disfrutará de la boda. Por tanto, ese día, entre todos nos ocuparemos de Jan para que ella pueda pasarlo bien. ¿Por qué no te llevas a alguna de tus churris para que te eche una mano?

—Margot, por ejemplo, puede ser una excelente acompañante y podría ayudarte con el niño —propone Florencia.

—Demasiado trabajito para ella —se mofa Xama sorprendiéndome.

Liam las mira a ambas con gesto serio, y yo, consciente de que necesita de mi ayuda ese día, intervengo:

—Iré a la boda y me ocuparé de Jan.

Liam asiente, le parece bien lo que digo, pero entonces, sorprendiéndome dice:

—Usted irá como invitada. No tendrá que encargarse del niño. No se preocupe.

Veinte minutos después, cuando todos salimos del restaurante y nos encaminamos de nuevo a la playa para acomodarnos a la sombrita, a Liam le suena el teléfono. Lo saca del bolsillo de su pantalón y en la pantalla leo el nombre de «Virginia». Desde luego, el tío tiene un harén donde elegir...

Alejándome de él con el niño para darle intimidad, me aproximo a Begoña y, entre risas, hablamos de la boda hasta que llegamos a donde están nuestras toallas.

Con curiosidad me fijo en Xama, y no puedo evitar reírme cuando ella y su madre discuten acerca de cómo irá esta vestida a la ceremonia. Está claro que Florencia tiene que modernizarse con respecto a su hija o le esperan añitos muy complicados.

Verónica intercede. Ella sabe cómo tratar a una adolescente mejor que nadie al haber pasado ya esa época con Zoé. Y, cuando veo que la conversación sube de tono, para echarle una mano a mi amiga, dirigiéndome a Xama, propongo:

—¿Me acompañas a comprar agua fría al restaurante?

Sin dudarlo, la muchacha asiente y, cuando nos alejamos, musito al ver su gesto ceñudo:

—Tranquila.

La joven resopla y maldice.

—Mi madre es una pesada. Se cree que todavía tengo cinco años...

La miro sonriendo y pregunto:

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete. Estoy a punto de cumplir dieciocho, y entonces pienso irme a vivir con mis amigas.

Asiento. A esa edad todos los adolescentes dicen lo mismo. ¡Qué ingenuos! Pero, claro, cuando cumples dieciocho y ves que vivir con los amigos significa tener dinero para pagar casa, luz, agua, teléfono, etcétera, etcétera, ¡esa idea se desvanece! Sin embargo, en mi caso no fue así, y tuve que apechugar trabajando en tres sitios distintos para sobrevivir.

—Yo me marché de casa el mismo día que cumplí dieciocho años

—digo mirándola.

Xama se queda boquiabierta por mis palabras.

—Créeme: con la familia que tienes lo mejor para ti es estar con ellos —añado.

Xama sigue mirándome, y a continuación pregunta:

—¿Y por qué te fuiste?

Siempre que hablo de esas personas que son mi familia, mi mano va directa a la cicatriz de mi frente.

—Porque a mí nadie me quería como te quieren a ti —respondo tocándomela.

Xama me mira sorprendida. Por suerte hemos llegado ya al restaurante, donde pido cuatro botellas grandes de agua fría. Cuando me dan dos, las cojo y se las entrego a Xama inmediatamente.

—Una cosita... —digo abriendo mi monedero para pagar—. Llévalas antes de que se calienten. Yo ahora voy con las otras dos —le pido para que no siga preguntando.

La joven acepta sin rechistar y emprende el camino de vuelta. Suspiro aliviada. De pronto veo que se me acerca el camarero moreno y declara:

—Hoy hace un día de mucho calor.

Asiento con una sonrisa y, viendo cómo me mira, contesto:

—Mucho.

Su compañero deja las otras dos botellas en la barra, se las pago y a continuación el camarero moreno, que está a mi lado, dice:

—¿Puedo preguntarte tu nombre?

—Amara.

—Álvaro —se apresura a presentarse él, y pregunta interesado—: No eres de aquí, ¿verdad?

—De Madrid.

Álvaro sonríe.

—¡Madrileña!

—Pues sí.

—Ya decía yo que ese acento tuyo no era muy canario...

Ambos reímos, y luego yo señalo:

—Tu acento tampoco es de por aquí...

—De Málaga.

—¡¿Boquerón?!

Ambos soltamos una carcajada, pues a los malagueños se les

suele llamar de ese modo.

—¿Llevas mucho tiempo en la isla? —pregunta él a continuación. Niego con la cabeza y luego oigo que dice—: Si quieres, antes de marcharte de la playa nos intercambiamos los teléfonos.

Es directo el amigo..., y, sin dudarlo, respondo:

—¡Genial! Luego me acerco con mi móvil.

He de comenzar a hacer amigos aquí, y ¿por qué no empezar por Álvaro?

Me despido de él y regreso a la playa con las botellas de agua fría. Estoy guardando el monedero en mi bolsa cuando Liam se me acerca.

—¿Hay algún problema con el camarero? —inquiere.

Rápidamente niego con la cabeza.

—Qué va. Álvaro es encantador.

Según digo eso, veo que las cejas de aquel se levantan.

—Antes ha dicho que no lo conocía —indica.

Asiento, tiene razón, pero, sin ganas de dar explicaciones, replico:

—Antes era antes y ahora es ahora.

Dicho esto, sonrío. En ese instante suena mi teléfono, lo miro y saludo más contenta de lo normal al ver de quién se trata:

—¡Alessandro, mi italiano favorito! Qué alegría hablar contigo...

Como esperaba, Liam me mira y yo, guiñándole el ojo, me alejo entre risas mientras hablo con el morenazo cañón.

Capítulo 21

Pasan los días.

Jan comienza a gatear y yo, encantada al ver la evolución del niño, lo animo a hacerlo en casa o en el jardín junto a los perros, mientras toco la guitarra y disfruto del momento.

Me encanta observar cómo se mueve como un gatito por el suelo, aunque, cuando llega su padre, solo le permito hacerlo en su habitación. Si Liam lo ve gateando en el suelo o en el jardín con los animales, conociéndolo, le dará un patatús.

Estoy con Verónica en su casa hablando sobre las cenas temáticas cuando el móvil me suena. Es Óscar. Mi amiga y yo lo miramos, y ella indica:

—Pasa de él.

—Eso hago —afirmo quitándole el volumen.

Ese mediodía, después de comer una rica ensaladilla que nos ha dejado preparada Naím, Jan se duerme y decido acostarlo sobre la cama de Verónica. Cuando regreso al salón, miro mi teléfono y veo como siete llamadas perdidas de Óscar y no sé cuántos mensajes. Decido abrirlos y de pronto siento que la tierra tiembla bajo mis pies cuando leo:

> Mi madre ha muerto.

No..., no..., no..., ¡eso no ha podido pasar! Y, tras marcar su número, cuando Óscar lo coge susurro:

—Dime que no es cierto...

Pero lo conozco, y su silencio me hace saber la verdad.

—Óscar, cielo, lo siento muchísimo... —murmuro.

No dice nada, imagino que no podrá hablar.

—¿Cuándo ha pasado? —pregunto.

—Anoche —musita abatido.

Cierro los ojos intentando contener las lágrimas. Todos sabíamos que Encarnita no estaba bien, que su enfermedad podría con ella

algún día.

—Ha muerto en casa —añade Óscar—. Mañana la enterraremos con mi padre. ¿Vendrás?

Sin dudarlo, asiento. Creo que, si me toman el pulso, es que ni tengo...

—Allí estaré —indico.

Según cuelgo el teléfono noto que me falta el aire. Encarnita, mi maravillosa Encarnita ha muerto, y solo de pensarlo se me parte el corazón.

Verónica, que sale en ese instante del baño, ve mi cara y de inmediato pregunta:

—¿Qué pasa, cielo?

Como puedo, le cuento lo ocurrido. Igual que yo, se apena. También conocía a Encarnita y sabía lo maravillosa que era. Y entonces, tomando aire, señala:

—Te acompañaré. Nos vamos para Madrid.

Según lo dice, niego con la cabeza. Sé que al día siguiente debe asistir a una reunión por su trabajo como publicista.

—Ni hablar, tú no vienes —digo con un hilo de voz.

Ella me mira y se dispone a protestar, pero insisto:

—Mañana tienes una reunión importante y...

—Pero no quiero que vayas sola —me corta.

Oír eso me hace sonreír con cierta pena y, tocándome el corazón, murmuro:

—No voy sola. Tú estás aquí.

Verónica sonríe, me entiende, y finalmente dice cogiendo su teléfono:

—Déjame ver qué vuelos tienes para la Península.

Atacada de los nervios, miramos los vuelos y vemos que esa tarde solo hay un par: uno que sale dentro de dos horas y otro dentro de seis. Enseguida me decido por el que sale al cabo de dos horas, y mientras Verónica me compra el billete, yo llamo a Liam, que está en las bodegas.

Un timbrazo, dos, tres...

—Dígame, señorita López.

Al oírlo, cojo aire y suelto:

—He de irme urgentemente para Madrid. Jan se queda con Verónica y...

—¿Que se va a Madrid?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Ahora.

—De eso nada. Se lo advertí, señorita López. Le advertí que si quería algún día libre debía avisarme con tres días de antelación.

—Lo sé, pero...

—¡No hay peros que valgan! —Me levanta la voz.

—Una cosita... ¡¿Me va a dejar hablar?! —exclamo yo también.

—No empiece con sus *cositas*... Si se marcha, dese por despedida —suelta sin querer escucharme.

Según oigo eso la rabia que siento me subleva. Nunca me escucha. No le interesamos ni yo ni mis circunstancias.

—Pues me doy por despedida —siseo.

Y, sin más, cuelgo el teléfono. No tengo por qué seguir hablando con él.

Verónica me mira.

—Pero ¿le has explicado el motivo? —musita.

Niego enfadada con la cabeza.

—No me ha dejado. Pero da igual —y, comprobando que en mi mochila esté mi cartera y mi DNI, indico—: Sabe que el niño está aquí contigo. Por favor, recoge mis cosas de la casa, junto con *Tigre* y la moto, y cuando vuelva ya lo organizaré todo para regresar a Madrid.

Me tiemblan las manos..., me tiembla todo el cuerpo; Verónica me abraza y yo soy incapaz de llorar.

¡Joder! Encarnita, mi Encarnita..., esa mujer que tanto cariño me ha dado, se ha muerto y es lo único que me importa en ese momento.

Minutos después voy al baño. Me lavo la cara y, mirándome al espejo, me recojo el pelo en una coleta alta. Cuando salgo paso por la habitación de Verónica. Allí, con cariño, miro a Jan, a mi Gordunflas, que duerme como un angelito. Con cuidado me acerco, luego me inclino hacia delante y le doy un cariñoso besito en la mejilla. Separarme de él, decirle adiós tan abruptamente, me cuesta horrores, y tocándole con cariño la manita murmuro:

—Perdóname, Gordunflas, pero tengo que ir. Te quiero, y te prometo que siempre te llevaré en mi corazón.

Conteniendo las lágrimas salgo del dormitorio mientras siento que dejo parte de mi corazón en ese niño. Lo quiero, lo adoro, como sé

que él me adora a mí. Y, acercándome a Verónica, voy a hablar cuando ella se me adelanta y dice:

—No te preocupes por nada. Yo me ocupo de Jan.

Asiento. Se lo agradezco.

—¿Seguro que no quieres que te acompañe? —susurra.

Niego con la cabeza. No es necesario.

—Ya tienes un taxi en la puerta —indica ella a continuación—. Y Leo y Mercedes te estarán esperando en Madrid.

Sin dudarlo asiento y, tras dar un último abrazo a Verónica, la beso y salgo de la casa.

En silencio cojo el taxi que me lleva al aeropuerto, donde tomo el avión que me lleva a Madrid. En el trayecto pienso en Jan, en ese niño que me ha robado el corazón y al que ya añoro de una manera que nunca habría imaginado, y solo deseo que, lo cuide quien lo cuide, lo quiera como lo hago yo. También pienso en Liam, en el padre de la criatura, y la rabia que siento por él me hace sisear. ¡Imbécil!

* * *

Una vez que aterrizo en el aeropuerto Adolfo Suárez de Madrid, me encuentro con Leo y Mercedes, quienes vienen a arroparme en cuanto me ven.

Esa noche, casi de madrugada, llegamos en el coche de Leo a Ávila, a la casa de los padres de Óscar. La relación que tuve con él duró cinco años, por lo que todos me conocen y me abrazan con cariño.

Estoy hablando con una hermana de Encarnita cuando aparece Óscar junto a la que imagino que es Rosa, su pareja. Durante unos segundos nos miramos, hasta que, comprendiendo cómo puede sentirse, camino hacia él y rápidamente se refugia en mis brazos, entre los que rompe a llorar con desconsuelo.

Leo y Mercedes me miran. Sé que por sus cabezas pasan ideas tan descabelladas como las mías, pero los tres somos conscientes de que no es momento. Óscar acaba de perder a su madre y necesita consuelo.

Tras una noche en la que velamos el cuerpo de Encarnita como se hace en los pueblos, estoy destrozada. Bueno, todos lo estamos.

Necesito salir de esa casa que me trae tantos bonitos recuerdos

con Encarnita, así que Leo, Mercedes y yo nos vamos a desayunar a un bar.

Al mirar mi móvil veo que tengo mensajes de cariño de Verónica, y me sorprendo al leer uno de Liam que dice:

Lo siento mucho.

Vale, eso significa que Verónica ya le ha contado lo ocurrido. No obstante, me da igual. No quiero hablar con él y no pienso contestarle.

A las once regresamos a la casa y nos unimos al cortejo fúnebre. Rosa y Óscar van juntos y cogidos de la mano.

Una vez más, la ceremoniosidad de un entierro en el pueblo resulta agotadora, pero hay que hacerlo así, no hay más. Encarnita lo quería de este modo. Siempre me dijo que el día que muriera deseaba que la enterraran con un rosario de su madre entre las manos, y yo, aún con el corazón roto, me encargo de que así sea.

Tras el funeral, en el que sigo sin llorar a pesar de la opresión que siento en el pecho, me despido de toda la familia, a la que posiblemente no volveré a ver en mi vida, y me dirijo hacia el coche de Leo cuando oigo:

—Amara, espera.

Es Óscar. Y, mirando a mis amigos, indico:

—Esperadme en el coche. Ahora voy yo.

Ellos siguen caminando y Óscar se acerca a mí mientras veo que Rosa nos observa desde la distancia.

—¿Adónde vas? —pregunta él.

—A Madrid.

—¿A tu casa?

Asiento en silencio. He decidido descansar un par de días en mi casa y regresar luego a Tenerife a por mis cosas.

Entonces veo que Óscar tiende una mano en mi dirección.

—Mi madre dejó este sobre para ti —aclara—. Dijo que quería que su contenido fuera tuyo.

Lo miro. Sin dudarlo lo cojo y, al abrirlo, veo un papel escrito de su puño y letra y el anillo que fue de Lucrecia, la madre de Encarnita. Lo saco y, negando con la cabeza, susurro:

—No..., no puedo. Eso es de...

—Es tuyo. Ella lo quería así. —Óscar asiente y, mirándome, añade—: Mi hermana lo sabe y respeta la voluntad de mi madre. Por

tanto, no hay más que hablar.

—¿Y Rosa? —digo al ver que sigue mirándonos.

—Mi madre quería que lo tuvieras tú, no ella —afirma él.

Con el corazón encogido miro aquel anillo que siempre he visto puesto en la mano de Encarnita. Una vez más, con ese gesto de amor me hace saber lo importante que fui para ella y, emocionada, me lo pongo en el dedo y murmuro:

—Gracias.

Nos quedamos en silencio. Yo no sé qué decir, pero él suelta:

—Te echo de menos.

No respondo. No quiero volver a entrar en ese círculo vicioso. Sin embargo, Óscar insiste:

—Mamá siempre me dijo que era un idiota porque nunca iba a encontrar a nadie que me quisiera tanto como tú.

Oír eso me hace sonreír. Imagino a Encarnita diciéndoselo.

—Lo mío y lo de Rosa no sé cuánto va a durar —agrega.

—Óscar...

—Amara, si Rosa no estuviera embarazada, no estaríamos juntos. —Oír eso me hace saber lo infeliz que es, y entonces añade—: Nadie es como tú y...

Le tapo la boca con la mano. No quiero oír más. Desde luego, nadie es tan tonta como yo. E indico con una seguridad que hasta a mí me sorprende:

—Óscar, una cosita..., lo nuestro ya es pasado.

—Amara, yo te quiero...

Según dice eso, niego con la cabeza. Esas mismas palabras, que tantas veces he oído, ya no surten el mismo efecto que antes; he aprendido que Óscar ni quiere ni querrá nunca como se debe querer.

—Pero yo ya no te quiero a ti —replico cogiéndole las manos.

—Amara...

Vuelvo a negar con la cabeza y de pronto me doy cuenta de que se lo estoy diciendo a la cara. ¡Por fin! Es más, decirlo no me provoca nada: ni rabia, ni pena, ni desequilibrio..., ¡nada! Está claro que he superado mi historia con él y, al ver cómo se le descompone el rostro, aseguro:

—Tú y yo no estábamos destinados a estar juntos.

—No opino igual que tú. Creo que...

—Óscar —lo interrumpo con tranquilidad—, la vida da lecciones

continuamente, y de nosotros depende querer aprender o no. Yo he aprendido. Ahora aprende tú.

Él guarda silencio. Sé que está desconcertado y sin fuerzas. Lo conozco. Y, acercándome a él, lo abrazo con cariño y musito mientras veo que Rosa nos observa:

—Siento mucho lo de tu madre. Era una gran mujer que siempre vivirá en mi corazón. Pero ahora, por favor, déjame en paz y seamos felices cada uno por nuestro lado.

Una vez que me separo de él, no sé por qué, pienso en Liam. Pero, quitándomelo rápidamente de la cabeza, me doy la vuelta, camino hacia el coche de Leo y, tras montar en él, me recuesto sobre Mercedes, que me espera atrás.

Acto seguido Leo arranca y, en silencio, abro el sobre, saco el papel y leo:

> Mi preciosa Amara:
> Si algo he admirado siempre de ti es tu valentía. Me has enseñado que ser valiente no es no tener miedo, sino que, aun teniéndolo, uno ha de saber enfrentarse a él.
> A mi hijo lo amo y a ti te adoro. Quiero la felicidad de ambos, pero nunca la encontraréis juntos. Sé que tu felicidad está por llegar. Lo sé. Sé que un día encontrarás a ese hombre que te querrá apasionadamente y te respetará a ti y a tus cositas por encima de todo, porque tú te lo mereces.
> Recuerda, mi vida, que, para coger un buen tren a tiempo, antes debes haber perdido el anterior. Y el tren de mi hijo ya se esfumó. Así pues, vive, sigue siendo valiente y atrévete a ser feliz.
> Te querré siempre,
>
> Tu Encarnita
>
> P. D. La vida es bonita, ¡vívela!

Según termino de leer las emotivas líneas que me ha dedicado, siento que el pecho se me encoge. Quiero llorar, deseo hacerlo, pero de mí no sale ni una lágrima… ¿Por qué?

Capítulo 22

Pasa una semana y sigo en Madrid.

Pienso en eso que me escribió Encarnita de que la vida es bonita y debo vivirla… Pero, vamos a ver, ¿cómo voy a hacerlo si la vida se comporta siempre como una cabrona conmigo y no deja de sorprenderme nunca?

Una parte de mí quiere regresar a Tenerife. Me muero por ver y abrazar a Jan. Pero otra parte hace que siga en Madrid, en mi casa, alejada de Liam.

Aún no he podido llorar. No consigo que las lágrimas salgan de mis ojos, lo que me extraña mucho porque yo soy muy llorona y emotiva. Pero si incluso lloro con los anuncios de Navidad de la televisión… ¿Qué me ocurre?

El anillo de Encarnita continúa en mis manos. Lo miro, lo miro y lo miro, y al final decido lo que voy a hacer con él. Lo voy a fundir con la medallita que tengo de mi hermano Raúl y me voy a hacer un anillo tremendamente especial para mí.

Estos días aprovecho para visitar a los padres de Verónica, para comer con mi vecina Maribel en un bar del barrio, para salir con mis amigos y cenar con Vasile en mi casa. Quiero verlos y recibir su chute de cariño y energía positiva.

Todos se alegran mucho de verme, y yo les hago creer que estoy bien y que mi vida es un carnaval… Y, lo mejor, ¡me creen! Sin duda, soy una gran actriz.

Sé por Verónica que, aunque está bien, Jan llora desconsoladamente porque me echa de menos. Eso me duele, me martiriza. Pero también sé que dentro de unos días el niño me olvidará y volverá a sonreír. He de dejar de pensar en mi Gordunflas. No es mi hijo. Aun así me resulta imposible. Jan se me ha metido bajo la piel y añoro sus sonrisas y sus preciosas miradas.

Según me ha dicho Vero esta mañana, *Tigre* ya está en su casa con *Donut* y mañana irá con el coche a casa de Liam a recoger mis

cosas y Naím la seguirá con mi moto. Me alegro de saberlo. Cuando vuelva a Tenerife a recogerlo todo no quiero ver a nadie.

Liam no me ha llamado estos días ni yo tampoco a él. Tras su mensaje, al que no respondí, creo que las cosas ya han quedado claras entre nosotros. Pero estoy rara. Muy rara. Y, sin manifestarlo a mis amigos, soy consciente de que pienso más en él de lo que debería. ¿Por qué? ¿Desde cuándo ha pasado de ser un tío idiota a alguien que me importa?

Estoy pensando en ello cuando oigo que Mercedes dice:

—¿Sabes quién acaba de llegar?

Al oírla la miro, y mi amiga cuchichea:

—Alessandro, el periodista cañón.

Sonrío. Estamos en el local de Yolanda y José, el famoso Melapela, y cuando voy a hablar Leo se acerca y dice dirigiéndose a mí:

—Pececita Madrileña..., ¡mira quién acaba de entrar!

—Voy a matar a Verónica —susurro riendo.

Leo sonríe y, sorprendiéndome, suelta:

—Vamos..., disfruta un poco y ten sexo salvaje con Alessandro... ¡A por ello!

Sorprendida, parpadeo. ¡Qué mal me tiene que ver para que diga eso!

Instantes después Alessandro, ese macarrilla moreno que está muy pero que muy bien, se me acerca.

—¡Qué alegría verte! —exclama.

Encantada, me levanto de la mesa, le doy dos besos y saludo:

—¡Hola, guapetón!

Mientras tomamos algo en el local musical, el italiano y yo hablamos. Sin entrar en detalles, le cuento cómo ha sido mi estancia en Tenerife y lo maravillosas que son las islas, y de inmediato me dice que tenemos que ir allí juntos para que se las enseñe.

Con una sonrisa asiento, aunque sé que eso nunca ocurrirá. Pero bueno, ¡qué más da!

Durante las horas que estamos en el bar, donde bailamos y lo pasamos genial, vuelvo a pensar en Liam, ese idiota que tanto me desconcierta, y en un acceso de rabia, dejándome llevar por lo que deseo, agarro a Alessandro de la mano y, tras conducirlo hasta un pequeño almacén que conozco muy bien, cierro la puerta, lo arrincono

contra la puerta y lo beso.

Como es lógico, Alessandro reacciona en cero coma, y nos besamos con verdadero deseo mientras nuestras manos recorren el cuerpo del otro.

Me toca. Lo toco.

Lo deseo. Me desea.

Pero lo que tengo claro es que, mientras lo beso con los ojos cerrados, en quien pienso es en el idiota de Liam.

¿Por qué?

Alessandro, ajeno a mis pensamientos, me coge entre sus brazos y, sentándome sobre una vieja mesita, me mira muy excitado. Acto seguido mete las manos por debajo de mi vestido largo, llega hasta mi entrepierna y pregunta con un hilo de voz:

—¿Quieres que continúe?

Sin dudarlo, asiento.

¡Quiero sexo! ¡Necesito sexo que me haga desconectar de mis pensamientos!

Él, que está tan deseoso como yo, me arranca las bragas para, segundos después, posar su boca sobre mi húmeda vagina, y yo, sin querer pensar en nada más, me dejo caer sobre la mesa y disfruto del momento caliente y morboso.

En mi mente es Liam quien me come, quien me toca, quien me tiene acelerada como una moto y, la verdad, ¡qué mente tan potente tengo!

Sus ojos, esos tan provocadores que casi siempre me miraban con reproche, es lo que mi cabeza imagina. Y, entregándome a ello, permito que Alessandro disfrute tanto como disfruto yo, hasta que segundos después veo que este se para, saca de su cartera un preservativo y, tras colocárselo, se hunde en mí.

¡Oh, sí! ¡Oh, sí!

Llevo meses sin sexo. Creo que es el período de tiempo más largo en que me he privado de ello en la vida y lo quiero y necesito. Y como soy una mujer independiente y soltera que puede elegir cuándo, cómo, dónde y con quién, aquí estoy, en el almacén del local de mis amigos, teniendo sexo con un morenazo mientras imagino que es un rubiales quien me posee.

¿Es sano lo que imagino? Respuesta: no.

¿Es lo que deseo en este instante? Respuesta: sí.

¿Me estoy dando cuenta de que me he colgado de Liam? Respuesta: soy idiota.

Así pues, dejándome llevar por mis fantasías y mis deseos, disfruto sin más del momento de sexo caliente fantaseando con Liam, hasta que alcanzamos el clímax y los dos, muertos de risa, nos recomponemos y salimos del cuartito.

Leo y Mercedes me miran, saben lo que acabo de hacer, aunque ignoran en quién pensaba mientras tanto. Y yo, guiñándoles el ojo, les hago creer que estoy bien.

* * *

Esa noche, cuando regreso a casa en un taxi, lo hago sola. No quiero compañía masculina.

He tenido sexo con Alessandro y, aunque lo he pasado muy bien con él y en cierto modo me he desfogado, no me apetece que se meta en mi casa, y menos que me abrace.

¿Y por qué no? Pues porque el que quiero que me abrace está en Tenerife… Y de pronto soy consciente del error que he cometido permitiendo que Liam se me haya clavado en el corazón.

Una vez que llego a mi casa, extraño a *Tigre* cuando entro por la puerta. La soledad me come y el corazón se me encoge al pensar que quizá la vida únicamente tenga preparada soledad para mí, a pesar de que mis amigos me quieran y me adoren.

Pensar en ello y en la mala suerte que en cierto modo he tenido en la vida me desespera. Mala suerte con la familia de sangre que me tocó. Mala suerte con los hombres. Mala suerte en el trabajo. Vaya tela… ¿En serio todo me ha tenido que tocar a mí?

Entro en la cocina, abro el frigorífico, saco una botella de agua y bebo directamente de ella. Según lo hago, Liam viene a mi cabeza. ¿En serio beber a morro también me hace pensar en él?

Desesperada, guardo el agua en la nevera y camino hacia el salón llena de dudas. ¿Y si he nacido para estar sola? ¿Y si, a pesar de lo romántica que soy, el destino no tiene una pareja para mí? ¿Y si…? ¿Y si…?

¡Por Dios, cuántos «y si…»!

Sé que no tengo una familia al uso. Mi familia es la que yo me he creado de vida y corazón. Y también sé que llevo toda la vida

mendigando cariño.

Joder, ¿por qué tengo tan mala suerte? ¿Por qué la vida es tan cabrona conmigo?

Miro el anillo que Encarnita dejó para mí. Ese anillo está lleno de pasado, de recuerdos, vivencias y amor, y lo sé porque ella me lo contó. Del mismo modo que sé que, a través de él, ella quiso dejar patente que me quiere y que debo seguir hacia delante.

—Gracias por recordármelo —murmuro, y resoplando añado—: Siempre dices que soy valiente, pero los valientes también nos cansamos de serlo...

Entro en el baño. Hay que ver cómo noto la ausencia de *Tigre*. Me desnudo y me meto en la ducha. Cuando el agua empieza a recorrer mi cuerpo, cierro los ojos y pienso en Liam. ¿Cómo será tocarlo? ¿Cómo será hacerle el amor? ¿Cómo será todo con él?

Me excita imaginarlo, me excita mucho, y cuando empiezo a recorrer lentamente mi cuerpo dispuesta a dejarme llevar, me detengo y siseo:

—¡¿Qué narices estás haciendo, Amara?!

No. No. No. No. ¡Me niego!

No quiero continuar pensando en él. No puedo. Liam es un idiota al que no le intereso y, desde ya, él tiene que dejar de interesarme a mí.

Diez minutos después, cuando me arrebujo en mi cama, cojo el móvil de la mesilla y busco entre mi música. Me detengo en la lista de Pablo Alborán..., pero no. ¡Me niego! Sin embargo, como soy una puñetera masoquista, al final claudico y pongo *Contigo*.

Uf..., uf..., pero ¿qué hago escuchando esta romántica canción mientras pienso en Liam?

La verdad es que nosotros no tenemos nada, sin embargo aquí estoy yo, soñando con él, como dice esta descarnada canción de amor.

Tonta, tonta y tonta. Así me siento. Aunque no lo puedo evitar. Quiero llorar, pero no me sale. ¡Joder! ¿Dónde se han metido mis lágrimas?

¿Por qué no consigo llorar si lo hago hasta con los anuncios del turrón?

Vuelvo a darle vueltas al asunto y no entiendo cómo he permitido que ese rubiales friki controlador se haya metido en mi cabeza y en mi corazón tanto como su hijo, y aquí estoy, pensando en él, y en lo

mucho que me tocará sufrir una vez que vuelva de recoger mis cosas de Tenerife. Lo sé, me conozco, y sé que soy así de gilipollas.

Realmente noto que los meses que he vivido con ellos en su casa como si fuéramos una pequeña familia me han hecho sentir especial sin darme cuenta. Vale…, regañábamos, chocábamos…, pero ¿qué familia no lo hace?

Cuidar de Jan y estar junto a Liam lo ha cambiado todo. No solo me he olvidado de Óscar, sino que además me he vuelto a enamorar.

Una cosita… ¿Cómo soy tan idiota?

Horrorizada, me levanto de la cama y voy a la cocina. Abro la nevera de nuevo y, sacando una botella de agua, le doy un trago a morro. ¡Qué rica está! Al cabo, vuelvo a mi dormitorio teniendo claras tres cosas. La primera: regresar a Tenerife para recoger a *Tigre* y mis cosas no será fácil. La segunda: me va a costar olvidarme de Jan y de Liam. Y la tercera: que algún día mi puñetero romanticismo me va a matar.

Por ello, mirando el anillo de Encarnita, murmuro:

—Valiente, no sé, pero tonta, ¡lo soy por un tubo!

Capítulo 23

Regresar a Tenerife me ha costado Dios y ayuda, pero aquí estoy, bajándome del avión con la sensación de que quiero volver a entrar en él rumbo a la Península.

Madre mía…, ¿dónde está mi valentía?

Cuando salgo por la puerta son las ocho y veinte de la tarde, y sonrío al encontrarme con Verónica, que me abraza en cuanto me ve.

—Tus padres, Leo y Mercedes te mandan millones y trillones de besos —le digo.

Mi amiga sonríe. Permanecemos abrazadas unos instantes y, cuando nos separamos, señala:

—Tienes cara de cansada.

Asiento, no lo dudo. La verdad es que los días que he estado en Madrid no he parado para intentar pensar lo menos posible. Y cuando voy a hablar, Vero pregunta:

—¿Has conseguido llorar?

Me apresuro a negar con la cabeza y, tocándome el pecho, musito:

—No. Y no lo entiendo. Adoraba a Encarnita y, aunque me duele el corazón, no soy capaz de soltar una lágrima.

Verónica me abraza de nuevo y yo murmuro agotada:

—Esta noche pienso dormir como un ceporro en tu casa.

Ambas soltamos una carcajada.

—Vamos —dice ella a continuación—. Tengo el coche en el parking.

Minutos después, cuando salimos del aeropuerto de Tenerife Norte, miro a mi alrededor con una sonrisa. Esta tierra, con sus preciosos atardeceres, que no conocía hasta hace pocos meses, es ahora un sitio muy especial para mí y, la verdad, regresar a Madrid después de haber vivido aquí me va a costar un horror. Tanto como no preguntar por Liam y Jan.

Cuando llegamos a su casa *Tigre* se lanza sobre mí como un

poseso. Encantada, lo besuqueo. Está claro que me ha echado de menos tanto como yo a él.

Naím, que está sentado en la terraza, se levanta al verme y viene hacia mí. Cuando me abraza siento su calidez. Sin duda es un amor. Y, tras darle un beso a Verónica, indica:

—Vamos, lavaos las manos. La cena está lista.

Según oigo eso, sonrío. Naím es Naím..., y, mirándolo, cuchicheo divertida:

—Una cosita... ¿Por qué no tuviste un hermano gemelo?

Los tres reímos y, minutos después, disfrutamos de una excelente cenita en la preciosa terraza de su hogar, mientras mi mente está no muy lejos de aquí, imaginando a Jan durmiendo en su cunita y a Liam viendo la tele en su salón.

Durante la cena Naím, Vero y yo charlamos de todo un poco. Incluso hablamos sobre Soraya, la ex de Naím, y todos nos alegramos al saber que su estado de salud parece mejorar.

—¿Por qué no llamas a Magdalena y vas a ver las clases de natación sincronizada? —me propone de pronto Verónica.

Lo he pensado, es una posibilidad... Pero, sintiendo lo que siento por Liam, es mejor que me marche de la isla cuanto antes.

—Porque quiero regresar a Madrid y arreglar los papeles para irme a Suecia —digo.

—Pero tienes que cantar en la boda de Begoña y Gael... —repone ella.

Según dice eso, musito:

—Lo siento, pero va a ser que no.

Vero protesta, se queja por mi decisión, y para que se calle indico:

—Tengo vuelo de vuelta a la Península para pasado mañana. Ya he arreglado lo de la moto y las cajas. Así que voy a marcharme para no volver, ¿vale?

Vero asiente resignada, y entonces Naím tercia:

—¿Querrás ver a Jan antes de irte?

De inmediato siento cómo todo el vello de mi cuerpo se eriza. Jan..., mi Gordunflas... Me muero por verlo, por besuquearlo, por abrazarlo y olerlo. Pero, intentando que mi rostro no refleje lo que mi corazón grita, respondo:

—No. No creo que sea buena idea.

Ellos se miran entre sí y luego mi amiga afirma:

—El niño te echa de menos.

—Y me consta que mucho —añade Naím.

Ay, Dios..., Dios..., ¡que no me hablen del niño!

Pero él continúa:

—Liam me dijo que no para de llorar y que le cuesta horrores que se duerma por las noches.

Oír eso me apena. Pensar que el pequeño lo pasa mal por mi culpa hace que el corazón se me acelere, pero con toda la normalidad que puedo, replico:

—He estado con él más de cuatro meses. Ahora mismo soy su personita de referencia, pero, tranquilos, en cuanto se incorpore la próxima niñera eso cambiará.

—Eres la que más ha durado —asegura Naím.

Asiento, doy un trago a mi bebida y dejo el vaso sobre la mesa.

—Espero que la siguiente dure más —indico.

Cuando llega la hora de acostarse me despido de ellos y me voy a la que es mi habitación. Allí me quito la ropa, me pongo una camiseta para dormir, me lavo los dientes y, cuando me tumbo en la cama, poniéndome los auriculares, sé qué música quiero escuchar y, tras mirar mi teléfono, musito:

—Lo siento, Pablo, pero vuelves a estar vetado...

Sonriendo con amargura me pongo canciones alegres. Sin embargo, necesito otra cosa... Siento que necesito rebozarme en mi propia mierdecita, y, cambiando la música, la escucho acurrucada junto a mi *Tigre*.

Suena *Mil vidas*, de Carlos Macías y Fernanda Castillo, una canción preciosa, romántica..., e inconscientemente vuelvo a pensar en Liam.

Por Dios, pero ¿cómo puedo haberme enamorado de él?

Instantes después Verónica entra en mi habitación y, tumbándose en la cama junto a mí, me quita uno de los auriculares y se lo pone.

—¿Musiquita romántica? —inquiere con retintín.

Sin hablar, la paro de sopetón y ella añade con seguridad:

—No la escuchas por Óscar, ¿verdad?

—Noooo —afirmo satisfecha.

Vero sonríe, yo también, y luego pregunta:

—¿Por quién es entonces?

Me río. Se ríe. No pienso decírselo. Y canturrea:

—Amara, no me engañasssss...

—No empieces —protesto.

Mi amiga asiente.

—Te estás muriendo por ver a Jan, y si no lo haces es por no ver a Liam.

Sin dudarlo, asiento.

—Paso de ver a ese imbécil.

Ella suelta una carcajada y yo, al ver su gesto, pregunto:

—¿De qué te ríes?

Mi amiga pestañea.

—¿Sabes que yo pensaba eso mismo de Naím pero me moría por verlo? —cuchichea a continuación.

—Tú eres tú y yo soy yo —replico.

—Ya, pero yo era la reina del hielo y tú la reina del romanticismo. Y, ¿sabes?, te conozco y he visto cómo miras a Liam.

—No digas tonterías.

—Solo digo lo que veoooooo —vuelve a canturrear.

No quiero admitir lo que dice. Paso. Y cuando voy a hablar ella, levantándose, indica:

—Descansa. Mañana será otro día; ya hablaremos.

Dicho esto, se va dejándome con la palabra en la boca. Estoy por levantarme y seguirla, pero no lo hago. Mejor me callo. Y, mirando a *Tigre*, que está tumbado a mi lado, pregunto:

—¿Tú también los echas de menos?

Mi perro me mira. Como siempre, parece que sonríe, y yo, besándolo en el hocico, cierro los ojos y musito:

—A dormir.

Y, sí, me duermo, pero pensando en Jan y en Liam...

Capítulo 24

Cuando me despierto me doy cuenta de que he dormido muchísimo.

Me desperezo con gusto en la cama, y estoy estirándome con tranquilidad cuando noto que mi perro está a mi lado.

—Buenos días, *Tigre* —murmuro.

Al oírme, rápidamente él empieza a comerme a lametazos y yo sonrío divertida. ¡Qué lindo es!

Acto seguido cojo mi móvil, y me quedo boquiabierta al ver que es la una menos cuarto del mediodía.

¿Por qué no me ha despertado Verónica?

De inmediato salto de la cama y, abriendo la puerta de la habitación, salgo al pasillo en bragas y camiseta; dirigiéndome hacia el salón, digo:

—Verooooooo, pero ¿cómo no me has...?

Sin embargo, cuando entro, enmudezco al ver a Liam.

Madre mía..., la palabra *impresionante* se le queda corta.

A escasos dos metros de mí tengo al hombre al que no quiero ver, vestido con un impoluto traje azulón, camisa y corbata, mientras yo estoy en camiseta y bragas, con la cara hinchada de tanto dormir y los pelos enredados.

Me quedo bloqueada cuando mi amiga aparece y saluda:

—Buenos días, dormilona.

Yo la miro. Con los ojos le digo todo aquello que no le digo con palabras, y entonces Liam suelta mirándome:

—¡Hola!

—¡Adiós! —murmuro con un hilo de voz.

Pasando por su lado, no sé ni adónde voy, pero me dice:

—Tenemos que hablar.

Enseguida niego con la cabeza.

—No. Yo con usted, bueno..., ¿qué digo *con usted*...?, *contigo* no tengo nada que hablar, maldito Friki del Control.

Dicho esto me doy la vuelta y, cuando echo a andar hacia mi

habitación, oigo:

—Amara, por favor.

Oír mi nombre en su boca me hace gracia y, dándome de nuevo la vuelta, me retiro el pelo del rostro, me rasco la cicatriz de la frente y señalo con acidez:

—Muy bien, veo que recuerdas cómo me llamo… —y, sin dejarlo contestar, añado con toda mi mala baba mientras me acerco temerariamente a él—: Ahora, *querido*, pírate antes de que…

—¡Amaraaaaa!

Al oír a mi amiga la miro y exclamo:

—¡¿Qué?!

Vero resopla, toma aire y luego indica a Liam:

—Por tu seguridad, cuando veas que se toca la cicatriz de la frente, retírate si no quieres salir malparado.

Liam parpadea atónito. Yo parpadeo molesta, y mi Vero añade mirándome:

—Lo siento, pero tenía que advertírselo.

Doy de nuevo media vuelta indignada, pero entonces Verónica dice:

—*Donut*, *Tigre*, ¡vamos a buscar a Naím!

Según dice eso, me vuelvo y la veo salir por la puerta de la calle mientras pienso que ¡la voy a matar!

Aunque, sin detenerme, entro en la que es mi habitación y cierro con el pestillo.

Pero ¿cómo ha accedido Verónica a montarme esta encerrona?

Horrorizada por encontrarme en esa absurda situación, rápidamente entro en el baño. Me lavo la cara y los dientes mientras me acuerdo de los antepasados del jodido Friki del Control.

Por cierto…, ¡qué guapo está!

Una vez que salgo del baño me pongo unos vaqueros y una camiseta, y entonces oigo que llaman a la puerta.

—Amara, por favor —pide—, sal y…

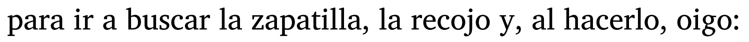
—Una cosita… —lo corto furiosa—; para ti soy la señorita López, ¡no te equivoques!

—Por favor, hablemos.

Enfadada, cojo una zapatilla y, tirándola contra la puerta, siseo:

—No quiero hablar contigo.

Liam no responde, no dice nada. Y yo, levantándome de la cama



para ir a buscar la zapatilla, la recojo y, al hacerlo, oigo:

—Sé que no lo hice bien, pero...

—Pero nada —lo interrumpo. Y, acercándome a la puerta, grito sin abrirla—: ¡Nunca me dejas explicarte nada. No te interesa nada de mí ni de mi vida! ¡Nada! Y, mira, lo entiendo, porque para ti simplemente soy la última niñera que cuida de tu hijo. ¡Pero, joder! Se murió Encarnita..., necesitaba regresar con urgencia a la Península y...

—Y yo me comporté como un idiota.

—¡La palabra *idiota* a ti se te queda corta! —afirmo sin abrir la puerta.

—Vale. Admito que soy un jodido friki del control...

—Ahí le has dado —asiento sorprendida.

Nos quedamos unos segundos en silencio hasta que dice:

—Jan te echa de menos. Duerme fatal. Te busca a todas horas y...

—Se le pasará en cuanto tenga una nueva cuidadora.

—Pero es que él y yo te queremos a ti.

Oír eso me hace sonreír. Cómo me gustaría que esas palabras vinieran acompañadas de un gesto romántico. Pero, con amargura, y siendo consciente de cuál es mi realidad, replico:

—Pues lo siento, pero no. Ahora sí que tienes que buscarte a alguien con urgencia, porque yo no pienso volver a trabajar para ti.

—Por favor, piénsalo.

—Nooooooo.

—Te subiré el sueldo.

Al oír eso, me río y, sacando esa chulería tan de mi barrio, digo sin pensar:

—Sinceramente, Liam..., no tienes bastante dinero para pagarme.

—Amara...

—¡Ay, Dios! La respuesta es «no». No quiero trabajar para ti. No, no y no. Por tanto, no insistas y vete de una santa vez, porque te juro que verte me revuelve el cuerpo.

Malhumorada, regreso a la cama. Me siento para ponerme la zapatilla mientras lo oigo alejarse por el pasillo y maldigo... Maldigo por todo.

Pero ¿qué me pasa? ¿Quiero que se vaya? ¿Quiero que se quede? ¡Pero ¿qué narices quiero?!

Segundos después me miro en el espejo. Me insulto. Soy tonta. Me recojo el pelo en una coleta alta y, cuando creo que no hay nadie y

ya puedo salir, abro la puerta y me quedo sin palabras al encontrarme a Liam con Jan en brazos.

El niño abre mucho los ojos al verme y, con una enorme sonrisa que le ilumina el rostro, me tiende los brazos y yo me quiero morir.

—¿A Jan también le vas a decir que no?

Oír eso me hace mirarlo. Ay, madrecita... Mi niño me sonríe feliz. Y musito con ganas de matar al puñetero padre:

—Esto es jugar sucio.

—No me dejas otra —afirma.

Enfadada, tomo aire y siseo:

—Repito que lo de «idiota» se te queda corto.

Veo que Liam asiente, no rechista, mientras Jan se inclina en mi dirección y, cuando sus bracitos rodean mi cuello y siento su cuerpecito pegado al mío, murmuro con mimo al aspirar su dulce olor:

—Hola, Gordunflas...

El niño está feliz, se lo veo en el rostro, en su sonrisa. Y yo, mirando a Liam, indico:

—Esto no cambia nada.

Él cabecea.

—¿Podemos ir a la terraza para hablar? —propone a continuación.

Con Jan entre mis brazos, que no para de darme besitos, y yo con cada beso suyo me deshago, asiento.

Al salir fuera me encuentro con Naím y Verónica.

—Una cosita... —suelto—. A vosotros dos no sé si volveré a dirigiros la palabra.

Naím sonríe. Mi amiga resopla y rápidamente dice:

—Te traeré un café para que te lo tomes y seas persona.

Asiento y, tras sentarme en una silla, le presto toda mi atención a Jan, y durante unos minutos solo existimos él y yo.

Por favor, ¡pero ¿cómo puede ser este niño tan maravilloso y único?!

La felicidad que siento por tenerlo entre mis brazos es imposible de explicar. Soy enfermera, he cuidado a cientos de niños a lo largo de mi vida, pero lo que Jan me hace sentir es único y especial.

Verónica regresa entonces con una taza de café y la deja delante de mí.

—Naím y yo salimos a pasear a *Donut* y a *Tigre* —comenta.

Y, sin más, veo que desaparecen; cuando Liam va a sentarse en la silla que está junto a mí le advierto:

—Ni se te ocurra sentarte a mi lado.

Sorprendido por eso veo que se aleja y se apoya en la barandilla de la terraza.

En sus ojos distingo desconcierto, mientras Jan me mira con los mismos ojos de su padre, pero en los de él veo total y completa felicidad. Qué inocente es...

Me tomo el café en silencio mientras el niño se acomoda y, antes de lo que imagino, se queda profundamente dormido, sin chupete, en mis brazos.

—Desde que te marchaste no he conseguido que duerma así —murmura Liam.

Enamorada de mi Gordunflas, lo miro. Es tan bonito...

—Siento que Jan me eche de menos —respondo tras tomar aire—, pero no te preocupes: se le pasará en cuanto lo cuide otra niñera. Solo necesita unos días para olvidarme.

En el rostro de Liam veo la desazón cuando dice:

—Sigues trabajando para mí.

—Te equivocas.

—No me equivoco.

—Me di por despedida —matizo.

—No acepto tu despido.

Según oigo eso, lo miro y replico:

—¿Ves mis oídos? Pues lo que tú aceptes o no me entra por uno y me sale por el otro.

—¿Por qué me hablas así?

—Porque te lo mereces y ahora que ya no trabajo para ti puedo hacerlo.

Nos quedamos en silencio durante unos instantes que se hacen insoportables, hasta que Liam añade:

—Me merezco todo lo que me digas.

—Sin duda, y me quedaría corta —afirmo.

—Soy un bocazas y hablé sin saber, por lo que te pido disculpas y...

—Mira, una cosita... —lo corto—. Tu problema es que solo piensas en ti mismo. Eres intransigente, desesperante, un controlador nato y nunca dejas que me explique. Las cosas han de hacerse como tú

quieres en todo momento y no valoras las circunstancias de los demás porque directamente no te interesan.

Liam asiente y luego murmura:

—Siento si ha sido así, pero…

—¡Pero nada! —lo interrumpo—. Ya no trabajo para ti y te hablo con total libertad.

—¿Antes no me hablabas con libertad? —inquiere.

Cuando dice eso, niego con la cabeza. Ufff, que casi le pestañeo…, y con mofa musito:

—Pero ¿en qué mundo vives tú? —y, riéndome con acidez, agrego—: ¿Acaso me dejaste explicar el motivo de mi viaje a Madrid o el porqué de ir a la piscina o cualquier cosa que yo hubiera querido explicarte?

Lo miro, él me devuelve la mirada y responde:

—Tienes razón. Verónica me explicó ambas cosas.

—¡Verónica, no yo! —exclamo.

De nuevo nos quedamos unos instantes en silencio.

—Eres un maniático de mucho cuidado y…, ¿sabes?, yo también tengo mis manías y mis rarezas, pero por el bien de Jan he intentado dejarlas de lado para que el niño se criara en un ambiente cordial. Sin embargo, créeme cuando te digo que más de una, de dos o de tres veces te habría mandado a la mierda.

Él no contesta, y prosigo:

—No soy perfecta, como tampoco lo eres tú. Pero la diferencia entre tú y yo es que tú por pagarme un sueldo te crees por encima de mí, y eso se acabó. Hasta aquí hemos llegado.

—Joder, no me digas eso —susurra él con pesar.

—Es lo que te mereces que te diga —y, omitiendo cierta información que Verónica me ha dado de él, añado—: No sé qué te ha pasado para que seas así, pero créeme que o cambias o te va a ir muy mal en la vida.

Nuevamente ambos guardamos silencio. Veo la pena en su rostro. Ay, Dios, que me estoy comenzando a ablandar… Pero, intentando ser fuerte, añado:

—Vamos a ver, ¿por qué no pensaste que tal vez había ocurrido algo grave para que yo tuviera que salir con urgencia a Madrid?

Al ver que no dice nada, continúo:

—Llevo meses con vosotros. En ese tiempo creo que te he

demostrado mi implicación con Jan, y si te hubieras molestado en conocerme un poquito te habrías dado cuenta de que no soy de las que dejan las cosas así porque sí, sino que soy una persona responsable y...

—Perdóname.

Oír esa palabra y sentir su mirada hacen que me calle, y más aún cuando agrega:

—Mis problemas personales me han cegado y lo he pagado contigo.

Ambos nos miramos. Ay, Diosito, que me conozco, que me conozco...

Y entonces oigo que dice:

—Amara, por favor. No quiero que mi torpeza perjudique a Jan. Tú eres lo mejor que él tiene y no deseo estropeárselo.

Madre mía, madre mía, lo que el cuerpo me hace cuando oigo eso. Menos mal que estoy sentada, porque si hubiera estado de pie creo que me habría caído.

—Por favor, reconsidera la idea de seguir con nosotros. Para Jan eres importante, y para mí, viéndolo a él feliz, también.

Bueno, bueno, bueno...

Oír eso y ver esa extraña mirada en él hacen que toda la rabia que tengo acumulada se desvanezca de pronto. Liam, ese Ser Supremo que me saca de mis casillas cada dos por tres, está ahora ante mí pidiendo mi ayuda. Solo le falta arrodillarse. Es más..., creo que si se lo pidiera lo haría... Pero no, yo no soy así. Y, tomando aire, y consciente de que separarme de Jan otra vez y de él es complicado, lo miro y digo con seguridad:

—Si vuelvo, hay cosas que deben cambiar.

Él asiente, veo ilusión en sus ojos.

—Te escucho —afirma sentándose frente a mí.

Uf, madre mía, ¡qué nerviosa estoy!

Creo que es la primera vez que siento que Liam besaría el suelo por el que piso con tal de conseguir su propósito.

—Quiero que Jan viva en un ambiente familiar, por tanto, se acabó lo de «señorita López» y «señor Acosta» —digo sin dudarlo—. Seremos Liam y Amara. Por supuesto, podremos movernos con libertad por toda la casa, excepto por tu habitación; te aseguro que yo particularmente allí no entraré...

—De acuerdo —asiente convencido.

—Se acabó lo de tomarle la temperatura al niño todos los días. Solo se hará cuando sea necesario y, si algún día desea despertarse más tarde, así será. El tema de los cuadernitos de colores..., también fuera. Como cuidadora de Jan, nunca dudes que todo lo concerniente a tu hijo te lo voy a decir te guste o no.

Él vuelve a asentir y yo prosigo:

—Iré dos días a la semana a la piscina que te comenté acompañada de Jan para ver los entrenos de natación sincronizada. Verónica vendrá conmigo y, si ella no puede, Jan se quedará en la guardería.

Uf, el gesto le cambia. Yo permanezco impasible. Si quiere que vuelva, tendrá que ceder en algunas cosas. Parpadea..., lo piensa... Ahí ya le estoy tocando las narices.

—Eso significa que para el curso que viene nos dejarás para coger ese trabajo —señala entonces.

Entiendo lo que dice, comprendo su preocupación y su inseguridad, por lo que indico:

—Si fuera para ser la entrenadora del primer equipo federado, sin duda tendría que dejar de cuidar a Jan, pero siendo para el segundo equipo, serán solo unas horas tres días a la semana —y al ver cómo me mira, añado—: Jan crece y tiene que estar con niños de su edad. Ir a una guardería unas horas el curso que viene le vendrá bien para su desarrollo personal. Podría asistir durante las horas en las que yo esté entrenando, pero, claro, eso ya se verá cuando llegue el momento. Porque, sinceramente, tal y como eres, dudo mucho que yo vaya a querer seguir trabajando para ti...

Liam toma aire, creo que hasta aquí hemos llegado, pero de pronto, sorprendiéndome, dice:

—De acuerdo.

Cabeceo sin dar crédito. El hecho de que acepte todas mis condiciones me indica su nivel de desesperación. Y a continuación pregunta:

—¿Alguna *cosita* más?

Según lo oigo, estoy a punto de reírme. Sé que lo ha dicho para suavizar el tema, pero estoy tan nerviosa que no sé qué más añadir. Le diría que quiero salir a cenar una noche con él, que me encantaría invitarlo a tomar un café, pero, consciente de que eso me lo he de

callar, respondo:

—Seguro que alguna hay, pero ahora mismo no se me ocurre.

Liam asiente, no aparta su mirada de la mía.

—Entonces sigues con nosotros —murmura luego.

Me deshago al ver cómo me miran esos ojos.

¡Por favor, ¿por qué seré tan idiota?!

Y entonces, recordando algo, pregunto:

—Una cosita... ¿Antes has dicho que me subirías el sueldo?

Eso hace sonreír a Liam. Y yo, que lo voy conociendo, siento que esa risa es de relajación, pues el dinero le importa tan poco como a mí.

—Si lo he dicho, así será —contesta—. Dime cuánto quieres cobrar a partir de ahora.

—Guauuuu... ¡Qué importante me siento! —exclamo divertida al oírlo.

Ambos reímos y luego, consciente de lo que realmente quiero, añado:

—Hasta ahora me pagabas dos mil euros al mes.

—Exacto —dice.

Con cariño miro a Jan, que está dormido en mis brazos como un ceporro. Lo que siento estando con él no tiene precio, por lo que, mirando de nuevo a Liam, indico:

—Creo que con dos mil un euros al mes me doy por pagada.

Él levanta las cejas. Acabo de dejarlo loco al pedirle que me suba tan solo un euro.

—Yo no me muevo por dinero —aclaro—. Y si te hubieras preocupado un poquito en conocerme, te habrías dado cuenta de que lo que a mí me mueve en realidad es el afecto y los sentimientos. Por tanto, con que me subas un euro al mes y te comportes como es debido y no como un completo idiota me doy por satisfecha.

Liam sonríe. Yo sonrío también, y entonces bromea para mi asombro:

—Te *prrrometo* que así *serrrá*.

Suelto una carcajada divertida. ¡Eso sí que no lo esperaba!

Y a continuación añade:

—Ni te imaginas lo feliz que nos acabas de hacer a Jan y a mí.

* * *

Esa noche, tras pasar el día con Naím y Verónica y soportar las pullitas de mi amiga, a la que mataré como siga soltando misiles de los suyos, para regresar a su casa Liam va en su coche con Jan y *Tigre* y yo en mi moto.

Al entrar en la parcela *Pepa* y *Pepe* me reciben con verdadero amor, me comen a besos. Y *Tigre*, para inaugurar su vuelta, nada más bajarse de mi moto, se mea en una de las ruedas del coche de Liam. Por suerte, él no lo ve.

¡Joder con *Tigre*!

Una hora después, tras bañar a Jan y ponerle un pijamita, le canto su canción favorita y, cuando se duerme, me voy a mi cuarto.

Mientras me quito la ropa para acostarme, soy consciente de que, una vez más en la vida, el amor ha vuelto a decidir por mí.

¿Eso es ser valiente o idiota...?

Capítulo 25

Pasan los días y puedo decir que todo este tiempo ha sido increíble.

Está claro que Liam se ha tomado en serio sus palabras de cambiar de actitud y, oye, ¡lo está haciendo y es de agradecer!

El ambiente en la casa se ha relajado y comienzo a notar que todo fluye. Incluso alguna noche en que Jan no se duerme, los tres disfrutamos de un rato juntos en el salón... ¡Increíble!

Eso sí, sigue sin querer que los perros entren en la casa y..., bueno, yo no insisto. Entran solo cuando él no está, cosa que, por supuesto, yo no le cuento.

Su cambio de actitud me muestra a un hombre vulnerable y humano, y eso hace que mi corazón se dispare como un carrusel. Si antes me gustaba, ahora me encanta, y me veo envuelta en una espiral de sentimientos que, la verdad, no sé ni por dónde tirar.

Esta noche, como siempre, cuando veo llegar el coche de Liam me sube la tensión. Trato de mantener mis emociones a raya para no sufrir en exceso, pero reconozco que el corazón me va a mil, y cada vez que lo miro me muero de deseo.

Sin salir de mi cuarto, pues Jan ya se ha dormido, aguardo pacientemente a que él se duche y cene y, a las diez en punto, entro en el salón para darle el parte del día mientras intento contener los nervios que siento al tenerlo frente a mí.

Como cada noche desde que regresé, él me invita a sentarme a su lado en el sofá, y como cada noche, dejo mi teléfono móvil y el vigilabebés sobre la mesita mientras Liam escucha atento todo lo que digo.

Sus ojos, su mirada, su manera de respirar..., todo él me parece excitante, atrayente, y aunque intento mantener la compostura, mi romanticismo aflora y, cuando sonríe, me enamoro un poquito más cada vez.

¡Qué idiota soy!

Reconozco que son ya varias las noches en que me he despertado

soñando con él. En mis sueños, y como no podía ser de otra forma con lo romántica que soy, él se enamora de mí, me hace salvajemente el amor, y yo lo disfruto.

¡Madre mía, cómo lo disfruto!

—El viernes Florencia y mi padre se llevarán a Jan para pasar el fin de semana con ellos.

Oír eso me hace regresar a la realidad y, cuando parpadeo sorprendida, aclara:

—Van a La Gomera a ver a unos familiares y quieren llevárselo consigo.

Asiento y, dejando mis sueños a un lado, pregunto:

—¿Quieres que vaya con ellos?

Liam sonríe, su sonrisa se me antoja preciosa, y luego dice:

—Mi hermana me ha pedido exclusividad. Dice que si vas tú, el niño querrá estar solo contigo y no con ellos.

Sonrío, sé que lo que dice es cierto.

—Aprovecha el fin de semana para descansar y conocer la isla —añade.

Asiento. La verdad es que el fin de semana para mí ¡me viene de lujo!

—¡Me parece bien! —digo.

En ese instante recibo un mensaje en el móvil y, al ver que es de Óscar, debe de cambiarme el gesto porque Liam pregunta:

—¿Óscar es tu pareja?

Aunque sorprendida, le aclaro sin saber muy bien por qué:

—Expareja.

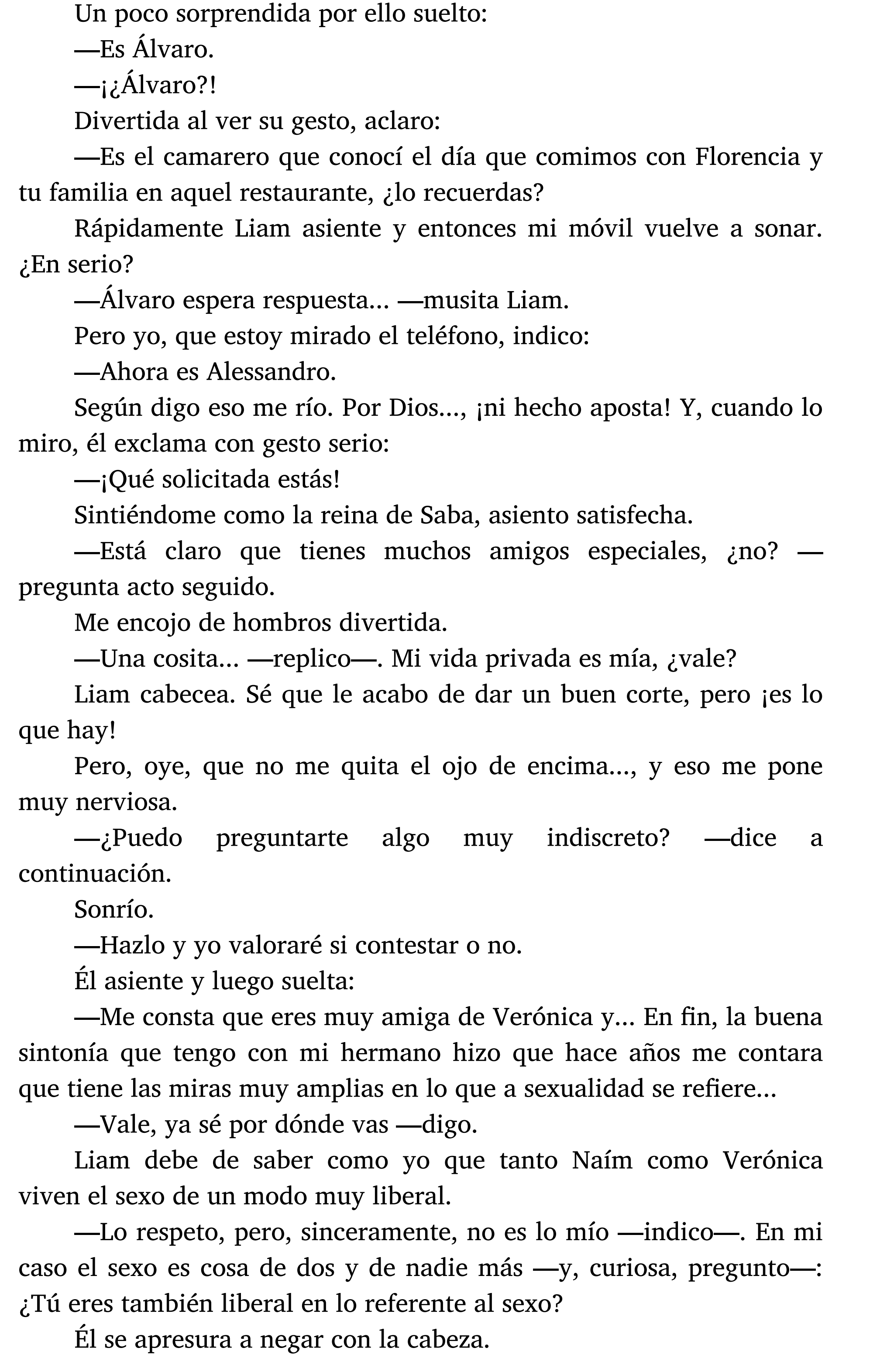
Acto seguido nos quedamos en silencio y mi móvil vuelve a sonar. Es Óscar de nuevo.

—Por experiencia propia y por salud mental, te diré que es mejor que lo bloquees —me aconseja—. Será la única manera de que te deje en paz.

Sin duda tiene razón. Pero me apena bloquear a Óscar tras lo ocurrido con su madre, y no digo nada. ¿Para qué?

Sin hablar, asiento y a los pocos segundos el móvil vuelve a sonar. ¿En serio? ¿Otra vez Óscar? Pero esta vez, al mirar, sonrío. Es Álvaro, el camarero al que conocí en el restaurante de la playa. Y cuando voy a contestar Liam dice:

—Si le respondes, nunca dejará de molestarte.



Un poco sorprendida por ello suelto:

—Es Álvaro.

—¡¿Álvaro?!

Divertida al ver su gesto, aclaro:

—Es el camarero que conocí el día que comimos con Florencia y tu familia en aquel restaurante, ¿lo recuerdas?

Rápidamente Liam asiente y entonces mi móvil vuelve a sonar. ¿En serio?

—Álvaro espera respuesta... —musita Liam.

Pero yo, que estoy mirado el teléfono, indico:

—Ahora es Alessandro.

Según digo eso me río. Por Dios..., ¡ni hecho aposta! Y, cuando lo miro, él exclama con gesto serio:

—¡Qué solicitada estás!

Sintiéndome como la reina de Saba, asiento satisfecha.

—Está claro que tienes muchos amigos especiales, ¿no? —pregunta acto seguido.

Me encojo de hombros divertida.

—Una cosita... —replico—. Mi vida privada es mía, ¿vale?

Liam cabecea. Sé que le acabo de dar un buen corte, pero ¡es lo que hay!

Pero, oye, que no me quita el ojo de encima..., y eso me pone muy nerviosa.

—¿Puedo preguntarte algo muy indiscreto? —dice a continuación.

Sonrío.

—Hazlo y yo valoraré si contestar o no.

Él asiente y luego suelta:

—Me consta que eres muy amiga de Verónica y... En fin, la buena sintonía que tengo con mi hermano hizo que hace años me contara que tiene las miras muy amplias en lo que a sexualidad se refiere...

—Vale, ya sé por dónde vas —digo.

Liam debe de saber como yo que tanto Naím como Verónica viven el sexo de un modo muy liberal.

—Lo respeto, pero, sinceramente, no es lo mío —indico—. En mi caso el sexo es cosa de dos y de nadie más —y, curiosa, pregunto—: ¿Tú eres también liberal en lo referente al sexo?

Él se apresura a negar con la cabeza.

—No, pero igualmente lo respeto. Como te pasa a ti, para mí también es cosa de dos.

Ambos nos miramos, no sé por qué sonreímos.

—¿Y cómo vas de relaciones? —suelta—. ¿Algo especial por Madrid?

¡Vaya preguntita!

¿Desde cuándo hemos intimado tanto?

Oír eso me hace sonreír y, sin cortarme, respondo:

—Solo amigos —y, al ver cómo me mira, añado—: Soy de las que, cuando están con alguien en serio, están solo con ese alguien. Perooooo, como ahora no estoy con nadie, pues me permito estar con todos los que quiera.

Liam asiente y yo, aprovechando el momento, inquiero con todo mi descaro:

—¿En tu caso hay alguna especial?

Liam niega con la cabeza y, sin dudarlo, declara:

—Solo son amigas.

—¿Y Margot? Según ella, es una amiga especial...

¡Joder! ¿Por qué habré dicho eso?

Él me mira, vuelve a negar y me aclara:

—Ella sabe que no hay nada especial entre nosotros. No busco una relación, aunque soy consciente de que he de pensar en Jan.

—¿En Jan?

—Creo que le gustaría tener una madre en su vida —matiza.

Acto seguido nos quedamos mirándonos de tal manera que..., uf, qué nerviosa me pongo.

No sé qué pensará él, pero a mí oír eso me ha dado la vuelta al estómago. Por ello, y para disimular, él bebe de su copa de vino y yo comienzo a teclear en mi móvil mensajes para Alessandro y Álvaro mientras por mi cabeza da vueltas eso de una madre para Jan.

¿Seré capaz de soportar ver a otra mujer con el niño y su padre?

Madre mía, madre mía..., ¡en qué berenjenal me estoy metiendo! Pero ¿cómo soy tan masoquista?

Incómoda por la situación que yo solita he creado, me levanto y, cogiendo el vigilabebés, digo:

—Me voy a dormir.

—¿No quieres ver un capítulo de la serie?

Oír eso me hace gracia. Desde que regresé, algunas noches vemos

capítulos de algunas series juntos, cosa que antes era impensable. Me encanta hacerlo, disfruto mucho, pues cuesta mucho verlo relajado. Pero, consciente de que estoy demasiado revolucionada, respondo:

—Hoy no. Estoy cansada.

Liam asiente. Yo sonrío e indico mientras oigo los latidos de mi corazón:

—Buenas noches.

—Buenas noches, Amara.

Una vez que me marcho del salón voy hacia el cuarto de Jan, que está plácidamente dormido. Me dirijo entonces a mi habitación, donde me pongo música y, mirando el techo y pensando en cómo me siento cuando estoy con Liam, escucho la canción *Angel Baby* de Troye Sivan y por suerte me duermo.

Capítulo 26

Conforme pasa el tiempo nuestra relación sigue siendo buena y afectuosa. Joder, ¡si hasta casi parecemos amigos! Pero el viernes por la mañana, cuando aparece Florencia para llevarse a Jan, por primera vez desde que regresé siento que me arrancan un cachito de mi corazón, y más al ver cómo llora el chiquillo cuando lo alejan de mí.

¡Ay, mi niñoooooo!

Una vez que Florencia se lleva al pequeño y le escribo un mensaje a Liam para decírselo, camino por la casa como si fuera un zombi. Me falta Jan. Qué grande y silenciosa es la casa sin él. No obstante, intentando ser positiva, y recordando que esta noche he quedado para cenar con Álvaro, decido cambiarme de ropa y pasar un rato tomando el sol.

Tras una buena tarde de piscina, en la que reconozco que he disfrutado de mi soledad, me estoy duchando en el baño de mi cuarto mientras escucho música cuando oigo el motor del coche de Liam.

Como todos los días ese ruido hace que mi estómago se revolucione, pero, intentando tranquilizarme, tarareo la canción *Yummy* de Justin Bieber.

En cuanto salgo de la ducha oigo sus pisadas por el pasillo y me quedo mirando la puerta. ¿Y si entra en mi habitación como sucede en mis sueños? Pensarlo me hace sonreír. Está claro que necesito sexo... Desde que he llegado a la isla, me he centrado en trabajar y, oye, ¡una no es de piedra!

Estoy pensando en ello cuando suenan unos golpes en la puerta y oigo:

—Amara...

Bloqueada al saber que él está al otro lado, mientras sujeto la toalla contra mi cuerpo, respondo con un hilo de voz:

—Dime.

—¿Podrías bajar la música?

Según oigo eso, cojo mi móvil y lo hago.

—Gracias —añade con cierta acritud.

Dicho eso, los pasos se alejan y estoy por volver a subir la música, pero no. Me convenzo de que no he de hacerlo.

Recibo un mensaje de Verónica. Acaba de enterarse de que Jan no está conmigo y me propone ir a cenar. Rápidamente la llamo y, cuando lo coge, digo:

—¡He quedado!

—¿Con quién? —pregunta curiosa.

—Con Álvaro, el malagueño del restaurante.

Durante unos minutos bromeo con mi amiga, y más tarde ella propone:

—¿Te parece si mañana vamos a cenar y luego al Salseando?

—¡Perfecto!

Bailar salsa siempre me ha gustado un montón.

—¡Ok! —añade—. Pásalo bien esta noche y mañana hablamos para quedar.

Tan pronto como cuelgo la llamada, miro mi reloj. Son las ocho menos cuarto y he quedado con Álvaro a las nueve en un restaurante que conozco en Puerto de la Cruz. Así pues, me dispongo a elegir qué ropa ponerme. Finalmente me decanto por un mono negro de raso que tengo y unas botas de verano que me encantan y que combinan muy bien.

A las ocho y veinte ya estoy arreglada. No soy de pintarme mucho, por lo que, tras mirarme en el espejo y atusarme un poco el cabello para que quede rizado, cojo el casco de mi moto y salgo de la habitación.

Mientras camino por el pasillo oigo una melodía. ¿Liam está escuchando música? ¿Desde cuándo?

Sorprendida por ello me dirijo hacia la puerta y este sale de la cocina con un mandil. Madre mía..., ¡qué sexy está!

—¿Adónde vas? —inquiere mirándome.

Parpadeo desconcertada, pero él se apresura a señalar:

—Disculpa, esa pregunta sobraba.

Sin decir nada asiento, y al ver que él no se mueve pero me escanea de arriba abajo digo:

—¿Qué es eso que suena?

—Música.

—Hasta ahí llego... —replico haciendo una mueca.

Ambos reímos y a continuación pregunto:

—¿Estás escuchando a Pablo Alborán?

Liam asiente. Es la primera vez que lo pillo escuchando música.

—Me gusta mucho este cantante —indica.

Asombrada por lo que acabo de descubrir, cabeceo. Escuchar a Pablo Alborán es sinónimo de romanticismo... ¿En serio es un romántico como su hermano Naím?

Lo miro, me mira y me entran los siete males.

—¿Te gusta Pablo Alborán a ti? —pregunta entonces.

Sin dudarlo, afirmo con la cabeza. Por favorrrr, ¿cómo no me va a gustar Pablo con las letras tan preciosas que tiene? Pero, evitando admitir que lo tengo vetado, digo:

—Me encanta. Pero hace tiempo que dejé de escucharlo.

—¿Por qué? —quiere saber.

Vale..., yo solita me meto en cada jardín que lo flipo...

—Porque las letras de sus canciones me rompían el corazón —respondo.

Liam parpadea y asiente. Entiende mi respuesta.

—La canción que suena, *Tu refugio*, es preciosa, ¿no crees? —dice a continuación.

Bueno, bueno, bueno..., los nervios que me entran... Pero, intentando que no se me noten, simplemente afirmo:

—Lo es.

Uf..., qué nerviosa estoy. Lo sé por cómo comienzan a sudarme las manos y por cómo oigo el propio latido de mi corazón.

Nos quedamos unos instantes en silencio, hasta que, intentando que no vea lo tonta que me he puesto, pregunto:

—Es viernes por la noche, ¿no sales?

Él rápidamente niega con la cabeza. Siento que me mira un poco extrañado, y yo indico nerviosa:

—Pues yo sí que me voy a cenar por ahí.

Omito decir con quién, no le interesa.

Acto seguido él mira el casco, que llevo en la mano.

—Si quieres, llévate el coche —propone.

Enseguida hago un gesto para indicarle que no.

—Te lo agradezco, pero prefiero ir con mi moto.

Liam se mueve, parece intranquilo, y replica:

—¿Cómo vas a llevar la moto con esos tacones?

Sonrío. Las botas que llevo tienen poco tacón y son cómodas para conducir.

—Tranquilo —digo—. No es la primera vez ni será la última —y, sin querer dar más explicaciones porque comienzan a sudarme las manos a causa de los nervios, añado—: Me voy. No quiero llegar tarde.

Con premura, paso por su lado. Al hacerlo el olor de su colonia inunda mis fosas nasales y, cuando salgo de la casa y cierro la puerta, tengo que darme aire con la mano.

Uf, Dios, lo que siento por él empieza a ser muy difícil de controlar. ¡Y encima escucha a Pablooooo!

En el jardín están *Pepa*, *Pepe* y *Tigre* y, tras saludarlos a los tres, me dirijo hasta el garaje, donde me subo a mi moto y la arranco. Desde donde estoy veo a Liam observándome al otro lado de la cristalera, y su mirada me pone nerviosa.

¿Por qué me mirará así?

Tras meter primera y soltar embrague, voy hacia la cancela y, después de sacar mi llavero con el mando a distancia, la abro. *Tigre* me sigue, y yo, parándome, lo miro e indico:

—Ve con *Pepa* y *Pepe* y pórtate bien, ¡vamos!

Mi perro obedece y yo, feliz por no haber tenido que correr tras él, le doy de nuevo al mando, la puerta se cierra y, volviendo a meter primera, le digo adiós con la mano al vigilante y me dirijo hacia donde he quedado con Álvaro.

Como siempre, circular en moto es una delicia, y tras tantos días sin hacerlo lo cojo con gusto.

En el trayecto me percato de que hay un cambio en el ruido que hace el motor. Maldigo..., me ha ocurrido eso mismo otras veces, y me prometo a mí misma que al día siguiente lo revisaré. Mi moto ya tiene unos añitos y, por tanto, también sus achaques. La compré de segunda mano y es delicadita, por lo que tengo que mimarla si quiero que me dure.

Como ya me voy conociendo las carreteras llego enseguida a donde he quedado. Álvaro no sabe que voy en moto. Al acercarme les doy a las largas y, cuando me mira y distingue que soy yo, veo que se queda boquiabierto.

Lo reconozco: me encanta contemplar las caras de los hombres cuando me ven conduciendo mi moto. Y, una vez que freno delante de

él, paro el motor y me quito el casco.

—Tú sí que sabes hacer una entrada triunfal —oigo que dice asombrado.

Divertida por ello, al ver que allí hay otras motos aparcadas, me apeo y, en cuanto pongo la cadena de seguridad, me acerco a él, le doy dos besos en las mejillas y, con complicidad, entramos en el restaurante para cenar.

Como imaginaba, Álvaro es un tipo encantador. Durante la cena me habla de su Málaga, como yo hablo de mi Madrid. Los dos estamos en la isla por motivos profesionales. La cena es deliciosa y la compañía un amor, y cuando terminamos, sin mover la moto, caminamos por el Puerto de la Cruz y entramos en un local a tomar algo.

Durante horas Álvaro y yo disfrutamos de la compañía del otro. Hablamos, reímos, bailamos, y él en ningún momento hace nada que pueda molestarme. Es más, me sorprende lo caballeroso que es en todo momento y, oye, eso es de agradecer, y más cuando a veces algunos tipos son unos pulpos a los que habría que cortarles los tentáculos. Pero no, Álvaro no es así. Y, la verdad, a mí tampoco me ha atraído sexualmente como para proponerle nada.

A las tres de la madrugada, tras regresar a donde he dejado la moto aparcada y él a su coche, nos despedimos. Álvaro monta en su coche para dirigirse a su casa, que está en el Puertito de Güímar, y yo vuelvo a El Sauzal.

En el trayecto de regreso me percato de nuevo de que el motor de mi moto hace un ruido raro y pierde potencia, por lo que conduzco con suavidad hasta llegar a mi destino. No quiero que me deje tirada en la carretera.

Capítulo 27

Cuando entro en la urbanización de inmediato se enciende una lucecita en la garita del vigilante. No es Agoney. A este no lo conozco. Y, tras enseñarle mi DNI y ver que tengo acceso, abre la verja y yo me dirijo hacia el portón de la preciosa casa en la que vivo.

Una vez que le doy al mando para abrir y entro con la moto, rápidamente veo que los perros vienen corriendo hacia mí. Los miro divertida. Es gracioso ver a *Tigre*, tan chiquitito, entre *Pepa* y *Pepe*. Y, en cuanto estaciono la moto en el lugar donde Liam me indicó el primer día, tras girar la llave en el contacto y quitarme el casco, me agacho para comprobar una cosa en el motor. Cuando acabo, me quito los zapatos y después saludo a los perretes con cariño.

Al ver que hay una luz muy tenue en el salón de Liam, protesto para mis adentros. Camino hacia la entrada de la casa, abro la puerta con cuidado y, tras decirles a *Pepa* y *Pepe* que se vayan a dormir, cojo a *Tigre* en brazos y cierro a mi espalda.

Sin hacer ruido, casi de puntillas, camino por el pasillo, hasta que oigo:

—Amara.

Me paro, maldigo en silencio y, mirando a *Tigre*, lo dejo en el suelo.

—Ve a la cama —digo—. Ahora voy yo.

Veo que mi perro se va hacia la habitación y yo me dirijo al salón, donde está Liam.

—Hola… —saludo.

Él me mira, vuelve a escanearme con esos ojos tan impresionantes que tiene, y señala:

—Ya estás descalza…

Me río, se ríe, y mientras estoy pensando qué decirle, me sorprende preguntándome:

—¿Lo has pasado bien?

Asiento. La verdad es que no esperaba esa clase de pregunta.

—Mi hermana Florencia ha enviado unas fotos de Jan —dice a continuación.

Sonrío al oírlo.

—¿Puedo verlas?

Liam asiente, coge su móvil, y yo, acercándome a él, dejo sobre la mesita mi casco, dentro del cual he metido mis botas. Me siento a su lado y miro las fotos que me enseña. En ellas se ve a Jan sonriendo. Está feliz, y eso me hace a mí feliz, por lo que murmuro:

—Es un niño precioso.

—Lo es —afirma orgulloso.

—Y parece que está contento —insisto con positividad.

Liam me mira y vuelve a asentir.

—Es la primera vez desde que lo traje que no duerme en casa. Y, la verdad, lo estoy echando más de menos de lo que creía.

Oírlo decir eso me enternece. Con todo lo duro y tiquismiquis que es el tipo en muchas cosas, se desvive por el niño, y muchas noches veo a través del vigilabebés que se levanta a mirar al pequeño en su cunita.

—Seguro que él también te está echando de menos —digo entonces mientras contemplo otra foto, en la que Jan se está tomando su biberón.

—¿Lo crees de verdad? —pregunta mirándome.

Uf..., uf, lo que me entra cuando clava esos impactantes ojos en mí... Dios, cuánto me gusta este hombre... Pero, intentando que no se me note, le aseguro:

—Por supuesto que lo creo.

Liam sonríe. Le gusta lo que oye, como a mí me gusta esa sonrisita suya relajada.

—Sinceramente, creo que te estará echando más de menos a ti que a mí —añade.

Los dos sonreímos por su comentario, y en ese momento me doy cuenta de lo cerca que están nuestras cabezas. Ambos miramos el móvil y, cuando soy consciente de ello, me levanto del sofá y señalo:

—Deberías descansar.

Liam asiente y yo, confundida, musito:

—Si no te importa, me voy a dormir. Es tarde.

Él se levanta entonces, se queda parado frente a mí y nos miramos.

Uf…, uf…, uf… Pero ¿qué nos pasa?

Madre mía, qué tentación. Si no fuera mi jefe me lanzaría, pero no… No debo hacerlo.

La verdad, qué pequeñita me siento a su lado siempre que voy sin zapatos… Sus ojos y los míos conectan de esa manera que una sabe que hay algo más, y siento unas irrefrenables ganas de besarlo. Ay, Dios, ay, Dios…, ¡que la lío! ¡Que la lío otra vez! Pero no, eso no puede ocurrir. Por ello, dando un paso atrás, voy a hablar cuando él echa a andar pasando por mi lado y dice:

—Buenas noches.

Acalorada por lo que mi cuerpo siente frente a ese hombre, le respondo con un hilo de voz:

—Buenas noches.

Una vez que él desaparece tomo aire por la nariz y lo expulso por la boca. Madre mía, ¡qué tentación!

Al poco tomo el control de mi cuerpo, cojo el casco de mi moto y mis botas y, cuando comienzo a caminar hacia mi cuarto, oigo:

—¡Amara!

Como de costumbre, me hace saltar del susto. Siempre me llama cuando menos lo espero. Y, asomándome al pasillo, veo que Liam está de pie al fondo.

—¿Puedes venir un segundo? —me pide.

Sin dudarlo, camino hacia él con el corazón acelerado, y entonces él, señalando hacia la puerta abierta de su habitación, suelta:

—Una cosita… ¿Qué hace tu perro durmiendo en mi cama?

Sin dar crédito, miro hacia donde él señala.

¡La madre que lo parió! ¡No me lo puedo creer!

Tigre está dormido con toda su santa pachorra sobre la enorme cama de Liam. Es más, sonríe…, y hasta tiene la cabecita apoyada en la almohada como hace conmigo.

Y, cuando voy a hablar, oigo que Liam dice con voz de enfado:

—Pasa a la habitación y cógelo, porque como lo coja yo…

Enseguida dejo las botas en el suelo y entro corriendo en su habitación. Me acerco a la cama y me dispongo a pillar a *Tigre* cuando este se levanta y corre hacia el otro lado.

¿En serio se va a poner a jugar ahora?

Como la cama es *king size* y es enorme, la rodeo para no subirme sobre ella, pero, claro, eso le facilita a *Tigre* su huida hacia el otro

costado. De un lado a otro de la cama corro como una desesperada, por no decir una gilipollas, mientras con el rabillo de ojo veo a Liam parado en la puerta con mal gesto y mi perro me vacila corriendo como un sinvergüenza.

¡Lo voy a matarrrrrrr!

Así transcurren unos minutos en los que paso de decirle a *Tigre* «¡Ven aquí, precioso!» a «¡Como te coja, te voy a despellejar vivo!»...

Lo intento. Intento agarrarlo por todos los medios, y al final, desesperada, me dejo llevar por un arranque de rabia y le lanzo el casco. ¡Ay, Diosssss...! *Tigre* lo esquiva, pero en su recorrido el casco impacta contra la mesilla, rebota, golpea la lamparita que hay sobre ella y esta cae al suelo.

¡Me quiero morir!

Con el rabillo del ojo veo que Liam niega con la cabeza. Madre mía, ¡de esta me despide! Instantes después se acerca a la cama y, antes de que pueda regañarme, me apresuro a decir:

—Te prometo que te compraré otra igual.

Liam mira la lamparita, que está tirada en el suelo, y señala:

—Pues tendrás que ir a Hawái a por ella.

Horrorizada, miro a *Tigre*, que, cómo no, ¡sonríe con la lengua fuera! Tendrá poca vergüenza...

Liam me mira. Yo lo miro a él. Y cuando el perro se queda parado en el centro de la cama tentándonos con el culo en pompa para jugar, él indica:

—Tú por ese lado y yo desde este, y cuando diga «¡ya!» intentamos pillarlo.

Asiento; llegados a este punto, a mi jefe ya no le discuto nada. Y cuando dice «¡ya!», me lanzo sobre la cama a por *Tigre*, con tan mala suerte que mi cabeza termina chocando contra la de Liam cuando él se lanza también. El golpazo que nos damos es colosal.

¡Ostras!

Tigre se baja entonces de la cama de un brinco y, corriendo, desaparece de la habitación mientras Liam y yo quedamos sobre su cama revolcándonos de dolor.

Esto es surrealista... Voy a matar a mi perro. Aquí estamos mi jefe y yo, sobre su cama, lamentándonos del cabezazo que nos hemos dado el uno contra el otro.

Tengo la mano apoyada en la frente cuando oigo que él pregunta:

—¿Te encuentras bien?

Sin moverme, pues el golpetazo ha sido considerable, musito:

—Te lo diré cuando todo deje de darme vueltas…

A continuación ambos permanecemos en silencio sobre el colchón, tomando aire, y de pronto noto que me va a entrar un ataque de risa. Intento disimular, pues no creo que sea momento para reírme, y, levantándome con torpeza, voy a disculparme con la mano en la frente cuando Liam se sienta y, mirándome, suelta una carcajada.

Sin poder evitarlo, yo también me río. Las piernas me flaquean y, tras sentarme en la cama a su lado, permanecemos un buen rato sin hablar, solo riéndonos, hasta que murmuro entre risas:

—Lo siento de verdad… Lo siento mucho.

Liam asiente, se carcajea de nuevo y, al ver que también tiene la mano apoyada en la frente como yo, se la retiro preocupada sin contemplaciones y, al comprobar que lleva un chichón, murmuro:

—Habrá que ponerte hielo.

Él me mira, retira mi mano de mi frente y rápidamente dice:

—Creo que estamos en la misma situación.

Ambos nos miramos riéndonos y luego él añade divertido:

—¡Qué cabeza tan dura tienes!

Eso hace que yo suelte otra risotada.

—Pues anda que tú…

Nos disponemos a levantarnos, pero al hacerlo nos mareamos a causa del golpe, por lo que nos sentamos de nuevo. En silencio tomamos aire y, consciente de lo ocurrido y de que esa habitación no solo está vetada para mí, sino también para *Tigre*, musito volviendo a poner distancia entre nosotros:

—Siento mucho que *Tigre* se metiera aquí. Ve a la cocina y ponte hielo en la frente mientras yo cambio las sábanas que te ha pisoteado.

Liam sonríe, me gusta esa sonrisa relajada; me agarra de la mano y acto seguido dice:

—Vayamos los dos a la cocina. Ambos necesitamos hielo.

Sin discutirlo, y dejándome guiar por él, llegamos de la mano hasta la cocina. Una vez allí nos soltamos y, mientras yo saco un par de paños limpios de un cajón, él abre el congelador y coge hielo picado. Después echa un puñado en cada paño y, tras cerrarlos, cada uno se pone el suyo en la frente.

Sin pensarlo me subo de un salto a la encimera. Durante varios

minutos reímos mientras recordamos lo ocurrido. Estamos cerca el uno del otro..., muy cerca. De pronto bromear con él se vuelve sencillo, fácil. Yo menciono a *Tigre* y él comenta:

—Con lo pequeño que es y la guerra que da...

Asiento, eso no se lo puedo negar, pero añado:

—También es un amor cuando quiere.

Nos miramos divertidos y, sintiendo cómo mi corazón se acelera por su mirada, pregunto:

—No tendrás alguna pomada para los golpes, ¿verdad?

Liam asiente. Va hasta uno de los armarios de la cocina y, tras rebuscar en el botiquín, me enseña un tubo y exclamo:

—¡Perfecto!

Él me tiende la pomada, la abro y, dejando mi paño con hielo a un lado, digo:

—Ven aquí.

Liam se acerca. Como estoy sentada sobre la encimera, se coloca entre mis piernas, y yo, retirándole el paño de las manos, canturreo mientras le unto pomada en el chichón:

—Sana, sana, culito de rana, si no cura hoy, curará mañana.

Acto seguido él, con una dulzura que hasta el momento no le había visto dirigida a mí, musita:

—Mi madre siempre nos decía eso cuando éramos pequeños y nos caíamos.

Sonrío complacida. Entonces él, quitándome la pomada de las manos, veo que se echa un poco en el dedo y, tras mirar mi chichón, pregunta:

—¿Cuántos puntos te dieron en la frente?

Al entender que se refiere a la cicatriz que tengo, respondo:

—Siete.

—Menuda cicatriz te hiciste —murmura él a continuación.

Asiento. E, incapaz de callar, susurro con un hilo de voz mientras miro el tatuaje de mi mano:

—Es peor la que tengo en el corazón.

Liam parpadea. Espera que diga algo más, que aclare lo que he dicho. Pero, cuando ve que no despego los labios, empieza a untar la pomada sobre el chichón, que está en el mismo sitio que la cicatriz, y musita con mimo:

—Sana, sana, culito de rana, si no cura hoy, curará mañana.

Ese bonito detalle me enternece. Me enamora.

—Maribel siempre me lo decía cuando me caía —susurro mirándolo.

Liam asiente y, en cuanto deja de untarme la pomada en el chichón, pregunta sin moverse de donde está:

—¿Maribel es tu madre?

Al oírlo no le digo ni que sí ni que no, sino que respondo:

—Es lo más parecido a una madre que tengo.

Veo que mi respuesta lo vuelve a sorprender, pero calla y no sigue preguntando.

Nos miramos. Uisss, madre..., ¡cómo nos miramos!

De nuevo se crea entre nosotros esa corriente eléctrica que hace que nos miremos de esa forma tan especial. Pero ¿qué nos pasa esta noche?

El silencio nos envuelve. El momento nos atrapa y, cuando estamos a punto de besarnos, Liam da un paso atrás y oigo que dice:

—No te preocupes por las sábanas... Quitaré la colcha, que es lo que ha pisoteado, y listo.

Volviendo a la realidad una vez roto el mágico momento, asiento y entonces él, dando media vuelta, se dispone a salir de la cocina e indica sin mirarme:

—Baja de la encimera, recoge tus botas del pasillo y vete a dormir. Es tarde.

Al quedarme sola en la cocina, como un resorte me bajo de la encimera. Mi corazón late desbocado y ni siquiera nos hemos besado.

Sedienta, abro la nevera. Saco una de mis botellas de agua y le doy un largo trago. Madre mía, madre mía... Pero ¿qué nos ha pasado? Y, parándome de golpe, pienso: «¿Se sentirá él atraído también por mí?».

Uf..., uf..., uf..., los calores que me entran... Aunque enseguida intuyo que simplemente ha sido un calentón fruto del momento.

Salgo al pasillo y la puerta de su dormitorio está ya cerrada, pero por debajo se ve luz. Pienso en mi casco, que está dentro, en el suelo, junto a la lamparilla rota... Pero no, no voy a llamar para reclamarlo. Ya lo recuperaré mañana. Sin embargo, sí me agacho para recoger mis botas.

De camino hacia mi cuarto me paro por costumbre frente a la habitación de Jan, y cuando voy a abrir recuerdo que no está, por lo

que sigo hacia mi dormitorio. Al entrar, enciendo la luz y, al ver a *Tigre* repanchingado en el centro de mi cama, siseo:

—Esta me la vas a pagar...

Y, dirigiéndome hacia la cama, que no es tan grande como la de Liam, y con menos remilgos, me subo en ella, agarro a *Tigre*, bajo de nuevo, camino hacia la puerta de la terraza y, abriéndola, lo dejo en el suelo e indico:

—Ahora ya puedes ir a pedirles asilo político a *Pepa* y a *Pepe* en sus casetas.

Sin pensar en nada más, cierro de nuevo y, tras desnudarme y mirarme en el espejo el precioso chichón que tengo en la frente, me meto en la cama.

Doy vueltas y más vueltas. No puedo dejar de pensar en Liam y en lo ocurrido. Todavía tengo su olor en mi nariz.

—Ay, Dios... Ay, Dios... ¿Qué estoy haciendo? —musito cerrando los ojos.

Intento no pensar en él, pero cuanto más lo intento, menos lo consigo, y me desespero.

Acalorada, me levanto de la cama, abro la puerta de la terraza para que entre aire y, tras un rato en el que Liam no deja de ser el protagonista de mis fantasías más ardientes, finalmente me quedo dormida de agotamiento.

Capítulo 28

Suena la voz de Pablo Alborán cantando *Prometo* —mira que me gusta esa canción— mientras la boca de Liam, jugosa, sabrosa, maravillosa..., me besa de tal manera que siento que floto descalza por el cielo.

Mmmmm..., me gusta.

Nos besamos con delicia y deseo mientras él me lleva en brazos hacia su enorme cama con dosel y, tras depositarme sobre el colchón con delicadeza, me mira, sonríe y, quitándose rápidamente la camiseta que lleva, se dispone a dejarla con cuidado encima de la cama cuando se la arrebato de las manos y la tiro al suelo.

¡Que se deje de remilgos!

Me mira. Lo miro. Sonríe. E, inclinándose hacia mí sin decir nada, vuelve a posar su boca sobre la mía y me besa con delirio y fervor mientras la voz de Pablo Alborán sigue cantando y yo creo que me muero de amorrrrrr.

Tomo aire por la nariz al tiempo que su boca me lo roba. Mimosa, me doy la vuelta y comienzo a sentir sus húmedos besos en mi cuello.

¡Mmmm, me encanta...!

¡Dios..., que no pare!

Sus besos se intensifican. Ya no solo pasea la lengua por mi cuello, sino que ahora también lo hace por mi espalda y por mi... rodilla y, sorprendida por su eficacia, de pronto abro los ojos, me siento y, al mirar, me quedo de pasta de boniato al ver sobre mi cama a *Pepa*, *Pepe* y *Tigre*.

¿Qué hacen aquí?

De inmediato soy consciente de que estaba soñando —¡mierda!— y los húmedos besos que sentía en distintas partes de mi cuerpo no eran de Liam, sino lametazos de esos tres sinvergüenzas.

Al haber dejado abierta anoche la puerta de la terraza, se dieron todos por invitados; los miro y musito dirigiéndome a los perros de

Liam:

—Una cosita… Como el Friki del Control se entere de que habéis dormido dentro de casa, sobre mi cama, ¡la vamos a tener!

Como si me hubieran entendido, *Pepa* y *Pepe* se bajan de inmediato de la cama y salen por la puerta de la terraza. Segundos después lo hace *Tigre*, y yo vuelvo a tumbarme en la cama y miro al techo.

¡Madre mía, pero qué sueño tan caliente he tenido!

Estaba teniendo un sueño erótico con Liam, con mi jefe, y la verdad, lo estaba disfrutando mucho y más. Sonrío, no lo puedo remediar. Hay que ver cómo es la mente y las cosas que inventa cuando menos lo esperamos… Sé lo que significa eso: significa que necesito ¡sexo!

Divertida, me toco la frente y de pronto el dolor me hace encogerme y me percato de que tengo ahí un bulto considerable.

Horrorizada, me levanto. Me miro en el espejo y, al ver el pedazo de huevo que me ha salido, musito consciente de que hoy tengo una cena con Verónica y después iremos a bailar salsa:

—Perfecto para salir esta noche de marcha.

Más tarde entro en el baño. Sin Jan puedo hacerlo todo con tranquilidad, y mientras me ducho pienso en Liam y en cómo nos miramos la noche anterior en la cocina.

¿Qué habría pasado si nos hubiéramos besado? ¿Habríamos colonizado?

Rápidamente aparto la idea de mi cabeza. No sé qué hago pensando en ello… Además, imagino que hoy sábado aprovechará para salir.

Mi móvil suena. Cuando salgo de la ducha voy hacia él y veo un mensaje de Óscar:

> Cosita Linda, tengo que hablar contigo urgentemente. Llámame.

Leer eso me hace maldecir. No quiero hablar con él. Pero ¿y si le ocurre algo grave?

Dudo. Durante unos minutos no sé qué hacer, hasta que marco su número con el corazón acelerado y, cuando oigo su voz, pregunto:

—¿Qué pasa?

—Cosita Linda…

Que diga eso me hace resoplar.

—Dios…, no sabes cuánto te echo de menos —murmura entonces.

Vuelvo a resoplar.

—Óscar, creo que fui muy clara contigo el otro día —suelto.

—Rosa ha perdido al bebé. Ya no estamos juntos.

Según oigo eso, parpadeo. Lamento lo del niño, pero, la verdad, la vida de Óscar me da igual. Y cuando voy a hablar, él musita:

—Cosita Linda, te…

—Mira, Óscar —lo corto—. Tu vida no me interesa. Adiós.

Y, sin más, me quedo mirando su número de teléfono y de inmediato lo bloqueo. ¡Se acabó!

Cuando vuelvo al baño y me miro en el espejo, sonrío y cuchicheo:

—Esta noche me lo voy a pasar muy bien.

Animada por sentirme liberada de Óscar, me pongo una camiseta de tirantes desteñida y, cogiendo de entre mis cosas un peto de mecánico, me lo calzo. Tengo que revisar mi moto, y el peto evitará que me manche la ropa.

Una vez que me pongo unas zapatillas viejas, tras mirar el reloj y ver que son las once y diez de la mañana, decido ir a la cocina a tomarme un café. Lo necesito.

Al salir de mi habitación, como siempre, la casa está en el más absoluto silencio. Si por norma es silenciosa, ahora que Jan no está aquí es como el interior de una tumba.

¡Qué triste!

Paso por delante de la habitación de Liam y veo que la puerta está entreabierta, lo que me indica que se ha levantado ya. Con cuidado y de puntillas, cotilleo por la casa y, cuando veo que no está, hago un gesto triunfal.

Encantada por sentirme totalmente sola en casa, me bajo la parte superior de mi peto y me lo anudo a la cintura. Saco mi móvil del bolsillo y, tras buscar música marchosa, pongo *Are You Gonna Be My Girl* de los Jet, una canción que tiene ya unos años pero que me da siempre muy buen rollito.

Contenta, pues me siento bien, mientras me preparo un café con tostadas canto a pleno pulmón con mi perfecto *spanglish* y bailo como una descosida por la amplia y preciosa cocina. Me vuelvo loca del todo con la canción, hasta que alguien dice:

—¡Buenos días!

Al oírlo, como siempre, doy un salto y, cuando miro hacia la puerta, veo a Liam parado en el umbral. La música sigue sonando y, al verlo con el entrecejo fruncido, imagino que es por lo alta que la tengo. Así pues, mecánicamente, cojo mi móvil de la encimera y paro la canción.

¡Menuda pillada!

Nos miramos en silencio unos segundos y luego él señala:

—Tu inglés es malísimo.

Sonrío.

—¿De qué vas vestida? —pregunta a continuación.

Consciente de mi atuendo, y entendiendo que me ha oído cantar a voz en grito, respondo:

—De mecánica. Anoche mi moto hacía unos ruidos muy extraños y...

—Y en vez de parar y llamarme por teléfono para que fuera a recogerte —me corta con voz tensa—, ¡viniste conduciéndola como una imprudente!

Eso me hace gracia. Si supiera este las imprudencias que he hecho a lo largo de mi vida porque no me ha quedado más remedio, ¡fliparía!

—Una cosita... A mí no me hables así, ¿vale?

Se calla. Está siendo más prudente en sus palabras que yo. Y, para suavizar lo que he dicho, añado:

—No eran horas de molestar.

—No me habrías molestado —matiza serio.

Liam, que como siempre va impoluto, vestido con una camisa rosa y unas bermudas vaqueras, se acerca a mí. Veo que lleva mi casco en la mano y, cuando intuyo que me va a decir algo que no me va a gustar, suelto:

—¿Tienes noticias de Jan?

Según menciono el nombre del niño, su gesto cambia.

—Ha dormido bien y ahora están en la playa —contesta.

Asiento complacida. Me alegro de saber que mi niño se encuentra bien.

—Vaya chichón te ha salido —señalo a continuación mirándolo.

Él también asiente, noto que suaviza el gesto, e indica:

—Como el tuyo.

Ambos sonreímos. Está claro que pensamos en lo ocurrido. Y, notando que me rugen las tripas, pregunto:

—¿Has desayunado?

—Hace rato —afirma, y añade—: Aquí tienes tu casco.

Se lo agradezco. Sin duda, él ha madrugado. Y, viendo que mis tostadas están listas, indico:

—¿Te importa si desayuno?

Liam se hace a un lado y responde:

—Por favor.

Cojo mis tostadas en silencio y, sentándome en uno de los taburetes que hay junto a la encimera, comienzo a untarles mantequilla y mermelada.

—Ha llamado mi hermano Naím y me ha dicho que esta noche saldréis a cenar —dice entonces.

—Y luego iremos a bailar salsa —añado yo mientras dejo el cuchillo en el plato.

Veo que Liam asiente. En ese instante le suena el teléfono y, cogiéndolo, saluda:

—Hola, preciosa.

Ese «preciosa» me toca... lo que me toca. ¿Y por qué? No lo sé. Pero el caso es que me lo toca...

Sigo comiendo en silencio y oigo que menciona el nombre de Margot; segundos después desaparece de la cocina para continuar con la conversación.

Sola en la cocina, me percato de que me ha molestado esa llamada. Rápidamente me regaño a mí misma. Yo no soy celosa. Romántica sí, pero celosa nunca. Y, deseosa de desaparecer de aquí, me como las tostadas a toda mecha, me bebo el café y, una vez que limpio la encimera y meto las cosas en el lavavajillas, agarro mi móvil, mi casco y, cuando voy a salir por la puerta, él entra de nuevo.

—Que tengas una buena mañana —le deseo sin mirarlo.

Acto seguido salgo de la cocina a toda mecha y me encamino hacia el garaje sintiendo que estoy celosa por la llamada de la tal Margot.

¡Madre mía, qué pillada estoy de este hombre...!

En el garaje vuelvo a poner música. Arreglar mi moto con música es uno de los mayores placeres de la vida. Y cuando comienza a sonar *La tortura* de mis adorados Shakira y Alejandro Sanz, soy feliz.

Mientras canturreo, *Pepa*, *Pepe* y *Tigre* vienen a saludarme. Y, tras darles su racioncita de mimitos a cada uno, cuando estos se marchan miro las herramientas que tiene Liam en el garaje y me pongo manos a la obra.

Un par de horas después, cuando estoy de aceite y de grasa hasta las cejas, canturreando *Déjà vu* de Prince Royce y Shakira, veo una sombra y, al levantar la vista, me encuentro con Liam. En la mano lleva un par de cervezas y, tendiéndome una, dice:

—Intuyo que tienes sed.

Sin dudarlo, asiento. Se me hace la boca agua al ver la botella de cerveza fresquita; la cojo con una sonrisa, le doy las gracias y luego advierto:

—Cuidado. No pises ahí, que hay un charco de aceite.

Liam lo mira... Lo mira con asquito. Rodea el charco para no pisarlo y yo sonrío. ¡Qué tiquismiquis es!

Una vez que doy un trago a la cerveza voy a decirle que cuando termine lo dejaré todo recogido y limpio, pero él suelta:

—Margot me ha dicho que su cuñado, el dueño de Master Good, quiere reunirse conmigo en Nueva York.

Al oírlo, lo miro.

—Eso está muy bien —digo.

Liam asiente, lo veo contento.

—Cuando se lo cuente a mi familia, se volverán locos —murmura—. Todos estamos cruzando los dedos para que salga este contrato, porque si lo conseguimos será algo muy muy bueno para Bodegas Verode, ya que nos abrirá las puertas de otros sitios muy importantes.

Afirmo con la cabeza, no me cabe la menor duda. Y entonces él pregunta:

—¿Qué le ocurre a tu moto?

Con profesionalidad, y mientras me quito el sudor de la frente con el brazo, contesto:

—A veces se le traba el motor. Hace tiempo aprendí que eso es por falta de aceite.

Él cabecea y yo sigo explicando:

—Cuando las piezas móviles de la moto no pueden engranar con suavidad, el motor suele calentarse. Y anoche, cuando vi que perdía potencia y el sonido del motor cambiaba, imaginé que era eso. No es la primera vez que me pasa.

Liam me mira boquiabierto. Está claro que le sorprende que entienda de mecánica. Y entonces, acalorada por sentir su mirada, añado para no dejar de hablar:

—Mi querida moto es muy especialita, y antes de venir a Tenerife también se me pegó la pinza del freno por la suciedad y la humedad y...

—¿Y todo eso lo arreglas tú?

Cojo un paño para limpiarme la grasa de las manos y asiento.

—La verdad es que sí. Mi economía no me permite llevarla al taller siempre que lo necesita, por lo que aprendí algo de mecánica para solucionar los achaques de esta maravilla.

Él sigue mirándome boquiabierto, y entonces suena mi teléfono. Al ver que es Verónica y que tengo las manos pringadas de grasa, digo mirándolo:

—¿Puedes cogerlo y poner el manos libres?

Sin dudarlo, él lo hace y yo saludo a mi amiga:

—Holaaaaaa, reinaaaaa.

Rápidamente oigo la risa de Vero, que pregunta:

—¿Colonizaste anoche con el de Málaga? Porque mira, hija mía, el tipo está muy bien... Morenito, de los que te gustan... Y, la verdad, espero que te dejara el cuerpo entonado para unos días, porque lo necesitas. Por cierto..., acabo de hablar con Mercedes y me ha contado que Alessandro, ese otro macarrilla que te gusta y con el que tuviste algo en cierto almacén la última vez que estuviste en Madrid, le ha dicho que tiene intención de ir a verte a Tenerife...

¡La madre que la parióóóóóó!

Según lo oigo, me entra la risa. ¡Por favorrrrrr...! Y, mirando a Liam a través de las pestañas, indico para advertir a mi amiga de que contenga su verborrea:

—Una cosita, reina... Saluda a tu cuñado. Tengo el manos libres puesto.

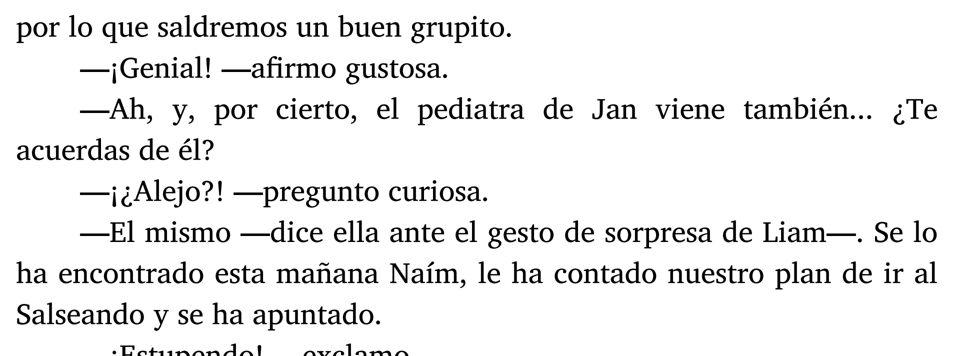
—¡Hola, Liam!

El aludido sonríe con cierto apuro.

—¡Hola, Verónica!

Tras los saludos pertinentes, me dispongo a hablar cuando mi Vero dice:

—Ya he quedado con Jonay y su marido para lo de esta noche. Y también se han apuntado unos amigos de Naím que son encantadores,


por lo que saldremos un buen grupito.

—¡Genial! —afirmo gustosa.

—Ah, y, por cierto, el pediatra de Jan viene también... ¿Te acuerdas de él?

—¡¿Alejo?! —pregunto curiosa.

—El mismo —dice ella ante el gesto de sorpresa de Liam—. Se lo ha encontrado esta mañana Naím, le ha contado nuestro plan de ir al Salseando y se ha apuntado.

—¡Estupendo! —exclamo.

—Liam, ¿te apuntas tú también? —le propone entonces Verónica.

Al oír eso, lo miro. Está a mi lado en silencio. Con lo que lo conozco, ¡ni loco se apuntaría a un plan semejante! Por su gesto serio intuyo que no, pero entonces dice:

—Sí. Iremos Margot y yo.

¡¿Cómoooooo?!

Mi gesto cambia, pero Verónica exclama:

—¡Ay, qué bien! Naím se pondrá contento cuando se lo diga.

Liam sonríe. Yo no.

—Hemos quedado a las nueve en el restaurante de Rosalía —indica Verónica—. ¿Sabes cuál es, Liam?

—Sí —asegura él.

—Amara —continúa mi amiga—, nosotros te recogemos y...

—Ella vendrá conmigo —la corta Liam, y añade—: Quedaré con Margot en el restaurante.

Descolocada, no sé qué decir.

—Ah, ¡genial! —tercia mi amiga—. Pues venga, nos vemos allí a las nueve. *Ciao!*

Y, sin más, cuelga el teléfono.

Miro a Liam sin dar crédito. Mi cara debe de ser un poema.

—Cuando le cuente a Naím lo de Master Good, se pondrá muy contento —afirma él entonces.

Sin dudarlo asiento, y entonces oigo que pregunta:

—¿Ocurre algo?

Bloqueada, niego con la cabeza. ¿Cómo que va a venir a la cena y al Salseando?

Reconozco que verlo con doña Querida no me apetece nada, pero obviando eso pregunto:

—¿Por qué tú y yo tenemos que ir juntos al restaurante?

Liam me mira.

—Porque vivimos juntos —contesta.

Al oír eso, cabeceo y matizo:

—De eso nada. Tú y yo no vivimos juntos...

—¿Ah, no?

—Te recuerdo que fuiste tú quien lo dijo —replico—. ¿Ya lo has olvidado?

Liam asiente. Piensa durante unos segundos y luego, sin cambiar su gesto serio y sin responder a mi pregunta, inquiere:

—¿De qué conoces al pediatra de Jan?

Incómoda, rápidamente respondo:

—Del Salseando. Por cierto, es un excelente bailarín.

Él me mira entonces de un modo que me desconcierta, y luego suelta:

—Voy a llamar a Margot. Le encantará el plan.

Según dice eso se me revuelven las tripas. No me apetece nada verlo en compañía de Margot. Y cuando me muevo incómoda, piso sin querer el charco de aceite y cientos de gotitas salen despedidas y van a caer sobre la impoluta camisa de Liam.

¡Joderrrrrr!

Su gesto al ver aquello me hace sonreír, y cuando me mira, musito:

—Ha sido sin querer...

La cara de Liam es un poema. Creo que, si pudiera, en este instante me mataría por mi torpeza.

—Solo faltaría que hubiera sido queriendo —replica con acritud.

Parpadeo asombrada. ¿En serio? ¿Chulerías a mí? Y esta vez, haciéndolo aposta, vuelvo a pisar el charco de aceite y, cuando el líquido le impregna de nuevo la camisa, musito con gesto angelical:

—Ay, Dios mío, ¡qué *torrrpe* soy!

Liam me mira. Por su expresión intuyo que valora si lo he hecho a propósito o no. Y a continuación pisa el charco y entonces el aceite me cae a mí. Sin poder creer que haya entrado en mi juego cuando no lo esperaba, abro la boca y murmuro:

—¿En *serrrio*?

Liam asiente, y, al ver las comisuras de sus labios curvadas, afirmo:

—Te vas a *enterrrar* de quién soy yo, amiguito...

Y, pisando el charco con ganas, lo salpico de nuevo con el aceite.

¡Madre mía, cómo lo he puesto! Esta vez sí que sí.

Pero no se enfada, sonríe, y cuando veo que viene hacia mí, salgo corriendo.

¡Pies, para qué os quiero!

Riendo a carcajada limpia, corro por el jardín con aceite en la cara, en el pelo, en la ropa, mientras Liam me persigue y los perros se nos unen. Parecemos dos niños gritando y corriendo por el jardín, hasta que al llegar al borde de la piscina me detengo e indico:

—Una cosita... Si me tiras, llenaremos la piscina de aceite.

Liam lo piensa. Eso de manchar está claro que no es lo suyo. Y entonces yo, ni corta ni perezosa, lo empujo, pero él me agarra y caemos los dos a plomo a la piscina.

¡Madre mía, me va a matar...!

Una vez que nuestras cabezas emergen, me río a carcajadas. No lo puedo remediar. Liam se ríe también, y de pronto *Pepa*, *Pepe* y *Tigre* se lanzan como kamikazes al agua y comienzan a nadar entre juegos.

No..., no..., noooo, ¡que no hagan esooooo o descubrirá que en su ausencia me baño con ellos!

—Pero ¿desde cuándo usan los perros la piscina? —exclama.

Divertida, los miro. A los tres les encanta bañarse en ella. Y entonces, con tranquilidad, nadan hacia la escalera, salen por ella y Liam musita mirándome:

—¿Cómo saben los perros por dónde hay que salir?

Con cara de no entender nada, me encojo de hombros y respondo:

—Porque son tremendamente inteligentes.

Según digo eso, él hunde mi cabeza bajo el agua y yo, que buceo muy bien, lo agarro de las piernas y lo sumerjo a él también. Durante unos minutos jugamos como críos en la piscina. Yo te hundo. Tú me hundes. Los dos nos hundimos... Hasta que, agotados, y con las respiraciones aceleradas, quedamos muy juntos. Nos miramos...

Woooooooo...

Nos miramos a los ojos de esa manera que sabes que va a pasar algo como no le pongamos freno. Pero entonces él, dándose la vuelta, camina hacia la escalera y, tras salir chorreando de la piscina, dice:

—Voy a cambiarme. Será lo mejor.

Acto seguido se da la vuelta y, sin decir más, se marcha mientras

yo salgo del agua tan empapada como él y, no sé por qué, me río. Reconozco que me ha encantado disfrutar de ese momentito loco y desinhibido con él.

Capítulo 29

A las ocho y cuarto, duchada, ya sin aceite y arreglada, salgo de mi habitación.

Para esta ocasión me he puesto un vestido corto celeste que me queda muy mono y unos zapatos de tacón cómodos. Esta noche quiero bailar hasta caer agotada.

Estoy bebiendo agua en la cocina cuando oigo unos golpecitos y, al volverme, me encuentro con Liam, que está impresionante.

¡Madre míaaaaaaaa!

Para salir se ha puesto un pantalón vaquero gris y una camisa negra. Como siempre, va impoluto. Vamos, ¡que más sexy no puede estar!

Durante unos segundos nos miramos el uno al otro, hasta que dice:

—Estás muy guapa.

Ay, Dios... ¡Ay, Dios!

Es la primera vez que me dice un piropo y creo que me va a dar un infarto.

Me acaloro..., pero este, sin ser consciente de lo que provoca en mí, pregunta:

—¿Preparada?

Sin dudarlo asiento y, acomodándome el pelo tras la oreja, cojo mi bolso, que está sobre la encimera, e indico tratando de parecer normal:

—¡Preparadísima!

Una vez que salimos de la casa, *Pepa*, *Pepe* y *Tigre* vienen a nuestro encuentro y, mientras yo los toqueteo y les doy su racioncita de mimos, Liam les ordena con un gesto que no se acerquen a él. No quiere pelos en la ropa.

Al llegar al garaje, donde está su precioso coche, recuerdo lo ocurrido horas antes y explico:

—Lo he dejado todo recogido y he limpiado a conciencia el aceite

del suelo.

Él no dice nada, solo cabecea. Y cuando nos montamos en el coche, sacando de la guantera un paquete de toallitas húmedas, me las entrega.

—Si quieres, puedes limpiarte las manos con ellas —dice.

De inmediato sonrío. Como ha visto que los perros me han chupado, es tan tiquismiquis que debe de pensar que a mí eso me molesta. Sin querer hacerle el feo, cojo las toallitas, saco un par de ellas y, tras pasármelas por las manos, al ver que él me mira, exclamo:

—¡Listo!

Liam arranca el coche y por los altavoces comienza a sonar la voz de Pablo Alborán cantando *Saturno*. Bueno, buenoooooooo...

¿Otra vez Pablo Alborán?

Liam no dice nada, yo tampoco, y acto seguido acciona el mando para que se abra la puerta. En cuanto salimos de la parcela y vemos que los perros se quedan dentro, vuelve a cerrarla y yo me recuesto tranquilamente contra el asiento. En silencio emprendemos el trayecto. Ni él habla ni hablo yo. Solo suena la voz de Pablo cantando. Creo que lo ocurrido en la piscina me va a pasar factura, pero bueno..., ¡a lo hecho, pecho!

Estoy nerviosa. Estar a solas con Liam en su coche, escuchando las románticas canciones de Pablo Alborán, me tiene en un sinvivir. Y cuando por fin veo que llegamos a destino, suspiro aliviada al comprobar que Verónica y Naím están esperándonos.

Después de dejar el vehículo en el parking del restaurante, Liam y yo nos apeamos y echamos a andar hacia la salida.

—Llevaba tiempo sin oír a Pablo Alborán —comenta él entonces.

Saber eso me sorprende.

—Reconozco que me gusta escucharlo de nuevo —añade.

Asiento, pero no digo nada, y él, observándome con curiosidad, pregunta:

—¿Te encuentras bien?

Sorprendida por su pregunta, lo miro y Liam matiza:

—Que no hayas abierto la boca en todo el trayecto es, como poco, para preocuparse...

Oír eso me hace gracia, e, intentando bromear, replico:

—¿Me estás llamando «charlatana»?

Liam sonríe. Yo también.

—¿El Alessandro al que se refería Verónica esta tarde es ese con el que a veces te oigo hablar? —pregunta de pronto.

Sorprendida, lo miro. ¿Me escucha cuando hablo por teléfono? Y, sin ganas de contarle mi vida, digo escuetamente:

—Sí.

Con el rabillo del ojo observo que a Liam le escuece mi respuesta, y a continuación inquiere:

—¿Los perros se bañan en la piscina?

Me apresuro a negar con la cabeza y miento como una bellaca:

—Que yo sepa, no.

Liam sonríe. ¿En serio? Y a partir de ese instante siento cómo el ambiente se relaja entre nosotros.

Pero ¿qué nos pasa? ¿De verdad estamos tonteando?

Naím y Verónica nos saludan encantados, aunque rápidamente se fijan en los chichones que ambos tenemos en la frente.

—¿Qué os ha pasado? —pregunta mi amiga boquiabierta.

Liam y yo nos miramos. Con complicidad comenzamos a reír, y acto seguido él suelta:

—Solo diré que cualquier día de estos *Tigre* sale volando por una ventana.

Según lo oigo, lo miro y replico:

—Si haces eso, el siguiente en volar serás tú…

Como dos críos, continuamos riendo e increpándonos frente a mis amigos, y al cabo Naím afirma con una sonrisa:

—Qué gusto veros así.

Después de decir eso aparecen Jonay y su marido, otros amigos de aquellos que no conozco, también Alejo y finalmente Margot. Ella es la última en llegar. Todos reparan en nuestros chichones, es imposible no verlos, y Liam y yo solo podemos reír. Madre mía, qué tontería tenemos encima.

Una vez que estamos todos, procedemos a entrar en el restaurante. Con el rabillo del ojo observo que Margot y Liam sonríen por algo que ella dice, y Verónica, cogiéndome del brazo, cuchichea:

—¿No crees que Alejo tiene culito de caramelo?

El aludido, que va delante de nosotras hablando con Naím, ajeno a lo que decimos, camina mientras nosotras observamos su precioso trasero.

—Lo creo… —convengo—, lo creo…

Ambas reímos y a continuación mi amiga susurra:

—¿Me vas a contar el misterio de los chichones?

Asiento divertida.

—*Tigre* se subió a la cama de Liam. Traté de pillarlo, pero me fue imposible. Al final lo intentamos los dos, *Tigre* nos vaciló y casi nos abrimos la cabeza al golpearnos el uno al otro con la frente. Ahí tienes el misterio.

Verónica suelta una carcajada y, bajando la voz, añade:

—Ahora entiendo que Liam quiera lanzarlo por la ventana.

—¡Que se atreva! —digo riendo.

Divertidas, seguimos caminando hacia la mesa hasta que Vero dice:

—Según me ha comentado Naím, nada más mencionar tu nombre esta mañana Alejo se ha apuntado a la cena.

—Interesante… —afirmo.

Gustosa, le doy un repaso: alto, moreno, ojos oscuros, culito de caramelo, salsero y con picardía… Y voy a decir alguna de las mías cuando Alejo se da la vuelta y, sonriéndome de esa manera que una sabe que le gusta a un hombre, me coge por el brazo y dice:

—¿Te he dicho que estás muy guapa hoy?

Encantada, sonrío y respondo:

—No. Pero me sube la moral que me lo digas.

De inmediato, no sé por qué, miro a Liam y, al ver que me observa con gesto serio, simplemente le sonrío. ¿Por qué no?

Nos acomodan en una bonita y enorme mesa redonda, donde Alejo se sienta a mi derecha y Verónica a mi izquierda. Liam se coloca junto a Margot, y decido no prestarles atención. Quiero pasármelo bien.

Durante la cena el grupo habla, bromea, y a mí, que me va la fiesta más que a un tonto un lapicero, disfruto junto a mi Vero.

En un momento dado Liam cuenta en voz alta que las negociaciones con Master Good siguen adelante y que pronto viajará a Nueva York para reunirse con el dueño de la empresa. Naím sonríe orgulloso y, acto seguido, veo cómo los dos hermanos se abrazan.

—Si lo conseguimos, será maravilloso —señala Margot.

Naím y Liam asienten, y el primero indica dirigiéndose a ella:

—Mi familia y yo te agradecemos mucho todo lo que estás haciendo por nosotros, Margot.

Doña Querida sonríe. Yo intento no mirar a Liam, pero inconscientemente mis ojos lo buscan. Sin cambiar la expresión, veo que charla con aquella y esta le hace ojitos. ¿De qué estarán hablando? En un momento dado observo que él mira su teléfono móvil y sonríe. Segundos después se lo enseña a Margot y esta, tras mirar el móvil, se lo quita de las manos y lo deja sobre la mesa ante el gesto algo incómodo de Liam.

Después de la cena, en la que me pongo ceporra a cosas riquísimas, cuando estamos saliendo del restaurante para dirigirnos al Salseando Alejo me pregunta:

—¿Vienes conmigo?

Sin dudarlo, asiento. Lo último que quiero es ir sujetando la vela entre Liam y Margot. Y, cuando llegamos al parking, donde todos hemos dejado nuestros coches, veo que Liam se me acerca.

—Mi hermana me ha enviado una foto de Jan —comenta.

—¡Quiero verla! —exijo gustosa.

Él se saca el móvil del bolsillo y me la enseña, y yo me quiero morir... Mi Gordunflas no puede estar más bonito.

—Es que me lo comooooo... —susurro encantada.

Liam sonríe, le gusta lo que he dicho, pero Margot interviene:

—Querido..., el niño sobra esta noche.

De inmediato la miro. ¿En serio ha dicho eso? ¡Jan no sobra nunca!

Y cuando veo que Liam no le hace ni puñetero caso, pido:

—¿Me puedes pasar la foto por WhatsApp?

Él asiente al instante y, cuando la recibo, exclamo feliz:

—¡Graciasssss!

Liam sonríe.

Entonces Alejo se acerca a mí y señala:

—Mi moto es aquella negra.

Al oírlo sigo la dirección de su dedo.

—¿Esa Suzuki GSX-R750 es tuya? —murmuro.

—Sí —dice él.

Encantada, afirmo con la cabeza. Recuerdo que a mi hermano le gustaba mucho esa moto.

—Es todo un clásico —comento—. Gracias a ella llegaron las deportivas de cuatro cilindros.

Según digo eso, veo que Alejo mira a Liam con guasa y, después,

mirándome de nuevo a mí pregunta:

—¿En serio sabes de motos?

Vuelvo a asentir. No es que sea una entendida, pero hay ciertas cosas que sí sé. Y cuando voy a hablar, Alejo indica mirando a Liam:

—Menudo descubrimiento es Amara.

Eso me hace gracia, aunque creo que a Margot no tanto, y menos aún cuando Liam responde:

—No lo sabes tú bien.

Encantada por ello, y deseosa de montar en esa moto y, sobre todo, de conducirla, pregunto dirigiéndome a Alejo:

—¿Me dejarías llevarla?

Sin dudarlo, él me lanza las llaves, las atrapo al vuelo y, ante el extraño gesto de Liam, indico mirando la preciosa moto:

—Jefe, ¡nos vemos en el Salseando!

¡¿«Jefe»?! ¿Por qué lo habré llamado así cuando nunca lo hago?

Pero, sin querer darle más importancia, me encamino junto a Alejo hacia su preciosa moto azul y blanca. Me pasa un casco y luego él se pone el otro, y cuando nos montamos y arranco el motor, antes de bajarme la visera del casco, indico:

—Agárrate bien.

Dicho esto, le doy gas. Salgo del parking y, guiada por Alejo, nos metemos en la autopista, y disfruto como una loca de su conducción mientras siento en mi corazón que mi hermano va conmigo en la preciosa moto y ambos estamos felices.

Capítulo 30

Tras dar un largo paseo con la bonita moto, cuando considero que ya hemos de ir al Salseando, me detengo en una cuneta y, tras cambiar de posición con Alejo, permito que sea ahora él quien conduzca.

Agarrada a su cintura, voy de paquete en la moto y disfruto del sonido que tiene la Suzuki, así como de la libertad que siempre me proporciona montar en moto.

Tras aparcar en la entrada del local, sonrientes y cogidos de la mano, entramos y rápidamente él localiza al grupo y nos acercamos a ellos.

Veo a Liam y a Naím hablando en la barra, mientras Margot charla con una de las otras chicas que me han presentado en la cena.

—Pero ¿adónde habéis ido? —pregunta Verónica acercándose.

Gustosa, me retiro el pelo del rostro. Está claro que haber llevado el casco de la moto ha destrozado mi peinado, por lo que, recogiéndomelo en una coleta alta que me da frescura, respondo:

—No lo sé... Pero la moto de Alejo es una pasada.

—Que sepas que Liam estaba preocupado —musita Vero.

Al oír eso el corazón se me desboca, pero digo intentando disimular:

—¡Pues ya estoy aquí!

Ambas reímos por aquello; de pronto comienza a sonar *Pa'lla voy* de Marc Anthony, y Alejo, pasando por nuestro lado, nos coge de la mano y nos saca a ambas a bailar.

¡Ni que decir tiene que mi amiga y yo lo seguimos encantadas!

Como dice la canción, nosotras vamos a donde haya fiesta. ¡Hay que ver lo que nos va la jarana!

Divertidas y entregadas, nos movemos al ritmo de la maravillosa salsa con Alejo, que es un excelente bailarín. Cuando bailo, como siempre dice Zoé, la hija de Vero, me olvido del mundo. A unos los relaja dormir. A otros los relaja leer. Pues bien, a mí me relaja bailar. Siento que mi cuerpo se libera y, uf..., ¡bailo como una loca!

Cuando la canción termina, sedientas, Vero y yo nos acercamos a la barra, donde están los hermanos Acosta, y Naím pregunta al vernos:

—¿Qué les apetece beber a las salseras?

Enseguida pedimos lo que queremos y, cuando Naím y Verónica se están besando, Liam me mira algo incómodo, como yo, y señala:

—Bailas muy bien.

—¡Gracias! —le agradezco sonriendo.

Luego nos quedamos en silencio mientras la música suena atronadora a nuestro alrededor; él se acerca más a mí y pregunta:

—¿Lo has pasado bien conduciendo la moto de Alejo?

—Más que bien... —digo—. ¡Es una pasada!

Liam asiente, lo noto incómodo, e insiste:

—¿Por qué habéis tardado tanto?

Según lo oigo y veo cómo me mira, suelto:

—Una cosita..., no te lo voy a decir.

Él levanta las cejas. Yo espero contestación, pero en ese instante llega hasta mí Jonay y, tras cogernos a Vero y a mí de la mano, nos saca de nuevo a la pista a bailar. En esta ocasión suena *I Like It Like That*, de CFD y Ross Mitchell, y encantadas bailamos con él.

Nos movemos al ritmo de la música hasta que de pronto, al dar una vuelta, me encuentro a Liam de frente y él, haciéndome un gesto que entiendo a la perfección, me coge la mano y comienza a bailar conmigo.

¿En serio?

¡Pero buenooooooooooooooooooooo!

Estoy que no doy crédito... Nuestros cuerpos se contonean, rozándose, y nuestras cabezas se juntan, tentándonos, mientras bailamos aquella sensual canción.

Boquiabierta, no paro de moverme, al tiempo que me percato de que Liam es un excelente bailarín. Sus movimientos perfectamente coordinados me están dejando loca y, la verdad, no puedo parar de sonreír y de mirarlo, tanto como él me mira y me sonríe a mí.

Uf..., el calor que me está entrando... Al bailar con el morenazo de Alejo no he sentido el calor que me está provocando hacerlo con este rubiales. Uf..., uff..., madre mía, ¡cómo se me revoluciona el cuerpo!

En uno de los pases que hacemos, intercambio la mirada con Verónica, que parece tan alucinada como yo con lo que ve. Pero de

pronto Margot se mete por medio y yo termino bailando en los brazos de otro hombre.

Vale, eso me toca las narices, perooooo ¡no pasa nada!

Sigo moviendo el esqueleto con aquel desconocido, hasta que al hacer un nuevo cruce, noto que Liam coge mi mano y vuelvo a bailar con él.

¡Wooooo, la cara que se le ha quedado a doña Querida...!

De nuevo el calor me sube por todo el cuerpo, mientras veo que Margot nos observa y ¡se le dispara la bilirrubina! La tía está amarilla. Su gesto es de enfado y yo, sin saber por qué, sonrío. Bueno, lo cierto es que sí sé por qué...

A partir de ese instante Liam no suelta mi mano en ninguno de los cruces que hacemos. Está más que claro que quiere bailar conmigo, y yo simplemente me dejo llevar... ¿Por qué no?

Cuando acaba la canción nos paramos y reímos divertidos. Bailar salsa tiene eso, que siempre sonríes al terminar la canción.

—Pero ¡qué buen bailarín eres! —exclamo mirándolo sorprendida.

Liam sonríe. Siento que el bailecito le ha gustado tanto como a mí.

—Tú sí que lo haces bien —responde.

Sonrío. Entonces Margot se le acerca y, cuando empieza una nueva canción, coge a Liam de la mano y dice:

—Querido, ¿bailamos?

Rápidamente me echo a un lado para darles espacio.

Naím se aproxima a continuación a mí y me tiende una copa.

—Llevaba tiempo sin ver a mi hermano bailar así —comenta.

—Pues baila muy bien —le aseguro.

Él sonríe, satisfecho de ver a su hermano feliz. Y luego, mirándome, añade:

—No sabes cuánto te agradezco todo lo que estás haciendo por Liam y por Jan.

Sorprendida, levanto las cejas, pero él prosigue:

—Y quiero que sepas que me gusta mucho lo que veo...

Sin entender muy bien sus palabras ni su mirada, sonrío, y en ese instante Verónica se acerca a nosotros y pregunta:

—¿Desde cuándo Liam baila salsa?

Yo me encojo de hombros. No tenía ni idea.

—Desde que mi madre le enseñó —responde Naím.

Sorprendida y acalorada, bebo de mi copa. Bailar con él ha sido mágico. Y, al verlo con Margot, que bailando es lo más parecido a un pato mareado, divertida al observar que lo pisa en varias ocasiones, cuchicheo:

—Wooooo..., lo sucios que le está dejando los zapatos...

Naím, Verónica y yo nos reímos y nosotras lo animamos a él a que mueva el cuerpo, pero este huye divertido.

La canción acaba. Liam y Margot se nos acercan, pero Alejo, cogiéndome la mano, me saca a bailar y a partir de ese instante ya no paro ni un segundo. Está claro que atraigo al morenazo del pediatra y, oye, reconozco que me hace gracia sentir esa atracción, aunque más gracia me hace sentir cómo Liam me busca con la mirada.

¡Madre mía, cómo nos buscamos, y el morbo que eso me provoca...!

A las cuatro de la madrugada decidimos dar por concluida la noche y, cuando estamos saliendo del local, veo que Liam y Margot se alejan. Desde mi posición junto al grupo observo con disimulo a la parejita feliz; entonces veo que un coche para y Margot, tras darle un beso en los labios, monta en él y se va.

¿En serio no van a acabar la noche juntos?

Tras darme la vuelta para que Liam no piense que lo observo, estoy hablando con Verónica cuando esta me pregunta:

—¡¿Bien?!

—¡Genial!

Ambas sonreímos y luego, bajando la voz, me comenta:

—A Alejo lo tienes loco.

Divertida, asiento. Lo sé. No soy tonta. Pero, consciente de quién se trata, digo:

—Es el pediatra de Jan.

—¡¿Y...?!

—Y no quiero líos.

Veo que mi amiga asiente.

—Si fuera un desconocido, posiblemente esta noche colonizaría la isla de Tenerife —insisto—, perooooo... sabiendo quién es..., uf...

Verónica entiende muy bien lo que digo.

—Sé que evitas hablar de ello —añade—, pero ¿me vas a explicar de una vez qué es lo que está pasando entre el Ser Supremo y tú?

—Vero, pero ¡¿qué dices?!

Mi amiga sonríe con comicidad, parpadea divertida y, bajando la voz, añade:

—Pececita..., Naím y yo tenemos ojos. Solo digo eso. Yo te conozco a ti y Naím a su hermano. Perooooooo ¡no voy a preguntar más!

Nos miramos. Sé que negar lo evidente es cada día más difícil con ella.

—¡Ya hablaremos! —murmuro resoplando.

Vero cabecea con una sonrisa.

—Lo sabía —cuchichea—. Sabía que algo me ocultabas.

Resoplo, no sé si reír o llorar.

—Escucha a Pablo Alborán —musito.

Eso sorprende a mi amiga, que, bajando aún más la voz, susurra:

—Una cosita, reina... Hay una canción llamada *Como antes*, de un tipo llamado Llane. ¿La conoces?

—No.

Vero asiente y luego, sonriendo, advierte:

—Ojito con esa canción: si te la pone un Acosta es porque quiere algo contigo.

—Pero ¿qué dices?

Mi amiga vuelve a asentir.

—Naím me dijo hace tiempo que es un tema muy especial para ellos —matiza.

La miro boquiabierta y en ese instante el aludido se aproxima. Le dice algo al oído a Vero y esta, mirándome, informa saltando de felicidad:

—Ya está todo preparado para que el viernes que viene hagamos nuestra primera cena en El Valhalla a la luz de la luna.

Saber eso me alegra. Que el proyecto siga adelante es todo un triunfo.

—Naím acaba de mirar su correo y tenía un email que decía que el viernes podemos inaugurarlo —aclara.

—¡Estupendo! —digo.

Naím sonríe.

—He contratado a un grupito de música en plan *chill out* que creo que gustará mucho.

—Eso seguro —afirmo encantada, pero añado—: Aunque un

violinista a la luz de la luna sería más mágico…

Naím y Vero se miran. Por sus miradas veo que les gusta la idea, y entonces añado pensando en Vasile:

—Cuando queráis yo os traigo al mejor violinista que escucharéis jamás.

Sin dudarlo mis amigos asienten. Me encanta ver su alegría.

—¿Te apetece tomar la última? —me pregunta entonces Alejo, que se ha acercado a nosotros.

Rápidamente niego con la cabeza y noto la decepción en su rostro. Creo que esperaba otra contestación.

—Quizá otro día —digo.

Él asiente. Por su gesto veo que no se lo toma a mal; en ese momento observo que Liam se une al grupo y pregunta mirándome:

—¿Nos vamos para casa?

Según dice eso de «para casa» asiento.

¡Madre mía, lo que me entra por el cuerpo! ¿Al final vivimos juntos?

Yo no soy tonta, como tampoco lo es Verónica. Soy consciente de las miraditas que Liam y yo nos hemos echado durante la noche y, tras despedirme de todo el mundo y asentir ante las propuestas de volver a quedar otro día, le guiño un ojo a Verónica y echo a andar con Liam por la calle en busca de su coche.

Caminamos un trecho en silencio hasta que él pregunta:

—¿Lo has pasado bien?

—Muy bien —digo enseguida—. ¿Y tú?

Liam, que va con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón, afirma:

—Reconozco que sí.

Verlo sonreír, como siempre, es un lujo, y entonces, recordando algo, comento:

—Naím ha dicho que tu madre te enseñó a bailar.

Él asiente y, tras tomar aire, musita:

—Mi madre era la mujer más vitalista del mundo. Le encantaba la música y, entre otras muchas cosas, nos enseñó a escuchar música y a bailarla.

Asiento, me gusta saber eso.

—¿Era tan romántica como lo es Naím? —pregunto a continuación.

Al momento él vuelve a asentir y declara incluyéndose:

—Los Acosta somos unos románticos.

Eso me hace gracia.

—Bueno, bueno… —replico—, creo que unos más que otros.

Liam sonríe.

—Si lo dices por Naím, tienes razón.

—¿Y por qué te has incluido antes? —insisto como una buena cotilla.

Veo que él niega con la cabeza y finalmente responde:

—Porque lo era hasta que las circunstancias me hicieron dejar de serlo.

Ambos sonreímos, y de pronto él inquiere achinando los ojos:

—¿Qué hace ese tipo junto a mi coche?

Al mirar veo a un chaval que no tendrá más de treinta años y que apoya las manos en el cristal del pasajero para mirar en su interior. De inmediato deduzco lo que quiere hacer y, ni corta ni perezosa, grito:

—¡Ehhhh, tú! ¿Qué narices buscas?

Según digo eso, el chico nos mira. ¡Lo hemos pillado! Y, sin más, echa a correr y yo, no sé por qué, voy tras él hasta que, al saltar unos setos, unas manos me agarran por la cintura y me detienen. Es Liam, que, mirándome, pregunta:

—¿Se puede saber adónde vas?

Acelerada por el momento, rápidamente miro al chaval, que desaparece al fondo de una calle y, cuando voy a responder, Liam me deposita de nuevo en el suelo y sisea con gesto de enfado:

—¡Pero ¿es que tú no tienes cabeza?! ¿Adónde ibas?

Asiento, tiene razón. No tengo cabeza.

Y al mirarlo para contestar y observar sus ojos tan cerca de los míos, me siento como en una nubecita de deseo y lujuria y, sin pensar nada más, lo beso y él me responde sin dudarlo.

¡Madrecitalindaydelamorhermosoquépedazodebesoquenosestamosdando!

Durante unos minutos Liam y yo nos besamos con auténtico deseo bajo la luz de una farola.

Solo por cómo me pega a su cuerpo sé que me desea tanto como yo lo deseo a él, e, igual que hemos comenzado, nos separamos y, mirándonos con las respiraciones aceleradas, no sabemos qué decir, hasta que empiezo:

—Yo…

Liam me hace callar con un gesto. Seguimos mirándonos en silencio durante unos segundos y luego, recomponiéndose, dice:

—Vámonos.

Acalorada y en cierto modo avergonzada por haberme lanzado a su boca de esa manera, asiento y, cuando llegamos a su coche y él abre, nos subimos. Según arranca el vehículo, la voz de Pablo comienza a sonar y Liam se apresura a apagar la música. ¡Vaya cabreo que lleva el colega!

Regresamos en silencio a la casa, donde, al llegar, él se va a su habitación y yo a la mía con tal calentón que no sé cómo me voy a dormir.

Capítulo 31

El domingo Jan regresa de su fin de semana con Florencia y Horacio, y Liam y yo lo recibimos como se merece: con alegría y amor.

Tener al pequeñín conmigo me parece maravilloso y, al ver el modo en que Liam lo abraza, sé que a él también.

Pasan un par de días y voy a ver la piscina de la que me habló Magdalena. Allí me presenta a Irene y, encantada, junto a Verónica y Jan, observo el entrenamiento. Irene lo hace muy bien, pero algo me dice que yo puedo enseñarles un poquito más.

Al día siguiente busco con curiosidad la canción *Como antes*, de Llane, y ¡casi muero de amor al ver lo romántica que es! ¿La pondrá Liam en algún momento dando a entender que quiere algo conmigo?

Él y yo nos vemos lo justo y necesario y no hemos vuelto a comentar lo que ocurrió bajo la farola la otra noche. Está claro que fue un error. Pero, joder, ¡qué besazo nos dimos y qué romántico fue!

El viernes por la tarde, tras una mañana en la que me he sentido bastante nostálgica, pongo requeteguapo a mi Gordunflas, y cuando veo aparecer un coche que Liam nos ha mandado, montamos en él y nos dirigimos a Bodegas Verode, en Tacoronte. Esta noche es la inauguración de El Valhalla y no me lo quiero perder.

Como era de esperar, todos los Acosta están aquí. Quieren presenciar el arranque del nuevo proyecto, y la verdad es que todos gozamos viendo que los comensales disfrutan de la cena, la luna, el vino, la música y el lugar iluminado por cientos de bombillitas blancas.

Verlo materializado en algo real me emociona, y con lo tontorrona que estoy hoy, tomo aire e intento no llorar... ¡Menudo día llevo!

Liam y Naím están pendientes de todo. Verlos en su faceta profesional, tan serios, me hace gracia. Y cuando el encargado del evento los informa de que todo está bajo control, Horacio, el patriarca, dirigiéndose a sus hijos, sugiere:

—¿Qué tal si ahora la familia nos vamos a tomar algo a otro lugar para celebrarlo?

Sin dudarlo todos asienten y, por supuesto, aunque no soy de la familia, yo también lo hago.

Con mi Gordunflas en brazos voy hacia el coche de Liam, y una vez que siento a Jan en su sillita, me monto en el asiento delantero.

—A mi madre le habría encantado verlo —comenta él entonces al ver el lugar iluminado por cientos de bombillitas.

Percibir la pena en su tono me entristece. Si él piensa en su madre tanto como yo en mi hermano, lo compadezco. Y sabiendo lo que duele esa ausencia, pongo la mano sobre su brazo y, cuando me mira, indico:

—Ten por seguro que lo está viendo.

Con una sonrisa, él asiente y, arrancando el vehículo, conduce detrás de Naím y Florencia mientras yo pienso en Raúl y tengo ganas de llorar. Pero no... Ahora no es momento de hacerlo.

En cuanto llegamos a un local con una preciosa terraza, sacamos el cochecito de Jan, lo sentamos en él y nos dirigimos hacia donde está el resto de la familia. Voy callada, sigo pensando en Raúl.

—¿Te ocurre algo? —oigo que pregunta Liam.

Rápidamente niego con la cabeza. No quiero dramas. Pero, al pasar junto a una de las mesas, me fijo en que hay una señora mayor sentada sola. Mi mirada va directa hacia ella porque me recuerda a Encarnita, y eso hace que el corazón se me acelere. Lo que me faltaba..., pensar en Raúl y ahora en Encarnita.

¡No me jorobes que ahora llegan las ganas de llorar!

Tomo aire. No pienso llorar.

Y entonces la mujer, al vernos, sonríe y dice dirigiéndose a Liam y a mí:

—¡Qué hermosura de niño!

Gustosos, ambos asentimos y nos detenemos, y luego ella pregunta:

—¿Qué tiempo tiene?

—Nueve meses —respondemos al unísono.

Al decirlo nos miramos y sonreímos, y la mujer añade:

—Disfrutadlo con mucho amor, parejita. Que la vida pasa rápido y los hijos crecen.

Al oír eso voy a decir que ni somos parejita ni es mi hijo, pero

Liam se me adelanta.

—Lo haremos —asegura—. Gracias, señora.

Una vez que proseguimos el camino, lo miro y él indica:

—Habríamos tardado más en aclarar que en dar las gracias...

Asiento, tiene razón, y no digo más.

Cuando llegamos junto a los demás, todos nos sentamos alrededor de la mesa y, entre risas y jaleo, pedimos unas bebidas mientras mis ojos vuelven a dirigirse hacia aquella señora. Hay que ver lo que me recuerda a la buena de Encarnita.

—Maamááá...

Según oigo eso miro a Jan.

¡¿Qué?! ¡¿En serio?! ¡¿Ha dicho lo que creo?!

¿Me ha llamado «mamá»?

Un momento, un momento... Una cosa es que la señora que se parece a Encarnita piense que soy la madre del pequeño, y otra muy distinta es que Jan lo crea.

¡Uf, madre mía, lo que me entra...!

Miro a Liam, que está a mi lado, por si lo ha oído, pero está hablando con Naím y no se ha enterado de lo ocurrido.

Entonces, dirigiéndome al pequeño, pregunto:

—¿Qué has dicho, mi vida?

Pero la respuesta de Jan es una sonrisa. No repite la palabra y yo, que hoy estoy sensible y tontorrona, siento una emoción que no entiendo. Ay, Dios, que lloro...

Pasan los minutos y Jan no vuelve a decirlo. Quizá lo haya entendido mal. Intento centrarme en la felicidad que todos aquellos derrochan. Esta noche los Acosta están al completo y Horacio está feliz. En su rostro veo que tener a toda su familia reunida es una de las cosas que más le gustan en el mundo.

—Lo que disfrutas tú esto, ¡¿ehhhh?! —cuchicheo mirándolo.

El hombre asiente.

—Míralos —indica—. Son felices. Y la felicidad de mi familia es también la mía.

Oír eso en el tono que lo dice hace que todo el vello de mi cuerpo se erice. *Familia*, qué bonita palabra... Tomo aire. Uf..., qué tontorrona estoy hoy.

Como me ha pedido Horacio, miro a los Acosta y lo que veo es una bonita familia unida y feliz que no tiene nada que ver con lo que

hay en mi vida. Emocionada, observo a Florencia y a Omar, con su nietecito Lionel en brazos. Gael y Begoña, junto a Xama, que miran el teléfono riendo. Naím y Verónica, que se besan, mientras que Liam, que ha cogido a Jan, le hace pedorretas en la tripita.

Ver eso me rompe el corazón y, al mismo tiempo, me lo sana. Me lo rompe porque es algo que yo nunca he tenido ni tendré, y me lo sana porque sé que ellos sí lo tienen. Soltando aire por la boca, comprendo la felicidad de Horacio y murmuro:

—Sin duda, es una familia preciosa. Tenéis mucha suerte de teneros los unos a los otros.

El hombre asiente, y luego pregunta:

—Nunca hablas de tu familia... ¿Cómo es eso?

Sonrío con tristeza y, bajando la voz, explico:

—Porque no merece la pena —y, señalando a Vero, añado—: Ella es mi familia, y de ella te hablaré cuanto quieras.

Horacio asiente con mil preguntas en la mirada y acto seguido murmura:

—Me alegra saber que Verónica es tan especial para ti, pero me apena lo otro.

—La vida es así —afirmo encogiéndome de hombros mientras intento sonreír.

El hombre me observa.

En ese momento Liam y Naím anuncian las buenas noticias al respecto de Master Good. Como imaginaba, todos se alegran muchísimo. Se abrazan. Es evidente que desean ese contrato con todas sus ganas.

—¿Qué tal con el puntilloso de mi hijo? —oigo que me dice más tarde Horacio.

Sonrío y cuchicheo:

—Bien. Ahora incluso lo mando a freír espárragos cuando algo no me cuadra.

Él se ríe a carcajadas por mi respuesta, y al cabo vuelve a preguntar:

—¿Tienes novio en la Península?

Divertida, niego con la cabeza y Horacio musita:

—Pero ¿qué hace una preciosidad como tú sin un novio al lado?

—Vivir —digo encogiéndome de hombros.

Mi contestación parece gustarle.

—Liam tampoco tiene novia —añade.

Según dice eso, lo miro con gesto de «¡Noooooooo!», y él se apresura a aclarar:

—Solo lo digo por si acaso no te has percatado...

—Horaciooooo —me mofo riendo.

El hombre se ríe. Mi gesto divertido debe de hacerle mucha gracia.

—Ahí lo dejo —agrega—. Desde mi punto de vista, hacéis una parejita preciosa, y solo hay que ver lo contento que está mi nieto Jan y cómo sonríe mi hijo para comprender que están felices a tu lado.

Ahora la que se ríe soy yo. Solo me faltaban esas palabras para confundirme más aún. Y, mientras observo a Liam tan trajeado e impoluto, él insiste:

—Liam es un buen muchacho. Por desgracia, la madre de Jan se la jugó de la manera más ruin, pero espero que abra los ojos y espabile conociendo a una buena mujer.

Asiento y, siendo consciente de que tonto no es y de que tampoco le faltan churris, afirmo:

—Tranquilo, que espabilado lo es un rato.

Ahora el que ríe es Horacio.

—Sé que tontea con varias, entre ellas la diseñadora de joyas...

—Con ella hace una bonita pareja, ¿no crees? —cuchicheo en cierto modo celosa.

—Sí. Margot es bellísima y, como dices, hacen una bonita pareja. Es una muchacha trabajadora y agradable, aunque algo especialita como Liam. —Ambos reímos por eso y luego añade—: Pero la verdad es que si gracias a ella conseguimos lo que tanto deseamos para nuestros vinos, no tendré vida para agradecérselo.

Sonrío. Reconozco que oír eso me pica un poco bastante.

Y entonces, de pronto oigo que Horacio susurra:

—A mí me gustas más tú...

—Uis, madre mía... —Me entra la risa y me mofo—. ¿Me estás tirando los trastos, Horacio?

Él ríe a carcajadas.

—Hija, yo estoy muy mayor..., pero tengo un hijo alto, guapo y muy trabajador al que le vendrías de lujo.

Divertida, me río yo también; entonces oímos una carcajada general y, al levantar la vista, veo que Liam mira con cara de asco una

mancha de vómito del niño que ha caído sobre su chaqueta cuando lo estaba aupando para hacerlo reír.

—¡Cuidado, que el vómito te come! —se mofa Florencia.

—Tío, ¡respira, respira, que te estás poniendo verde! —se burla Gael.

—¡Llamad a una ambulancia! —exclama Naím—. ¡Liam se ha manchado!

—¡¿Os queréis callar?! —protesta aquel.

Riéndome, veo que Liam mira la mancha y entonces Verónica, cogiéndole a Jan de los brazos, dice:

—Anda, dame al niño antes de que lo tires.

Todos siguen bromeando y riendo. Se meten con Liam por su manía con la limpieza. Y entonces él, mirándome, pregunta con total confianza:

—¿Con qué quito esto?

De inmediato saco un paquete de toallitas de la bolsa que llevo en el cochecito. Y, tras frotar con cuidado la mancha de vómito de su chaqueta, al terminar, indico dejando un cerco húmedo:

—Es lo máximo que se puede hacer. Del resto debe encargarse la tintorería.

Liam asiente mientras su familia sigue mofándose de él. Entonces, oliendo la mancha de la chaqueta, se la quita y murmura:

—¡Uf, qué peste!

Oír eso me hace gracia..., ¡qué tiquismiquis es! Y cuando Jan me echa los brazos, lo cojo con todo mi amor mientras ruego a todos los astros del universo que el niño no repita delante de todos la palabrita que me ha dedicado antes.

¡Aisss, mi Gordunflas!

El camarero regresa con las bebidas que hemos pedido, y, mientras las servimos en nuestras copas, soy consciente de que la señora que se parece a Encarnita nos mira y sonríe para luego llamar al camarero y hablar con él.

Estar con los Acosta al completo suele ser divertido, y entre bromas disfrutamos del momento. Al rato veo que el camarero deja una tarta frente a la mujer, lo que llama mi atención. Pero más aún cuando compruebo que saca algo de su bolso y lo coloca sobre la tarta. Boquiabierta, veo que se trata de unas velas con el número 85.

¿Es su cumpleaños?

Instantes después la señora le pide al camarero un mechero y él le indica que se lo llevará dentro de un momento.

Rápidamente mi mente comienza a buscar una explicación de por qué está sola, y cuando no puedo más me levanto con Jan en brazos y, acercándome a ella, le pregunto:

—¿Es su cumpleaños?

La mujer asiente y yo, tras mirar a mi alrededor, pregunto:

—¿Y lo va a celebrar usted sola?

—Sola no —dice y, señalando hacia el cielo con el dedo, indica—: Ahí arriba tengo a algunos que lo celebran conmigo.

Según dice eso, y con lo sensible que estoy, siento cómo los ojos se me llenan de lágrimas. Bueno, bueno, bueno... Desde que Raúl murió, siempre que es nuestro cumpleaños pienso que lo celebramos juntos, y oír eso me emociona muchísimo.

—Mi marido y mi hijo murieron hace años en un accidente de tráfico —me cuenta—, pero a su manera me hacen saber que siguen aquí conmigo.

Lo dicho..., ¡que voy a llorar!

Tomo aire por la nariz y lo suelto por la boca. Intento tranquilizarme mientras Jan hace pedorretas y la señora ríe y le hace monerías al niño.

No, no y mil veces no. No voy a llorar ni voy a permitir que la mujer celebre su cumpleaños sola. La miro angustiada. Ella está sola como probablemente lo estaré yo también en el futuro.

—¿Cómo se llama? —le pregunto.

—Alfonsina.

En ese instante regresa el camarero y, al veme, dice:

—Aquí tienes un mechero para encender las velas.

Sin dudarlo lo cojo y, cuando vuelvo a mirar a la mujer, sin saber por qué indico:

—Jan y yo le cantaremos el *Cumpleaños feliz*.

La mujer asiente encantada; entonces Liam se acerca a nosotros.

—¿Ocurre algo? —pregunta.

Intentando no llorar, pues la situación de Alfonsina me ha emocionado mucho, lo miro y, tras coger aire para que las lágrimas no se me escapen, contesto con un hilo de voz:

—Es el cumpleaños de Alfonsina.

—Heyyy, ¿qué te pasa? —musita preocupado en un tono íntimo

que no le conocía.

Resoplo, contengo las lágrimas, y mientras siento sus manos en mi cintura, digo:

—Está sola. No tiene familia... Y voy a encenderle las velas para cantarle el *Cumpleaños feliz*.

Según digo eso Liam parpadea. De inmediato seca una lágrima que se me escapa para que aquella no la vea y, mirando a la mujer, dice:

—Alfonsina, soy Liam... ¡Felicidades!

La mujer ríe. Y él añade para darme unos segundos:

—¿Qué le parece si se sienta con nosotros y le cantamos el *Cumpleaños feliz*?

La mujer, boquiabierta, no sabe qué decir. Entonces Horacio llega hasta nosotros, Liam le cuenta lo que ocurre y, segundos después, todos los Acosta estamos alrededor de Alfonsina cantándole la canción de cumpleaños.

Emocionada, e intentando sonreír, entono la cancioncita con Jan en brazos, mientras siento que el corazón se me rompe en cachitos por la situación de aquella mujer, por la muerte de Encarnita y por el recuerdo de mi hermano. ¡Se me junta todo!

Cuando terminamos todos aplaudimos y, sin que yo diga nada, Florencia ordena que nos movamos para sentarnos todos alrededor de Alfonsina.

Mientras mueven las mesas y las sillas, yo estoy de pie con Jan entre mis brazos y noto que me falta el aire. Ay, Dios..., ¡ay, Dios!, que me entra la llorera y no voy a poder contenerme.

Verónica se aproxima entonces a mí y al verme susurra:

—Cielo, ¿qué te pasa?

Miro a mi amiga y, con un hilo de voz, soy capaz de decir:

—Que de pronto me han entrado unas ganas locas de llorar y no quiero que me vean.

No puedo decir más, pues Liam se acerca a nosotras y, tras quitarme al niño de los brazos, se lo entrega a mi amiga y, cogiéndome por la cintura, dice:

—Enseguida volvemos.

Con los ojos encharcados en lágrimas me dejo guiar por él. No sé adónde me lleva, hasta que llegamos a un punto del local donde no hay tanta luz y señala:

—Aquí nadie te verá llorar.

En cuanto dice eso me desmorono de una manera que ni yo misma entiendo, y Liam me abraza. Sin poder parar, las lágrimas salen a borbotones de mis ojos como llevaban tiempo sin hacerlo. Está claro que se me ha juntado todo: Raúl, Encarnita, la situación de aquella mujer, el lío que yo me estoy creando en la cabeza con Liam… Todo, absolutamente todo me sobrepasa en este momento.

De pronto noto sus manos alrededor de mi cuerpo y su boca en mi coronilla. La besa, me da mimos mientras susurra:

—Ya está, mi niña…, tranquila.

Ay, Dios, que me ha dicho «mi niña». Y no…, no está. No puedo dejar de llorar.

Pasados unos minutos en los que suelto un río de lágrimas, cuando consigo serenarme me aparto de él y murmuro avergonzada:

—Lo siento, lo siento…

El gesto de Liam es de desconcierto. Es la primera vez que me ve llorar.

—¿Qué te pasa? —quiere saber—. ¿Por qué lloras así?

Según lo oigo, suspiro. Explicar lo que siento es triste, duro, y hará que me vuelva a derrumbar, por lo que tomando aire musito:

—No quiero hablar de ello ahora.

Él acepta mis palabras, y, pasados unos instantes, pregunta:

—¿Me lo contarás en otro momento?

Asiento. Dudo que lo haga, pero ahora, con tal de que me deje, asiento.

—¿Ya estás mejor? —dice al cabo de un rato.

Sin dudarlo, le digo que sí y, tras mirarlo a él, indico:

—La que no está tan bien es tu camisa…

Rápidamente Liam se mira la pechera y, al ver los cercos que han dejado mis lágrimas, sonríe y asegura con un hilo de voz:

—Mientras tú estés bien, el resto no importa.

En cuanto dice eso, nos miramos a los ojos.

Uf…, lo que siento.

Uf…, esas palabras.

Uf…, cómo me mira.

De pronto comienzan a sonar las voces de la familia Acosta cantando la canción que tanto le gusta a Jan, la que yo le canto siempre para dormir.

Liam y yo nos miramos en silencio. Nuestras bocas están cada vez más cerca, e inevitablemente ocurre lo que tiene que ocurrir y nos besamos. Nuestras lenguas comienzan a juguetear, hasta que de pronto oímos que alguien dice:

—Me manda Verónica... ¿Estáis bien?

Al instante nos separamos. Naím nos mira, el pobre sabe que ha interrumpido algo, y dice con apuro:

—Perdón..., perdón...

Liam y yo nos separamos más aún, el aire corre entre nosotros, y Naím añade incómodo:

—Jan está llorando porque no os ve.

Asiento. Ahora entiendo por qué todos están cantando aquella canción tan especial. Naím se marcha y Liam y yo nos miramos.

Nuestros ojos dicen lo que nuestras bocas callan. Y, deseosa de saber, pregunto:

—¿Puedo ser sincera contigo y prometes no cambiar tu actitud por ello?

Él levanta las cejas y se apresura a decir:

—No me digas que nos dejas, porque si es eso, yo...

—No, no es eso —lo corto.

Él asiente.

—Entonces nada de lo que me digas podrá cambiar nada —murmura.

Según lo oigo, cierro los ojos. Creo que no espera lo que voy a decirle y, sin anestesia, suelto:

—Soy de las que van a por las cosas cuando las quieren y..., bueno, yo... yo... siento algo por ti y tengo la impresión de que tú también lo sientes por mí.

Liam permanece inmóvil. ¡Madre mía, ¿qué acabo de decir?!

Creo que ni siquiera respira y, cuando voy a continuar, repone:

—No puedo negar que me atraes. Pero, haciendo honor a tu sinceridad y sin que cambie tu actitud hacia mí, yo no quiero nada serio contigo.

Sus palabras consiguen que mi cuerpo y mi valentía regresen a la jodida realidad. Le gusto. Lo atraigo para un revolcón..., quizá dos. Pero no soy lo que él busca para su vida, y ante eso nada puedo hacer, por lo que asiento y callo. No hay más que hablar.

Volvemos a quedarnos en silencio. Si encima de lo que le he

dicho le cuento que antes el niño me ha llamado «mamá», creo que me voy a extralimitar. Y, avergonzada por haber soltado aquella bomba atómica, le pregunto:

—¿Se nota mucho que he llorado?

Liam, que no ha despegado sus ojos de mí, niega con la cabeza.

—Tranquila. Ya no se nota nada.

Acto seguido asiento, sonrío y, tomando aire, digo:

—Pues regresemos con los demás. Es lo mejor —y cuando echamos a andar agrego—: Espero que lo que te he dicho no cambie en nada nuestra relación laboral.

—Por mi parte, puedo asegurarte que no —afirma él caminando a mi lado.

Cabeceo. Qué gusto tener esa seguridad. Yo, por mi parte, ya la he cagado. Creo que me he enamorado de mi jefe y, conociéndome, miedo me da cómo voy a gestionar esto. Pero, fabricando la mejor de mis sonrisas, sigo andando hasta llegar a donde está el grupo y, una vez con los demás, vuelvo a ocultar mi tristeza tras esa sonrisa que todo el mundo cree que es auténtica.

Capítulo 32

Pasan algunos días en los que intento disimular lo mal que me encuentro tras haberle hablado a mi jefe de mis sentimientos hacia él. ¿Acaso puedo ser más tonta?

Pero ¿cómo se me ocurrió hacer algo así?

Por suerte Liam no menciona lo sucedido. Por desgracia, yo no lo puedo olvidar.

Jan es un excelente hilo conductor entre nosotros. Cuando estamos los tres, el niño se ocupa de mantenernos entretenidos, y sorprendentemente no ha vuelto a llamarme «mamá». Sin duda, ese día oí mal. No obstante, en varias ocasiones mi mente me traiciona cuando estamos los tres y parecemos una familia. Enseguida la meto en vereda: lo que no es no es, y se acabó.

Llega el fin de semana, que me he pedido libre. Lo necesito.

Cuando me despierto tengo esa sensación de llevar durmiendo muchas horas y, al mirar el despertador, me quedo sin habla.

¡Las diez y cuarto de la mañana!

Horrorizada, y pensando en el niño, miro el vigilabebés de Jan, pero compruebo que está apagado. ¡Si ha llorado, no lo he oído!

Angustiada, salgo rápidamente de la habitación y al entrar en la suya me quedo parada al ver que el niño no está en la cuna.

¿Dónde está? ¿Qué ha pasado?

De inmediato salgo en su busca, pero entonces me encuentro con Liam en la cocina, tomándose un café. Mi gesto debe de ser tal que, al verme, indica:

—Se ha ido con Florencia y con mi padre. Lo traerán mañana al mediodía. Pensaba cuidarlo yo, pero ha sido imposible llevarle la contraria a mi hermana.

Ambos sonreímos y, retirándome el pelo del rostro, musito azorada:

—No sé cómo no me he despertado antes.

Liam sonríe de nuevo.

—Quizá porque necesitabas dormir.

Sin dudarlo, asiento. Me encanta dormir, siempre me ha gustado.

—Creo que sí, que lo necesitaba —indico suspirando.

Él se levanta entonces y, yendo hacia la cafetera, pregunta:

—¿Quieres un café?

Afirmo. Él me lo prepara y, cuando va a servírmelo, comenta:

—Como siempre…, descalza.

Eso me hace sonreír, y digo cogiendo el café:

—Gracias.

Liam vuelve a sentarse mientras yo me quedo apoyada en la encimera. Desde donde estoy observo cómo *Pepa*, *Pepe* y *Tigre* corren por el jardín. Hay que ver cuánto disfruta mi chiquitín de esa libertad.

—¿Qué planes tienes para el fin de semana? —oigo que me pregunta él entonces.

—Conocer la isla y disfrutarla con mi moto —contesto—. He quedado con Verónica. Me ha dicho que iremos a la playa de Benijo y, después, a un mirador llamado Aguanosequé.

—El mirador de Aguaide, en Chinamada.

—¡Ese!

Liam sonríe, yo también.

—Esta noche además terminaremos bailando salsa. ¿Te apuntas? —añado.

Según digo eso veo que niega con la cabeza e indica:

—No. Tengo planes con Aldegonda.

Vaya…, ¡tiene planes con la Algodón! Como se entere Margot, bueno, bueno…

Ambos asentimos. Aunque intentamos aparentar normalidad, yo noto que el aire circula lentamente entre nosotros. ¿Lo notará él también? Y, terminándome el café para desaparecer, miro el reloj y digo:

—Voy a ducharme, debo recoger a Verónica a las once y media.

—Pasadlo bien.

Cuando oigo eso, le guiño un ojo y afirmo:

—¡Te lo prometo!

Al salir de la cocina me regaño a mí misma. ¿Por qué le habré guiñado el ojo? Pero, sin querer pensar más en ello, entro en mi habitación, donde me desnudo, y me meto en la preciosa ducha.

Diez minutos después, cuando estoy secándome el pelo, suena mi

teléfono. Al ver que es Verónica lo cojo y oigo:

—Me duele muchísimo el estómago. Creo que estoy incubando algo y no me encuentro bien como para ir a la playa y pasar el día fuera de casa.

—Ratona, no pasa nada.

Pero mi Vero gruñe:

—¡Joder! Teníamos planes y...

—Tranquila, tendremos otros fines de semana libres.

Tras hablar unos segundos más con ella, una vez que cuelgo el teléfono me entra un mensaje de Alessandro, el periodista, que dice:

En septiembre voy a la isla a hacer
un reportaje. ¿Nos vemos?

En cuanto leo eso me río y, sin dudarlo, tecleo en mi móvil:

Avísame cuando estés aquí.

Una vez que lo envío, y algo apenada por no poder contar durante el fin de semana con Verónica, me siento en la cama y, mientras me pongo un bikini, unas bermudas y una camiseta, pienso qué hacer. En la casa, sin Jan y a solas con Liam, que para mí es una gran tentación, no pienso quedarme, y tras calzarme unas botas, decido irme en plan aventura. Meto en una mochila una gorra, crema solar, mi documentación y una toalla, y, cogiendo mi casco de moto, salgo de mi cuarto y también de la casa.

Al llegar al jardín, *Pepa* y *Pepe* vienen a saludarme. Sorprendida, miro a mi alrededor. ¿Y *Tigre*?

Rápidamente lo busco con la mirada, hasta que aparece corriendo y sonrío. Sale de la casa y veo que lleva algo en la boca.

¿Qué es?

Desde la distancia lo llamo. *Tigre* viene y me quiero morir cuando distingo qué es lo que lleva en la boca.

¡Ay, Dios, como lo vea Liam, lo va a matar!

Sin dar crédito, lo hago venir hasta mí y, cuando se acerca, le quito con cuidado uno de los cinco samuráis que Liam tiene en el mueble del salón y que Claudia me indicó que no podían tocarse. De reojo, miro hacia la casa. Por suerte Liam no nos ve y, con cuidado, meto la delicada figurita en mi mochila y murmuro mirando a mi

perro:

—¿Acaso pretendes que nos echen de aquí?

Tigre me mira parado frente a mí. Como siempre, parece que sonríe. Me doy la vuelta y me encamino hacia el garaje. Dejaré allí escondida la figurita y cuando regrese volveré a colocarla en su sitio. Con suerte Liam no se dará cuenta. *Pepa*, *Pepe* y *Tigre* me persiguen.

Una vez que llego al garaje *Tigre* se sube al sillín de mi moto de un salto. Eso me hace saber que se quiere venir conmigo y, tras cogerlo con cariño, lo estoy bajando al suelo cuando oigo:

—Ya vas tarde.

—¡Joder! —grito sobresaltada.

Del susto que me doy, suelto a *Tigre* y también la mochila. Pero, por suerte, reacciono a tiempo e, igual que suelto a mi perro, la cojo al vuelo, aunque inevitablemente la mochila cae al suelo y de inmediato oigo un «¡clanc!».

No..., no..., no..., lo que estoy pensando no puede ser verdad...

Horrorizada, tengo la certeza de qué ha sido el ruido que he oído.

Entonces Liam se acerca a mí rápidamente y, tras recoger mi mochila, me la tiende.

—Lo siento... —dice—. Creía que me habías oído entrar.

Paralizada, no sé qué decir. La que lo siente soy yo.

—Creo que, al caer la mochila, se ha roto algo —añade acto seguido.

Ay, Dios... Ay, Dios, ¡me quiero morir!

Intuyo que el ruido ha sido la figurita, que se ha roto, y pensando cómo voy a ser capaz de confesárselo, murmuro:

—Cualquier día me matas de un susto.

Liam sonríe. Yo, en cambio, no puedo.

—¿Vas a comprobar si se ha roto algo? —pregunta él a continuación.

Con cara de circunstancias, asiento y entonces veo que se mira el reloj.

—¿No vas un poco tarde para recoger a Verónica?

Sin poder evitarlo, abro mi mochila y... Dios, Dios..., ¡me quiero morir! El samurái está partido en tres trozos... ¡Tres! Me apresuro a cerrarla de nuevo y, al ver cómo me mira a la espera de una respuesta por mi parte, indico fabricando una sonrisa:

—Todo está bien.

Liam asiente.

—Menos mal —dice—. Por un momento he pensado que se había roto algo.

Madre mía..., madre mía..., ¡creo que se me va a salir el corazón del pecho! Por ello, e intentando disimular mi desconcierto, cojo mi móvil, busco enseguida cómo llegar a la playa de Benijo y explico:

—Al final no veré a Verónica hoy.

—¿Por qué? ¿Ha ocurrido algo?

Digo que sí con la cabeza. Claro que ha ocurrido: hemos roto una figurita... Pero, subiéndome en mi moto, indico sin querer alarmarlo:

—No se encuentra bien.

Veo que Liam asiente y luego, enseñándole el mapa que me ha trazado mi móvil, pregunto descolocada:

—¿Esta es la mejor ruta para llegar a la playa de Benijo?

Liam mira la pantalla de mi teléfono y luego contesta:

—Sin duda alguna.

Según dice eso, asiento. Ay, Dios..., ¡que nos hemos cargado la figurita!

Y entonces él pregunta mirándome:

—¿Te pasa algo?

Ufff..., ¡que me lo nota!

Miro a *Tigre*. Este sigue sonriendo. ¡La madre que lo parió!

Y, guardándome el móvil dentro de la chaquetilla que me he puesto, rápidamente me coloco el casco, arranco la moto y digo metiendo primera:

—¡Que tengas un buen día!

Liam asiente con gesto extrañado. Y yo, dirigiéndome hacia la cancela, la abro con el mando a distancia y, una vez que salgo, vuelvo a cerrarla con cuidado de que los perros se queden dentro.

Echo un vistazo al vigilante. Desde su caseta Agoney me devuelve la mirada. En sus ojos creo adivinar que sabe que guardo un secreto... Y, metiendo primera, suelto embrague, aprieto el acelerador y me marcho de allí a toda leche.

Capítulo 33

Encontrar la playa de Benijo ha sido más fácil de lo que imaginaba.

Una vez que aparco mi moto bajo un árbol para protegerla del sol, camino unos metros hasta que llego a un sitio en el que, como ya me advirtió Verónica, me quedo sin habla.

¡Qué preciosidad de playa!

El paisaje que tengo ante mí es una verdadera maravilla y, tras hacerme un selfi, se lo mando a Vero. Quiero que vea que he seguido con el plan y no me ha jorobado el día.

Guardo el móvil en el bolsillo de mis bermudas y empiezo a bajar el mogollón de escaleras que hay hasta la arena. Pero, en cuanto llego a la playa, me siento tan bien que creo que el esfuerzo ha merecido la pena.

Acalorada, dejo mi mochila y el resto de mis cosas junto a las rocas. La marea está bastante alta, y la poca gente que hay aquí está en el agua, que está muy tranquila.

Gustosa, me quito la ropa, me quedo en bikini y corro hacia el mar.

Una vez dentro, la sensación es maravillosa. El agua me proporciona el frescor que necesito y, tras nadar un rato y desfogarme, hago el muerto y disfruto del sol sobre mi cuerpo y mi rostro.

De inmediato me viene a la mente Jan. ¿Qué estará haciendo?

Pensar en el pequeño me hace sonreír. Nunca había estado tanto tiempo con un bebé, y reconozco que me estoy enamorando de él. En los hospitales en los que he trabajado he sido la típica enfermera de pediatría que siempre andaba con algún pequeñín en brazos. Me encantan los niños. Pero nunca había estado las veinticuatro horas del día con uno como con Jan y, la verdad, aunque este rato de tranquilidad me está viniendo de lujo, lo echo de menos.

Pensar en él hace que inevitablemente piense también en su padre. En ese hombre que tanto me atrae, que me ha dado calabazas y que creo que se va a enfadar mucho cuando sepa lo de la figurita del

samurái…

¿Cómo se lo digo antes de que se dé cuenta de que le falta una?

Pienso, pienso y pienso, y cuanto más lo pienso más me agobio.

Al rato salgo del agua, camino hacia mi toalla y, tan pronto como me siento en ella, abro mi mochila y, al sacar la figurita del samurái en tres partes, me desespero. Es tan fina y delicada que, aunque la pegue con cola, se va a dar cuenta.

Al mirarla con atención distingo un nombre escrito en ella. Rápidamente cojo mi móvil, entro en Google y veo que ese nombre corresponde a un fabricante japonés de figuritas. Durante unos minutos veo fotos de figuras, hasta que encuentro las que tiene Liam: «Colección Buena Sintonía».

Según leo eso, sonrío y musito:

—Perfecto nombrecito.

Busco información sobre cómo conseguir una figurita igual, y entonces me quedo sin palabras. Cada una de ellas vale la friolera de tres mil euros… ¿En serio?

Horrorizada, y pensando en cómo conseguir la figura más barata, vuelvo a meter el samurái en la mochila, saco la botella de agua, le doy un trago y, cuando miro hacia la escalera por la que he bajado y por la que luego tendré que subir, dejo de beber y musito:

—He de racionar para la subida.

Intentando olvidarme de la figurita, cojo mis auriculares, me los pongo y, tras buscar en Spotify una lista que me veté, cuando la encuentro me la quedo mirando. Es la lista de canciones de Pablo Alborán, y saber que a Liam le gusta tanto hace que quiera escucharla.

—Oficialmente dejas de estar vetada —murmuro.

Acto seguido pongo *Pasos de cero* —¡qué buen rollito me da esta canción!—, y mientras la tarareo sonrío, pues, como dice la letra, qué curiosa es la vida, que me está sorprendiendo con este amor loco y sin sentido.

Analizo la canción que llevaba tiempo sin escuchar mientras miro el mar. ¿Por qué iré a fijarme siempre en quien menos me conviene? ¿Por qué me complicaré la vida suspirando por hombres que ni siquiera saben que existo?

Durante un buen rato disfruto escuchando a Pablo. Llevo siglos sin hacerlo y, la verdad, ahora que lo hago siento que me alegra el corazón, aunque en otros momentos me lo destroce con la veracidad

de sus letras.

Cuando acaba mi lista suenan canciones de otros artistas y también las disfruto. Empieza *Solo déjate amar* de Kalimba, y de inmediato el rostro de Liam aparece de nuevo en mi mente.

Sonrío. ¡Qué mono es!

Mi imaginación vuela, sueña… Y, oye, yo la dejo volar y soñar. Total, la imaginación es libre. ¿Quién me la va a vetar? ¿Y quién va a saber con lo que fantaseo?

Tras esa canción suena otra y otra, y cuando el calor puede conmigo me quito los auriculares, los dejo sobre la toalla y corro al mar. Necesito refrescarme.

Gustosa, nado y me zambullo sin descanso durante un buen rato. Como diría mi amigo Leo, cuando me meto en el agua me salen branquias de lo mucho que me gusta bucear.

Encantada, disfruto del momento. Vuelvo a quedarme flotando boca arriba y estoy pasándomelo en grande cuando de repente oigo:

—¿Piensas quedarte a vivir en el agua?

El salto que doy al oír esa voz tan cerca de mí es tremendo. Y, al ver que es Liam, gruño sobresaltada:

—Pero ¿es que tú me quieres matar de un susto?

Se ríe. Yo, no sé por qué, me río también, y a continuación pregunto:

—¿Qué estás haciendo aquí?

Él sonríe, está mojado como yo, e indica:

—Cuando te has ido me he dado cuenta de que había sido un desconsiderado al no ofrecerme a acompañarte. Así pues, no lo he pensado y, sabiendo dónde estabas, he cogido mi moto y me he venido hacia aquí.

Boquiabierta, me quito el agua que me corre por el rostro.

—Pero ¿no tenías planes con Algodón? —inquiero.

Liam se encoge de hombros.

—He llamado a Aldegonda y he anulado la cita.

Sorprendida por ello, no sé qué decir; entonces oigo que pregunta con picardía:

—Una cosita… ¿Has comido ya?

Divertida por eso de «una cosita», niego con la cabeza.

—Vamos. Te llevaré a comer a un bonito sitio —dice a continuación.

Según suelta eso comienza a nadar hacia la orilla y yo me quedo mirándolo. Pero ¿qué está haciendo aquí? ¿Por qué no está con Algodón? ¿Acaso pretende volverme loca? Sin moverme, pienso y pienso, y entonces me acuerdo de la figurita rota que llevo en la mochila.

¿Cómo se lo digo?

Pero, sin tiempo que perder, y en cierto modo encantada por su inesperada visita, llego buceando hasta donde está él y, cuando salgo del agua, Liam musita:

—Ahora entiendo eso de «Pececita Madrileña»...

Según lo dice, niego con la cabeza, y de pronto recuerdo que un día me dijo que Verónica le había contado cosas de mí, por lo que no respondo, pero sonrío. ¿Para qué contarle algo mío si nunca le ha interesado?

Sin mirar atrás, camino hacia donde están mis cosas y veo que están también las suyas.

Me seco la cara con una toalla, cojo un peine para el cabello y, al mirarlo, me acaloro. El cuerpo de este hombre en bañador es un escándalo. Y, dejando de mirar para que no se me vaya a caer la babilla, pregunto:

—¿Sabes algo de Jan?

Liam asiente y sonríe.

—Está bien. He hablado con Florencia y me ha dicho que mi padre estaba en la piscina bañándose con él y que el niño estaba contento y feliz.

Me gusta oír eso. A Jan le encanta el agua.

Una vez que recogemos nuestras cosas, caminamos hacia la escalera para salir de la playa y, mirándola, susurro:

—Si muero en el intento, que Verónica se quede con *Tigre*.

Liam suelta una risotada y yo, consciente de la cara de boba que debo de tener mirándolo, comienzo a subir los escalones a buen ritmo.

Liam me sigue. En el trayecto me habla de los perros y, cuando se refiere a *Tigre* como un «pequeñajo listo y espabilado» que lo está sorprendiendo, incapaz de callar un segundo más me detengo y suelto con total seriedad:

—Tengo que decirte una cosita...

Liam me mira.

—Muy seria te has puesto por la *cosita*... ¿Qué pasa?

Horrorizada por lo que tengo que confesarle, noto que mi corazón se acelera e, incapaz de decir la verdad, contesto:

—Pasa que lo que tengo que decirte no sé cómo decírtelo…

Ay, Diosss…, ay, Dios…, cómo me miraaaaaa. Y acto seguido dice:

—Lo que ocurrió el otro día entre tú y yo quedó aclarado, ¿no?

Vale, intuyo a lo que se refiere, y replico sin darle importancia:

—Claro que sí. Eso está olvidado.

¡¿Olvidado?! Menos mal que no soy de madera, porque si fuera así me estaría creciendo la nariz como a Pinocho, a un ritmo vertiginoso.

Él asiente al oír el tono seguro de mis palabras y entonces, cambiando el gesto, pregunta:

—No irás a decirme que dejas el trabajo por lo que ocurrió, ¿verdad?

Oír eso me hace gracia.

—Por supuesto que no voy a dejar el trabajo —murmuro.

—Menos mal —musita aliviado.

Woooo, ¡me encanta oír eso!

—Pero quizá cuando veas lo que tengo que enseñarte —susurro—, seas tú quien desee que me vaya…

Su cara de no entender nada me hace gracia. De pronto me río y él dice en voz baja sonriendo:

—Vamos a ver, Amara, ¿qué pasa?

Sin poder aguantar un segundo más, y bajo un sol de justicia, lo miro y señalo:

—Creo que será mejor que te lo cuente cuando lleguemos a la sombra, donde he dejado mi moto.

Liam se ríe, comienza a bromear conmigo, y yo, de lo nerviosa que estoy, le sigo la broma.

Entre risas terminamos de subir la escalera, y cuando llegamos a mi moto y veo que está también la suya, me paro y saco la botella de mi mochila.

—Necesito agua —digo—. ¿Tú tienes?

Él saca otra botella de su mochila y, cuando ambos ya hemos bebido, Liam me pide mirándome:

—Y ahora, por favor, ¿quieres decirme de una vez qué es esa cosita que va a hacer que quiera que te vayas de mi casa?

Resoplo. Suspiro. Y, abriendo de nuevo la mochila, meto la mano,

toco los trozos rotos de la figurita y, antes de sacarlos, empiezo a explicar:

—No sé por qué *Tigre* lo cogió… El caso es que se lo he quitado en el jardín, cuando me marchaba, y estaba intacto… Pensaba dejarlo en el garaje hasta mi regreso, pero luego has llegado tú, me has asustado, la mochila se me ha caído al suelo y…

—¿Lo que sonaba a roto es lo que vas a enseñarme ahora?

Con gesto apurado asiento y, agarrando los trozos rotos del samurái, los saco y musito tras tomar aire:

—Lo siento.

Liam mira mi mano y me doy cuenta de que reconoce lo que es, así que antes de que suelte un bufido digo:

—He estado investigando en la página del fabricante y he visto que puedo pedirte una igual y que podría estar aquí dentro de unos veinte días…

Liam extiende la mano y yo le entrego los tres pedazos del samurái. Veo que aprieta los dientes. Malo, malo…

—Asumo las consecuencias —susurro—, no sé qué decir, de verdad. Solo puedo prometerte que te repondré la figurita y…

—¿Que vas a reponer la figurita?

—Sí, y…

—No digas tonterías —me corta, y antes de que yo diga nada añade—: No te voy a negar que me joroba verla rota porque la traje de uno de mis viajes, pero no quiero que compres otra nueva. No hace falta.

Estoy boquiabierta porque se lo haya tomado tan bien y no sé qué decir; entonces Liam, sonriendo, al tiempo que guarda los tres trozos del samurái en su mochila, musita:

—¿Esto te estaba quitando la vida?

—Sí.

—¿Tan ogro, materialista e intransigente crees que soy?

Según dice eso niego con la cabeza y afirmo:

—Fácil no eres.

Él se ríe. ¡Dios, qué sonrisa tiene! Y, sorprendiéndome de nuevo, viene hacia mí, me abraza y musita cerca de mi oído:

—Que la vida te la quiten cosas importantes, no cosas materiales como esta figurita.

Bloqueada, no sé qué decir. Ya no solo es que no se haya

enfadado, ¡sino que encima va y me abraza! Ohhhh, Dios, cuánto me gusta este tío… Tanto que es imposible que yo le guste a él. A mí nunca me salen las cosas bien.

Abrazada a él, rodeo su espalda con las manos. ¡Me encanta esta sensación! Creo que, cuando llegue a casa, le daré doble ración de salchichas a *Tigre* por su estupenda acción. Sigo disfrutando de su olor, de su cercanía y del momento cuando oigo que dice:

—Y ahora, si me sueltas, te llevaré a comer.

De inmediato lo dejo ir. Menuda lapa estoy hecha.

Según lo suelto, nuestras mejillas se rozan y, apurada por el modo en que me mira, murmuro:

—La comida la pagaré yo, es lo menos que…

—¡Ni hablar!

Nos miramos en silencio. Ay, madre mía, qué tentación siento de besarlo…

Pero entonces Liam sonríe y, montándose en su moto, dice:

—Vamos, Pececita, sígueme.

El apodo me hace gracia, por lo que suelto una carcajada, monto a mi vez en mi moto y lo sigo. ¡Vamos que si lo sigo!

Capítulo 34

Liam me lleva a un precioso restaurante donde nos sentamos en una bonita terraza con vistas al mar que, uf..., ¡me maravilla! Me siento como en un sueño y disfruto de todo como una niña pequeña, mientras suena musiquita que me encanta, como es el caso de *In Our Dream*, de The EQS.

Allí comemos como reyes, está todo exquisito, y me siento muy cómoda en compañía de Liam, del mismo modo que noto que él se siente igual conmigo. ¿Quién nos iba a decir que podríamos comer juntos con tan buena sintonía?

En un lateral del restaurante hay una chica jovencita repartiendo unos folletos de excursiones que se hacen por la zona. Es encantadora y guapísima, y cuando dos hombres que hay en la mesa de al lado hacen un comentario sobre sus pechos que para mi gusto sobra, los miro y me muerdo la lengua.

—¿Qué ocurre? —me pregunta Liam al percatarse de la mirada que les echo.

La muchacha, que lo ha oído igual que yo, me mira. Puedo percibir la incomodidad en su expresión y, al ver a los dos tipos reírse, murmuro:

—¡Que no soporto a los unga-unga!

Liam levanta las cejas. No me entiende. Le explico que los «unga-unga» son para mí los machirulos que se creen con el poder de decirle a cualquier mujer lo que les da la gana.

Y, tras mirar a los hombres con gesto de desprecio, musita:

—Como diría mi padre, por desgracia en el mundo hay de todo.

Asiento. Sin duda, su padre tiene razón. Acto seguido guardamos silencio. Como diría mi amigo Leo, ¡acaba de pasar un ángel!

—Me he dado cuenta de que llevas varios tatuajes —comenta él al cabo.

Rápidamente miro el de mi muñeca y Liam pregunta con curiosidad:

—Ese tatuaje tan romántico de *«Love of My Life»*, ¿a quién es debido?

—Al amor de mi vida —afirmo convencida.

Él asiente, aunque no logro descifrar su expresión. Sé que esa frase tan romántica puede dar lugar a distintas interpretaciones y, sin ahondar en el tema, añade:

—También llevas el mismo tatuaje que Verónica sobre las costillas.

Sonrío y me lo toco por encima de la ropa.

—«En lo malo. En lo bueno. Y en lo mejor» —digo. Él cabecea, y le aclaro—: Es el lema del Comando Chuminero.

—¿El Comando Chuminero? —se mofa.

Divertida al ver su expresión de guasa, asiento.

—Fue idea de Leo —indico—. La pandilla la formamos Verónica, Mercedes, él y yo. Y él, siendo el único chico, cuando creó el grupo de WhatsApp lo bautizó de ese modo.

Ambos nos reímos a carcajadas y luego veo que se queda mirando de nuevo el tatuaje que tengo en la muñeca por mi hermano. En ese instante comienza a sonarle el teléfono y en la pantalla leo el nombre de Margot.

—Un segundo —me pide Liam poniéndose en pie.

Sonriendo, asiento. Un segundo, dos... y los que quiera.

Espero gustosa hasta que los hombres vuelven a hacer otro comentario sobre la muchacha. Esta vez me desagrada más aún que el anterior, y voy a decirles algo cuando mi teléfono suena.

Es Verónica.

—Hola —saludo—. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor. ¿Dónde estás?

Miro a Liam, que habla más allá con la tal Margot.

—Comiendo con un guaperas en un sitio precioso —indico.

—¡¿Qué guaperas?!

—El Friki del Control...

Según digo eso, noto que a mi amiga se le corta la respiración mientras veo que uno de los hombres de la mesa de al lado se levanta y va hacia la muchacha que reparte los folletos.

—¿Estás comiendo con Liam? —inquiere Vero.

—Sí.

Acto seguido, mientras oigo que mi amiga se ríe, le aclaro

poniéndome en pie para acercarme más a la muchacha y al hombre que se ha dirigido hacia ella:

—Ha aparecido en la playa de Benijo de pronto… ¿Qué querías que hiciera si ha venido a invitarme a comer y a pasar el día conmigo?

—La madre que os parió a los dos… Pero ¿qué jueguecito os traéis?

Miro a Liam. La verdad es que me ha sorprendido su presencia, pero, sin querer darle más vueltas, respondo:

—Imagino que simplemente quiere ser amable conmigo…

Durante unos momentos seguimos hablando, pero, al ver el apuro de la muchacha de los folletos, que le está diciendo que no al tipo una y otra vez, le digo a Vero:

—Y ahora te dejo. Mañana te llamo y te cuento, ¿vale?

Una vez que cuelgo el teléfono, desde donde estoy oigo mejor lo que dice el hombre, que no para de preguntarle a la chiquilla a qué hora termina de trabajar. Quiere que vaya con él y su amigo a tomar algo, pero la chica dice que no una y otra vez. Con toda la educación del mundo intenta quitarse a aquel imbécil de encima, y cuando ya no puedo más, me acerco a ellos y suelto mirando a aquel tipo:

—No voy a pedir perdón por meterme donde no me llaman, pero tú, pedazo de cenutrio, sí le vas a pedir perdón a ella por molestarla y pasarte como te estás pasando.

La chica me mira. El hombre también, y, tras echar un vistazo a mis pechos, dice:

—Sin duda, este restaurante está lleno de mujeres muy tentadoras.

Uf, lo que me entra por el cuerpo cuando oigo eso. Miro a Liam, que sigue hablando por teléfono más allá, por lo que, con todo mi morro me pongo en plan chula y, tras rascarme la cicatriz de la frente, suelto:

—Soy la inspectora Amara López, de la Policía Nacional. ¿Qué está ocurriendo aquí?

Como esperaba, al tipo le cambia la cara. ¡Acabo de acojonarlo! El hecho de que yo sea policía hace que le tiemblen las piernas. ¡Bien! Y, consciente de que a aquel mierda ya se le han quitado las ganas de vacilarle a la muchacha, indico con toda mi mala leche:

—Una cosita… Ella no, pero yo, como sigas comportándote como un imbécil, te voy a meter tal patada en los huevos que, sinceramente,

lo vas a lamentar. Y, por supuesto, acto seguido te vas a venir conmigo para la comisaría —y, viendo que lleva anillo de casado, añado—: llamaremos a tu mujer y a tu familia y les contaremos lo ocurrido... ¿Te parece buena idea?

A punto del desmayo, creo que el hombre ni siquiera respira. Levanta las cejas, y entonces Liam pregunta acercándose con gesto serio:

—¿Qué ocurre?

Tras mirar al tipo, que está entre blanco y ceniciento, me vuelvo hacia él y, guiñándole un ojo, digo mientras me rasco de nuevo la cicatriz de la frente:

—No pasa nada, subinspector Acosta. Solo le he tenido que decir a este caballero que soy la inspectora López, de la Policía Nacional, y que, como siga pasándose con esta muchacha, tras patearle los huevos, directamente nos lo llevaremos al calabozo.

Liam me mira. Está sorprendido. Y, cogiendo mi mano algo alarmado, la retira de mi frente y acto seguido dice:

—Tranquila, subinspectora.

Eso me hace gracia. Está visto que recuerda lo que Vero le contó. Y, para no reírme, vuelvo a mirar al hombre, que no respira, y añado con esa chulería que he visto que algunas inspectoras policiales emplean en las películas:

—Tienes dos opciones, amiguito. La primera: cabrearme más y que te lleve a comisaría. Y la segunda: pagar la cuenta, recoger a tu colega y largaros de aquí *ipso facto*... ¡Tú decides!

La cara del hombre pasa por todos los colores. No esperaba lo que se ha encontrado y, tras darse la vuelta, veo que se dirige hacia su mesa. Allí le pide a su amigo que se levante y, sin mirarme y a toda prisa, pagan y se van.

Liam me mira, está flipando, y yo le echo una sonrisita cómplice e indico:

—Dame un segundo y te explico.

Él asiente y yo, mirando a la muchachita, que está apurada, pregunto:

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Cómo te llamas?

—Clara.

—Amara —digo.

Ella sonríe, y vuelvo a preguntar:

—¿Cuántos años tienes, Clara?

—Veintitrés.

Suspiro. Es muy joven.

—Llevo una semana en este trabajo y me gustaría conservarlo —musita luego.

Oír eso me apena. Saber que muchas veces por conservar el trabajo todos tenemos que aguantar cosas que no deseamos es algo que me enerva.

—Muchas gracias por la ayuda —añade a continuación—. La verdad es que me he quedado tan bloqueada frente a ese hombre que no sabía ni qué decir.

Asiento con una sonrisa, pues me doy cuenta de que es una niña.

—No permitas que nadie invada tu espacio ni te infravalore con sus malditos comentarios machistas, tenga la edad que tenga —señalo—. ¡No es no! Y la próxima vez que alguien se pase, córtalo de raíz y, si no cesa, directamente llama a la policía.

—Pero...

—Clara, ¡no hay peros que valgan! La próxima vez llamas a la policía porque ellos están para ayudar, no lo olvides.

La muchacha asiente y, viendo su gesto apurado, la abrazo y noto cómo ella lo agradece. Durante unos segundos ambas permanecemos abrazadas, hasta que oigo que cuchichea:

—¿Has dicho que eras la inspectora Amara López, de la Policía Nacional?

Oír eso me hace gracia.

—No soy policía —confieso—. Solo soy una mujer que tuvo que aprender a defenderse desde muy joven usando todas las artimañas posibles.

Sorprendida, la chica me mira, y yo añado:

—No estás sola, Clara. No lo olvides.

La muchacha sonríe. En ese momento entra un grupo de turistas en el restaurante y Liam y yo regresamos a nuestra mesa para dejar que Clara continúe trabajando.

Cuando nos sentamos le digo a Liam:

—Por cierto, ha llamado Verónica. Te manda saludos.

Él asiente y luego, mirándome con guasa, inquiere:

—¡¿Inspectora López?! Y yo, ¡¿subinspector Acosta?!

Sonrío.

—No me digas que no es morboso..., tú y yo policías —cuchicheo. Liam suelta una carcajada—. Quería asustar al tipo —agrego— y, sin duda, lo he conseguido convirtiéndome en una dura e implacable inspectora de policía.

Él asiente y, todavía sorprendido, pregunta:

—¿Me puedes contar qué ha pasado?

Rápidamente le refiero lo sucedido con la muchacha.

—Por desgracia —prosigo—, el noventa y cinco por ciento de las mujeres nos encontramos en alguna situación incómoda alguna vez en la vida por culpa de algún tipejo sobradito de prepotencia. En mi caso, con el paso de los años y de las experiencias, he aprendido a manejarme... Clara es muy jovencita, pero aprenderá también.

Liam asiente, y a continuación pregunta:

—¿Esas situaciones incómodas ocurrieron cuando eras camarera?

—Pateé varios culos —digo con una pícara sonrisa—, y recuerdo que a uno que se pasó más de la cuenta incluso le salté un diente.

Él me observa boquiabierto.

—La Pececita tiene carácter... —murmura.

—Cuando es necesario, por supuesto que sí —me mofo batiendo las pestañas.

Pero, por Diossss..., ¿qué hago pestañeándole como una imbécil?

—Me gustaría saber a qué es debido ese carácter, la cicatriz que tienes en la frente y por qué lloraste la otra noche con tanto sentimiento.

Según lo oigo, me sorprendo.

—¿Quieres saber cosas de mí? —pregunto.

—Por supuesto —afirma él con seriedad.

Su gesto me hace reír y, mirando la carta de postres, mientras gestiono lo que acaba de decirme, finalmente me decido por uno y llamo al camarero.

—Por favor, tráiganos tarta de chocolate blanco con helado de turrón y dos cucharillas —pido.

Cuando este se marcha, miro a Liam e indico:

—Una cucharita es para ti. Y..., no, ahora no quiero hablar de mí.

Él sonríe de una manera que me pone muy nerviosa. Me observa. Su mirada es intensa..., tanto que mi estómago se contrae y, dándome

aire con la mano, exclamo:

—Uf…, ¡¿no tienes calor?!

Instantes después, cuando el camarero deja frente a nosotros el postre, cojo una de las cucharillas y se la tiendo.

—Vamos, comparte conmigo esta maravilla —digo.

De nuevo Liam suelta una risotada y, sin dudarlo, la coge y empieza a comer del postre conmigo. Sé que le gusta, que lo disfruta, y yo desvío el tema para no hablar sobre lo que me ha preguntado.

—Estaba bueno, ¿ehhhh? —comento cuando el plato queda limpio.

—No puedo decir que no, Pececita —replica limpiándose la boca con la servilleta; y acto seguido añade—: Pero no soy tonto, y he visto cómo evitabas hablar sobre lo que te he preguntado.

Eso me hace suspirar.

—Es aburrido. Créeme —murmuro.

—Todavía no he encontrado nada aburrido en ti —contesta.

¡Wooooo, madre mía, lo que me ha dicho!

¿Desde cuándo este hombre me dedica frases tan estupendas?

Acalorada por su respuesta, pido la cuenta al camarero y, cuando voy a pagar, él me lo impide, no me deja, y al final claudico. La próxima vez pagaré yo.

Cuando nos levantamos de la mesa nos despedimos de Clara y salimos a la calle. Hace muchísimo sol. Entonces noto que Liam me coge de la mano y propone con naturalidad:

—Crucemos a la otra acera. Allí hay sombra.

Wooooo, ¡que me ha cogido la manooooooo!

Gustosa, cierro los dedos sobre la suya y cruzamos la calle.

¿En serio está ocurriendo esto cuando me dijo que no quería nada conmigo?

Una vez en la otra acera, nos soltamos de la mano y, mirándome, pregunta:

—Tu siguiente parada era el mirador de Aguaide, ¿verdad? —Yo asiento, y entonces oigo que dice encaminándose hacia las motos—: Pues allá que vamos.

Encantada y feliz por conocer a un Liam que hasta el momento no me había permitido conocer, montamos en las motos y, a veces siguiéndolo y otras veces junto a él, los dos disfrutamos de nuestra ruta por la carretera mientras siento que mi nivel de felicidad no

puede estar más alto.

Aissss, ¡con qué poco me conformo!

Un buen rato después llegamos a un determinado punto, aparcamos y emprendemos una caminata. De nuevo el buen humor y la complicidad entre nosotros son evidentes, y por cómo me trata me hace sentir especial. Muy especial.

Sin que haga ni diga nada, sé que le gusto. Solo hay que ver cómo me mira y me incita a prestarle atención para darme cuenta de que entre nosotros hay algo.

Llegamos al mirador de Aguaide en pleno atardecer y me quedo sin respiración. ¡Es impresionante! ¡Qué vistas!

Recibo un mensaje de Alejo. Quiere saber si me apunto esta noche a ir al Salseando, pero, sin pensarlo siquiera, le digo que no. Estar con Liam me resulta más interesante.

Boquiabierta, me acerco al borde del mirador y, al plantar las manos en la barandilla, Liam explica:

—Frente a ti tienes el maravilloso océano Atlántico y estás en un balcón que está construido sobre un acantilado de quinientos metros de altura.

¡Madre mía, qué caída!

Estoy disfrutando de las impresionantes vistas cuando Liam se me acerca por detrás y, apoyándose también en la barandilla, murmura:

—Esa es la Punta del Hidalgo y aquello es el Roque Dos Hermanos.

Su cercanía y su olor me embriagan... Me gusta que invada mi espacio. E, intentando disimular lo que eso me provoca, consigo susurrar:

—¡Qué bonito!

Sentir su respiración en mi cuello me excita mucho; entonces lo oigo decir con orgullo:

—Tengo la suerte de vivir en un sitio mágico y especial.

Mágica y especial me siento yo en este momento...

¡Hay que ver lo tonta que soy y con qué poco me vengo arriba!

Liam está detrás de mí, sus brazos me rodean mientras sus manos sujetan la barandilla, y yo simplemente me dedico a disfrutar de ello y del precioso atardecer.

—Solo falta Jan para que este momento sea perfecto —musito al cabo.

—Tienes toda la razón —afirma él.

Acalorada por tenerlo tan cerca y por lo que ambos acabamos de decir, mi mente va a mil por hora. A veces, cuando estamos los tres, me siento como en familia.

Entonces comienzo a tararear la canción que tanto le gusta a Jan y Liam comenta con una sonrisa:

—Ahora casi estamos los tres.

Emocionada, asiento. Ais, Jan..., mi niño. ¿Qué estará haciendo?

Mirando al mar, canto *Can't Take My Eyes Off You*. Me siento como la protagonista de mi propia película, junto a un hombre que me encanta. Solo me falta levantar los brazos al cielo como la heroína de *Titanic* en la proa de aquel barco, pero en mi caso, en el mirador.

Diossss..., ¡qué peliculera soy!

No obstante, mientras canto, siento la necesidad de mirar esos ojos que tanto me gustan y que hoy, durante todo el día, me han cautivado más aún si cabe. Y, dándome la vuelta, sigo tarareando y digo eso de *«I love you, baby...»*.

Madre mía, madre mía..., ¡con qué descaro me estoy declarando!

Él me dijo que no, me rechazó. Pero aquí estoy yo, mirándolo mientras canto la canción.

Liam no se aparta. No creo que la intimidad y la magia de este momento las hayamos buscado ninguno de los dos, pero el caso es que se ha producido, y siento que nuestras miradas y la tensión de nuestros cuerpos hablan por sí solos.

Por Dios..., ¿qué estamos haciendo?

Liam pasea los ojos por mi boca. Uf, madre mía. Por mi rostro. Requeteuffffff, vuelvo a pensar. E incluso retira un mechón de pelo que se me mete en la boca y, con mimo, me lo coloca detrás de la oreja. Y, cuando acabo la canción, estamos tan cerca el uno del otro que musito:

—Creo que no deberíamos.

—No, Pececita. No deberíamos.

Uf, madre mía, ¡qué tentación! ¡Qué morbo!

¿Lo beso? ¿No lo beso? ¿Lo tiento? ¿No lo tiento?

Pero, deseosa de tentarlo, susurro:

—Solo te digo que si me vas a acallar, que sea con un beso.

Y, ¡zas!, nos besamos.

Su boca es caliente. La mía, abrasadora.

Su deseo es evidente. El mío, ¡ni te cuento...!

El tímido beso con el que empezamos sube de intensidad y, estamos devorándonos con fruición cuando oímos unos aplausos y, al volvernos, vemos a unas chicas que están al lado y una de ellas dice:

—Ay, por favorrrrrr..., ¡qué momento tan romántico!

—Uisss, tengo los pelos como escarpias —murmura la otra.

Acalorada, yo no sé qué decir. Miro a Liam, que está tan descolocado como yo. ¿Por qué nos hemos besado otra vez?

Él da entonces un paso hacia atrás. Yo no puedo, porque tengo la barandilla clavada en los riñones, y acto seguido dice mirándome:

—Voy... voy hacia la moto.

Asiento, no puedo hablar. Y cuando se marcha, una de las chicas se acerca a mí y comenta emocionada:

—Hacéis una parejita preciosa.

Sonrío. ¡¿Se puede saber por qué sonrío?!

—¡Os he hecho una foto con el atardecer de fondo! —indica ella.

Sin dar crédito miro la foto que me enseña en su teléfono móvil. ¿En serio?

En la imagen se nos ve a Liam y a mí uniendo nuestros labios con un precioso atardecer a nuestro alrededor.

—No me digas que no es una pasada de foto —comenta la chica.

Asiento, no puedo negarlo. La foto es preciosa, increíble. Cualquiera que la mirara vería en ella a dos personas enamoradas.

—Por supuesto, la foto era para vosotros —añade ella—. En cuanto te la pase, la borro.

Vuelvo a asentir y la otra, que se ha acercado también, interviene:

—Hemos pensado que os gustaría un recuerdo así, con la maravillosa puesta de sol de fondo... Y, ¡oh, Dios! ¡Qué bien cantas! La canción ha sido tan romántica, cómo os mirabais, el beso, el atardecer... ¿Por qué no me ocurrirá a mí algo así?

Según oigo eso, me río. Esa última frase la he dicho yo miles de veces, siempre que veo algo romántico en una película o en la vida real. ¿En serio acabo de vivir uno de esos momentos?

Como en una nube, sonrío. Sin duda, acabo de vivirlo. Y, una vez que la desconocida me pasa la foto a mi móvil y luego la borra del suyo, al ver a Liam alejándose, me despido y digo antes de echar a andar tras él:

—Gracias por la foto.

Las chicas sonríen, están emocionadas. Y yo, cogiendo impulso, comienzo a correr y en cuanto lo alcanzo voy a hablar cuando él se me adelanta:

—Lo que ha ocurrido sobraba.

De inmediato acude a mi mente una cancioncita de Pablo Alborán que se titula *Idiota*. Desde luego, como dice la letra, soy carne de cañón y una víctima suicida de mi propio romanticismo.

Estoy pensando en ello cuando, al ver el modo en que me mira, indico con la poca tranquilidad que me queda:

—Posiblemente sobrara, pero ha ocurrido, porque creo...

Liam se para y pregunta con gesto incómodo:

—¿Qué crees?

Parándome junto a él, lo miro con la misma intensidad con la que me mira él e, incapaz de callarme, respondo:

—Mira, si algo me ha enseñado la vida es a ser valiente y a apechugar con las cosas tal y como vienen. Y, la verdad, la atracción que percibo que sentimos el uno por el otro es tal que...

—¡Pero ¿qué tonterías dices?! —me corta. Y antes de que yo pueda replicar, añade—: Eres la niñera de mi hijo y...

—¿Y porque sea la niñera de tu hijo no puedo tener sentimientos ni tener nada contigo? —lo interrumpo. Él no responde, y a continuación suelto—: No me digas que eres tan clasista que solo sales con mujeres con trabajos glamurosos e independientes como Margot, que es diseñadora de joyas, o Algodón, que no sé muy bien qué es...

Liam sigue sin contestar y yo, enfadada, cuando veo que se da la vuelta, lo agarro del brazo, tiro de él hacia mí e inquiero mirándolo fijamente:

—¿Acaso es cierto lo que digo? ¿Eres un jodido clasista?

Él me mira, veo el enfado en su rostro.

—Vamos, sé valiente y responde —insisto.

—No es eso...

—Entonces ¿qué es? ¿Por qué me miras con deseo, me besas y luego sales corriendo?

Liam no contesta. Por su expresión noto que quiere hacerlo, pero se contiene; entonces pregunto sin cortarme un pelo:

—¿De verdad quieres una mujer como Margot en tu vida y en la de Jan?

—Entre Margot y yo no hay nada.

—¿Ah, no?

—No —aclara—. Y ella lo sabe.

Según oigo eso me río, aunque realmente no sé por qué.

Liam apenas si parpadea. Sé que le gusto, que lo atraigo. Pero, sin entender por qué después de besarme siempre parece arrepentirse, decido hacer una locura y, acercándome a él, lo beso de nuevo. Él no se aparta ni me aparta a mí, simplemente me besa de esa manera que siento que se entrega. Y cuando decido dar el beso por finalizado, sacando esa valentía que tanto me ha caracterizado siempre, me mofo con chulería:

—Y ahora supera mi beso.

Al decir eso, veo que parpadea. Se queda sin saber qué decir.

Toda yo tiemblo por dentro por lo que he hecho y he dicho, pero, sin querer mostrar mi debilidad, echo a andar en dirección a las motos y él me sigue.

Al llegar, montamos en el más absoluto silencio. Está anocheciendo, y Liam, mirándome, mientras yo me pongo el casco para que no vea mi cara de desconcierto, dice:

—¿Te parece bien si volvemos a casa?

Cuando lo dice, sé que este mágico día con él ha acabado, por lo que, mientras me bajo la visera, respondo:

—Me parece bien.

Capítulo 35

Esa noche, tras llegar y saludar a los perretes, que se vuelven locos al vernos regresar con las motos, Liam se despide de mí con gesto serio y se dirige hacia la casa.

Veo cómo se aleja y, sinceramente, me apena. Me entristece cómo ha terminado el día con lo bien que lo estábamos pasando. Al rato entro yo también en la casa y me dirijo hacia la cocina. Allí abro la nevera, cojo un rico plátano canario y me voy a mi habitación. Solo son las diez de la noche y paso de cenar. Lo que ha ocurrido me ha quitado el hambre.

Durante dos horas trato de dormirme con todas mis ganas, pero nada, no lo consigo. Solo puedo revivir una y otra vez el beso. La canción. El momento. Y, por supuesto, la discusión posterior.

En varias ocasiones miro la foto que esas chicas nos han hecho. La verdad es que más bonita y perfecta no puede ser.

¡Pero si hasta parece que estamos enamorados...!

Al final, cansada de dar vueltas en la cama, decido levantarme y tomarme una copita. Total, es mi día libre, Jan no está y no consigo dormir.

A oscuras en el salón, abro el mueble bar y, tras echar un vistazo, me decido por el tequila. ¡Ole yo!

Cojo un vaso de chupito, lo lleno, me lo tomo de un trago, hago una mueca por lo fuerte que está y murmuro:

—¡Por ti, Pececita tonta!

Después de varios «¡Por ti, Pececita tonta!», decido darme un baño en la piscina para hacer honor a mi apodo. Seguro que así luego conseguiré dormir.

Con la botella de tequila en la mano, regreso a mi cuarto y, tras ponerme el primer bikini que encuentro, me dirijo al jardín. Veo que los perretes están tumbados y dejo la botella sobre una mesita. Luego me sitúo al borde de la piscina y, apoyando las manos en el suelo, levanto las piernas y, como hice infinidad de veces en mi época de

gimnasta, me tiro al agua haciendo una pirueta.

El frescor que siento en el cuerpo me reactiva en décimas de segundo.

¡Me encanta estar rodeada de agua!

Buceo como solo una nadadora de sincronizada sabe hacerlo, mientras hago giros bajo el agua y disfruto de ello. Hasta que en un momento dado noto que alguien me agarra del brazo y tira de mí hacia arriba.

Una vez que salgo a la superficie y cojo aire, veo que es Liam, que inquiere con gesto preocupado:

—¿Te encuentras bien?

Al ver su respiración acelerada, cuando la mía es de lo más tranquila, y sobre todo cuando me percato de que va vestido, me río.

—Pero ¿qué manera de tirarte a la piscina es esa? —pregunta nervioso.

Sigo riendo, no puedo dejar de hacerlo.

—Estaba tomando el fresco cuando te he visto tirarte al agua —insiste— y, al ver que no salías, me he asustado y me he lanzado a por ti.

Sonrío al oír su explicación. ¿Se ha asustado y se ha lanzado a por mí? ¡Qué rico! Y, retirándome el agua de los ojos, al notarlo tan cerca de mí indico:

—Una cosita… Durante años fui nadadora profesional de sincronizada.

Liam asiente y murmura sonriendo:

—Lo sé.

Y luego añade con picardía:

—Lo de «Pececita» te viene al pelo.

Divertida, boqueo como un pez y él se ríe. Creo que el tequila que he bebido comienza a hacerme efecto. Malo, malo…

Liam cierra los ojos mientras el agua se desliza por su hermoso rostro y, cuando vuelve a abrirlos y me mira, insisto:

—He hecho una pirueta para tirarme y estaba haciendo unos ejercicios bajo el agua, solo eso.

Él finalmente sonríe. ¡Bien! Luego mira su ropa empapada y comenta:

—¡Menudo ridículo acabo de hacer!

Me río a carcajadas y, juguetona, le doy un empujón en el agua y

él, al verlo, me sigue el rollo, me coge la mano y tira de mí.

Entre risas chapoteamos en la piscina. Él vestido y yo en bikini jugamos como dos adolescentes, siempre se ha dicho que el agua es un buen hilo conductor para acercar a las personas. Hasta que paramos nuestros juegos y nuestras risas y quedamos uno a escasos milímetros del otro.

—Tu obsesión por llevar zapatos hace que los lleves incluso dentro del agua —musito.

—Ridículo que es uno —afirma él con un hilo de voz.

Nos miramos. Nos tentamos.

Uisss… Uiss…

En silencio, nos tanteamos.

Más uisss…

Madreeeee míaaaaa, ¡cómo me mira, y lo sexy que está con las gotitas de agua chorreándole por el rostro! Vuelve a mi mente la cancioncita *Idiota* de mi Pablo.

¿Por qué sigo siendo tan imbécil y no aprendo?

En el jardín no se oye nada a excepción del sonido del agua. Todo a nuestro alrededor está oscuro, tranquilo, y mirándonos a los ojos de esa manera en que una sabe que algo va a pasar, Liam me pregunta:

—¿Tú vas siempre a por todo lo que te interesa?

—Sí —afirmo—. Si algo me gusta y veo que es factible, no pierdo el tiempo con tonterías. Soy valiente y voy a por ello.

Él asiente, yo también, e incapaz de contener mi verborrea susurro:

—Te atraigo tanto como tú me atraes a mí.

—Tienes razón, mi niña —dice en voz baja.

Uf…, me ha vuelto a llamar «mi niña».

Vale, sé que es algo cariñoso que se dice mucho en las islas, pero es que él no suele usarlo. Solo me lo dijo la noche que me vio llorar y hoy. Y, la verdad, me gusta mucho.

Nos comemos con la mirada, y cuando veo que sus ojazos observan mi boca cuchicheo:

—Besarnos otra vez sería un error.

Liam cabecea.

Uf…, cómo me mira. Su mirada es ardiente, está tan cargada de deseo como la mía.

—No deberíamos besarnos —murmura a continuación.

Sonrío. Sonríe. Y yo, que ya ando algo perjudicada por el tequila, lo increpo:

—Solo los valientes se besarían… ¿Tú lo eres?

Nuestras bocas inevitablemente se rozan. Se tantean. Ay, Dios, ¡que nos besamos!

Los inquietantes ojos de Liam miran mis labios con el mismo deseo que yo miro los suyos, y antes de que podamos detener esto nuestros cuerpos se unen, nuestras bocas se encuentran y nos besamos de tal manera que siento como si el agua de la piscina entrara en ebullición.

¡Madre míaaaaaa!

Me muerde los labios con dulzura. Yo le muerdo los suyos con provocación. De pronto él me sujeta la cabeza y dice retirándose unos milímetros:

—¿Qué estamos haciendo, Amara?

Su caliente y vibrante voz… El momento… El deseo… Todo…, absolutamente todo es excitante. Y, sin apartar mis labios de los suyos, murmuro mientras veo sus zapatos flotando más allá:

—Ser valientes.

Asiente. Somos mayorcitos. Sabemos lo que estamos haciendo y lo que es probable que pase después, pero ninguno de los dos echa el freno. Por ello, y enredando mis piernas alrededor de su cuerpo, seguimos besándonos con auténtico deseo y devoción.

Un beso lleva a otro. Una caricia a otra. Con ferocidad le arranco la camisa, que termina flotando también en la piscina, mientras él me desabrocha la parte de arriba del bikini.

Acto seguido llevo mis manos a su cintura. Con ganas, le desabrocho el cinturón y después tiro de su pantalón y de sus calzoncillos hasta dejarlo sin ropa, mientras la braguita de mi bikini ya flota en el agua.

Desnudos y sin hablarnos, solo mirándonos y besándonos, llegamos hasta un lateral de la piscina, donde apoyo la espalda mientras musito:

—Te deseo…

—Y yo a ti…

Madre mía, madre mía, lo que ha dichooooo… ¡Vuelvo a vivir otro momento de película!

Besos.

Besos salvajes.

Besos subidos de tono.

Besos terriblemente deseados.

Y murmuro:

—Una cosita… Estoy tan deseosa de ti que no puedo esperar al preservativo. Pero, tranquilo, tomo la píldora, por lo que no…

No puedo terminar. Liam vuelve a besarme. El deseo que veo en sus ojos y la posesión que percibo en estos momentos por su parte me vuelven loca.

¡Madre mía, qué excitación!

Enredando mis piernas alrededor de su cintura noto cómo él guía su pene hasta mi vagina, y… y cuando comienza a clavarse en mí…, ¡oh, Dios, qué placerrrrrr!

Creo que él siente lo mismo que yo, pues soltamos tal jadeo que me parece que nos han oído en todas las islas.

¡*Sorry*, canarios!

El agua hace que nuestras manos resbalen por el cuerpo del otro. Nuestros cuerpos, necesitados de sexo, de locura y de pasión, se toman mutuamente sin descanso mientras nos besamos y disfrutamos sin pensar en nada más.

Mirándonos a los ojos nos poseemos como auténticos animales en busca de placer, hasta que nuestros movimientos se aceleran y, al unísono, llegamos a un maravilloso y colosal clímax.

Abrazados y sin movernos, permanecemos así durante unos minutos mientras recuperamos el resuello. Y cuando nuestras respiraciones se normalizan, Liam me mira y, cuando creo que va a decir algo, directamente me besa. Yo, encantada, acepto el beso.

¡Mmmm…, sí!

Conmigo entre sus brazos, salimos de la piscina. Estamos desnudos. Sé que nadie puede vernos y, si nos ven, ¡me trae sin cuidado! Y cuando me deja en el suelo, compruebo que abre un cajón de un mueble que hay en un lateral del jardín, saca una toalla, la despliega y me la coloca alrededor del cuerpo al ver que estoy temblando.

¡Qué galante es!

Ese gesto por su parte me gusta. Me cautiva. Instantes después él se seca con otra toalla. Luego veo que mira la botella de tequila que he dejado antes sobre la mesa y, divertida, pregunto:

—¿Te apetece?

—¿Sin vasos? ¿A morro?

Riéndome por su gesto, musito:

—Por Dios, qué señorito eres.

Liam también se ríe y acto seguido indica colocándose la toalla alrededor de la cintura:

—Iré a por unos vasos de chupito.

Asiento. Que vaya a por lo que quiera si luego vuelve. Y estoy mirando la luna cuando regresa con una caja llena de vasitos pequeños y dice dejándola sobre la mesa:

—Aquí están.

Curiosa, miro la caja, en la que hay una docena de vasitos, y pregunto divertida:

—¿Vamos a invitar también a los vecinos?

Liam sonríe. ¡Qué guapo está cuando lo hace! Luego se acerca a mí, me agarra por la cintura para aproximarme a él, me besa y, cuando se separa, pregunta:

—¿Por qué antes me has dicho que superara tu beso?

Uf, qué nervios... Pero, haciéndole creer que estoy tremendamente segura de lo que digo, contesto con chulería:

—Porque mis besos son insuperables..., nene.

Veo que él levanta las cejas. Como siempre, mi respuesta le sorprende, y, consciente de que lo que acabamos de hacer es pan para hoy y hambre para mañana, vuelvo a besarlo.

Ya que me he lanzado, ¡voy a por todas!

Tras varios besos que son cada vez más íntimos, sentándonos en una de las tumbonas dobles reclinables, Liam y yo charlamos y reímos mientras nos dejamos llevar por el momento.

Chupito va, chupito viene... Beso va, beso viene...

Nos hacemos el amor en varias ocasiones a la luz de la luna, aunque me percato de que probablemente mañana se arrepentirá de esto. Conociendo mi mala suerte en el amor, todo se torcerá... Pero, oye, ¡que me quiten lo *bailao*!

Capítulo 36

Uf..., uf..., uf... ¡Tengo calor! ¡Muchísimo calor!

Noto cómo el sudor corre por mi rostro y la boca pastosa.

Rápidamente me quito el sudor con la mano y, al hacerlo y abrir los ojos, tengo que cerrarlos de inmediato cuando el sol me deslumbra.

Uf..., ¡cuánta luz!

Sorprendida por su intensidad, y sobre todo por el calor tan terrible que siento, abro un ojo como puedo y de repente me percato de que estoy en el jardín, boca abajo en una de las tumbonas blancas.

¿Qué estoy haciendo aquí?

Al moverme noto el cuerpo acartonado y muy caliente. Y, sobre todo, noto que hay otro cuerpo a mi lado. Enseguida miro y veo a Liam, que, como yo, está boca abajo, desnudo sobre la tumbona.

¿En serio?

Acto seguido distingo a *Pepa*, *Pepe* y *Tigre* bajo la sombra de un árbol que hay a solo dos metros de nosotros. Al ver que levanto la cabeza ellos me miran, pero hace tanto calor que no se mueven. Desde luego, tontos no son.

De inmediato acude a mi mente lo ocurrido la noche anterior. Piscina, tequila, Liam, sexo, Pececita, valentía... Recuerdo haber visto amanecer desde la tumbona. Pero ¿a qué hora nos hemos dormido, y por qué aquí?

Estoy pensando en ello cuando veo que el sudor corre por el rostro de Liam. No sé qué hora será, pero desde luego nos va a dar una insolación. Y con voz gangosa susurro:

—Liam... Liam...

Él se mueve, va ralentizado como yo, y cuando me mira boca abajo, murmura:

—¡Qué calor! Estoy ardiendo.

Asiento, normal, si es que estamos a pleno sol...

Creo que tanto tequila y tanto sexo nos nubló la razón. Y, al

mirar su reloj de pulsera y ver que son las dos y media de la tarde, musito:

—Liam…, una cosita…

—No empieces con tus cositas —balbucea.

—Tienes que levantarte —insisto.

—No puedo…

—Inténtalo…

—Que no puedo…

Oír su voz gangosa me hace gracia. Está claro que el tequila hizo estragos.

Me incorporo con esfuerzo y, al ir a sentarme en la tumbona, doy un salto.

¡Tengo el culo ardiendo!

Me pongo en pie y le doy un golpe sin querer a la botella de tequila.

¡Madre mía, está vacía! Y sobre la mesa veo todos los vasitos de tequila sucios…

¡Menudo fiestón que nos pegamos!

Levanto la mano y me toco la cabeza. Ver la botella vacía de tequila me hace entender por qué me siento así y por qué Liam no puede levantarse.

Entonces le miro el culo y se lo veo rojo…, pero rojo cangrejo.

—Ay, Dios…, ¡tienes que levantarte ya!

Él no me hace caso. Balbucea sudando, pero no quiere moverse; acerco la mano a su trasero, se lo toco con un dedo y él se incorpora de inmediato de un salto.

—¿Qué narices has hecho? —protesta.

Nos miramos. Estamos desnudos bajo un sol cegador.

Agachándome para recoger la botella vacía de tequila señalo:

—Son las dos y media de la tarde.

—¡¿Qué?!

Asiento y me retiro el pelo empapado de la cara.

—Nos bebimos la botella entera y debimos de quedarnos dormidos en la tumbona —indico.

—¡Joder! —musita secándose el sudor de la frente.

—Y…, bueno, una cosita… —Él me mira y a continuación añado apurada—: Nos hemos achicharrado el culo.

Parpadea sin dar crédito. Trata de procesar toda la información

que le he soltado en menos de treinta segundos. Luego gira la cabeza, mira su precioso culito de caramelo y, al verlo de color rojo cangrejo, susurra:

—¡Joderrrrr!

Eso digo yo: «¡Joderrrr!». El mío está igual.

Cuando voy a decir algo, de pronto oímos que la cancela se abre. Alguien viene. Y Liam, mirándome, dice con voz pastosa:

—Mi hermana, que trae a Jan.

Horrorizada, asiento. ¡Menuda pillada!

—Recoge la ropa de la piscina para que no la vea —se apresura a decir Liam—. Yo iré a ponerme algo.

Sin dudarlo me lanzo de cabeza. Con lo caliente que tengo el cuerpo, el frescor del agua hace que casi chille, y cuando mi cabeza emerge veo a Liam correr desnudo hacia la casa. Sin poder remediarlo, sonrío y comienzo a bucear para recoger todas nuestras prendas de ropa.

Una vez que las tengo, me pongo el bikini enseguida. Si Florencia me ve, al menos que sea vestida.

Su coche entra entonces en la parcela y yo, como si nada, meto la ropa en uno de los sumideros de la piscina para que no la vea y, con una sonrisa, saludo al más puro estilo princesa desde el interior de la misma.

Al poco Liam sale de la casa. Se ha puesto un bañador, una camisa y unas gafas de sol. Sin mirarme se dirige hacia el coche de su hermana y, segundos después, lo veo sacar del coche a Jan y sonreír al tenerlo en sus brazos.

Estoy mirando cómo aquellos se acercan cuando Jan, al verme, da un chillido de felicidad y dirige sus bracitos hacia mí. Quiere que lo coja y yo, sin dudarlo, salgo de la piscina y lo hago.

—Ay, Amara —exclama entonces Florencia, mirándome—, debes echarte más protector solar: ¡te has quemado!

Asiento con una sonrisa y acto seguido oigo que Liam dice:

—Estos peninsulares no se cuidan.

Sin mirarlo, beso a Jan. Y entonces Florencia musita mirando a su hermano:

—Pues tú, para ser de la isla, tienes el cuello achicharrado, Liam...

Según oigo eso, me río. Si le viera el culo, iba a flipar...

—Tiene sed —comenta él cogiendo al niño de mis brazos—. Voy a la cocina a por un biberón de agua fresca —y, mirándome, indica con seriedad—: Continúa disfrutando de tu día libre. Hasta esta noche a las nueve yo me encargaré de Jan.

Acto seguido se aleja, los perros lo siguen, y Florencia me mira y dice:

—¿Soy yo o mi hermano tiene las piernas muy rojas por detrás?

Como si no supiera nada, me encojo de hombros. Y ella, al ver la botella vacía de tequila que está sobre la mesa y la infinidad de vasos de chupito, murmura:

—Uissss, ¡qué peligroooooo!

Según dice eso me doy la vuelta para que no me vea sonreír y, en el acto, la oigo decir:

—Madre mía, ¡qué rojas tienes las piernas tú también!

Rápidamente me vuelvo y Florencia cuchichea mirándome:

—¡¿Fiestecita?!

Horrorizada por haber sido descubiertos, no sé qué decir, así que, mintiendo, suelto:

—Liam invitó a unos amigos, y..., sí, un poco de fiestecita tuvimos.

La mujer asiente, me mira y luego, acercándose a mí, susurra:

—Espero que tú tengas mejor gusto con los hombres que mi hermano con las mujeres. Desde que terminó con Jasmina parece que ha vuelto a la adolescencia, aunque, bueno..., últimamente lo veo con Margot y he de reconocer que me encanta la idea. Además de ser una mujer glamurosa e independiente, nos está ayudando y le deberemos mucho. ¿Ella estuvo aquí anoche?

Sin saber por qué, asiento. Florencia sonríe. Está visto que Margot les gusta a todos.

—Pero una cosita... —indico enseguida—. Si la ves no le digas nada. Quizá no le guste mi indiscreción.

Acto seguido *Pepa*, *Pepe* y *Tigre* aparecen junto a Liam y el niño. Durante un rato Florencia habla con nosotros, nos comenta lo bien que lo ha pasado el chiquillo con ellos y que le ha dado de comer antes de traerlo, hasta que finalmente se despide, monta en su coche y se va.

Capítulo 37

Una vez que nos quedamos solos, entramos en la casa. Liam sienta al pequeño Jan en su trona, se quita la camisa y se ofrece para preparar unas ensaladas para comer.

—Siento que la espalda me arde... —comenta.

Madre mía, madre mía..., ¡cómo la tiene!

Está cangrejito, y eso que él no es tan blanco como yo. Y, mirando mi espalda, exclama:

—¡Dios, cómo te has quemado! Y te has abrasado tu trasero peninsular...

Sin alterarme, asiento. Y entonces, recordando el suyo, indico:

—Pues tu culito isleño no pinta mucho mejor.

Rápidamente él se baja con cuidado un costado del bañador y oigo que dice:

—¡Joderrrr!

Jan nos observa —¿qué pensará al ver que nos estamos mirando los traseros?— mientras bebe agua de su biberón y, no sé por qué, me entra la risa.

Liam me mira mientras corta los tomates. Por su gesto noto que no le hace ni pizca de gracia que me esté riendo en este instante.

—Por favor..., por favor..., no me lo tomes a mal —murmuro sin poder parar de reír—. Pero a quien le digamos que una noche de tequila ha hecho que nos quememos el culo en vez de las gargantas no se lo va a creer...

Él finalmente suelta una carcajada. Ríe tanto como yo. Lo ocurrido es como poco surrealista.

—Anda, coge unos vasos, agua, cubiertos y servilletas. Las ensaladas ya están listas.

Lo dispongo todo en la barra y con cierta dificultad por nuestros traseros quemados, nos sentamos a comer. ¡Dios... ahora sí que parecemos una familia!

* * *

Una hora después, tras convencer a Liam de que a pesar de ser mi día libre no puedo ignorar al pequeño, consigo que se duerma. Nosotros aprovechamos para ducharnos, cada uno en su baño. Ni él propone ni propongo yo. Es más, no nos hemos vuelto a besar ni a acercar más de la cuenta, aunque yo, la verdad, lo deseo, pero me contengo.

Al rato voy a la cocina a coger de la nevera mi crema para después del sol vestida con unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes. Cuando estoy saliendo de nuevo lo veo aparecer con un pantalón corto holgado y nada más.

Madre míaaaaaa, ¡qué visión tan tentadora!

Es inevitable que ciertas imágenes se paseen por mi mente. Liam besándome. Liam haciéndome el amor. Liam... Liam... Liam...

Durante unos segundos nos miramos. Algo me dice que por su cabeza también pasan determinados recuerdos. Y entonces, mostrándole el bote de crema, digo:

—Acércate. Te echaré un poco.

Sin hablar, él obedece. Sabe que la necesita.

Con cuidado le pongo crema en el cuello, en la espalda, en la parte de atrás de las piernas, y cuando pienso si he de darle en las cachitas de su rojo culo isleño me mira y dice quitándome el bote de las manos:

—Date la vuelta. Ahora te echaré yo a ti.

Tras pasarle el bote siento cómo sus manos recorren mi espalda, mi cuello y la parte de atrás de mis piernas.

—Lo ocurrido no debería haber pasado —dice de pronto con enfado.

Según lo oigo, asiento. Mucho estaba tardando en decirlo. E, incapaz de callar, replico:

—Tranquilo. Somos adultos y el sexo es sexo. No hay que darle más vueltas.

—¿Cómo que no hay que darle más vueltas? —protesta.

Este hombre me va a volver loca. Y, tomando aire, añado:

—Fuimos valientes y tan solo hicimos lo que deseábamos.

—Pero...

—Por Dios, Liam —lo corto—. Ambos vimos que era factible

tener sexo, nos apetecía y lo tuvimos... ¡No le des más vueltas!

Él resopla visiblemente incómodo, y yo, deseosa de picarlo, inquiero:

—¿Acaso estás enamorado de mí?

Liam parpadea. Como siempre, mis preguntas lo desconciertan.

—No —suelta.

Vale, ese «no» me joroba, me duele. Pero, dispuesta a ser como me prometí, indico:

—Pues entonces tranquilo. No vas a sufrir.

—¿Por qué dices eso?

Vale. Me acabo de meter yo solita en un bonito charco. Tengo dos opciones: mentir o decir la verdad, por lo que opto por la segunda.

—Porque para sufrir por idiota y enamoradiza ya estoy yo —explico.

Liam parpadea asombrado y empieza a preguntar:

—¿Tú estás...?

Horrorizada por ver cómo me mira, tomo aire y replico:

—Simplemente me gustas. Se acabó el temita.

Nos quedamos en silencio y, cuando hay que poner crema en mi trasero peninsular, él dice entregándome el bote:

—Continúa tú.

—Por supuesto —afirmo viendo su incomodidad.

Cuando cojo la crema nos miramos. En sus ojos veo el desconcierto, la indecisión, el malestar. Está claro que se está fustigando por lo ocurrido. Y, dispuesta a facilitarle las cosas, pues ya lo voy conociendo, digo:

—A ver...

—Joder, Amara, lo último que quiero es hacerte sufrir.

Me río al oírlo aunque, la verdad, no sé por qué, y cuando voy a contestar añade:

—Esta situación se nos está yendo de las manos y...

En ese instante suena el interfono de la cancela. Liam pulsa un botón y, tras mirar la cámara, anuncia:

—Son Naím y Verónica.

Según oigo eso asiento, y luego él dice mirándome:

—Espero que lo ocurrido quede entre nosotros.

—Por supuesto —miento como una bellaca, pues sé que se lo voy a contar a Verónica.

Poco después, desde el interior de la cocina, junto a un más que callado Liam, veo cómo el coche de mis amigos entra en la parcela mientras intento que mi corazón se apacigüe. Me odio… Me odio a mí misma por haberle referido mis sentimientos. Pero ¿cómo soy tan rematadamente tonta?

Al rato Naím y Vero bajan de su vehículo y, tras cogerse de la mano, caminan hacia la puerta de entrada.

Liam desaparece sin decir nada y yo, caminando hacia la puerta, la abro y saludo a mis amigos:

—¡Qué bien que hayáis venido!

Naím sonríe, me da dos besos y luego, mirándome, dice:

—Oye, ¡estás muy roja! Ten cuidado con el sol.

Asiento sonriendo y acto seguido él pregunta:

—¿Y mi hermano?

Haciéndome la olvidadiza mientras soy consciente de cómo me mira Verónica, contesto:

—Creo que está en su habitación… Jan duerme.

Naím asiente y se marcha a la cocina.

—Pero ¿cómo te has quemado así? —cuchichea entonces Vero, mirándome.

Sonrío, voy a contestarle, pero en ese instante aparece Liam.

—¡¿Qué pasa, cuñada?! —la saluda.

Ella sonríe, le da dos besos y dice:

—Oye, gracias por acompañar ayer a Amara. Saber que estaba contigo me dejó más tranquila.

Liam asiente y, como un excelente actor, me mira y asegura:

—Lo pasamos bien, ¿verdad?

Cabeceo con la misma cara de póquer que él y, sintiéndome una gran actriz, afirmo:

—¡Como auténticos idiotas!

Un extraño silencio se hace entonces entre los tres, hasta que Verónica dice:

—Naím está en la cocina. Se moría por una cerveza fría.

Liam asiente y se da la vuelta para marcharse; entonces Vero se fija en sus piernas y en su cuello, me mira y, cuando va a decir algo, musito:

—¡No preguntes!

—Pero…

—Cuanto menos sepas, ¡mejor!

Mi amiga parpadea, hace algunas de sus muecas, que yo entiendo a la perfección, y finalmente, y para que deje de gesticular, me retiro la toalla para enseñarle el culo y cuchicheo:

—Él lo tiene igual.

Boquiabierta, mi amiga me mira el trasero. Por último se ríe, pero, tal y como ha empezado, de pronto deja de sonreír y murmura:

—¿Has colonizado la isla con un Acosta?

Mi expresión debe de decirlo todo.

—¡Sí! —afirmo.

Mi amiga se lleva las manos a la boca para no soltar una carcajada. Y, cogiéndola de la mano, la conduzco a mi habitación y, como si me hubieran dado cuerda, le cuento a todo trapo cómo fue el día anterior, incluido el beso en el mirador, y cómo terminamos la noche.

Mientras lo hago, siento que río y me emociono al rememorarlo.

—Fue solo un antojito momentáneo… —termino.

—¡Joder, Amara, con tus antojitos!

—Tranquila…

Y, antes de que me pregunte nada más, tiro de ella y la llevo hasta la cocina, donde están charlando Naím y Liam.

* * *

Un par de horas después Jan se despierta y su simpatía nos enloquece. Qué precioso es mi Gordunflas. Y, mientras Naím y Verónica se acomodan en el sofá, soy consciente de que ni Liam ni yo lo intentamos, y en cierto modo me tengo que reír porque sé cuál es el motivo de que no lo hagamos.

* * *

Esa noche, cuando mis amigos se marchan, estoy con Jan en su cuarto y, como siempre, comienzo a tararearle su canción, la misma que inexplicablemente le canté a Liam en el mirador. De pronto el vello de todo mi cuerpo se eriza. Tras lo ocurrido, esa canción tiene un significado más especial aún, y, viendo a Jan cerrar los ojos, disfruto al recordar el momento más bonito y romántico que creo que viviré en

mi vida.

Capítulo 38

Pasan un par de días durante los cuales ni el Friki del Control ni yo podemos sentarnos. Nuestros culitos achicharrados no nos lo permite y..., bueno, cada vez que lo veo montar en el coche y hacer aspavientos, reconozco que me muero de la risa.

Finalmente nuestros traseros se reponen y Liam se marcha a Nueva York para tener la reunión con el dueño de Master Good.

Admito que me apena estar sin verlo, pero me pongo furiosa cuando me entero por Florencia que Margot lo ha acompañado al viaje. Es más, recibo un mensaje de Liam diciéndome que no lo llame a no ser que sea por algo urgente, pero que espera que cada noche a las diez en punto le escriba contándole cómo ha pasado Jan el día.

¿Por qué no quiere hablar conmigo?

Escuchando las románticas canciones de Pablo Alborán revivo cada instante, cada momento pasado con él. Pensar en la boca de Liam y en cómo me hizo el amor mirándome a los ojos la otra noche en la piscina y posteriormente en la tumbona me da la vida, y aunque sé que me hago daño, aquí estoy, jorobándome a mí misma sin poder parar.

¿Por qué seré tan masoquista?

Como siempre que él no está, me adueño de su precioso salón. Total, luego lo recojo y nunca se entera. Allí, me repanchingo en el sofá y, cuando Jan se duerme, tras hacerme un sándwich, me dedico a ver películas y series de las plataformas que Liam tiene contratadas, acompañada por *Pepa*, *Pepe* y *Tigre*, a los que dejo entrar en la casa y subirse al sofá conmigo. Algo que, por supuesto, haría que Liam pusiera el grito en el cielo..., pero como no está y no lo ve y yo quiero compañía, pues los dejo y no hay más que hablar.

Estoy viendo la película *Bohemian Rhapsody*. Es la décima vez que la veo. A mi hermano le encantaba Queen, especialmente adoraba a Freddie Mercury, y esta peli le habría gustado mucho. Así pues aquí estoy, viéndola mientras lloro a moco tendido y toco la medallita de

Raúl que llevo colgada cerca de mi corazón.

Sobre la mesita tengo varias latas de Coca-Cola abiertas, patatas fritas, gusanitos, cacahuetes, chucherías para los perretes y un bote de Nutella... ¡Mira que me gusta la Nutella!

Lloro al tiempo que como Nutella con el dedo, pero de pronto veo que los perros, que estaban dormidos sobre el sofá, levantan la cabeza y miran hacia el ventanal. Eso me pone en alerta y, segundos después, advierto que la puerta de la cancela se abre y entra el coche de Liam.

¡¿Cómooooo?!

¿En serio ha vuelto sin avisar?

Acelerada, pero con voz llorosa, rápidamente ordeno:

—¡Todos fuera antes de que nos pille el Friki del Control!

Los tres perros obedecen mi orden, de tontos no tienen un pelo, y yo, levantándome mientras me seco las lágrimas, quito la sábana que siempre pongo para que ellos se suban al sofá y la llevo a mi habitación. Una vez que regreso a toda leche, al ir descalza me doy un golpe con la esquina de la mesa y, dolorida, caigo sobre el sofá entre lamentos.

Sin embargo, el daño se me olvida cuando comienza a sonar la canción *Love of My Life*, esa que tanto le gustaba a mi hermano y por la que me hice el tatuaje de la muñeca.

Sin poder evitarlo, siento a Raúl a mi lado burlándose por verme llorar, y entonces redoblo mis lloros. ¡No puedo parar!

Instantes después oigo que la puerta de la casa se abre, y no pasan ni dos segundos cuando Liam entra en el salón con el cuello de la camisa desabrochado. Llevamos sin vernos cinco días. Nos miramos y yo, sintiéndome la tía más ridícula del mundo, me limpio las lágrimas con las manos y susurro:

—Hola...

Durante unos segundos nos miramos —¡por Dios, qué guapo está...!—, hasta que por fin pregunta:

—¿Se puede saber qué te ocurre?

Con la cara llena de lágrimas, los ojos como dos melocotones y la nariz como un tomate, no puedo contestar, pues no lo esperaba, y tan solo respondo con un hilo de voz:

—No... no pasa nada.

Pero, claro, no me cree. Se acerca a mí y se sienta a mi lado. Y,

antes de que vuelva a preguntar, indico entre sollozos:

—Es… es por la película.

Liam mira la tele. Después me mira a mí. No entiende nada. Y cuando va a hablar aclaro:

—Es por… por mi hermano…

—Querido…, ¿dónde estás?…

Según oigo esa voz me paro en seco.

Uf…, la mala leche que me entra por el cuerpo al saber que viene acompañado.

Está claro que Liam pasa de mí, pero algo se revuelve en mi interior cuando soy consciente de que esa mujer está aquí, y más aún cuando segundos después veo que entra en el salón.

Durante unos momentos los tres permanecemos en silencio; de pronto ella se acerca a Liam y pregunta:

—¿Qué le ocurre a la pobre Amara?

¡¿«La pobre Amara»?!

¡Yo de pobre no tengo nada!

Joder…, joder…, me joroba cómo lo ha dicho…, mucho, mucho. Y, levantándome del sofá, tomo aire y aclaro:

—La película me ha hecho llorar.

Margot mira la televisión. Luego me mira a mí y rápidamente dice:

—Pobrecita… Qué desconsuelo tienes.

Asiento, eso no lo puedo negar. Y entonces Liam, con voz de enfado, murmura:

—Por todos los santos…, ¿qué es todo este desastre?

En cuanto dice eso, me doy cuenta de la cantidad de cosas que hay sobre la mesita. Las latas de Coca-Cola, el bote de Nutella, bolsas de patatas, gusanitos, chuches de perro… Liam me mira. Madre mía, madre mía, siento que me va a soltar un bufido en cualquier momento. Pero entonces Margot se me acerca y dice con voz pausada:

—Querida, creo que deberías recoger todo esto.

Asiento, tiene razón. Sin embargo, Liam suelta en el acto:

—Margot, ¿puedes callarte?

—Pero, querido…

—Margot, te he dicho que esperaras en el coche. Ahora te llevaré a tu casa —la corta él.

La mujer asiente y me mira como diciéndome: «tranquila». Luego

se dirige a Liam y añade:

—Voy un momento al baño de tu habitación.

Liam la mira, va a protestar, pero entonces ella desaparece.

Tan pronto como se marcha comienzo a recoger el estropicio que he montado sobre la mesa.

—No te preocupes —le digo—. Tu saloncito quedará como nuevo.

Liam me mira y yo, con toda mi mala leche, sumada a la angustia de mi llanto, pongo todas las cosas en una bandeja y, sin mirar atrás, me dirijo a la cocina.

Madre mía, madre mía..., qué rabiosa estoy porque esa mujer haya aparecido con él.

Una vez en la cocina, enciendo la luz y comienzo a guardarlo todo. Eso sí, menudos golpes les estoy dando a los muebles...

Entonces, de pronto me percato de que Liam entra en la cocina y se me acerca.

—¿Estás bien? —me pregunta.

No, la verdad es que no estoy bien.

Que aparezca con aquella tras haber pasado varios días sin verlo no era lo que esperaba, y no respondo.

—¿Qué me ibas a contar de tu hermano? —dice a continuación.

Joder..., joder... ¿Por qué lo habré mencionado?

Liam no se mueve, espera a que le conteste, mientras yo voy de un lado para otro de la cocina como una máquina. Tengo la sensación de que si me paro la voy a liar. Entonces veo que él se me acerca de repente, me agarra de un brazo y, haciendo que lo mire, va a hablar cuando siseo:

—No voy a decirte nada que no tenga que ver con Jan.

Liam me mira fijamente. En sus ojos veo que mi respuesta no le ha gustado, y de un tirón me deshago de su mano y me alejo de él.

Con la isla de la cocina entremedias de los dos, nos miramos.

—¿Me puedes decir por qué llorabas? —dice Liam.

Oír eso me hace gracia. He estado a punto de hablarle de mi hermano Raúl, algo que he hecho con muy pocas personas.

—Te están esperando en tu habitación —respondo sin embargo.

Según suelto eso, maldigo. La palabra *habitación* me ha salido con demasiada retranca.

De nuevo nos miramos en silencio hasta que finalmente él se da

la vuelta y se va.

De inmediato me siento la tía más ridícula del mundo. ¿Es que yo no aprendo? Y, tras girar sobre mis talones, me encamino hacia el lavavajillas para meter un vaso sucio, pero Liam vuelve a entrar en la cocina y, acercándose a mí, me pide:

—Mírame.

No me muevo. No lo miro. Sigo con el lavavajillas. Pero él insiste:

—¿Me has oído? ¡Mírame!

Con toda la mala leche del mundo, cierro la puerta del lavavajillas —uf, ¡que me la cargo!—, y digo volviéndome en su dirección:

—Muy bien. Ya te miro. ¡¿Qué?!

Wooooooo, ¡cómo me estoy pasando! De esta me despide fijo.

—¿Qué te pasa? —inquiere.

—Nada que te importe.

—Amara, llego a casa y te encuentro llorando. ¿Cómo no voy a preocuparme?

Oír eso me pone furiosa. Durante todos esos días no se ha preocupado por mí.

—Ni que yo te haya importado en algún momento —musito.

Según digo eso, veo que le cambia el gesto.

—Eso no es justo —sisea.

—Mira, una cosita..., que te quede claro que, si deseas recibir besos, debes dejar de repartir bofetadas.

Me mira. Lo miro. Oy..., oy..., oy... La mala leche que me está subiendo por todo el cuerpo... E, incapaz de callar, suelto consciente de que él sabe cuáles son mis sentimientos:

—Mira, vamos a dejarlo, ¿te parece?

Agitados, nos miramos. Está enfadado y yo también. Pero entonces me percato de que sus ojos bajan hacia mi boca y la recorren con deseo.

Estoy furiosa, rabiosa. Imaginar lo que habrá hecho con Margot durante el viaje y lo que van a hacer en cuanto cierren la puerta de su dormitorio me tiene frita. Y mejor me muerdo la lengua o, como siga así, al final voy a decir algo que no me va a beneficiar.

Durante unos segundos Liam y yo nos miramos con furia, y cuando veo que él se da la vuelta para marcharse, no sé por qué, lo agarro de la mano, hago que se vuelva de nuevo y, sin pensarlo, lo

beso.

Ea..., ¡ya la estoy liando otra vez!

Lo beso de tal manera y con tal posesión que hasta a mí se me eriza el vello. Y cuando él me aprieta contra su cuerpo para ahondar en el beso, creo que me voy a morir de placer.

¡Madre míaaaaaaa!

Durante unos minutos nos besamos con vehemencia en la cocina, sin pensar que Margot está en la habitación. El beso que me da y el modo en que me abraza me indican que me ha echado tanto de menos como yo a él. No se besa así si no hay algo fuerte de por medio. Pero de pronto oímos:

—Querido...

Eso hace que los dos regresemos a la realidad, que seamos conscientes de lo que estamos haciendo. Y, separándonos, nos miramos, y la rabia que hay en mí, sin cortarse un pelo, dice para provocarlo:

—Y ahora, como te dije el otro día, supera mi beso.

Acto seguido me doy la vuelta y, cogiendo el vigilabebés de la encimera, me dirijo a mi habitación sin mirar atrás. Apenas cinco minutos después oigo cómo el coche de Liam arranca y se va.

Capítulo 39

Al día siguiente, cuando salgo de la habitación con Jan en brazos, miro por el ventanal y compruebo que el coche de Liam no está. ¿Habrá pasado la noche fuera?

Tras dar de desayunar al niño, atiendo una videollamada de Leo en la que estamos incluidas Mercedes, Vero y yo.

Durante más de una hora charlo con mis amigos mientras río y me divierto. Hablar con el Comando Chuminero hace que me olvide de mis penas y mis inseguridades y, la verdad, me viene de lujo para desconectar. Por supuesto, no les comento qué me pasa. Creo que si les contara las tonterías que estoy haciendo con Liam, me iban a llamar de todo. Y, no, bastante tengo con fustigarme yo solita.

Después de un rato en el que nos ponemos al día, y durante el cual Mercedes y Leo nos explican que ya tienen la boda totalmente encaminada, cuelgo la llamada y veo que he recibido un mensaje de Alessandro, el periodista. Y me apresuro a contestarle.

Más tarde, mientras disfruto con Jan y los perretes en el jardín, el niño extiende los brazos y suelta:

—Maamáááááá.

Ay, Dios, ¡que lo ha dicho otra vez!

No. No. No. El niño no puede llamarme así, y rápidamente indico:

—Mamá, no. ¡Amara! ¡A-ma-ra!

—Mamáááááá —insiste Jan.

—Amara. ¡A-ma-ra! —repito.

—Mamáááááá...

Horrorizada, solo se me ocurre decirle mi nombre una y otra vez, pero nada..., él sigue en sus trece.

Estoy agobiada cuando suena mi teléfono. Es Liam. Uf..., uf... Y, cogiéndolo, lo saludo con tanta amabilidad como puedo:

—Hola...

—Me acaba de llamar mi padre para decirme que esta noche mi

hermana y él han organizado una barbacoa para celebrar, aunque sea con retraso, los cumpleaños de Lionel y de Omar y agradecerle a Margot su implicación en el nuevo proyecto. A las nueve pasará un taxi a recogeros a ti y a Jan para llevaros a casa de Florencia. Allí nos vemos. Adiós.

Según dice eso, cuelga y yo me quedo mirando el teléfono boquiabierta.

¿En serio voy a tener que ir a esa fiestecita cuando lo que quiero es matarlo?

Una vez que dejo el móvil, miro a Jan, que observa cómo se bañan los perros. El niño, como siempre, sonríe. Yo haría lo que fuera por esa sonrisa. Y, cogiéndolo entre mis brazos, me meto en la piscina con él y disfruto de su compañía mientras vuelvo a rogar a todos los dioses que el niño no me llame «mamá» delante de los Acosta. ¿Qué pensarían si lo hiciera? Y, sobre todo, ¿Liam pensaría que lo estoy alentando a que lo haga?

* * *

Tras una tarde de piscina, en cuanto arreglo al niño y yo me pongo unos vaqueros y una camiseta, subimos al taxi que nos viene a recoger y, veinte minutos después, estamos ya en casa de Florencia.

No es la primera vez que vengo aquí, pero esta vez está llena de gente.

Florencia sí que organiza buenas fiestas. Por haber, hay de todo, hasta un escenario con karaoke y un chico pinchando música en directo. ¡Eso me gusta!

Saludo a toda la familia y los amigos que conozco, y luego aparece Xama y exclamo al verla:

—¡Menudo corte drástico de pelo te has hecho!

La cría me mira. Ha pasado de tener melenita a cortárselo tan corto que parece que va a ingresar en el ejército.

—¿Te gusta? —pregunta.

Sin dudarlo, asiento. Xama tiene la suerte de tener una cara tan bonita que puede llevar el pelo como quiera.

—Me encanta, y estás guapísima —afirmo.

Observo que le complace mi respuesta.

—Yo lo llevé una vez así —añado luego.

Creo que eso le sorprende. Pero entonces me quita al niño de los brazos y, alejándose, indica:

—Voy a darle un paseo a Jan.

Instantes después aparece su madre y de pronto comprendo por qué Xama se ha marchado tan rápido. Florencia se para junto a mí y cuchichea:

—No sé qué voy a hacer con ella. ¿Has visto el crimen que se ha hecho en el pelo?

Divertida, sonrío. El clasismo de Florencia no tiene nada que ver con la modernidad de Xama.

—A mí me parece que está muy guapa —contesto.

Según digo eso, Florencia niega con la cabeza y, bajando la voz, musita:

—Pero ¿tú has visto qué pintas lleva con ese pelo, esa camiseta y esos pantalones caídos? ¡Ay, por favor! Pero si parece un chico en vez de una preciosa muchachita.

—Xama está preciosa, Florencia —asegura Verónica acercándose.

—Pero ¿qué van a pensar su novio o los invitados de las pintas que lleva? —insiste aquella.

¿Novio? ¿La chica tiene novio?

Verónica y yo intercambiamos una mirada y esta rápidamente responde:

—Florencia, lo que piensen los invitados o su novio a ella ni le va ni le viene... Xama es Xama y tiene su propia personalidad.

La mujer resopla, mueve la cabeza y a continuación musita:

—Esta niña me va a volver loca.

Vero y yo nos miramos de nuevo y entonces ella, cambiando la expresión, comenta:

—Ay, Dios, qué contentos estamos con lo de Master Good. Si al final lo conseguimos, tendremos tanto que agradecerle a Margot... Es tan encantadora y dedicada...

Asiento. Sin duda sé que tiene razón. Y cuando, segundos después, Florencia se va, miro a Verónica y digo:

—¿En serio Florencia no se da cuenta de quién es su hija Xama?

—No sé si no se da cuenta o no quiere dársela... —replica Vero—. Pero yo, como madre que soy, creo que más bien es esto último.

Cabeceo, puedo entenderlo. Y a continuación Verónica susurra:

—A Xama le gustan las personas. Le da igual si son chicos o

chicas, pero, al parecer, nadie más se ha percatado de eso. Es más, yo no lo he hablado ni con Naím ni con ella... Ya me metí en un berenjenal por Gael y no quiero otro con Xama, a no ser que me necesite.

Ambas sabemos de lo que hablamos.

—Espero que, cuando se entere, su madre no se lo haga pasar muy mal —cuchicheo.

Vero y yo intercambiamos de nuevo una mirada y, cogidas del brazo, nos acercamos hasta la mesa donde está la bebida.

—Un vinito blanco y una Coca-Cola con mucho hielo —pido tras mirar lo que hay.

—Mejor que el vino, algo de naranja sin gas.

Según dice eso miro a mi amiga y pregunto:

—¿Todavía sigues mal del estómago?

Vero asiente. Hace una mueca y, al ver su sonrisa, me llevo la mano al corazón y musito:

—¡Ay, que me da...!

Vero vuelve a sonreír y yo digo en voz baja:

—¿Me lo estás diciendo en serio? ¿Voy a ser tía otra vez?

Mi amiga asiente. Yo, enloquecida, comienzo a saltar pero ella indica abrazándome:

—Disimula.

—¿Cómo se hace eso? —me mofo emocionada.

Durante unos segundos permanecemos abrazadas, hasta que Vero dice:

—Solo lo sabéis Naím, Zoé y tú. Esta noche, durante la cena, Naím lo anunciará en un brindis. Luego llamaré a mis padres.

Sin separarnos, asiento. ¡Qué feliz estoy por ella!

—Leo y Mercedes te van a matar por no haber estado aquí... —cuchicheo.

Mi amiga sonríe.

—Tú te vas a encargar de que estén —dice.

Rápidamente planeamos cómo hacerlo para que Leo y Mercedes no se pierdan el anuncio de la noticia y, una vez que lo tenemos claro, Vero mira al futuro padre y musita:

—Naím lleva días sin dormir de lo feliz que está.

—¿Y Zoé qué ha dicho?

Vero toma aire. Hablar de Zoé siempre la hace sonreír.

—Está como loca… —responde—. Se puso a llorar porque no podía venir a verme por las clases de ballet, pero luego se tranquilizó al recordar que nos veremos en la boda de Mercedes.

Asiento. Sé que el reencuentro entre Vero y su hija será precioso. Y sin decirle lo de que Jan me llama «mamá», pues ya se lo contaré en otro momento, pregunto:

—¿Tú estás feliz?

Vero asiente.

—Tremendamente feliz —dice radiante—. Si me llegan a decir todo lo bonito que me ha pasado en el último año, nunca lo habría creído. Pero Naím es mi amor y cada día que pasa doy gracias a los astros y a todo lo que sea por haberlo puesto en mi vida.

Gustosas, nos volvemos a abrazar. Sin duda, mi amiga ha encontrado ese amor que todo el mundo desea encontrar.

Entonces veo llegar a Liam acompañado de Margot. Como siempre, esta parece salida de un desfile de moda y, para qué negarlo, Liam también. ¡Qué elegantes!

Verlos juntos me desagrada. Mi corazón se revoluciona. Me doy la vuelta para no mirar, y digo comenzando a caminar al lado de mi amiga:

—Vamos a ver a mi Gordunflas.

Después de un rato en el que disimulo mi malestar, oigo que alguien dice:

—Hola, jovencita.

Al volverme, sonrío. Frente a mí está Alfonsina, la mujer del cumpleaños, que va del brazo de Omar.

—Vengo de recogerla de su casa para que esté con nosotros —comenta él.

Ese gesto por parte de los Acosta me parece precioso, y entonces recuerdo algo que Verónica me dijo cuando fuimos a la playa, y me ratifico en que los Acosta te adoptan.

Charlo con Alfonsina durante un rato, hasta que Vero viene a buscarme y seguimos hablando de nuestras cosas. Mientras lo hacemos soy consciente de que Liam y Naím bromean con Xama junto a la piscina. La cría se ríe. Por sus gestos sé que lo que le dicen no le molesta, hasta que llegan Margot y Florencia y su gesto cambia.

De la risa pasa a la más absoluta seriedad, y de pronto doña Querida dice algo que hace que Xama dé un traspié aposta y esta

acabe en la piscina.

—¡Ostrasssss! —murmuro.

—¡Soy fan de Xama! —exclama Verónica.

Ambas reímos por ello mientras Margot, casi ahogándose donde uno hace pie, da grititos. Reconozco que con esa mujer tengo sentimientos encontrados: me cae bien porque conmigo es siempre encantadora, pero no soporto verla con Liam. Me encela verlo en su compañía. Y, dejando salir eso que intento ocultar, miro a mi amiga y cuchicheo con sarcasmo:

—Una cosita... Margot no me cae mal, pero en este momento ¿no te apetecería sujetarle la cabeza debajo del agua hasta que dejara de respirar?

—¡Amaraaaaaa! —Verónica ríe.

Liam y Naím la ayudan a salir de la piscina con gesto de apuro mientras ella protesta y repite una y otra vez que su precioso vestido de Carolina Herrera se ha echado a perder. Sin poder apartar la mirada veo que Florencia abronca a Xama y la chiquilla finalmente se da la vuelta y echa a andar en nuestra dirección.

Verónica y yo nos morimos de la risa. No lo podemos disimular. Por Dios, qué mal estamos quedando... Y entonces Xama pasa por nuestro lado muy enfadada y, poniéndose unos auriculares color verde pistacho, murmura:

—Odio a Margot.

Verónica y yo dejamos de reír, entonces Naím llama a mi amiga y ella se va. La necesitan.

En ese instante Florencia pasa por mi lado, va detrás de su hija y al ver su gesto de enfado la detengo y digo:

—Respira... Es una adolescente y...

—Pero ¿tú has visto lo que ha hecho?

Asiento, claro que lo he visto, como lo habrá visto media fiesta, pero Florencia insiste:

—Ya no solo es cómo le ha dejado el maquillaje y el peinado a Margot, sino el estropicio que ha causado en el precioso Carolina Herrera y en las joyas.

—Creo que Carolina Herrera se lo perdonará —me mofo.

Ella me mira. Su gesto serio me recuerda al de Liam cuando lo desconcierta alguna de mis respuestas.

—Anda, ve a tomarte un vinito y relájate —digo.

—Pero…

—Florencia —la corto—. Estás tan enfadada que probablemente le dirás a Xama algo de lo que luego te arrepentirás. Piénsalo.

—Tienes razón —accede ella al fin—. Es mejor que respire porque, como la pille en este instante, te juro que…

Dos segundos después se marcha de vuelta junto al grupo. Veo que Margot parece un pollo desvalido y, sin poder parar de reír, giro sobre mis talones y camino en dirección a la casa. Seguro que Xama ha ido allí. Sin embargo, al doblar la esquina veo que se mete en el garaje, y para allá que me voy.

Una vez dentro no encuentro a la chica, hasta que la veo sentada en un rincón con sus grandes auriculares puestos. En silencio me acerco a donde está y, sentándome en el suelo a su lado, desconecto el cable de los auriculares de su móvil y comienza a sonar música cañera en alto.

Xama me mira. Está enfadada. Y yo, reconociendo al grupo que suena, comento:

—Me gusta mucho Måneskin.

—¿Los conoces? —pregunta con curiosidad.

—La canción que suena es *Zitti e Buoni*, ¿verdad? —indico.

Rápidamente ella asiente y yo aclaro:

—Los descubrí cuando ganaron el Festival de Eurovisión con esta canción, y en mi lista de Spotify tengo algo de música suya. Me gustan bastante.

Boquiabierta, Xama cabecea. Acto seguido para la música de su teléfono móvil y vuelve a decir:

—Odio a Margot.

—¿Qué te ha dicho?

Xama me mira y por su expresión entiendo que no quiere repetirlo.

—Vale —señalo—, mejor no me lo digas, no sea que me tientes a tirarla otra vez a la piscina…

Nos quedamos en silencio unos instantes y luego la cría aclara:

—No es lo que dice, sino cómo lo dice.

Xama se echa a llorar. Como puedo la consuelo, hablo con ella, y luego pregunta mirándome:

—¿Por qué dijiste aquel día en la playa que tú no tuviste una familia que te quisiera?

Vaya, no esperaba yo ahora esa pregunta. Pero, ya que me la ha hecho, respondo:

—Porque es la verdad, cielo. Tú tienes la suerte de tener padres, abuelo, hermano y tíos que te quieren y que te cuidan. Yo no tuve nada de eso y...

—¿No tuviste padres? —me pregunta sorprendida.

No me apetece entrar en detalles, por lo que, tomando aire, digo:

—Los tuve, pero ellos nunca me quisieron como te quieren y te cuidan a ti los tuyos.

Xama me mira. En sus ojos veo tristeza. La apena lo que acabo de contarle y, aun sin saber lo que Margot le ha dicho, continúo:

—Sé que a tu edad los amigos se anteponen a la familia y que el mundo parece muy difícil y complicado. Pero créeme cuando te digo que todo es mucho mejor cuando se cuenta con una familia como la tuya, que te quiere y con la que se puede hablar.

Xama se seca las lágrimas de los ojos. Me escucha con atención y entonces dice:

—Mi madre no entenderá lo que me pasa.

—¿Y por qué no?

Xama se toca el cuello. Mi pregunta la inquieta.

—Porque para ella las cosas solo son blancas o negras —musita.

Oír eso me hace entender de lo que hablamos.

—Pues tendrás que hacerle ver que, en la vida, además del blanco y del negro hay infinidad de colores —contesto—. Y que incluso estos tienen matices, ¿no crees?

—No creo que quiera escucharme —dice tapándose los ojos con la mano.

—Una cosita... —Xama me mira y yo pregunto—: ¿Lo has intentado?

Ella niega con la cabeza.

—Cree que mi novio sigue siendo Ancor, cuando llevo saliendo con Vanessa desde hace meses y... y Margot lo sabe. Me vio con ella una noche y, siempre que puede, suelta alguna pullita delante de mi familia para hacerme sentir incómoda.

Vale, ahora entiendo la rabia que Xama le tiene.

—Mi familia no sabe nada, a excepción de Begoña, porque si le digo a mi madre que soy bisexual y que me gustan tanto los chicos como las chicas, creo que se morirá del disgusto y empezará a

criticarme.

Asiento. Creo que sería complicadito tratar con Florencia el tema al que la niña se refiere.

—Morirse no se va a morir porque seas sincera, así que tranquila —repongo—. Y en cuanto a las críticas, hace tiempo que aprendí que tienes tres opciones. La primera, permitir que esa crítica te destruya. La segunda, que te marque. Y la tercera, que te haga más fuerte. Yo particularmente elegí la tercera opción, y creo que tú deberías quedarte con la misma.

Xama sonríe.

—Cielo —continúo—, tú eres tú, como yo soy yo, y como nosotras no existen otras en el mundo. Habrá gente a la que le gustemos y otra a la que no, pero gustar a todo el mundo es imposible. También te digo que si no quieres que personas como Margot jueguen contigo por lo que saben, sé tú la que dé el primer paso. Mejor que tu familia se entere de quién eres por ti misma que por otra persona que puede enredar las cosas, ¿no te parece?

Ella asiente e indico:

—Si te gustas, eres una buena persona y estás orgullosa de ser quien eres, te facilitarás mucho las cosas a ti misma, que eres la importante en todo este asunto. Y como dice una canción, lo que opinen los demás, ya sea familia o no, da igual, porque quien te quiere de verdad te seguirá queriendo por ser simplemente Xama.

—No sé cómo decirles que soy bisexual —murmura la niña después de escucharme—, y menos a mi madre.

—Xama, cielo, no has matado a nadie.

—Ya. Pero mi madre es muy clásica y no sé cómo se lo va a tomar.

Pobre. Su inseguridad por su corta edad me emociona; la cojo de la mano y cuchicheo:

—Si quieres, el día que tú decidas hablar con ella, Begoña, Verónica y yo podemos acompañarte.

Según digo eso, la chiquilla musita:

—¿Verónica?

Asiento, y sonriendo añado:

—Vero vale más por lo que calla que por lo que cuenta. —Ambas reímos por ello. Sé que me ha entendido, y añado—: Puedes contar con ella y conmigo siempre. Tanto Verónica como yo te queremos, te

respetamos y te ayudaremos en todo lo que necesites, ¿entendido?

Xama sonríe de nuevo y yo, abriendo los brazos, propongo:

—Y ahora, una cosita… ¿Qué tal un abracito de esos que están llenos de amor y recargan las pilas?

La niña, gustosa, se lanza hacia mí, y de pronto oímos que alguien dice:

—Cuenta conmigo para todo lo que necesites, ¿vale, cariño?

Al volverme compruebo que es Liam. No sé desde cuándo llevará ahí.

Xama se levanta enseguida del suelo y, cuando va a hablar, él se acerca a su sobrina y le coge la mano.

—Te quiero tal y como eres —asegura—. Y no cambiaría absolutamente nada de ti, porque eres auténtica y genuina, y que nadie te haga creer lo contrario, ¿entendido?

Xama me mira. Yo sonrío. Ella sonríe. Liam sonríe. Y luego la muchacha dice dirigiéndose a él:

—Gracias, tío.

Liam y ella se abrazan con sentimiento. Me gusta verlos así. Acto seguido Xama se separa de él y suelta:

—No sé cómo puedes seguir siendo amigo y hacer negocios con la insoportable de Margot.

Liam sonríe.

—Anda y desaparece de mi vista antes de que te coja y te tire a la piscina…

Nada más decir eso la cría sale corriendo del garaje riendo a carcajadas. Divertida, me levanto del suelo y, cuando voy a pasar junto a Liam, él me detiene, hace que lo mire y dice:

—He llegado al final de vuestra conversación, pero gracias por las palabras que le has dicho a Xama. Creo que han sido muy acertadas y le han venido muy bien.

Encantada, asiento. Clavo mis ojos en los suyos y, uf…, como siempre noto que nos miramos de esa manera tan intensa que hace que terminemos besándonos. Sin embargo, decidida a hacer las cosas bien, respondo:

—Es una niña que solo necesita cariño y apoyo.

—Y tú se lo has dado sin dudarlo.

—Por supuesto —digo, e incapaz de callar, siseo—: Algo que, al parecer, Margot no ha hecho.

—Serás una madre excelente.

Uf..., uf..., lo que me entra cuando oigo eso... ¿Y si le cuento que su hijo cree que soy su madre? Pero, temiendo su reacción, callo, y luego él indica:

—Florencia tendrá que abrir la mente.

—Pues deberá modernizarse si quiere seguir contando con el cariño, el respeto y el amor de su hija. Ella decidió cómo vivir libremente y ahora quien debe hacerlo es Xama.

Liam afirma con la cabeza. Dios, qué guapo está y cuánto lo he añorado los días que ha estado de viaje. Estamos sonriendo cuando, con necesidad de alejarme de él, digo:

—Voy a dar de cenar a nuestro Gordunflas.

Él asiente y yo salgo escopeteada del garaje mientras pienso: «¿Por qué habré dicho "nuestro Gordunflas"? ¡Ni que fuera mi hijo!».

Capítulo 40

Durante la barbacoa disfruto sentada entre los Acosta. Como de costumbre, se empeñan en que me siente a la mesa de ellos y aunque el comecome que siento por tener a Liam tan cerca no me deja vivir, reconozco que consigo disfrutar del momento.

En varias ocasiones miro a Margot. ¿Cómo puede estar jugando así con Xama?

Mira que doña Querida no me cae mal, a pesar de que verla tonteando con Liam me afecta, pero no soy capaz de entender que, en vez de ayudar a la niña, la esté jorobando. Es más, llego a la conclusión de que, como tenga la oportunidad, algo le voy a soltar.

Sé que Liam y ella no tienen nada serio. Es más, nunca he visto que él haga el más mínimo indicio de dar a entender otra cosa, pero soy mujer y me percato de cómo ella lo mira. Está claro que Margot no piensa lo mismo que él.

Gustosa, hablo con Verónica, hasta que en un momento dado Margot se levanta y, cogiendo de su cochecito a Jan, que está dormido, lo despierta y yo quiero matarla.

¿Por qué ha hecho eso?

¿Acaso no sabe que cuando un niño duerme no hay que molestarlo así porque sí?

Horacio me mira. Sé que está pensando lo mismo que yo. Y entonces Verónica, que también se ha dado cuenta, suelta:

—¿Esa tía es tonta o planta magdalenas?

Según dice eso, Horacio deja escapar una risotada y yo musito:

—Sin lugar a dudas, planta magdalenas.

Los tres nos reímos por ello y no decimos más, pero yo ya no puedo retirar la mirada de Margot y el niño. Veo cómo ella se sienta con él, y, mientras habla con la mujer que tiene al lado, me percato de que Jan extiende la manita, coge un trozo de carne del plato de Liam, que en ese instante no está, y se lo lleva a la boca.

Como una flecha me levanto. Jan podría atragantarse y la tonta

esa sin darse cuenta. Así pues, acercándome, le quito el trozo de carne de las manos y Margot, mirándome, frunce el entrecejo y pregunta:

—¿Se puede saber qué haces?

Miro a Jan, que parece estar bien, y, tras coger una servilleta para limpiarlo, cuando veo que va a soltar la palabra que no debe pronunciar, me apresuro a pasarle la servilleta por la boca y, tras señalar el trozo de carne que he dejado en su sitio, replico mientras le pongo el chupete:

—Cuando tengas al niño contigo, estate pendiente de lo que se lleva a la boca.

Rápidamente ella mira hacia abajo y, al ver la grasita en la mano del niño, murmura:

—Ay, Señor..., ¡no me he dado cuenta!

Molesta, pero sin ganas de montar un espectáculo, asiento y acto seguido añado:

—Con respecto a Xama, te pediría que fueras discreta por su bien.

Margot levanta las cejas. Se sorprende por lo que le estoy diciendo, y cuando va a contestar, Liam se nos acerca.

—¿Ocurre algo? —pregunta.

Margot y yo nos miramos. Sé que sería un buen momento para echar mierda sobre ella, pero, incapaz de hacerlo, puesto que yo no soy así, indico:

—He venido por si Margot necesitaba ayuda.

Liam asiente. Le gusta lo que oye y, cuando va a hablar, su hermana lo llama y se aleja. Doña Querida y yo volvemos a mirarnos y esta dice cogiendo la manita de Jan:

—Gracias, Amara, eres un amor.

Oír eso me hace sonreír. Margot siempre es educada conmigo.

—De nada —respondo.

Dicho esto, y sin mirar al niño o me lo llevaré conmigo, doy media vuelta y me alejo. Creo que es lo que toca en este momento.

Veinte minutos después, una vez que Liam regresa a su sitio, veo que coge a Jan y Margot, haciendo una gracia al niño, lo hace sonreír. Ambos se miran con confianza y él, atrayendo la atención de todos, dice:

—Familia, amigos... —En ese instante Margot coge de nuevo al niño y Liam se pone en pie para continuar—: He de deciros que las

negociaciones con Master Good van viento en popa, y creo que pronto podremos celebrar algo muy bueno para todos.

Loa asistentes aplauden felices y acto seguido Margot señala:

—Mi cuñado Michael está muy interesado en la propuesta recibida por parte de Bodegas Verode, y no dudéis ni un segundo que yo, a pesar de lo liada que estoy con mi trabajo de diseño de joyas, haré todo lo posible para que esto llegue a buen puerto.

De nuevo todos aplauden. Le dan las gracias a Margot. Todos saben lo importante que está siendo en estas negociaciones, y ella sonríe feliz. Le encanta sentirse el centro de atención.

Entonces Naím se levanta y, dando unos golpecitos en uno de los vasos con una cucharita, hace que todos los asistentes ahora le presten atención a él.

—¿Qué ocurre? —pregunta Florencia.

Yo me encojo de hombros y en ese momento Verónica me mira y me hace una seña con disimulo. Rápidamente cojo mi móvil y, haciendo una videollamada al grupo del Comando Chuminero, saludo al ver a Leo y a Mercedes al otro lado de la pantalla:

—Holaaaaaa...

Mis amigos están cada uno en su casa, y Leo se apresura a preguntar:

—¿Dónde estás, que hay tanto ruido?

—En una barbacoa, pero ahora prestad atención, que tenéis que enteraros de algo importante.

Una vez que coloco el móvil de tal manera que vean a Naím, este le pide a Vero que se levante y declara:

—Después de la estupenda noticia que Liam nos ha dado, y que todos sabemos que será un fuerte impulso para Bodegas Verode, Verónica y yo también queríamos contaros algo.

—¡Ay, que se casan...! —murmura Florencia feliz.

Según dice eso, Horacio me mira y pregunta:

—¿Tú ya te has echado novio?

Divertida, suelto una risotada que hace que todos se vuelvan hacia mí y, algo abrumada, digo:

—No, Horacio... Presta atención, anda.

Naím y Verónica sonríen y, tras unos segundos, exclaman al unísono:

—¡Vamos a ser papás!

Enseguida observo que Liam y Florencia se levantan encantados y van a abrazarlos. Acto seguido lo hacen Horacio y el resto de los presentes. Todos se alegran por ellos, todos los besuquean…

Entonces, cogiendo el móvil, me alejo del bullicio y, mirando la pantalla digo al ver a Leo y a Mercedes muy emocionados:

—¿No os parece ideal?

Mercedes llora a moco tendido y Leo, secándose las lágrimas, dice:

—Nuestra reina del deshielo va a ser mami otra vez…

—¡Qué cabrona! Qué callado se lo tenía —musita a continuación Mercedes.

Me río y me echo yo también a llorar de felicidad. Sin duda Verónica nos ha dado una gran noticia. Estoy charlando con ellos cuando la futura mamá se acerca a mí y, entre risas y lloros, les repite varias veces la noticia a nuestros amigos a través del teléfono. De nuevo todos lloramos… Lloramos tanto que propongo cambiar el nombre de «Comando Chuminero», por «Plañideras Desconsoladas». ¡Es maravilloso que la vida nos permita vivir juntos estas buenas cosas!

—Ahora solo falta que Amara encuentre el amor —señala Leo al cabo.

Según dice eso, me río. Veo a Liam charlando más allá con Naím, y murmuro:

—Difícil lo tengo. Ya sabéis que la vida conmigo es un poco cabronceta…

—¡No digas tonterías! —replica Verónica abrazándome.

Tras un rato de charleta con nuestros amigos damos por terminada la conversación y Verónica llama a sus padres para darles la buena nueva. Ni que decir tiene que estos se emocionan, saben que su hija es feliz y eso es lo único que desean para ella.

Al rato Verónica y yo regresamos con los demás a la fiesta. Estoy divertida con Jan en brazos cuando Horacio se acerca a mí.

—Ya puedes espabilarte y buscar novio —me suelta.

—¿Por qué? —me mofo.

—Quiero ver a mi hijo Naím casado con Verónica, y más ahora que viene un nuevo Acosta en camino.

De nuevo me río por ello y, al ver que tiene lagrimitas en los ojos, lo abrazo con Jan y cuchicheo:

—Aisss, ¡que vas a ser abuelito otra vez!

El hombre cabecea emocionado y, tras sacarse un pañuelo del bolsillo de su camisa, se seca los ojos y murmura mirando al niño:

—Lo que habría disfrutado mi mujer de sus nietos.

Asiento, estoy convencida de que así habría sido.

—Ten por seguro que lo está disfrutando, y mucho —susurro.

—Mamáááá...

Al oír eso, el patriarca de los Acosta me mira.

—¿Cómo te ha llamado el niño? —inquiere.

¡Horror! ¡Pavor! ¡Estupor!

Que lo haya dicho delante de Horacio me deja totalmente bloqueada, y, mintiendo, trato de decir con naturalidad:

—Ha dicho «Amaaaa», de «Amara».

El hombre me mira. Por favor, por favor, que me crea... Pero entonces se acerca Omar y, quitándome a Jan de los brazos, se lo entrega a Horacio y me saca a bailar.

¡Salvadaaaaaaaaa!

Esa noche bailo y me divierto durante horas, aunque siempre intento estar cerca de Jan. No quiero que nadie piense que me despreocupo de mi trabajo, por lo que mi pareja de baile es mi Gordunflas... ¡Qué bien lo pasamos!

Por el karaoke pasan la mayoría de los invitados. Unos cantan bien y otros son un desastre, pero lo importante es disfrutar, ¡de eso se trata! Y, bueno, con lo que me gusta a mí cantar, por supuesto que pienso participar y, sobre todo, ¡lucirme!

¡Anda que no me va a mí un escenario!

Tras mirar el repertorio que hay disponible, veo *Te quiero a ti* de Soraya, una canción que me gusta mucho y que sobre todo le gusta a Jan y, cuando subo al pequeño escenario, Verónica, Horacio y Xama, con mi Gordunflas en brazos, me aplauden. Eso hace que el resto de los Acosta presten atención. Acto seguido Naím, que está muy animado por su próxima paternidad, se sube al escenario conmigo y me pregunta si me sé la canción *Tu olvido* de Carlos Macías, y asiento divertida. Me la aprendí de tanto oírsela a Verónica en sus días malos.

Contenta de estar en el escenario con él, Naím coge el micro y anuncia:

—Esta canción se la dedico a mi preciosa mujer.

Ver la carita de mi Vero me emociona. ¡Qué mona es! Y entonces

él pregunta mirándome:

—¿Y tú a quién se la dedicas?

Uis, ¡pues no sé!

Pero de pronto digo:

—Yo se la dedico a todos aquellos valientes que, aun habiendo sufrido en el amor, escuchamos canciones románticas simplemente porque nos gusta rebozarnos en nuestra propia mierda.

Vayaaaaa, ¡lo que acabo de soltar por el micro...!

Quien me conoce, como Vero, se ríe por mi dedicatoria. Los que no me conocen, en cambio, me miran boquiabiertos. Vale, no puedo decir que mis palabras hayan sido muy políticamente correctas, pero ¿qué más da?

Cuando la melodía comienza, Naím, que canta muy bien, y yo, que no se me da mal, empezamos a cantar y, *joer*, ¡cómo la disfruto y cómo la siento! Estoy tan rebozada en mi propia mierda romántica que la letra sale de cada poro de mi piel mientras intento no buscar a nadie con la mirada... A nadie en absoluto.

Cuando terminamos todos nos aplauden, Naím y yo nos abrazamos divertidos y, en cuanto él baja del escenario, Verónica se acerca y se besan. Si hay dos lapas entre todos, seguro que son estos dos. Por Dios, ¡no paran de besarse!

Al ver que no puedo bajar, pues ellos no se separan, con tal de no cortarles el rollo decido cantar la canción que había elegido anteriormente. Mira que me van los escenarios... Entonces me recojo el pelo en una coleta alta y, micrófono en mano, declaro:

—Soy de las que piensan que la música nos ayuda a todos en muchos momentos de la vida. ¿Quién no tiene un bonito recuerdo que asocia con una melodía? ¿O un recuerdo pésimo? Pero, sobre todo, ¿quién no se ha declarado a través de una canción?

Todos asienten dándome la razón, y continúo:

—Y..., bueno, ahora que estamos en un momento alegre y en el que celebramos varios acontecimientos, a cuál más bonito, me gustaría dedicarle esta canción a Jan. Al maravilloso hombrecito que todos los días me roba el corazón cuando me mira y me sonríe.

Según digo eso el niño, que está con Xama, me echa los brazos, y yo, sin dudarlo, me inclino hacia delante para cogerlo.

En lo alto del improvisado escenario me siento algo nerviosa cuando la melodía empieza. Tomando la manita de Jan, bailo con él al

compás de la música, hasta que empiezo a cantar, y mirando a mi pequeño sé que la canto solo para él.

Jan, como siempre, sonríe y mueve la cabecita. Para él determinadas canciones son un juego entre nosotros, y esta es una de ellas. Por lo que rápidamente empieza a hacer gestos y a poner caritas, y a mí se me cae la baba.

¿Cómo puede ser tan maravilloso mi Gordunflas?

Los invitados nos observan gustosos por las monerías del niño y, en una de las ocasiones en las que miro al público, me encuentro con la media sonrisa de Liam. ¡Ay, que me da...!

Madre mía, ¡qué nerviosa me pongoooooo!

Liam nos observa con atención. En su rostro, en su sonrisa, en su mirada veo algo que hasta el momento nunca he visto, e intento descifrarlo, pero me resulta imposible. La expresión de este hombre es inescrutable en ocasiones, y esta es una de ellas. En público he dedicado la canción a mi Gordunflas, pero para mis adentros se la he dedicado también al padre. Está claro que esta canción es para los dos.

Jan ríe a carcajadas. Ajeno a mis pensamientos, juega conmigo y, como siempre, cada vez que le digo eso de «te quiero a ti», el niño me lanza un beso feliz. Y yo, encantada, me percato de que todo el mundo sonríe al ver la felicidad del pequeñín.

Cuando el tema acaba compruebo que Liam sigue mirándome. No se ha movido en todo el rato. Bajo del escenario nerviosa, como un flan, y mi amiga Verónica me abraza. Todos me felicitan por lo bien que canto y la bonita actuación con el pequeño, mientras Jan, agarrado a mi cuello, no permite que nadie lo arranque de mis brazos.

—Pero, muchacha, qué bien cantas —exclama Horacio acercándose a nosotros.

—Gracias.

—Yo sí que te quiero a ti por lo feliz que lo haces —añade.

Eso me hace sonreír y entonces él, bajando la voz, se acerca más a mí y cuchichea:

—Me gusta que Jan te tenga tanto cariño.

Sonrío, pero no quiero que siga por ahí...

—Es bonito que te llame «Amaaaa» —señala.

Joder..., joder..., joderrr...

Horacio sonríe, y yo indico apurada:

—Los niños suelen llamarme de ese modo... El nombre de Amara

es lo que tiene.

Él sigue sonriendo. Por su gesto sé que no lo estoy engañando, y de pronto suelta sorprendiéndome:

—Qué bonito sería que extendieras el amor que sientes por el niño al padre…

—Horacio, no digas tonterías —murmuro acalorada al oírlo.

Pero él niega con la cabeza y asegura:

—Hija, solo me ha hecho falta ver cómo te miraba mi hijo mientras estabas en el escenario con el chiquillo para darme cuenta de algunas cosas, y muy bonitas.

Eso me confunde más aún de lo que ya lo estoy. Me vuelvo de nuevo hacia donde se encuentra Liam y, al ver que sigue mirándome, le sonrío y él, sin dudarlo, me sonríe también a mí.

¡Uf, lo que me entra…!

Esa noche, cuando vamos de regreso a la casa, Jan va dormido en su sillita. Liam, que conduce, no abre la boca. Su gesto no es serio, pero sí raro. Eso me confunde y, la verdad, no sé si está enfadado o no, pero, consciente de que estoy cansada y no tengo ganas de numeritos, guardo silencio y miro por la ventanilla. Es lo mejor.

Capítulo 41

Después de un domingo en el que tampoco veo a Liam porque parece huir de la casa, el lunes Verónica viene para llevarnos a Jan y a mí a comer por ahí y después a la playa.

Una hora más tarde estamos en un restaurante en El Sauzal.

—Leo y Mercedes están como locos con mi próxima maternidad —comenta Vero.

Me río, lo sé. Les ha impresionado mucho que esté de nuevo embarazada.

—Pues prepárate para cuando nazca... —respondo—, ¡no digo más!

Ambas reímos y luego Vero musita:

—Veo a Mercedes radiante.

Asiento e indico mirando a Jan, que juega distraído con un peluche:

—Está claro que María le da todo lo que ella necesita y que está pasando por un bonito momento con los preparativos de la boda.

Vero y yo sonreímos y, de pronto, el pequeño suelta mirándome:

—Mamááááá...

Según lo dice, veo el gesto sorprendido de mi amiga.

—Ay, Dios —murmura—, dime que he oído mal...

Uf, ¿qué le contesto?

En silencio estamos unos segundos, hasta que digo:

—Vale. Ha comenzado a llamarme «mamá», pero ¡yo no se lo he enseñado! Creo... creo que es por mi nombre. Confunde «Amara» con «mamá» y...

—De pequeños, Zoé y los niños de Leo te llamaban «Amaaa» y no «mamá» —me corta ella.

Apurada, asiento. Y entonces Verónica, dirigiéndose al niño, pregunta la muy lagartona:

—¿Quién es esta, Jan?

—Mamááááá —afirma el chiquillo feliz.

—A-ma-ra —repito.

—Mamáááááá —insiste él.

Desesperada, miro a mi amiga. ¡Que el niño me llame así es un desastre!

—Dios santo, Amara, ¡te ha elegido como su mamá! —susurra ella a continuación—. ¿Liam lo sabe?

Niego con la cabeza.

—Cada vez que el niño va a decirlo, lo interrumpo —me apresuro a explicar—. Le aclaro que soy Amara, pero le está costando entender que no soy su mamá.

Angustiada, me retiro el pelo del rostro. Este es un tema que me agobia mucho.

En ese instante Jan atrae la atención de Verónica con un grito y ella rápidamente se centra en él. Al poco comienza a sonar por los altavoces del restaurante la canción *La mala costumbre*, de Pastora Soler, un tema que me encanta, y mientras Vero le dice cosas al niño yo la escucho.

La letra dice verdades como puños, todos tenemos malas costumbres en lo que al amor se refiere. Lo deseamos. Lo buscamos. Y luego, muchas veces, cuando ya lo tenemos, lo descuidamos. ¿Por qué?

Pienso en Liam. Sé que le gusto. Sé que le atraigo. No hace falta que él lo diga porque, con sus miradas y sus acciones, lo noto. A veces sus ojos dicen lo que su boca calla, y eso me desespera. Yo he desnudado mi alma ante él, pero Liam es incapaz de hacerlo conmigo. Y luego está el tema de Jan… ¿Cómo consigo que no me llame «mamá»?

Suena el teléfono de Verónica; lo coge y la oigo saludar:

—¡Hola, cariño!

Sin duda, es Naím. Segundos después veo que mi amiga resopla. Su gesto es serio y, cuando termina la conversación, al ver su cara pregunto:

—¿Qué pasa?

Ella bebe un poco de su zumo y luego dice:

—¿Recuerdas lo que te conté de Soraya?

Asiento, claro que lo recuerdo.

—Naím ha hablado con su hermana y le ha dicho que Soraya ha vuelto a caer en picado —prosigue ella.

—Pero ¿no estaba mejor?

—Eso creían —murmura Vero—, pero al parecer su trastorno es severo y se ha agravado con varios problemas más.

—Pobre...

—La hermana le ha contado a Naím que los médicos han dicho que Soraya es un peligro tanto para ella como para quienes estén a su lado, por lo que deben ingresarla en un hospital psiquiátrico para una larga estancia.

—¡Ay, Dios! —digo horrorizada.

Verónica asiente, suspira y luego indica:

—A pesar de lo que sucedió en su momento, me da mucha pena. Soraya no puede controlar lo que le ocurre, y eso le impide tener una vida normal y ser feliz.

Durante unos minutos hablamos sobre ello. Está visto que algunos trastornos mentales son enfermedades silenciosas que en muchos casos aparecen de pronto y, uf..., aunque a veces con medicación el paciente puede seguir viviendo con normalidad, en otras ocasiones, como esta, la normalidad es sin duda imposible.

Estoy pensando en ello cuando Verónica pregunta:

—¿Te pasa algo?

—No.

—Mentirosillaaaaa —canturrea mi amiga.

—A ver —digo—, me agobia el tema de que el niño me llame así.

—Amara, por favorrrrr...

Vale. Tengo que hablarlo con ella porque, si no, voy a explotar.

—Le gusta Pablo Alborán —suelto.

—¿A quién le gusta Pablo Alborán?

—A Liam.

—¡¿Y...?!

—Y sus letras son románticas, preciosas. Y... y por su culpa, yo, que había dejado de escucharlo, he vuelto a hacerlo y... ¡Dios..., lo confieso! Me he colgado del padre de la criatura.

Según digo eso, miro a mi amiga a la espera de su reacción. Seguro que hará algún aspaviento, pero de inmediato veo que permanece impasible.

—¿No tienes nada que decir? —pregunto al cabo.

Vero, que es mucha Vero, da un trago a su zumo y, una vez que deja el vaso sobre la mesa, replica:

—Ya lo sabía.

—¡Qué listilla eres! —musito con acidez.

Ella sonríe, no se toma a mal lo que digo.

—Como tú dices, *reina*, ya son muchos años juntas y te conozco —indica—. Y, sí, los morenazos eran lo tuyo, pero solo tuve que ver ciertas actitudes tuyas hacia él para saber que estabas enamorada, lo asumieras tú o no.

Maldigo, tiene razón.

—Si mal no recuerdo, cuando te lo pregunté dijiste que era un antojito momentáneo —insiste—. Y, mira, la de los antojitos ahora soy yo, no tú...

Al oírlo me río y, tocándome la cabeza, cuchicheo:

—¿Por qué vine aquí y no seguí con lo de Suecia?

—Porque habiendo un nórdico aquí, ¿para qué ir a buscarlo más lejos?

De inmediato la miro con acidez.

—Una cosita... No me hace ninguna gracia que me digas eso..., y menos aún cuando noto que el puñetero «nórdico» pasa de mí.

Verónica se ríe por mi comentario y yo añado:

—El otro día, cuando llegó de viaje con Margot, discutimos y me enfadó tanto que... que... ¡lo besé!

—Curiosa manera la tuya de enfadarte...

Ahora soy yo quien se ríe, no lo puedo remediar. Y, tras dar un trago a mi bebida, musito:

—¿Por qué tendré tan mala suerte con los hombres? Primero Óscar y ahora Liam... —protesto—. ¡Hay que ver qué mal ojo tengo para elegir!

Permanecemos en silencio unos instantes y a continuación mi amiga suelta:

—Te voy a decir algo que no debería, pero como no lo he prometido por mi hija..., ¡te lo digo!

La miro. Ella me mira y, bajando la voz, explica:

—El tonto de mi cuñado se muere por tus huesitos, pero resulta que está acojonado.

De pronto la que se acojona soy yo.

—Estos días que Liam ha estado de viaje, no te ha llamado a ti por teléfono, pero sí ha llamado a Naím —añade Vero.

Según dice eso, suelto con acritud:

—¿Y he de estar contenta por eso?

Mi amiga sonríe.

—No paraba de hablarle de ti a Naím. Y esta mañana también le ha dicho que, cuando te oyó cantarle esa canción a Jan, algo estalló dentro de él, pero que no sabe por qué es incapaz de sentarse contigo y hablar.

El corazón me aletea. ¡Ay, Dios, que confirmo que le gustoooooo!

Me acaloro. Uf..., *madrecitalinda*, ¡qué calor!

—Por lo que me ha contado Naím —prosigue Vero—, Liam siente cosas por ti que no esperaba y de las que quiere hablar contigo, pero tu manera de ser lo está volviendo loco.

Sorprendida porque él hable con su hermano y no conmigo, no sé qué pensar.

—Físicamente no tienes nada que ver con Jasmina, la madre de Jan —añade Vero—. Ella era monísima.

¡La madre que la parió! Me dice eso y se queda tan ancha...

—Oye, una cosita... ¿Me estás llamando «fea»? —le suelto.

Al decirlo ambas reímos, y mi Vero indica:

—No digas tonterías. Tú...

—Vale, sé que soy la simpática —me mofo.

—Tú eres monísima, única e inigualable, pero sois diferentes. Ella medía 1,80; tú 1,69. Ella, cuerpo escultural; tú, normalito como el mío. Ella, rubia platino de bote; tú, rubia natural. Ella...

—Vale..., vale... no hace falta que sigas —me burlo sabedora de quién era Jasmina.

—Pero, al parecer, tu impulsividad y tu arrojo son como los de ella, y eso lo frena. Tiene miedo de...

—¿Cree que yo se la puedo jugar como Jasmina?

Verónica afirma con la cabeza, y a continuación musito molesta:

—Sin duda, es idiota... Muy idiota.

Vero asiente.

—Pues como oiga al niño llamarme «mamá», pensará que estoy jugando sucio —cuchicheo.

Mi Vero vuelve a asentir, y luego añade:

—Piensa en ti. Le gustas... Y no es que lo diga yo o lo imagines tú, es que se lo ha dicho a Naím, pero está tan asustado que no sabe cómo gestionarlo.

Cabeceo. Ahora entiendo por qué me besa y después me rechaza,

por qué me busca y luego se esconde. Ahora lo entiendo todo.

—Pero yo no soy Jasmina... —murmuro.

—Lo sé, cielo —me corta—. Y ahora solo tiene que darse cuenta él.

Bloqueada, no sé qué decir.

—Mi consejo es que sigas siendo tú y, si tiene que ser, será —agrega mi amiga.

Vale, buen consejo... Pero ¡yo estoy enamorada de él!, y pregunto:

—¿Y si no es?

Vero me mira y se encoge de hombros.

—Pues si no es y has de olvidarlo, con todo el dolor de mi corazón, te diré que te marches a Suecia, a Pernambuco o a donde sea.

—¿Y Jan? —inquiero pesarosa.

Olvidarme del padre será complicado, pero ¿cómo olvidarme de un niño que me cree su mamá?

Estoy pensando en ello cuando, al volver la cabeza, veo a Xama con un grupo de amigos. Por su expresión parece contenta. Entonces ella nos ve y, tras acercarse a nosotras, saluda:

—Hola, chicas.

De inmediato, con una sonrisa, nos da un beso y cuchichea mirando a Jan:

—Qué guapo es. Cada día se parece más al tío.

Eso nos hace sonreír a las tres, y Xama añade complacida dirigiéndose a mi amiga:

—Tía Vero, estoy feliz por tener un nuevo primito. No veo el momento de conocerlo.

Ella sonríe de nuevo y entonces la chica agrega:

—Siempre intuí que eras guay, pero el otro día Amara me lo confirmó.

De inmediato Vero me echa un vistazo sorprendida.

—Bueno, me voy —dice Xama—. Adiós.

Una vez que se marcha, mi amiga me mira y yo indico:

—Hablé con ella la noche de la barbacoa y le dije que tú valías más por lo que callabas que por lo que decías, y que puede contar con las dos para lo que necesite. Por cierto, Begoña también lo sabe... Y, al parecer, Margot la pilló con Vanessa y, en vez de ser discreta, le tira pullitas delante de la familia.

—¡Será bicha!

Al oír la reacción de mi amiga, sonrío.

—El otro día le solté que, por favor, fuera discreta con Xama.

—¿Y qué te dijo?

—Nada. En ese instante apareció Liam y no pudimos seguir hablando. Pero, conociéndola, sé que mis palabras la habrán hecho reflexionar.

Vero asiente. En ese momento vemos que Xama se reúne con sus amigos y, cuando observo cómo se acerca a una chica, me dispongo a preguntar, pero Verónica dice:

—Vanessa.

Sonriendo, asiento y musito:

—Tiene buen gusto nuestra Xama.

—Es una Acosta —se mofa Vero.

Ambas reímos y luego yo pregunto:

—¿Cómo se lo tomará su madre cuando lo sepa?

Mi amiga se encoge de hombros.

—Ni idea... Con Florencia nunca se sabe.

Instantes más tarde Jan reclama nuestra atención y, olvidándome de todo, cojo a mi Gordunflas en brazos y nos dirigimos a la playa.

Capítulo 42

Esa noche, tras una estupenda tarde en la playa con Verónica y Jan, volvemos a casa y me ocupo de bañar al niño y darle de cenar.

Cuando el pequeño se duerme me ducho tranquilamente y, al mirarme en el espejo, me doy cuenta de lo roja que me he puesto. Como ya conozco mi piel, antes de irnos a la playa, he metido mi bote de crema para después del sol en el frigorífico para que estuviera fresquito, y cuando salgo al pasillo en su busca me quedo parada al oír música que proviene de la cocina.

¿En serio está escuchando de nuevo a Pablo?

Sorprendida, sigo mi camino y, cuando entro, me encuentro con Liam tan peripuesto como siempre, trasteando en la cocina, mientras de su teléfono sale la voz de Pablo entonando la canción *Idiota*.

¿En serio es esa precisamente la que suena?

Liam me ve, me mira mientras Pablo sigue cantando y soy yo quien se siente como una idiota.

Durante unos segundos ambos nos miramos mientras noto cómo mi corazón se acelera hasta límites insospechados, y finalmente murmuro:

—Disculpa. Venía a por el *aftersun* que dejé en la nevera.

Liam asiente. Noto su intensa mirada sobre mí, y, cuando paso por su lado, señala:

—Deberías protegerte mejor del sol.

Asiento, tiene razón. La verdad es que debería protegerme de muchas otras cosas aparte del sol.

—Espero que mi piel se adapte a vivir en la playa —susurro.

Liam sonríe. Me encanta cuando lo hace. ¡Qué mono es!

Abro la nevera y cojo el bote de crema cuando oigo que pregunta:

—Dijiste que te gustaba Pablo Alborán, ¿verdad?

Madre mía..., madre mía, qué preguntita. Y, como veo que espera contestación, afirmo:

—Por favor, con lo romántica que soy..., ¡cómo no me va a gustar!

Ambos sonreímos y luego añade:

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no andes descalza?

Según oigo eso, suspiro. Qué pesadito es el coleguita con el tema. Pero cuando voy a soltar una de las mías, comenta:

—Me ha dicho mi hermano que estabas en la playa con Jan y Verónica; ¿todo bien?

Saber que Naím le ha dicho eso me hace pensar en lo que Verónica me ha contado; sin decir lo que sé, aunque me gustaría hablar con él, respondo:

—Sí. Todo bien.

Nos quedamos en silencio y, cuando me dispongo a salir ya por la puerta de la cocina, oigo que dice:

—Voy a preparar patatas fritas y filetes de pollo para cenar. ¿Te apetece?

Lo miro sin dar crédito.

—¿Vas a comer patatas fritas?

Liam sonríe.

—Lo creas o no, yo también le doy lujos al cuerpo —replica.

De nuevo ambos reímos. Eso me sorprende mucho... Es más, ¿este no va a cenar fuera de casa siendo sábado?

En silencio, lo miro, pues no sé qué decirle. Desde luego, su oferta es tentadora en todos los sentidos.

—Venga —insiste él—, termina lo que estés haciendo mientras yo preparo la cena.

Lo miro boquiabierta. ¿Quiere cenar conmigo? ¿En serio?

Pienso en ello, en lo complicado que será mantener mi boca cerrada después de lo que me he enterado, por lo que, intentando quitarme de en medio, indico:

—No te preocupes. Cena tú y...

—Vamos, ¡quiero cenar contigo y charlar! —me corta—. Ponte unas zapatillas y termina lo que tengas que hacer, que te espero.

Incapaz de decirle que no, pues, la verdad, reconozco que estar con él me parece un plan maravilloso, regreso a mi cuarto, donde me echo la crema por el cuerpo a toda prisa. Me visto con un pantalón corto y una camiseta y, tras mirarme en el espejo y ver que mi aspecto es más que aceptable, me calzo unas zapatillas y murmuro intentando

calmarme:

—Cabeza, Amara... ¡Ten cabeza y no la líes! Si él quiere hablar, que hable, pero tú sé comedida.

Una vez que regreso a la cocina con el vigilabebés, a través de la cristalera veo que Liam ha preparado la mesa en la terraza que da al mar. Ahora mismo suena la canción *Prometo* de mi Pablo, y Liam mira el horizonte; más guapo no puede estar.

Madre míaaaaaa, ¡qué románticoooooo es todoooooooo!

Me pongo nerviosa. Me siento como un pollo sin cabeza. Estoy tan alterada que noto que incluso se me humedecen las manos. Salgo a la terraza y, al percatarse de mi presencia, Liam me mira y pregunta:

—¿Por qué nunca te veo beber vino?

—Porque no me va mucho, sinceramente.

Su cara es un poema. Decirle eso a alguien que se dedica a la producción de vino es como poco un sacrilegio.

—¿En serio no te gusta el vino? —insiste.

—Muy en serio —digo dejando el vigilabebés junto a mi móvil sobre la mesa.

Su gesto me hace gracia. Está claro que en su interior ha repasado las cosas que hemos vivido estos últimos meses para darse cuenta de que nunca bebo vino.

—Si te soy sincera, el vino nunca me ha llamado la atención —añado—. Es más, Verónica me ha animado a probarlo en varias ocasiones y..., bueno, el caso es que nunca he encontrado ninguno que me gustara especialmente.

Liam asiente. Me mira como el que mira a un calamar con rulos.

—Quizá los vinos que has probado no eran los idóneos —indica.

—Quizá... —convengo por no llevarle la contraria.

Acto seguido, tras apartar de la mesa una de las sillas con esa galantería suya tan provocadora, hace un gesto para que me acomode. Sin dudarlo lo hago, y luego él se sienta frente a mí.

El marco a mi alrededor es precioso. La luna, el mar, la terraza iluminada, musiquita romántica, Liam... Todo es perfecto, tanto que creo que estoy en un sueño. Él sirve entonces vino blanco en dos copas. Leo la etiqueta y observo que es Mi Sueñito, el vino de Verónica, y Liam dice entregándome una:

—Pruébalo y me cuentas.

Lo miro, ya lo he probado, pero repito: no es lo mío. No obstante,

sin querer hacerle un feo, la cojo de su mano y, cuando le doy un sorbo, él pregunta:

—¿Qué te parece?

Vale… Ahora estoy en una encrucijada. ¿Miento? ¿Digo la verdad?

Lo cierto es que este vino está bien, pero vamos, que yo no repetiría. Y, consciente de que estoy viviendo en casa de alguien que se dedica al vino, fabrico esa sonrisa que suelo fabricar cuando he de mentir por piedad y respondo:

—Excelente.

Según lo digo Liam sonríe, niega con la cabeza y musita:

—¿Por qué será que tu expresión no me deja creerte?

¿Mi expresión? Pero bueno…, ¡si soy una excelente actriz!

Sin embargo sonrío, en especial porque lo que ha dicho me hace entender que me va conociendo un poquito.

—Vale, lo confieso —suelto finalmente—. Estoy mintiendo como una bellaca.

Ambos reímos por aquello; entonces comienza a sonar *Recuérdame*, de Pablo Alborán y yo siento que me quiero morir. Es más, mi gesto debe de ser tal que Liam pregunta:

—¿Qué te ocurre?

Uf…, uf…, lo que siento…

—Esta canción siempre me ha gustado mucho —susurro.

—Es muy bonita.

—Lo es —afirmo con un hilo de voz.

Nos miramos. Uf, cómo nos miramos… Como necesito salir de la burbuja de romanticismo en la que la música de Pablo me está metiendo, digo intentando ser chispeante:

—Reconozco que no está malo este vino… Ya lo había probado con Verónica.

—¿Cómo va a estar malo si es de nuestras bodegas? —se mofa sin dar crédito.

Eso me hace reír de nuevo mientras yo sigo tratando de ignorar la canción.

—A ver, Liam. Si tomo otra copa de este vino será por hacerte una gracia, porque sinceramente prefiero una Coca-Cola o una cervecita.

Su cara es todo un poema. Sin duda lo estoy dejando

descolocado; de pronto veo que se levanta de la mesa y desaparece sin decir nada.

¿En serio se ha cogido el cesto de las chufas y ahora no va a cenar?

Joder, ¡ya estamos!

Bloqueada, me quedo pensando, pero entonces él regresa con una copa con hielo picado y una lata y, dejándolas ante mí, indica:

—Disfruta de tu Coca-Cola.

Eso me hace gracia. Mira cómo se había fijado en que me gusta la Coca-Cola en copa con hielo picado… ¡Ay, Dios, qué mono es! Y, mirándolo, respondo tratando de no parpadear como una tonta:

—Gracias.

Comenzamos a cenar en silencio.

De nuevo la tensión, que parecía haberse relajado, vuelve a subir de intensidad. Pero ¿qué le ocurre? Intento disimular. Quiero que no se dé cuenta de que noto que se ha puesto nervioso.

—Gracias por apoyar a mi sobrina Xama el otro día —dice él al cabo—. Desde luego, tu cariño y tus palabras eran lo que necesitaba.

Asiento, sonrío, y cuando voy a decirle lo que pienso de doña Querida y del modo en que martiriza a la muchacha, indica:

—La canción que le dedicaste a Jan en la barbacoa es preciosa.

Wooooo…, madre mía…

¿En serio saca ese tema ahora?

Joder, pues menos mal que no sabe que mi subconsciente también se la dedicó a él.

Noto que me pongo roja como un tomate. ¡Vaya tela! Y, al ver que me mira a la espera de que diga algo, solo puedo susurrar un tímido:

—Gracias.

Liam sigue mirándome. No me quita ojo.

Ay, Virgencita, qué nerviosa me estoy poniendo…

—¿Jan te tiene el corazón robado? —pregunta de repente.

Woooooo, ¡que va lanzado!

Si la situación fuera menos tensa le diría que Jan y también él, pero, omitiendo ese pequeño matiz, le contesto:

—Completamente.

Veo que eso lo hace sonreír, y a continuación guarda silencio. No dice más.

Sin entender muy bien a qué se debe su sonrisa, sigo comiendo como si no hubiera un mañana.

—¿Te gusta cómo he hecho las patatas fritas? —pregunta entonces.

Asiento, acabo de masticar la que tengo en la boca y afirmo:

—Están buenísimas. Eres un buen cocinero.

Liam sonríe. Y de pronto suelta:

—No sé si es el momento..., pero quiero que sepas que si he organizado esta cena es porque creo que necesitamos hablar.

¡¿Qué?! ¡¿Cómo?!

Ay, madre mía, que me entran las cagaleras de la muerte...

Nos miramos en silencio, pero en ese momento a través del vigilabebés oímos que Jan lloriquea. Rápidamente miro y, al verlo sentado en la cuna por la pantalla, me levanto de la mesa.

—Voy a ver qué le pasa.

Liam se pone también de pie, pero digo:

—Por favor, sigue cenando.

El padre de la criatura asiente y yo desaparezco de la terraza y tomo aire. Ay, Dios, qué nerviosa estoy...

Cuando llego a la habitación encuentro a Jan lloriqueando sentado en la cuna, y en cuanto me ve me echa los brazos y, cuando dice «maaaaa», le pongo el chupete para que no termine de pronunciar la palabra.

No. No. No. No es un buen momento para que el otro oiga que el niño me llama «mamá».

Con mimo, lo cojo, lo arrullo, pero está inquieto, y tras darle un beso en la cabecita murmuro:

—Ya está, mi amor, ya está. Amara está aquí contigo.

El pequeño se agita, creo que ha tenido una pesadilla. Y, sin dudarlo, comienzo a cantarle la canción que tanto le gusta. Con mimo y amor me dedico a él y cuando, minutos después, se queda dormido, tras darle un cariñoso beso en la cabecita, lo dejo en su cuna y murmuro:

—Duerme, Gordunflas precioso.

Acto seguido salgo de la habitación. Volver a la mesa y no saber de qué quiere hablar Liam conmigo me tiene muy nerviosa. Mucho. Pero, tras recomponerme y mirarme en un espejo para comprobar que tengo buen aspecto, regreso a la terraza y digo intentando parecer una

mujer segura delante de él:

—Creo que se ha despertado por una pesadilla.

—¿Qué pesadilla puede tener un bebé?

Al ver su gesto de preocupación, para quitarle dramatismo al asunto respondo con mofa:

—Pues *porrr* ejemplo, que lo *perrrsigue* una *brrruja parrra quitarrrle* su tete…

De inmediato Liam suelta una carcajada. Esa tontería nos hace reír siempre.

En ese preciso instante comienza a sonar *Como antes* de Llane y mi corazón se acelera.

¿En serio?

Recuerdo que Verónica me advirtió sobre esa canción y de lo que esta significaba para los Acosta.

Oy…, oy…, oyyyyyy…, ¡que me entran las cagalandras de la muerte!

Liam me mira. Ay, Dios, cómo me mira… Y cuando va a hablar, suelto lo primero que se me pasa por la cabeza:

—A mí los payasos me dan pavor.

—Noooooo —se mofa él.

Rápidamente asiento. ¿Por qué habré dicho eso? Pero, intentando disimular, añado:

—Te lo juro. No hay nada que me dé más miedo que alguien vestido de payaso.

Liam sigue sorprendido. Y de pronto, retirando la silla, se levanta y dice tendiéndome una mano:

—¿Bailas conmigo?

Uffff, por el amor de Dios, ¡que no me puedo levantar!

Lo miro y debo de parecer medio tonta cuando, intentando bromear, susurro:

—No voy vestida para la ocasión.

Él sonríe e insiste sin retirar la mano:

—Vas perfecta. Vamos, baila conmigo.

¡Ay, madre míaaaaaaaaa!

E, incapaz de articular dos palabras seguidas, opto por levantarme y, cogiéndole la mano y sin pensar en nada más, me acerco a su cuerpo y comienzo a bailar con él.

En silencio bailamos esa romántica canción que sé que es tan

especial para los Acosta, mientras siento que el corazón se me va a salir por la boca.

¿Por qué Liam está haciendo esto?

¿Por qué ha puesto esa canción?

Mil preguntas sin respuesta vuelan por mi mente cuando él y yo bailamos en silencio y sin mirarnos la preciosa melodía, pero de pronto susurra en mi oído:

—Siento no haberte llamado por teléfono estos días.

Wooooo, madre míaaaaa, ¡vuelve al ataqueeeee!

Yo no respondo, no puedo...

—A veces hago mal las cosas, y esta es una de ellas —añade.

Incapaz de guardar silencio un segundo más, tomo fuerzas y, mirándolo, pregunto:

—¿Por qué dices eso?

Liam me mira. Madre mía, esa cara de ángel malote es que me pone a mil por hora...

—Porque estabas al cuidado de mi hijo y era lo mínimo que debía hacer —dice.

Vale, su contestación me sirve, y, sin más, seguimos bailando en silencio.

Minutos después, cuando la canción acaba y nos detenemos, nos miramos a los ojos.

Uffff, madre mía, ¡que nos besamos! Y, cuando empieza una nueva melodía, musito con apuro para cortar el momento:

—La cena se nos va a enfriar...

Liam sonríe, asiente y a continuación indica retirando mi silla con galantería:

—Tienes razón. Sigamos cenando.

Una vez que nos sentamos a la mesa, veo que se sirve más vino y que el pulso le tiembla. Está nervioso.

—Dijiste que habías servido muchas copas para pagarte los estudios de Enfermería —comenta a continuación.

—Sí —afirmo—. Hubo incluso una época en la que estudiaba de una a seis de la tarde. A las ocho comenzaba a servir copas en un bar y estaba allí hasta las doce de la noche, cuando cerraba. Luego, a la una de la madrugada empezaba en otro bar hasta las siete. Así estuve durante más de tres años y, la verdad, ¡no sé cómo pude soportarlo! Pero si quería pagarme mis estudios, comer y vivir bajo techo, tenía

que trabajar, ¡y mucho!

Sonriendo por ello, lo miro. Él, en cambio, no sonríe, y pregunta:

—¿Tus padres no te ayudaron?

Según oigo eso, me meto una patata frita en la boca. No me gusta hablar de Luisa y Jesús, por lo que simplemente respondo:

—No.

—¿Por qué?

Trago la patata antes de que se me vaya por otro lado e indico sin querer ahondar en el tema:

—Porque a mí la vida no me dio una familia tan bonita como la tuya.

Liam ni siquiera parpadea. Por su expresión entiendo que quiere saber más, pero antes de que pueda preguntar de nuevo, Jan vuelve a llorar. Rápidamente los dos volvemos a levantarnos y, cuando voy a decirle que se siente, él indica:

—Sigue cenando.

—No, no, por favor. Iré a ver qué le ocurre.

—Siéntate y cena. Esta vez iré yo —insiste.

Acalorada por su deferencia, me dispongo a protestar pero él desaparece. Miro la pantalla del vigilabebés y, al poco, lo veo entrar en la habitación de Jan.

Enseguida lo coge en sus brazos. El niño llora desconsolado. Intenta calmarlo, pero nada, no lo consigue. Jan me llama, entre lloros oigo que grita «mamáááá», y, viendo que Liam empieza a agobiarse, me levanto y voy a la habitación. Al entrar, Jan me echa los bracitos y suelta:

—Mamááááááááá...

Liam me mira.

¡Buenoooooooo!

La palabra, que Jan ha pronunciado con tanta claridad, lo sorprende como yo esperaba, pero, ignorando su mirada, cojo al pequeño y pregunto:

—¿Qué te ocurre, mi vida?

El chiquillo me abraza, parece tranquilizarse un poco, y entonces oigo que Liam inquiere:

—¿Te ha llamado «mamá»?

Incapaz de mentirle, asiento. Y, al ver su gesto, me apresuro a aclarar:

—Creo que no distingue «Amara» de «mamá». Y... y te juro que yo no se lo he enseñado. Es solo que...

—¿Desde cuándo te llama así?

Bueno, bueno, bueno, ¡los sudores que me entran!

—Desde hace unos días —susurro—. Pero no te dije nada porque imaginé que, igual que empezó a decirlo, dejaría de hacerlo al darse cuenta de que mi nombre es «Amara» y no «mamá».

Con el rabillo del ojo veo que está descolocado. Mucho. Y, para mi sorpresa, a continuación pregunta:

—¿Por qué ha dicho «mamá» antes que «papá»?

«¡Y yo qué sé, joder!», me dan ganas de decirle. No obstante, intentando ser más suavecita, indico:

—No lo sé, Liam. Pero, tranquilo, que ya verás como pronto dirá «papá».

Jan llora y llora y, al apoyar su cabecita en mi barbilla, esta vez lo noto caliente.

—Necesito el termómetro —digo dirigiéndome a Liam.

Rápidamente él coge el termómetro de infrarrojos y me lo tiende. Lo dirijo a la frente del niño y, al ver que tiene 38.3, musito:

—Tiene fiebre.

Es decir eso y a Liam le cambia el gesto, creo que palidece en cuestión de segundos. Y cuando veo que las manos comienzan a temblarle, añado para que se calme:

—Tranquilo. No pasa nada.

—Quizá le haya dado mucho el sol hoy en la playa...

Niego con la cabeza. Yo he estado pendiente de que no fuera así.

—Te aseguro que no es por eso —afirmo.

Sin embargo, Jan sigue llorando desconsolado. No para. Y yo, tras coger un antitérmico, lleno una jeringuilla con la dosis correspondiente y digo mientras se la meto al niño en la boca:

—Esto le bajará la fiebre.

Liam asiente, confía en mí.

Luego me dispongo a tumbar a Jan para cambiarle el pañal. Enciendo la luz del cuarto y, de repente, veo que tiene unas marcas de color rosado en la tripa.

—Una cosita... —murmuro.

Liam me mira, acto seguido mira al pequeño y exige:

—Explícame esa *cosita*...

Asiento. Examino las pequeñas marcas con detenimiento y señalo:

—Parecen pápulas.

Liam se queda sin aliento y pregunta con gesto tenso:

—¿Y eso qué es?

Sin hacerle mucho caso, reviso al pequeño y compruebo que le están brotando por todo el cuerpo unos bultitos de color rosado que horas antes no tenía.

—Creo que deberíamos llevarlo al hospital —digo a continuación.

El gesto de pavor de Liam se redobla, y me apresuro a aclarar:

—Podría ser varicela, pero es mejor que se lo vea un pediatra.

Sin decir nada, pues intuyo que no puede, Liam asiente. Coge al pequeño y luego, mirándome, indica:

—Ve a cambiarte de ropa.

Corro a mi cuarto mientras oigo que Jan dice claramente «mamá» una y otra vez... ¡Ay, mi niño!

A toda prisa me pongo unos pantalones vaqueros, unas zapatillas de deporte y una camiseta y, cuando regreso a la habitación, Liam, que está perfectamente vestido con las bermudas vaqueras y la camisa caqui dice:

—Vamos.

Sin tiempo que perder, cojo al pequeño y salimos de la casa. Al hacerlo, *Pepa*, *Pepe* y *Tigre* vienen a nuestro encuentro. Subimos al coche, Liam arranca con rapidez y acciona el mando de la cancela para que esta se abra.

Por suerte, al salir veo que los perros se quedan dentro y, en un silencio tenso, solo roto en ocasiones por el llanto de Jan, nos dirigimos al hospital.

Cuando llegamos, aparcamos y entramos en Urgencias con Jan, que no para de llorar.

Pero, vamos a ver..., ¿cómo hemos pasado de estar bailando bajo la luz de la luna a estar en Urgencias con el niño?

Tras hablar con la recepcionista, Liam viene a mi lado y comenta:

—Por suerte, Alejo, el pediatra de Jan, está de guardia.

Asiento, sé muy bien quién es Alejo.

Pero la tensión que veo en su rostro es tremenda.

—Tranquilo —musito—. Aunque sea varicela, Jan estará bien.

Acto seguido Liam me mira y, en un tono que me toca la moral,

suelta:

—¿Adónde has llevado al niño para que coja algo así?

Parpadeo sin dar crédito. ¿En serio me está culpando a mí? Y, cuando voy a responder, insiste:

—Te he dicho mil veces que no tiene que salir tanto de casa. Es muy pequeño y...

En ese momento se abre una puerta y ante nosotros aparece Alejo.

—Seguidme al box cinco —pide.

Con Jan llorando a todo trapo, los tres vamos tras el médico y, cuando dejo al pequeño sobre la camilla, le descubro el cuerpecito y le enseño lo que creo que puede ser, él lo confirma: es varicela.

Liam se mueve nervioso de un sitio para otro.

—Tranquilo —dice su amigo el pediatra—. La varicela es una enfermedad muy común en los niños y dentro de poco ya estará bien. Sin embargo, ahora pasará unos días en los que quizá no comerá mucho, tendrá fiebre y estará más irritable de lo normal. —A continuación Alejo me mira a mí y añade—: Por fortuna, Amara es enfermera y sabe muy bien cómo hay que cuidarlo.

Asiento y sonrío. Parece que Jan se ha calmado un poco, supongo que la fiebre le habrá bajado ya. Y, cuando se queda dormido en mis brazos, mientras el pediatra redacta la receta, pregunta mirándome:

—¿Sabes que en Las Palmas de Gran Canaria han abierto otro Salseando, Amara?

Según dice eso, sonrío y, con toda la normalidad del mundo, respondo:

—Pues no. No lo sabía.

Alejo sonríe. Mira que es mono el morenazo; entonces me guiña un ojo y musita:

—¿Qué te parece si cuando Jan se mejore te llamo y vamos a conocerlo una noche?

—¡Me parece perfecto!

—Habrá que hacer noche allí —insiste él.

—Sin problema —digo mirando a Jan.

Liam nos observa —¡woooo, qué mirada!—, pero no dice nada. Y luego el pediatra dice al tiempo que le entrega la receta:

—Aquí está todo lo que Jan necesita. Te aconsejo que, antes de volver a casa, pares en una farmacia que esté de guardia y lo compres.

—Luego me mira a mí e indica—: Ya sabes, Amara, debes darle baños cortos con avena para que las heridas no se reblandezcan, y luego échale esta crema.

Dicho esto, vuelve a mirar a un asustado Liam y agrega:

—Aun así, ya sabes que solo tienes que llamarme y me presento en tu casa de inmediato, ¿entendido?

Liam asiente, aunque es evidente que está agobiado.

—El niño está bien, créeme —repite Alejo—. Tranquilo.

Cinco minutos después, tras despedirnos del médico, salimos del hospital, pasamos por una farmacia y regresamos a casa, donde esa noche no duerme nadie.

Capítulo 43

Cada vez que Jan tiene más de treinta y siete grados y medio de temperatura, creo que a Liam le va a dar un ictus. ¡Madre mía, qué nervioso se pone!

De pronto, la cena que tuvimos a la luz de la luna es como si nunca hubiera existido. Ni él la menciona ni tampoco la menciono yo. Sin duda, ambos solo tenemos ojos y tiempo para Jan, para nuestro pequeñín.

En mi empeño de cuidarlo, me desvivo. Ya no solo porque yo lo haga, sino porque el niño no quiere separarse de mí. Es más, cuando se despierta a media noche, al final me quedo dormida con él en brazos en la mecedora de su cuarto. Es la única manera de que concilie el sueño.

Los tres días siguientes, tras avisar a la familia de lo sucedido y a Claudia para que no venga, permanecemos metidos en casa. Liam no va a trabajar siquiera, pues no quiere separarse de Jan. Y cuando nos enteramos por Florencia de que el crío tiene varicela porque, al parecer, una de las invitadas a la barbacoa la estaba incubando, reconozco que suspiro aliviada.

Al saber eso Liam me pide disculpas avergonzado, y no una, sino mil veces. Me acusó de llevar al pequeño a sitios donde no debía, pero se lo perdono… La verdad, ni se lo tuve en cuenta, aunque en su momento me sorprendió.

Liam intenta ayudarme. Propone quedarse él con el niño en la mecedora para que yo descanse, pero Jan no quiere. El pequeño solo desea estar conmigo, y aunque puedo entender que a Liam eso le pique porque es su padre, al final también sé que lo entiende y claudica. Ambos queremos el bienestar del pequeño, y no hay más que hablar.

Alessandro me llama como de costumbre y, ahora que Liam no se separa de mí, soy consciente de que, cuando cuelgo el teléfono, el gesto de Liam ha cambiado. ¿En serio se enfada?

Con el transcurso de los días de la mecedora de la habitación pasamos al salón. Lo propone él, no yo. Y el primer día, nada más sentarnos, Jan lo inaugura con una impresionante vomitona sobre el impecable sofá y también sobre mí. ¡Genial!

¡Qué buen estreno!

Mi gesto al ver todo el sofá pringado es memorable. No sé si reírme o llorar. Liam cuidando de su sofá y su salón y, el primer día que propone que nos sentemos con el peque allí, este va y lo inaugura. ¡Chupi!

—Ve a cambiarte de ropa —indica cogiéndome al niño de los brazos.

Vale, es una buena idea, pienso, pero antes voy a limpiar el vómito.

—Primero cámbiate —insiste él como si me hubiera leído el pensamiento.

A toda leche voy a mi cuarto y, cambiando mi camiseta por otra, meto la sucia en remojo y, al regresar al salón, ya voy provista con todo lo necesario para limpiar el sofá.

Mientras Liam arrulla al niño de pie para que se calme, yo froto el sofá, pero de pronto oigo que pregunta:

—¿Alessandro es alguien especial para ti?

Buenoooooo, ¿y eso ahora a qué viene?

Pero, sin querer darle importancia, respondo:

—Es un amigo.

Con el rabillo del ojo veo que él asiente, pero de inmediato me suelta otra pregunta:

—¿Vas a ir con Alejo a Las Palmas de Gran Canaria?

Pero bueno, ¿a qué se debe este tercer grado?

Sorprendida por esas preguntas, que no esperaba en este instante, contesto deseosa de que le pique un poquito:

—Probablemente.

De reojo veo que Liam asiente. En su gesto veo incomodidad, pero calla y no sigue indagando. Quiero que hable, que se exprese, pero no seré yo quien lo induzca a ello.

Esa madrugada, después de que Jan haya llorado como si no hubiera un mañana porque se encuentra incómodo, al final terminamos los tres dormidos sobre el sofá. Estoy rendida, no puedo más.

El día siguiente es un calco del anterior. Fiebre. Malestar. Nervios por parte de Liam, y Jan, que no para de llorar. Soy enfermera, tengo paciencia y manejo la situación de una forma que sé que a Liam lo tranquiliza, aunque reconozco que comienzo a estar agotada.

Por la noche, cuando estamos de nuevo sentados en el sofá, Liam me confiesa que desde que se trajo a Jan a casa, es la primera vez que pasa tanto tiempo con él, y eso me hace sonreír. Para matar el rato vemos películas en el salón, incluso cuando Jan se queda dormido, o Liam o yo preparamos café y charlamos. Hablamos de nuestros viajes o de nuestras vivencias, pero nunca de nuestras vidas privadas. Es como si hablar de ello fuera tabú. Y, aunque es bastante impersonal lo que nos contamos, disfrutamos haciéndolo y, sin duda, es con lo que nos quedamos.

Durante esos días, cuando el pequeño está receptivo jugamos con él. Nos reímos al preguntarle cómo se llama y contesta: «¡Jam!», y luego me señala a mí y dice «mamá».

¡Qué monooooo!

Reconozco que oírlo decir eso me llega al corazón. Sin embargo, quitándole importancia, le repito una y mil veces la palabra *papá* para que la diga, pero el niño pasa, ni por asomo quiere decirla.

Le canto a Jan todo mi repertorio musical no sé cuántas veces. Como suele decirse, la música amansa a las fieras, y aunque Jan es un amor, cuando llora a pleno pulmón ¡es una bestia!

Al octavo día, tras una noche en la que Jan no ha dormido ni un minuto y yo me la he pasado intentando que no se rascara las ampollas, aunque por suerte le han salido pocas, cuando finalmente se duerme voy a tomarme un café a la cocina. Al poco entra Liam con un aspecto desastroso y comenta mirándome:

—¡Menuda nochecita!

Asiento, sin duda ha sido una noche complicada. Y, tras llenar otra taza con café, leche y azúcar, se la tiendo e indico:

—Seamos positivos y pensemos que la cosa ya va a mejor.

Él cabecea y se sienta en una silla de la cocina.

—Estoy destrozado —dice después de dar un trago a su café.

—Normal. La noche ha sido como para destrozar a cualquiera...

Ambos sonreímos y luego él comenta:

—Hoy tengo que ir a trabajar.

Asiento y no digo nada, él sabrá.

—Aunque tengo unas extrañas ganas de vomitar y un dolor de cabeza horroroso —añade—. Imagino que es por la tensión que estamos pasando estos días.

Pobre… El hecho de no dormir sin duda comienza a afectarnos a ambos.

De pronto veo algo en su cuello que me llama la atención, y musito:

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Liam me mira y afirma con la cabeza. Tiene los ojos cargadísimos.

—¿Por casualidad tú has pasado la varicela o estás vacunado? —digo.

Él se encoge de hombros. Se restriega un ojo e indica:

—Imagino que sí. No lo sé.

Según dice eso, asiento. Del bolsillo de mi pantalón saco el termómetro que le pongo a Jan y, dirigiéndolo hacia su frente, murmuro:

—Una cosita…

Liam vuelve a mirarme, yo parpadeo y acto seguido él cuchichea:

—Cada vez que dices eso de «una cosita» es para echarse a temblar… ¿Qué pasa?

Lo miro y, tomando aire, suelto:

—Tienes treinta y nueve de fiebre.

Oír eso parece sorprenderlo.

—¿Puedo examinarte un segundo? —insisto.

Él me mira sin dar crédito. Sin decir nada me acerco a él y compruebo su rostro. Nada. Su cuello. Algo. Sus brazos. Nada. Y pido:

—¿Puedes quitarte la camisa un segundo?

Boquiabierto, va a protestar cuando ordeno intransigente:

—¡Ya! Quítate la camisa.

Enfadado, él se levanta. Sin apartar los ojos de mí se desabrocha la camisa y, en cuanto se la quita, mis ojos se dirigen a sus marcados abdominales. Madre mía, qué bueno está… Y de pronto distingo unas marcas inequívocas en su estómago y afirmo:

—Varicela.

Liam parpadea sin dar crédito. Da un paso atrás y gruñe.

—Pero ¡¿qué dices?!

Asiento sin dudarlo y, enseñándole mi teléfono, digo:

—Creo que lo mejor es llamar a tu médico o a Alejo, que venga y…

—Pero ¿cómo voy a tener yo varicela?

—Pues teniéndola.

—Pero ¿eso no es una enfermedad de niños? —insiste.

Como enfermera que ha visto muchas cosas, niego con la cabeza.

—No importa la edad que tengas —replico—. Puedes cogerla porque no la hayas pasado o no estés vacunado.

Y, consciente de que a su edad la varicela puede presentar complicaciones importantes, añado:

—Ojalá me equivoque. Pero prefiero que luego te enfades conmigo porque no sea lo que yo he diagnosticado a que sí sea y todo se complique. Hay que llamar a tu médico de cabecera o a Alejo ahora mismo, ¿entendido?

—Pero…

—¡No hay peros que valgan! —insisto con contundencia—. Aquí la profesional soy yo y te estoy diciendo que hay que llamar a un médico.

Veo que mi tono de voz, ese que utilizo cuando me impongo, surte efecto, y dos segundos después Liam llama a su amigo.

Cuarenta minutos más tarde, y muerto de la risa, Alejo le diagnostica lo mismo que yo: tiene varicela.

—Tranquilo —le digo—. Estas cosas pasan.

—Pero ¿por qué me tiene que pasar a mí? —protesta Liam.

Eso me hace gracia, y el pediatra replica con guasa mientras se dirige ya hacia la puerta de salida:

—Porque eres demasiado atractivo y el karma ha hecho que durante un tiempo estés retirado del mercado para que otros podamos tomarte la delantera… Adiós.

Esas palabras, tal como Alejo las ha dicho, dan a entender muchas cosas, y cuando veo que Liam lo mira con la ceja fruncida, lo cojo de la mano y, haciendo que me mire a mí, indico:

—Eres humano y los humanos somos vulnerables.

Él resopla. Creo que me va a mandar a freír espárragos… Viendo que se lleva la mano a la cabeza, propongo:

—Deberías meterte en la cama y descansar.

—Pero Jan…

—De Jan me ocuparé yo, como intuyo que ahora también me voy

a tener que ocupar de ti y…

Pero no puedo decir más, pues Liam se lleva entonces la mano a la boca, veo que corre a su habitación y desaparece.

Lo sigo, pero al llegar al umbral de su cuarto me detengo. No quiero cruzarlo… Eso me recuerda a una serie de vampiros que veía hace años, en la que si el vampiro no era invitado, no podía traspasar la línea…

Pero al oírlo vomitar, pregunto:

—¿Te encuentras bien?

Segundos después sale de su baño blanco como el papel y, mirándome, afirma mientras veo que teclea algo en su móvil:

—Creo que voy a seguir tu consejo y me voy a acostar.

Cabeceo y, sin moverme, de pronto me siento ridícula aquí parada.

—¿Te importa si paso? —le pregunto.

—Pasa…, pasa…

Una vez que obtengo su permiso para que entre en su cueva de la masculinidad, lo agarro de un brazo y, quitándole el móvil, digo:

—Vamos. A la cama.

Liam se tumba y acto seguido yo saco de nuevo el termómetro y le miro la temperatura. Ahora está a cuarenta grados…

—Llamaré a Claudia para que siga sin venir hasta nueva orden —informo a continuación—. Les pediré a Verónica y a Naím que vayan a la farmacia y al supermercado a por lo que necesitamos y nos lo dejen en la puerta. Y a partir de este instante me ocuparé de ti también.

Liam me mira y susurra:

—No tienes por qué…

Eso me hace gracia.

—Soy enfermera —respondo—, y si alguien me necesita, como en este caso te pasa a ti, aquí me tienes.

Él vuelve a mirarme. Corro las cortinas para dejar la estancia a oscuras y añado:

—Voy a por algo para bajarte la fiebre. Ahora vuelvo.

Según salgo del dormitorio oigo a Jan llorar. Rápidamente voy hasta su habitación, le pongo el chupete y, dejándolo sobre la cunita su jirafa preferida, digo:

—Enseguida regreso.

Corriendo por el pasillo, voy hasta la cocina. Abro el cajón de las

medicinas y, tras coger lo que necesito y llenar un vaso de agua, vuelvo a la habitación de Liam. En cuanto entro, me acerco a la cama y le pido:

—Tómate esto.

Sin rechistar, él obedece y luego pregunta:

—¿Tú has pasado la varicela?

Asiento sin dudarlo: me la pegó Zoé, la hija de Verónica, cuando era pequeña.

Entonces, al oír a Jan llorar, Liam pide:

—Ocúpate de él.

Afirmo con la cabeza. Salgo de su cuarto y me voy a por Jan. El pequeño, al verme, me mira, extiende los brazos hacia mí y suelta:

—Mamáááá...

Al oír eso, sonrío. Siempre he querido ser madre, aunque nunca me imaginé que un niño me elegiría para serlo. Y, cogiéndolo entre mis brazos, susurro:

—Hola, Gordunflas.

Enseguida el niño vuelve a decir antes de ponerse su tete:

—Mamáááá...

Emocionada, lo besuqueo y, siendo consciente de una cosa, indico mirándolo:

—Ahora tienes que decir «papá». Tu papi necesita oírlo, ¿de acuerdo?

* * *

Esa tarde, después de que Verónica y Naím traigan hasta la puerta de la casa lo que les he pedido e intenten convencerme para entrar y ayudar, una vez que se marchan, abro un brik de caldo y, tras calentar un tazón en el microondas, se lo llevo a Liam.

El pobre lleva durmiendo desde que lo he dejado y le toca ya la medicación, pero no quiero dársela con el estómago vacío.

Al entrar en su cuarto, me acerco a la cama y, encendiendo la lamparilla que queda en una mesilla, puesto que la otra me la cargué yo por culpa de *Tigre*, murmuro:

—Liam... Liam...

Se mueve, empieza a darse la vuelta, y musita:

—¿Qué quieres?

—Vamos —digo sentándome en la cama—. Tienes que tomarte la medicina, pero antes necesito que bebas un poquito de caldo.

—No me apetece.

Lo sé, cuando uno está enfermo o con fiebre lo último que quiere es comer, pero insisto:

—Liam, por favor.

—No me entra.

Que sí, que lo entiendo. Pero, necesito que meta algo en su estómago, así que lo miro y, levantando una cucharada de caldo, canturreo con mofa:

—Uis, mira, mira, miraaaa... cómo vuela el pajarito, que viene cargadito de comidita y...

Al oírme, me mira. Clava esos ojazos en mí y de inmediato cuchichea con acritud:

—¿Qué estás haciendo?

Divertida por su gesto, sonrío y respondo:

—El gilipollas..., para que me mires con esa cara de mala leche y te des cuenta de lo importante que es que comas algo antes de tomar la medicina.

Liam resopla. Si por norma es gruñón, ahora, enfermo, lo será doblemente. Pero yo, sin dejarme amilanar, insisto:

—Hay que comer. Así que o comes por las buenas o comes por las malas.

Al final veo que se sienta en la cama.

—¿Cómo está Jan? —pregunta.

—Ahora, dormidito. Ha pasado la tarde sin fiebre y está más animado.

Liam cabecea y, mirándome con expresión congestionada y con alguna que otra marquita en el rostro, dice:

—Espero que esta noche te deje dormir.

—Seguro que sí —afirmo tan deseosa como él de que sea así.

Nos miramos en silencio unos segundos, y luego él dice:

—Siento haberme puesto enfermo yo también y ahora ser otra carga para ti.

Oír eso me hace gracia.

—Tranquilo —replico—, cuando tengas que pagarme el mes, además de una cura de sueño te pediré una bonificación extra por daños y perjuicios.

Eso lo hace sonreír.

—Uno no elige ponerse enfermo —cuchicheo—, así que no pidas perdón y ayúdame siguiendo mis instrucciones para que te mejores pronto.

Liam asiente, toma nota de lo que le digo y a continuación musita:

—Dame el caldo.

Sonrío, lo hago y, mientras se lo toma, digo tras pasarle el termómetro por la frente:

—Cuarenta de fiebre.

Él niega con la cabeza, me mira con ojos de cordero degollado y murmura:

—La verdad es que me encuentro fatal.

Pobre... Los próximos días no van a ser fáciles para él, aunque algo me dice que para mí tampoco.

—Lo sé —señalo—. Termínate el caldo.

Liam obedece y se lo toma todo. Luego le doy la medicina e indico:

—Vendré a verte dentro de un rato para comprobar que te haya bajado la fiebre.

Él asiente y, tras volver a tumbarse, cierra los ojos. Ha de descansar.

Capítulo 44

Pasan cuatro días y Liam tiene unas fiebres que dan miedo. Cuanto mayor es uno la varicela tiene efectos más graves, y me preocupo. A veces esta enfermedad puede complicarse, por lo que estoy muy pendiente de Liam en todo momento.

Margot, Algodón y alguna que otra lo llaman por teléfono y le envían mensajes, pero Liam se encuentra tan mal que ni caso les hace. Eso sí, ninguna aparece por casa para cuidarlo ni echar una manita.

¡Anda que no son listas las amiguitas! Estas lo de «en lo malo» ¡no lo conocen!

Hay momentos durante el día que son un auténtico caos para mí. Jan llora, Liam gruñe, y yo cuento hasta veinte para no explotar, porque hasta diez se me queda corto.

Estoy agotada. No duermo más de dos horas seguidas, pues cuando no es uno es otro, pero he de estar al pie del cañón. Ellos me necesitan, ya dormiré cuando estén mejor.

Naím y Verónica, en su empeño por ayudarme, vienen tres veces al día. Sacan a *Pepa*, *Pepe* y *Tigre* a dar paseos fuera de la parcela, me dan conversación sin entrar en casa y me traen todo lo que necesito del supermercado y la farmacia.

Naím me repite mil veces que él puede ayudarme con Liam y Jan, pero yo prefiero que no se acerque a mí ni entre en la casa. Verónica está embarazada y hay que protegerla, y aunque él protesta también lo entiende.

Por suerte Jan ya se encuentra mejor. La fiebre remite, las pocas marcas de su cuerpo van desapareciendo y el niño comienza a ser el que era: un chiquillo buenísimo, sonriente y encantador. Es más, yo creo que incluso ha crecido con la fiebre.

Por su parte Liam, a diferencia de Jan, se va llenando de ampollas día tras día. El pobre parece una paellera andante… Y cuando se mira en el espejo, a pesar de que se lo he prohibido, no se lo puede creer. Frente a él tiene a un hombre repleto de feas marcas

por todo el rostro y el cuerpo y, como puedo, lo ayudo y lo animo explicándole que todo eso desaparecerá.

Pero Liam es Liam y a veces me desespera. En ocasiones la fiebre o los picores lo hacen convertirse en un gruñón intransigente al que le gusta buscarme las cosquillas y, aunque intento calmarlo, reconozco que en varias ocasiones lo mando a freír espárragos ante su gesto de incredulidad.

Es más, lo reto a que me despida. Pero ¡ni se le ocurre!

Nuestra confianza se consolida. Ahora si algo no me gusta se lo digo sin cortarme un pelo, y en ocasiones, la verdad, creo que debería cortarme, pero no puedo. Mi carácter me lo impide.

Durante días me ocupo de su medicación, le echo Talquistina para el picor, le preparo baños de avena, le doy conversación para que no se aburra, preparo comidas a las que siempre les saca un «pero», cuido de Jan y me aseguro de repetirle al pequeño una y mil veces la palabra *papá*. Quiero que se la diga. Sé que Liam necesita esa pequeña gran sorpresa, y como que me llamo Amara López que lo conseguiré.

Una de las tardes casi me muero de la risa. Resulta que Liam y yo estamos en la cocina charlando mientras Jan gatea a nuestro alrededor, cuando de pronto noto que él palidece y, al mirar, veo a Jan bebiendo a lametazos del cazo de agua que tengo para *Tigre* y que, por cierto, he olvidado esconder en mi habitación antes de que Liam saliera de su cuarto. Al principio pensaba que de esta me pondría de patitas en la calle por haberme saltado de nuevo la norma de dejar entrar animales en la casa, pero para mi grata sorpresa no es así.

¡Madre mía, qué momentazo!

Vale. Reconozco que al verlo lo primero que he hecho ha sido soltar una carcajada y no debería haberlo hecho. Pero, joder, ¡no sé si me resulta más gracioso lo que el niño acaba de hacer o la cara del padre!

Por supuesto, tengo que desinfectar al crío de pies a cabeza y a Liam, casi... casi ponerle una pastillita bajo la lengua para que se calme.

¡Por Dios, qué exagerado es este hombre!

El teléfono suena varias veces al día. Los Acosta al completo llaman para preguntar qué tal estamos y yo los tranquilizo asegurándoles que tanto Liam como Jan están bien, y que pronto la varicela será tan solo un vago recuerdo.

Ahora es la una y diez de la madrugada y Jan no tiene ninguna intención de dormir.

Junto a él y su jirafa preferida estoy viendo una película en el sofá del salón cuando, mirando el vigilabebés, que ahora está en la habitación de Liam, noto que necesito ir a ver cómo se encuentra, aunque esté dormido.

Con Jan en brazos, entro en su cuarto con cuidado de no despertarlo y, poniendo una mano en su frente, miro al pequeño y cuchicheo:

—Papá no tiene fiebre.

Jan, que parece entenderme, sonríe y murmura:

—Papááá...

Según lo oigo, lo miro y musito boquiabierta:

—¿Qué has dicho?

—Papááá —repite mirando a Liam.

Oír eso me hace terriblemente feliz y, tras darle un beso lleno de amor en su gordo moflete, lo miro y cuchicheo:

—Serás sinvergüenza. ¿Lo dices ahora que él no puede oírte?

Jan sonríe. Yo también, y de pronto Liam dice:

—Lo he oído.

Lo miro y él sonríe. Sus ojeras y las ampollas de la varicela muestran claramente por lo que está pasando.

—¡Lo has conseguido! —exclama a continuación.

Oír eso me hace sonreír, ya que significa que los días anteriores ha estado observándonos a través del vigilabebés.

—Sí que eres persistente..., sí —agrega.

Ambos nos reímos y luego él, sentándose en la cama, enciende la lamparita de la mesilla, toma aire y, con una bonita sonrisa, acaricia la manita de Jan, que le echa los brazos.

—Por fin me llamas «papá», Cacahuete —señala.

Gustosa, me siento al borde de la cama, dejo a Jan sentado entre nosotros e indico:

—Una vez te pregunté por qué lo llamabas así, pero no me respondiste.

Liam me mira.

—Tom Blake me dijo que la primera vez que cogió en brazos a Jan olía a cacahuete. Y, no sé por qué, pero yo comencé a llamarlo de ese modo como algo cariñoso.

Asiento sonriendo, y entonces oigo que él dice:

—¿Por qué ese tal Óscar te llama «Cosita Linda»?

Sorprendida, levanto las cejas, y Liam añade:

—Yo también te lo pregunté, pero no respondiste.

Vaya..., veo que este es de los que no olvidan, como yo.

—Porque me conoció en un chat y yo tenía el *nick* de «Cosita Linda» —explico.

—Es bonito.

—¡Resultón! —me mofo.

Acto seguido nos quedamos unos instantes en silencio, hasta que indico:

—Vamos, sigue descansando, solo he venido para ver cómo estabas.

Hago un amago de levantarme, pero Liam, asiendo de pronto mi mano, hace que lo mire y susurra:

—Quédate...

—Tienes que descansar y es tarde.

Él se encoge de hombros y esboza una dulce sonrisa.

—Quédate —musita—. Necesito hablar contigo.

Buenoooooooooooooooooooo, ¡con lo tranquila que estaba yo!

Tomando aire, asiento, sonrío y, acomodándome en la cama junto a él, convengo con esa seguridad que tengo:

—De acuerdo. Habla conmigo.

Veo que Liam sonríe, pero durante unos segundos solo nos miramos sin decir nada. Hasta que él de pronto pregunta:

—¿Qué tienes con Alessandro?

Me entra la risa. Está claro que Alessandro lo lleva por la calle de la amargura.

—Buen rollo y sexo —respondo—. Lo mismo que tú tienes con Margot.

Liam cabecea. Por su expresión veo que le joroba lo que oye.

—¿Y dijiste que ese tal Óscar fue tu pareja? —vuelve a preguntar.

Asiento y, con una amarga sonrisa, digo:

—Lo fue —y, al ver cómo me mira, añado—: Y también el hombre que más daño me hizo porque yo fui muy tonta y me creía todo lo que me contaba.

Liam suspira.

—Conozco esa sensación —señala—, y no es nada agradable.

—No. Tienes razón. Pero a veces la vida es así de puñetera y te hace pasar por cosas parecidas.

—La madre del Cacahuete me defraudó en dos ocasiones —agrega él a continuación—. La primera, cuando me enteré de que estaba embarazada de Tom. Y la segunda, cuando Tom me dijo que Jan era mío y fui consciente del egoísmo de esa mujer, que, con tal de conseguir una vida junto a un actor de éxito, había sido capaz de privarme de mi hijo. —Asiento. En su mirada observo que aún le duele, y prosigue—: Como siempre digo, unas veces se gana y otras se pierde…

—No —lo corto—. Eso no es así.

Liam me mira y levanta las cejas.

—Lo correcto es decir que, en la vida, algunas veces se gana y otras se aprende —apunto.

Él sonríe.

—Buena apreciación. Creo que a partir de ahora lo miraré como dices.

Me gusta oírlo decir eso.

—Si la vida me ha enseñado algo es a no dejarme vencer y a superar aprendizajes. Y también a que, por muy larga que sea la tormenta, al final un día sale el sol…

La mirada de Liam me inquieta, me turba.

—Eso que dices es muy positivo —musita.

Sonrío con tristeza y, tocándome la cicatriz de la frente, señalo:

—Ser positivo es esencial para vivir, como lo es ser valiente. Y, mira, hace tiempo que aprendí que, lo que puedas hacer o disfrutar hoy, mejor no lo dejes para mañana.

Nos quedamos en silencio unos segundos y luego él dice:

—De tus palabras deduzco que tu vida no ha sido fácil.

—No vas desencaminado.

De nuevo el silencio nos rodea. Liam me mira con los ojos llenos de preguntas.

—He intentado sonsacarle a Verónica cosas de tu vida para saber más de ti —comenta—, pero ella siempre dice: «Que te lo cuente Amara».

—Mamáááá…

Según Jan dice eso, aprovecho y tercio:

—¿Lo ves? Has dicho «Amara» y el niño lo ha repetido a su

manera.

Liam asiente y me mira de una manera que no sé descifrar.

—¿Sabes? Creo que Jan te ha elegido como su mamá.

Al oír esto, noto tal calor por todo el cuerpo que creo que la madre de las varicelas me va a atacar a mí.

—Mi hijo tiene muy buen gusto —añade él a continuación.

Wooooo, lo que me hace sentir oír esa frasecita.

—Liam... —murmuro.

—Quiero saber de ti, Amara López.

—¿Por qué?

—Porque me tienes totalmente cautivado y debes saberlo.

Madre míaaaa, ¡lo que ha dicho! Y, posando la mano sobre el tatuaje que llevo en la muñeca, me mira y yo sin dudarlo susurro:

—El amor de mi vida... Raúl.

—¡¿Raúl?!

En sus ojos veo muchas dudas y, dispuesta a resolverlas, aclaro enseñándole la medallita que llevo colgada al cuello:

—Mi hermano mellizo.

—¿Tienes un hermano mellizo? —pregunta sorprendido.

—Tenía...

De inmediato veo que le cambia el gesto, y tomo aire.

—Murió cuando teníamos catorce años por una sobredosis de heroína —explico.

Me percato de que lo que acabo de decir lo envara. Creo que no esperaba que soltase algo así, y acto seguido musita tocándome el brazo:

—Lo siento, Amara. Lo siento mucho.

Cabeceo, sé que me lo dice con sinceridad.

—La noche que llegaste de viaje y me pillaste llorando era porque estaba viendo la película *Bohemian Rhapsody* —prosigo—. A mi hermano le encantaba Queen y, en especial, la canción *Love of My Life*. Por eso llevo el título tatuado... —No puedo continuar. La voz se me quiebra. Liam toma mi mano. Sentir su piel contra la mía me da fuerza, y, necesitando hablar, me toco la frente y digo—: La cicatriz me la hice el día en que murió. Lo encontré en nuestra habitación y..., bueno, de lo nerviosa que me puse me caí...

—Por todos los santos, Amara... —repone con gesto serio—. Siento muchísimo que tuvieras que pasar por algo así... Nunca lo

habría imaginado…

Asiento. La realidad en ocasiones supera la ficción.

—Luisa y Jesús eran nuestros padres —digo.

—¿«Eran»? ¿También han muerto?

Me encojo de hombros.

—Viven, pero se podría decir que para mí están muertos. Nunca fueron unos buenos padres. Jamás nos quisieron. Preferían vender sus drogas y a sus amigos antes que a nosotros.

—¿Vendían droga? —inquiere sorprendido.

—A pequeña escala, pero, la verdad es que sí, viven de la venta de droga —afirmo.

Liam asiente. Comparar su familia con la mía es como comparar la noche y el día.

—Yo no tengo la suerte que has tenido tú de contar con una familia que te quiere —indico—. Digamos que yo he tenido que buscarme una familia para poder sentir lo que tú llevas sintiendo toda tu vida.

Él me mira. Creo que mis revelaciones lo están dejando sorprendido. Y, viendo su mirada, pregunto:

—¿Aún quieres saber de mí?

—Por supuesto.

—¿A pesar de lo que te he contado de Luisa y Jesús?

Liam asiente. En su rostro veo eso que siempre deseé ver en alguien: que no le importa quiénes son mis padres.

—Yo quiero conocer a Amara —dice—. A ti. No a ellos.

Eso me gusta, por lo que sonrío y pregunto:

—¿Qué quieres saber de mí?

—Todo.

—Todo… todo… puede aburrirte.

—Nada de ti podría aburrirme.

Wooooo, menudas frasecitas tan contundentes me está soltando. Y, tras clavar la mirada en él, digo jugándomela:

—Te lo contaré todo si tú me lo cuentas todo de ti. —Él asiente y acto seguido añado—: Es un buen momento para sincerarnos.

—Pretendía hacerlo la noche que Jan enfermó. Por eso preparé la cena, la música…

Oír eso me hace sonreír, y señala:

—Pero todo fue un desastre y acabamos en Urgencias.

Ambos reímos por ello y, tras tomar aire, empiezo a contarle mi particular vida. Liam me escucha. En su rostro veo la sorpresa, la pena, la indignación, la rabia…, y cuando estoy terminando mi relato declaro:

—A diferencia de ti, yo me crie en la calle y, gracias a mi vecina Maribel, que es lo más parecido a una madre que tengo, conseguí salir adelante. Ella me ayudó todo lo que la dejé. Y digo esto último porque me volví una niña un poco difícil, pero ella nunca tiró la toalla conmigo.

—Las circunstancias eran para haberlo hecho… —afirma Liam con seriedad.

Asiento, sé que tiene razón.

—Gracias a ella comencé a practicar natación en la piscina de mi barrio —prosigo—. Eso me gustaba y me hacía evadirme de mis problemas. A través de un amigo suyo Maribel consiguió que me aceptaran en un equipo, pues era buena en el deporte, y una vez dentro mi buen hacer hizo que me federaran en natación sincronizada. Me metieron en un buen equipo con el que aprendí y comencé a competir a nivel nacional en primer lugar y luego internacional. Todas las chicas que estaban en ese equipo provenían de buenas familias. Yo era la única que procedía de una familia desestructurada, y todo iba bien hasta que me lesioné y, ante la imposibilidad de operarme, pues no disponía del dinero, tuve que dejar el deporte que tanto amaba.

Liam asiente. Me pregunta por mi lesión. Le cuento. Le hago saber que ya estoy bien y él escucha atentamente mientras Jan juega con su jirafa.

—Para mí fue complicado asumir que esa parte de mi vida que tanto adoraba se había acabado —añado—, pero por suerte Verónica y Zoé, Leo y Mercedes ya formaban parte de mi vida. Ellos, junto a Maribel, me animaron a continuar adelante, y entonces fue cuando decidí que, ya que no podía hacer lo que tanto me gustaba, estudiaría para ser enfermera. Siempre me había gustado ayudar a los demás. Y…, bueno, como te conté, fueron años duros en los que trabajé en lo que me salía para costearme mis estudios, pero finalmente ¡lo conseguí!

Ambos sonreímos, y a continuación indico:

—Por aquel entonces mi familia eran Maribel y mis amigos, y luego llegó Vasile.

—¿Vasile?

Divertida, asiento.

—Vasile es un rumano maravilloso que llegó a España a raíz de un desengaño amoroso, únicamente con una maleta y su violín. Lo conocí un día en que me dieron un tirón del bolso al llegar al portal de mi casa. Vasile lo recuperó y, a partir de ese instante, pasó a formar parte de mi particular familia. Luego, cuando conocí a Óscar, llegó Encarnita... —Al decir ese nombre, tomo aire. Uf, que me emociono—. Y..., bueno, el resto ya lo sabes. Como imaginarás, no tengo la misma cantidad de estudios que puedas tener tú o los que te rodean, pero sí tengo las enseñanzas que te proporciona la vida.

Liam me mira boquiabierto. Vista mi vida tal y como la he contado es muy triste, por lo que sonriendo prosigo:

—Dicho lo cual, quiero que sepas que también he sido muy feliz. Tengo la suerte de contar con mi particular familia, que siento que me quiere de verdad.

Él asiente mientras procesa todo lo que le he contado, y al cabo susurra:

—Pececita..., a ti es fácil quererte.

Uy..., uy..., uy..., ¡lo que me ha dichoooooo!

Sin duda está delirando...

—Menuda fiebre debes de tener... —cuchicheo.

Ambos reímos, y luego él pregunta:

—¿En Madrid te espera el tal Alessandro?

¡Wooooo...!

Parpadeo sorprendida y, sintiendo que el corazón se me acelera, respondo:

—No. Tras lo que sucedió con Óscar preferí divertirme y poco más —y para quitarle dramatismo al momento indico—: Como suele decirse, detrás de una gran fiestera hay un corazón roto y un amor frustrado. Pero, por suerte, estoy bien y con el corazón perfecto.

Ambos reímos de nuevo. Sé que tiene las mismas ganas de besarme que yo a él, lo voy conociendo... Y entonces comienza a hablarme de sí mismo. Se sincera. Me habla de sus padres, de sus hermanos, de su infancia, y ambos sonreímos al contar ciertas anécdotas.

—Actualmente mi vida es Jan, trabajo, mujeres y diversión —añade—. Pero tengo un hijo y soy consciente de que debería formar

una familia.

Según dice eso, me rebelo.

—La familia ya la tienes —contesto—. Y si haces algo que implique a tu corazón, hazlo por ti, no por Jan.

Liam me mira y sonríe por mis palabras.

—Ayer mantuve una conversación con mi hermano Naím por teléfono de más de una hora... Me hizo entender que el amor y los momentos bonitos son lo más importante en la vida.

Oír eso me hace gracia.

—Naím es un romántico como yo —musito. Liam sonríe y, con complicidad, agrego—: Sé por mi amiga Vero que es un romántico empedernido.

Liam asiente.

—¿Tú eres una romántica? —me pregunta a continuación.

Asiento y, consciente de que mentir en eso es una tontería, declaro:

—Mucho.

—Pero ¿una romántica de esas que agobian a la pareja con celos y posesividad?

Me río.

—Los celos son una enfermedad, y yo esa enfermedad no la padezco —replico—. Y en cuanto a lo otro, creo que si dos personas están juntas es porque se quieren. El amor, tal y como yo lo veo, no es posesividad, sino todo lo contrario: la libertad de estar con quien uno desea.

Él asiente, sin duda le gusta lo que acabo de decir.

Entonces, recostándome en el cabecero de su cama, señalo mientras acaricia la cabecita del niño, que chupetea su jirafa:

—El amor es maravilloso vivirlo y disfrutarlo cuando es recíproco. No te niegues a él por miedo al fracaso; si lo haces, el único que saldrá perdiendo serás tú.

Nos miramos. Uf, cómo nos miramos... Y acto seguido dice:

—Me muero por besarte.

Oír eso hace que toda yo me acelere. Es evidente que está siendo sincero conmigo, y afirmo sonriendo:

—Pues que te quede claro que yo también me muero por besarte a ti. Aunque esa pupita que tienes en el labio me frena...

Ambos reímos mientras nos miramos a los ojos. No nos besamos

con la boca porque nos estamos besando con la mirada. Y al cabo Liam agrega:

—Antes de estar con Jasmina, la madre de Jan, salí durante un año con Margot.

—¿Con doña Querida?

—¡¿La llamas «doña Querida»?!

Divertida, asiento y, con toda la naturalidad del mundo, me mofo:

—«Querido..., el sol está muy fuerte. ¿Puedes decirle que no caliente tanto?»...

Liam se ríe a carcajadas por lo que oye, y al cabo añade:

—En su momento pensé que Margot era la mujer ideal para mí: guapa, interesante, emprendedora... Tenía casi todo lo que yo siempre había buscado en una mujer.

Oír eso me sorprende y, sin poder callar, pregunto:

—¿Y qué era ese «casi» que le faltaba?

Él me mira y después suelta:

—Le faltaba diversión, frescura y naturalidad. Entonces conocí a Jasmina en un viaje a Los Ángeles y me fascinó desde el primer momento por su desparpajo y su manera de ser y..., bueno...

—Comenzaste a salir con ella y te enamoraste.

Liam asiente, suspira y musita:

—Efectivamente.

Con tristeza, sonrío. Está claro que la vida en algunas ocasiones es una cabroncilla.

—Margot siempre ha sido una buena amiga —comenta—. Cuando pasó lo de Jasmina y posteriormente Jan apareció en mi vida, ella estuvo a mi lado. Y..., bueno, aunque sabe que entre nosotros no hay nada, no voy a negar que cuando el niño apareció en un principio me planteé si ella podría ser una buena madre para Jan.

Uf..., uf..., el calor que me entra cuando lo oigo decir eso.

—¿Margot, madre de Jan? ¡La verdad, no lo veo!

Liam sonríe. Yo no. Y rápidamente añado:

—En cuanto a eso que Jan repite siempre es tan solo una anécdota que con el tiempo se aclarará. Y, oye, no te voy a negar que una madre para él sería lo idóneo, pero algo me dice que al Gordunflas no le gustaría tener una mamá como Margot.

—¿Por qué lo crees? —me pregunta.

El modo en que me mira me ataca los nervios.

¿Por qué no me habré quedado callada?

¿Por qué tengo que ser tan sincera siempre?

—Vamos, Pececita —insiste—. ¿Por qué lo crees?

Oír eso me hace tomar aire. Si ya he dicho lo que he dicho, mejor lo termino.

—Primero, porque está enfermo y ella no se ha preocupado ni un solo día por él —explico—. Segundo, porque le sigue faltando frescura, diversión y naturalidad. Y tercero, porque Jan en ocasiones es una molestia para ella.

Liam asiente sin decir nada. Creo que me he pasado de sincera. Pero, llegados a este punto, yo ya no me callo nada, y pregunto:

—¿Crees que Margot es la mujer que necesitas en tu vida?

—No.

Asiento. Me fascina que lo tenga tan claro.

Y de repente suelta:

—Y lo sé porque esa mujer eres tú.

Según oigo eso, siento que se me para el corazón.

Espera..., espera..., espera...

¿Ha dicho lo que creo que ha dicho?

¿En serio acabo de asistir a una declaración de amor en toda regla... y yo con estos pelos?

Mi cara debe de ser un poema por el modo en que Liam me mira, pero prosigue:

—Llevo días dándole vueltas al tema. He intentado encontrar una manera mejor de decírtelo, pero..., llegados a este punto, voy a seguir el consejo que mi madre le dio a mi hermano Naím y este me recordó al hablar con él.

—¿Qué consejo? —digo con un hilo de voz.

Liam sonríe, lo veo con una tranquilidad que yo no tengo, y responde entrelazando mi mano con la suya:

—Que me guíe por lo que dicta mi corazón. Por eso te puse esa canción la otra noche.

—¿Qué canción? —pregunto haciéndome la sueca, aunque sé muy bien a qué se refiere.

El Friki del Control sonríe y, en cierto modo azorado, murmura:

—*Como antes*, de Llane.

Asiento y, volviendo a hacerme la tonta, canturreo:

—¿Esa que dice eso de que quieres enamorarme como antes?

—Justamente esa —dice él.

Ambos sonreímos y entonces él añade:

—Quería que, si no era capaz de expresar en palabras lo que siento por ti, al menos la canción te lo hiciera saber.

Oy... Oy... Oyyyyyyyy...

Uf..., uf..., ¡lo que me entra por el cuerpo!

¿En serio estoy viviendo este momento tan mágico y especial?

Sin palabras me deja. Y mira que no es fácil dejarme a mí así...

A continuación me acaricia el rostro con un dedo y murmura:

—Naím me dijo que, si era incapaz de comunicarme contigo a través de las palabras, que utilizara la música porque tú la entenderías. De ahí que últimamente, cada vez que apareces, ponga a Pablo Alborán.

No me sorprende oír eso de Naím, la verdad.

—La canción *Can't Take My Eyes Off You* era especial para mí por Jan —continúa—, pero, tras muchos bonitos momentos contigo, como por ejemplo el del mirador, siento que ahora lo es mucho más.

Uff..., ¡qué calorina!

Uff..., ¡lo que acaba de recordar!

¡Mirador! ¡Jan! ¡Canción!

Todo..., absolutamente todo aquello son momentos especiales para los dos.

Siento que mi corazón va a mil. Mi cabeza a cinco mil. Pero mi cuerpo y mi capacidad de reacción van a dos por hora. ¿Qué me pasa...?

Liam me observa, debe de pensar que soy un cacho de queso por cómo lo miro y no digo nada, y entonces prosigue:

—Mi hijo, siendo un niño, ha sido más rápido que yo para demostrarte su amor, y ahora quiero hacerlo yo si tú me lo permites. —Atontada, asiento, y él agrega—: Tu llegada a nuestras vidas ha hecho que todo adquiera un sentido que nunca pensé que tendría, y por nada del mundo querría perderlo.

Bloqueada..., estoy totalmente bloqueada.

—Amara —continúa—, estoy loco por ti, como lo está Jan. La diferencia es que él te lo hace saber todos los días y yo he sido tan idiota que te he hecho creer lo contrario.

Según oigo eso consigo respirar primero y jadear después.

Uffffffffff...

Espera, espera, espera, que me pellizco. No, ¡no estoy soñando! Pero susurro:

—Una cosita...

Liam se mueve y, con un tono de voz muy íntimo, musita:

—Todas las *cositas* que tú quieras.

Ambos reímos y luego, sin dejarme hablar, insiste:

—Dime que no es tarde para enamorarte.

¡¿Enamorarme?!

Por Dios, por Dios..., ¡pero si más enamorada de él no puedo estar! Así que, sin dudarlo, niego con la cabeza y, cautivada por su mirada y por el momento, susurro:

—No lo es.

Siento que oír eso a Liam le da fuerza. Solo hay que ver la expresión de su rostro cuando dice:

—Pensé que no volvería a sentir lo que siento, pero, Amara López Santos, tú eres lo mejor que podía ocurrirnos a Jan y a mí y...

Asustada, tremendamente acojonada, pongo una mano sobre su boca.

Nos miramos en silencio unos segundos, hasta que cuchicheo:

—Madre mía..., debes de tener una fiebre horrorosa.

Liam se ríe, retira mi mano de su boca y, tras besar mis nudillos, murmura:

—No..., no tengo fiebre ni estoy delirando. Pero necesitaba que supieras que, como diría mi padre y aunque suene antiguo, tengo intenciones de cortejarte.

Bloqueada. Así me quedo.

—Jan te quiere. Eres su mamá. Solo hay que estar con vosotros dos segundos para sentir la perfecta conexión que tenéis. Y si a eso le sumas que yo estoy loco por ti...

—Jan bebió agua del cazo del perro —lo corto.

—Lo sé...

—Y le doy gusanitos de sémola de maíz, aunque no están en su dieta.

—Lo imaginaba...

—Y los perros se bañan en la piscina conmigo.

Liam asiente, veo que por fin le hace gracia la idea.

—Gracias a esas cosas y a esa manera tuya de ser, Jan, mis perros

y yo somos felices —asegura.

Madre mía... Madre míaaaaaa... ¿En serio?

El ojo me tiembla, creo que me ha entrado un tic.

—¿Eres consciente de lo que estás diciendo? —susurro.

Sin dudarlo, él afirma con la cabeza.

—Totalmente consciente, mi niña.

¡«Mi niña»!

Siempre que me dice algo cariñoso añade eso de «mi niña» que tan tonta me pone. Y, paseando de nuevo la mano por mi rostro, murmura:

—Pececita, desde luego eres mi niña...

Atontada me quedo, y luego añade:

—Es imposible superar tus besos.

Bueno, bueno, bueno, ¡que me daaaaa!

Oigo a Liam como oigo los propios latidos de mi corazón. Siempre he querido que algo increíblemente romántico pasara en mi vida, ¡y me está pasando! ¿A mííííí?

Él habla y se explica con tranquilidad. Desde luego, ya me gustaría a mí tener ese autocontrol que siempre demuestra. Y entonces suelta:

—Quiero recuperar el tiempo contigo en todos los sentidos, porque siento que eres la mujer de mi vida, y la mamá que Jan desea. Tú, él y yo, junto a *Pepa*, *Pepe* y *Tigre*, hemos creado nuestra particular familia, y solo si tú quieres podríamos comprobar qué puede pasar...

Uf, madre..., madre... La mujer que él quiere y la madre que Jan necesita. ¡Hemos creado una familia! Creo que en esta ocasión el infarto me va a dar a mí. Y entonces, al ver mi gesto, se apresura a añadir:

—Pero si crees que no, pues...

—Sí —lo corto—. Sí quiero. Claro que quiero.

Según digo eso, ambos sonreímos nerviosos. Lo que está ocurriendo entre nosotros en este instante, de madrugada, en la habitación, creo que nos está sobrepasando.

—¿Qué dirá tu familia? —pregunto.

—Se alegrarán. Especialmente mi padre —matiza.

Oír eso me gusta. Sonrío e insisto:

—¿Y Margot o tus amigas?

Liam se encoge de hombros.

—Ellas saben que no hay nada entre nosotros. Solo sexo.

Asiento, me gusta que sea claro conmigo en ese aspecto, por lo que, segura de ello, indico:

—Si estás conmigo, no...

—Tranquila —me corta—. Mis padres me enseñaron que cuando estás con alguien es porque lo quieres todo de esa persona y nada de otras. Y yo lo quiero todo de ti, por lo que el resto me sobra.

Oír eso me gusta y me tranquiliza.

Y entonces, tras tomar aire, oigo que susurra:

—Ese mismo compromiso lo tengo yo contigo, ¿verdad?

Sin dudarlo, asiento.

—Al igual que tú, si estoy con alguien es por algo.

Ambos nos miramos con ilusión en nuestros rostros.

—He de confesarte una cosita... —señala entonces.

—¿Una *cosita*? —me mofo.

Liam sonríe.

—En ocasiones me recuerdas a la madre de Jan —dice.

Anda, ¡lo mismo que me dijo Verónica!

—¿Y eso es bueno o malo? —pregunto.

—Ella era impulsiva. Y eso ha sido lo que siempre me ha frenado contigo. Creía que era malo, pero... estaba equivocado.

Asiento, lo entiendo.

—¿Crees que te la puedo jugar como lo hizo ella? —quiero saber.

Liam afirma con la cabeza. Me gusta su sinceridad. Y, cuando voy a replicar, ahora es él quien me tapa la boca con la mano y dice mirándome a los ojos:

—Mira, Amara... Si algo me has enseñado desde que te conocí y he aprendido de ti es que tú eres tú: Amara López. Y, siendo tú, me gustas y me vuelves loco, por lo que no quiero que cambies absolutamente nada de ti porque, siendo como eres, nos has enamorado a Jan y a mí. Y si tu impulsividad es como la de ella, no pasa nada, porque tú eres Amara y ella era Jasmina.

Madre mía, madre mía, ¡lo que está soltando este hombre por la boca!

Si me pinchan creo que no sangraré de lo impresionada que estoy.

—Según mi hermano, si eres mi primer pensamiento al despertar y el último antes de dormir significa que estoy locamente enamorado

de ti —dice entonces; y, cogiendo mi mano, la lleva hasta sus labios y, sin apartar esos ojos tan especiales que tiene, me besa los nudillos y musita—: Así que quiero que sepas que estoy muy enamorado de ti.

Uf..., uf... uf...

Creo que me voy a volatilizar...

Ay, Dios, ¡que me desmayo!

Por primera vez en mi vida el hombre al que adoro me está dedicando unas preciosas palabras de amor, ¡y yo estoy que no puedo ni respirar!

Liam deja de hablar, veo desconcierto en su mirada, y al cabo añade:

—Entiendo que mi aspecto ahora mismo no sea muy bueno y que quizá debería haber esperado a otro momento para decirte todo esto...

Sonrío, para mí su aspecto es el mejor del mundo. E, intentando bromear, cuchicheo:

—Ah, vale... ¡Ahora lo entiendo! Tienes miedo de quedarte como el hombre grano de paella y por eso me estás tirando los tejos a mí, ¿no?

Él ríe a carcajadas. Yo también. E, incapaz de no reaccionar ante el momento tan bonito y romántico que estoy viviendo, me acerco a él y le doy un beso. Liam se encoge y, mientras nos separamos, susurra:

—Maldita pupa del labio... Deseo besarte y no puedo.

Gustosa, paso con delicadeza la mano por su rostro y murmuro:

—Tranquilo. Ya habrá tiempo para besarnos.

—Me gusta saberlo, Pececita.

Liam asiente, sonríe, y yo, moviéndome, lo abrazo con total naturalidad y luego nos quedamos en silencio.

Durante unos minutos ninguno de los dos dice nada. Creo que apenas entendemos lo que está pasando entre nosotros. Después Liam afirma besándome el cuello:

—Qué bien hueles siempre.

—Tú hueles a Talquistina —me burlo.

Nos miramos divertidos. Jan llama entonces nuestra atención, quiere que lo abracemos también. Y, tras unos minutos en los que ambos nos desvivimos con el niño, Liam pregunta:

—¿Irás con Alejo a bailar salsa a Las Palmas de Gran Canaria?

Según dice eso, sonrío. Está claro que Alejo le despierta los mismos celos tontos que a mí Margot.

—Solo si voy contigo —contesto.

Veo que mi respuesta le gusta; entonces Jan balbucea:

—Papááá...

La alegría que veo en el rostro de Liam es preciosa. Y, acariciando al niño con amor, musita:

—Estoy feliz de ser tu papá.

—Pues ya es oficial, ¡eres su papá! —bromeo.

—Y tú su mamá.

—Papáááááá —vuelve a decir Jan, y mirándome añade—: Mamáááá.

Al oír eso, rápidamente miro a Liam y, riendo, cojo al pequeño y cuchicheo:

—Claro que sí, Gordunflas, ¡soy mamá!

Liam me mira de un modo que me pone muy nerviosa. ¿Y si la fiebre está haciendo que delire? No sé qué decir. Ay, Dios, ¡que me pica todo! Y al borde del infarto pregunto:

—¿Qué pasa?

Con esa mirada que me descoloca, Liam finalmente indica:

—Pasa que eres preciosa.

Bueno, buenoooo... Para no ser romántico, hay que ver las cosas que me dice.

Me río, los nervios me hacen reír; intentando quitarle hierro al asunto murmuro:

—Madre mía, lo que te hace decir la fiebre.

Liam vuelve a sonreír y yo, para romper el momento, pues los nervios no me dejan vivir, le pregunto al niño mientras lo señalo a él:

—Gordunflas, ¿quién es este monstruo feo, feote, lleno de granos?

—Papáááá...

Contenta y feliz aplaudo, y los dos Acosta que han entrado en mi corazón ríen a carcajadas.

A continuación me levanto de la cama y voy a añadir algo cuando oigo que Liam suelta:

—¿Ya estás descalza?

Sonrío, no lo puedo remediar, y replico:

—El jefe está fuera de juego y aprovecho. —De nuevo él se ríe y yo, sintiéndome tonta, digo—: Descansa y duerme un poco.

—Tú también.

Asiento.

—Lo intentaré.

—¿Cuánto llevas sin dormir más de dos horas seguidas?

Suspiro, eso sucede desde la primera noche que Jan enfermó. Y, antes de que yo conteste, él continúa:

—Prometo que, cuando me encuentre mejor, tendrás una estupenda cura de sueño.

Oír eso me hace reír.

—¿Puedo pedir una semanita con los gastos pagados en un bonito hotel *spa* de Las Palmas de Gran Canaria? —me mofo.

—Puedes —asegura divertido.

—Mmmm, ¡te lo recordaré! —añado.

Ambos reímos y, cuando me dispongo a salir del cuarto, Liam me coge la mano y dice:

—Necesito mi beso de buenas noches.

Oír eso que nunca me ha pedido me hace darme cuenta de que los delirios prosiguen, pero, deseosa de ofrecerle lo que pide, me inclino hacia él, poso mis labios sobre los suyos y, con delicadeza para no hacerle daño en la pupita, lo beso.

Uf..., qué maravillaaaaa...

Una vez que nos separamos, nos miramos con deseo y, tomando aire, susurro:

—Ten por seguro que, si no estuvieras como estás, esto hoy no terminaba aquí...

Liam ríe, yo también, y cuando suelta mi mano y camino hacia la puerta, oigo que dice:

—No sé qué haríamos Jan y yo sin ti.

Bueno, bueno, bueno... Pero ¿tanto le está afectando la fiebre?

—Ya me vengaré de los dos cuando estéis repuestos.

Ambos reímos, y luego salgo con el niño de la habitación. Cuando entro en mi cuarto y tumbo al pequeño conmigo en la cama, acalorada, me doy aire con la mano.

¿En serio ha pasado todo eso? ¿De verdad ese hombre al que adoro se me ha declarado? Y, mirando a Jan, susurro:

—Acabo de vivir uno de los momentos más bonitos de mi vida y, sin duda, he de exclamar: ¡viva la varicela!

Jan sonríe, lleva las manitas a mi rostro y yo, abrazándolo, lo acuno y, al ver que se duerme, la siguiente en dormirme soy yo. Eso

sí..., pensando en Liam.

Capítulo 45

Pasan algunos días más y, por suerte, todo se va superando.

Liam mejora y la varicela no se complica. Las feas marcas de su rostro y de su cuerpo van desapareciendo, mientras pasamos tardes enteras tirados en el sofá besándonos, hablando y riendo con Jan. Yo me siento integrada en una familia, y, la verdad, me gusta esa sensación.

De pronto el hombre frío al que lo horrorizaban muchas de las cosas que hacía se convierte en alguien tremendamente increíble que no gruñe y al que le gustan muchas de las actividades que le propongo. Cuando Jan duerme, Liam y yo escuchamos música, bailamos divertidos salsa o musiquita romántica, vemos series hasta el amanecer y nuestras vidas se vuelven completas, fáciles y felices.

¿En serio somos tan felices con tan poco?

Los besos de Liam me gustan. Los míos siento que le encantan, y aunque nos morimos de ganas por poseernos y tener sexo, nos contenemos. Ambos queremos que él esté recuperado al cien por cien y, para ello, hemos de esperar.

Una noche, tras terminar de ver una película en el sofá, Liam propone que los tres nos acostemos en su cama, y yo acepto encantada.

¿Por qué no?

Una vez que nos acostamos y ponemos a Jan entre él y yo, cuando apagamos la luz Liam sugiere:

—Pececita, ¿qué te parece si le cantas su canción?

Asiento. Esa canción es ahora de los tres, no solo de Jan, y sin dudarlo empiezo a entonarla mientras soy consciente de que ya no solo se la canto al niño, sino también a su papi, cuando digo eso de *«I love you, baby...»*.

Uiss..., uis..., si es que los *aisloviu* a los dosssss.

A través de las pestañas los observo. Miro a los dos hombres que se han convertido en las personas más importantes de mi vida y

canturreo mientras oigo los latidos de mi corazón y disfruto del momento, hasta que la canción acaba y, mirando a Jan, susurro:

—Ha caído.

Liam sonríe.

—Ahora tienes que caer tú —musita.

—Cántame algo.

Él se ríe, puesto que nunca canta. Según él, lo hace fatal. Según yo, la vergüenza puede con él.

—No pienso cantar —replica—. Vamos, descansa.

Gustosa, asiento. La verdad es que estoy muy cansada. Pero, necesitada de un mimo que llevo muchos años sin recibir, pregunto:

—¿Puedo pedirte una cosa?

—Por supuesto.

—Mi hermano solía acariciarme la cabeza con la mano y yo me dormía enseguida.

De inmediato veo que Liam pasa una mano por encima de la almohada, la acerca a mi cabeza y comienza a masajearla. El hecho de que haga eso que nadie más ha vuelto a hacer después de Raúl me emociona, me encanta, y me quedo dormida sin darme cuenta.

* * *

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando me despierto. Abro los ojos y veo a Jan y a Liam dormidos. Sin moverme, los observo. A escasos metros de mí tengo a los dos hombres que desde hace unos meses me alegran la vida, y de pronto soy consciente de que, como esto salga mal, mi corazón, que logré recomponer después de dejarlo con Óscar, se me va a romper del todo esta vez.

Desde que Liam se ha permitido hablar de sus sentimientos todo ha cambiado entre nosotros, y ahora me siento parte de su vida, como siento que yo soy parte de la vida de ellos dos. El modo en que me mira, me busca o me besa me hace sentir tremendamente especial, y a veces es tanta la felicidad que me invade que yo misma me agobio. ¿Y si no funciona?

Angustiada por todo lo que siento, me levanto con cuidado de la cama para no despertarlos y, en silencio, salgo de la habitación. Voy a la cocina y a través del ventanal veo a *Pepa*, *Pepe* y *Tigre* durmiendo los tres juntos, y sonrío. Es todo tan increíble y bonito que, una vez

más, el diablillo que tengo sobre mi hombro me dice que tanta felicidad no puede durar.

¿Por qué sigo pensando así?

¿Por qué no puedo disfrutar del momento sin creer que se va a acabar?

Cojo mi móvil, que está sobre la encimera de la cocina, y poniéndome los auriculares comienzo a escuchar música romántica. Manuel Carrasco, Carlos Macías, David Cavazos y otros artistas que me gustan suenan mientras siento cómo mi corazón se acelera.

Amé a Óscar, lo quise mucho. Pero el sentimiento que tengo con Liam y Jan es diferente. Es un sentimiento más fuerte, más intenso, más de todo, tanto que ni siquiera sé explicármelo a mí misma.

Tengo sed y, a oscuras, tras abrir la nevera, saco una botella de agua, me siento de un salto sobre la encimera y bebo, hasta que de pronto oigo:

—Descalza, bebiendo a morro de la botella y sentada sobre la encimera. Señorita López, es usted incorregible.

Eso me hace sonreír. Liam se acerca a mí a oscuras y, metiéndose entre mis piernas, me quita uno de los auriculares y pregunta:

—¿Qué escuchas?

En ese instante suena David Cavazos con su canción *Bruja hada*, y Liam dice mirándome:

—Esta no la conozco.

Eso me hace gracia. Entonces coge la botella de agua de mis manos, bebe a morro y, una vez que la deja sobre la encimera, pregunta:

—¿Bailas conmigo?

Woooo, ¡sin dudarlo!

Bajándome de un salto de la encimera, pego mi cuerpo al suyo y comenzamos a bailar a oscuras en la cocina. Por Dios, qué momento tan románticoooooooooo.

Con los ojos cerrados disfruto de lo que estoy viviendo, hasta que él susurra en mi oído:

—Eres mi bruja de noche y el hada de Jan durante el día.

Me gusta oír eso. A veces Liam, sin llegar a ser el hombre más romántico del mundo, dice cosas que lo hacen tremendamente especial. Y entonces, pasando sus manos por mis brazos, murmura:

—Me encanta tu suavidad.

Uf..., lo que me hace el cuerpo al oírlo y sentirlo. Lo deseo..., lo deseo con todas mis fuerzas, aunque me estoy conteniendo.

—A mí me encantas tú —le contesto.

Liam sonríe. Yo también. Y, acercando nuestras cabezas, nos besamos con tranquilidad, con gusto, con ganas. Nos deseamos. Nos deseamos mucho a pesar de lo que nos contenemos, y cuando noto que la situación se nos está yendo de las manos voy a detenerlo pero él musita:

—Hoy no lo vamos a parar...

Excitada, asiento. La primera que no quiere pararlo soy yo. Y, dejándome llevar por el momento, simplemente me dejo hacer; entonces los auriculares se desconectan de mi móvil y comienza a sonar la canción *Burbujas de amor* de Juan Luis Guerra 4.40.

Liam sonríe al oírla y, mirándome, cuchichea:

—La canción perfecta, Pececita.

Por favorrrr, ¡qué romántico!

Un beso lleva a otro, una caricia a la siguiente y, cuando le quito la camiseta y él me quita la mía, me agarra entre sus brazos, me lleva hasta la mesa y me posa sobre ella. Sin necesidad de hablar, me saco las bragas al tiempo que él se baja los calzoncillos y, volviendo a cogerme entre sus brazos, guía su dura erección hasta mi latente humedad y entra en mí. ¡Oh, sí!

Extasiada, rodeo su cuerpo con las piernas y Liam, izándome de la mesa, vuelve a meterse en mi cuerpo una y otra y otra vez mientras yo le muerdo el hombro y disfrutamos del ardiente momento.

Sentirlo dentro de mí me vuelve loca, como imagino que lo está volviendo loco a él, y entonces oigo que dice:

—Mírame.

Lo miro.

Uf..., un escalofrío me recorre el cuerpo.

Su seductora mirada, aun con la cocina a oscuras, me toca el alma. Su sonrisa maliciosa me embruja. Sus susurros me enloquecen. Y yo me lleno por completo de deseo y con un hilo de voz exijo:

—Ay, Dios..., no pares.

¡Y no para!

Uf..., ¡qué placer!

Me seduce y yo lo seduzco a él. Me somete a su deseo y yo lo someto al mío, mientras nuestras lenguas se encuentran, nuestros

cuerpos chocan y enloquecemos de puro placer.

Fascinada por el momento, me entrego a él. En silencio mi cuerpo le pide que me haga suya y lo hace, lo hace una y otra vez, mientras siento que yo lo hago mío.

Nuestros cuerpos, embriagados por el momento, se buscan, se encuentran, mientras nos entregamos sin reservas y nos sometemos a los antojos del otro.

Liam no para de entrar y salir de mí una y otra vez, y yo muevo las caderas en su busca y siento que ambos jadeamos de lujuria y de deseo mientras ardemos en el más dulce infierno de la pasión.

Las piernas le tiemblan. Lo noto. Y, apoyándome contra la pared, nos colocamos mejor mientras siento cómo su boca besa mi cuello, mis manos acarician su piel y no paramos ni un segundo.

Disfrute...

Delirio...

Goce...

Besos...

Caricias...

Todo ello unido al morbo del momento hace que Liam y yo nos convirtamos en dos seres ansiosos de sexo mientras nuestros cuerpos se encuentran una y otra vez.

He disfrutado del sexo con otros hombres. No soy nueva en esto. Pero lo que Liam me hace sentir con su total y completa posesión, con sus besos y con sus miradas, no lo ha conseguido nadie. Ni siquiera Óscar.

En ese instante empieza a sonar una nueva canción con la que lloré mucho en el pasado, y se me eriza el vello de todo el cuerpo. Es *Contigo y sin ti* de Chenoa, una preciosa y tremenda canción de desamor. Pero no... A pesar de mis dudas sobre lo nuestro, me olvido de ellas y disfruto del momento.

Liam me besa. ¡Madre mía, cómo me besa! Asola mi boca de tal manera que me deja sin respiración y, cuando se separa de mí, susurra:

—Dime qué sientes.

Bueno, bueno, bueno...

Si digo lo que siento sé que voy a pasarme de frenada, pero, necesito pasarme de frenada, de carril e incluso de autopista, así que murmuro:

—Que te quiero…

Según digo eso noto que su mirada cambia.

Madre mía, madre mía…, ¡¿qué he dicho?!

Acabo de abrirle mi corazón totalmente y, joder, ¡podría rompérmelo!

Liam vuelve a besarme. Su exigente boca me devora con auténtica pasión, hasta que, parándose, musita:

—Repite lo que has dicho.

Acalorada por lo que he soltado, vuelvo a decir:

—Te quiero…

Según digo eso, Liam mueve las caderas y se introduce en mi cuerpo lenta, intensa y profundamente.

¡Dios, qué gustazo!

Los dos gritamos de placer y yo, queriendo más, repito:

—Te quiero…

De nuevo Liam lo hace. Lento. Intenso. Profundo. Se introduce en mí por completo, arrancándonos a ambos un jadeo estremecedor, y sorprendiéndome declara:

—Te quiero.

¡Ay, Diossssss!

¿En serio?

Mi cuerpo reacciona como un resorte para clavarse por completo en él sin ninguna prisa. Acto seguido los dos jadeamos enloquecidos, como si una corriente nos hubiera atravesado.

A partir de ese instante, y con la música de fondo, la locura, la pasión y el morbo se apoderan de nosotros de una forma que creo que nos sorprende. Nos poseemos con fuerza, con deseo, con pasión. Nos tomamos como si no hubiera un mañana, hasta que no podemos más y un caliente y estremecedor clímax nos derrota.

Con las respiraciones aceleradas por el momento, a oscuras en la cocina, intentamos recuperar el resuello, yo apoyada en su hombro y él apoyado en el mío. Creo que no nos miramos de la vergüenza que nos da a ambos lo que hemos dicho.

A continuación Liam me coge en volandas, me lleva hasta la encimera, me posa sobre ella y, mirándome a los ojos, murmura:

—Como dice la canción, ya no puedo vivir sin ti.

Wooooo, lo que me entra por todo el cuerpo.

Liam, ese hombre que pensé que era todo lo contrario de lo que

yo podía querer en la vida, no solo me tiene loca, sino que además me dice ¡que me quiere!

—Tú y tu romántica música me vuelven loco.

Oír eso me hace sonreír. Que le gusten mis románticas canciones de amor es un placer para mí.

—La siguiente vez que te haga el amor será mejor —susurra tras besarme en los labios.

¡¿Mejor?!

¿Ha dicho que será mejor?

Madre mía, pero si para mí esta vez ha sido increíble. Maravillosa. Inigualable.

El día que tuvimos sexo en la piscina fue asombroso, pero íbamos algo perjudicados con el tequila. En cambio, hoy no. Hoy ni él está perjudicado ni lo estoy yo.

—No veo el momento de tenerte desnuda en mi cama, sin niño y sin prisas —musita besándome de nuevo.

Oír eso me hace sonreír. La que no ve el momento soy yo. Y, tras besarlo, afirmo:

—Me parece una excelente idea.

Sonriendo, cogemos papel de cocina para limpiarnos y, una vez que nos vestimos, Liam dice mirándome:

—Este que canta es el Carrasco, ¿verdad?

Gustosa, asiento. En la cocina suena la voz de mi Manuel Carrasco interpretando *Sabrás* y, cuando bostezo, él para la música e indica:

—Vamos, Pececita, ¡a dormir!

Cogidos de la mano regresamos a su cama. Y, al ver a Jan rodeado de cojines y almohadas, sonrío y Liam cuchichea:

—Por si se movía…, para que no se cayera.

Asiento. Me parece genial. Como siempre, previsor.

En silencio y sin hacer ruido, volvemos a acostarnos. De nuevo nos miramos a oscuras y, sin que yo diga nada, Liam pone la mano sobre mi cabeza, y, cuando comienza a masajearla, susurra:

—Duerme, mi niña. Lo necesitas.

A partir de esa noche dormimos los tres en la cama. Bueno, en ocasiones los cuatro…, que *Tigre* se cuela algún día y yo, para que no lo vea Liam, lo escondo detrás de mi cuerpo.

De pronto dormir juntos en la cama de Liam se convierte en una

necesidad, y lo disfruto como sé que ellos lo disfrutan por sus rostros, sus sonrisas, sus miradas…, y, literalmente, me muero de amor.

Capítulo 46

Pasan los días mientras los tres vivimos en nuestra preciosa burbujita de felicidad.

Todo es tan perfecto, tan ideal, tan increíble que en ocasiones siento hasta miedo.

¿En serio la vida me va a permitir ser feliz?

Jan está totalmente repuesto y ahora gatea a una velocidad que ni Speedy Gonzales. Verlo gatear me hace gracia, pero Liam se agobia. Según él, el suelo está sucio y el niño podría volver a enfermar. Cuando lo oigo decir eso me mofo y le pregunto si pretende que le pongamos guantes al chiquillo para que no toque el suelo, hasta que finalmente se ríe y se relaja. Aunque ahora se pasa el día entero limpiándole las manos con toallitas húmedas. ¡Qué maniático es!

El día que el médico de cabecera le da por fin el alta a Liam, este me dice que ponga guapetón a Jan y me ponga guapetona yo también porque nos invita a cenar.

Feliz y gustosa, me arreglo. Me pongo un vestidito ibicenco que sé que me queda muy bien, y, tras colocarle a Jan un peto vaquero, los tres nos vamos al Puerto de la Cruz, donde cenamos en un precioso restaurante frente al mar.

Y río para mis adentros cuando unos señores que están en una mesa contigua a la nuestra creen que Jan es mi hijo y Liam mi marido. Es más, dicen que el niño tiene los ojos de su padre y la sonrisa de su madre. Oír eso hace que Liam y yo sonriamos e intercambiemos una mirada sin decir nada.

Tras la cena decidimos dar un paseo con Jan en su cochecito. Quien nos vea pensará que somos una parejita más. Y el corazón se me acelera cuando Liam me agarra por la cintura con gesto protector y caminamos así por la calle.

¡Qué bien estoy en compañía de mis dos hombres!

Esto que siento con ellos es algo nuevo para mí. En casa nos besamos y hacemos el amor siempre que podemos, pero pasear por la

calle de esta manera es especial, me encanta porque realmente parecemos una familia.

* * *

Un par de días después Liam ha organizado una cena en la casa para celebrar que Jan y él ya están recuperados. Invita a varios de sus amigos y a su familia y yo me siento algo tensa. ¿Les contará a todos que estamos juntos? No se lo he preguntado. No sé si es algo que se puede preguntar, y..., bueno, me callo y espero acontecimientos.

Los invitados comienzan a llegar y yo estoy feliz. Siempre he pensado que las casas grandes con jardín como esta son para tenerlas llenas de gente y de vida. Pero hay algo que me estropea la velada, y es cuando veo llegar a Margot.

¿En serio la ha invitado a ella?

Eso me acelera el corazón, y más aún cuando, desde la distancia, veo que Liam y ella hablan y, cada vez que Margot posa la mano sobre él o lo roza siquiera, me entran las cagalandras de la muerte... ¿Y si Liam es un Óscar en potencia y ahora que está recuperado pasa de mí? ¿Y si todo lo que hemos vivido ha sido tan solo fruto de la varicela y de la fiebre?

Estoy pensando en ello y veo que Florencia y su padre están disfrutando de Jan al fondo del jardín. Ellos me miran, yo los saludo sonriendo y me devuelven la sonrisa; entonces Alejo, el pediatra de Jan, se me acerca.

—Según Liam, eres una excelente enfermera.

Sonrío y, viendo cómo aquel ríe en compañía de la pelirroja, indico:

—No está bien que lo diga yo, pero no se me da mal.

Alejo asiente.

—Si alguna vez quieres volver a trabajar en un hospital, dímelo. Tengo varios contactos muy buenos, y creo que sería capaz de conseguirte un puesto en alguna clínica o en algún ambulatorio de las islas.

—¿En pediatría?

—Por supuesto —afirma él, y, sorprendiéndome, añade—: Liam me ha dicho que, si necesito sus referencias, él me las dará encantado.

Sin dar crédito, parpadeo. ¿Que Liam le ha dicho qué?

Eso me inquieta… ¿Es que acaso quiere deshacerse de mí?

Saber eso me desestabiliza. Vuelven mis inseguridades.

—Qué detallazo por su parte —musito.

Alejo asiente ajeno a lo que estoy pensando; de pronto Omar se acerca a nosotros y comenta mirándome:

—Te veo muy bien.

La alegría de Omar siempre me hace gracia, y más cuando Horacio se acerca a nosotros y pregunta dirigiéndose a Alejo:

—No estarás tirándole la caña a nuestra Amara, ¿verdad?

Todos soltamos una carcajada, y entonces Alejo, divertido, me coge del brazo y dice:

—Tonto sería si no se la tirara.

Divertida, comienzo a bromear con aquellos mientras soy consciente de que Liam no les ha contado lo nuestro. ¿Cuándo lo hará?

Y en ese instante oigo que Liam dice levantando la voz:

—Todo el mundo a cenar.

Lo miro. Él me está mirando también. Conozco esa mirada, y con ella me está diciendo que me acerque. Pero no…, no quiero hacerlo. Y, dirigiéndome a Alejo, Omar y Horacio, indico:

—Id vosotros. Yo iré enseguida.

Observo que todos los invitados comienzan a sentarse a las mesas que el catering que he contratado ha dispuesto en el jardín, y de pronto veo a *Tigre* repanchingado sobre una de las sillas. Rápidamente me dirijo hacia él, lo cojo con disimulo y, caminando hacia la zona vallada donde están *Pepa* y *Pepe*, abro la portezuela y dejo a *Tigre* con ellos.

—Quédate aquí, que te estoy viendo venir —le advierto a mi perro.

Este me mira con ganas de llamarme de todo, pero yo regreso con los demás y voy al encuentro de Florencia.

—Ais, Amara —comenta ella—, ¡hoy estás radiante!

—Gracias —musito con una sonrisa.

Jan se tira entonces a mis brazos y, justo cuando va a decir «mamá», le meto el chupete en la boca y Florencia cuchichea emocionada:

—Hay que ver lo que te quiere el niño.

Asiento, lo sé. Y, besando a Jan en el cuello, afirmo con amor:

—Pues más lo quiero yo a él…

Florencia asiente, me mira con una sonrisa que no logro descifrar y acto seguido le pregunto:

—¿Cómo es que no han venido Xama, Gael, Begoña y el peque?

—Porque están en la Península, cielo. Xama y sus amigos tenían entradas para ir a un concierto de esos raros que les gustan… Gael y Begoña aprovecharon para acompañarla con el niño para mirar unas cosas que Begoña quería para su vestido de novia… Y aquí estoy yo, sola y echándolos mucho de menos a los cuatro.

Al ver su gesto, sonrío y, dándole un abrazo, señalo:

—Anda, supermami, ve y siéntate junto a Omar.

Entonces ella me mira y pregunta:

—¿Y tú?

Sonrío, me encanta la consideración que los Acosta tienen hacia mí.

—Ahora regreso —digo—. Voy a cambiarle el pañal a Jan antes de cenar.

Ella asiente y yo, con el pequeño en brazos, entro en la casa y me dirijo hacia su cuarto. Una vez allí, lo tumbo sobre el cambiador y, cuando estoy riendo con él por las pedorretas que me hace, oigo a mi espalda:

—Te estaba buscando.

Como siempre, doy un salto y, cuando miro a Liam, él se acerca a mí riendo y dice tras darme un cariñoso beso en el cuello:

—¿Cuándo vas a dejar de asustarte?

—Cuando avises de tu presencia de otra manera…

—Papááááá —exclama Jan al verlo entrar.

Divertido, Liam lo besa con amor y después me hace cosquillas a mí. En nuestro confinamiento por la varicela ha aprendido que tengo cosquillas en la cintura. Y, tras reírme a carcajadas, le suplico:

—Vale… ¡Para!

Él sigue, riendo, y luego, mirándome, dice:

—Una cosita… ¿Tú no sabes que no es bueno dejar para mañana los besos que puedas dar hoy?

Según lo oigo, lo beso. Este hombre me vuelve loca con sus «cositas», y disfruto del momento.

No obstante, debemos parar, pues tenemos invitados y Jan está sobre el cambiador. Liam comienza a hacerle pedorretas y, entre una y

otra, comenta mirándome:

—Tengo una sorpresa para ti.

Oír eso me asombra. ¿Para mí?

—Ostras... ¡Me encantan las sorpresas! —musito.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —pregunto extrañada.

Liam sonríe, yo también, y acercándose a mí me coloca un mechón de pelo tras la oreja y dice con mimo:

—Pececita, cada día te voy conociendo más.

Uf..., cómo se me acelera el corazón.

Ay, madre, ¡que lo beso! Pero no, no, no, ¡quiero que él me bese a mí!

Estoy por preguntarle por qué le ha dicho a Alejo que daría referencias para que yo trabajara en un hospital, pero como no quiero romper este momento digo en cambio:

—¿Y cuándo sabré de qué va la sorpresa?

—Al final de la noche —contesta Liam con una enigmática sonrisa y su carita de ángel malote.

Su expresión me hace intuir que mi mente calenturienta podría ir bien encaminada con respecto a de qué irá el tema. Y, acercándome un poco más a él, pregunto:

—¿Y crees que me va a gustar la sorpresa?

Noto que la respiración de Liam se acelera del mismo modo que la mía. Uf, lo que nos gusta tentarnos, provocarnos...

—Eso espero, mi niña —dice él a continuación con un hilo de voz.

Gustosa, y sin querer echar más leña al fuego, pues tenemos invitados en la casa, asiento.

—¿Lo estás pasando bien en la fiesta? —pregunta él.

Asiento de nuevo, pero tengo ese runrún con respecto a cierta pelirroja que no me deja vivir. Y, sin pensar en las consecuencias, replico:

—Creo que tú lo estás pasando mejor que yo con doña Querida... Y, por cierto, podrías pararle las manitas para que no te toquetee tanto, ¿no?

Según digo eso Liam parpadea, su mirada cambia, y yo, siendo consciente de lo que acabo de soltar, agrego:

—Vale... Podría decirse que eso son celos. Y..., aunque el tema de

los celos no va conmigo, reconozco que me pongo algo tonta cuando te veo con ella, y más aún si tú no la frenas…

Durante unos instantes Liam no dice nada, solo me mira, hasta que replica:

—Dijiste que para ti el amor no era posesión, sino libertad.

Vale, tiene razón.

—Y lo es —admito—. Pero la familiaridad con la que te toquetea Margot, la verdad…, no me gusta mucho.

—¿Acaso tú no tonteabas con Alejo o con Alessandro?

Al oír eso resoplo. Siempre he odiado los numeritos de celos, pero aquí estoy, ¡protagonizando uno! Y con cierto retintín indico:

—La diferencia es que tú has tenido sexo con Margot y yo con Alejo, no.

—¿Y Alessandro? —insiste.

Vale, ahí sí que no puedo decir nada, porque intuyo que lo que yo tenía con Alessandro era lo mismo que él tenía con Margot. Y Liam reitera:

—Ella es una buena amiga que está ayudando a la familia a conseguir algo muy importante para nosotros y…

—Pues Alessandro es un buen amigo, aunque no ayude a tu familia. ¿Qué te parece? —lo corto molesta.

Liam y yo nos miramos. Hay irritación en nuestras miradas. De pronto la bonita conexión que había entre nosotros parece haberse roto y, llenándome de inseguridad, musito:

—¿Acaso ahora que ya no estás enfermo ya no me necesitas y…?

—Pero ¿qué tonterías estás diciendo? —gruñe con gesto de enfado.

Y yo, que ya estoy desatada, he vivido eso con Óscar y no estoy dispuesta a vivirlo de nuevo, replico:

—Mira, déjalo.

—¡¿Que lo deje?!

Uf, cómo me mira… Qué cabreo lleva…

Y, sintiéndome tan furiosa como él, digo tocándome la cicatriz de la frente:

—¿Crees que no me he dado cuenta de que desde que ha llegado el primer invitado no te has acercado a mí?

Liam parpadea asombrado.

—Mira, guapo —añado—, por desgracia, tengo un máster en

sentirme como una mierda porque el tío con el que estoy, cuando me tiene, pasa de mí... Pero, ¿sabes?, una aprende en la vida y...

—Yo que tú no continuaría...

—Porque tú lo digas —lo reto.

Nos miramos. Uf..., cómo nos miramos, y al cabo él susurra:

—Esto es ridículo.

—Te doy la razón. ¡Es ridículo! —Y, acelerada como una moto, añado—: No sé por qué habré llegado a pensar que entre tú y yo podría existir algo, cuando simplemente soy la niñera de tu hijo.

Según digo eso, Liam da un paso atrás. En su gesto veo la incomodidad.

—Amara, te estás pasando... —sisea.

Oír eso me hace sonreír con chulería. Soy como una olla de presión cuando me enfado y, sin pensar, suelto:

—Disculpe, señor Acosta, ¡lamento estar pasándome!

Liam asiente. Me mira de esa forma que no me gusta nada y, poniéndose a mi nivel, suelta:

—De acuerdo, señorita López. Está visto que nos equivocamos.

¡¿Qué?! ¡¿Cómo?!

¿En serio volvemos a la casilla de salida?

Vale..., vale..., soy yo quien ha empezado... Pero, enfadada y a punto de liar aquí la matanza de Texas, asiento y ratifico:

—Efectivamente, señor, nos equivocamos.

Durante unos segundos nos quedamos en silencio, mirándonos, mientras Jan nos observa. Es la primera vez que discutimos siendo pareja y la incomodidad es insoportable para los dos.

Al cabo Liam indica con la voz cargada de resentimiento:

—Termine de cambiar al niño y salga para cenar.

—No tengo hambre.

—Salga para cenar —repite con lentitud.

Uf..., cómo nos miramos.

Hemos pasado de ser dos dulces florecillas a dos cactus pinchones. Y, tomando conciencia de que tenemos la casa llena de gente, indico:

—Enseguida saldremos.

Dicho esto, Liam se da la vuelta y sale furioso de la habitación mientras yo murmuro cerrando los ojos:

—Soy la tía más tonta del mundo mundial...

Diez minutos después, sin muchas ganas, regreso con Jan al jardín, donde Verónica, al verme, me hace una seña para que vaya a sentarme junto a ella en la mesa de los Acosta.

¿En serio tengo que ponerme allí?

En el trayecto se me unen Alejo y Liam. Este último rápidamente coge a su hijo en brazos, y luego Alejo le pregunta:

—¿Te apetece que salgamos a tomar unas copas el viernes, Liam?

Él niega de inmediato con la cabeza.

—No estoy para verbenas.

Oír eso, no sé por qué, me hace sonreír. Alejo se ríe también y, mirándome, pregunta:

—¿Qué me dices tú?

Sin dudarlo, asiento. Tengo ganas de chinchar a Liam, e indico:

—Libro el viernes. ¡Perfecto!

Según digo eso, soy consciente de que Liam me mira. ¡Anda y que se jorobe!

Pero entonces de pronto Margot se acerca a nosotros y, agarrándolo del brazo, dice:

—Pensaba sentarme contigo, pero Naím me ha dicho que la mesa está completa.

Al oírlo me percato de que únicamente puede sentarse con él a la mesa de los Acosta si me levanto yo.

—Ocupa mi sitio, yo me pondré en otro lugar —señalo mirándola.

De nuevo Liam me mira, no disimula su malestar. Y la pelirroja dice:

—¡Gracias, Amara! Eres encantadora.

Rabia... Siento muchísima rabia porque aquella sea tan simpática conmigo. Y, mirando a Liam, pregunto:

—Señor Acosta, ¿quiere que me lleve a Jan conmigo?

Woooo, si las miradas mataran, este ya me habría asesinado. Creo que no le ha hecho gracia que le deje mi sitio a la pelirroja.

—No, señorita López, no hace falta —oigo que me responde.

Alejo, que nos observa, pregunta de pronto:

—¿Qué os pasa a vosotros dos?

Pero ni Liam ni yo contestamos, y Margot tercia:

—Mi bebecito se viene con nosotros.

¡¿Su bebecito?!

¿Cómo que su bebecito?

Uf…, uf…, ¡lo que me entra por el cuerpo!

Que diga que Jan es su bebecito cuando le ha importado tres pimientos su enfermedad me toca la moral como nunca imaginé que me la pudiera tocar. E, intentando morderme la lengua para disimular la rabia y la decepción que siento, fabrico una de mis sonrisas y, tras agarrarme al brazo de Alejo, me doy la vuelta y camino sin mirar adónde voy.

Instantes después, cuando ya estamos sentados a la mesa, veo que Verónica viene hacia mí.

—¿Qué pasa? —me pregunta.

—Nada.

—Tenía un asiento guardado junto a mí.

Con disimulo para que nadie nos oiga, me levanto, me alejo unos metros de la mesa y, tras ver que Liam habla con Margot mientras Jan está medio dormido en los brazos de Florencia, cuchicheo:

—Me siento tan ridícula…

Mi amiga parpadea y yo, inconscientemente, me rasco la cicatriz de la frente. Verónica sabe de mi relación con Liam y, al ver mi gesto, murmura:

—No me asustes y quita la mano de la cicatriz…

Ambas reímos y luego ella pregunta:

—¿Qué está pasando?

Rápidamente le cuento lo ocurrido entre nosotros, y mi Vero suelta:

—Madre mía, chica, ¡os comen los celos!

Asiento, tiene razón. Esto es un ataque de celos por ambas partes.

—Odio ser celosa —cuchicheo—. No me gusta. Pero es que cuando he visto a Margot toquetearlo, algo dentro de mí me…

—Te entiendo —me corta—. Yo no soy celosa, pero cuando Mireia le sonreía a Naím, te juro que le habría prendido fuego a la isla…

Ambas asentimos, nos entendemos. Los celos nunca son buenos.

—Pensé que después de los días que habíamos pasado teníamos algo bonito —susurro—, pero… ¡Joder…, y encima me dice que tiene una sorpresa para mí…!

—De la sorpresa quería hablarte yo —comenta Verónica.

En ese momento Alejo se nos acerca y nos tiende dos copitas de

vino.

—¡Brindo por las madrileñas guapas! —exclama.

Mi amiga y yo brindamos con él y, tras estar un rato riendo por las tonterías que dice, Alejo regresa a la mesa y Vero cuchichea:

—Con respecto a la sorpresa...

—La sorpresa me la he llevado ya —la corto.

—Pero...

—Vero, ahora lo último que me preocupa es eso.

Ella asiente. Me anima, intenta que me venga arriba con sus palabras, pero al cabo musita:

—Bueno, bueno, si las miraditas hablaran...

Según dice eso, sigo la dirección de su mirada y, al ver el gesto serio de Liam, que nos observa, siento que me quiero morir.

—Lo amo con toda mi alma —murmuro.

—Y él te ama a ti.

—¿Y por qué estamos así entonces?

—Porque la atracción que sentís es tan fuerte que en ocasiones deriva en estos malos rollos que posteriormente acabarán en una calenturienta reconciliación —cuchichea ella.

Me desespero, no quiero estar viviendo esto. Y, al ver que Liam mira a Jan, musito:

—Mañana buscará otra niñera.

—Lo dudo...

—Joder, Vero, que ya no soy Amara... Vuelvo a ser la señorita López.

Mi amiga se ríe. Su risita me toca la moral y, cuando voy a soltarle cuatro frescas, dice:

—¿Sabes? Naím me confesó una vez que, cuanto más me llamaba «señorita Jiménez», más se enamoraba de mí, y algo me dice que Liam, aunque no sea un romántico empedernido, en el amor es como su hermano.

Nos reímos. Yo, la verdad, no sé por qué lo hago... Y, necesitando pensar, indico:

—Vamos, vete a la mesa. La cena va a comenzar.

Verónica se marcha a regañadientes. Le joroba que no me siente con ella.

Yo regreso a la mesa donde están Alejo y otros amigos solteros de Liam y, la verdad, me reciben con agrado y reconozco que me lo

hacen pasar bien.

Sin embargo, mi mirada y la de Liam se encuentran en varias ocasiones durante la velada, y eso me mata… Me incomoda y me desconcierta.

¿Cómo hemos podido pasar del «te quiero» a esto?

Durante la cena, aunque lo paso bien en mi mesa, no puedo dejar de estar pendiente de Jan. El niño pasa de mano en mano como la falsa moneda, y en un momento dado, cuando veo que se pone a llorar, me levanto y él, al verme, alza las manitas para que lo consuele y yo, como una mamá pato, lo agarro entre mis brazos y lo lleno de mimos evitando que me llame «mamá». Uf…, cada vez es más difícil.

Con el niño regreso a la mesa en la que he cenado y, cuando me siento, vuelve a empezar el juego de miraditas con Liam. Esta vez sus miradas no son de enfado, pero tampoco son cordiales. ¿Qué estará pensando?

Durante un rato en el que Jan se relaja y comienza a sonreír, estoy divertida hablando con aquellos cuando veo que Margot viene hacia mí; eso me pone tensa. Cuando la tengo al lado, me sonríe y dice:

—Veo que has salido ilesa tras tanta enfermedad.

Asiento y fuerzo una sonrisa. Acto seguido ella posa la mano en mi brazo y musita:

—Quería darte las gracias por haber cuidado de Jan y de Liam. Eres maravillosa.

No sé qué decir…, yo solo hice mi trabajo. Luego aquella, mirando al pequeño, que ahora está sentado en su cochecito, indica:

—Me lo llevo un rato. Su papi quiere estar con él.

Incómoda, la miro. Me siento mal. ¿Por qué le estoy cogiendo manía cuando ella siempre es encantadora conmigo? ¿Acaso me estoy volviendo un ser horrible y posesivo?

Tras la cena todos nos levantamos de las mesas y Verónica vuelve a acercarse a mí.

—Confirmado: Liam está muy muy cabreado —afirma.

Lo sé, ya lo voy conociendo, a pesar de que intenta disimularlo con una fría sonrisa dirigida a sus invitados.

En ese momento Florencia viene hacia nosotras con Jan en brazos y, mirándome sorprendida, pregunta:

—¿Desde cuándo Jan te llama «mamá»?

Joderrrrrr.

Oír eso me hace negar con la cabeza, pero entonces el niño, mirándome, suelta un lastimoso:

—Mamáááá...

El corazón me aletea. Verónica sonríe, pero Florencia me mira boquiabierta, y yo, para disimular, le explico:

—En vez de «Amara» dice «mamá».

Pero la mujer niega con la cabeza y, señalando a su hermano, pregunta:

—Jan, cariño, ¿dónde está papá?

El niño busca y rápidamente dice mirando a Liam:

—Papáááá...

Verónica y Florencia intercambian una mirada de entendimiento, mientras yo me río con nerviosismo, y consciente de que Liam no ha contado nada de lo que hay entre nosotros a su familia, repito:

—En mi caso no quiere decir «mamá», sino «Amara».

Ellas vuelven a mirarse y, a continuación, la cabronceta de mi amiga pregunta:

—¡Jan, cariño, ¿dónde está mamá?!

El pequeño, sin dudarlo, me mira y exclama:

—Mamáááá.

¡Ayvirgencitadelperpetuosocorroydeldesalientodelosdesamparados!

Florencia me mira en espera de una respuesta. Y, cuando voy a hablar, Margot vuelve a acercarse a nosotros y señala dirigiéndose a mí:

—¿El niño te llama «mamá»?

Vale, veo que ya es oficial. Y, tomando aire, reitero:

—Confunde «Amara» con «mamá».

Margot sonríe complacida; a diferencia de los demás, no cuestiona mi explicación.

—¿Te vienes conmigo, mi bebé? —sugiere mirando a Jan.

El niño me mira. En sus ojos veo que quiere estar conmigo, no con ella, y cuando hace un puchero que me parte el corazón, como una fiera a la que le van a arrebatar a su cachorro, me acerco a Margot y suelto:

—Jan se queda conmigo.

La pelirroja me mira. Luego le hace una gracia a Jan, lo coge en sus brazos y, tras darle un cariñoso beso en la mejilla, me lo tiende y,

cuando yo lo cojo, afirma:

—Sin duda, bebé, con Amara estás muy bien.

Ambas sonreímos y a continuación Florencia agarra a Margot del brazo y exclama:

—Uf, qué calor. Vayamos a por una copita... ¿Qué te apetece tomar?

Cuando se alejan Verónica se me acerca y nos quedamos unos segundos en silencio hasta que el niño, posando las manitas sobre mi rostro, balbucea sonriendo:

—Mamáááááá...

Según lo dice ¡me muerooooo! Me emociona oírlo.

Miro a Jan. Lo amo. Lo quiero con todo mi ser. Creo que si fuera su madre no lo podría querer más. Y él, poniéndose el chupete que lleva colgado, apoya la cabecita en mi hombro mientras Verónica y yo hablamos del tema.

Liam no se nos aproxima. Siempre anda cerca, pero nunca junto a nosotros. Él y algunos de sus familiares charlan con Margot. Veo la buena disposición de los Acosta con ella y me desespero.

Así pasan dos horas en las que Liam y yo no nos hablamos, aunque sí nos miramos de esa manera que ambos sabemos que es una mezcla de excitación y reto.

Cuando por fin se marchan los invitados, incluida Margot, y solo quedan los Acosta, estoy durmiendo a Jan detrás de un alto seto cuando oigo que Florencia comenta al otro lado:

—Margot ha dicho que su cuñado Michael vendrá en septiembre para conocer las bodegas y ultimar las negociaciones. He aprovechado para invitarlos a la boda de Gael.

A través del seto veo que Horacio asiente. Parece contento por lo que oye.

—Necesitamos conseguir ese contrato —dice.

—Lo sé, papá —afirma Florencia, y bajando la voz oigo que cuchichea—: Naím y Liam siguen sin saber que, si compramos las tierras de Las Palmas de Gran Canaria antes de lo de Master Good, nos quedaremos sin liquidez...

—No tienen por qué enterarse —replica Horacio.

Sorprendida, sigo escuchándolos en silencio; entonces Florencia susurra:

—Papá, quizá deberíamos esperar. Primero hagamos lo de...

—Florencia —la corta él—, sé de buena tinta que el idiota de Alfonso de la Torre quiere esas tierras para sus bodegas, y si no espabilamos las comprará él antes...

—Pero no es un buen momento para nosotros.

—Me da igual. Tu madre quería que esas tierras fueran nuestras y así será.

—Papá, ¡qué cabezón eres!

Yo los estoy escuchando sin dar crédito. Creo que me estoy enterando de algo que no debería.

—Todo se solucionará cuando nuestros vinos entren en Master Good —añade entonces Horacio—. Los beneficios que eso nos reportará solventarán nuestro problema de liquidez.

—Pero, papá...

—Florencia...

—Vale, vale... Pero mira lo que te digo, papá: si Liam o Naím se enteran, ¡yo no quiero problemas!

—Tranquila, que no los tendrás —asegura él.

—Si estoy tranquila es porque Margot me ha dicho que no nos preocupemos porque lo de su cuñado está prácticamente decidido y...

Jan hace entonces un ruidito con la boca. ¡Joder..., que me pillan!

Horacio y Florencia miran a través del seto y me ven.

—¿Llevas mucho rato ahí? —pregunta ella.

Consciente de que debo mentir como si no hubiera oído nada, respondo:

—Acabo de llegar... ¿Por?

Ellos intercambian una mirada, sonríen y luego Florencia comenta:

—Ay, mi niño..., qué sueño tiene.

—Está cansadito —afirma Horacio.

Jan, que tiene los ojos cerrados y su tete en la boca, es la viva imagen de la serenidad.

—Voy a llevarlo a su cunita —digo.

En ese instante Verónica se aproxima a nosotros. Nos ponemos a hablar, y cuando repito que voy a llevar al niño a la cuna, Florencia y ella me detienen. ¿Qué hacen? Las miro sorprendida y entonces Omar aparece también.

—Si nos lo permites, nosotros lo llevaremos a la cuna —me

señala Horacio.

—Pero...

—Tú ve y disfruta un ratito. Ah, y cambia esa cara de mala leche que llevas..., verás cómo así todo empezará a ir mejor —dice el patriarca con guasa.

—Anda, por favor —insiste Florencia—. Deja que lo acostemos nosotros.

Niego con la cabeza, pues quiero hacerlo yo, pero ella insiste:

—Por favor, por favor, por favor... Lionel está en Madrid con sus padres y necesito acostar a un bebecito o me volveré loca.

Según dice eso me río. Florencia es una superabuela. Y, tras darle un beso en la cabecita a mi Gordunflas, indico:

—Ponle el pijamita azul que hay sobre la cuna y que duerma con la jirafa que le compraste tú. ¡Es su preferida!

Florencia sonríe, le encanta lo que oye. Verónica también. Y cuando la primera se marcha junto a su padre y Omar, miro a mi amiga y digo:

—¿Puedo preguntarte algo sin que se lo cuentes a nadie?

—Claro.

—¿Me lo prometes por Zoé?

Verónica se ríe. Sabe que, si ella promete por su hija, es como si yo lo hiciera por mi hermano Raúl, porque lo que nos digan irá a la tumba con nosotras.

—Te lo prometo —asegura.

Convencida de que lo que voy a decir no saldrá de aquí, le pregunto a continuación:

—¿Qué tierras son esas que tu suegro quiere comprar en Las Palmas de Gran Canaria?

Sorprendida, ella me cuenta entonces que hay unas tierras que la madre de los Acosta siempre quiso para Bodegas Verode, y cuando acaba inquiere:

—¿Cómo sabes tú eso?

Resoplo incómoda. Pero, sabedora de que Vero no dirá nada, respondo:

—Porque he oído una conversación entre Horacio y Florencia y los he notado algo preocupados por la liquidez de la empresa al comprarlas antes de que lo de Master Good esté confirmado. Al parecer, ni Naím ni Liam saben nada de esto.

—¡¿Qué?!

Asiento, observo la cara de preocupación de mi amiga y luego añado:

—Horacio ha dicho que, una vez que Master Good comercialice los vinos de Bodegas Verode, dispondrán de nuevo de liquidez.

Verónica parpadea boquiabierta. Parece que lo que acabo de contarle le preocupa.

—Ni una palabra a nadie —insisto—. Lo has prometido por Zoé. Recuérdalo.

Ella se apresura a asentir. En ese momento se nos acercan Naím y Liam, por lo que cambiamos de tema, y este último comenta con gesto agrio:

—Ya se han ido todos los invitados.

—¡Qué bien! —afirmo con ganas de matarlo.

Un silencio extraño se origina entonces entre nosotros, hasta que Liam me pregunta:

—¿Lo ha pasado bien, señorita López?

—Tan bien como usted, señor Acosta —replico.

Nos miramos con rabia mientras veo que Verónica y Naím resoplan, hasta que este dice:

—Cariño, ¿ya se lo has contado a Amara?

Veo que mi amiga me mira.

—No —dice.

—¿Y por qué no? —inquiere Naím.

—Porque creo que es algo que Liam debe reconsiderar.

¿Reconsiderar? ¿Qué tiene Liam que reconsiderar?

Los miro boquiabierta y acto seguido pregunto:

—¿Se puede saber de qué habláis?

—De tu sorpresa —suelta Verónica.

Sonrío. Con la nochecita que llevo, en lo último que he pensado ha sido en eso. Y cuando veo que Verónica mira a Liam para que hable y este se niega a hacerlo, mi amiga dice:

—Liam y tú os ibais a ir mañana a Las Palmas de Gran Canaria para pasar juntos una semana en un hotel *spa*.

—¡¿Qué?!

—Perooooo —prosigue Verónica—, como al parecer habéis discutido, pues ahora Liam nos ha pedido que te vengas a nuestra casa durante esa semanita para que descanses y hagas una buena cura de

sueño.

Según oigo eso, parpadeo. ¿Que me iba con Liam a Las Palmas de Gran Canaria? ¿En serio iba a cumplir con esa tontería que yo propuse?

Rápidamente niego con la cabeza.

—No, ¿qué? —pregunta Naím.

Consciente de mi involuntario movimiento, declaro:

—No puedo dejar a Jan. No pienso ir a vuestra casa.

—¡Lo sabía! —exclama Verónica.

Liam me mira y yo, pensando en mi pequeño, digo:

—¿Cómo me voy a ir? ¿Y Jan?

Liam, que hasta el momento ha estado callado, suelta entonces:

—Florencia se lo ha llevado a su casa.

—¡¿Qué?! —protesto mirando hacia atrás.

No veo a Florencia. No veo a Omar. No veo a Horacio.

Me muevo para tener un mejor ángulo y veo que el coche de Omar sale de la parcela. Eso me hace saber que ya se han marchado con mi Gordunflas y, como si me hubieran arrancado un cachito de mi corazón, voy a hablar cuando Liam dice:

—Sabes que con mi familia está bien.

Asiento. Sé que tiene razón. Se desviven por el niño.

Vale. Florencia se ha llevado a Jan porque supuestamente Liam y yo nos íbamos de viaje. Y, mirando a aquel, que no me quita los ojos de encima, pregunto:

—¿Qué te inventaste para que tu hermana y tu padre decidieran llevarse a Jan?

—No inventé nada. Solo les dije la verdad —suelta aquel.

Sorprendida, parpadeo.

—¿Les dijiste que tú y yo...?

—Por supuesto.

Ay, Dios mío.

Ahora entiendo la guasa de los Acosta durante toda la noche conmigo. Todos lo sabían. Todos conocían mi relación con Liam, pero ninguno podía decir nada.

—¿Queréis hacer el favor de daros un beso y dejaros de tanta tontería? —exclama entonces Naím.

Liam y yo nos miramos. Los dos somos unos grandes cabezotas. Pero, inconscientemente, comenzamos a sonreír. Qué idiotas somos.

—Cariño, creo que tú y yo ya sobramos aquí —cuchichea Verónica.

Naím asiente, sonríe y, tocando el hombro de su hermano, dice:

—Pasadlo bien y dejad de hacer el gilipollas.

—Y, tranquilos —matiza Verónica—, nosotros vendremos a cuidar de los perros.

Dicho esto, se marchan y nos quedamos solos en el jardín.

Ninguno de los dos dice nada. Solo nos miramos. Creo que nos estamos retando. Y yo, incapaz de callar un segundo más, digo:

—Quiero que sepas que esta noche te he odiado un poquito.

Liam asiente, no se mueve.

—Y que en algún momento te habría… —añado.

Pero no puedo decir más; Liam se pega a mí y, pasando la mano por mi cuello, me acerca a él y me besa como solo él sabe besar.

—Y ahora, Pececita, supera mi beso —murmura cuando se separa.

Uf…, uf…, uf…, creo que superar eso va a ser muy complicado.

Y, deseosa de él y de sus besos, ahora soy yo quien lo agarra y lo devora con verdadera pasión.

Capítulo 47

Estoy viviendo algo que nunca pensé que una chica como yo podría vivir.

Llevo varios días con Liam en Las Palmas de Gran Canaria, en un precioso hotel *spa*, y esto más bonito no puede ser y mejor acompañada no puedo estar.

Desde que hemos llegado a la isla Liam no ha parado de besarme, de mimarme, de cuidarme, y su máxima preocupación ha sido en todo momento que descanse. Según él, esta semana es para dos cosas. La primera, para que me relaje tras el palizón que me he dado en cuidarlos. Y la segunda, para enamorarme.

¿Enamorarme? Si yo estoy más que enamorada...

En el *spa* Liam ha contratado todos los masajes habidos y por haber. Quiere que lo disfrute todo y, la verdad, me siento como Julia Roberts en *Pretty Woman* cuando entra en aquella tienda de Beverly Hills y las dependientas le hacen la pelota.

Hacemos un par de videollamadas al día con Florencia, pues queremos ver cómo está nuestro Gordunflas. Sonreímos como dos tontos al ver al pequeño, y cuando acabamos la llamada no podemos parar de hablar de él.

Con cada beso, con cada arrumaco o con cada palabra de amor que me dedica, Liam me hace saber lo mucho que siente por mí y yo se lo demuestro también a él. La atracción que sentimos el uno por el otro está totalmente desbocada, y no podemos pasar más de cuatro horas seguidas sin hacernos el amor.

Hablando mucho hemos descubierto que nos gusta el sexo caliente y morboso. Hacer el amor con mimo y caricias está muy bien, lo disfrutamos mucho. Pero cuando follamos con locura, empleando palabras que en nuestro día a día no usamos, lo disfrutamos más aún.

Madre mía, qué vicio le hemos pillado... Pero ¡viva el vicio!

Cuando nos despertamos al tercer día nos hacemos el amor como dos posesos y, cuando estamos desayunando, Liam me muestra un

mapa y me dice que, ya que estamos aquí, le gustaría ir a mirar unas tierras que están en venta al norte de la isla.

Haciéndome la nueva, asiento. Sin duda, son las mismas a las que se referían Florencia y Horacio. Y me quedo sin palabras cuando suelta la millonada que valen.

¿En serio hay alguien que puede pagar ese dinero?

Como es lógico, yo callo. No digo ni mu sobre lo que oí. No quiero líos, y menos sin saber realmente qué es lo que ocurre.

Asiento mientras escucho hablar a Liam de la ilusión que esas tierras le hacen a la familia, pues era un deseo expreso de su madre, ya que Las Palmas de Gran Canaria es la única de las islas donde Bodegas Verode no está presente.

Tras alquilar un coche nos dirigimos con tranquilidad hacia el norte. Concretamente vamos hacia una localidad llamada Valle de los Nueve y, madre mía, qué bien lo pasamos con nuestra particular excursión.

En el trayecto paramos a comer en un bonito y curioso guachinche, donde, como siempre, me pongo morada de pollo a la brasa y patatas fritas.

¡Madre mía, qué rico está todo!

Después seguimos ruta hacia Valle de los Nueve. Allí nos espera José Andrés, el dueño de las tierras que están en venta, y mientras las recorremos en su coche oigo a Liam y al hombre hablar de negocios.

En un segundo plano observo a Liam en su faceta de empresario. Me gusta cómo se desenvuelve, cómo se expresa, cómo pregunta. Verlo en su elemento es algo nuevo para mí y, la verdad, lo encuentro muy muy sexy.

Pero ¿cuándo no veo yo sexy a este hombre?

Tras el paseo que damos con José Andrés, él nos deja durante un rato a solas en las tierras para que las recorramos a nuestro antojo. De la mano de Liam recorro aquel bonito lugar lleno de viñedos mientras él charla con su padre por teléfono a través de una videollamada y le habla mediante tecnicismos de las vides, el suelo y un sinfín de cosas más que yo no entiendo.

Cuando una hora después José Andrés pasa a buscarnos con su coche, le entrega a Liam unos papeles que este firma y, al marcharnos, José Andrés se refiere a las tierras como «las nuevas tierras Verode». Al parecer el papel que Liam acaba de firmar es una señal para

bloquear la venta, y dentro de una semana tienen cita en la notaría para arreglar todo el papeleo.

Feliz y motivado por lo que acaba de hacer, Liam me lleva a cenar a un sitio precioso situado en la playa de El Puertillo.

Y, más tarde, cuando regresamos a nuestro hotel esa noche, nos hacemos apasionadamente el amor con deseo y morbo.

Al despertarme al día siguiente veo que Liam duerme. Miro el reloj y, al comprobar que son las nueve y diez, sin hacer ruido para no despertarlo me pongo los auriculares de mi teléfono y comienzo a escuchar mi música.

Tenerlo a mi lado dormido, desnudo y con el rostro relajado me parece un magnífico espectáculo para la vista mientras escucho musiquita romántica y me rebozo en mi pequeña nube de placer y felicidad.

La verdad, llevaba años sin sentirme tan plena en todos los sentidos y, oye, ¡me gusta la sensación!

Estoy muy feliz, y con ese estado de ánimo solo deseo escuchar música positiva. Por ello pongo la canción *Para siempre*, de Kany García. Como dice la letra, quisiera abrazar a Liam para siempre, porque siento que he nacido para quererlos a él y a Jan. No sé cómo explicar esto, pero de pronto noto como si en mi vida hubiera esperado encontrarlos y el destino me hubiera llevado hasta ellos.

Me gusta pensar eso. Pero, cuanto más me ilusiono, más miedo me da que pase algo que lo jorobe todo.

—Buenos días, mi niña.

Al oír su voz lo miro, sonrío y, quitándome un auricular, murmuro:

—Buenos días, Friki del Control.

Liam se ríe. Le he contado que Vero y yo lo llamábamos así, y el tío es que se parte de risa.

Acto seguido me acerca a su cuerpo y me besa con mimo. Adoro sus besos, y cuando nos separamos pregunta:

—¿Qué escuchas?

—Música.

Liam sonríe y luego cuchichea mirándome:

—Hasta ahí llego.

Me río, pues recuerdo haberle dicho algo igual meses atrás.

Acto seguido Liam sonríe y, sin reírse de mi romanticismo,

pregunta:

—¿Qué te apetece hacer hoy?

Rápidamente me encojo de hombros.

—La verdad, no lo sé.

—¿Te apetece hacer surf?

Según dice eso, me río. Yo no tengo ni idea de hacer surf...

—Tengo unos amigos que estarán encantados de dejarnos lo que necesitemos —insiste.

Gustosa y feliz, me siento a horcajadas sobre él.

Mmmmm..., este hombre me pone como una moto. Y, sin ningún tipo de vergüenza, agarro sus muñecas con las manos, se las levanto por encima de la cabeza para tenerlo a mi merced y, al ver que sonríe, bajo la boca para besarlo y musito:

—No tengo ni idea de hacer surf, pero sí sé hacer otras cosas.

Él sonríe con picardía. Uf, cómo me pone cuando sonríe así...

—Mmmm —murmura.

Me entiende...

Lo entiendo...

Nos reímos, y luego él susurra con sensualidad:

—Paso del surf... ¿Qué otras cosas sabes hacer?

Ahora la que sonríe soy yo y, rozando con mimo mis labios con los suyos, digo en voz baja:

—¿Qué te parece esto?

Saco la punta de la lengua y la paseo por su boca para después llevarla hasta su cuello y, tras unos mordisquitos que hacen que se estremezca, ordeno mirándolo:

—Quietecito, señor Acosta. Le voy a enseñar lo que sé hacer.

—Lo que usted ordene, señorita López.

Siempre que nos llamamos así el uno al otro me parece muy excitante. ¡Cuánta razón tenía mi Vero! Y, sujetando sus muñecas por encima de su cabeza, paseo la mano por su cuerpo hasta terminar sobre su pene, y al notar cómo este late y aumenta de tamaño lo agarro y cuchicheo:

—Mmmmm..., señor Acosta, me gusta sentirlo duro y preparado para mí.

Liam jadea y se estremece de nuevo. El vello de todo el cuerpo se le eriza. Noto que le encanta que lo toque de este modo, por lo que muevo la mano en busca de su goce y lo siento temblar bajo mi

cuerpo mientras soy consciente de su placer.

Está completamente abandonado a mis caricias cuando, mirándolo a los ojos, le exijo:

—Dame tu boca.

Y Liam me da su boca, sus labios, su lengua, toda su esencia..., y yo, con morbo y posesividad, lo beso de tal manera que ahora noto cómo mi cuerpo se estremece sobre el suyo.

Mi beso sube de intensidad mientras mi mano no para de hacerlo disfrutar, hasta que mi propia ansia me puede y, alzándome unos centímetros de su cuerpo, coloco la punta de su erección, que ya está más que dura, y clavándome en él murmuro totalmente abducida por su mirada:

—También sé poseerte.

Liam asiente. Creo que no puede hablar de la excitación que le está provocando el momento. Asiendo sus manos con las mías comienzo a moverme sobre él. Yo marco el ritmo. Yo marco la intensidad. Yo marco a Liam.

Pero la pasión puede conmigo. El placer hace que acelere mi cabalgada, y más cuando lo oigo decir:

—No pares, mi niña, no pares...

Y no, no paro. Al contrario, me vengo más y más arriba y, con su pene llenándome por completo, jadeo al mismo ritmo que él mientras me siento una salvaje amazona cabalgando sobre un increíble corcel.

Madre mía, ¡cuántas películas he visto!

El goce y la pasión se apoderan de nosotros.

Somos dos animales salvajes haciéndonos el amor con furia y ganas, y me siento total y completamente clavada en su duro pene mientras me muevo sobre él.

¡Oh, Dios..., qué placer!

Nuestras respiraciones se aceleran al mismo ritmo que nuestros movimientos, hasta que siento que no podemos más, y el clímax nos asola, dejándonos uno en los brazos del otro acalorados y sin resuello. ¡Es lo que tiene tanto cabalgar!

Permanecemos de este modo unos instantes, disfrutando de nuestra locura, hasta que él susurra en mi oído:

—Además de una dulce pececita, cuando quieres eres una salvaje amazona...

Oír eso me hace reír. Noto que él sonríe también y, buscando su

boca, lo beso.

Después de mil besos, caricias y preciosas palabras, a cuál más maravillosa y romántica, una vez que nos quedamos los dos boca arriba sobre la cama, voy a hablar cuando suenan unos golpecitos en la puerta. Deben de ser del servicio de habitaciones, que nos traen el desayuno.

Enseguida Liam se levanta de la cama. Se pone una toalla alrededor de la cintura y, tras guiñarme un ojo, sale del dormitorio y va a abrir la puerta.

Segundos después entra de nuevo y, tirándose sobre la cama, va a decir algo cuando yo sugiero:

—También podríamos ir simplemente a la playa a bañarnos y tomar el sol, y así evitaría hacer el ridículo intentando practicar surf.

—Yo te enseñaría —se mofa.

Yo me río. Él se ríe, y acto seguido dice acercándome a él:

—De acuerdo. Te voy a llevar a mi playa preferida en la isla. Un paraíso precioso.

Asiento mimosa. Un beso, dos...

—¿Y cómo se llama ese bonito paraíso?

—La playa de Güigüí.

Según oigo ese curioso nombre, parpadeo y él añade:

—Hay dos formas de ir hasta allí. La difícil, que es caminando a lo largo de once kilómetros por un precioso sendero. Y la fácil, que es yendo en barco.

En cuanto dice eso lo tengo claro.

—Me inclino por lo fácil. ¡Barco!

Liam se ríe a carcajadas.

—El trayecto por el largo sendero es realmente bonito —indica —, aunque es cansado y sudaremos.

Asiento, no lo dudo, y sonriendo cuchicheo:

—Si hay que sudar, ¿qué tal si lo hacemos ahora?

Liam sonríe. Dios..., ¡me vuelve loca!

Y segundos después sus preciosos ojos ya están clavados en mi boca, en mis labios... Así pues, olvidándome de todo, lo beso con deseo, ganas y amor, y cuando nos separamos unos milímetros para tomar aire él musita:

—Es imposible superar tus besos.

Asiento y rápidamente el demonio perverso y dominante que me

vuelve loca y que existe en Liam hace acto de presencia. ¡Mmmmm, sí, sí, sí!

Esta vez es él quien se coloca enseguida sobre mí y, cogiendo mis manos con la suya para inmovilizarme, murmura:

—Ahora te voy a enseñar lo que sé hacer yo.

Uf..., madre míaaaaa, lo que siento cuando noto cómo sus rodillas separan las mías para posicionarse mejor sobre mí... Y ya ni te cuento lo que me entra cuando su increíble y duro pene me penetra de esa manera que me vuelve loca, pero loca, loca, loca.

¡Oh, Diosss, que no pare nuncaaaaaaa!

Su posesión, la manera en que me mira, su intensidad para hacerme sentir única, deseada y especial... Todo ello unido me vuelve frenética, y más cuando exige:

—Dame la boca.

Y se la doy. ¡Vaya si se la doy!

Soltando mis manos, noto que él lleva las suyas hasta mi cintura. El contacto de su piel contra la mía me hacer estremecer y, al sentir cómo me agarra de la cintura para hundirse en mí una y otra y otra vez, me vuelve loca de nuevo. Muy muy loca.

¡Qué cabrito es!

Jadeando, y mimosa por lo que me hace sentir, lo beso de nuevo, y cuando nuestras lenguas se encuentran y se funden, disfrutamos encantados de ese momento ardiente y juguetón que tanto nos gusta y que tantas veces al día buscamos.

—¿Te gusta así? ¿O así? —pregunta cambiando el ritmo.

La respuesta es «¡me gusta!», me da igual el ritmo que emplee, y entre jadeos consigo susurrar:

—Así..., así...

Y Liam no para... ¡Ole la potencia masculina de pasar de cero a cien que tiene mi chico! Y siento que me hace suya tanto como yo lo hago mío.

Mirándonos a los ojos, nos poseemos con dureza, con fuerza, hasta que él, que sabe con lo que disfrutamos, dice:

—¿Te gusta que te folle así?

Wooooo, madre mía, lo que me pregunta... Cuando nos hablamos con esta claridad nos ponemos como motos.

—No pares de follarme —respondo.

El calor debido a nuestro juego se hace insoportable, mientras el

placer se apodera de nosotros con sus movimientos profundos, continuados y rítmicos.

¡Oh, síííííí!

Los jadeos resuenan en la habitación, hasta que un asolador y maravilloso orgasmo se apodera de ambos y, entregados, nos dejamos llevar por nuestro loco y ardiente momento de pasión.

Instantes después, una vez que Liam me da un dulce beso en los labios, se deja caer hacia un lado para no aplastarme, y yo, con un hilo de voz, aseguro:

—Ha sido increíble.

Me río. Tener sexo con él está siendo todo un descubrimiento para mí. Mira que me he acostado con otros hombres con los que, por supuesto, he disfrutado, pero con Liam es especial, diferente, porque solo con mirarnos nos entendemos. A ambos nos va el morbo, hablarnos mientras lo hacemos, y eso no es algo que yo haya hecho con otros.

Al mirarlo veo que él sonríe y, dándome un dulce pellizquito en la cintura, musita:

—Es increíble lo que me provocas y me haces sentir, Pececita.

Gustosa lo abrazo.

Cinco minutos después nos levantamos, nos duchamos y, tras tomar el desayuno que nos han dejado en un carrito en la habitación, cogemos nuestras mochilas y decidimos ir a la playa que él ha mencionado antes.

Capítulo 48

Llegamos a un sitio llamado Tasarte, donde Liam saluda a un chico que me presenta como su amigo Rafael. Él nos entrega una neverita y, al abrirla, veo varias botellas de agua fría y unos bocadillos de tortilla de patata. ¡Pero qué apañadoooooo!

Al parecer Rafael pilota un *water taxi* que nos llevará hasta la playa del Güigüí, y Liam lo ha llamado por teléfono para que nos prepare una nevera con todo lo necesario para pasar un día en ese sitio tan especial.

¡Me muero por verlo!

Una vez que nos montamos en el barco, disfruto sintiendo la brisa marina en el rostro. Vivir en una isla como estas personas es todo un lujazo que yo, como peninsular que soy, disfruto como una loca.

Según nos aproximamos Liam me indica con el dedo adónde vamos y... *Oh, my God!*

¿En serio voy a ir a ese paraíso que ven mis ojitos?

Rafael acerca el *water taxi* todo lo que puede a la orilla. Liam queda con él para que nos venga a buscar sobre las siete de la tarde y, cuando se marcha y nos quedamos solos, pero solos, solos, en ese paradisíaco lugar, lo miro y murmuro:

—¿Esto es de verdad?

—Atrezo no es —responde él sonriendo.

Sin dar crédito, miro a mi alrededor. Esto es una maravilla.

—Es una fantasía —musito.

Liam sonríe. Lleva la neverita hasta una roca y, tras quitarse la ropa, dice:

—Venga, desnúdate. Estamos solos.

Gustosa, y sin ninguna vergüenza, lo hago. Creo que es la primera vez que disfruto de estar completamente desnuda en una playa. Y cuando vamos caminando de la mano hacia la orilla, Liam pregunta mirándome:

—¿Por qué nunca quieres que te mire por detrás?

Oír eso me hace gracia y, sin ningún filtro, respondo:

—Porque, aunque soy una mujer segura, no me gusta que veas mi culo imperfecto.

Liam suelta una risotada. Yo también. Acto seguido él se agacha, me coge entre sus brazos y, llevándome en volandas, nos metemos en el agua, donde durante un rato disfrutamos nadando, jugando y haciéndonos ahogadillas.

Una vez más soy consciente de lo mucho que me gusta el agua. Está claro que si me reencarno quiero ser una pececita de verdad. No hay nada mejor que nadar.

Más tarde charlamos abrazados dentro del agua. Hablamos de todo. Y cuando digo «de todo» es de todo. Desde luego, es un gusto para mí conversar con Liam, y noto que el placer es mutuo. Y, beso va y beso viene, en un momento dado él pregunta mirándome:

—Estamos bien, ¿verdad?

Asiento, decir lo contrario sería mentir. Y, rozando su nariz con la mía, afirmo:

—Muy bien.

Sonreímos complacidos y oigo que él dice:

—¿Cuál fue la canción que le cantaste a Jan el día de la barbacoa?

Al oír eso vuelvo a sonreír. Rápidamente se la tarareo y, cuando callo, murmuro:

—*Te quiero a ti.*

Liam sonríe, e indico:

—Así se titula.

Asiente gustoso y, tras pasear con morbo su boca por la mía, afirma:

—Yo también te quiero a ti.

Divertida, me río e inevitablemente lo beso, y cuando el beso acaba oigo que él susurra:

—El día que le cantaste a Jan esa canción, me di cuenta de que tú eras la mujer de mi vida.

—Mmmmm, me gusta saberlo —musito mimosa.

Besos, cientos de besos nos damos, y luego cuchicheo:

—Nunca pensé que un rubio trajeado y tiquismiquis pudiera ser tan sexy y divertido.

Según digo eso levanta las cejas.

—Durante toda mi vida me han gustado los morenos macarrillas —aclaro a continuación.

—¿Como Alejo y Alessandro?

Afirmo con la cabeza sin dudarlo, y él dice con un hilo de voz apretándome contra su cuerpo:

—Para que veas que nunca se sabe lo que te deparará la vida...

Yo asiento de nuevo y lo beso. Uf, no me canso de besarlo.

Estamos solos en la playa, no hay nadie más aparte de nosotros, y, desnudos y tal y como estamos, murmuro al notar su mirada:

—¿Crees que este es un buen sitio para...?

Liam asiente antes de que pueda acabar la frase. Su seguridad es aplastante.

—¿Lo has hecho alguna vez en la playa? —pregunto de inmediato.

Él sonríe, lo que me hace saber su respuesta.

—Yo también lo he hecho —indico.

Ahora sonrío yo. Y, al ver cómo me mira, lo beso.

Mmmmm... Un beso..., dos...

Nuestros latidos se aceleran cuando nos besamos, nos mordemos, nos tentamos. Su calor me estremece mientras su mano recorre mis pechos, mi cuello, y yo me acelero perdiéndome en el brillo de sus ojos.

¡Dios, qué ojos tiene este hombre!

Mirarnos nos excita, nos vuelve perversos, locos, demonios... Y más cuando siento cómo introduce el pene en mí y, agarrándome por la cintura, mientras yo tengo las piernas enroscadas en su cuerpo, musita:

—Eso es, deja que yo te mueva.

Y me dejo, vaya si me dejo..., mientras nuestras miradas dicen eso de «me perteneces y yo te pertenezco a ti».

Entre gemidos mi cuerpo danza al compás que Liam marca. Un ritmo lento, cauteloso, delicioso. A su manera me somete a su lujuria, a su deseo, y yo lo disfruto una barbaridad, y más cuando tras su último beso dice:

—Tu sabor me vuelve loco.

Oírlo me hace enloquecer a mí. Notarlo tan cerca y tan entregado hace que lo sienta mío, y eso eriza cada poro de mi piel y agita más y más mi respiración.

Nuestros movimientos se aceleran con mis manos en sus hombros y nos miramos con deseo. Siento su tibio aliento, su húmeda boca sobre la mía, mientras sin pudor nos clavamos el uno en el otro por pura necesidad.

Me enloquece sentir su miembro partiéndome en dos, del mismo modo que a él lo vuelve loco la forma en que mi vagina lo succiona. Y cuando minutos después perdemos el control, un increíble orgasmo se apodera de nosotros y ambos chillamos de puro placer.

Nos quedamos quietos y abrazados en el agua mientras recuperamos el resuello. Lo que estoy viviendo con Liam es tan especial, tan único e irrepetible, que cuando voy a hablar para trasladarle mis miedos él dice mirándome:

—Vayamos a la arena.

Con tranquilidad salimos del agua. Seguimos solos en la playa y, cuando llegamos a donde están nuestras cosas, Liam se seca con la toalla, la extiende en el suelo, se sienta y, abriendo la neverita, dice al tiempo que me tiende una botella de agua:

—Bebe, mi niña.

Sin dudarlo lo hago, pues tengo mucha sed. Me siento en la otra toalla y murmuro mirando a mi alrededor:

—Este sitio no tiene nada que envidiar a las playas del Caribe.

Liam asiente.

—Siempre que estoy en esta isla y quiero evadirme y desconectar, vengo aquí —dice.

—Es un lugar precioso —afirmo mirando ese bello oasis.

Durante unos segundos guardamos silencio. No se oye nada, tan solo el rumor del viento, del mar y nuestras respiraciones. Hasta que Liam añade:

—Este tesoro oculto en la costa oeste de la isla es una maravilla. Por suerte, su acceso no es fácil y eso evita que el turismo llegue hasta aquí.

—Mejor —repongo.

Y, señalando a nuestro alrededor, indica:

—Al estar la playa orientada al oeste, el viento suele azotarla con fuerza, y eso hace que se mantenga siempre limpia y cristalina.

Gustosa, disfruto de lo que veo. Está claro que me ha traído a un sitio muy especial.

—Un día tenemos que venir con el Gordunflas —susurro—. Me

encantará verlo gatear por aquí.

Liam asiente, le parece buena idea. Y luego, tras darme un dulce beso, murmura:

—No sé cómo he podido estar tan ciego contigo.

Sorprendida, lo miro, y él continúa:

—Cuando te vi por primera vez pensé que no durarías más de tres días en casa.

—Uis, tres días..., ¡yo creí que no duraría ni uno! ¡Menudo friki del control! —me mofo.

Mi rubio sonríe y acto seguido cuchichea:

—Pensé: «Esta chulita peninsular va a salir muy pronto de mi casa».

Oír eso me hace gracia.

—Pero reconozco que, según fueron pasando los días y vi cómo te implicabas con Jan y, sobre todo, lo feliz que estaba el niño contigo, supe que debía pasar por alto que anduvieras descalza, que fueras contestona y que metieras a *Tigre* en tu cama y en el salón —señala.

Divertida por eso, me río y cuchicheo:

—Si solo fuera *Tigre*...

En cuanto digo eso, abre la boca y me apresuro a añadir:

—A ver..., he de confesarte que, cuando tú no estás, *Pepa* y *Pepe* entran también en casa. Es más, duermen en tu sofá y...

—¿Que duermen en mi sofá?

Sin dudarlo, asiento.

—Pero no dejan pelos —indico—, porque ya me encargo yo de ponerle una sábana por encima a tu maravilloso sofá para que no lo manchen.

Liam parpadea, creo que eso lo ha sorprendido.

—Vale —admito—. Sé que no es algo que te guste, pero ellos viven también en la casa y, cuando estaba con *Tigre* y con Jan, me apenaba verlos mirándonos a través del cristal y..., bueno, un día les abrí, los animé a entrar y...

—Señorita López, estoy por despedirla inmediatamente.

Divertida, lo miro.

—Pues *prrrepárrrate parrra buscarrr* nueva *niñerrra* —replico.

Al oír eso, él suelta una carcajada y musita:

—Cada vez que recuerdo que las llamaste Rottenmeier...

—Pobre Jan... —Río divertida.

—A mi madre le habrías encantado —susurra él de pronto.

—¿Ah, sí?

Asiente enseguida y luego añade:

—Tú y Verónica, con ese carácter que tenéis, le habríais hecho reír mucho. Conociéndola, y conociéndoos a vosotras, estoy convencido de que os habríais adorado. Es más, solo hay que ver cómo está mi padre con vosotras como para saber lo que habría pensado mi madre.

Reconozco que me gusta oír eso. Sentirme parte de esa familia es algo que nunca imaginé.

—Cuando le conté a mi padre que estábamos juntos, ¿sabes lo que dijo? —pregunta. Yo niego con la cabeza y él añade—: Su primera frase fue: «¡Ya era hora!». Y luego dijo que esperaba que no perdiera a una mujer tan increíble como tú, porque como tú no había dos.

Oír eso me emociona. Horacio es un romántico como yo. Y, gustosa, me tiro sobre el hombre que me tiene loca y lo beso.

No sé si será tan idiota como para perderme o no, pero lo que sí sé es que estoy viviendo un sueño con un hombre que no esperaba y que estoy disfrutando como nunca lo había hecho.

Capítulo 49

Los días juntos pasan a una velocidad vertiginosa.

Durante esa semana disfrutamos el uno del otro. Solo existimos nosotros dos, y cuando por las noches me invita a bailar a la luz de la luna preciosas y románticas canciones de amor, no me lo puedo creer. Me confesó que se lo había recomendado Naím y…, uf, cómo lo disfrutamos.

Regresar a la realidad en Tenerife tiene dos vertientes. Por un lado, la feliz, porque Jan está de nuevo con nosotros. Y por otro lado la triste, porque todo el tiempo que teníamos para estar juntos, una vez que volvemos, se acaba. Nos dedicamos tiempo, pero ahora es diferente.

Como imaginaba, si antes los Acosta me trataban bien, ahora que saben quién soy para Jan y para Liam me tratan aún mejor.

La relación entre Margot y él cambia. Sé que habla con ella de trabajo y poco más. Imagino que le habrá dicho lo que hay entre nosotros… Yo ahí no me meto.

Es más, la primera noche que Liam y yo salimos a tomar algo con Naím y Verónica nos la encontramos con un tipo de esos de dos metros y parece feliz. Desde donde estoy la observo. En su expresión intento encontrar atisbos de rabia por lo sucedido, pero no veo nada. Ella está pendiente de su «querido» y en ningún momento parece que mire a Liam de una manera especial.

Esa noche, en un momento dado, Margot y yo nos encontramos en el baño y, sorprendiéndome, se acerca a mí y me dice que se alegra por lo nuestro. Me quedo boquiabierta. Me deja tan flasheada que no sé qué decirle, y luego ella, abrazándome, me repite que, viendo a Liam feliz, ella también lo es.

¡Qué fuerte! Y yo pensando que estaba loca por sus huesitos…

Estamos casi a finales de agosto y en Bodegas Verode todos están nerviosos. El americano vendrá dentro de unos días para conocer los viñedos y se están empleando a fondo para que todo esté más que

perfecto.

Yo debo ir a la boda de Mercedes y, aunque animo a Liam a que me acompañe, pues mi amiga lo ha invitado también a él, este se resiste. Es más, asimismo Naím es reacio a acompañar a Verónica. Los Acosta están con los preparativos para la llegada del cuñado americano de Margot, y tanto Vero como yo entendemos que prefieran quedarse en la isla trabajando mientras nosotras nos vamos a la Península de boda.

* * *

Tras despedirnos de ellos en el aeropuerto de Tenerife, mi amiga y yo cogemos un avión para Madrid. Al principio nos sentimos tristes por separarnos de los hombres a los que queremos, pero reconozco que veinte minutos después las dos estamos felices porque vamos a ver a nuestra familia.

Después de comprar tabaco en el *duty free* para Mercedes, una vez que nos montamos en el avión, las dos nos quedamos dormidas y nos despertamos cuando ya estamos aterrizando en Madrid.

Como esperábamos, Leo y Mercedes van a buscarnos y, cuando nos reencontramos los cuatro, nos abrazamos y nos besuqueamos emocionados. Quien nos vea pensará que llevamos años sin vernos..., ¡qué exagerados somos!

Del aeropuerto vamos a casa de los padres de Verónica. Rogelio y Susan lloran de felicidad al ver a su hija. Comprobar que está tan bien y tan contenta con su embarazo y con Naím es lo único que desean, y verme a mí también los hace felices.

De pronto suena el timbre de la puerta y aparecen Maribel y Vasile. Al verlos me vuelvo loca. Ellos me abrazan, me besuquean con auténtico cariño, y entre risas Leo nos cuenta que Mercedes y él han organizado el encuentro para que pudiéramos vernos todos.

A última hora de la tarde los cuatro amigos decidimos ir a dormir a casa de Mercedes. Quiere pasar su última noche de soltera con el Comando Chuminero, y sin duda ahí nos tiene.

Entre risas y en pijama charlamos en el salón de su casa y, como siempre, escandalizamos a Leo con nuestros comentarios en lo referente al sexo.

—¿A qué hora llega Zoé al aeropuerto? —pregunta Mercedes al

cabo.

—A las once de la mañana —dice Vero complacida.

Encantados, todos nos miramos. Nos apetece mucho ver a nuestra niña, que se nos ha hecho ya toda una mujer. Y acto seguido Leo indica:

—A las diez y media estaremos allí para recogerla.

La boda es a las seis de la tarde, por lo que da tiempo a todo.

—Verónica, ¿ya tienes escrito lo que vas a leer? —pregunta nuestro amigo a continuación.

Ella asiente y cuchichea con una sonrisa:

—Naím me ayudó.

Según dice eso todos reímos y luego Mercedes musita:

—Conociendo al Aloe Vera, ¡seguro que será increíblemente romántico!

Vero se encoge de hombros y sonríe.

En ese instante mi móvil vibra y veo que es un mensaje de Liam:

¿Cómo está mi niña?

Sonrío complacida y me apresuro a responder:

Bien, pero te echo de menos.

Al poco mi teléfono vuelve a vibrar y compruebo que esta vez es una videollamada. De inmediato me levanto, voy a la cocina para hablar con él y, tras colocarme bien el pelo, contesto:

—¡Hola, cielo!

Liam está sentado en el salón de su casa.

—Hola, mi niña —me saluda—. Qué bonita estás.

Me gusta oír eso, me hace sentir especial.

—Tú sí que estás bonito —respondo guasona apoyándome en la ventana.

Liam se carcajea y entonces, al ver algo, digo:

—A ver..., mueve la cámara hacia tu derecha.

Liam sonríe, sabe por qué lo digo, y cuando hace lo que le pido y veo a *Pepa*, *Pepe* y *Tigre* tumbados en el salón, voy a hablar pero dice:

—Los has acostumbrado a ver la tele con nosotros y ahora ya no puedo negarme.

Yo río divertida.

—Así te sientes más acompañado —replico al cabo.

Liam asiente y a continuación pregunta poniéndose en pie:

—¿Quieres ver a tu Gordunflas?

Rápidamente digo que sí y veo que él se encamina hacia la habitación de Jan. Allí abre la puerta con cuidado y, mostrándome al niño, susurra:

—Como ves, está dormido. Le ha costado, pero al final lo he conseguido.

Gustosa, y con el corazón encogido, observo a mi pequeñín dormir como un ceporrete.

—Está precioso —murmuro.

Liam sale entonces de la habitación y se apoya en la pared del pasillo.

—Te echo mucho de menos —dice—. Más de lo que yo pensaba.

Asiento. Es agradable volver a oír eso. Y, sonriendo, susurro:

—Yo también te echo de menos a ti.

Durante unos instantes nos miramos en silencio. La atracción que sentimos el uno por el otro es brutal.

—¿Qué tal todo por ahí? —pregunto para quitar hierro a la situación.

Liam suspira, camina de nuevo hacia el salón y, una vez que se sienta en el sofá, contesta:

—Bien.

Su respuesta no me convence. Lo conozco y sé que pasa algo, por lo que pregunto:

—Dime qué sucede.

—No sucede nada, mi niña.

Pero no..., yo estoy segura de que pasa algo, e insisto:

—Te conozco, Liam Acosta... Y cuando suspiras antes de *contestarrr* es *porrrque ocurrrrre* algo.

Él sonríe y niega con la cabeza.

—Sabes que te quiero, ¿verdad? —susurra.

Sonrío. ¡Qué cosas tan bonitas me dice siempre!

—Lo sé —afirmo—, y ahora cuéntame lo que pasa.

Él asiente, acto seguido sonríe con esa cara de ángel malote que me tiene loca y, tras tomar aire, pregunta:

—¿Estás sola?

Me apresuro a decirle que sí y luego Liam suelta:

—Hoy ha tenido que venir una ambulancia a las bodegas.

—¡¿Qué?!

—Mi padre está tan nervioso por lo de Master Good que creíamos que le estaba dando un infarto..., pero por suerte no era así. —Sin dar crédito, abro los ojos desmesuradamente, y él añade—: Ni una palabra a Verónica. Naím no quiere que se preocupe en su estado, y menos aún cuando mi padre está bien. Ya se lo contará cuando regrese.

Asiento sin dudarlo. Verónica se llevaría un disgusto tremendo si lo supiera.

—¿De verdad que Horacio está bien? —pregunto entonces para asegurarme.

Él repite que sí y yo lo creo.

—Cielo —musito a continuación—, siento no estar ahí para echaros una mano.

Liam sonríe, sabe que lo digo sinceramente, e indica:

—Tú lo que tienes que hacer es disfrutar de la boda de tu amiga, ¿entendido?

Yo sonrío de nuevo y, tras unos minutos de charla, nos despedimos mientras siento que deseo estar con él.

Después de tomarme un vasito de agua de Madrid, del grifo, que me sabe a gloria bendita, regreso al salón.

—Mira la cara de enamorada tontorrona que trae —se mofa Mercedes mirándome.

Me río, pero Leo insiste:

—Vamos, amiguita, ¡cuéntanos qué te ha dicho tu amorcito!

Divertida, me siento. Y, evitando contarle a Verónica lo de Horacio porque creo que es lo mejor que puedo hacer, murmuro:

—Me ha dicho que me echa de menos y que me quiere.

Mis tres amigos aplauden y ríen encantados, veo la felicidad en sus rostros.

—He visto a mi Gordunflas dormido —añado a continuación—. Y, ¿sabéis?, *Pepa*, *Pepe* y *Tigre* estaban viendo la televisión en el salón con Liam.

Conforme digo eso Verónica se guasea:

—Liam está enfermo.

—Enfermo de amor —se mofa el romántico de Leo.

Todos reímos de nuevo y, tras sentarme en el sofá, al ver cómo mis amigos me miran, decido sincerarme con ellos.

—Vivo en una burbuja de felicidad que ni yo misma me creo —digo—. Es todo tan bonito e increíble que...

—Sé por dónde vas y..., no, Amara, ¡no te lo permito! —replica Mercedes.

—Ni yo —afirma Leo.

Suspiro, pues sé que en ocasiones mis miedos enturbian mi felicidad. Entonces Verónica me coge la mano y tercia:

—Te digo lo mismo que siempre me decías tú a mí: sé positiva y deja de pensar en cosas que no tienen por qué pasar. Liam te quiere. ¡Disfrútalo!

Vale, sé que tiene razón, pero...

—¿Y si todo se tuerce? —inquiero—. ¿Y si un día...?

—Cariño... —me corta Leo—, ¿tú crees que Verónica o yo podemos estar pensando todos los días que por ser felices se van a jorobar nuestras vidas en pareja? No, cielo, no. Esto no funciona así, y lo sabes tan bien como nosotros.

—Pero es que la vida es tan cabrona a veces que...

—La vida es la vida —matiza Mercedes—. Mañana me caso, Amara. ¿De verdad crees que voy a hacerlo pensando que algún día la vida me va a joder lo que tengo con María y voy a acabar divorciándome de ella?

Al oír eso rápidamente niego con la cabeza y murmuro:

—Claro que no, pero...

—Escucha, Amara —me corta Verónica—, en este instante de tu vida hay un hombre maravilloso y un niño encantador que están locos por ti. Disfruta del presente y olvídate de esos miedos de la puñetera vida que no te dejan vivir, ¿entendido?

Asiento. Eso quiero yo, olvidarme de los miedos, pero digo:

—Es todo tan bonito con Liam, tan perfecto, tan increíble que..., uff. Y luego está Jan, mi Gordunflas. Cada vez que me llama «mamá» os juro que el mundo tiembla bajo mis pies, porque fue él quien decidió que yo era su mamá, y eso para mí es muy... muy especial.

Mercedes asiente emocionada, y Verónica, que llora por todo, afirma dirigiéndose a ella y a Leo:

—Cuando veáis la conexión que tienen Jan y Amara, os vais a quedar de piedra.

Pensar en mi Gordunflas me hace sonreír.

—Y cuando comprobéis en vivo y en directo cómo la mira Liam

—añade—, os vais a dar cuenta de que lo que tienen es tan increíble y verdadero como lo que tenemos cualquiera de nosotros con nuestras parejas. Es más, Liam es un Acosta..., y os aseguro que cuando un Acosta quiere, quiere de verdad.

Mercedes y Leo intercambian una mirada.

—Pero ¿qué tienen esos Acosta? —pregunta este último.

Vero y yo nos miramos. Intentar explicar qué es lo que tienen Liam y Naím no es fácil. Y cuando voy a hablar Mercedes tercia:

—Desde luego, el Aloe Vera y el Friki del Control han tenido mucha suerte al encontraros.

—Te aseguro que nosotras también hemos tenido suerte de encontrarlos a ellos —repongo siendo consciente de lo que Vero y yo sentimos y de todo lo que nos dan.

Guardo silencio y, al ver cómo nos miran nuestros amigos, añado:

—Son cariñosos. Tiernos. Protectores.

—Románticos. Cabezones. Increíbles —prosigue Vero.

Sin dudarlo asiento y después agrego:

—Liam me besa de tal manera, me mira de tal forma y me acaricia de tal modo que..., uf..., no sé explicaros cómo me hace sentir.

Mis amigos sonríen y a continuación Verónica, tocándose la tripita con mimo, indica:

—Doy fe de lo que dice Amara, porque Naím es igual.

Sigo pensando en él cuando digo con un hilo de voz:

—Liam es un amante increíble —y para escandalizar a Leo añado —: Es más, cuando tenemos sexo, nos gusta que...

—Vale..., vale..., vale... No hace falta que sigas —me corta él.

Nosotras tres reímos mirándonos con complicidad.

—Pero déjala que siga, Leo —dice Mercedes—. Ya sabes que nos mola el morbo y el guarreo.

Él maldice negando con la cabeza, y Verónica entonces suelta:

—Mira, solo te diré que los Acosta, además de tener infinidad de cualidades, a cuál mejor, follan muy bien.

—¡La madre que te parió! ¡¿Tienes que ser tan ordinaria?! —protesta Leo.

Vero, Mercedes y yo nos revolcamos de la risa mientras él se levanta para ir a la cocina huyendo de nuestros comentarios. Entre risas, lo increpamos y él nos pone a caer de un burro. Y..., bueno, hay cosas que no cambian, y esta es una de las que no queremos que

cambien nunca.

Capítulo 50

A las once de la mañana recibimos a Zoé con pancarta incluida en la salida de los vuelos internacionales del aeropuerto. Viene sola. Su churri, el cerebrito, se ha quedado en Nueva York puesto que tiene que trabajar.

Cuando la veo aparecer siento que el corazón se me acelera. Zoé, esa niñita que he tenido el honor de ver crecer junto a su madre y mis amigos, es preciosa. Verla tan mayor, tan mujer y tan segura de sí misma viviendo con su amorcito en Nueva York me llena de orgullo, y lloro como una tonta cuando esta se abraza a Verónica, su mami, se arrodilla y, besándole la tripita, murmura hablándole a su futuro hermanito o hermanita:

—Llevo esperándote toda la vida.

Nos besamos emocionados, nos fundimos en abrazos. Nos queremos, nos adoramos. Y que Zoé esté con nosotros como ha estado toda su vida nos hace sonreír como tontos. Ella fue nuestra primera niña y, pase el tiempo que pase, siempre lo será.

Tras el reencuentro, que más emotivo no ha podido ser, repetimos lo que ya hicimos ayer y vamos a casa de los padres de Verónica, quienes, al ver a su nieta, se vuelven locos de felicidad. Allí estamos un rato hasta que digo mirando mi reloj:

—Comando Chuminero, tenemos que ir a casa de Mercedes. Los operarios de chapa y pintura llegarán dentro de veinte minutos.

Tras despedirnos de Zoé y de los padres de Verónica, con los que más tarde nos encontraremos en el ayuntamiento, los cuatro amigos nos vamos a casa de Mercedes. Al rato de llegar aparecen la peluquera y todo su equipo y empiezan a peinarnos y a maquillarnos. Primero a la novia, y después a nosotros tres.

Dos horas más tarde ya estamos listos. Verónica está guapísima con su vestido violeta, Leo con su traje azul marino y yo con mi vestido verde. Pero ¡qué elegantones vamos! Y cuando ayudamos a Mercedes a ponerse su precioso vestido de novia, Vero, que está muy

sensible a causa del embarazo, rompe a llorar. Y..., claro, detrás de ella vamos todos los demás.

¡Anda que no es llorón el Comando Chuminero!

Mercedes está radiante. Siempre imaginé que estaría guapa vestida de novia, pero una cosa es pensarlo y otra, verlo. Su expresión lo dice todo, y nosotros, como sus amigos del alma que somos, solo podemos llorar y reír de felicidad por ella.

Por fortuna, y como es habitual en nosotros, pasamos de los lloros a las risas y, bueno, Mercedes, que es una cachonda, reconduce el tema. Abre una botella de champán con etiqueta rosa que tiene bien fresquita en el frigorífico y sirve tres copas.

—Es una pena que tú no puedas beber, Verónica —dice mojándole la puntita de la nariz con el dedo índice—. A ti te serviré una copa de naranjada para que brindes con nosotros.

Brindamos, bebemos y los tres nos entonamos. ¡Que vivan las burbujas!

Una vez que todos estamos vestidos y arreglados con nuestras mejores galas, nos hacemos varias fotos. Hay que ver lo que cambia uno tras pasar por chapa y pintura... ¡Pero si parecemos unos actores de Hollywood a punto de cruzar la alfombra roja!

Nos hacemos miles de fotos. Fotos para el recuerdo, fotos divertidas, y tanto Verónica como yo se las mandamos a Naím y a Liam. Mi móvil no tarda en sonar y recibo un mensaje de mi amor que dice:

Estás preciosa. Sin duda, la más
bonita de la boda. Te quiero.

¡Ay, que me muerooooooo!

¡Ay, qué cosas me dice!

Está claro que el lado romántico de Liam va saliendo día a día..., ¡y eso me encanta!

* * *

Dos horas después, cuando llegamos al ayuntamiento vemos a Zoé y a los padres de Verónica esperándonos junto a otros amigos, entre los que está la familia de Leo. Distingo también a Alessandro, ¡que más guapo no puede estar! La verdad es que es un tipo que suele

llamar la atención.

Al vernos acuden a nuestro lado y, tras saludar a Pili y a los niños, mientras los demás charlan entre bromas, yo me dirijo a Alessandro, que no me ha quitado ojo.

—Qué alegría verte aquí —digo.

Él sonríe y, tras pasear con descaro los ojos por mi cuerpo, comenta:

—Te sienta muy bien vivir en Tenerife.

—Gracias. —Sonrío.

Acto seguido, se hace un silencio extraño entre los dos, y yo, necesitando dejar las cosas claras, añado:

—Estoy conociendo a alguien especial en Tenerife y estoy feliz por ello.

Alessandro asiente. Y, como suele decirse, a buen entendedor sobran las palabras.

Llega el coche de María, la futura mujer de Mercedes, y cuando esta se apea todos la aplaudimos. Está tan preciosa como mi amiga, y al verlas sonreír a las dos, con lo llorona que soy me hago una idea de cuánto voy a llorar hoy.

La ceremonia da comienzo y los invitados, entre los que no está la familia de Mercedes, pues nunca ha aceptado su homosexualidad, disfrutamos con la alegría de las novias. Es su día, y todos estamos dispuestos a que este sea muy especial para ellas.

En un momento dado, la persona que oficia el enlace indica que Verónica va a salir a leer unas palabras para las novias, y yo, mirando a mi Vero, que no para de llorar, pregunto:

—¿Podrás hacerlo?

Ella asiente y, tomando aire, se levanta y se planta frente a todos con un papel en las manos. Luego se seca las lágrimas y dice sonriendo:

—Espero poder dejar de llorar...

Todos nos reímos y ella empieza a leer:

—Hoy es un día precioso porque el amor entre vosotras, Mercedes y María, ha triunfado, y aquí estamos, acompañándoos para dar este gran paso adelante. —Vero mira entonces a María y prosigue—: María, que Mercedes te conociera ha sido maravilloso. Primero porque gracias a ti su mundo se volvió más bello y feliz. Y segundo, porque eres la persona que la complementa en todos los sentidos.

Hacéis una bonita y dulce pareja, y todos intuimos que en vuestra vida habrá mucha complicidad, mucha alegría y mucho amor. En cuanto a ti, Mercedes... —musita Vero con un hilo de voz. Hace una pausa para coger aire y luego continúa—: ¿Qué puedo decirte que no sepas ya? Te conocí en un día de lluvia, ¡y anda que no ha llovido desde entonces! Eres maravillosa, encantadora, cabezota y bastante malhablada... —Los presentes reímos y ella prosigue—: La vida te ha enseñado a luchar para alcanzar tus sueños y aquí estás, haciendo realidad tu gran sueño junto a María, la chica de los pechos bonitos... —todos reímos de nuevo—, y juntas habéis creado un cálido y precioso hogar al que regresar. Os deseamos que seáis muy felices en esta nueva etapa de vuestra vida.

Mercedes llora. María también. Todos lloramos. Y Verónica, sonriendo, finaliza:

—Y, por supuesto, no puedo acabar sin decir algo muy especial para nosotros, que es: «En lo malo. En lo bueno. Y en lo mejor». Os queremos, pareja. ¡Felicidades por el triunfo de vuestro amor!

Bueno, bueno, bueno..., ¡qué berrinche pillamos todos!

Las emotivas palabras de Verónica, donde se nota que Naím ha metido mano, son justo las que Mercedes merecía y me llegan al corazón. Nuestra amiga es buena, genuina, increíble. La vida no se lo ha puesto fácil..., pero ¿realmente a quién se lo pone fácil? Sin embargo, aquí está, luchando como ha hecho siempre y apostando por su amor.

Al ver su felicidad sé que yo también me merezco la mía. Me voy a dejar de tonterías y miedos y, como me han aconsejado todos, voy a disfrutar de lo que la vida me ha puesto delante. Liam y Jan me quieren. Mi particular familia me adora, y sé que mi Comando Chuminero estará siempre conmigo en lo malo, en lo bueno y en lo mejor.

¡Voy a ser feliz!

Capítulo 51

Después de la ceremonia los invitados a la boda nos dirigimos a un precioso restaurante para cenar. Allí las novias nos agasajan con una maravillosa comida preparada por la hermana de María, que es la dueña del local, y nos ponemos morados.

¡Qué rico está todo!

Tras la cena, en la que se oye mucho eso de «¡Que se besen las novias!», da comienzo el baile. Y, como soy la reina de los escenarios, ni que decir tiene que quien va a cantar en ese soy yo.

Sé cuál es la canción preferida de Mercedes y María, pues la primera me lo contó. Y, tras mirar a los músicos de la banda de Toño, que es la que contratan todos mis amigos para sus bodas y ya nos conocemos, empiezan a sonar los primeros acordes y yo canto *Muero*, de Alejandro Sanz y Kany García.

Oh, Dios..., ¡qué preciosa canción!

Emocionada, observo desde el escenario a las dos novias bailar la bonita melodía mientras se miran a los ojos; intuyo que se dicen cariñosas palabras de amor y se besan.

¡Joder, qué alegría ver a mi Mercedes así!

Su felicidad es la de todos los que la queremos, y disfrutamos del momento con esa complicidad que solo el amor consigue que exista.

Pienso en Liam, en el hombre que me tiene... tonta no..., ¡lo siguiente!

Cómo me gusta...

Cómo me encanta...

Qué enamorada estoy de él.

Y, lo mejor, él también lo está de mí.

Cuando la romántica canción de las novias acaba, la diversión está asegurada, y no paro de cantar durante una hora para que la gente baile y lo pase bien.

Tras mi espectáculo, muerta de risa por lo bien que me lo he pasado, bajo del escenario y mis amigos me abrazan. Les encanta que

yo cante y amenice estos momentos. Me tomo una copita para refrescarme la garganta y luego seguimos bailando salsa, rumba, pachangueo y todo lo que nos pongan. Todos somos unos bailones con ganas de disfrutar del momento, y ¡madre mía, lo que lo disfrutamos!

Estoy pensando en ello cuando noto la presencia de Alessandro a mi lado y, cuando nos miramos, él me pregunta:

—¿Eres feliz?

Aunque sorprendida por ello, afirmo sin dudarlo:

—Tremendamente feliz.

Alessandro asiente, sonríe y, tras cogerme la mano, me besa los nudillos y susurra:

—Si tú eres feliz, yo lo soy también.

Oh, por Dios, qué monooooooooo.

Está claro que, con sus palabras, me está diciendo que entre nosotros no hay ningún problema. Que lo que tuvimos fue lo que fue y que nuestra amistad está por encima del resto.

—Como te dije en su momento, estaré por Tenerife dentro de unos días —añade a continuación.

—¿Vas solo por trabajo?

—Sí, pero me había pillado unos días libres para poder disfrutar...

Vale. Entiendo que había cogido esos días libres para verme a mí.

—¿Cuándo vas? —le pregunto.

—Del 9 al 13 de septiembre.

Rápidamente pienso. La boda de Gael y Begoña es el día 10, por lo que, sin dudarlo, y segura de que se lo quiero presentar a Liam, pues Alessandro es un amigo, digo:

—Cuando estés allí, avísame y, si te apetece, nos vemos.

Observo que me mira sorprendido.

—Te presentaré a Liam —añado—. Seguro que os caéis muy bien.

Alessandro asiente entonces con una sonrisa. Sé que no está enamorado de mí y que lo que le propongo le parece bien.

—Será un placer —afirma.

Capítulo 52

A las seis de la mañana estamos destrozados. Llevamos un día entero lleno de sorpresas, de momentos irrepetibles, y tras despedir a las novias, que se van de viaje al día siguiente a la isla de Menorca, me despido de Leo, su mujer y las niñas y también de Alessandro, y me monto en el coche de los padres de Vero, junto a esta y Zoé.

Una vez que me dejan frente a mi portal, cuando entro en él y me monto en el ascensor, me quito los zapatos y, al hacerlo, pienso en Liam. Seguro que si me viera descalza ya me estaría regañando...

Instantes después, cuando entro en mi casa y dejo caer los zapatos al suelo, voy directa a la cocina. Tengo una sed increíble. Abro la nevera, cojo una botella de agua y, tras beber a morro agüita de Madrid, de nuevo Liam vuelve a mi mente.

¿En serio he de acordarme de él por todo lo que haga?

Sonrío divertida y, tras guardar la botella en el frigorífico, voy hacia mi habitación, donde me quito el precioso vestido de la boda, y, cuando me quedo en bragas y sujetador, me miro en el espejo.

La verdad es que no estoy mal, aunque no soy un modelazo. Mi cuerpo no es perfecto, como el de Algodón o la propia Margot. Los suyos son físicos trabajados, sin un gramo de celulitis... No como el mío, que lo cuido lo justo, puesto que en mi vida hay otras prioridades.

¿Que podría estar mejor?... Sí.

¿Que podría estar peor?... También.

¿Que me quiero privar de comer cosas que me gustan?... Definitivamente, no.

Tras quitarme el sujetador y ponerme una de mis camisetas de tirantes para dormir, apago la luz y me tumbo en mi cama.

«Uf... ¡Cuánto te he echado de menos, camita!», pienso.

¿Qué tendrá tu colchón que como el tuyo no hay ninguno?

Estoy pensando en ello cuando Liam, mi ángel con cara de malote, vuelve a mi mente.

¡Madre mía, qué buenorro está mi chico!

Pienso en él y de pronto mis manos van directas a mis pechos. Al tocármelos, noto los pezones duros y erectos.

¡Vaya, sin duda estoy cachondona...!

Con mimo me los acaricio, que para eso son míos, mientras el placer me inunda. Uf, qué caliente estoy. Tengo ganas de sexo. Y, mirando mi mesilla, murmuro:

—Joder, mis juguetitos se han quedado en Tenerife...

Me incorporo en la cama, enciendo la luz y, tras mirar el reloj de mi móvil, compruebo que son las 06.53. La verdad es que mi mayor juguetito estará durmiendo. ¿Seré tan cabrona de despertarlo? Sí..., sí que lo soy. Así pues, sonriendo, busco el nombre de mi deseo en la agenda y, una vez que lo encuentro, sin dudarlo hago una videollamada.

Un timbrazo, dos...

Al tercero, de inmediato veo la imagen de Liam. Está en la cama, desnudo. Mmmmm... Tiene los ojos hinchados por el sueño y, mirando la pantalla, pregunta con gesto preocupado:

—¿Qué pasa, mi niña?

Sonrío, ¡qué mono es! ¡Y cómo me gusta cuando me dice eso de «mi niña»!

—Nada —me apresuro a responder—. Solo quería verte.

Su expresión es indescriptible. Veo que se sienta en la cama y, cuando va a hablar, susurro:

—Oye, una cosita... Te deseo.

Según digo eso, sonríe —mmmm..., me gusta esa sonrisa—, y cuchichea:

—¿Qué te ocurre, Pececita?

Acalorada, pues ver su torso desnudo me reafirma en que lo deseo, digo:

—Me pasa de todo.

Liam suelta una carcajada y, sin un atisbo de molestia por haberlo despertado, pregunta:

—¿Has bebido mucho?

Sin dudarlo, asiento.

—Admito que he tomado demasiada agüita con misterio.

Él se ríe de nuevo y yo, que ando algo afectada por el agüita con misterio, colocando mi teléfono móvil estratégicamente frente a mí,

pregunto tras quitarme la camiseta:

—¿Qué te parecen las vistas?

Aun a través de una pantalla soy capaz de distinguir la excitación de Liam en sus ojos al ver mis pechos.

—Inigualables —murmura.

Me gusta..., me pone mucho que haya dicho eso.

—Nunca he hecho algo así —añade a continuación.

—Yo tampoco —replico—, pero me muero por tener cibersexo contigo.

Liam levanta las cejas y yo, con todo el descaro, me agarro los senos, me los acaricio y susurro:

—Deseo darte mis pechos.

Liam asiente.

—Mi bruja de noche...

Esa frase nos hace sonreír a los dos, pues sabemos que viene de una canción.

—Dame tus pechos con gusto, para chuparlos y mordisquearlos —pide él.

Oh, sí..., eso es lo que deseo. Y cuando voy a hablar, Liam me indica:

—Recuéstate en la cama.

Mmmm..., me gusta su tono de voz. Ha entrado ya en el juego y lo obedezco. Me tumbo sobre los almohadones, colocando mejor el móvil, y pregunto:

—¿Así está bien?

Él asiente. El morbo ya está instalado en su ojos, en su voz, en su sonrisa.

—Quítate las bragas —exige justo después.

Wooooo, que sí, que sí..., ¡que me las quito! Y de inmediato vuelan por los aires.

—Abre las piernas para que pueda verte bien.

Madre míaaaaaaa, el calentón que me entra cuando lo oigo. Nunca he jugado a esto a través de la pantalla de un móvil, pero, oye, ¡me mola! Por lo que abro las piernas para él y entonces oigo que dice:

—Tócate.

Eso hace que cada poro de todo mi cuerpo se abra del todo. Con mimo, y mirándolo como una tigresa bengalí de una película porno,

me acaricio el cuello, los hombros..., y cuando llego a mis pechos, al tener los pezones duros y erectos me entretengo en ellos mientras veo que Liam observa con mucha atención al otro lado del teléfono. Wooooo, ¡cómo lo tengo!

—Baja las manos poco a poco —me pide a continuación.

Y bajan, claro que bajan. Las deslizo por mi barriga trazando circulitos sobre el ombligo. Después llego a mis caderas y posteriormente a la cara interna de mis muslos, mientras miro la pantalla del móvil y siento que es Liam quien me toca.

Extasiada por lo que me invade y por el morbo que la situación me provoca, mis piernas se agitan, se cierran involuntariamente, y Liam dice:

—Ábrelas. Quiero verte bien.

Uf..., uf..., uf..., ¡qué momento tan morboso! ¡Qué momento tan caliente! ¡Qué momento!

Entregada por completo, hago lo que pide, sigo tocándome, y mis dedos buscan mi clítoris, ese botoncito mágico que tanto placer me da y al que reconozco que cuido con mimo y atención.

Lo toco mientras siento que son los dedos de Liam los que lo hacen, hasta que lo oigo decir:

—Eso es, cielo. Cierra los ojos y disfruta... ¿Te gusta?

Asiento. ¡Claro que me gusta!

Me abandono totalmente al placer que la situación me está provocando mientras no paro de tocarme. Mis caderas, juguetonas, se mueven por sí solas de un lado a otro.

—Ancla los talones a la cama —pide mi amor a continuación—. Te quiero bien abierta para mí.

¡Woooo, *madrecitalindaloquemepide*!

El morbo que siempre está presente entre nosotros durante el sexo existe también estando incluso a muchos kilómetros de distancia. Y, apoyando los talones a la cama como si los pusiera sobre los brazos de un sillón, obedezco, y luego oigo que él dice:

—Separa tus labios con los dedos. Enséñame tu humedad y juega con ella.

Bueno..., bueno..., bueno...

Todo es caliente y morboso. Y, separando los labios de mi vagina y con las piernas bien abiertas para que él pueda verme bien a través de la pantalla, comienzo a jugar con mi sexo como me ha pedido.

Mis húmedos dedos van una y otra vez a mi hinchado clítoris. Se mueven de lado a lado, de arriba abajo, de dentro a fuera, mientras jadeos gustosos salen de mi boca y mi cuerpo se estremece de purito placer.

Poco a poco aumento la presión que ejerzo sobre el clítoris... ¡Uf, qué gustazo! También la velocidad de mis dedos... ¡Uf, qué locura!

—Siéntelo, mi niña. Soy yo quien te toca —murmura Liam.

Acalorada, asiento mientras mi corazón late a mil por hora y mi respiración se agita más y más.

—Métete un dedo y fóllate para mí —oigo que dice a continuación.

Uf..., uf..., uf...

En la vida he hecho nada igual, pero mi entrega y mi excitación son tales que no lo dudo ni un momento. Introduzco suavemente el dedo corazón en mi interior y siento un placer tan extremo que mi cuerpo se mueve al compás.

¡Madre míaaaaa!

Mientras lo hago, abro los ojos, miro la pantalla y veo que Liam se está masturbando. ¡Madre mía, qué excitado está! Sus movimientos son secos, contundentes. Su mirada es entregada, morbosa.

—Fóllame bien —digo con un hilo de voz.

Liam asiente, jadea. Lo que he dicho lo excita tanto como lo que él me dice a mí, y me percato de que nuestras respiraciones se aceleran por lo que estamos disfrutando.

De nuevo cierro los ojos. El placer me hace cerrarlos cuando mi cuerpo se tensa mientras un intenso placer que comienza en la vagina y me recorre todo el cuerpo me consume por completo. Jadeo. Gimo mientras oigo jadear a Liam y eso me provoca más y más.

Abriendo los ojos veo cómo Liam se masturba ante su teléfono, y le exijo:

—Fóllame duro.

Liam asiente, se muerde el labio y musita:

—Lo estoy haciendo, mi niña.

Dios..., Diosssss...

Oír eso hace que mi respiración se acelere más aún, como se aceleran las frenéticas acometidas de mi dedo en mi vagina.

—Ahora, mi niña... ¡Ahora! —dice Liam de pronto.

Y, sí, ¡ahora!

Es oírlo decir eso y notar cómo todo mi cuerpo convulsiona con fuerza, y tras un jadeo de puro pero puro placer siento que el clímax se apodera por completo de mí. Acto seguido me dejo caer desmadejada sobre la cama mientras observo el rostro de satisfacción de Liam, que se ha corrido también.

Un segundo, dos, tres...

Liam y yo estamos tirados sobre nuestras camas y, cuando recupero el resuello, susurro mirando el teléfono:

—Cielo...

Él se incorpora al oír mi voz, coge el móvil y murmura:

—Ha sido increíble.

Sonrío al oírlo, asiento y, con picardía, anuncio:

—El cibersexo queda oficialmente inaugurado entre tú y yo.

Ambos reímos.

—Me muero por comerte a besos —musita él a continuación.

—Y yo me muero por comerte a ti —digo tras acomodarme en la cama y apoyar el teléfono en la almohada.

A partir de ese instante comenzamos a hablar. Él me pregunta por la boda y yo le cuento lo bien que lo hemos pasado. Y, una hora después, cuando empieza a entrarme el sueño, Liam y yo nos despedimos, apoyo el teléfono sobre mi mejilla con una sonrisa de oreja a oreja y finalmente me duermo.

¡Qué feliz soy!

Capítulo 53

Separarnos de nuestros amigos es siempre doloroso, pero Vero y yo tenemos que regresar a Tenerife y Zoé a Nueva York.

Leo y los padres de Verónica nos dejan en el aeropuerto. Mi amiga y yo acompañamos a Zoé hasta su terminal y, después de darnos millones de besos y abrazos y soltar muchas lágrimas, nos despedimos de nuestra niña, que queda en llamar a su madre en cuanto llegue a Estados Unidos.

Una hora después Vero y yo volamos rumbo a Tenerife cogidas de la mano. Estamos felices por nuestro regreso, aunque también tristes por despedirnos de las personas a las que queremos.

Al aterrizar en el aeropuerto y encender nuestros teléfonos móviles, a Verónica le salta de inmediato un mensaje de Naím, que nos espera en la salida. Una vez que recogemos nuestro equipaje y vamos hacia la puerta, rápidamente vemos a Naím, pero mi corazón se acelera cuando a su lado distingo a Liam y a Jan.

¿En serio han venido a buscarme?

Emocionada al verlos, mientras Verónica se funde en un abrazo con Naím yo, sin dudarlo, lo hago con Liam y con Jan. El niño, al verme, es feliz. Se agarra a mi cuello con auténtico fervor, y cuando lo cojo en brazos y vuelve a decirme eso de «mamáááááá», durante unos segundos me olvido de Liam para centrarme solo en él.

Instantes después Verónica me coge al chiquillo de los brazos. Yo me vuelvo entonces hacia Liam y, cuando voy a hablar, este me abraza, me besa, y antes de que yo pueda decir nada susurra mirándome a los ojos:

—Bienvenida a casa, cariño.

A casa... ¡¿Estoy en casa?! ¿Puede haber un recibimiento mejor que este?

Una vez que todos nos montamos en el coche de Liam, pues allí va la sillita de Jan, tras dejar a Verónica y a Naím en su casa nosotros nos dirigimos hacia la nuestra.

Durante el trayecto le pregunto por Horacio, pues me preocupa lo que le ocurrió, y Liam me hace saber que está bien, que no tengo por qué inquietarme.

En casa, al bajarme del coche, la locura vuelve a apoderarse de mí cuando *Tigre*, *Pepa* y *Pepe* me hacen un recibimiento tan exagerado que estoy riendo por sus cabriolas hasta que oigo que Liam dice:

—Somos muchos los que te hemos echado de menos, Pececita.

Asiento, me encanta oír eso, y abrazada a él y junto a Jan, los tres nos dirigimos hacia la casa seguidos de nuestros perretes.

* * *

Tras pasar una maravillosa tarde en la piscina, donde los perros se meten en el agua aunque Liam proteste, cuando Jan se duerme por la noche salgo a la terraza y sonrío al ver a Liam esperándome junto a una copita de vino y una copa con hielo picado y Coca-Cola. ¡Qué detallista es este hombre!

Me acerco a él, que está apoyado en la barandilla mirando el mar, lo agarro por la cintura y murmuro aspirando su olor:

—Qué ganas tenía de regresar.

Liam me abraza y me besa en la punta de la nariz.

—Tantas como las que tenía yo de que lo hicieras —asegura.

Nos miramos. Siento que nuestras miradas están llenas de preciosas palabras, y nos besamos. Un beso lleva a otro y, cinco minutos después, cuando nos queremos dar cuenta, ya estamos poseyéndonos contra una de las paredes de la terraza. Por suerte esta tiene vistas al mar, por lo que nadie puede vernos, y, la verdad, disfrutamos del momento con auténtica pasión.

Cuando terminamos, y una vez que volvemos a estar vestidos, nos sentamos en las hamacas y, tras dar un buen trago a mi Coca-Cola, comienzo a contarle cosas de la boda.

Liam me escucha con atención, y al cabo pregunta:

—¿Viste a tu amigo Alessandro?

Según dice eso, sonrío. A él le pasa con el italiano lo mismo que a mí con Margot.

—Sí. Estuvo en la boda —indico sin ganas de mentir.

Liam asiente. Toma su copa, bebe y, al ver su gesto, digo:

—¿Has visto a Margot estos días?

—Llegó ayer con su cuñado Michael de Nueva York —explica—. Y, sí, Naím y yo cenamos con ellos anoche. Y esta mañana le hemos mostrado Bodegas Verode.

Yo asiento a mi vez. Doy un trago a mi Coca-Cola y, aun sabiendo la respuesta de antemano, pregunto:

—Una cosita... ¿Tuviste algo con ella?

Él niega de inmediato con la cabeza, y me apresuro a añadir:

—Pues eso mismo es lo que he tenido yo con Alessandro: ¡nada! Simplemente somos amigos, como tú lo eres de Margot. A ti te unen la amistad y los negocios a ella. A mí solo me une la amistad con Alessandro. Es más, tiene que venir a la isla dentro de unos días y he pensado en presentártelo para que veas que solo somos amigos, como yo creo que ahora Margot es tan solo tu amiga. Así pues, ¿qué tal si evitamos pensar tonterías que no tienen razón de ser?

Según digo eso, veo que Liam sonríe. Le gustan mis palabras. En el fondo somos iguales. Y, levantando su copa, la dirige hacia mí y musita:

—Por ti y tu manera tan excepcional de explicar las cosas. Me encantará conocer a tu amigo.

Divertida, levanto mi Coca-Cola y brindamos y bebemos.

—Cuéntame qué tal con el cuñado de Margot —digo.

Él sonríe.

—La verdad es que muy bien. Lo veo muy interesado en todo, y hemos quedado en que mañana Naím y yo viajaremos a las distintas islas para enseñarle nuestras tierras. Creo que eso le encantará.

Sin dudarlo, asiento. Estoy convencida de que cuanto más vea el empresario americano de Bodegas Verode, más se enamorará de ellas. Y entonces Liam añade:

—El que está de los nervios es mi padre desde que compramos las tierras de Las Palmas de Gran Canaria. No sé qué le ocurre. Nunca lo había visto tan nervioso...

De inmediato acude a mi mente la conversación entre Horacio y Florencia que oí a escondidas. Hablar de ello solo me metería en problemas, y por suerte sé que Verónica lo prometió por Zoé, así que tampoco lo va a contar. Por ello, e intentando ser positiva, pues oí que una vez que se cerrara el trato entre aquellos las cuentas de Bodegas Verode volverían a estar bien, aseguro:

—Ya verás que cuando todo esto acabe se tranquiliza.

—Más le vale..., porque menudo susto que nos metió.

Yo cabeceo y, tras levantarme de mi hamaca, me siento a horcajadas sobre él. Paso los brazos alrededor de su cuello y murmuro:

—Ni te imaginas cuánto te he echado de menos.

Liam sonríe. Le doy un beso encantada y, cuando nos separamos, musita:

—Tú te has vuelto indispensable en mi vida.

Oír eso me hace parpadear. Y, cerrando sus brazos alrededor de mi cintura, acerca su boca a la mía y susurra:

—Eres mi preciosa bruja de noche.

Un beso. Dos. Tres. Y al cuarto yo ya no puedo más. El calentón que me provocan los besos, las palabras y las miradas me hace levantarme y levantarlo, y acto seguido nos vamos a su habitación, donde, deseosos y salvajes, nos hacemos el amor apasionadamente.

Capítulo 54

A las siete de la mañana abro los ojos cuando suena el despertador de Liam. Ha quedado con Naím, Margot y su cuñado para visitar las islas.

Sin levantarme, y mientras él se viste, lo observo desde la cama. Desde luego, este hombre es una auténtica tentación.

—Entonces ¿hacéis noche en La Gomera? —pregunto.

Él asiente mientras se ajusta la corbata frente al espejo.

—Sí, cariño.

Niego con la cabeza contrariada. Me da mucha rabia que, nada más llegar yo de la Península, sea él quien se vaya. Y, acercándose a la cama, se sienta en ella, me retira el pelo del rostro y dice:

—Sé que te da tanta rabia como a mí que nos tengamos que separar y que encima tenga que viajar con Margot, pero...

—No tienes que explicarme nada, cielo —lo corto—. Es un viaje de trabajo y hemos de tomárnoslo como tal.

Liam sonríe. Yo también.

—Confío en ti —añado.

Él asiente y luego me besa.

—Tanto como yo en ti —asegura.

Gustosos y encantados, volvemos a besarnos, pero entonces oímos la voz de Jan diciendo «papá» y señalo divertida:

—Vamos, papá..., tu niño te reclama.

Feliz por eso, Liam se levanta y se dirige a la habitación de Jan. A través del vigilabebés veo cómo se acerca a la cuna para cogerlo y, una vez que lo hace, se lo come a besos. ¡Qué monos son mis hombrecitos!

—¡Buenos días, mamá! —dice Liam al poco entrando en el dormitorio con el pequeño en brazos.

Desde la cama extiendo los brazos hacia ellos y rápidamente el niño dirige los suyos hacia mí. Durante unos minutos Jan y yo nos hacemos arrumacos, hasta que Liam, que está observándonos, comenta:

—Reconozco que daría mucho de lo que tengo por quitarme el traje y meterme en la cama con vosotros.

Según dice eso le suena el móvil. Ha recibido un mensaje, y tras leerlo indica:

—He de irme. Naím me espera fuera dentro de cinco minutos.

Asiento con una sonrisa y, después, recibo un beso de Liam y veo cómo le da otro a Jan.

—Dormid un rato más —sugiere.

Sin dudarlo, afirmo con la cabeza, pues estoy cansada, y una vez que él se marcha, me acurruco con Jan en la cama y, cuando noto que el niño se duerme, lo hago yo también.

Capítulo 55

A mediodía recibo una llamada de Florencia, que nos invita a Verónica y a mí a comer a su casa, y por supuesto acepto la invitación.

A las dos de la tarde, tras poner a Jan fresquito y meter en la bolsa todo lo que necesito para él, me dirijo en el Audi hasta la casa de mi amiga, la recojo y vamos juntas a casa de Florencia.

Al entrar en ella sus preciosos perros, que son los padres de *Pepa*, *Pepe* y *Donut*, vienen a saludarnos y, una vez que estos se marchan, vemos que junto a la piscina están Florencia, Begoña, Horacio, Xama y el pequeño Lionel.

Jan se vuelve loco de felicidad al verlos. Sin duda es un Acosta, pues ¡hay que ver lo que quiere a la familia!

Tras darnos besos y abrazos, nos sentamos:

—¿Cómo estás?

—Bien, hija. Fue solo un sustito.

Vero resopla, veo preocupación en su rostro, y gruñe:

—¡¿Un sustito?! Por el amor de Dios, Horacio..., tienes que tranquilizarte.

El hombre asiente y luego mi amiga pregunta mirándome:

—¿Lo sabes?

Sé a qué se refiere, y asiento. Lo que evito es decirle que lo sabía ya en Madrid.

—Master Good —continúa— es algo que si tiene que ser será y, si no, pues...

—Por Dios, hija, no digas eso —la corta—. Necesitamos ese contrato.

Según dice eso, Florencia, que en ese instante se acerca con Omar, exclama:

—Papá, ¡ya estás otra vez con lo mismo!

Horacio cabecea. Aunque quiera disimularlo veo preocupación en su gesto.

—Suegro, tranquilízate —insiste Omar—. Liam y Naím saben

muy bien lo que hacen, y con Margot en este barco nada puede salir mal.

Horacio niega de nuevo con la cabeza y luego dice dirigiéndose a mí:

—Quiero que sepas que estoy muy feliz.

Sé que lo dice por Liam y por mí. Y entonces Omar, divertido, se me aproxima y, empujándome con complicidad, cuchichea:

—Bienvenida a la familia.

En cuanto lo dice se me eriza el vello de todo el cuerpo. La palabra *familia* es muy especial para mí.

—Pensé que, tras lo ocurrido, Liam tardaría en encontrar a alguien afín a él —comenta Florencia con una sonrisa—, pero desde luego, y te soy sincera, estoy encantada con su elección. Solo con ver cómo Jan y él te quieren, sé que ambos han acertado.

Vero me mira y sonríe, yo también, y Horacio susurra:

—Amara es perfecta para nuestro Liam.

Uf, que me emociono…

Me encanta que tengan tan buen concepto de mí cuando apenas me conocen y, la verdad, sonrío, aunque no sé qué decir.

—¿Y la boda para cuándo? —pregunta entonces Horacio mirando a Vero.

—Buenoooooo —se mofa mi amiga.

Todos reímos y el hombre insiste:

—Amara ya tiene novio. Por tanto, ¡Naím y tú ya podéis casaros!

Sonrío divertida, pues a mi amiga la agobia bastante hablar de bodas. Acto seguido ella pregunta dirigiéndose a Begoña:

—¿Todo listo para la tuya?

La joven asiente. En su mirada veo la misma felicidad que vi en la de Mercedes.

—Está todo preparado —se apresura a decir Florencia—. Solo falta que llegue el día.

—¡Estupendo! —exclama Verónica.

Durante unos minutos, sentados alrededor de la mesa, hablamos de la boda de Begoña y Gael, a la que por supuesto están invitados Margot y Michael, y disfrutamos con la conversación.

—¿Qué tal el casamiento de vuestras amigas? —pregunta Begoña al cabo.

Pensar en Mercedes y en María nos hace suspirar.

—Fue preciosa y muy emotiva —murmuro—. Tanto María como Mercedes estaban preciosas y…

—¿Dos mujeres se casaron? —inquiere Horacio de repente.

Sin dudarlo, asiento. Les enseño las fotos que tengo en el móvil de la ceremonia, y Florencia pregunta después de mirarlas:

—¿Y no se os hizo raro ir a una boda de mujeres…?

—¡Mamáááá! —protesta Xama.

—Ay, hija, ¡calla! —replica ella.

—Mamá, no seas antigua —insiste la cría.

—Mira la moderna… —se mofa Florencia.

—Chicas, ¡no empecemos! —interviene Omar mirándolas.

Niego con la cabeza y, antes de que yo responda, Verónica se me adelanta:

—Una boda es un momento especial en la vida de dos personas donde simplemente triunfa el amor. ¿Qué más da si son dos mujeres, dos hombres o un hombre y una mujer? Lo importante es que se quieran y se respeten, y quienes los queremos los respetamos porque deseamos su felicidad.

Florencia cabecea, por su gesto veo que no entiende nada, y Horacio murmura:

—Qué cosas pasan…

—¿Por qué dices eso, abuelo? —pregunta Xama.

Él se encoge de hombros.

—Porque durante toda mi vida las relaciones siempre han sido entre hombres y mujeres y, si no era así, era raro, raro…

—Pues para mí no es nada raro, abuelo —insiste Xama.

—Cielo, tú perteneces a otra generación —indica el hombre.

Acto seguido se hace un extraño silencio. Vale, entiendo que para una generación como la de Horacio, que es un hombre de ochenta y pico de años, haya cosas que no sean tan normales. Pero de repente, sin más, Xama anuncia:

—¡Soy bisexual!

¡Ostras, lo que acaba de soltar!

Madre mía, madre mía, ¡la que se avecina!

Según dice eso, la niña nos mira a todos. En sus ojos Begoña, Vero y yo leemos que necesita nuestro apoyo, y por supuesto se lo daremos.

Miro a Florencia. Está blanca. Miro a Omar. No parpadea. Miro a

Horacio. El hombre no entiende nada.

—¿Qué has dicho que eres, hija? —pregunta.

Xama traga saliva. Sabe que ya no puede dar marcha atrás, y Begoña, en su empeño por ayudarla, tercia:

—Ha dicho que es bisexual.

Horacio nos mira. No entiende esa palabra. Y Xama, tomando aire, explica:

—Abuelo, «bisexual» significa que me gustan los hombres y las mujeres.

El hombre asiente a duras penas y luego musita:

—Bendito sea Dios...

Xama nos mira de nuevo. Está asustada. Intuyo que no tenía preparado contarlo en este momento.

Entonces Horacio, tocándose la cabeza, pregunta dirigiéndose a su hija:

—¿Y esto de la niña por qué no me lo habías dicho?

Florencia sigue sin reaccionar. ¡Ay, pobre...! Y Xama interviene:

—Abuelo, no te lo había dicho porque no lo sabía. Solo lo saben Begoña, Verónica, Amara y el tío Liam.

Según menciona nuestros nombres, Omar, Florencia y Horacio nos miran. Wooooo, ¡si las miradas matasen!

—A ver, una cosita... —me apresuro a decir yo—. Lo sabíamos, pero respetamos a Xama como persona, y ella y solo ella era quien debía decíroslo.

—Bendito sea Dios... —repite Horacio.

Florencia coge una botella de agua y, tras destaparla, comienza a beber a morro. ¡Anda, mírala!

La tensión sube por momentos. Creo que si le pusieran un pulsómetro lo reventaría.

Acto seguido veo que Omar se acerca a su hija.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —pregunta.

Xama se encoge de hombros. Su nerviosismo me emociona. Y, cuando voy a intervenir de nuevo, Omar dice cogiendo la mano de la niña:

—Eres mi hija. Mi Xama. Debes contarme todo lo que te pasa para poder ayudarte.

Escuchar eso me enternece tanto como veo que enternece a Verónica.

—Tú, tu hermano y tu madre sois lo más precioso que tengo en mi vida —añade Omar—. Y solo quiero y deseo que ames, te amen y seas feliz. Nada más.

¡Ole y ole por Omar! Si ya sabía yo que Xama podía contar con este tipo.

Entonces ella, tras abrazar a su padre, mira a Florencia y susurra:

—Mamá...

Pero la mujer sigue ausente.

Xama toma aire y se dispone a insistir, pero Omar interviene:

—Deja que hable yo con tu madre.

Pero no, la niña niega con la cabeza, y dirigiéndose a su madre insiste:

—Mamá, soy bisexual. Soy una más del colectivo LGTBIQ+.

—¿Y ese abecedario qué es? —pregunta Horacio.

Verónica sonríe al oírlo, pues al pobre hombre se le escapan muchas cosas, e indica:

—Luego te lo explico con tranquilidad.

Horacio asiente y Xama, agradecida y necesitando hablar, prosigue mientras mira a su madre:

—Llevo sintiéndome diferente desde que tengo uso de razón porque me gustan las personas. Tú te empeñabas en que tenían que gustarme solo los chicos, pero la verdad es que a mí me gustan los chicos y las chicas y, si no te lo he contado antes, era porque no sabía cómo hacerlo.

Todos la escuchamos con atención. Imagino que, cada uno a nuestra manera, asimilamos lo que dice.

—Mamá, quiero que sepas que lo entenderé si necesitas un tiempo para comprender quién soy —añade luego—. A mí misma me costó aceptarme. Tenía muchos miedos. Miedo a decepcionaros. Miedo al qué dirán. Miedo al rechazo. Pero... pero mi vida es solo mía y quiero vivirla en libertad como vosotros la vivís.

Xama me mira. Le sonrío para transmitirle fuerza y ella prosigue:

—Mamá..., sé que te estoy dando el disgusto de tu vida porque no soy la hija que esperabas...

—Cielo, no digas eso —replica Omar.

Pero la niña, que es consciente de la realidad, asiente y, sin dejar de mirar a su madre, indica:

—Siempre hemos discutido por tonterías como la ropa con la que

me vestías o incluso por los peinados, pero es que la feminidad que tú deseabas para mí no era la que yo quería —y, abriendo los brazos, murmura—: Pero, mamá, sigo siendo Xama. Sigo siendo esa hija que tuviste y que te quiere, y sé que tú también me quieres a mí.

Omar coge de la mano a su mujer. Las lágrimas que corren por las mejillas de Florencia me conmueven. Y Xama, a la que ya no hay quien la pare, indica:

—Siempre he intentado ser esa hija que deseabas, pero, mamá, desde hace dos años mi cuerpo, mi vida y toda yo despertamos. Tenía dos opciones. Ser quien tú querías o ser yo, y lo siento, mamá, pero en este caso he sido egoísta y he decidido ser yo, aun a riesgo de muchas cosas. Eres mi madre, una de las personas a las que más quiero en este mundo, a pesar de que discutamos hasta por el propio aire que respiramos... Pero ahora solo espero que algún día llegues a perdonarme y a entenderme...

No puede decir más. Florencia se apresura a acercarse a su hija, la abraza y, sorprendiéndonos a todos, murmura:

—No tengo nada que perdonarte, mi vida. Y nunca podría dejar de quererte.

Según dice eso siento que Verónica me coge la mano y me la aprieta. Con lo sensible que está a causa del embarazo, se va a echar a llorar de un momento a otro. Y..., bueno, yo no estoy embarazada, pero me conozco y soy de lágrima fácil.

Todos permanecemos en silencio hasta que Florencia añade:

—Si alguien tiene que perdonar aquí, eres tú a mí.

—Mamá...

La mujer levanta la mano e indica:

—Cariño, sé que soy algo antigua con respecto a muchas cosas y mis ideas distan mucho de las tuyas, pero quiero que sepas que estoy dispuesta a entender y a cambiar. Tú eres mi hija. Mi Xama. Mi bebita. Y si algo me enseñaron tus abuelos es que por los hijos, por ayudarlos si son buenas personas, lo que sea. Y tú eres buena persona ames a quien ames.

Miro a Horacio. El hombre afirma con la cabeza y acto seguido asegura:

—La familia, si lo merece, ¡es lo primero! Porque cuando se quiere, se quiere de verdad y no deseas ningún mal para ella.

Asiento. Como él ha dicho, «si lo merece»... Y en mi caso, mi

familia de sangre no lo merece en absoluto.

—No te voy a negar que esta noticia me ha sorprendido y me costará un tiempito entenderla —añade Florencia—, pero, mi vida, eres mi hija, y por ti y tu felicidad me pongo el mundo por montera.

—Mamá...

Xama y Florencia se abrazan y, a continuación, esta última musita:

—Mi vida, te pido disculpas por no haber sido capaz de darme cuenta de lo que te pasaba siendo tu madre.

—Las madres no somos infalibles —oigo que tercia entonces Verónica.

Florencia asiente.

—Lo sé, cuñada —afirma ella con tranquilidad—. Pero yo tendría que haberla ayudado en todo lo que necesitara, como seguro que la habéis ayudado quienes lo sabíais.

¡Toma yaaaaa!

Esto sí que no me lo esperaba de Florencia, y por cómo Vero me mira intuyo que ella tampoco.

Xama llora, Omar llora..., ¡todos lloramos!, mientras Florencia dice cosas tan llenas de verdad y sentimientos que estoy por hacerle un monumento. Durante un buen rato madre e hija hablan delante de los demás. Saben que tienen mucho que contarse. Y al cabo Xama dice sonriendo:

—Mamá, te quiero mucho.

—Más te quiero yo a ti, mi vida —declara Florencia.

Omar se acerca a ellas, las abraza y, sonriendo, pregunta:

—¿Y mis chicas me quieren a mí?

Al oírlo, Xama y Florencia sonríen y lo abrazan.

Poco después, cuando padres e hija, junto a Begoña, Lionel y Jan van a meterse en la piscina para refrescarse, Horacio pide mirándonos a Vero y a mí:

—Hijas..., explicadme qué es eso del abecedario que ha dicho Xama.

Según lo oímos, mi amiga y yo nos partimos de risa. Sabemos que se refiere a lo del colectivo LGTBIQ+, y como podemos se lo explicamos, aunque hay cosas que, por más que lo intentamos, el hombre no logra comprender.

Capítulo 56

Liam regresa de su viaje por las islas con Naím, Margot y el cuñado de esta. Viene muy contento. Al parecer, las negociaciones con el americano no pueden ir mejor, y tiene claro que el contrato con Master Good ya es un hecho.

Dos días después, y para seguir agasajando al hombre, Vero y Naím organizan una cena privada para los Acosta, Margot y su cuñado en los viñedos. En un principio yo digo que no voy a ir, pues he de cuidar de Jan. Pero se ponen todos tan pesados con que no me lo puedo perder porque soy una más de la familia que al final llevamos al niño a casa de Florencia y este se queda a cargo de una cuidadora junto con Lionel.

Cuando llegamos a Bodegas Verode y subimos en coche hasta el lugar donde se organizan las cenas temáticas, sonrío al verlo todo tan bonito, y me reafirmo en que los Acosta quieren mostrarle al americano lo mejor que tienen. Y ya me quedo sin palabras cuando de pronto veo aparecer allí a Vasile con su violín.

¿Qué hace Vasile en Tenerife?

Lo miro bloqueada, es que no puedo ni moverme, y Liam musita sonriendo:

—Sabía que te iba a gustar esta sorpresa.

Lo miro unos instantes sin dar crédito, lo beso y, acto seguido, corro hacia Vasile, que, abriendo los brazos, me estrecha entre ellos con auténtico amor. Me pide perdón por no haberme avisado, pero Liam y Verónica le habían rogado que no lo hiciera para que fuera una sorpresa.

Mientras todos hablan con el americano y le explican cosas de las bodegas, yo lo siento, pero estoy con Vasile, quien me cuenta que lo han contratado para quince días y que, a pesar de que Liam quiso que se alojara con nosotros, él se negó y está en un hotel con todos los gastos pagados. Saber eso me llena de felicidad.

La cena da comienzo y Vasile, desde su atril, empieza a tocar y

nos ameniza la cena con preciosas melodías y baladas de amor. Saber que Liam lo ha traído por mí hace que me sienta muy especial, y no puedo parar de agradecérselo y de besarlo, mientras él, divertido, me pide que pare. El americano va a pensar que somos unos pegajosos.

Sin embargo, cuando paro es Liam quien me incita a besarlo. Me provoca. Ahora es él quien me besa a mí, quien me dice cosas al oído para volverme loca, y creo que lo voy a matar.

¿Cómo me dice esas cosas y se queda tan ancho?

Durante la cena soy consciente de que Margot habla conmigo y bromea con total normalidad. Está claro que Liam tenía razón: ella sabía perfectamente que entre ellos no había nada serio, y desde luego que así me lo hace ver.

En la mesa se habla de la boda de Gael y Begoña, que se celebra el sábado y a la que asistirán también Margot y Michael, y la verdad es que el americano parece especialmente entusiasmado. Luego dicen que los españoles somos unos juerguistas, pero vaya tela, lo que le gusta la juerga a aquel. Es más, incluso habla de comprarse una casita en la isla porque este sitio lo está enamorando.

A los postres Verónica se levanta y, volviendo a sorprenderme, aparece con mi guitarra. Pero ¿qué hace?

Rápidamente la pone en mis manos y, con su perfecto inglés, le explica a Michael que sé tocarla y también cantar.

¿En serio voy a tener que hacerlo?

Liam me mira. En su rostro veo la satisfacción y, tras darme un beso en los labios, cuchichea:

—Vamos, Pececita, que te conozco y lo estás deseando.

Bueno, bueno, bueno..., mejor me callo porque como diga lo que estoy deseando, los voy a escandalizar a todos. Cuando me levanto, musito al oído de Liam:

—Te vas a enterar...

Él sonríe. Yo también. Al llegar hasta Vasile, le pregunto:

—¿Y qué toco yo ahora?

El hombre, que me conoce a la perfección, me da mil ideas de inmediato. Han sido muchos los años en los que los dos, él con el violín y yo con la guitarra, hemos disfrutado en la terracita de mi casa tocando música, y sabe muy bien cuáles son mis gustos musicales.

Finalmente, acompañada por él, toco canciones de mis intérpretes preferidos y, cuando Liam invita a Vasile a sentarse a su

lado para que se tome algo, yo ya me he venido arriba y toco esa canción que sé que tanto les gusta a los Acosta: *Como antes*, de Llane. Me la sé de principio a fin. Me la aprendí al ver cuánto le gustaba a Liam. Y, mientras la canto, siento cómo él, sin moverse de su sitio, pero a través de la mirada, me hace el amor.

Diosssss, ¡qué cardíaca estoyyyyy!

Uf..., lo que provoca esa mirada de ángel malote en mí.

«Vale, vale, vale. Amara, contrólate o al final la vas a liar y vas a quedar de pena.»

* * *

Horas después, tras dejar a Vasile en su hotel, Liam y yo regresamos a casa. Es tarde, por lo que decidimos que Jan se quede a dormir con Florencia y ya iremos a recogerlo por la mañana.

Suena musiquita en el coche, concretamente, *Menos mal*, de mi Manuel Carrasco, y, uf..., ¡qué acelerada estoy!

Canturreo, hay que ver qué melodía tan bonita, y Liam dice:

—Sabía que esta canción te iba a encantar.

Entonces lo miro. ¡Qué canalla! Ni que no supiera que el Carrasco es mi cantante preferido. Veo que sonríe sin disimulo. Será malote. Conozco su sonrisita, y yo, que llevo horas excitada, cardíaca y deseosa, y, consciente de que estoy como una cabra, digo mientras pasamos junto a una arboleda:

—Para.

Liam me mira y yo exijo:

—Para el vehículo.

Sin dudarlo, él lo hace. Detiene el coche en el arcén y, mirándome, pregunta:

—¿Qué pasa?

Según dice eso, me desabrocho el cinturón de seguridad, me siento a horcajadas sobre él, acciono la palanca que echa hacia atrás su asiento y, con mi boca sobre la suya, murmuro:

—Pasa que llevas toda la noche provocándome... Eso es lo que pasa.

Liam sonríe, le gusta lo que oye, y cuchichea:

—Estamos en medio de una carretera.

Asiento. Sé perfectamente dónde estamos. A nosotros no nos va el

exhibicionismo, pero, joder, ¡estoy tan tan caliente que llegados a este punto me da igual!

—Nadie puede vernos —replico—. Es de noche.

Liam cabecea, noto que está tan excitado como yo, y agarrándome con fuerza musita:

—Como dice la canción..., menos mal.

Woooooo, ¡lo que me entra por el cuerpo! Y, sin mediar una palabra más, la locura se apodera de ambos y yo, de un tirón, le arranco los botones de la preciosa camisa que lleva. Liam me mira boquiabierto por lo que acabo de hacer, y yo susurro:

—Tienes muchas.

Sonríe y vuelve a besarme mientras los coches circulan por la carretera y nosotros seguimos a lo nuestro.

¡Madre mía, qué locura nos entra!

Nuestras lenguas juegan y nuestros dientes se rozan mientras el loco elixir de la pasión se apodera por completo de nosotros, y cuando oigo un gemido de placer de Liam que roza mi oreja, uff..., ¡me despendolo!

Sin quitarme las bragas, Liam las echa a un lado; yo me izo unos milímetros y le doy acceso al interior de mi cuerpo mientras siento cómo su sexo se introduce en mí, acoplándose a la perfección.

¡Diosss, qué gustitooooo!

Mirándonos a los ojos comenzamos a movernos. Primero lento, muy lento. Saboreamos el instante con lujuria y pasión, hasta que yo, que estoy enloquecida, acelero los movimientos sin dejar de besarlo con locura. El habitáculo del vehículo no es pequeño, es un coche amplio, y nuestras salvajes acometidas nos hacen movernos con ganas, con deseo, hasta que siento que Liam me aprieta contra sí y pide con un hilo de voz:

—No pares...

¿Que pare yooooo?... Este lo lleva claro.

Y no paro, ¡claro que no!

El placer que sentimos es tal que no nos importa lo que sudo, lo que suda, no me importa si nos ven, si no nos ven, si viene la Guardia Civil o la Policía Nacional a detenernos... No me importa nada, mientras ambos somos conscientes de que un abrasador orgasmo está a punto de apoderarse de nosotros y el olor a sexo inunda el vehículo.

No paramos. No podemos. Y, tras un último empellón en el que

me ensarto totalmente en Liam, damos tal grito de placer que creo que hasta nos asustamos.

Clavados el uno sobre el otro, no nos movemos. Solos nos abrazamos sin mirarnos, hasta que él, con voz suave y sensual, dice en mi oído:

—Nunca lo había hecho parado en el arcén.

Me entra la risa. A él también, y más cuando digo:

—Quedan inaugurados los arcenes.

Divertidos, nos reímos. ¡Últimamente inauguramos muchas cosas!

—Pececita, me vuelves loco —musita él entonces.

Sonrío. Sin duda el deseo que siento por él me está volviendo loca, y, llevando los labios a su rostro, le beso los ojos, la frente, la nariz, la barbilla…, y cuando mi boca termina sobre la suya, al ver que me mira susurro:

—Te quiero.

Liam asiente, creo que saborea el momento, y tras darme un cariñoso beso en los labios que me sabe a verdadero amor murmura:

—Cásate conmigo.

Según dice eso parpadeo.

—¿Qué has dicho?

Él sonríe y repite:

—Cásate conmigo.

Wooooo, ¡madre mía!

Woooo, ¡que he oído bien!

Wooooo, ¡que creo que me va a dar un infarto!

No respondo. No puedo. Dejarme a mí sin palabras es difícil, pero, mira, este lo ha conseguido ya en varias ocasiones.

—Sé que quizá sea una locura —añade él a continuación—, pero es lo que deseo, y tú me has enseñado que, cuando uno desea algo, tiene que ir a por ello…, ¿o no?

Bloqueada, asiento. Vale, soy la primera que dice eso siempre.

—Pero lo que tú estás pidiendo… —murmuro.

—Es que te cases conmigo y seas oficialmente mi mujer y la madre de Jan.

Oy… Oy… Oy… Oy…

¿En serio me está diciendo eso?

—Llevo toda la noche provocándote para ver tus reacciones — prosigue mientras lo miro—. Y con cada reacción me has enamorado

más y más. Con cada mirada tuya, con cada gesto, me has hecho entender que tú eres la mujer que quiero en mi vida, y ahora solo queda por saber si yo soy el hombre que quieres junto a ti.

Uf, por Dios... ¡Qué momentazo!

El hombre al que quiero, al que adoro y que me tiene loca me está haciendo toda una declaración de amor en este instante, en el que yo estoy sentada sobre él, en el arcén de una carretera, con los pelos de loca, las tetas fuera del sujetador y las bragas ladeadas... ¿De verdad?

De pronto me río, no lo puedo remediar, y cuchicheo:

—¿En serio no has podido elegir otro momento mejor? —Liam levanta las cejas—. Cuando nos pregunten cómo fue nuestra petición de mano, ¿tendremos que decir que acabábamos de echar un polvo en el coche y que estábamos medio desnudos?

Liam suelta una carcajada. Se ríe. Y, mirando mis pechos, afirma:

—Siempre podré decir que tenía unas magníficas vistas.

Divertida, le doy un empujón. Sin embargo, estoy nerviosa, mucho. Nunca imaginé que algo así pudiera pasarme a mí, y cuando voy a contestar Liam dice:

—Pececita, creo que deberías vestirte.

Me niego, aún no le he contestado. Pero entonces él me besa e insiste:

—Cielo..., por el espejo retrovisor veo unas luces parpadeantes que se acercan por detrás y...

Según lo dice, miro y, ¡ostras, tiene razón! ¡La policía!

¡No me jorobes que encima nos van a llevar detenidos!

Se aproxima un coche patrulla, por lo que a toda prisa me bajo de encima de Liam, cierro mi blusa y bajo mi falda, mientras él se cierra el pantalón y, al ver que no puede abrocharse la camisa, pues le he reventado los botones, me mira.

—Siempre podemos decir que venimos de una boda gitana —indico.

Ambos reímos y, segundos después, un agente de policía se acerca a nuestro coche y, agachándose junto a la ventanilla de Liam, saluda:

—Buenas noches.

Él y yo lo saludamos, y de pronto oímos que exclama:

—¡¿Liam?!

Oír su nombre hace que él lo mire y diga:

—Joder, Josemi, qué alegría que seas tú.

De inmediato Liam añade dirigiéndose a mí esta vez:

—Cielo, es Josemi, un amigo. Josemi, ella es Amara, mi mujer.

Inclinado junto a la ventanilla, el poli me saluda con una candorosa sonrisa y, mirando de nuevo a Liam, pregunta:

—¿Os ocurre algo en el coche?

Según oigo eso, evito sonreír, y Liam indica:

—Se me ha encendido un piloto del cuadro de mandos y he parado para ver lo que era.

Veo que el poli cabecea y acto seguido dice:

—Estos coches tan modernos y automáticos es lo que tienen.

Liam y yo asentimos y entonces el agente cuchichea mirando la pechera de Liam:

—Curiosa manera de llevar la camisa.

Él sonríe, yo también, y lo mismo el policía; entonces mi Friki del Control suelta:

—Venimos de una boda gitana.

¿En serio lo ha dichoooooo?

Divertida, asiento con cara de angelito y de inmediato el poli replica:

—Vamos, largaos de aquí… No estáis parados en un buen sitio.

—¡Gracias, Josemi!

—De gracias nada, Liam… Me debes un café —señala él marchándose.

Instantes después vemos cómo monta en su coche, y, tras apagar las luces giratorias, se marcha.

Al cabo, Liam me mira y dice:

—Sigo esperando tu respuesta…

Ay, madre, ¡ay, madre!

Nos miramos. Está claro que lo que ocurre entre nosotros es algo más que una pura atracción.

—¿Estás seguro? —murmuro.

—Segurísimo —afirma él.

Seguimos mirándonos en silencio. Creo que debo de tener la tensión por las nubes.

Entonces Liam sonríe, me abraza, me besa y dice quitándose un anillo que lleva:

—Me lo regaló mi madre y es muy especial para mí. Sé que en este momento tendría que entregarte un anillo, y prometo que te lo compraré, pero...

Le pongo una mano sobre los labios para que no continúe y, tras quitarme el anillo de Encarnita y la medalla de mi hermano, se los entrego junto a su anillo y le pido:

—Mándalo fundir todo y haz un anillo especial para mí.

Liam mira lo que tiene en la mano y yo añado acelerada:

—Si fundes la medalla de mi hermano y los anillos de tu madre y de Encarnita, te aseguro que me regalarás el mejor anillo del mundo sin necesidad de que sean ni diamantes ni brillantes.

Veo que él cabecea sobrecogido y, tras cerrar la mano, afirma:

—Hasta en esto eres única y especial. Y por ello te vuelvo a preguntar, Amara López..., ¿quieres casarte conmigo?

Emocionada, asiento. Sea una locura o no, quiero casarme con él, y, convencida de lo que voy a decir, declaro:

—Aunque no me lo hayas pedido de rodillas..., sí, Liam Acosta, quiero casarme contigo.

Acto seguido nos besamos y nos abrazamos emocionados. Lo que acaba de ocurrir esta noche entre nosotros es magia pura, y cuando nos separamos susurro:

—Estamos como dos cabras.

Liam asiente.

—Naím me va a matar —cuchichea—. Al final me voy a casar antes que él.

Divertidos, nos reímos por ello; entonces al recordar algo digo:

—Gael y Begoña se casan el sábado y no debemos restarles protagonismo. Es mejor que no digamos nada aún. Ya se lo contaremos a todos en otro momento, ¿te parece?

—Me parece bien —dice él.

De nuevo nos besamos. Y cuando nuestros besos comienzan a subir de intensidad Liam se detiene y musita:

—Ya hemos inaugurado el arcén..., ¿qué tal si inauguramos la ducha de tu cuarto?

Me parece una idea excelente, por lo que indico:

—Arranca y pisa a fondo.

Y, tras darnos un último beso, Liam arranca y pone rumbo a casa.

¡Menudo día de inauguraciones!

Capítulo 57

El secreto que Liam y yo guardamos me tiene en un sinvivir. Él está emocionado, yo también, y me divierte saber que es algo que solo conocemos él y yo. Bueno..., y Jan. Se lo hemos contado, y estamos tranquilos porque sabemos que no desvelará nada.

Tengo muchas tentaciones de contárselo a Verónica. Y, por supuesto, también a Mercedes y a Leo. Sé que una noticia como esta los va a sorprender de lo lindo. Pero no..., esperaré el momento oportuno para decírselo.

Tampoco se lo digo a Vasile, a pesar de que está en Tenerife y viene a mi casa a visitarme. Se sorprende al ver el casoplón de Liam, y yo, entre risas, bromeo diciéndole que yo de tonta no tengo un pelo.

La semana avanza mientras todos nos ocupamos de que Michael, el cuñado de Margot, se divierta en la isla y se lo pase mejor que bien. El viernes recibo una llamada de Alessandro. Me dice que está en Tenerife y yo quedo en llamarlo el domingo, tras la boda, para que venga a casa y así presentárselo a Liam. ¿Por qué no?

Llega el sábado y, con él, la tan esperada boda de Gael y Begoña.

Como ocurre en las bodas familiares, el nerviosismo se apodera por completo de todos. Y mientras Gael se viste en casa de su madre rodeado de su familia, Begoña lo hace en casa de Vero, acompañada por ella y por mí. Nosotras somos su familia.

Mientras Begoña está con la maquilladora, yo me acerco hasta el vestido de novia, que cuelga de una lámpara. Con curiosidad lo miro y pienso que, aunque Liam y yo aún no hemos puesto fecha, he de comenzar a pensar en el mío. Estoy admirándolo cuando Verónica se me acerca.

—Es un vestido precioso, ¿verdad? —comenta.

Sin dudarlo, asiento.

—¿Cómo te gustaría a ti que fuera tu vestido de novia? —me pregunta mi amiga a continuación.

Según lo dice, la miro. Mi cara debe de ser un poema, pero esta

aclara sin saber por qué la miro así:

—A mí me gustan los vestidos *boho*, tipo ibicencos —y tocándose la barriga añade—: Por lo que, hasta que mi gusanito venga al mundo y yo me reponga, no pienso casarme, por muy pesado que se ponga Naím.

Ambas reímos. Sé por ella que ese es un tema que Naím no olvida. Y para satisfacer su curiosidad indico:

—Sin duda, corte princesa.

—Ya salió tu lado romántico… —se mofa Vero.

Divertida, asiento, no lo puedo remediar, y luego añado gustosa:

—Si alguna vez me casara, querría un vestido blanco roto, con corpiño de encaje, hombros caídos y una preciosa falda de tul.

—Vamos, ¡que vas a parecer una coliflor! —se burla.

—¡Ratonaaaa, no te pases! Los vestidos de corte princesa son preciosos —digo divertida.

Estamos riéndonos por ello cuando uno de los maquilladores se nos acerca y, al ver que ya estamos listas, sugiere:

—Deberíais ir vistiéndoos. La novia os necesitará dentro de quince minutos.

Verónica y yo entramos en la habitación para vestirnos. Ella va de color azul turquesa y yo, rosa chicle.

Entre risas nos vestimos y, cuando acabamos, señalo mirando a mi amiga:

—Estás preciosa con ese vestido.

Vero sonríe.

—Creo que he engordado desde la última vez que me lo probé.

Ambas miramos su tripa.

—El gusanito está empezando a crecer —cuchicheo.

Felices, asentimos, y luego ella dice:

—Amiga…, estás sexy, sexy, sexy.

Me miro en el espejo. Me gusta lo que veo. Hay que ver lo que gano cuando paso por chapa y pintura. El vestido es bonito, sexy, como ella ha dicho. Tiene una sola manga y un sofisticado escote asimétrico que me hace un cuerpazo que ni yo me lo creo.

—¿Te parece más sexy que el de putón elegante de Mercedes? —le pregunto.

La risotada que soltamos es tremenda, pues ambas sabemos lo que para nosotras ha significado siempre el vestido de putón elegante

de nuestra amiga.

—Cuando Liam te vea, va a caer rendido a tus pies —asegura ella.

—Me gusta la idea —afirmo divertida.

Una vez que salimos al salón nos encontramos con Begoña, que está mirando su vestido de novia.

—¡Estáis increíbles! —dice ella rápidamente al vernos.

Vero y yo sonreímos y, gustosa, yo afirmo señalando el vestido que cuelga de la lámpara:

—Ni punto de comparación con lo increíble que vas a estar tú…

Felices, Verónica y yo ayudamos a la joven a vestirse. No queremos que falte nada, y estamos pendientes de que lleve la liga, algún detalle azul, algo nuevo, algo viejo y algo prestado. Cuando comprobamos que todo está en orden, musito:

—Madre mía, Begoña…, eres una auténtica princesa.

Ella sonríe. Está nerviosa. Sabe que dentro de una hora va a dar uno de los mayores pasos de su vida al unirse en matrimonio a Gael, y tomando aire susurra:

—Gracias, chicas.

Divertidas, las tres reímos mientras disfrutamos de ese momento único e irrepetible. Ya lo he vivido en otras ocasiones con amigas, pero las novias siempre eran ellas, y sonrío al pensar que pronto llegará el momento en que seré yo. Desde siempre he querido casarme y tener mi propia familia, y está claro que con Liam ¡ya la tengo!

—¿Sabes que al final ha venido la banda de Madrid para esta noche?

—¿El grupo de Toño? —le pregunto.

Ella asiente.

—Son los mejores para un directo, y tú con ellos te entiendes muy bien. Habrá una primera parte de la fiesta en la que pinchará una DJ amiga de Xama, luego otra parte en la que tú cantarás con el grupo y una tercera donde volverá a pinchar la DJ. ¿Qué os parece?

—¡Fiestón! —exclama Begoña.

Suelto una carcajada. Lo que me gusta a mí subirme a un escenario y cantar.

Y Begoña añade:

—Hemos elegido el repertorio, que ya saben los músicos, y…

—¿Y yo por qué no lo sé? —me mofo.

—Tú te las sabes todas —replica Vero al oírme—. Tranquila, que lo bordarás.

Asiento, sonrío y luego afirmo con seguridad:

—No lo dudes, Ratona.

* * *

Veinte minutos después suena el timbre de la puerta. Son las cinco en punto de la tarde y la boda es a las siete. Todas sabemos quién es, por lo que nos colocamos estratégicamente para sorprenderlo.

Cuando Horacio, que va a ser el encarcago de llevar a Begoña al altar, entra y nos ve, su gesto nos demuestra lo mucho que le gustamos.

—Bendito sea Dios..., ¡qué tres bellezones! —murmura.

Vero, Begoña y yo sonreímos y, tras besuquear al hombre, que está algo nervioso, le ofrecemos un vasito de agua y nos hacemos unas fotos con él. Ni que decir tiene lo mucho que disfruta Horacio.

En un momento dado, en el que Verónica le está colocando el velo a Begoña, al ver al hombre tocarse el rostro con pesar le pregunto:

—¿Qué te ocurre?

Él me mira y, cuando va a contestar, afirmo:

—Pero quiero la verdad.

Según digo eso, Horacio resopla.

—Jodida puñetera...

Yo me río divertida y, agarrándolo del brazo, salgo con él a la bonita terraza e insisto:

—Estoy esperando.

—Pues ¿qué me va a pasar, hija? ¡Que estoy nervioso! El americano no ha firmado nada todavía, y se va el lunes. ¿Cuándo piensa hacerlo?

Oír eso me hace gracia, e indico:

—Horacio, por Dios, hoy estamos de boda..., ¿quieres dejar de pensar en eso?

Él asiente con un suspiro.

—Le he dicho a Liam que lleve el contrato a la boda...

—¡Horaciooooo!

—Vale, vale… No debería pensar en los negocios durante la boda de mi nieto, pero, hija, yo no estaré tranquilo hasta que el puñetero contrato esté firmado.

Resoplo. Está claro que o se tranquiliza o acabará en Urgencias. Y cuando voy a hablar, Verónica se asoma a la terraza y señala:

—Vamos. El coche ya nos está esperando.

Horacio y yo intercambiamos una mirada y luego este dice cortando el tema:

—Venga. No los hagamos esperar.

Capítulo 58

En el coche con Horacio, las tres reímos a carcajadas. Qué gracioso es el *jodío* cuando quiere y cómo se nota que está feliz en nuestra compañía. Es más, cuando llegamos a las puertas de la catedral de San Cristóbal de la Laguna, donde se va a celebrar la ceremonia, al bajarnos y ver que Gael, Liam y Naím vienen hacia nosotras, los detiene y dice:

—Un momento. Antes quiero hacerme una foto con vuestras mujeres.

Divertidas, las tres posamos con él y, en cuanto el fotógrafo se retira, Liam se me acerca y, mirándome con deseo, murmura:

—¿Pretendes que te arranque el vestido aquí y ahora?

Wooooo, sus palabras me hacen saber cuánto le gusta mi aspecto, y replico:

—Ya que hemos *inaugurrrado* los *arrrcenes*, lo *prrróximo podrrría serrr* la *entrrrada* a las iglesias.

Según digo eso él sonríe, me agarra por la cintura, me aprieta contra sí y, tras besarme con ganas, cuchichea:

—No me tientes.

Divertidos, finalmente pasamos a la iglesia. Al entrar, todo el mundo está ya en su sitio, y con cariño saludo a Margot, que está junto a su cuñado Michael y que sonríe al verme. ¡Qué guapa va!

Acto seguido, oigo: «Papáááááá..., mamáááá». Sé de quién es esa vocecita. Liam me suelta, va hacia su sobrina Xama y coge a Jan en brazos para regresar junto a mí. El niño sonríe al verme. Está monísimo, parece un hombrecito, y yo lo besuqueo con mimo.

Minutos después la música comienza a sonar en la catedral y Florencia entra del brazo de Gael y Begoña de Horacio con Lionel, que está para comérselo, cogido de la manita. El momento es bonito, solemne y muy emotivo, y con recogimiento todos los presentes seguimos la boda y la disfrutamos.

Estoy escuchando la ceremonia cuando distingo a Alfonsina más

allá. Está claro que los Acosta la han adoptado igual que a mí. Acto seguido veo que Xama me mira. Está preciosa con su vestido azulón, y sonrío cuando ella me hace un gesto y veo que a su lado está Vanessa. ¿De verdad ha sido invitada a la boda?

Cuando el sacerdote los declara marido y mujer, todos aplaudimos y, al salir de la catedral, los invitados les lanzamos arroz y pétalos de rosa para desearles felicidad.

—¡Quiero una foto de la familiaaaaaa! —exclama de pronto Florencia.

Pero nadie le hace caso, y, mirándome, dice:

—Ayúdame, cuñada.

Sin dudarlo, lo hago. ¡Soy la cuñada! Entre las dos conseguimos que todos los Acosta, entre los que me incluyo, nos juntemos para hacernos una foto.

Estamos posando sonrientes frente a la catedral cuando Liam musita en mi oído:

—Te quiero, mi niña.

Uf..., uf..., lo que me entra cuando me lo dice. Y, según terminamos de hacernos la fotografía, me vuelvo con Jan en brazos, lo beso y murmuro:

—Yo sí que te quiero a ti.

Como siempre ocurre en las bodas, los besos van y los besos vienen. Hay mucha gente que no conozco, pero Liam se encarga de presentármelos, y me río cuando me presenta a Josemi, el policía con el que nos encontramos aquella noche en el arcén.

También saludo a Vanessa, la novia de Xama, y observo que esta, con una expresión de felicidad que hasta el momento nunca le había visto, disfruta del momento de la mano de su chica. Eso me gusta. Aunque me gusta más aún cuando veo que Florencia se acerca a nosotros y, con tranquilidad, bromea con ellas y las veo sonreír. Liam me mira, pues está tan sorprendido como yo, y, gustosa, asiento, sabedora de que Florencia por su hija entenderá lo que haga falta.

Cuando decidimos ir al restaurante, Liam, que me lleva sujeta por la cintura, me pregunta al oído:

—¿Te gustaría que nos casáramos en esa catedral?

En cuanto lo oigo, todo el vello de mi cuerpo se eriza. Aunque me lo ha pedido, no he pensado en detalles como ese y, consciente de que yo con él me casaría en cualquier sitio, respondo:

—Prefiero la playa.

—Mi familia para eso es más tradicional.

Asiento, no lo dudo, pero yo insisto:

—Quizá haya llegado el momento de dejarse de tanta tradición.

Liam me besa, sonríe y seguimos caminando hacia su coche junto a Vero y Naím, que lleva en brazos a Jan.

* * *

El restaurante en el que se celebra el banquete es un sitio precioso. Se trata de un palacete rodeado de naturaleza frondosa y, la verdad, es un sitio muy especial.

Mientras me pongo morada a canapés con Verónica y Xama, observo a todo el mundo y veo a Liam reír a carcajadas junto a unos amigos. ¡Qué atractivo es!

Desde la distancia no le quito ojo. Y reconozco que, aunque en un principio no llamara mi atención, Liam tiene ese físico y esa personalidad que podrían enamorar a cualquiera, por lo que me digo a mí misma: «¡Nena, qué bien lo has hecho!».

Una vez que nos acomodamos en las mesas compruebo que, como imaginaba, la comida es de lo mejorcito. La verdad, ¡qué bien se come en las islas! Y estoy pensando en ello cuando Liam, que está sentado a mi lado, me pregunta:

—¿Qué te parece este sitio?

Sonrío, pues sé por qué lo dice. Cada vez que me pregunta me hace saber lo emocionado que está con nuestra boda.

—Está bien, pero no —indico.

Sorprendido, él levanta las cejas, y yo, consciente de que nadie me oye, añado:

—Prefiero algo con menos gente en El Valhalla.

Liam sonríe, niega con la cabeza y cuchichea:

—Si les dices eso a mi padre y a mi hermana, les darás el disgusto del siglo.

Me río, sé que tiene razón, pero replico:

—*Querrrido*..., lo *sentirrré porrr* ellos, *perrro* así *serrrá*.

La carcajada que suelta Liam hace que me ría yo también y, sin más, nos besamos.

¿Qué hay mejor que un beso?

Como en toda boda, no faltan el «¡Vivan los novios!» y el «¡Que se besen!». Gael, Begoña y todos los Acosta están felices, y yo disfruto observándolos.

Tras la cena, donde todo ha estado exquisito, a la hora de abrir el baile comienza a sonar la canción *Delirio*, de Luis Miguel, y Liam murmura en mi oído mientras me agarra por la cintura:

—No cabe duda de que Gael es un Acosta.

Asiento, es evidente que es un romántico como lo son su abuelo y sus tíos. Agarrándome a Liam, lo miro a los ojos y, sin cortarme un pelo, empiezo a cantarla, pues me la sé de memoria. Él me mira con cara de enamorado y yo, a través de la letra de esa canción, le hago saber cuánto lo quiero, lo deseo y lo amo.

¡Pues anda que no soy yo romántica!

Cuando acaba la canción todo el mundo aplaude a los recién casados, y Liam y yo nos besamos por nuestro propio e íntimo momento. Y una vez que comienza el baile, lo pasamos bien mientras lo damos todo en la pista.

En una de las ocasiones que paramos para tomar algo fresco, le echo una ojeada a mi móvil y veo una llamada de Alessandro y un mensaje que dice:

Avísame y nos vemos para tomar
algo con tu pareja.

¡Qué mono es!

Durante horas el fiestorro que han organizado entre Florencia y Begoña es un disfrute, pues aquí baila hasta el apuntador, y cuando empiezan a poner salsa, me vengo arriba con mi chico y salseamos hasta no poder más.

Por favorrrr, ¡pero qué bien baila mi chicharrero *anordicado*!

Acalorada, en un momento dado voy al baño. Beber tanta agüita con misterio es lo que tiene. Y, cuando salgo de uno de los aseos, miro a la mujer que está a cargo de ellos y cuchicheo:

—¡Qué calor!

Ella sonríe y se apresura a responder:

—Y más si no se para de bailar.

Ambas reímos por aquello; entonces la mujer es requerida por una señora y se marcha a atenderla. Acercándome al espejo, me miro. ¡Vaya pelos de loca llevo!

En ese instante se abre la puerta y entra Margot. Al vernos nos sonreímos, y ella musita:

—No te lo he dicho, pero estás preciosa con ese vestido.

Sonrío.

—¡Tú estás impresionante!

Con gusto las dos seguimos mirándonos, e indico:

—¡Menudo fiestón han organizado los Acosta!

—¡Para eso son tremendos! —afirma ella.

Asiento complacida. Ella los conoce mejor que yo. Acto seguido comenzamos a hablar de la boda y de lo bonita y divertida que está siendo con dos invitadas más que hay en el baño. Feliz por los comentarios de todas, cuando las otras mujeres vuelven a lo suyo yo abro el grifo para lavarme las manos y oigo que Margot dice:

—¿Puedo preguntarte algo?

—Por supuesto.

Las otras mujeres salen del baño y ella pregunta:

—Veo a Horacio muy nervioso... Es por el contrato de Master Good, ¿verdad?

Sin dudarlo, asiento. ¡Para qué mentir! Y, consciente de la estupenda relación que Margot tiene con él, aseguro:

—Sí.

Ella abre mucho los ojos al oírme y murmura:

—Por el amor de Dios, qué exagerado es ese hombre.

Sonrío y acto seguido aseguro:

—Horacio es de los que se lo toman todo a la tremenda, ya deberías saberlo.

Margot asiente y, moviéndose por el baño, cuando ve que ya no queda nadie más, se acerca a mí y dice:

—Voy a ser sincera contigo... Sé que Horacio y todos los Acosta se mueren por conseguir ese contrato y, la verdad, yo lo estoy intentando con todas mis fuerzas.

Asiento, sé que es cierto, y musito:

—¿Sabes que el otro día tuvieron que llamar a una ambulancia de lo nervioso que se puso Horacio?

—Sí..., Liam me lo contó. Qué terrible, ¿verdad?

Yo afirmo con la cabeza y a continuación ella añade:

—Si te digo la verdad, para que esto llegue a buen puerto solo veo un camino...

—¿Qué camino? —me intereso rápidamente.

Margot sonríe y de inmediato declara:

—Que desaparezcas de la vida de Liam y de los Acosta.

Según dice eso, mi gesto cambia. ¡¿Cómo?! Y entonces ella se apresura a precisar:

—Tú eres lo que está frenando la firma del contrato.

Boquiabierta, no sé qué decir.

¿En serio ha dicho lo que creo que ha dicho?

Y, sintiendo que me sube la bilirrubina por todo el cuerpo, siseo:

—Oye..., pero ¿qué narices estás diciendo?

Margot sonríe. Y esa sonrisa de pérfida cabrona ¿de dónde sale?

No me jorobes que al final va a tener razón Verónica con que es idiota profunda...

En ese instante aparece la encargada de los baños y, tras mirarme, sin decir nada, sale al pasillo y nos deja a solas.

Ni Margot ni yo hablamos. Estoy sorprendida porque hasta el momento ella siempre ha sido encantadora conmigo, pero está claro que era solo una fachada. Y cuando voy a hablar, dice:

—Mira, guapa. Hasta que tú apareciste, lo que yo tenía con Liam...

—Tú no tenías nada con Liam a excepción de sexo —la corto—. Había otras como tú y...

—¿Te refieres a Aldegonda y compañía? —me interrumpe. Y al ver que no respondo, indica—: Querida..., esas mujeres nunca han supuesto un problema para mí. Y tú tampoco lo eras, hasta que de pronto todo dio un giro que no vi venir. Y, la verdad, eres lista, muy lista. No solo has conseguido que el niño te llame «mamá», sino que además tienes toda la atención de Liam para ti.

La estoy mirando sin dar crédito cuando ella insiste:

—Querida, tu baja procedencia social no tiene nada que ver con la clase alta en la que nos movemos los Acosta y yo. Liam es un hombre ambicioso que tiene infinidad de planes de futuro, y tú no encajas en ellos.

Parpadeo. La bilirrubina ya es poco para lo que me sube por el cuerpo.

—Eres una peninsular sin estudios ni propiedades... —añade entonces.

—¿Pretendes tragarte los dientes? —la corto mientras me rasco la

cicatriz de la frente.

—Una vulgar enfermerucha que podría estar encargándose de limpiar estos baños, y encima, hija y hermana de drogadictos…

Según oigo eso, y sin poder evitarlo, la empujo. ¡Hasta ahí podíamos llegar! Con ganas de darle un puñetazo, la estoy mirando cuando Margot me desafía:

—¡Atrévete!

Oy… Oy… Oy… Oy…

Esta no sabe a quién está retando.

—No me tientes… —musito.

Ella da un paso atrás alejándose de mí. Mi gesto de enfado debe de decirlo todo. Y entonces la muy perra susurra levantando el mentón:

—Querida…, si Liam o los Acosta vieran que me has atacado, ¿crees que te lo perdonarían cuando saben que el contrato de Master Good es algo en lo que yo tengo voz y voto?

Uf…, uf…, la rabia que me entra…

Sé que tiene razón. Sé que debo contenerme.

Esta gilipollas clasista es consciente de que me tiene atada de pies y manos. No quiero hacer nada que pueda jorobar las negociaciones, pero, tomando aire, voy a decirle cuatro cosas cuando añade:

—Me da igual lo que hagas y cómo lo hagas, pero si quieres que mi cuñado firme ese contrato, mañana sobre la una y media tienes que haber desaparecido de la vida de Liam.

—Pero ¿de qué vas…? —murmuro sin dar crédito.

—Me consta que si no consiguen el contrato —prosigue—, eso causará graves problemas de difícil solución a los Acosta, y más aún tras haber comprado esas tierras, lo que los ha dejado sin efectivo.

Parpadeo sin dar crédito. Lo que dice de mí y de ellos me hace saber que nos tiene muy estudiados.

—¿En serio eres tan mala como para hacer lo que dices?—digo con un hilo de voz.

Margot sonríe con maldad.

—Querida, simplemente deseo recuperar lo que es mío —cuchichea—. Y Liam es mío.

Le doy… Juro por Dios que le voy a dar y le arrancaré la cabeza…

—No conseguir el contrato llevaría a Horacio directo a la tumba —afirma—. Qué pena, ¿verdad?

Según dice eso, sin poder evitarlo, la vuelvo a empujar. Esta vez su espalda impacta contra la pared. Pero ¿qué está diciendo esta desgraciada? Y cuando la tengo cercada, aproximo mi rostro al suyo y siseo:

—Si algo le ocurriera a Horacio, yo...

En ese instante se abre la puerta del baño y, al ver entrar de nuevo a la encargada, rápidamente regreso frente al lavabo, donde vuelvo a abrir el grifo del agua.

Joder..., joder..., qué acelerada estoy.

A través del espejo veo que Margot, esa que yo creía que era una buena persona, se acerca a mí y, cuando la mujer desaparece en uno de los aseos, susurra después de haber bajado el tono de voz:

—Rompe lo que tengas con él y vete para que regrese a mis brazos.

Oy..., oy..., oy..., el guantazo que le voy a dar...

—Querida, de ti depende que Liam, su padre y el resto festejen la firma de un contrato o... celebren un funeral —continúa. Y, cuando la miro, añade atusándose el pelo delante del espejo—: Qué triste sería perder a Horacio..., ¡es tan mono!

Acto seguido me guiña el ojo y, sonriendo, da media vuelta y sale del baño dejándome completamente descolocada.

Según sale la encargada del aseo, me apresuro a entrar en uno de los cubículos y cierro la puerta. Horrorizada, pienso en lo que acaba de decirme Margot. El contrato de Master Good depende tan solo de que yo deje a Liam... De entrada niego con la cabeza, pero cuando pienso en Horacio y en lo que supondrá para él no conseguirlo, el corazón se me encoge.

¿Qué hago? ¿Dejo a Liam en beneficio de la vida de su padre? ¿O paso de Horacio en beneficio de mi propia vida?

No. No quiero dejar a Liam. No quiero dejar a Jan. Pero, por supuesto, menos aún quiero que le pase nada a Horacio.

Pienso, pienso y pienso, y cuanto más lo hago, más me lío...

¿Qué debo hacer?

Finalmente creo que lo mejor es contarles la verdad, lo que Margot me ha dicho... Pero el problema es: ¿me creerán?, ¿esto llevará a Horacio al hospital?

No obstante, cuando salgo del baño tengo claro que tienen que creerme. Se lo tengo que contar. Y cuando llego a la mesa donde

están, me encuentro a Margot sentada al lado de Horacio bromeando y riendo... ¡Será falsa la tía!

Liam me ve y rápidamente se me aproxima.

—¿Por qué has tardado tanto? —pregunta. Y voy a hablarle cuando añade—: Margot me ha dicho que te ha visto hablando por teléfono en el baño. ¿Con quién hablabas?

¡Será zorra y mentirosa!

Y, sin pensarlo, respondo:

—Con Leo, quería saber qué tal iba la boda.

Liam asiente, sonríe y yo, tomando aire, trato de hacerlo también.

—¿Y Jan? —pregunto a continuación.

—Se ha quedado dormido junto a Lionel y se los han llevado a casa de Florencia. Le he dicho a mi hermana que mañana por la mañana pasaremos a recogerlo sobre las doce, ¿te parece bien?

Afirmo con la cabeza, y Liam añade:

—Por cierto, cielo, Margot acaba de decirnos que mañana su cuñado quiere comer con todos nosotros en El Valhalla a la una y media para despedirse y..., bueno, espero que para firmar el contrato.

Horrorizada por lo que explica, asiento, y en ese mismo momento oigo que Margot dice:

—Lo sé, Horacio, lo sé... Por favor, tranquilízate, que me tienes muy preocupada. Lo he hablado con Michael y me ha dicho que mañana sabrás su decisión, pero vamos... —agrega mirándome—, yo te diría que es más un sí que un no.

Horacio sonríe. Está pálido, sudoroso, a causa de la preocupación que tiene encima.

—Sabes que para mí siempre has sido una hija más —dice—. Gracias, Margot.

Con mimo y carita de gatita dulce, ella abraza al hombre y declara frente al resto de los Acosta:

—Lo sé. Y vosotros siempre habéis sido una familia para mí.

Uffff..., uffff.

¡Será perra..., guarra... y zorra!

Pero ¿cómo puede estar ahí con Horacio cuando le importa un pimiento si se muere o no?

Estoy por ir y arrancarle la cabeza delante de todos, pero, claro, ¿qué pruebas puedo aportar para demostrarles por qué lo hago?

Veo que Florencia sonríe. Entonces Margot, levantándose, se acerca hasta Liam y hasta mí y me pregunta delante de los demás:

—Amara, aunque sé que Liam está muy enamorado de ti, ¿te importa si bailo con él?

Todos sonríen, me miran, esperan que sea agradable con aquella, e, incapaz de decir lo que siento y pienso, con la misma falsedad que ella indico:

—Claro que no.

Liam me mira complacido y me besa en los labios. Luego Margot agarra su mano y, antes de alejarse, me mira y comenta:

—Estás preciosa con ese vestido —y añade—: Tranquila, querida…, cuidaré muy bien de Liam.

—Siempre lo has cuidado muy bien —bromea Horacio.

Oy…, oy…, oy…, ¡lo que me entra por el cuerpo!

Oy…, oy…, oy…, ¡que la voy a liar!

No, no pienso callarme, pero cuando voy a hablar Horacio pide mirando a su hija:

—Dame agua.

Florencia se apresura a servirle un vaso, y Omar, que está a su lado, interviene:

—Horacio, por favor, tranquilízate.

El hombre asiente, y entonces Naím, que se aproxima con Verónica, pregunta mirando a su padre:

—¿Qué pasa?

Rápidamente Florencia lo pone al día y su hermano musita:

—Papá, por favor, ¿acaso pretendes acabar en Urgencias otra vez?

Yo me acerco al hombre, me siento a su lado y, cogiéndole la mano, le tomo las pulsaciones. De inmediato soy consciente de lo acelerado que está y, preocupada por él, al igual que los demás, indico:

—O te tranquilizas o te llevo a Urgencias.

Eso asusta al resto de la familia, pues yo soy la enfermera, hasta que finalmente Horacio afirma:

—Tranquilos. Estoy bien.

Todos se miran entre sí. Sé que se preocupan. Pero, por fortuna, Horacio me hace caso y minutos después recupera el color del rostro y sus pulsaciones se normalizan. Eso me apacigua un poco, pero de

pronto, sorprendiéndonos, se levanta, coge mi mano y dice:

—Vayamos a por algo de beber.

Después de que todos me pidan con la mirada que lo acompañe, camino con él hacia una de las barras y en el trayecto veo a Liam y a Margot hablando con unas personas que no conozco.

—Esos son los Waldorf y los García Palos —me aclara Horacio—, viticultores y amigos de la familia.

Asiento, la verdad es que no conozco a casi nadie de la boda. Y en ese momento soy consciente de que lo que me ha dicho Margot es cierto: yo no pego nada con esta gente. Provengo de una familia desestructurada, humilde, con problemas de drogadicción... ¿Por qué de pronto Margot me ha hecho sentir inferior con su comentario?

En silencio llego con Horacio hasta la barra y, tras pedir él una tónica y yo un whisky con hielo, digo al verlo beber de su vaso:

—Esto es una boda y estamos aquí para disfrutar, no para que termines en Urgencias y Gael y Begoña lo recuerden como el día que su abuelo acabó en el hospital.

—Tienes razón, muchacha —dice él.

Acto seguido nos quedamos en silencio unos instantes y luego Horacio me mira y pregunta:

—¿Te ocurre algo a ti?

Me apresuro a negar con la cabeza y a continuación cuchichea:

—Estás demasiado seria para lo que sueles ser tú...

Intento sonreír, no quiero que Horacio ni nadie note nada.

—Me tienes preocupada. Eso es todo —indico.

Durante un rato charlamos. Desde la barra en la que estamos me habla de algunos de los invitados, mientras mis ojos observan con disimulo a Liam y a Margot. Esa zorra, a la que ahora miro de otra manera, es el peor bicho malo con el que me he encontrado en mi vida, y ahí está..., con Liam y el resto de los Acosta, sonriendo como una dulce personita.

—Se la ve feliz, ¿verdad?

Según oigo eso, miro a Horacio y pregunto:

—¿De quién hablas?

De inmediato él señala a Xama, que está en la pista bailando con su chica mientras ríen a carcajadas.

—La hace feliz poder ser ella misma, sin tener que ocultarse —digo asintiendo.

El hombre cabecea. Durante estos días me ha preguntado muchas cosas sobre el colectivo LGTBIQ+ a las que yo le he contestado como he podido. De pronto, sorprendiéndome añade:

—Los tiempos cambian...

—Sí, Horacio. Y lo inteligente es saber cambiar con el tiempo.

Él sonríe y luego, mirando a su nieta, señala:

—Le he dicho que cuando vaya a una manifestación que cuente conmigo.

Asiento, sonrío, y afirma:

—Es mi nieta, y quien quiera coartar su vida me tendrá que oír a mí.

Río emocionada. Los Acosta son una familia increíble, una que muchos —entre los que me incluyo— querrían tener.

De pronto Liam aparece a mi lado y, tras agarrarme por la cintura, pregunta:

—¿Bailas conmigo?

Sin dudarlo, asiento. Nada me apetece más.

Tras guiñarle el ojo a Horacio, salgo a la pista de la mano de Liam. Abrazada a él, bailo mientras me percato de que tengo la cabeza como una locomotora.

—¿Qué te ocurre? —me pregunta él al cabo de un rato besándome en la frente.

Como he hecho antes con Horacio, me apresuro a contestar:

—Estoy preocupada por tu padre.

Liam me mira, clava sus impactantes ojos en mí y, sin cuestionar mi respuesta, comenta:

—Ya me ha dicho Naím que ha pasado un mal rato.

Afirmo con la cabeza y, al cabo, él susurra:

—Lo estoy haciendo todo..., ¡todo!, para conseguir ese maldito contrato. No sé por qué el cuñado de Margot lo está pensando tanto.

Oír eso me hace tragar saliva. Yo sé la razón. No es el cuñado sino la propia Margot quien lo está retrasando.

—No sé qué más hacer —continúa—. Y, ¡joder!, las negociaciones no pueden fallar. Toda mi familia y yo estamos haciendo lo que podemos. Necesitamos el contrato. Si no lo conseguimos...

Se calla. No dice más. Distingo el agobio en su rostro. Creo que es la primera vez que veo la preocupación en su mirada.

—¿Qué pasa si no lo conseguís? —pregunto.

Liam suspira, resopla y, parándose, me coge la mano y me saca de la pista. A continuación me lleva a un lateral donde no hay nadie y musita:

—Naím y yo nos hemos enterado de que mi padre, con su cabezonería, hizo comprar a Florencia las tierras de Las Palmas de Gran Canaria y todo nuestro efectivo se esfumó con la compra. Y ahora..., sí..., tenemos las tierras que mi madre deseaba, pero el precio que vamos a pagar si no sale lo de Master Good será excesivo.

Vale, yo ya sabía eso, pues oí aquella conversación a escondidas entre Horacio y su hija, pero, sin confesarlo, y necesitando saber cuál es el precio excesivo que tendrán que pagar, pregunto:

—¿A qué te refieres?

Liam se pasa la mano por el pelo. Resulta evidente que lo incomoda hablar de ello.

—Cariño, ¿qué pasa? —insisto.

Él niega con la cabeza y, tras suspirar, declara:

—Si lo de Master Good no sale bien, no tendremos dinero suficiente para sacar adelante la campaña del año que viene... Eso supondrá despido de personal, cierre de algunas de nuestras bodegas y un sinfín de cosas más.

Uf, madre mía..., madre mía...

Ahora entiendo el agobio de Horacio. No sé qué decir, pero Liam dice con un hilo de voz:

—Pero lo peor de todo es mi padre. ¡Mira cómo está! Y temo que le dé un ataque al corazón.

Uf..., me agobio..., me agobio mucho, y de pronto veo que a Liam se le saltan las lágrimas.

—Si le pasa algo, no me lo perdonaré jamás —murmura—. Será culpa mía y...

—Pero ¿qué dices? —replico.

Él asiente, se traga las lágrimas y, recomponiéndose, afirma:

—Es mi negociación, y si algo no sale bien el único culpable seré yo.

Niego con la cabeza. No, no quiero que piense así, por lo que digo abrazándolo:

—Cariño, no digas tonterías. Tú estás haciendo todo lo que puedes.

—Pues está visto que no es suficiente —musita con desesperanza

—. Si supiera cómo solucionarlo, lo haría… ¡Necesito que esto salga bien, y me da igual si tengo que pactar con el diablo!

El corazón se me encoge al oírlo. Está visto que aquí la única que puede resolver esto soy yo. El diablo me ha propuesto un pacto y, aunque me horroriza hacerlo, por el bien de Liam, de Horacio y de todos los Acosta, de pronto me doy cuenta de que tengo que aceptarlo. Soy la única que puede ponerle solución.

Miro a Liam. Él es tantas cosas para mí que siento que se lo debo. Da igual si soy feliz o no. Aquí lo que importa ahora es salvar a Horacio y, por supuesto, Bodegas Verode, y sé que sacrificándome puedo salvar ambas cosas.

Como puedo, sonrío. Acaricio el rostro del hombre al que adoro y, haciendo que me mire, afirmo:

—Te aseguro que todo se arreglará y tu padre estará bien.

Liam sonríe…, qué bonita sonrisa tiene… Y, acercando mi boca a la suya, lo beso con deseo, amor y desesperación. Sé que tengo que separarme de él para que su vida y la de los suyos no caiga en picado. Seguimos besándonos cuando una fila de gente haciendo la conga pasa por nuestro lado y, en el momento en que nos agarran para que nos unamos, no nos podemos negar.

¡Anda que… para congas estoy yo!

Capítulo 59

La fiesta continúa y, aunque estoy rodeada de gente, me siento completamente sola.

Después de mi conversación con Liam el ritmo de mi corazón se ha ralentizado, y me doy cuenta de que esta maldita vida me la está jugando una vez más.

¿Por qué tiene que cebarse siempre la vida en mí?

¿Por qué no se va a la mierda o se fija en otra persona?

¿Por qué todo lo malo me tiene que ocurrir a mí siempre?

He oído cientos de veces que las personas nacen o con estrella o estrelladas. Pues bien, he llegado a la conclusión de que yo soy de las que nacieron estrelladas, porque, ¡joder..., todo me sale mal!

Intento sonreír para que nadie se entere de que me encuentro como una mierda, mientras pienso qué puedo hacer para no solo romper mi relación, sino también para que Liam me odie y regrese a los brazos de Margot.

¡Por Dios, esto es horrible...!

Desesperada, miro mi móvil y, al ver un nuevo mensaje de Alessandro, de pronto sé lo que tengo que hacer. Si quiero decepcionar a Liam solo debo hacerle creer que entre Alessandro y yo hay algo, y eso no me lo perdonará porque sentirá que se la he jugado como en su momento hizo Jasmina, la madre de Jan.

¡Joderrrr! ¿Por qué tengo que hacer esto?

¿En serio voy a hacer algo tan horrible?

Pienso, pienso y pienso, y entonces Verónica se acerca a mí junto a Begoña e indica mirándome:

—Toño y la banda ya están preparados.

Según oigo eso cierro los ojos. ¡Lo había olvidado! Por ello niego con la cabeza, no estoy yo para cantar..., y murmuro:

—Nooooo.

—¿Cómo que no? —replica Begoña.

Vale, sé lo que le prometí, pero no puedo. No tengo cuerpo para

ello.

—Oye, ¿qué te pasa? —me pregunta entonces Vero.

Uis, ¡peligro!

Mi amiga me conoce muy bien..., demasiado. Y, fabricando una esplendorosa sonrisa, respondo:

—Nada. ¿Por?

Vero me observa analizando mi rostro.

—¿Desde cuándo le dices tú que no a un escenario? —inquiere a continuación.

¡Joderrrr! ¡Tiene razón! Soy la loca de los escenarios, la que siempre canta en la boda de todos los amigos. Y, sintiendo que o hago aquello o Verónica descubrirá que me pasa algo, replico con mofa:

—¡Aquí va a bailar todo el mundo!

Begoña y Verónica sonríen de inmediato.

—Toma, tu repertorio —dice entonces mi amiga—. Ellos ya se lo saben.

Sin dar crédito, miro el papel que me tiende.

¡Lamadrequelaparióquéagustitosequedó!

Leo los títulos de las canciones. Me las sé todas, y Verónica lo sabe. Y, cuando sonrío al ver algunos temas, oigo que Begoña cuchichea:

—Estamos todos muy emocionados por lo que vas a hacer.

¡¿Todos?! ¿Quiénes son todos?

Acto seguido miro hacia el lugar donde señala y veo a todos los Acosta, junto a la zorra de Margot, sonriéndome, y a Liam con una sonrisa de completa felicidad. Y, consciente de que no hay otra salida, aunque no tengo cuerpo para ello, hago de tripas corazón y afirmo:

—Allá voy.

Vero y Begoña aplauden felices, y yo, como si fuera pisando huevos, me dirijo al escenario, junto al que están ya Toño y sus músicos. Parecen muy contentos, pues ha sido una suerte que les haya salido un bolo con los gastos pagados en Tenerife. Y, tras aclarar un par de detalles sobre las canciones con ellos, subimos al escenario y la gente de la boda se arremolina de inmediato alrededor de este. Quieren seguir pasándoselo bien.

Desde donde estoy veo a Liam. Su expresión de orgullo y felicidad me llena el corazón, aunque inevitablemente pienso que pronto me odiará y su gesto cambiará de forma radical.

Mientras los músicos terminan de colocarse y enchufar sus instrumentos, fabrico una sonrisa, cojo el micrófono y digo:

—Bueno, bueno, bueno..., ¿estáis preparados para pasarlo bien?

Lógicamente, todos gritan «¡Síííííí!». Y, viendo a los Acosta sonreír, sé que necesito dirigirles unas palabras antes de que ya no pueda hacerlo.

—Les prometí a Begoña y a Gael que cantaría el día de su boda —empiezo— y, aunque he intentado escaparme..., ¡aquí estoy! —Todos sonríen y yo, mirando a los novios, añado—: Aunque ya os lo he dicho, os lo repito, os deseo la mayor felicidad del mundo y que la vida siempre esté a vuestro favor.

Gael y Begoña levantan sus copas en mi dirección, y acto seguido continúo, mirando a Liam:

—Tú, cariño, el hombre más guapo y sexy que creo que conoceré en mi vida..., quiero que sepas que lo que he vivido contigo ha sido y es muy especial. Jan y tú sois lo más bonito que tengo, y nunca le agradeceré lo suficiente a Verónica que un día me llamara para hacerme una proposición indecente...

De nuevo, todos sonríen. Mi amiga me lanza un beso, y Liam con la mirada me lo dice todo.

Uf..., ¡qué difícil es esto...! Me estoy emocionando. Lo noto en la voz.

Y, sin querer ahondar más en Liam, finalizo:

—Quiero dedicar las canciones que van a sonar a todos los que estáis aquí y, si me lo permitís, en especial a los Acosta... Siento que debo darles las gracias porque desde el primer momento se han portado conmigo de una manera ejemplar y me han hecho sentir parte de su familia. Por ello solo puedo decir: gracias, gracias y gracias..., os aseguro que nunca lo olvidaré.

Horacio me lanza un beso emocionado, al igual que hacen Xama y Florencia. Y yo, sabiendo que o me callo o el drama está asegurado, me vuelvo y, tras hacer una señal a los músicos, estos comienzan a tocar.

Como esperaba, la gente baila, lo pasa bien, mientras en el escenario yo canto y bailo salsa, merengue, pop..., aunque siento que tengo el corazón completamente roto. Me siento fatal. Pero aquí estoy..., disimulando y siguiendo la lista de canciones que Verónica me ha preparado.

Durante un rato voy dedicando canciones a todos los que veo desde el escenario, y cuando toca interpretar *Te felicito*, de Shakira y Rauw Alejandro, estoy por dedicársela a la zorra de Margot, pero al final no lo hago. Mejor paso de ella.

Sabemos que tenemos agotada a la gente de tanto bailar, por lo que decidimos bajar el ritmo y, tras animar a Naím a que salga a cantar, lo hago subir conmigo al escenario para cantar dos temas que sé que son especiales para él y para Verónica: *A un beso*, de Dana Paola, y *Tu olvido*, de Carlos Macías.

Me conmueve sentir el amor que Naím y Verónica se profesan, me gusta, me enamora...

Y cuando acabamos esas canciones y Naím baja de nuevo del escenario y miro cuál es la siguiente que he de interpretar, el vello de todo mi cuerpo se eriza. Ahora toca una preciosa pero triste canción de desamor y, sin decirlo, siento que se la dedico a Liam.

Comienzo a cantar el tema titulado *¿Con qué se pega un corazón?*, de Yuridia, y con el cuerpo tenso miro a Liam y sé que, en cierto modo, con esa canción me estoy despidiendo de él. De mi amor... Del hombre que ha hecho que durante un tiempo mi vida haya sido preciosa, pero del que ahora debo separarme por su bien.

Siempre me ha encantado esa canción. Es la típica para rebozarse en la propia mierda y, sin duda, yo me estoy rebozando bien rebozada mientras la interpreto y noto cómo mi corazón se va despegando cachito a cachito y sé que seré incapaz de repararlo.

Como dice la letra, de amor nadie se muere, y sé que yo tampoco me voy a morir, pero, ¡joder!, cuánto siento lo que van a sufrir Liam y Jan... Yo también sufriré, pero en mí no pienso. Solo puedo pensar en el dolor que les voy a ocasionar a ellos.

Desde que he subido al escenario me estoy despidiendo a través de la música de todas las personas tan increíbles que he conocido aquí, que tanto cariño me han dado, e intento devolvérselo haciendo lo que voy a hacer, aunque ellos nunca lo sepan y mi corazón quede destrozado.

Cuando la melodía acaba todos aplauden. Les ha gustado la romántica canción y el sentimiento que he puesto en ella. Y, mirando a la banda, los animo a seguir. Mejor que no paren o no podré continuar. Canto, canto y canto, y cuando termino el repertorio que tengo con el grupo, Toño me deja su guitarra y, cogiéndola, tomo aire

y mirando a Liam murmuro:

—Esta es mi última canción. Cariño…, esta va solo para ti y para Jan. Os quiero.

Según digo eso, se oye un esponjoso «ohhhhhhh», y Liam sonríe.

¡Dios, cómo lo quiero!

Sola, acompañada únicamente por la guitarra, comienzo a entonar mi particular versión romántica de *Can't Take My Eyes Off You*, esa canción que tanto le gusta a mi Gordunflas y que tan especial es para Liam y para mí.

Cierro los ojos. El dolor que siento me está despedazando el corazón, mientras por mi mente pasan preciosas imágenes de momentos vividos con mis dos hombres: los tres en la piscina con los perros, Liam y yo en la playa de Güigüí, Jan bebiendo del cazo de *Tigre* y el consiguiente gesto de Liam… Recordar todo eso me hace sonreír. Sin duda es mejor haberlo vivido que habérmelo perdido. Y, abriendo los ojos, vuelvo a mirar a Liam y, con una sonrisa, termino de cantarle nuestra canción.

Tras los últimos acordes con la guitarra todos me miran en silencio. Sin proponérmelo he creado un precioso momento. Y de repente estallan en aplausos. Como puedo, sonrío. Miro a Liam, a Vero, a Horacio… Incluso miro a la zorra de Margot. Los miro a todos mientras soy consciente de que este es el principio del fin.

Acto seguido bajo del escenario y todos me felicitan, me hacen saber lo mucho que han disfrutado conmigo, y yo intento sonreír.

Liam se me acerca y me besa. Nuestro beso hace que todos a nuestro alrededor aplaudan felices, y a mí se me saltan las lágrimas. ¿Por qué esto tan bonito que estoy viviendo tiene que acabar?

* * *

La siguiente hora, mientras la DJ vuelve a pinchar en el escenario, hablo, bailo y finjo que me divierto. Pero en un momento dado en el que veo que Margot va hacia el baño, sin dudarlo, me dirijo yo también hacia allí.

Entro y, tras observar que no hay nadie, me acerco a ella en actitud intimidatoria y siseo:

—Quiero ese contrato firmado.

—Querida…, ese contrato solo se firmará cuando vea con mis

propios ojos que lo vuestro se ha acabado.

Asiento, intuía que querría algo así, y entonces oigo que añade:

—No soy tonta y sé que, una vez firmado el contrato, podrías jugármela y contarles lo sucedido a los Acosta... Aunque, la verdad..., ¿quién te iba a creer? —Resoplo. «Esta se traga los dientes», pienso, y luego dice—: Sé que tus padres tienen antecedentes penales y venden drogas.

¡Me cago en su vida!

—Y también sé que si alguien diera un chivatazo de lo que guardan en el suelo de la cocina —añade—, irían derechitos a pasar una buena temporada en la cárcel. Y, la verdad, eso sería un escándalo para Liam... ¡Sus suegros en la cárcel! ¡Qué vergüenza pasaría!

Cojo aire. Lo cierto es que lo que les pase a esos dos, aunque esté muy feo decirlo, me da igual. En cambio, lo que le pase a Liam, no. Luisa y Jesús son mis padres biológicos, aunque nunca hayan ejercido como tales, por lo que no les tengo ningún cariño. Aun así me joroba que me tenga tan estudiada y los haya metido a ellos en la ecuación.

Estoy mirándola con odio cuando, bajando la voz, termina:

—Así que si se te ocurre irles con el cuento a los Acosta, tus papaítos irán derechitos a la cárcel y ese rumano que toca el violín, al que me consta que quieres mucho, se encontrará con muchas dificultades...

Vale, ahora sí que me toca la moral. Que meta a mi amigo en esto es lo que me hace reaccionar y, mirándola, siseo:

—Si te atreves a hacer algo en contra de Vasile, te juro que...

—Querida, no es mi intención, siempre y cuando tú mantengas la boca cerradita.

Tomo aire de nuevo. Esta tía me está llevando al límite.

—Mañana —agrega a continuación— toda la familia Acosta comeremos en El Valhalla y...

—Qué asco me da pensar que ellos te consideran una más de la familia —la corto.

Margot sonríe, se atusa el pelo y afirma:

—Depende de ti que mi cuñado firme o no mañana.

—Firmará —gruño con ganas de matarla.

Ella cabecea, se siente ganadora.

—Querida..., como te he dicho, cuidaré bien de Liam —musita.

Oír eso me enferma. Pensar que ellos puedan terminar juntos y

que pueda convertirse en la madre de Jan me parte en dos. Pero, dispuesta a sacrificarme por Horacio y por Bodegas Verode, aseguro:

—Mañana a las doce Liam irá a recoger a Jan a casa de Florencia. Debes estar allí para acompañarlos a los dos de vuelta a nuestra casa. —Pensar en lo que tengo planeado hacer me duele, me destroza, pero tomando aire digo—: Más vale que tu cuñado firme el contrato en El Valhalla nada más llegar, porque como no lo haga te aseguro que te voy a buscar, y esta vez no me va a importar nada lo que los Acosta piensen de mí.

—Qué barriobajera eres —suelta ella.

Según dice eso, asiento.

—Mejor ser barriobajera que una vulgar zorra sin escrúpulos como tú —replico.

Margot sonríe con superioridad, y en ese instante se abre la puerta del baño y Verónica entra corriendo.

—Paso..., paso..., ¡que me meooooo!

Como una exhalación, pasa por delante de nosotras y, cuando desaparece en uno de los cubículos, Margot me mira de nuevo y cuchichea:

—Disfruta de tu última noche con él, querida.

Dicho esto, sale del baño dejándome terriblemente mosqueada. Dispongo apenas de unas horas para orquestar lo más horrible que he tenido que hacer en la vida. Y, sacando mi teléfono del bolsito que llevo, busco el nombre de Alessandro y, tras escribirle la dirección de la casa de Liam, añado que lo espero allí a las doce de la mañana.

Al escribir eso, lo miro. Me cuesta mandarlo, pero justo cuando Verónica sale del aseo, le doy a «Enviar» sin dudarlo. Rápidamente guardo el teléfono de nuevo en el bolso y, tras abrir el grifo, me lavo las manos. Mi amiga se me acerca entonces y pregunta al ver mi gesto:

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Pececita Madrileña... —se mofa—, ¡que te conozco!

¡Joder!

No. No. No. No puede quedarse con esa sensación... Y, sonriendo, hago un aspaviento de los míos y murmuro:

—Estoy algo perjudicada.

—¿Demasiada agüita con misterio?

Asiento de inmediato. Prefiero que piense que voy algo borracha

a que empiece a pensar cosas que no son.

—Lo admito —digo.

Vero niega con la cabeza. Está tan feliz y contenta que no repara en nada más y, cogiéndome del brazo, salimos juntas del baño y vamos directas a la pista, donde comenzamos a bailar salsa mientras yo estoy que no estoy.

Una hora después la fiesta se da por concluida y, tras despedirnos de todos, Liam y yo montamos en su coche. De camino a casa intento ser chispeante e ingeniosa. Son nuestras últimas horas juntos y quiero disfrutarlas todo lo que pueda y más.

Una vez que llegamos, nada más entrar en la parcela *Tigre*, *Pepa* y *Pepe* vienen a saludarnos y, acto seguido, entramos en la casa, donde, tras tirar mi bolso al suelo, me abalanzo sobre Liam y, con auténtica desesperación, le hago el amor.

Capítulo 60

¡Qué noche tan mala he pasado! Cuando Liam se durmió yo no pude hacerlo, pues tan solo podía pensar y planear la peor cosa que voy a hacer en mi vida...

Liam se ha ido a buscar a Jan a casa de Florencia. Sé que no tardará en regresar —tal vez acompañado de Margot— para recogerme e ir luego a El Valhalla, donde la familia va a reunirse con el americano para comer, y estoy de los nervios.

Alessandro me ha escrito. Viene de camino hacia la casa, y estoy pensando en ello cuando suena el videoportero. Rápidamente miro la pantalla y, al ver que Agoney, el vigilante, está junto a un coche que no conozco, digo:

—¿Sí?

Agoney, que menudo es, enseguida mira hacia la cámara y contesta:

—Señorita, aquí hay un caballero que dice que viene a la casa.

—¿Cómo se llama?

Veo que Agoney le pregunta su nombre. Yo sé perfectamente de quién se trata, pero si hago esto es para que al vigilante le quede claro que se trata del italiano.

—Dice llamarse Alessandro Camps —responde.

—Ábrele la valla.

A través de la pantalla veo que Agoney se mueve incómodo, y acto seguido dice:

—Disculpe..., pero el señor Acosta no me dijo que esperara ninguna visita.

Lo sé, sé que cuando va a venir alguien hay que avisar al vigilante.

—Es mi amigo Alessandro, que pase —insisto.

—Pero...

—Agoney —replico poniéndome repelente y asquerosa—, he dicho que lo dejes pasar.

—Al señor Acosta no le gusta que entren desconocidos en su casa.

Lo sé…, a mí tampoco me gustaría.

—Pues llámalo y díselo, pero abre la puñetera valla para que Alessandro pueda pasar —suelto.

El hombre al final asiente. Sé que lo que acabo de hacer desembocará en una llamada a Liam, pero eso es precisamente lo que quiero, que lo llame.

Con expresión molesta, Agoney entra en su garita. Si antes le caía mal, tal y como le he hablado, ahora le caigo aún peor. Entonces veo que la valla se abre. ¡Bien!

De inmediato pulso el botón que abre la puerta de la parcela y, segundos después, Alessandro entra con su coche mientras yo veo cómo Agoney coge el teléfono y llama a alguien.

Alessandro detiene el vehículo y salgo de la casa. *Pepa*, *Pepe* y *Tigre* ya van a su encuentro y, dándoles un silbido, hago que se paren. Bueno…, hago que se paren *Pepa* y *Pepe*, porque *Tigre* sigue en su línea: se abalanza sobre él y lo pone fino a lametazos y pisotones.

Sonriendo, me acerco al italiano y, tras quitarle a *Tigre* de encima y saludarlo, él mira la preciosa casa de Liam y exclama:

—¡Qué pedazo de casoplón…! ¿Es aquí donde vives?

Yo asiento y, tras tomar aire, me apresuro a decir:

—Necesito tu ayuda.

Enseguida veo que su gesto cambia, y me invento una milonga acerca de que estoy harta de mi relación con Liam, tanto en lo personal como en lo laboral, y le digo que hemos acordado que hoy me marcharía con él. De inmediato Alessandro me ofrece su ayuda.

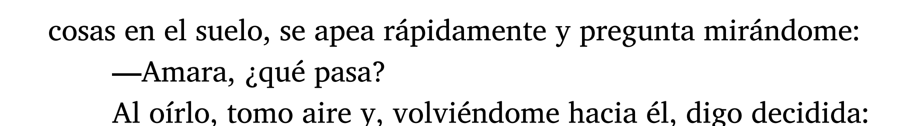
Acto seguido, y sin tiempo que perder, me dispongo a recoger mi equipaje. Lo tengo todo preparado. Realmente no tengo muchas cosas en esta casa, pues todo es de Liam, a excepción de lo que hay en mi cuarto.

Estamos empezando a meterlo todo en el vehículo de alquiler del italiano cuando el corazón se me acelera al ver que la puerta de la parcela comienza a abrirse.

¡Es Liam, que regresa ya con Jan!

Me tenso. ¡Dios…, esto va a ser terrible!

Con el rabillo del ojo veo que va acompañado de la zorra de Margot y nos mira con gesto serio desde su coche. Y cuando para su vehículo junto al de Alessandro, al ver mi guitarra y el resto de mis


cosas en el suelo, se apea rápidamente y pregunta mirándome:

—Amara, ¿qué pasa?

Al oírlo, tomo aire y, volviéndome hacia él, digo decidida:

—¡Me voy!

De inmediato su gesto se torna más serio todavía. Margot, saliendo del coche pregunta:

—Por Dios, ¿qué ocurre?

Veo que Liam se vuelve hacia ella con cara de no entender nada y, acercándose a mí, va a cogerme del brazo cuando yo me aparto y suelto mirándolo a los ojos:

—Me voy con Alessandro.

—¡¿Qué?! —murmura él.

—No tengo que darte más explicaciones.

Veo que Alessandro también me observa desconcertado, pues esto no es exactamente lo que le he contado, pero insisto:

—Mira, Liam..., me he dado cuenta de que me he precipitado contigo.

—Amara..., pero ¿qué dices...? —susurra él.

—¡Digo que me voy! —exclamo fingiendo indignación.

Liam niega con la cabeza.

—Por favor..., ¿podrías entrar en casa y hablamos?

—No. No tengo nada que hablar contigo —replico.

Margot se acerca entonces a él con gesto compungido y lo agarra del brazo.

¡Joder..., joder..., que no voy a poder contener las ganas que tengo de zumbarle...!

Sigo metiendo mis cosas en el coche de Alessandro, que me mira con gesto serio, cuando Margot, acercándose a él, le tiende una mano y dice:

—Soy Margot, ¿y tú eres...?

El italiano, que es muy educado, enseguida se la estrecha y responde:

—Alessandro.

Doña Querida sonríe, y entonces mi amigo se vuelve hacia Liam con la mano tendida y señala:

—Imagino que tú eres Liam, ¿verdad?

Él asiente, veo que piensa durante unos instantes si saludarlo o no, pero, haciendo gala de su caballerosidad, finalmente le estrecha la

mano y afirma:

—Sí.

Uf..., uf..., la tensión que hay en el ambiente se podría cortar con unas tijeras...

Conozco a Liam y, cuando pone ese gesto, malo, malo...

Acto seguido se acerca a mí.

—¿Me puedes decir por qué estás haciendo esto? —inquiere furioso.

No respondo, quiero cabrearlo todo lo que pueda para que me odie.

—Amara, querida, ¿qué sucede? ¡Contéstale! —susurra.

Oy..., oy..., oy..., ¡que le doy a doña Querida! ¡Que le doy!

E, incapaz de callarme, siseo:

—Mira, reina de pacotilla..., ¿qué tal si te metes tu fina lengüecita por el culo?

Según digo eso pienso en lo ordinaria que he sido. Vale, lo asumo, lo acepto... Y de inmediato veo que Margot mira escandalizada a Liam y este suelta:

—Amara, te estás pasando.

¿Que me estoy pasando? ¡Me cago en la leche...!

Si pudiera hablar..., si pudiera decirle y demostrar... Pero, en vez de hablar y decir, sigo metiendo las cosas en el coche de Alessandro como si no hubiera un mañana. Es lo mejor que puedo hacer.

Con el rabillo del ojo veo que Liam me observa. Su mirada es dura, implacable, no entiende qué es lo que ocurre. Y de pronto me quita la guitarra de las manos y, con gesto ofuscado, sisea:

—¡Basta ya! ¿Quieres parar, mirarme y decirme qué narices te ocurre?

Uff, no..., no..., no...

No quiero parar...

No quiero mirarlo...

No quiero decirle...

—¡Mamáááááá! —oigo que grita de pronto Jan desde el interior del coche.

Oír su vocecita llamándome me destroza, y entonces, mientras soy consciente de que tengo que terminar con esto ya, suelto con toda mi mala baba:

—Ocurre que no te quiero. Ocurre que nos hemos dejado llevar

por un absurdo romanticismo. Y que, tras la boda de ayer, me he dado cuenta de que deseo irme con Alessandro porque no quiero casarme contigo ni ser la madre de nadie. ¡Eso es lo que ocurre!

—¡Oh, Dios santo…! —murmura Margot con gesto de sorpresa.

Liam me mira. Siento que mis palabras lo han dejado fuera de juego. Por Dios, qué dolor notar su mirada de decepción y rechazo. Imagino que por su mente están pasando momentos, imágenes, que él ahora intenta descifrar. Y para echar más candela, le quito mi guitarra de las manos y, tras dársela a mi amigo, añado:

—Regreso a Madrid con Alessandro. Quiero seguir con mi vida de antes en vez de continuar jugando al absurdo juego de las casitas con niño incluido… —y, fabricando una sonrisa endemoniada, termino—: Dale recuerdos a tu familia y diles que, si vuelvo a Tenerife, pasaré a visitarlos.

Liam ni se mueve. No sé si respira siquiera. Creo que le acabo de dar uno de los mayores palos de su vida; entonces Margot lo coge del brazo y él, reaccionando, sisea:

—Eso último te lo puedes ahorrar. Dudo que quieran verte.

—Totalmente de acuerdo contigo, querido —afirma Margot y, mirándome, añade—: ¡Qué mujer tan desagradecida!

Uf…, uf… Me rasco la frente y, antes de que yo misma pueda frenarme, dando un paso agarro a Margot del brazo, se lo retuerzo y, cuando esta grita, escupo:

—Una cosita…

—¡Suéltala! —me ordena Liam de inmediato.

Consciente de lo que he hecho, la dejo ir y él, interponiéndose entre nosotras, me mira y sisea:

—Ni se te ocurra volver a tocarla.

Lo miro. Me mira. De reojo veo que ella sonríe, y entonces Liam murmura:

—Tenías razón, Margot… Amara no era de fiar.

¿Cómo? ¿En serio esa zorra le había dicho eso?

—Te lo dije, cielo —afirma ella con gesto inocente.

—Se cree el ladrón que todos son de su condición —digo con furia.

Al oír eso, Liam mueve la cabeza. Su gesto de enfado me hace saber que ya nada de lo que me diga será bonito.

—Ella, al menos, nunca me ha decepcionado porque siempre ha

estado ahí cuando la he necesitado, algo que no puedo decir de ti… —indica.

—¡Uf, qué pereza! —lo corto y, con mala baba, siseo—: Mira, Friki del Control…, paso de tus tonterías.

Liam me mira sin dar crédito. Nunca antes me había mirado de ese modo.

En ese instante Jan comienza a llorar y él, dándose la vuelta, va hacia el coche, de donde poco después saca al niño.

Jan sonríe al verme y me llama, me echa los brazos. Yo me muero por cogerlo y comérmelo a besos, pero oigo que Liam dice:

—Ella no es tu mamá, Cacahuete.

Uf, qué daño… ¡Qué dolor siento al oír eso!

El niño insiste. Sigue mirándome, llamándome y extendiendo las manitas hacia mí, pero Margot lo coge en sus brazos y musita:

—Mi bebé… Siempre has sido mi bebé.

Liam me observa entonces con ese gesto de superioridad con el que me miraba cuando me conoció y ordena:

—Termina de recoger tus cosas y vete de aquí.

Asiento. Sus palabras secas me hacen pupa, mucha pupa.

—Deja las llaves en el suelo antes de irte —añade—. No vuelvas a entrar en mi casa nunca más.

Dicho esto, se acerca a Margot y, con mi pequeño, del que no he podido despedirme, los tres se alejan mientras yo siento que me falta el aire y tengo unas terribles ganas de llorar. Lo he hecho… He hecho que me odie. Que me eche de su vida.

Y, cuando por fin desaparecen, Alessandro murmura mirándome:

—No entiendo nada, Amara.

Yo tampoco, pero indico:

—Terminemos y vayámonos.

Un par de minutos después, tras meter el último bulto en el coche, llamo a mi perro.

—*Tigre*, ¡ven aquí!

Él viene a toda prisa, pero cuando voy a cogerlo para meterlo en el trasportín, me hace la trece catorce y me veo corriendo tras él, *Pepa* y *Pepe* por el jardín.

«No. No. No… Ahora no es momento de jugar, *Tigre*. ¡Nooooooo!»

Pero él parece no estar de acuerdo conmigo, y *Pepa* y *Pepe* tampoco. No hay manera de coger a mi perro y, horrorizada, ya no sé

qué hacer. No puedo irme y dejarlo aquí. Por lo que, agachándome, miro a *Tigre* y digo con voz dulce:

—Cariño..., tenemos que irnos a casa. A Madrid.

Pero ni cariño ni leches en vinagre... El perro sigue en sus trece, hasta que consigo agarrarlo de una pata y, tras revolcarme por el jardín, me hago con él, voy hasta el coche enfadada y por fin consigo meterlo en el trasportín.

Pepa y *Pepe* ladran. *Tigre* ladra también. Y yo, con el corazón destrozado y a mil por las carreras que me he metido, voy a agacharme para despedirme de los perros de Liam cuando veo que este me observa desde la cristalera de la cocina y sé que debo irme sin decirles adiós. Demostrar el cariño que les tengo tras lo que he dicho de él y de Jan no viene a cuento, por lo que, abriendo con el mando la cancela, dejo las llaves en el suelo como me ha pedido y, tras ponerme mi casco, y ver que Alessandro sale con su coche, monto en mi moto y... salgo de la casa sin mirar atrás.

Cuando paso frente a la garita de Agoney, este me mira. Yo lo miro y, para mi sorpresa, veo que levanta una mano y me dice adiós. Sin dudarlo, hago lo mismo y me despido de él.

Capítulo 61

Estoy en el hotel donde se hospeda Alessandro y mi teléfono suena, suena y suena.

Tengo llamadas de Horacio, de Florencia, de Naím, de Xama..., de casi todos los Acosta, vamos. Aunque la que no deja de llamar sin parar es Verónica.

Madre mía..., ¿y qué le cuento yo ahora a mi amiga?

Desde que he llegado al hotel no he podido dejar de llorar, mientras Alessandro, que no pregunta, llama al aeropuerto para buscarme un billete y solicitar la recogida de mi moto.

Quiero irme ya..., ¡ya!, ¡ya!

Agobiada, miro el reloj. Son las tres de la tarde. Está claro que los Acosta ya habrán comido, y, al ver que Vero vuelve a llamar, sé que tengo que cogérselo. A ella sí. Así pues, tomando aire, salgo a la terraza de la habitación y contesto:

—Dime.

—¡¿«Dime»?! —oigo que grita enfadada—. ¿Cómo que «dime»? ¡Dime tú!

Me quedo unos segundos en silencio. Entiendo su enfado, yo también estaría como ella.

—Por el amor de Dios, Amara, ¿qué ha pasado?

—Vero...

—¿Dónde estás?

—Eh...

—Liam está cabreado, destrozado... Lo disimula, pero lo está. Ha llegado a El Valhalla con Margot y...

—Verónica... —la corto dolorida—, ¿me vas a dejar hablar?

Mi amiga se calla, yo también, y después de unos segundos, digo:

—Liam y yo no podemos estar juntos.

—¡Pero ¿qué tontería estás diciendo?!

—Somos diferentes.

—Pero, Amaraaaaa...

Y, comportándome como una cabrona, insisto:

—Me... me pidió que me casara con él y... ¡no!, no puede ser. Es... es mejor cortar esto antes de hacer una tontería y...

—¿Que te ha pedido que te cases con él?

Asiento mientras las lágrimas me corren por las mejillas y me apresuro a añadir:

—Pero no le digas que te lo he contado... Creo que no le gustaría.

De nuevo nos quedamos en silencio. Creo que lo de la petición ha dejado sin palabras a mi amiga, pero entonces oigo que murmura:

—No te entiendo, Amara... Llevas toda la vida queriendo encontrar un amor de esos que ves en las películas y, ahora que lo encuentras, ¿lo rechazas?

Vale, tiene más razón que un santo. Visto cómo se lo he contado, ¡a mí no hay quien me entienda!

—Amara, si hay alguien compatible en este mundo sois Liam y tú, y...

—Verónica, no...

—Amara, sí... —insiste.

De nuevo hay otro silencio entre nosotras, hasta que oigo que dice:

—No soy capaz de comprenderte. Anoche, en la fiesta de la boda, estabas bien. Cantaste, bailaste, te vi divertirte con Liam. Te vi besarlo con amor... Pero... pero algo pasó. No sé qué es, pero estoy convencida de que pasó algo para que ahora estés reaccionando así.

—Lo que pasó fue que esta mañana me he dado cuenta de que...

—¡Que no! —me corta—. Que te conozco bien y ¡eso no me vale!

Resoplo. Resopla. Está claro que lo que he hecho es tan absurdo, ha estado tan fuera de lugar que no sabe qué pensar. Soy de las que van a por lo que quieren. Ella lo sabe y también lo sé yo. Pero esta vez no puedo. Esta vez, si voy a por lo que quiero, mi decisión traerá problemas. Estoy atada de manos y pies. No puedo hacer nada y, desesperada, rompo a llorar.

Sé que Verónica oye mis gemidos, pero no los puedo evitar.

—Lo quieres, del mismo modo que quieres a Jan. Lo sé —insiste Vero—. Y, por mucho que intentes negarlo, no me vas a convencer.

Asiento porque no puede verme. Claro que lo quiero. Siento que ahora mi vida no tiene sentido. Y, queriendo saber si el maldito contrato se ha firmado ya, pienso cómo preguntárselo sin que

sospeche que me interesa, así que tomo aire, me seco las lágrimas y digo:

—¿Ya has comido?

Verónica resopla.

—Sinceramente, Amara, la comida es lo último que me preocupa en este momento —dice—. Quiero verte. ¿Dónde estás?

—No voy a decírtelo.

—¿Por qué?

—Porque, aunque te quiero, no deseo verte…

—¡Pero ¿tú eres tonta?!

Asiento. Sin duda, lo soy, y mintiendo suelto:

—Ya no estoy en Tenerife.

—¿Dónde estás?

—En otra isla —vuelvo a mentir sin concretar. Conociéndola, esta se viene a nado. Y agrego—: Mañana regreso a Madrid.

Verónica maldice. Por su boca salen sapos y culebras. Esta es como yo: cuando abre el buzón, ¡madre mía, lo que puede salir por él!

—¿Quieres a Jan? —murmura a continuación—. ¿Qué estás haciendo?

—Sí que lo quiero.

—¿Y si lo quieres como puedes irte así?

Joder…, joder, qué difícil es explicar algo sin decir la verdad. Y, consciente de que he de ser fría y desapegada con ese tema, contesto:

—Lo quiero porque es un niño y a los niños se los quiere…

—Pero, Amara…

—Vero —la corto—. ¡Era su niñera! ¿Cómo no lo iba a querer?

—¡Joder, Amara, te llama «mamá»!

Asiento, el corazón me tiembla cuando oigo eso, aunque replico:

—Pero no soy su mamá, Verónica… Del mismo modo que no soy la persona ideal para Liam. Él… él tiene planes de futuro en los que yo no encajo. Además, su mundo y el mío no tienen nada que ver, y yo… yo soy una chica de barrio.

—¡Me cago en la leche! Pero ¿qué gilipolleces estás diciendo?

Oír eso me hace sonreír.

—Ratona, tranquilízate… —cuchicheo.

—¡¿Que me tranquilice?! —grita ella—. Pero, vamos a ver, ¿acaso yo no soy también una chica de barrio, y a mucha honra?

—Sí.

—¿Y me puedes explicar en qué nos diferenciamos tú y yo?

Resoplo. Si hay alguien cabezota en este mundo, esa es Verónica. Cuando algo no le cuadra le da vueltas y más vueltas.

—Conozco a los Acosta y ninguno de ellos es un clasista —insiste —, por tanto, ¿puedes contarme quién narices te ha dicho eso?

Joder…, joder…, qué boca tan grande tengo…

—¿Ha sido la idiota de Margot? —suelta a continuación.

—Noooooooooooooo —me apresuro a negar.

¡Joder, con la *jodía*! E, intentando no levantar la liebre, insisto:

—Sabes que yo siempre he dicho que Margot es encantadora. Conmigo no ha podido portarse mejor, y lo sabes.

Verónica guarda silencio. Conociéndola como la conozco, y sabiendo lo observadora que es, estará repasando en su mente todo lo sucedido. De pronto oigo que dice:

—Ahora que lo pienso…, cuando te vi anoche con Margot en el baño estabas un poco rara. Es más…, te lo pregunté. ¿Lo recuerdas?

Bueno, bueno, bueno…, esta comienza a hilar muy fino.

—Ay, Dios, Vero, ¡no digas tonterías tú ahora! —musito—. Eran las cinco de la madrugada, había bebido un poquito de más y estaba cansada. Y en cuanto a Margot, quítate esa idea de la cabeza, sabes que siempre he tenido muy buen rollo con ella.

Ella no contesta. Las dos nos quedamos en silencio. Y yo, necesitando saber, pregunto:

—¿Todo bien por ahí?

—Pues mira, no, ¡nada bien! Liam está destrozado, Jan no para de llorar y todos estamos preocupados por ellos y por ti. No entendemos nada.

Me siento mal. Fatal. Odio que por mi culpa los dos hombres de mi vida estén sufriendo. Y entonces Verónica añade:

—Lo único bueno es que el americano por fin ha firmado el contrato y Horacio se ha relajado ya.

Asiento mientras sonrío y cierro los ojos. Eso era lo que necesitaba saber.

—Por favor, cariño, dime dónde estás —insiste mi amiga—. Prometo no decirle nada a Liam, pero tengo que verte y hablar contigo. Necesito entender por qué te has marchado de esta forma cuando sé que estabas feliz. Liam te quiere, el niño te adora, todos te…

—Verónica —la corto—. Nos vemos en Madrid.

—Amara, nooo —murmura ella con un quejido.

Trago saliva. Oír eso me indica que está llorando.

—Por favor, no llores —susurro.

Pero mi Vero llora. El embarazo la tiene más sensible de lo que es y entre jadeos vuelve a repetirme que no entiende nada, que tenemos que hablar. Me pide que no me vaya. Que regrese a su casa si no quiero volver a casa de Liam, pero yo me niego. En ese sentido soy implacable. Tengo que desaparecer de la isla y no se hable más.

Un buen rato después, tras conseguir tranquilizar un poco a Verónica, quedo en llamarla cuando llegue a Madrid antes de colgar.

Y ese mismo día, gracias a Alessandro, mi moto, mis maletas, *Tigre* y yo embarcamos en un avión a las nueve de la noche rumbo a Madrid. Rumbo a mi nueva realidad.

Capítulo 62

El regreso a casa es duro, pues echo de menos cada segundo del día y de la noche a Jan y a Liam, los dos hombres de mi vida.

Esta ha cambiado. Ha vuelto a dar un giro de ciento ochenta grados en todos los sentidos y, la verdad, es una puñetera mierda.

Leo y Mercedes, que ya ha regresado de su viaje de novia, vienen a mi rescate advertidos por Verónica. Intentan hablar conmigo, pero yo oculto la realidad de lo ocurrido. Me limito a mentir como una bellaca, a decir que lo mío con Liam era imposible y, oye, al final parece que me creen.

¡Qué buena actriz soy!

Mis amigos, como siempre, son mi gran apoyo. Da igual lo que diga o cómo me comporte. Ellos están junto a mí, como dice nuestro tatuaje, en lo malo, en lo bueno y en lo mejor.

Cada noche veo vídeos o fotografías que tengo en el móvil junto a Liam y Jan. ¡Qué bonitos momentos! Y, por supuesto, me rebozo bien rebozada en mi miserable mierda escuchando canciones de amor, hasta que un día termino por vetar al Alborán y al Carrasco. ¡No puedo más!

Leo y Mercedes me acompañan a arreglar los papeles para irme a Suecia el 15 de octubre, lo que supone un gran disgusto para ellos. No quieren que me vaya tan lejos, pero al final logro convencerlos. Les aseguro que estaré allí durante un año y, pasado ese tiempo, regresaré... Algo que no sé si haré, pero como me estoy volviendo tan mentirosa, ¿qué importa una mentira más?

Retomamos las videollamadas del Comando Chuminero. Con buen humor, y mientras nosotros tres nos ponemos finos filipinos a tortillita de patata y a calamares en el bar, hablamos con Vero, y cuando esta se entera de que me marcho a Suecia el 15 de octubre se echa a llorar desconsoladamente. Todos intentamos hacer que pare, sentimos una gran impotencia al verla a través de la pantalla y no poder abrazarla, por lo que, cuando después de las burradas que

Mercedes dice esta deja de llorar y comienza a reír, respiramos aliviados. No podemos verla llorar.

Mi cumpleaños y el de Vero es el 30 de septiembre. Faltan diez días para el mismo y, como esperaba, mi amiga deja claro que vendrá a Madrid para que lo pasemos juntas. Me alegra un montón saberlo. Desde que nos conocemos siempre, siempre, hemos celebrado nuestro cumpleaños juntas. Y de inmediato comenzamos a hablar de organizarlo en el Melapela este año con nuestro grupo de amigos.

¡Me parece genial! Será una buena manera de despedirme de todos antes de irme a Suecia.

Verónica me llama a diario. Hay días que incluso dos y tres veces. A petición de Liam, me pregunta cosas de la vida del niño que solo sé yo, y rápidamente se las contesto. Quiero que Jan esté bien, aunque no sea yo quien lo cuide. Sé por mi amiga que Liam no se separa de él, del mismo modo que Margot no se separa tampoco de ellos. Eso me enferma. Imaginarla con los hombres de mi vida me pone a mil, pero trato de procesarlo y asimilarlo, pues no me queda otra. Conociendo a mi Vero, sé que lo dice para picarme, pero yo intento no caer en su trampa.

Después del día de nuestra charla telefónica Verónica no vuelve a preguntarme por lo sucedido. Eso me sorprende por su parte, pero intuyo que no lo hace porque le causa dolor y sabe que a mí también.

Naím me llama por teléfono una noche. Cuando veo su nombre en la pantalla estoy por no cogerlo, pero, echando mano de mi valentía, lo hago. Con su tranquilidad de siempre él habla conmigo. Me hace saber que, aunque no entiende lo que he hecho, respeta mi decisión, y añade que necesitaba hablar conmigo para decirme cómo están su hermano y su sobrino después de mi marcha. Yo no puedo decirle que no, y mientras me informa de lo mal que lo están pasando, yo lo escucho con lágrimas en los ojos y sintiéndome fatal.

¡Soy una cabrona! Sin duda, la mayor que he conocido en mi vida y que jamás pensé que pudiera llegar a ser...

No obstante, también sé que lo que hice no fue por un antojo ni porque no los quiera. Al revés, lo hice por amor, para proteger a Horacio y darles a los Acosta algo que necesitaban.

Sin embargo, el sentimiento de culpa no me deja vivir. No solo le he destrozado el corazón al hombre al que amo, al hombre que me quería, sino que encima le he hecho daño a Jan, para quien yo era su

mamá.

¿Se puede ser peor persona?

Xama no me llama por teléfono, pero sí me manda un mensaje en el que dice que lamenta mi marcha, que me quiere mucho y que solo espera que sea feliz. Leer eso de la niña me emociona, pues me hace saber que ella también me quería, y le respondo con el mismo cariño y el mismo amor.

Tras las llamadas del primer día, que no atendí, el resto de los Acosta ya no han vuelto a llamarme. Imagino que Liam les habrá pedido que me dejen en paz, que no me molesten, y ellos, por no incordiarnos a ninguno de los dos, simplemente lo hacen. Y, la verdad, lo entiendo. Claro que sí. No ha tenido que ser agradable para ninguno de ellos comprobar que la Amara cariñosa, entregada y dulce que conocieron era tan solo una fachada. Imagino que ahora todos deben de pensar lo peor de mí, porque si yo hubiera sido la persona que les mostré, nunca me habría marchado como lo hice. Jamás.

Liam no llama. No ha llamado ni una sola vez. No da señales de vida.

A él le bastaron mis palabras de aquel día en su jardín para saber que todo se había acabado entre nosotros. Fui cruel. Maleducada. Mala. Perra. Fui lo peor con el fin de conseguir mi propósito, y nunca olvidaré su mirada. Su mirada dura, desconfiada, enrevesada, triste, furiosa... Imagino que por su mente tuvieron que pasar miles de cosas mientras yo le decía todo lo que le decía, y me siento terriblemente mal.

Dudo que me perdone. Conociéndolo, y sabiendo lo mal que lleva la traición, si antes era reservado y complicado, ahora lo será mucho más.

¡Pobre niñera la que llegue a su casa!

Y, aunque me duela, solo espero que algún día conozca a esa mujer que él se merece, porque, sí, Liam Acosta se merece una buena mujer para él. No como yo, que soy una cabrona..., ni como Margot, que es un zorrón.

Por suerte, sé que él sabe que Margot no le conviene. Y aunque con ella disfrute del sexo, sabe que no es la persona que él y Jan necesitan en sus vidas. No, no lo es.

Margot es egoísta, una mala persona, una zorra... Desde mi punto de vista merece infinidad de calificativos, a cuál peor. ¡Qué manía le

tengo!

Sin embargo, dentro de ese odio que siento por ella, lo sucedido me ha hecho pensar en sus palabras. A ver..., yo tengo claro que no soy como mis padres biológicos. No tengo nada que ver con ellos ni con sus trapicheos con las drogas. Pero si mi historia con Liam hubiera seguido, quizá en algún momento dado los problemas que Luisa y Jesús hubieran podido tener con la justicia habrían salpicado a Liam, al clan Acosta y a Bodegas Verode. Y..., no, yo eso no lo hubiera podido consentir. Como dijo el zorrón de Margot, mi clase social y la de Liam no tienen nada que ver, por lo que en ese sentido tenía razón.

Tigre está raro. Lo veo triste. Fíjate si está raro que no quiere ni subirse a dormir conmigo a la cama. ¡Me ha abandonado! Se pasa el día tumbado en la pequeña terracita que tengo mirando con ojos lánguidos hacia la calle. Está claro que añora el bonito jardín en el que jugaba y se meaba a sus anchas, y por supuesto a *Pepa* y *Pepe*, sus grandes amigos y compañeros.

Durante esos días, además de estar con Leo y Mercedes, quedo con Vasile y Maribel. Necesito compañía, no quiero estar sola, y gracias a ellos nunca lo estoy.

En alguna de mis salidas nocturnas me encuentro con Alessandro, que es muy discreto y no me pregunta por lo que ocurrió en Tenerife. Simplemente se preocupa por comportarse como un amigo y, a diferencia de otras veces, no se me insinúa, lo que yo le agradezco mogollón. Como diría Mercedes, no tengo el chichi para farolillos, aunque intento seguir siendo la misma vacilona de siempre para que mis amigos crean que estoy bien. ¡Que continúo siendo la reina del vacile...!

Y, oye, me quedo de piedra cuando una noche me encuentro con Óscar en un local, y este, tras mirarme con desprecio, se da la vuelta y se marcha sin saludarme siquiera.

¿En serio?

Eso me hace gracia. Está claro que por fin ha pasado página conmigo y, mira, si me odia, que me odie. Puedo vivir con eso y más si pasa totalmente de mí. ¡Qué felicidad!

Pero, la verdad, cada día que me levanto solo deseo que se acabe..., que llegue por fin el 15 de octubre para montarme en un avión que me lleve a Suecia e intentar comenzar algo nuevo.

Comenzar... ¿Seré capaz?

No paro. Me paso el día haciendo cosas para no estar quieta y no pensar. Pero cuando llego cada noche a mi casa y cierro la puerta, siento que el edificio se me cae encima.

La tristeza me ahoga, me embarga, y al sentirme sola me permito derrumbarme y llorar. Y entre que *Tigre* me ignora, que paso de los amiguitos con pilas que tengo en el cajón de la mesilla y que me rebozo en mis sentidas canciones de amor, me duermo día sí y día también llorando como una magdalena.

¡Cualquier día me voy a deshidratar!

Capítulo 63

Hoy, 30 de septiembre, es mi cumpleaños y el de mi hermano mellizo. Tumbada en la cama, miro al techo con una sonrisa y murmuro:

—Felicidades, Raúl. Nos vamos acercando a los cuarenta...

Y, como cada año, le canto esa canción que tanto le gustaba, *Love of My Life*, de Queen, y cuando acabo me percato sorprendida de que esta vez no he llorado al hacerlo.

Me incorporo en la cama y sonrío.

¡Hoy es el cumpleaños de mi Vero también!

¡Madre mía, qué mayores nos estamos haciendo!

Y, tras coger mi teléfono móvil, le escribo felicitándola y, segundos después, ella me devuelve el mensaje.

Naím y Vero acaban de llegar a Madrid y van hacia la casa de los padres de esta última. Quedamos en vernos en el restaurante en el que cenaremos juntos.

Una vez que dejo el teléfono, suena el timbre de la puerta y *Tigre* comienza a ladrar como si le fuera la vida en ello.

¡Por Dios, qué intenso se pone!

Al abrir veo a un guapo chico con una caja y unos globos. Boquiabierta, lo miro y él pregunta:

—¿Amara López Santos?

Sin dudarlo, asiento, y el chico, tras entregarme lo que lleva en las manos, dice:

—Felicidades, señorita López, y que tenga un buen día.

¿«Señorita López»?

Oír eso me hace gracia y..., bueno, también me pone el vello de todo el cuerpo de punta. Con una sonrisa cojo los globos y la caja y, cuando cierro la puerta, me fijo en la tarjetita que hay sobre esta.

El corazón me va a mil. ¿Será algo de Liam?

Me dirijo hacia el salón con *Tigre* metiéndose entre mis piernas. Mira que lo he pisado veces, que casi me caigo otras, pero el tío sigue jugándose mi vida y la suya...

Una vez que dejo la caja sobre la mesa, rápidamente cojo el sobre y, tras sacar la tarjeta, leo:

> ¡¡¡Felicidadessssssss!!!
> Este desayuno es para que empieces la mañana con fuerza y alegría (porque, con lo rancia que estás últimamente, intuyo que con un polvo no va a ser...). Recuerda: a las 21.00 te esperamos en el restaurante Vida Sana. Te quiero mucho, mucho, y Leo y Verónica también (pero yo más).
>
> Mercedes
>
> P. D. Este regalo es de parte del Comando Chuminero, pero como lo he encargado yo, me he apoderado de la dedicatoria.

Según dejo la tarjeta sobre la mesa, sonrío. No es de Liam, pero es de mis amigos. Vuelvo a leer la nota. Mercedes es la bomba. ¡Qué suerte tengo de tenerla en mi vida!

Gustosa, abro la caja y, ufff, ¡qué rico todo lo que acaban de mandarme!

Decido comer, pues me suenan las tripas. Y, en cuanto voy con la caja a la cocina y me preparo un café, me siento en la encimera a desayunar todo aquello tan rico que mis amigos me han enviado, mientras contesto sonriendo a los mensajes de felicitación que me llegan a través de WhatsApp.

Durante la mañana Maribel y los padres de Vero me llaman para felicitarme. Gustosa, hablo con ellos y, cuando cuelgo, suena de nuevo el timbre de la puerta y al abrir veo que es Vasile con un precioso ramo de flores.

¡Qué mono!

Mientras me visto, él, que conoce mi casa, coge un jarrón y las pone en agua. Y cuando salgo al salón, él, *Tigre* y yo nos vamos a dar un paseo por El Retiro.

Vasile y yo charlamos de cientos de cosas. Nunca nos falta tema de conversación. A las dos y media le propongo que vayamos a comer juntos. Él acepta encantado y, tras mirar algunas opciones, decidimos sentarnos en una terracita del parque de El Retiro y pedimos unas raciones.

A las cinco *Tigre* y yo nos despedimos de Vasile y volvemos a mi casa, donde sigo recibiendo felicitaciones y donde me tiro en el salón hasta las siete y media, cuando me meto en la ducha para posteriormente arreglarme.

Como hemos quedado con el resto de nuestros amigos a las once en el Melapela, no me pongo muy elegante. Mi grupo no son de ponerse divinos de la muerte, sino más de sport. Así pues, me visto con unos vaqueros y una blusa y estoy perfecta.

A las nueve en punto, tras dejar mi moto aparcada en la entrada, abro la puerta del restaurante Vida Sana y, cuando entro en el local, veo a Leo y a Pili. Siempre son los más puntuales. Y, tras abrazarlos, a los pocos segundos aparecen Mercedes y María.

Estamos hablando cuando oigo:

—¡Ya estamos aquíííííí!

Al volverme me encuentro con Verónica y Naím. Uf..., lo que me entra cuando veo a Naím. Me recuerda a él, muchísimo...

Pero, dejando a un lado mis sentimientos, me centro en Verónica y, cuando veo que abre los brazos, voy a ella sin dudarlo y la estrecho contra mí. No nos habíamos vuelto a ver en persona desde la noche de la boda, y mientras Naím saluda al resto, esta mirándome dice:

—No tienes ojeras, pero estás más delgada.

Eso me hace sonreír y, fijándome en su tripita, replico:

—Tú estás más redondita.

—El Bicho crece —afirma.

Ambas sonreímos por eso, y luego mi amiga me mira con intensidad y pregunta:

—¿Estás bien?

Sin dudarlo, asiento. No obstante, sé que no me cree pues, abrazándome, musita:

—El trabajito que me das...

Oír eso me hace sonreír y, cuando nos separamos, veo a Naím más allá. ¿Me saludará? ¿No me saludará?

Pero, sí, me saluda. Viene hacia mí y, tras abrazarme, dice:

—Tenía muchas ganas de verte.

Esas palabras me reconfortan. Sigo siendo la cabrona que jodió a su hermano y a su sobrino, pero al menos parece que no me odia. Tras los besos y los abrazos, todos nos sentamos a cenar.

Como siempre que el Comando Chuminero se junta, la diversión está asegurada y, encantada, observo a mis amigos charlar y reír. Los voy a echar mucho de menos cuando me vaya a Suecia.

Cuando nos conocimos éramos Leo, Mercedes, Verónica con Zoé y yo. En los últimos años Pili apareció en la vida de Leo; después

Naím en la de Verónica y, por último, María en la de Mercedes. Su felicidad es también la mía. Ver felices a las personas que más quiero en la vida hace que mi corazón rebose..., aunque, en el fondo, también me siento sola. Muy sola.

¿Y si mi destino es no encontrar la maravillosa pareja que ellos encontraron?

¿Y si nací para estar sola?

Pienso, pienso y pienso. Estar sola no es malo. Tengo amigas que no tienen pareja y son felices. Y..., vale, yo sé que puedo ser feliz, pero siempre he sido una tonta romántica que ha soñado con tener a ese hombre especial a su lado. Y quizá sea eso lo que hace que nunca funcione nada.

Intentando que no se me note la pena que siento en el corazón, durante la cena soy la chistosa de siempre. Hago bromas y me divierto. Y de pronto oigo que Verónica dice:

—Me cotilleó Leo que te encontraste con Óscar...

Asiento de inmediato.

—Simplemente me miró, se dio la vuelta y se marchó. Pasa de mí.

Ella cabecea sorprendida y, acto seguido, Leo tercia:

—El que es tonto es tonto de verdad...

—Yo le habría dado dos sopapos, pero estos no me dejaron —afirma Mercedes.

De nuevo todos reímos por ello, y veo que Naím también. Pero él, a diferencia de los demás, se mantiene más callado, más reservado. Su prudencia y su saber estar son como los de Liam, y ahora que lo miro me percato de que no solo tienen igual el culito de caramelo, sino que también la boca, la sonrisa y la complexión de sus cuerpos. Ambos son hombres grandes. Fuertes. Varoniles.

Uff..., mi mente vuela a tiempos pasados... Lo que daría yo por una mirada de Liam y su bonita sonrisa. Al pensarlo, sonrío sin querer.

—¿Qué te hace sonreír con esa carita? —me pregunta Vero de pronto.

Bueno..., bueno..., bueno..., ¿es que una no puede despistarse ni un segundo?

Todos me miran, esperan contestación, y respondo inventándomelo:

—Pensaba en *Tigre* y en sus trastadas...

Vale, lo que acabo de decir es cierto..., aunque en este mismo instante esté mintiendo como una bellaca.

A los postres traen una riquísima tarta.

Mis amigos ponen dos velas en el centro, se mofan de lo cerca que Vero y yo estamos de los cuarenta y nos cantan el *Cumpleaños feliz*. Sonriendo, ella y yo nos damos la mano, pero de pronto me acuerdo de Alfonsina y de cómo los Acosta le cantaron aquel día esa misma canción, y me deshago en lágrimas como una tonta.

Emocionada perdida como lo está Verónica, rápidamente soplamos una vela cada una y eso hace que mis amigos y las demás personas que hay en el restaurante nos aplaudan contentos.

Y, tras el momento lagrimeo, comienza el momento regalos. ¡Yuju!

A Vero y a mí nos inundan de presentes que ambas disfrutamos abriendo: camisetas, pantalones, CD...

Y, al cabo, le doy un paquete a mi amiga de mi parte y digo:

—¡Espero que te guste!

Cuando lo abre, suelta una risotada. En él hay cuatro pijamas con el mismo estampado. Lo único que cambia son las leyendas de la pechera, que dicen: «Papá», «Mamá», «Hermana» y, por último, «Bicho».

Mi Vero se emociona, Naím también, y yo, que estoy tan sensible como ellos, afirmo:

—Cuando nazca el Bicho, quiero que me enviéis una foto enmarcada a Suecia con esos pijamas puestos.

Vero asiente, no puede hablar, pero Naím se apresura a responder:

—Te aseguro que la recibirás.

Cabeceo gustosa, y en ese momento Vero me da dos paquetes y, señalando el pequeño, indica:

—Primero este.

Sin dudarlo, hago lo que me pide y, cuando rasgo el papel, el corazón se me encoge. Ante mí tengo un marco con una foto de la boda de Begoña y Gael en la que estamos todos los Acosta.

Uf..., ¡que lloro!

Mis ojos rápidamente buscan a Liam y a Jan. Por favor, ¡qué guapos están y cuánto los quiero! En la imagen estamos los tres juntos y tengo a Jan entre mis brazos, mientras que Liam está detrás de mí

sonriendo. Fue una foto que nos hicimos al salir de la catedral y veo la felicidad en mi rostro. ¡Qué feliz estaba en ese momento y qué poco imaginaba cómo iba a terminar el día...! Enseguida los recuerdos inundan mi mente, y en ese momento oigo que Verónica dice:

—Imaginé que te gustaría tenerla de recuerdo.

Asiento con la cabeza sin poder hablar, y a continuación Naím pide:

—Ahora abre el otro regalo.

Curiosa, cojo la siguiente caja y le doy vueltas entre las manos. No sé qué será...

—Vamos, ábrelo —me apremia él.

Sin dudarlo, rompo el papel y, al abrir la caja y ver unas preciosas y carísimas botas de montar en moto, voy a hablar cuando él tercia:

—¡Espero que te gusten!

Asiento boquiabierta. No es que me gusten..., ¡es que me encantan! Es más, necesitaba unas, porque las viejas las tengo ya destrozadas.

—Me encantan..., ¡muchísimas gracias! —murmuro.

—Te irán genial en Suecia —afirma Vero.

—¡Son una pasada! —exclamo yo feliz.

Minutos después, en un momento dado en el que mis amigos hablan, al ver que Naím me observa me dirijo a él:

—¿Qué tal está tu padre?

Naím asiente con una sonrisa.

—Mucho más tranquilo..., sosegado tras conseguir el contrato con Master Good.

Sonrío, me alegra oír eso, y estoy esperando a que diga algo más cuando su teléfono suena sobre la mesa. Rápidamente miro la pantalla, pero la decepción se apodera de mí cuando leo el nombre de Omar. Pero vamos a ver..., ¿por qué estoy esperando ver otro nombre?

Naím se levanta y se aleja unos pasos para hablar con su cuñado.

—¿Todo bien? —le pregunta Verónica cuando regresa.

—Todo perfecto —dice él—. Solo quería saber si dejamos a *Donut* en nuestra casa o en la de Liam...

Según oigo ese nombre siento cómo todo el vello de mi cuerpo se eriza. Uf...

Una vez que Naím vuelve a sentarse, deja el teléfono en la mesa y

añade:

—Como te decía, mi padre está bien, aunque ya lo conoces..., cuando no se preocupa por una cosa, se preocupa por otra.

Asiento, conozco un poquito a Horacio. Y como necesito dejar de hablar del tema sugiero:

—¿Qué tal si pedimos la cuenta y nos vamos al Melapela? Nos están esperando.

Vero y yo pagamos la cena. Los invitamos.

Tras salir del restaurante meto mis regalos en el coche de los padres de Verónica, que conduce Naím. De camino pasaremos por mi casa para dejarlos y también la moto. Esta noche pienso tomarme unas copichuelas y sé que luego no debo conducir.

Capítulo 64

Llegar al Melapela y saber que el resto de nuestros amigos estarán aquí me hace feliz.

Una vez que aparcamos el vehículo, Naím y yo vamos hablando cuando, al entrar en el local, nuestra pandilla nos canta el *Cumpleaños feliz* y..., uff, ¡Vero y yo no podemos parar de reír!

Tras mi regreso de Tenerife había visto a algunos de ellos, pero a otros no, y encantada beso a Marta, a Jazmín, a Lolo, a José, a Toño, a Linda, a Robert, a Casandra, a Manuel, a Alessandro, a Julia y a César, que están junto a Mercedes, Leo y sus respectivas parejas.

Como no podía ser de otro modo, rápidamente Manuel agarra mi mano y la de Vero y nos saca a bailar. Suena una salsa, ¿y qué mejor que comenzar la juerga con ella?

Bailo. Me divierto. Río. Pero en mi interior siento que nada está completo sin él.

A mis amigos les hablo de mi próximo viaje a Suecia. Intento pensar en positivo, mientras mi corazoncito me dice que allí voy a echar mucho de menos a alguien que está en Tenerife.

Pasan las horas y, a la una de la madrugada, el DJ deja de pinchar y comienza el karaoke. Ni que decir tiene que tanto mis amigos como los demás desconocidos que están en el local pasamos por allí, y las risas están aseguradas.

Por supuesto, yo canto también. Lo hago con el Comando Chuminero y con distintos amigos míos. Todos me conocen, saben lo que me gusta cantar, y por supuesto no pierdo la oportunidad.

Pasa un rato y..., la verdad, estoy bebiendo más agüita con misterio de la que esperaba. Como dicen, beber hace olvidar, pero en mi caso me hace recordar.

¡Vaya mierda!

Mientras charlo y río con mis amigos e intento evadirme de mis problemas, oigo que por los altavoces empieza a sonar una determinada canción.

¡Joder!

No... ¡Ahora esa canción no...!

—Anda, ¿esta no es la que tanto le gusta a Jan? —pregunta Verónica.

Sin dudarlo asiento, pero de pronto miro hacia el escenario y se me corta la respiración al ver que Liam está sobre él a punto de cantar *Can't Take My Eyes Off You*.

Sin poder parpadear, lo miro. Liam... ¿Qué está haciendo aquí?

A diferencia del resto, que vamos vestidos informales, como siempre él va impoluto, con un traje gris, su camisa y su corbata. Está terriblemente guapo, y yo vuelvo a parpadear atónita.

El hombre que quiero y adoro está ahora mismo a escasos metros de mí entonando esa canción que es tan especial para nosotros. Eso me sorprende, pues Liam no canta y menos aún se sube a un escenario...

Entonces Naím, que está a mi lado, se acerca a mi oído y susurra:

—Se está muriendo de la vergüenza, pero, por ti, lo que sea...

Lo observo sin dar crédito. Liam me mira. Su gesto es incómodo. Está claro que los escenarios no son lo suyo... Y Verónica cuchichea:

—Pececita, ese hombre está loco por ti.

¿En serio?

¿De verdad está loco por mí cuando fui una cabrona con él?

Oy..., oy..., oy..., ¡que me da!

Bueno, bueno, bueno... No sé cómo describir lo que siento en estos momentos. Mi cuerpo está paralizado, pero mi corazón late tan acelerado que creo que me va a explotar.

Liam, ¡mi Liam!, está aquí...

No sé si reír o llorar...

Pero, sin poder dejar de mirarlo, escucho cómo canta esa canción que veo que se sabe a la perfección y, sin poder remediarlo, le sonrío.

¿Cómo no sonreírle si me la está cantando a mí?

Mis ojos y los suyos se funden. Adoro esa mirada de ángel malote, y cuando me sonríe creo que me voy a desintegrar. No puedo moverme, solo puedo mirarlo.

Y Liam, bajando del escenario con el micrófono inalámbrico en la mano, sigue cantando la preciosa y romántica canción mientras se acerca a mí.

Madre mía..., madre mía...

¿En serio yo estoy viviendo este momento de película?

Miro a mis amigos, que sonríen; entonces Liam llega a mi lado y, mirándome a los ojos, canta eso de *«I love you, baby»*, coreado por el resto de los presentes, y yo... yo... ¿A que me desmayo?

Uf, madre mía...

La canción se acaba. Todo el mundo en el local nos mira. Y Liam, dándole el micrófono a Leo, sin apartar su mirada de la mía susurra un íntimo:

—Hola, mi niña.

Uf..., uf..., ¡mi niña! ¡Cómo se me eriza la piel de todo el cuerpo!

Siento ese simple saludo como si me acabara de hacer el amor y, cuando voy a responder, me advierte:

—Si me vas a mandar callar, que sea con un beso.

¿En serio?

¿De verdad me ha dicho eso?

Parpadeo y, acto seguido, él, acercándose a mí, me agarra por la cintura y me besa despacio mientras la gente que nos rodea aplaude y nos vitorea.

Dios..., Dios..., Diosss..., cuánto necesitaba este beso.

Lo disfruto... Reconozco que disfruto el beso que Liam me está dando y, cuando acaba, mirándome de esa manera con que solo él sabe hacerlo, suelta:

—Y ahora supera mi beso.

Woooooo, ¡madre míaaaaaa!

¿En serio me está retando?

Oír eso me hace sonreír, y de pronto soy consciente de que lo que está sucediendo es un error. Esto no puede estar pasando. Y, cuando voy a darme la vuelta para salir corriendo, Mercedes musita:

—Ni se te ocurra moverte de aquí.

En busca de ayuda, miro a Leo, que indica:

—Estoy con ella.

Miro a Liam. En silencio y sin moverse, me observa, y luego dice:

—Cariño, sé la verdad.

Sin dar crédito frunzo el entrecejo, y entonces Verónica ratifica:

—Sabemos la verdad.

No entiendo... ¿Cómo que saben la verdad?

Vuelvo a mirar a Liam, que sigue inmóvil, y Naím tercia:

—Verónica no ha parado hasta entender qué fue lo que pasó, y

quiero que sepas que todos los Acosta estamos deseando que vuelvas con nosotros porque te adoramos.

Parpadeo, no sé qué decir, y entonces Leo explica dirigiéndose a Liam:

—Al fondo del local hay un almacén. Puedes hablar allí con Amara.

Miro a mi amigo boquiabierta. ¡Será cabrito!

Pero entonces Liam me coge con fuerza de la mano y dice:

—Ven conmigo.

Y, sí, voy con él. Estoy tan bloqueada que me dejo guiar hasta el almacén. Cuando cierra la puerta voy a hablar, pero él murmura al tiempo que me abraza:

—No sabes lo mal que lo he pasado sin ti.

Uf..., mejor no le cuento cómo lo he pasado yo...

—Sabía que me querías —añade—. Pero ahora sé que me quieres muchísimo más de lo que yo te quiero a ti y eso no me deja vivir.

Sin movernos nos miramos, y Liam continúa:

—Te creí. Creí lo que me dijiste aquel día y te odié... Te odié tanto que fui incapaz de pensar que tú no eras así, que nunca nos dejarías ni a Jan ni a mí de esa manera tan ruin. Pero Verónica te conoce mejor que yo y ella no lo creyó, por lo que no ha parado hasta descubrir la verdad y hacerme ver que soy el tío más afortunado del mundo por tenerte en mi vida.

Asiento. ¿Por qué asiento...?

—Ahora sé que Margot jugó sucio... —murmura—, contigo, conmigo y con mi familia, algo que nunca imaginé, precisamente porque la consideraba una buena amiga de toda la vida.

Parpadeo, me gusta saber eso.

—No me preguntes cómo —prosigue él—, pero Verónica supo que Margot estaba metida en lo que había ocurrido y no paró hasta encontrar la explicación. Y la encontró a través de la señora que trabajaba en los baños del restaurante donde se celebró el banquete de bodas de Begoña y Gael. Ella oyó vuestra conversación aquella noche y, aunque en su momento no le dio mayor importancia, para Verónica resultó muy esclarecedora cuando se la refirió.

Oír eso hace que me lleve la mano a la boca y que los ojos se me llenen de lágrimas.

—Cariño —musita Liam—, te quiero a ti tal y como eres, y no me

importa quiénes son ni a qué se dedican Luisa y Jesús, porque yo solo te quiero a ti..., ¿te queda claro? —Como una autómata asiento y luego él añade—: Además, te juro por mi vida que a Vasile no le va a pasar nada. Ya me he encargado yo de que así sea, como tú te encargaste de que a mi padre no le sucediera nada.

—Ay, Liam... —consigo susurrar.

—Y quiero que sepas que tanto mi familia como yo te estaremos eternamente agradecidos por lo que hiciste.

Rompo a llorar, no lo puedo remediar. Para mí era importante que a Horacio no le pasara nada. Y abrazándome a Liam, murmuro:

—Lo siento... Siento mucho todo lo que te dije. Necesitaba que me odiaras, que me echaras de tu lado, y sabía que haciendo eso lo iba a conseguir.

Él me abraza asintiendo, entiende perfectamente lo que digo.

—Siento haber estado tan ciego y no haberme dado cuenta de las cosas —dice con un hilo de voz—. Han sido los peores días de mi vida y, cuando ayer supe la verdad, te juro que...

No lo dejo terminar. Lo beso. Necesito sus mimos como sé que él necesita los míos, y tras el beso explico en voz baja:

—No tenía forma de poder demostrar mi verdad.

—Verónica la consiguió por ti.

Asiento gustosa. Una vez más mi amiga me ha salvado la vida, por así decirlo, y sonrío. Mientras nos miramos sé que no hacen falta más explicaciones. No necesitamos nada más. Todo está aclarado, resuelto, finiquitado. Y, con mimo, nos damos ese beso tan esperado para ambos y que nos hace sentir que todo está bien.

Instantes después, cuando nos separamos, lo miro a los ojos y cuchicheo con picardía:

—Hola, señor Acosta.

Liam sonríe. ¡Mmmm, cómo me gusta su sonrisa! Entonces vuelve a rozar mis labios con los suyos y musita:

—Hola, *señorrrita* López.

Ambos reímos, ese siempre será nuestro juego, y necesitando saber, pregunto:

—¿Cómo está Jan?

Con cariño, él me coloca un mechón de pelo tras la oreja.

—Tu Gordunflas está deseando volver a estar con su mamá —susurra—. Te añora cada segundo.

Sonrío. Me muero por ver a mi niño.

Y entonces Liam de pronto se saca del bolsillo de su impoluta americana una cajita y me la muestra. Yo la miro y parpadeo.

—Lo romántico es arrodillarse, ¿verdad? —dice él.

Uf, madre..., ¡que me falta el aire!

¿En serio va a hacerlo?

¿De verdad todavía quiere casarse conmigo?

—Sé que, cuando te lo pedí —añade—, lo hice en un arcén, en el coche, medio desnudos y sin anillo. Pero esta vez lo voy a hacer bien.

Me entra la risa. Aisss, que me tiemblan las piernas...:

—La otra vez lo hiciste muy bien —murmuro.

Liam ríe.

—Me dijiste que te preocupaba tener que contar que cuando te pedí matrimonio acabábamos de tener sexo, bueno..., tú utilizaste la palabra *polvo,* y que estábamos desnudos dentro del coche, en un arcén de la carretera.

Me río, recuerdo perfectamente que dije eso.

—Esto no es el Ritz —prosigue Liam—, pero creo que nos vale.

—Crees bien —afirmo segura.

—Ese día me diste la medalla de tu hermano y el anillo de Encarnita y yo te entregué un anillo de mi madre que era muy especial para mí. —Asiento, lo recuerdo, y dice—: Mandé fundir esas tres piezas tan especiales para los dos y, junto con un poco más de oro blanco, pedí que hicieran estas dos alianzas para nuestra boda...

Liam abre la cajita y en su interior veo dos preciosas y relucientes alianzas. Acto seguido se arrodilla frente a mí.

—Amara López Santos, mi preciosa niña —dice—, ¿quieres casarte conmigo y ser la mamá de Jan, *Pepa* y *Pepe*?

Madre mía, ¡sí!, ¡sí!, ¡sí!

Y, emocionada, declaro:

—Sí, quiero.

Rápidamente Liam pone el anillo en mi dedo. Se levanta y, cuando va a besarme, lo detengo, cojo yo la otra alianza y, arrodillándome también, pregunto ante su cara de sorpresa:

—Liam Acosta, amor de mis amores..., ¿quieres casarte conmigo y ser el padre de *Tigre*?

Sin dudarlo, él afirma:

—Sí, quiero.

Me apresuro a ponerle el anillo y, cuando me levanto, nos fundimos en un cálido y maravilloso beso de amor que nos hace sentir que por fin estamos en casa.

Enamorados y seguros de lo que vamos a hacer, minutos después salimos de la mano del almacén y, con nuestras radiantes sonrisas, les hacemos saber a todos los que nos quieren que estamos bien, que nos vamos a casar y que nos amamos locamente. Ni que decir tiene que todo el mundo se alegra por nosotros una *jartá*.

* * *

Una hora después, cuando los latidos de mi corazón se han normalizado por fin sin que me diera antes un infarto, miro a Liam reír con su hermano y mi Comando Chuminero y soy feliz. Como dice nuestro tatuaje, en lo malo, en lo bueno y en lo mejor, y sin duda así será por toda la eternidad.

Emocionada, pienso en Raúl, en Encarnita..., en las distintas personas que han pasado por mi vida y que me han querido de verdad, en lo felices que estarán al ver mi dicha.

Está claro que la vida, esa cabrona que en ocasiones me vuelve loca, me ha sorprendido de nuevo. Cuando lo creía todo perdido con Liam, de pronto va la vida y lo vuelve a poner delante de mí. Así pues, ¡gracias, vida, eres la leche!

Epílogo

Tenerife, un año después

—¡Vivan los novios!

Oír eso me hace sonreír mientras salgo de la mano de Liam de la catedral de San Cristóbal de la Laguna y el arroz y los pétalos de rosa blancos que arrojan los invitados caen sobre nuestras cabezas.

¡Nos hemos casado!

Divertida, miro hacia un lado y veo a Naím y a Verónica enterrados como nosotros en arroz y pétalos.

Sí..., los cuatro nos hemos casado el mismo día.

Y, sí..., lo hemos hecho en la catedral de San Cristóbal de la Laguna, como manda la tradición de los Acosta. Algo en lo que, la verdad, no me importó cambiar de opinión al ver la alegría de toda la familia tras darles la noticia.

Eso sí, después de la catedral nada de palacetes para el convite. El mejor lugar es el que creamos Vero y yo, ese que se llama El Valhalla y que está en Bodegas Verode.

Gustosa, recibo besos de todo el mundo. Siento el cariño y el amor que todos me profesan. Y en ese instante veo venir corriendo hacia mí a mi Gordunflas, tan guapo como siempre, y lo cojo.

Estoy besándolo con amor cuando Vero se nos acerca con la pequeña Kora en brazos y me pregunta:

—¿Te encuentras bien?

—Sí.

—¿Seguro? —insiste.

Asiento. Tanto ella como todos están preocupados por mí, puesto que hoy no me he levantado yo muy fina. Estoy embarazadísima de ocho meses y seis días, ¡sí, sí..., ocho meses y seis días!, de un niño al que llamaremos Raúl, como mi hermano. El nombre lo propuso Liam cuando supimos que iba a ser niño, y yo acepté sin dudarlo.

Ya teníamos la boda planeada cuando me enteré de que estaba

embarazada, y, aunque algunos sugirieron retrasarla, yo me negué. ¿Por qué íbamos a retrasarla cuando me hacía mucha ilusión casarme y no me importaba estar como un tonel?

—¡Quiero una foto de la familia! —oigo que exclama de pronto Florencia.

Eso me hace sonreír, y esta vez no tengo que llamar a nadie, pues todos los Acosta se colocan rápidamente frente a la catedral, mientras Liam dice quitándome a Jan de los brazos:

—Cariño, no estás tú para andar cogiendo al Gordunflas.

Sonrío. Liam no deja de preocuparse por todo. Sigue tan tremendo como siempre con sus preocupaciones… Continúa siendo algo tiquismiquis y un friki del control, pero, oye, es mi Friki del Control y no lo cambiaría por nadie en el mundo.

¡Qué gracioso es el *jodío*, y cómo me río cada vez que Jan o yo hacemos algo que lo saca de su zona de confort!

El fotógrafo nos hace no una foto, sino veinte, y cuando por fin se da por satisfecho, montamos en los distintos coches y nos dirigimos a El Valhalla.

Allí hemos organizado una buena fiesta, donde los invitados comen todo lo que se les antoja. Hay platos canarios y también peninsulares. Ya nos hemos encargado Verónica y yo de que no falte de nada.

Mientras cenamos y el «¡Vivan los novios!» y el «¡Que se besen!» resuenan cada dos por tres, desde mi silla observo a los invitados. A mi familia. Ahí están Vasile, Maribel, los padres de Verónica, Zoé con su chico, Leo con Pili y los niños, Mercedes con María, Jonay con su marido, los amigos de Madrid que han podido venir, Alfonsina, Alejo, los Acosta y todos los amigos que Naím y Liam han invitado.

Quienes desde luego no están son Algodón ni Margot. Esas, cuanto más lejos mejor, y me consta que tras lo ocurrido doña Querida se marchó a Nueva York calentita por lo que tuvo que oír al verse descubierta.

¡Menudos son también los Acosta cuando se enfadan!

No he vuelto a ver a Luisa y a Jesús. Este año ha sido el primero que, en el mes de marzo, no he ido a recordarles esa fecha que seguramente no les importa, la de la muerte de mi hermano, y, la verdad, me siento bien. Y me siento bien porque sé que ahora Raúl está feliz por mí. Estoy convencida de ello.

Después de la cena comienza el baile y, cómo no, Toño está ahí con su banda para amenizarnos la noche.

Naím, Verónica, Liam y yo salimos a la pista. Vamos a abrir el baile.

Siguiendo lo estipulado, el grupo comienza a tocar la canción de mi amiga y su ya flamante marido, *A un beso*, de Dana Paola, y yo se la canto gustosa mientras ellos se miran a los ojos con amor.

¡Qué bonita pareja hacen!

Y ya cuando la emoción me embarga del todo es cuando veo que Zoé, con la pequeña Kora en brazos, se une a su baile. ¡Por favor, qué momentazo familiar!

A continuación nos toca a Liam y a mí. Y, como no podía ser de otra manera, Toño, que canta bastante bien, nos dedica *Can't Take My Eyes Off You...*, nuestra canción.

Entre risas Liam me abraza. Ambos reímos por la cinturita de avispón que tengo, y cuando lo miro me dice:

—Eres la mujer más preciosa de la boda.

Sonrío, sé que miente como un bellaco, pues parezco un tonel vestido de blanco, y mirándolo a los ojos murmuro:

—Te *quierrro*.

Liam suelta una risotada. Yo me parto. Y, tras decirme que también me *quierrre*, ambos reímos a carcajadas cuando todo el mundo corea a voz en grito eso de *«I loveeeeee youuuuu, babyyyyyy»*... ¡Todo el mundo se sabe el estribillo de esa canción!

Instantes después nuestro Gordunflas, animado por Xama y su novia, viene corriendo que se las pela hacia nosotros. Liam lo coge y, cuando nos abraza, siento que este es un precioso momento familiar.

Tras el romántico baile la banda de Toño sigue tocando y los invitados comienzan a bailar. Por supuesto, yo también, aunque tengo a Liam en un sinvivir porque no paro.

Pero ¿cómo voy a parar si es mi boda?

Poco después, como es lógico, subo al escenario y canto. Es lo que todos esperan de mí. Aunque en esta ocasión estaré menos tiempo aquí arriba a causa de mi tremendo barrigón. ¡*Joer*, qué torpe estoy para moverme!

Más tarde, cuando bajo de nuevo, Horacio se acerca a mí y musita:

—Hay que ver la energía que tienes, *jodía*.

Según lo oigo sonrío, y entonces Liam se aproxima con un vaso de agua en la mano y dice agarrándome por la cintura:

—Y ahora, cariño, te vas a sentar un ratito.

—Pero quiero *bailarrrr*...

—Cariño, para o acabaremos nuestra noche de bodas en Urgencias —insiste.

Vale, lo hago.

Quiero que mi marido se tranquilice un ratito y, de su mano, nos sentamos en unas cómodas sillas, donde charlamos con algunos invitados, hasta que Xama se nos acerca y comenta con cara de circunstancias:

—Jan se ha caído...

Liam se apresura a levantarse alarmado.

Buenooooooooo, ¡que le da!

Y Xama, al ver lo nervioso que se ha puesto, se apresura a aclarar:

—Pero, tío, está bien... Solo se ha hecho un pequeño chichón.

En ese instante Jan aparece delante de nosotros. No llora, pero tiene la manita en la frente. Y Liam, agachándose para quedar a su altura, pregunta:

—Tesoro, ¿qué te ha pasado?

Rápidamente Jan, que con su lengua de trapo más bonito no puede ser, contesta:

—Papi, me *taí* y me *ite* un *zizón*.

¡¿Un *zizón*?! Pero ¿se puede ser más gracioso?

Liam mira el *zizón* de Jan. Veo su expresión alarmada y, levantándome para tranquilizarlo, digo tras coger mi bolso mágico:

—Vamos al baño a curarte ese *zizón*.

Acto seguido mi asustado marido, mi sonriente hijo y yo nos dirigimos hacia el baño, donde le limpiaremos el *zizón* con agua y le echaremos un poco de pomadita mágica para los golpes.

Una vez allí, Liam está echándole un vistazo a su *zizón*, como el niño dice, y de pronto siento un... tremendo pinchazo que me atraviesa la barriga. ¡Joderrrr, qué dolor! Y, antes de lo que espero, noto algo correr por mis piernas.

Nooooooooooooooooo... No... No... Nooooooo...

¡No me jorobes que estoy rompiendo aguas en mi puñetera boda!

Joder, joder..., ¡esto solo me puede pasar a mí!

—Pásame la pomada —me pide en ese momento Liam.

Sin decir nada, pero consciente de lo que ocurre, abro el tubo de la pomada y se lo paso. Enseguida Liam se pone un poco en el dedo y, mientras la unta sobre el *zizón*, los dos decimos:

—Sana, sana, culito de rana, si no cura hoy, curará mañana.

Jan sonríe. Es lo que siempre le decimos cuando se cae y le echamos esa pomada. Y, después de ver que el niño está perfectamente, Liam le da un beso y lo deja en el suelo.

—Entre tú y él, cualquier día me vais a matar de un susto —musita cuando el chiquillo sale corriendo del baño como si no hubiera un mañana.

Según dice eso, me río. Aisss, pobre..., cuando le diga lo que tengo que decirle, sin duda le va a dar un tabardillo...

—Una cosita... —murmuro.

Liam me mira mientras tapa el tubo de la pomada y, riendo, cuchichea:

—Ay, madre, tú y tus cositas...

Me río. Él también. Sé que le voy a dar el mayor susto de su vida, pero indico:

—No es por asustarte, cariño, pero tienes que llevarme al hospital...

Liam parpadea. En sus ojos leo infinidad de preguntas, y susurro:

—Acabo de romper aguas...

Según digo eso, su gesto cambia.

Buenooooooooo, ¡que le da!

Buenooooo, ¡que se desmaya!

Le entran las cagalandras de muerte, me mira con cara de susto y yo siento que tiene razón... ¡Cualquier día lo vamos a matar! Sin embargo, no puedo parar de reír y reír. Está claro que la vida nos ha vuelto a sorprender. Nuestra preciosa familia está a punto de crecer y, la verdad..., ¡gracias, vida, porque me haces muy feliz!

Referencias a las canciones

Can't Take My Eyes Off You, ℗© 2016 Joseph Vincent, interpretada por Joseph Vincent.

Con los años que me quedan, ℗ 1993 Sony Music Entertainment, Inc., interpretada por Gloria Estefan.

SloMo, ℗© 2021 BMG Rights Management and Administration (Spain) S. L. U., interpretada por Chanel.

Ay, mamá, ℗© 2021 Rigoberta Bandini, interpretada por Rigoberta Bandini.

100 años, ℗ 2020 Sony Music Entertainment US Latin LLC, interpretada por Carlos Rivera y Maluma.

Qué ironía, ℗ 2018 Sony Music Entertainment US Latin LLC, interpretada por Thalia y Carlos Rivera.

Love of My Life, ℗ 2007 The Queen Kings © Toolboxx handelsgesellschaft mbh, interpretada por Queen.

The Joker and the Queen, ℗© An Asylum Records UK release, a division of Atlantic Records UK, 2021 Warner Music UK Limited, interpretada por Ed Sheeran.

Bam, ℗ 2022 Epic Records, a division of Sony Music Entertainment, interpretada por Camila Cabello y Ed Sheeran.

About Damn Time, ℗© 2021 Nice Life Recording Company and Atlantic Recording Corporation, interpretada por Lizzo.

Sabrás, ℗© 2013 Universal Music Spain, S. L., interpretada por Manuel Carrasco.

Pa'lla voy, ℗ 2022 Sony Music Entertainment US Latin LLC, interpretada por Marc Anthony.

Quiero decirte, ℗ 2022 Sony Music Entertainment España, S. L., interpretada por Abraham Mateo y Ana Mena.

Bailé con mi ex, ℗ 2022 Kemosabe Records/RCA Records, interpretada por Becky G.

Te quiero a ti, ℗© 2022 Soraya, interpretada por Soraya.

Menos mal, ℗© 2009 Universal Music Spain, S. L. (Vale Music) España,

interpretada por Manuel Carrasco.

You to Me Are Everything, ℗© 2006 Sanctuary Records Group Ltd., a BMG Company, interpretada por The Real Thing.

The Way We Were, ℗ 1981 Sony Music Entertainment, interpretada por Barbra Streisand.

Contigo, ℗© 2022 UMG Recordings, Inc., interpretada por Pablo Alborán y Sebastián Yatra.

Mil vidas, © 2012 Televisa Music Publishing, S. A. de C. V., interpretada por Carlos Macías y Fernanda Castillo.

Angel Baby, ℗ An EMI Recorded Music Australia Production; 2021 Universal Music Australia Pty Ltd. © 2021 Universal Music Australia Pty Ltd., interpretada por Troye Sivan.

Yummy, ℗© 2020 Def Jam Recordings, a division of UMG Recordings, Inc., interpretada por Justin Bieber.

Tu refugio, ℗© 2017 Warner Music Spain, S. L., interpretada por Pablo Alborán.

Prometo, ℗© 2017 Warner Music Spain, S. L., interpretada por Pablo Alborán.

Are You Gonna Be My Girl, ℗© 2003 WEA International, Inc., interpretada por Jet.

La tortura, ℗ 2005 Sony Music Entertainment (Holland) B. V., interpretada por Shakira y Alejandro Sanz.

Déjà vu, ℗ 2016 Wati-B, under exclusive license to Sony Music Entertainment; 2016, 2017 Sony Music Entertainment US Latin LLC; 2016, 2017 Ace Entertainment S.ar.l., interpretada por Prince Royce y Shakira.

Saturno, ℗© 2017 Warner Music Spain, S. L., interpretada por Pablo Alborán.

I Like It Like That, ℗© 1999 Dance and Listen, interpretada por CFD y Ross Mitchell.

Como antes, ℗© 2020 Warner Music México, S. A. de C. V., interpretada por Llane.

Pasos de cero, ℗© 2014 Warner Music Spain, S. L., interpretada por Pablo Alborán.

Solo déjate amar, ℗ 2006 SONY BMG Music Entertainment (México), S. A. de C. V., interpretada por Kalimba.

In Our Dream, ℗© 2021 Playdis, interpretada por The EQS.

Idiota, ℗© 2017 Warner Music Spain, S. L., interpretada por Pablo

Alborán.

Zitti e Buoni, A RCA release ℗ 2021 Sony Music Entertainment Italy S. p. a., interpretada por Måneskin.

Tu olvido, © 2012 Televisa Music Publishing, S. A. de C. V., interpretada por Carlos Macías.

La mala costumbre, ℗© 2014 Warner Music Spain, S. L., interpretada por Pastora Soler.

Recuérdame, ℗© 2014 Warner Music Spain, S. L., interpretada por Pablo Alborán.

Bruja hada, ℗© 2008 Warner Music México, S. A. de C. V., interpretada por David Cavazos.

Burbujas de amor, ℗© Karen Publishing Company, interpretada por Juan Luis Guerra 4.40.

Contigo y sin ti, ℗ 2005 Universal Music Spain, S. L. © 2007 Universal Music Spain, S. L., interpretada por Chenoa.

Para siempre, ℗ 1981 Sony Music Entertainment US Latin LLC, interpretada por Kany García.

Muero, ℗ 2022 5020 Records, interpretada por Kany García y Alejandro Sanz.

Delirio, ℗© 1994 Warner Music Benelux B. V., a Time Warner Company, under exclusive arrangement with Jason Recording System, Ltd., interpretada por Luis Miguel.

Te felicito, ℗ 2022 Ace Entertainment S.ar.l., under exclusive license to Sony Music Entertainment US Latin LLC, interpretada por Shakira y Rauw Alejandro.

A un beso, ℗ UMM; 2021 Universal Music Group México, S. A. de C. V. © 2021 Universal Music Group México, S. A. de C. V., interpretada por Dana Paola.

¿Con qué se pega un corazón?, ℗ 2022 Sony Music Entertainment México, S. A. de C. V., interpretada por Yuridia.

Biografía

Megan Maxwell es una reconocida y prolífica escritora del género romántico que vive en un precioso pueblecito de Madrid. De madre española y padre americano, ha publicado más de cuarenta novelas, además de cuentos y relatos en antologías colectivas. En 2010 fue ganadora del Premio Internacional de Novela Romántica Villa de Seseña, y en 2010, 2011, 2012 y 2013 recibió el Premio Dama de Clubromantica.com. En 2013 recibió también el AURA, galardón que otorga el Encuentro Yo Leo RA (Romántica Adulta) y en 2017 resultó ganadora del Premio Letras del Mediterráneo en el apartado de Novela Romántica.

Pídeme lo que quieras, su debut en el género erótico, fue premiada con las Tres Plumas a la mejor novela erótica que otorga el Premio Pasión por la Novela Romántica.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:



megan-maxwell.com

@MeganMaxwellOficial

@megan_maxwell

@MeganMaxwell

Y ahora supera mi beso
Megan Maxwell

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2022

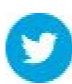
ISBN: 978-84-08-26598-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!


SILVIA GARCÍA RUIZ
Rompamos las reglas
esencia

Rompamos las reglas

García Ruiz, Silvia

9788408261162

384 Páginas

Candy Templeton descubrió desde bien pequeña que la vida no es sencilla y que hay muchos momentos en los que la gente la hará llorar. Decidida a enfrentarse a todos sus problemas con una sonrisa, **creará una serie de reglas que le permitan alcanzar la felicidad**. Sin embargo, conseguir ese objetivo no le resultará nada fácil, y menos aún cuando, tras salir de una tarta de cumpleaños, en su camino se cruza Dylan Brisbane, un rico banquero que cree que todo puede comprarse con dinero, incluida ella.

Dylan Brisbane se ha hecho a la idea de dirigir el banco que pertenece a su familia, pero no es feliz. Hace tiempo que no sonríe y que ha dejado atrás su mayor pasión, la pintura. Hasta que, el día de su cumpleaños, conoce a una insultante mujer que lo desafía a cada instante, que se ríe de la vida y que se enfrenta a las dificultades con una sonrisa. Sin poder evitar pintarla una y otra vez, **caerá enamorado tanto de ella como de esa sonrisa por la que estará dispuesto a romper todas sus reglas**.



¿Y si lo probamos...?



¿Y si lo probamos...?

Maxwell, Megan

9788408261483

496 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¡Hola!

Me llamo Verónica Jiménez, tengo treinta y ocho años y soy una mujer independiente, trabajadora, autónoma y, según dicen quienes me conocen, bastante cabezota y controladora. Vale, lo confieso, lo soy. Pero ¿acaso hay alguien perfecto?

Yo era de las que creía en princesas y príncipes, hasta que el mío se convirtió en un sapo y decidí que el romanticismo no era para mí. Así que para horror de quienes me rodean, me impuse tres reglas para disfrutar del sexo sin compromiso.

La primera: no enrollarme nunca con hombres casados. Soy de las que respetan y jamás hago nada que no me gustaría que me hicieran a mí.

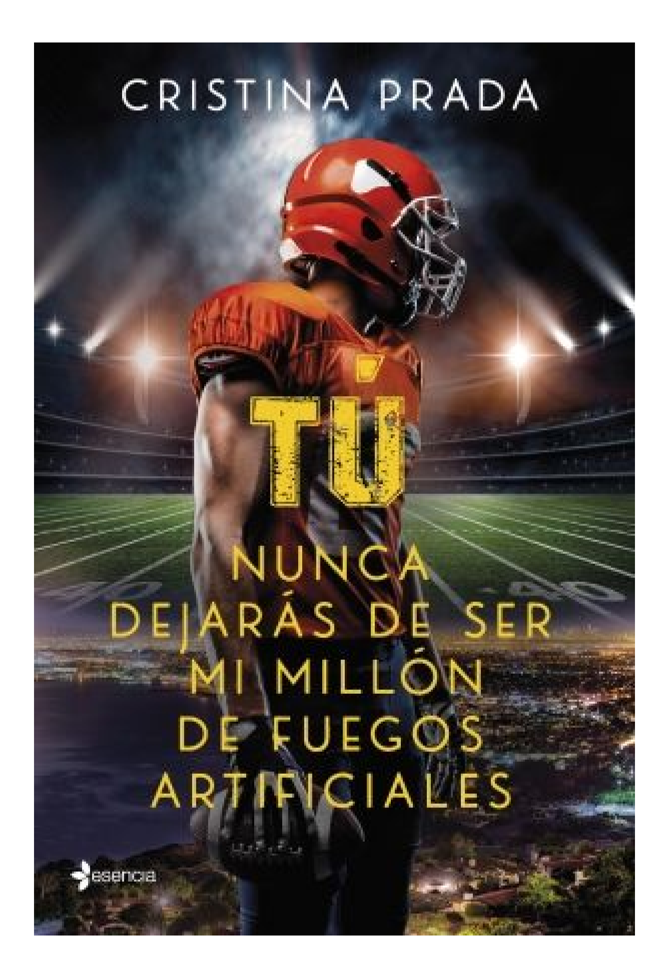
La segunda: el trabajo y la diversión nunca han de mezclarse. No no. ¡Ni loca!

Y la tercera, pero no por ello menos importante: siempre con hombres menores de treinta años. ¿Por qué? Pues porque sé que ellos van a lo mismo que voy yo: ¡a disfrutar!

Te aseguro que hasta el momento estas normas me han dado muy buenos resultados. Sin embargo, en uno de mis viajes de trabajo he conocido a **Naím Acosta, un hombre de unos cuarenta, seguro de sí mismo, atractivo, sexy y tremendamente romántico, que me está volviendo loca**.

Es verlo y el corazón se me acelera. Es oír su voz y toda yo me acaloro. Es pensar en él y noto que en mi estómago corren elefantes en estampida. **Sé que somos muy diferentes, pero los polos opuestos se atraen, y nosotros no paramos de chocar, y probar y... y... y...**

Bueno, mejor me callo, dejo que leas y cuando termines ya me dirás si tú habrías probado… ¿O no?


CRISTINA PRADA
TÚ
NUNCA
DEJARÁS DE SER
MI MILLÓN
DE FUEGOS
ARTIFICIALES
esencia

Tú nunca dejarás de ser mi millón de fuegos artificiales

Cómpralo y empieza a leer


MEGAN MAXWELL
Las guerreras Maxwell, 7
ATRÉVETE
A RETARME
esencia

Las Guerreras Maxwell, 7. Atrévete a retarme

Maxwell, Megan

9788408255512

544 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Carolina Campbell es la pequeña de la familia. A diferencia de sus hermanas y hermanos, que cumplen la voluntad de sus padres, ella es más inquieta. Su carácter independiente y retador espanta a todos los hombres que se le acercan.

Peter McGregor, un guapo y joven highlander con un excelente sentido del humor, se dedica a la cría de caballos junto con sus amigos Aidan y Harald.

Los Campbell y los McGregor se odian desde hace años por algo que ocurrió entre sus antepasados y que llevó a los McGregor a entregarles unas tierras que Peter está dispuesto a recuperar a toda costa.

Y la oportunidad le llega de sopetón cuando **Carolina, intentando salir airosa de un problema y sin apenas conocer a Peter, le ofrece las tierras que desea a cambio de que se case con ella.**

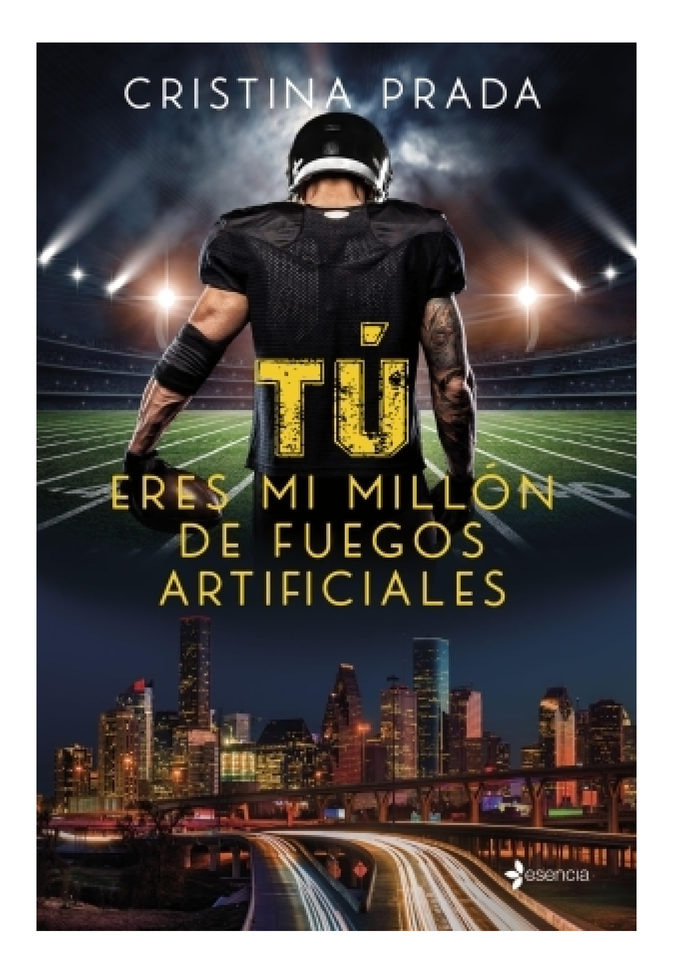
En un principio Peter se niega. ¿Acaso aquella Campbell se ha vuelto loca?

Al final, viendo que de este modo recuperará las propiedades que su padre tanto ansía, termina aceptando el enlace para un año y un día con Carolina. Pasado ese tiempo no renovará los votos matrimoniales: volverá a ser un hombre libre y con las tierras en su poder.

Pero ¿qué pasará si durante ese año se enamoran?

Eso solo lo sabrás si lees *Atrévete a retarme*, **la séptima entrega de la famosa saga «Las guerreras Maxwell», que sin duda te llegará al corazón**.

Cómpralo y empieza a leer


CRISTINA PRADA
TÚ
ERES MI MILLÓN
DE FUEGOS
ARTIFICIALES
esencia

Tú eres mi millón de fuegos artificiales

Prada, Cristina

9788408258162

544 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Holly Miller quiere que el próximo verano sea inolvidable.

Es una chica responsable y trabajadora, pero pronto habrá un gran cambio en su vida y quiere sentir que ha aprovechado al máximo la etapa que está a punto de cerrar. No desea mirar atrás y arrepentirse de lo que ha dejado de hacer.

Así que Holly tiene un plan y solo necesita a los Lions.

Jack Marchisio solo quiere largarse y no mirar atrás.

Su vida es un desastre desde hace tres años, el tiempo exacto que lleva cargando con problemas que ni siquiera son suyos, pero ya falta muy poco para alejarse de todo y no piensa renunciar a su brillante futuro por nada ni por nadie.

Jack es el rey de los Lions. Todos lo saben y lo respetan.

Un trato. Dos condiciones. Y el mundo de Jack y Holly se pondrá patas arriba.

Da igual las veces que Jack se haya repetido que es un error fijarse en esa chica rara que siempre tiene la cabeza metida en un libro, porque no puede dejar de pensar en ella.

No importa que Holly se diga una y otra vez que no puede haber sentimientos con el arrogante y estúpido *quarterback*, porque él está marcando la diferencia.

Dos temperamentos fuertes, dos polos opuestos, sueños por cumplir, barreras que tumbar y un amor indomable y

extraordinario con la fuerza de un millón de fuegos artificiales.